Libros de Cátedra

Historia del mundo contemporáneo (1870-2008)

María Dolores Béjar

FACULTAD DE
HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

S
sociales





HISTORIA DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO
(1870-2008)

María Dolores Béjar

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación





Nuestro agradecimiento a las autoridades de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación por su apoyo cotidiano, y al equipo de la Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (Edulp) que hace posible esta Colección de Libros de Cátedra.



Universidad Nacional de La Plata – Editorial de la Universidad de La Plata
Primera edición, 2015
ISBN 978-950-34-1244-2

"[…] Habíamos construido con nuestras propias manos, sin darnos cuenta, la más terrorífica máquina estatal que pueda concebirse, y cuando nos dimos cuenta de ello con rebeldía, esa máquina, dirigida por nuestros hermanos y nuestros camaradas, se volvía contra nosotros y nos aplastaba".

VICTOR SERGE
Memorias de un revolucionario, 1943

"Los lager nazi han sido la cima, la culminación del fascismo en Europa, su manifestación más monstruosa; pero el fascismo existía antes que Hitler y Mussolini, y ha sobrevivido abierto o encubierto, a su derrota en la Segunda Guerra Mundial. En todo el mundo, allí donde se empieza negando las libertades fundamentales del Hombre y la igualdad entre los hombres, se va hacia el sistema concentracionario, y es este un camino en el que es difícil detenerse."

PRIMO LEVI
"Apéndice de 1976" en Trilogía de Aschwitz, 1976

Índice

Prólogo

Este libro es el producto del esfuerzo y el compromiso de un grupo de docentes de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP que desde hace mucho tiempo viene apostando a la elaboración de materiales especialmente pensados para los estudiantes universitarios y basados en la firme voluntad de articular los resultados de la investigación con las necesidades y objetivos de la enseñanza en un campo de enorme complejidad como es el de la historia del siglo XX. En efecto, los equipos de cátedra de las materias “Introducción a la problemática del mundo contemporáneo” e “Historia social contemporánea”, coordinados por la Dra. María Dolores Béjar, han venido produciendo textos y recopilando fuentes escritas y audiovisuales que desde 2009 han nutrido un campus virtual al que los alumnos pueden acceder a través de la página web de la Facultad.

Por otra parte, esta iniciativa se apoya también en la permanente voluntad de la Dra. Béjar y su equipo por sistematizar –con una mirada crítica y pluralista a la vez– los últimos avances de la investigación y acercarlos a través de formatos innovadores a lectores no especializados pero sí involucrados en la docencia y el aprendizaje sobre el mundo contemporáneo en las distintas dimensiones que su estudio supone. Un significativo antecedente en este sentido son las “Carpetas de Historia” dirigidas a los docentes del nivel medio, emprendimiento único en su género que también está disponible en acceso abierto a través de internet <http://www.carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar/>.

Esta propuesta se nutre de los debates en torno a una posible *historia del tiempo presente*, que coloca a la historia frente al desafío de comprender y explicar el presente a través del pasado. Junto con las controversias sobre su naturaleza y sus alcances temporales, la historia contemporánea plantea abiertamente la tensión que recorre la tarea del historiador: la demanda de objetividad sostenida por el ámbito académico y las preocupaciones e interrogantes que atraviesan la sociedad de la que forma parte. Este libro parte del reconocimiento de esta tensión y se propone intervenir sobre la misma desde la primacía asignada a los conocimientos elaborados en el campo historiográfico. Se propone, por un lado, aportar nuevos conocimientos sobre la historia contemporánea y, por el otro, incidir en la construcción de propuestas para la formación de las nuevas generaciones.

En suma, creemos que se trata de un aporte original que viene a llenar un vacío y a contribuir a un mejor desempeño de nuestros estudiantes facilitándoles el acceso al estudio del mundo contemporáneo, pero al mismo tiempo brindándoles herramientas para profundizar el análisis desde una perspectiva interdisciplinaria y capacitándolos para continuar explorando

críticamente los distintos temas a partir de fuentes y materiales diversos. Un aporte, en definitiva, a los objetivos de combinar inclusión, retención y calidad en la educación universitaria que compartimos e impulsamos desde nuestra Facultad.

Aníbal Viguera

Decano de la Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación de la UNLP.

Ensenada, 8 de noviembre de 2014.

Introducción

Los hilos centrales que recorren este libro remiten al afán de ofrecer un panorama básico de los cambios y continuidades que forman el suelo en que se apoya el presente; y esto en relación con tres ideas principales. En primer lugar, el reconocimiento de la necesidad de avanzar hacia una historia mundial y, al mismo tiempo, la certidumbre de que solo ha sido posible delinear algunos trazos centrales en este sentido. En segundo lugar, la convicción de que las dimensiones que conforman la “realidad social” son muchas (política, económica, social, ideológica, los espacios privados...) y se combinan de modos diversos, pero este texto se limita a recortar, principalmente, los aspectos económicos, políticos y las relaciones internacionales. En tercer lugar, la certidumbre que la historia se procesa a través de la articulación entre los que nos viene dado, lo que decidimos y hacemos y las irrupciones del azar; pero en este trabajo, debido a su carácter general, predomina el peso de las estructuras aunque sin dejar de lado las acciones de los sujetos.

Este texto no incluye relatos específicos sobre las diversas experiencias vividas por los seres humanos en el mundo contemporáneo: su contenido es de carácter más general, al modo de un mapa que únicamente registra las principales rutas, pero no consigna los vericuetos de los distintos barrios.

El desafío ha sido inmenso, y si lo llevé a cabo es porque mi vocación docente acabó imponiéndose a mis limitaciones para concretar esta tarea.

En la base de este trabajo se entretejen las reiteradas y por momentos angustiosas ocasiones en que me sentí “obligada” a reformular los programas de Historia del Siglo XX, materia de la que soy profesora a partir de la vuelta a la democracia en 1983. Qué texto tan diferente hubiera escrito en los años ‘80 cuando comencé a dar clases en la Universidad de Tandil. Y aún en la década del 90, después de la caída del Muro, cuántas cuestiones que hoy puedo visualizar hubieran quedado soslayadas.

La primera y nada sencilla decisión fue la de dar respuesta al interrogante: ¿cuándo comienza la historia del mundo actual? En el momento que nació este proyecto ya existía una definición con amplio consenso: la Primera Guerra Mundial inauguraba el *corto siglo XX* según la propuesta del historiador Eric Hobsbawm. Sin embargo, en las aulas siempre había recurrido a la era del imperialismo para explicar el mundo contemporáneo, y con mayor convencimiento a medida que se desplegaba la globalización. Y esto en virtud que, aunque reconozco el profundo quiebre que significó “la guerra total” en la historia de Occidente, para una historia

mundial considero que la expansión del Occidente capitalista, su avance sangriento y transformador hacia el resto del mundo, son experiencias que ofrecen claves insoslayables.

La segunda decisión remite a la organización del espacio. Aquí acabé adoptando agrupamientos didácticos sin perder de vista que los grupos de países y regiones propuestos no pueden reconocerse en todos los momentos de la historia contemporánea debido a las hondas transformaciones del mundo actual. Desde el inicio de esta historia hasta su conclusión existen, aunque no con las mismas denominaciones, ni los mismos integrantes, dos grandes conjuntos: los países capitalistas más o menos estables y desarrollados y el de las sociedades que ya sea como colonias, subdesarrolladas, dependientes o del Sur no integran el grupo anterior. El tercer conjunto, los estados comunistas, tuvieron una presencia significativa entre 1917 y 1991, mientras que hoy apenas existen experiencias aisladas, como Corea del Norte, o muy ambiguas, como China. A lo largo de este texto, el último país, por ejemplo, se posiciona en diferentes categorías como colonia, país comunista y potencia emergente.

En este trabajo nos detendremos básicamente en el espacio capitalista central y el comunista. El análisis de los mismos ha sido organizado en tres grandes períodos: la era del imperio y su derrumbe (1873 -1914/1918); la crisis del liberalismo, el capitalismo y la consolidación del régimen soviético (1918-1939/1945); los años dorados en el marco de la Guerra Fría (1945-1968/1973).

La obra consta de ocho capítulos. En el capítulo I se aborda el primer período. El capítulo II se centra en el doble proceso de la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa El capítulo III recorre el espacio capitalista en los años de entreguerras y el siguiente se concentra en la experiencia soviética de esos años. Los capítulos V y VI abordan el escenario internacional: la Segunda Guerra Mundial junto al Holocausto en el primer caso y la Guerra Fría en el segundo. Los dos últimos capítulos analizan el período que comprende el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la oleada de movilizaciones de 1968: el capítulo VII aborda el espacio capitalista central y el VIII el bloque comunista.

Todos ellos constan de cuatro apartados: el relato histórico, el análisis de un filme, actividades sobre la información ofrecida por el texto del libro y los trabajos de la bibliografía básica y, por último, un listado de textos claves para organizar el estudio de cada tema.

María Dolores Béjar

Buenos Aires 10 de noviembre 2014

CAPÍTULO I
EL IMPERIALISMO

María Dolores Béjar, Marcelo Scotti, Leandro Sessa

Introducción

Los contenidos de este capítulo pueden organizarse en torno a cinco cuestiones básicas:

- La expansión imperialista en relación con los escenarios ideológicos, políticos y económicos de los países centrales.
- La terminación del reparto colonial de Asia. La división de África entre las metrópolis. La ocupación de Oceanía.
- La dependencia de América Latina, Central y el Caribe del mercado mundial. Colonias en la región.
- El análisis de las transformaciones económicas a partir de los problemas planteados por la crisis del capitalismo en 1873. Distinguir los rasgos básicos de dicha crisis y precisar el significado que asignan los autores propuestos en la bibliografía a la globalización económica bajo la hegemonía de Gran Bretaña.
- El significado de los cambios en el escenario político-ideológico a partir de las siguientes cuestiones: el proceso de democratización, la gravitación del socialismo, sus distintas tendencias y los debates entre las mismas y, por último, la emergencia de la nueva derecha.

El mundo del último cuarto del siglo XIX estuvo lejos de ser un espacio homogéneo, esto al margen que algunos procesos básicos, por ejemplo, la intensificación del proceso industrial, el desarrollo renovado de las tecnologías y el conocimiento científico occidental, la democracia constitucional como concepciones y prácticas organizadoras de las relaciones entre Estado y sociedad tuvieron repercusiones casi globales. Sin embargo, en las distintas partes del mundo asumieron desiguales grados de incidencia y diferentes modos de vincularse con el orden existente. Por ejemplo, como veremos más adelante, aunque en todos los antiguos imperios, Persia, China y el Otomano, fue evidente el impacto de Occidente, las trayectorias históricas de cada uno de ellos presentan marcados contrastes. En relación con la existencia de procesos históricos singulares, la exploración los mismos puede organizarse en base al reconocimiento de los siguientes grupos de países:

- Las principales potencias europeas: la República de Francia, el Reino Unido y el Imperio de los Hohenzollern en Alemania.
- Los imperios multinacionales de Europa del este: el de los Habsburgo en Austria-Hungría y los Romanov en Rusia.
- Las nuevas potencias industriales extra europeas: el Imperio de Japón y la República de Estados Unidos.
- Los viejos imperios en crisis: Persia, China y el Otomano.
- Los países soberanos, pero muy dependiente en el plano económico, de América Latina, Central y el Caribe.

No debe perderse de vista que las unidades políticas de cada conjunto tuvieron rasgos claves propios y entre unas y otras existieron diferencias. Al mismo tiempo es preciso tener en cuenta las conexiones entre los grupos propuestos. Esta clasificación tiene el propósito central de organizar el análisis político.

El reparto imperialista

Entre 1876 y 1914, una cuarta parte del planeta fue distribuida en forma de colonias entre media docena de Estados europeos: Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Países Bajos, Bélgica. Los imperios del período preindustrial, España y Portugal, tuvieron una participación secundaria. Los países de reciente industrialización extraeuropeos, Estados Unidos y Japón, interesados en el zona del Pacífico, fueron los últimos en presentarse en escena. En el caso de Gran Bretaña, la expansión de fines del siglo XIX presenta líneas de continuidad con las anexiones previas; fue el único país que, en la primera mitad del siglo XIX, ya tenía un imperio colonial.

La conquista y el reparto colonial lanzados en los años 80 fueron un proceso novedoso por su amplitud, su velocidad y porque estuvo asociado con la nueva fase del capitalismo, la de una economía que entrelazaba las distintas partes del mundo. Los principales estadistas de la repitieron una y otra vez que era preciso abrir nuevos mercados y campos de inversión para evitar el estancamiento de la economía nacional. Además, según su discurso, las culturas superiores tenían la misión de civilizar a las razas inferiores. En el marco de la gran depresión (1873-1895), gran parte de los dirigentes liberales de la época –Joseph Chamberlain en Gran Bretaña y Jules Ferry en Francia, por ejemplo– giraron hacia el imperialismo para sostener una política expansionista apoyada por el Estado y basada en un fuerte potencial militar que garantizaría la superioridad de la propia nación. Pero también hubo liberales que rechazaron la colonización como una empresa “civilizadora”. Desde esta posición el republicano francés George Clemenceau sostuvo que:

¿Razas superiores? Razas inferiores, ¡es fácil decirlo! Por mi parte, yo me aparto de tal opinión después que he visto a los alemanes demostrar científicamente que Francia debía perder la guerra franco-alemana porque la francesa es una raza inferior a la alemana. Desde entonces, lo confieso, miro dos veces antes de volverme hacia un hombre o una civilización y pronunciar: hombre o civilización inferior. ¡Raza inferior los hindúes con esa gran civilización refinada que se pierde en la noche de los tiempos! ¡Con esa gran religión budista que la India dejó a China!, ¡con ese gran florecimiento del arte que todavía hoy podemos ver en las magníficas ruinas! ¡Raza inferior los chinos! Con esa civilización cuyos orígenes son desconocidos y que parece haber sido la primera en ser empujada hacia sus límites extremos. (En Bibliothèque de l'Assemblée nationale. Traducción Sandra Raggio)

En el caso de los socialistas, algunos dirigentes de la Segunda Internacional también adjudicaron a la expansión europea un significado civilizador. El debate fue especialmente álgido en el congreso de Stuttgart, en 1907.

Eduard Bernstein (Alemania). Soy partidario de la resolución de la mayoría [...]. La fuerza creciente del socialismo en algunos países aumenta también la responsabilidad de nuestros grupos. Por eso no podemos mantener nuestro criterio puramente negativo en materia colonial [...]. Debemos rechazar la idea utópica cuyo objetivo vendría a ser el abandono de las colonias. La última consecuencia de esta concepción sería que se devuelva Estados Unidos a los indios (movimientos en la sala). Las colonias existen, por lo tanto debemos ocuparnos de ellas. Y estimo que una cierta tutela de los pueblos civilizados sobre los pueblos no civilizados es una necesidad. Esto fue reconocido por numerosos socialistas, sobre todo por Lassalle y Marx. En el tercer tomo de El capital leemos la siguiente frase: "La tierra no pertenece a un solo pueblo sino a la humanidad, y cada pueblo debe utilizarla para beneficio de la humanidad". […]

Van Kol (Holanda). [...] Desde que la humanidad existe hubo colonias y creo que seguirán existiendo durante largos siglos […]. Me limito a preguntar a Ledebour si, durante el régimen actual, tiene el coraje de renunciar a las colonias. ¿Él sabrá decirme entonces qué hará con la superpoblación de Europa, en qué país podrán subsistir las personas que quieren emigrar si no es en las colonias? ¿Qué hará Ledebour con el creciente producto de la industria europea si no trata de hallar nuevos mercados en las colonias? […]

Karski (Alemania). [...] David ha reconocido el derecho de una nación a tomar bajo su tutela a otra nación. Nosotros, los polacos, que tenemos como tutor al zar de Rusia y al gobierno de Prusia, sabemos lo que significa esa tutela. (Exclamaciones de aprobación). Aquí hay una confusión en la expresión debida no tanto a la influencia burguesa como a la influencia de los terratenientes. Al afirmar que todo pueblo debe pasar por el capitalismo, David invoca la autoridad de Marx. Yo cuestiono esa interpretación. Marx dice que los pueblos en donde hay un comienzo de desarrollo capitalista deben completar esa evolución, pero

> nunca dijo que todos los pueblos tengan que atravesar la etapa capitalista [...]. Creo que para un socialista existen también otras civilizaciones además de la civilización capitalista o europea. No tenemos ningún derecho a vanagloriarnos tanto de nuestra civilización y a imponerla a los pueblos asiáticos, poseedores de una cultura mucho más antigua y quizás más desarrollada. (Se oyen exclamaciones de aprobación). David también ha afirmado que las colonias retornarán a la barbarie si se las abandona a su suerte. Esta afirmación me parece relativa, sobre todo en lo que atañe a la India. Allí me represento la evolución de otra manera. Es perfectamente posible mantener la cultura europea en ese país sin que por ello los europeos dominen con la fuerza de sus bayonetas. De ese modo, ese pueblo podría desarrollarse libremente. Por lo tanto, les propongo votar la resolución de la minoría. (En Carrère D'Encausse, Hélène y Stuart Schram, *El marxismo y Asia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974)

En las últimas décadas del siglo XIX, en el marco de un capitalismo cada vez más global, se desató una intensa competencia por la apropiación de nuevos espacios y la subordinación de las poblaciones que los habitaban.

La expansión de un pequeño número de Estados desembocó en el reparto de África y el Pacífico, así como también en la consolidación del control sobre Asia (aunque la región oriental de este continente quedó al margen de la colonización occidental).

El escenario latinoamericano no fue incluido en el reparto colonial, pero se acentuó su dependencia de la colocación de los bienes primarios en el mercado mundial. El crecimiento económico de los países de esta región dependió del grado de integración en la economía global del último cuarto del siglo XIX. En el Caribe, a la prolongada dominación europea de gran parte de las islas y algunos territorios de América Central y del Sur se sumó la creciente gravitación de Estados Unidos, especialmente partir de su intervención en la guerra de liberación de Cuba contra España en 1898.

Las nuevas industrias y los mercados de masas de los países industrializados absorbieron materias primas y alimentos de casi todo el mundo. El trigo y las carnes desde las tierras templadas de la Argentina, Uruguay, Canadá, Australia y Nueva Zelanda; el arroz de Birmania, Indochina y Tailandia; el aceite de palma de Nigeria, el cacao de costa de Oro, el café de Brasil y Colombia, el té de Ceilán, el azúcar de Cuba y Brasil, el caucho del Congo, la Amazonia y Malasia, la plata de México, el cobre de Chile y México, el oro de Sudáfrica.

Las colonias, sin embargo, no fueron decisivas para asegurar el crecimiento de las economías metropolitanas. El grueso de las exportaciones e importaciones europeas en el siglo XIX se realizaron con otros países desarrollados. La argumentación del economista liberal inglés John Atkinson Hobson y el dirigente bolchevique Lenin, acerca de que el imperialismo era resultado de la búsqueda de nuevos centros de inversión rentables, no se correspondió acabadamente con la realidad. Los lazos económicos que Gran Bretaña forjó con determinadas colonias –Egipto, Sudáfrica y muy especialmente la India– tuvieron una importancia central para conservar su predominio. La India fue una pieza clave de la estrategia británica global: era la puerta de acceso para las exportaciones de algodón al Lejano Oriente y consumía del 40 al

45 % de esas exportaciones; además, la balanza de pagos del Reino Unido dependía para su equilibrio de los pagos de la India. Pero los éxitos económicos británicos dependieron en gran medida de las importaciones y de las inversiones en los dominios blancos, Sudamérica y Estados Unidos.

En el afán de refutar las razones económicas esgrimidas por Hobson y Lenin, una corriente de historiadores enfatizó el peso de los fines políticos y estratégicos para explicar la expansión europea. Estos objetivos estuvieron presentes, pero sin que sea posible disociarlos del nuevo orden económico. Cuando Gran Bretaña, por ejemplo, creó colonias en África oriental en los años 80: de ese modo frenaba el avance alemán y sin que existiera un interés económico específico en esa región. Pero esta decisión debe inscribirse en el marco de su condición de metrópoli de un vasto imperio y, desde esta perspectiva, no cabe duda del afán de Londres por asegurarse tanto el control sobre la ruta hacia la India desde el Canal de Suez, como la explotación de los yacimientos de oro recientemente encontrados al norte de la Colonia del Cabo. En este contexto, la distinción entre razones políticas y económicas es poco consistente.

En principio, tanto las colonias formales como las informales se incorporaron al mercado mundial como economías dependientes, pero esta subordinación tuvo impactos sociales y económicos disímiles en cada una de las periferias mencionadas. En primer lugar, porque el rumbo de las colonias quedó atado a los objetivos metropolitanos. En cambio, en los países semi-soberanos, sus grupos dominantes pudieron instrumentar medidas teniendo en cuenta sus intereses y los de otras fuerzas internas con capacidad de presión. Pero además, tanto en la esfera colonial como en la de las colonias informales, coexistieron desarrollos económicos desiguales en virtud de los distintos tipos de organizaciones productivas. Los enclaves cerrados, los casos de las grandes plantaciones agrícolas tropicales como las de caña de azúcar, el tabaco y el algodón, junto con las explotaciones mineras, dieron paso a sociedades fracturadas. Por un lado, un reducido número de grandes propietarios muy ricos; por otro, una masa de trabajadores con bajísimos salarios y en muchos casos sujetos a condiciones serviles. En las regiones en que predominaron estas actividades productivas hubo poco margen para que el *boom* exportador alentase el crecimiento económico en forma extendida. Tanto en Latinoamérica como en las Indias Orientales Holandesas, el cultivo del azúcar, por ejemplo, estuvo asociado a la presencia de oligarquías reaccionarias y masas empobrecidas. En cambio, los cultivos basados en la labor de pequeños y medianos agricultores y en los que el trabajo forzado era improductivo –los casos del trigo, el café, el arroz, el cacao– ofrecieron un marco propicio para la constitución de sociedades más equilibradas y con un crecimiento económico de base más amplia.

Gran parte de las áreas dependientes no se beneficiaron del crecimiento de la economía global. En la mayoría de las colonias se acentuó la pobreza y sus poblaciones fueron víctimas de prácticas depredatorias. Portugal en África, Holanda en Asia y el rey Leopoldo II en el Congo fueron los más decididos explotadores.

En aquellas colonias donde una minoría de europeos impuso su dominación sobre grandes poblaciones autóctonas –los casos de Kenia, Argelia, Rhodesia, África del Sur– los colonos

acapararon la mayor parte de las tierras productivas, impusieron condiciones de trabajo forzado y marginaron a los nativos sobre la base de la discriminación racial.

Las experiencias en las que la incorporación al mercado mundial dio lugar a una importante renovación y modernización de la economía estuvieron localizadas en las áreas de colonización reciente que contaban con la ventaja de climas templados y tierras fértiles para la agricultura y la ganadería. En Canadá, Uruguay, Argentina, Australia, Nueva Zelanda, Chile, el sur de Brasil las lucrativas exportaciones de granos, carnes y café alentaron la afluencia de inmigrantes y la expansión de grandes ciudades que estimularon la producción de bienes de consumo para la población local. Aquí hubo incentivos para promover una incipiente industrialización.

También las colonias en que prevalecieron los cultivos de pequeña explotación fueron beneficiadas con un cierto grado de crecimiento económico a través del incremento de las exportaciones. En la costa occidental de África: Nigeria con el aceite de palma y cacahuete, Costa de Oro (Ghana) con el cacao y Costa de Marfil con la madera y el café. En el sur y sureste de Asia: Birmania, Tailandia e Indochina, los campesinos multiplicaron la producción de arroz. Pero en estos casos no hubo aliciente para la producción industrial en virtud de las limitaciones impuestas por el colonialismo y el bajo nivel de la vida local.

Para organizar sus nuevas posesiones, los europeos recurrieron a dos tipos de relación reconocidos oficialmente: el protectorado y la colonia propiamente dicha. En el primer caso –que se aplicó en la región mediterránea y después en las ex colonias alemanas– las naciones "protectoras" ejercían teóricamente un mero control sobre autoridades tradicionales; en el segundo, la presencia imperial se hacía sentir directamente.

Sin embargo, en lo que respecta al aspecto político hubo algunas diferencias entre los sistemas aplicados por cada nación dominante. Inglaterra puso en práctica el *indirect rule* (gobierno indirecto), que consistía en dejar en manos de los jefes autóctonos ciertas atribuciones inferiores, reservando para el gobernante nombrado por Londres y unos pocos funcionarios blancos el control de estas actividades y la puesta en marcha de la colonia. Francia, más centralizadora, entregó a una administración europea la conducción total de los territorios; Bélgica aplicó un estricto paternalismo sostenido por tres pilares: la administración colonial, la Iglesia católica y las empresas capitalistas. Cualquiera que fuese el sistema político imperante, todas las metrópolis compartían el mismo criterio respecto de la función económica de las colonias: la colonización no se había hecho para desarrollar económica y socialmente a las regiones dominadas sino para explotar las riquezas latentes en ellas en beneficio del capitalismo imperial.

Los imperios coloniales en Asia

En Asia, las principales metrópolis ya habían delimitado sus posiciones antes del reparto colonial del último cuarto del siglo XIX. Los hechos más novedosos de este período en el

continente asiático fueron: la anexión de Indochina al Imperio francés, la emergencia de Japón como potencia colonial y la presencia de Estados Unidos en el Pacífico después de la anexión de Hawai y la apropiación de Filipinas. El movimiento de expansión imperialista de fines del siglo XIX recayó básicamente sobre África.

En Asia, los países occidentales se encontraron con grandes imperios tradicionales con culturas arraigadas y la presencia de fuerzas decididas a resistir la dominación europea. El avance de los centros metropolitanos dio lugar a tres situaciones diferentes. Por una parte, la de los imperios y reinos derrotados militarmente convertidos en colonias, como los del subcontinente indio, de Indochina y de Indonesia. Por otra, la de los imperios que mantuvieron su independencia formal, pero fueron obligados a reconocer zonas de influencia y a entregar parte de sus territorios al gobierno directo de las potencias: los casos de Persia y China. Por último, la experiencia de Japón, que frente al desafío de Occidente llevó a cabo una profunda reorganización interna a través de la cual no solo preservó su independencia sino que logró erigirse en una potencia imperialista[1].

Cuando los europeos –portugueses, franceses, holandeses, ingleses– se instalaron en la India en el siglo XVI se limitaron a crear establecimientos comerciales en las costas para obtener las preciadas especias, esenciales para la comida europea. En ese momento se afianzaban los mogoles, cuyo imperio alcanzó su máximo esplendor en la primera mitad del siglo XVII. A lo largo de este período, la Compañía de las Indias Orientales inglesa, a través de

[1] Bajo el régimen Tokugawa (1603-1867) se consolidó un orden feudal basado en un rígido sistema de castas y la concentración del poder en un jefe militar llamado shogun. Durante este largo período, Japón se mantuvo aislado de Occidente. En 1639 se prohibió la entrada a todos los occidentales, exceptuando a los mercaderes holandeses e inaugurando así la política llamada sakoku (cierre). La revolución Meiji (1868) cambió drásticamente esta formación político social para formar un Estado nacional unificado e industrializado.
La revolución Meiji no obedeció en ningún momento a un plan preciso; los revolucionarios fueron enterándose de los temas y de las soluciones mediante la reiteración del proceso ensayo-error, a través de aproximaciones sucesivas. La toma del poder en 1868 por la elite japonesa moderna se presentó como restauración, más que como revolución, y se produjo siguiendo los procedimientos legales autóctonos vigentes. El último shogun devolvió formalmente el poder al emperador. Pero pese a las apariencias formales de legitimidad, la restauración Meiji fue un golpe de Estado organizado por grupos descontentos de la periferia de la elite existente. Se apoderaron de la antigua institución del trono, hasta ese momento prácticamente sin poder, y la utilizaron como cobertura para aplastar el sistema feudal de vasallaje y los centros de poder casi independientes. Tomaron en sus manos y centralizaron las instituciones de control políticas y económicas con gran rigor y eficacia.
Los samuráis del sudoeste de Japón pretendían evitar el destino del resto del mundo no occidental –la colonización a manos de las potencias imperialistas–, al tiempo que sometían a un campesinado cada vez más rebelde y empobrecido.
Los comerciantes quedaron en general arruinados o expropiados y el campo se explotó despiadadamente para extraer todos los recursos posibles con los que financiar la carrera japonesa hacia la industrialización. Los puestos de control en los nuevos bancos e industrias se concentraron en manos de los antiguos samuráis, respaldados por un nuevo mandarinato burocrático organizado según el modelo prusiano, al tiempo que se copiaron instituciones destinadas a un más eficaz control social. Entre ellas, el servicio militar obligatorio, un sistema de educación pública militarizado, una reformulación deliberada de las prácticas religiosas –que las convirtió en un sintoísmo estatal politizado y centralmente administrado–, y la inculcación de una ideología hipernacionalista de adoración al emperador.
Durante su dominio –aproximadamente desde 1868 hasta principios de la década de 1920–, los dirigentes del Japón meiji también buscaron situarse ventajosamente en el orden global financiero y militar centrado en la City londinense. El oro acumulado, básicamente el recibido como reparaciones de la dinastía Qing después de la guerra chino-japonesa de 1895, fue colocado en los sótanos del Banco de Inglaterra, en lugar de llevárselo a Japón. Esta política, denominada zaigai seika –"especies dejadas fuera"–, se basaba en la capacidad del dinero para crear más dinero: oro, reservas bancarias, reservas internacionales, y tenía dos papeles: como respaldo para la creación de crédito de Japón y también como contribución a la oferta monetaria de Gran Bretaña, que mantenía así su capacidad de compra.
La zaigai seika constituiría el telón de fondo financiero para la firma de la alianza anglo-japonesa en 1902, que selló la admisión de Japón en el club de naciones que defendían el orden global existente. En treinta y cuatro años el país había pasado de ser un lugar inhóspito a convertirse en un importante pilar de la hegemonía británica en Asia oriental y en una potencia imperialista por derecho propio. Japón obtuvo en los mercados globales los fondos necesarios para llevar a cabo y ganar la guerra ruso-japonesa de 1904-1905.

acuerdos con los mogoles, estableció sus primeras factorías en Madrás, Bombay y Calcuta y fue ganando primacía sobre el resto de los colonizadores. A fines del siglo XVIII, derrotó a Francia, su principal rival. A mediados del siglo XIX, la mencionada Compañía ya se había convertido en la principal fuente de poder. Su victoria fue posibilitada, en gran medida, por la decadencia del Imperio mogol y las rivalidades entre los poderes locales. En un primer momento, los ingleses actuaron como auxiliares de los mandatarios indios que disputaban entre ellos por quedarse con la herencia del Imperio mogol. Cuando se hizo evidente que los británicos tenían sus propios intereses, los príncipes marathas (los marathas eran pueblos de diversas estirpes, unidos por una lengua común y la devoción religiosa hindú que les daba identidad cultural) intentaron ofrecer resistencia, pero la confederación maratha fue acabadamente derrotada y disuelta entre 1803 y 1818.

Las grandes revueltas de 1857-58 fueron el último intento de las viejas clases dirigentes por expulsar a los británicos y restaurar el Imperio mogol; los indios más occidentalizados se mantuvieron al margen. Una vez reprimido el levantamiento, la administración de la Compañía de las Indias Orientales quedó sustituida por el gobierno directo de la Corona británica. La India se erigió en la pieza central del Imperio inglés.

En 1877, la reina Victoria fue proclamada emperatriz de las Indias. Aproximadamente la mitad del continente indio quedó bajo gobierno británico directo; el resto continuó siendo gobernado por más de 500 príncipes asesorados por consejeros británicos. La autoridad de los principados se extendió sobre el 45% del territorio y alrededor del 24% de la población. Los mayores fueron Haiderabad (centro) y Cachemira (noreste); los pequeños comprendían solo algunas aldeas. Muchos de estos príncipes musulmanes eran fabulosamente ricos. En el interior de sus Estados ejercían un poder absoluto y no existía la separación entre los ingresos del Estado y su patrimonio personal. La presencia inglesa les garantizaba la seguridad de sus posesiones y los eximía de toda preocupación por la política exterior y la defensa. El subcontinente indostánico estaba demasiado dividido y era demasiado heterogéneo para unificarse bajo las directivas de una aristocracia disidente con cierta ayuda de los campesinos, como sucedió en Japón.

La economía de la región fue completamente trastocada. La ruina de las artesanías textiles localizadas en las aldeas trajo aparejado el empobrecimiento generalizado de los campesinos. Estos, además, se vieron severamente perjudicados por la reorganización de la agricultura, que fue orientada hacia los cultivos de exportación. La administración colonial utilizó los ingresos de la colonia para el financiamiento de sus gastos militares. Las campañas de Afganistán, Birmania y Malasia fueron pagadas por el Tesoro indio.

El interés por preservar la dominación de la India fue el eje en torno al cual Gran Bretaña desplegó su estrategia imperial. En principio, sus decisiones en África y Oriente Medio estuvieron en gran medida guiadas por el afán de controlar las rutas que conducían hacia el sur de Asia. El reforzamiento de su base en la India permitió a Gran Bretaña forzar las puertas de China reduciendo el poder de los grandes manchúes, y convertir el resto de Asia en una

dependencia europea, al mismo tiempo que establecía su supremacía en la costa arábiga y adquiría el control del Canal de Suez.

A fines del siglo XIX, como contrapartida a la expansión de Rusia sobre Asia Central, Gran Bretaña rodeó a la India con una serie de Estados tapón: los protectorados de Cachemira (actualmente dividido entre India y Pakistán), Beluchistán (actualmente parte de Pakistán) y Birmania (Myanmar). La conquista de esta última fue muy costosa: hubo tres guerras; recién como resultado de la última (1885–86) se estableció un protectorado, pero los birmanos continuaron durante muchos años una guerra de guerrillas.

En el sureste asiático, Londres se instaló en Ceilán (Sri Lanka), la península Malaya, la isla de Singapur y el norte de Borneo (hoy parte de Malasia y sultanato de Brunei). La primera fue cedida por los holandeses después de las guerras napoleónicas y se destacó por sus exportaciones de té y caucho. En 1819 Gran Bretaña ocupó Singapur, que se convirtió en un gran puerto de almacenaje de productos y en la más importante base naval británica en Asia. Entre 1874 y 1909 los nueve principados de la península Malaya cayeron bajo el dominio inglés, bajo la forma de protectorados. Singapur, junto con Penang y Malaca, integraron la colonia de los Establecimientos de los Estrechos. Esta región proporcionó bienes claves, como caucho y estaño. Para su producción, los británicos recurrieron a la inmigración masiva de chinos e indios, mientras los malayos continuaban con sus cultivos de subsistencia.

El Imperio zarista, por su parte, desde mediados del siglo XIX avanzaba sobre Asia Central y, en 1867, fundó el gobierno general del Turkestán, bajo administración militar. Entre el Imperio ruso y el inglés quedaron encajonados Persia y Afganistán. A mediados de los años 70, Londres pretendió hacer de Afganistán un Estado tributario, pero la violenta resistencia de los afganos –apoyada por Rusia– lo hizo imposible. La rivalidad entre las dos potencias permitió que Afganistán preservara su independencia como Estado amortiguador.

Desde el siglo XVI los europeos llegaron a Indochina: primero los portugueses, luego los holandeses, los ingleses y los franceses. Son navegantes, comerciantes y misioneros; las prósperas factorías se multiplican sobre la costa vietnamita. Aunque el período colonial propiamente dicho comenzó solo a fines del siglo XIX, a partir del siglo XVIII las luchas entre reyes y señores feudales, entre estos y los omnipotentes mandarines, entre todos los poderosos nativos y el campesinado siempre oprimido, se mezclan con las disputas contra comerciantes y misioneros occidentales.

El fin de las guerras napoleónicas en Europa reavivó los intereses comerciales de las metrópolis: los ingleses, que ya ocuparon Singapur en 1819 y tienen los ojos puestos en China, intentan instalarse en Vietnam; al mismo tiempo los franceses, definitivamente desalojados de la India, buscan más hacia oriente mercados para sus productos de ultramar y materias primas baratas. Cuando se inicia la instalación francesa, Vietnam era un país unificado, cuya capital, Hué, se ligaba con las dos grandes ciudades, Hanoi en el norte y Saigón en el sur, a través de la “gran ruta de los mandarines”. Había adquirido sólidas características nacionales; en lengua vietnamita se habían escrito importantes obras literarias, su escultura y arquitectura reconocían la influencia china, pero tenía características bien diferenciadas. La familia y el culto de los

antepasados mantenían su fuerza tradicional, pero la situación de la mujer era de menor sometimiento que en China.

El Imperio francés de Indochina se parecía al de los británicos en la India, en el sentido que ambos se establecieron en el seno de una antigua y sofisticada cultura, a pesar de las divisiones políticas que facilitaron la empresa colonizadora. Tanto Vietnam como Laos y Camboya, aunque eran independientes, pagaban tributo a China y le reconocían cierta forma de señorío feudal. Francia ingresó en Saigón en 1859 aduciendo la necesidad de resguardar a los misioneros católicos franceses. En la década siguiente firmó un tratado con el rey de Camboya que reducía el reino a la condición de protectorado, y obtuvo del emperador annamita (vietnamita) parte de la Cochinchina en condición de colonia. A partir de la guerra franco-prusiana Francia encaró la conquista sistemática del resto del territorio. Luego de duros combates con los annamitas y de vencer la resistencia china se impuso un acuerdo en 1885, por el que Annam y Tonkín (zonas del actual Vietnam) ingresaron en la órbita del Imperio francés. El protectorado de Laos se consiguió de manera más pacífica cuando Tailandia cedió la provincia en 1893. Indochina, resultado de la anexión de los cinco territorios mencionados, quedó bajo la autoridad de un gobernador general dependiente de París.

El otro imperio en el sureste asiático fue el de los Países Bajos. A principios del siglo XVII, la monarquía holandesa dejó en manos de la Compañía General de las Indias Orientales el monopolio comercial y la explotación de los recursos naturales de Indonesia. A fines de ese siglo se convirtió en una colonia estatal. Un rasgo distintivo de esta región fue su fuerte heterogeneidad: millares de islas, cientos de lenguas y diferentes religiones, aunque la musulmana fuera la predominante. Ese rosario de islas proveyó a la metrópoli de valiosas materias primas: clavo de olor, café, caucho, palma oleaginosa y estaño. El régimen de explotación de los nativos fue uno de los más crueles. Los holandeses redujeron a la población a la condición de fuerza de trabajo de las plantaciones, sin reconocer ninguna obligación hacia ella. El islam, que había llegado al archipiélago vía la actividad de los comerciantes árabes procedentes de la India, adquirió creciente gravitación como fuente de refugio y vía de afianzamiento de la identidad del pueblo sometido. La educación llegó a las masas a través de las mezquitas, a las que arribaron maestros musulmanes procedentes de la Meca y la India.

Por último, los antiguos imperios ibéricos solo retuvieron porciones menores del territorio asiático: España, hasta 1898, Filipinas y Portugal; Timor Oriental hasta 1974.

Hasta el primer cuarto del siglo XIX, la posición de los europeos en China era similar a la que habían ocupado en India hasta el siglo XVIII. Tenían algunos puestos comerciales sobre la costa, pero carecían de influencia política o poder militar. Sin embargo, existían diferencias importantes entre ambos imperios. En la India, el comercio jugaba un destacado papel económico. Muchos de los gobernantes de las regiones costeras que promovían esta actividad no pusieron objeciones a la penetración comercial de los extranjeros y colaboraron en su afianzamiento.

China, en cambio, se consideraba autosuficiente, rechazaba el intercambio con países extranjeros, al que percibía como contrario al prestigio nacional. Su apego a los valores de su

propia civilización y su desprecio hacia los extranjeros significó que se dieran muy pocos casos de “colaboracionismo”. La segunda diferencia fue que China contaba con una unidad política más consistente. Si bien la dinastía manchú careció de los recursos y la cohesión que distinguió a los promotores de la modernización japonesa, no había llegado a hundirse como ocurrió con el Imperio mogol cuando los británicos avanzaron sobre la India. No obstante, alrededor de 1900 parecía imposible que China no quedara repartida entre las grandes potencias, a pesar de las fuertes resistencias ofrecidas en 1839-1842, 1856-1860 y 1900. Fueron las rivalidades entre los centros metropolitanos las que impidieron el reparto colonial del Imperio manchú. Las principales potencias impusieron a Beijing la concesión de amplios derechos comerciales y políticos en las principales zonas portuarias. Sin embargo, el Imperio chino, como el otomano, desgarrados por el avance de Occidente, no cayeron bajo su dominación.

La exitosa revolución Meiji y el agotamiento del Imperio manchú hicieron posible que Japón se expandiera en Asia oriental, desplazando la secular primacía de Beijing. Las exitosas guerras, primero contra China (1894-1895) y después el Imperio zarista (1904-1905), abrieron las puertas a la expansión de Japón en Asia oriental.

Medio Oriente formó parte del Imperio otomano hasta la derrota de este en la Primera Guerra Mundial. No obstante, desde mediados del siglo XIX, los europeos lograron significativos avances en la región: Francia sobre áreas del Líbano actual, y Alemania e Inglaterra en Irak.

En el primer caso, la intervención francesa fue impulsada por los conflictos religiosos y sociales entre los maronitas, una comunidad cristiana, y los drusos, una corriente musulmana. Un rasgo distintivo de la región del Líbano, relacionado con su configuración física –zona montañosa y de difícil acceso– fue el asentamiento de diferentes grupos religiosos que encontraron condiciones adecuadas para eludir las discriminaciones que eran objeto por parte de los gobernantes otomanos. Cuando en la segunda mitad del siglo XIX se produjeron violentos enfrentamientos entre los maronitas y los drusos, tropas francesas desembarcan en Beirut en defensa de los primeros. El sultán aceptó la creación de la provincia de Monte Líbano bajo la administración de un oficial otomano cristiano y la abolición de los derechos feudales, reclamada por los maronitas.

Irak fue una zona de interés para los ingleses dada su ubicación en la ruta a la India, y para Alemania, a quien el sultán concedió los derechos de construcción y explotación del ferrocarril Berlín-Bagdad. A principios del siglo XX, estas dos potencias, junto con Holanda, avanzaron hacia la exploración y explotación de yacimientos petroleros.

El reparto de África

Antes de la llegada de los europeos, el continente africano estaba constituido por entidades diversas, algunas con un alto nivel de desarrollo. No había fronteras definidas: el nomadismo, los intensos movimientos de población, la existencia de importantes rutas comerciales y la

consiguiente mezcla entre grupos eran componentes importantes. En general las fronteras políticas no coincidían con las étnicas. Entre los imperios anteriores a la colonización resaltaban los de África Occidental: Ghana, Mali, Kanem-Bornou y Zimbabwe. El contacto y la penetración del islam a partir del año 1000, aproximadamente, tuvieron fuerte arraigo en la zona oriental y occidental de África.

La trama de relaciones sociopolítica era muy diversa: desde reinos con monarquías centralizadas altamente desarrollados hasta bandas simples con instituciones económicas rudimentarias. La mayoría de los pueblos africanos vivían en sociedades que se encontraban en algún punto en el continuum entre esos dos extremos. Todas ellas compartían formas organizativas basadas en los vínculos de linaje, tanto patrilineales como matrilineales. La mayoría dependía de la agricultura y los intercambios; la urbanización era limitada. En ocasiones, las potencias coloniales establecieron alianzas con poderes militares locales.

La incorporación de África al mercado mundial y su dominación por las potencias europeas atravesó dos etapas. La que comprende del siglo XV al XIX, en la cual prevaleció el comercio de esclavos, seguida por la penetración económica y territorial de Francia y Gran Bretaña en la primera mitad del siglo XIX. En segundo lugar, el período de acelerada colonización a partir de la Conferencia de Berlín de 1885.

Los europeos llegaron a las costas africanas en el siglo XV buscando el camino hacia las especias. En principio se instalaron en ellas para abastecer sus barcos, pero en poco tiempo encontraron un negocio altamente rentable: el comercio de oro, marfil y especialmente de hombres. Debido al derrumbe de las poblaciones indígenas americanas –total en las Antillas y parcial en el continente americano– trasladaron hacia ellas a los esclavos africanos. En África la esclavitud no era desconocida, antes de los europeos fue practicada por la población local y tuvo un destacado incremento con la llegada de los comerciantes árabes a la costa oriental africana.

Los portugueses comenzaron el tráfico transatlántico de hombres en la costa occidental de África a mediados del siglo XV. Inmediatamente se sumaron España, Francia, Holanda y Dinamarca. Los ingleses, que llegaron más tarde, acabaron teniendo el liderazgo en el comercio negrero en relación con la explotación de azúcar en las Antillas y como proveedores de otros Estados.

Los futuros esclavos eran capturados generalmente por otros africanos y transportados a la costa occidental africana, donde eran entregados a las compañías de comercio para ser *almacenados* en las factorías construidas para ello. Este incremento en el comercio de hombres y mujeres fue acompañado por una ideología racista que negó a los negros la condición de seres humanos.

En este momento no se avanzó hacia las tierras del interior, excepto en el caso de África del Sur. Aquí la Compañía Holandesa de la Indias Orientales, en su afán de contar con una sólida parada para el aprovisionamiento de las flotas que iban hacia Asia, decidió fundar una colonia. Los primeros colonos holandeses llegaron a Ciudad del Cabo en 1652, para dedicarse a la producción agrícola y ganadera. Rápidamente se lanzaron a la conquista de nuevas tierras, expulsando de ellas a la población autóctona. Esta emigración creó las bases de una sociedad

de granjeros y ganaderos de carácter autónomo, los llamados *bóers* o *afrikáners*. A pesar de que opusieron una fuerte resistencia, los pueblos locales, especialmente los zulúes, fueron expulsarlos de sus tierras y esclavizados para su explotación económica.

Después de la derrota de Napoleón, en el Congreso de Viena de 1815 la colonia pasó a manos de Gran Bretaña, que impuso la abolición de la esclavitud. Esto, sumado a la primacía política de los británicos y a la imposición de su lengua como la oficial, cargó de tensiones la relación anglo-bóer. Los afrikáners emigraron hacia el norte para fundar las repúblicas autónomas de Orange y Transvaal, mientras que Gran Bretaña mantuvo su predominio en las colonias de Natal y El Cabo.

Los descubrimientos de yacimientos de diamantes en 1867 y de oro en la década de 1880 condujeron al enfrentamiento entre ingleses y bóers, que competían para aprovecharse de esas riquezas. Desde la década de 1870, el inglés Cecil Rhodes asumió un papel decisivo en la explotación económica de toda esta zona y en la expansión hacia el norte de los dominios británicos (Rhodesia). Combinó la creación de compañías mineras exitosas, como la British South Africa Company, con la actividad política y recurrió al uso de la fuerza para acabar con la autonomía de los bóers.

El fracaso de la acción armada contra el gobierno de Transvaal en 1895 lo obligó a dejar su cargo de primer ministro de la colonia de El Cabo. La guerra anglo-bóer estalló en 1899, y aunque al año los británicos ya habían demostrado su superioridad militar, los bóers continuaron resistiendo a través de la guerra de guerrillas. Después de la brutal represión de los militares británicos, estas poblaciones se rindieron en 1903.

Con la creación de la Unión Sudafricana en 1910, las dos repúblicas autónomas –Transvaal y Orange– y las dos colonias británicas –El Cabo y Natal– fueron englobadas en un mismo país bajo la supervisión británica, con una destacada autonomía para los afrikáners y con un régimen unitario, en contraste con el federal adoptado en Canadá y Australia. La monarquía estaba representada por un gobernador general, mientras que el poder efectivo quedó en manos del primer ministro, cargo que fue ocupado por Luis Botha, a quien acompañó Jan Smuts al frente de una serie de ministerios claves. Ambos militares, que habían combatido en la guerra anglo-bóer, eran dirigentes del Partido Sudafricano, que reunió a los afrikáners. Los miembros del Parlamento fueron elegidos básicamente por la minoría blanca. Los *coloureds*, o mestizos, contaron en principio con derechos políticos que se fueron restringiendo según avanzaba el poder de los afrikáners y se reducía el de los anglosajones. El inglés y el holandés se establecieron como idiomas oficiales, el afrikáans no fue reconocido como idioma oficial hasta 1925[2].

---

[2] El afrikáans es el idioma criollo derivado del neerlandés que comenzó a forjarse en Sudáfrica a finales del siglo XVII xvii a través de la simplificación de la fonética y de la gramática, y también en virtud de la incorporación de vocablos procedentes del francés, del alemán, del malayo y del khoi. A lo largo del siglo XIX, la lengua neerlandesa fue el idioma oficial de las repúblicas boers. Las constituciones del Transvaal y el Estado Libre de Orange, así como todos sus documentos públicos y boletines oficiales estaban redactados en holandés. Sin embargo, en el último cuarto del siglo xix, en el marco de cambios económicos y síntomas de crisis cultural, un grupo de fervientes nacionalistas se movilizó a favor de la adopción de la lengua afrikáans.
En 1867, con el descubrimiento de los campos diamantíferos, comenzó un período de transformación económica en Sudáfrica. El impulso económico que dio a la colonia la explotación de los diamantes no destruyó inmediatamente el aislamiento de la agricultura de subsistencia, pero confirió a los granjeros una percepción más aguda de las nuevas oportunidades, las restricciones existentes, y la naturaleza abrupta del crecimiento económico. Las dos actividades

La legislación segregacionista se extendió a partir de 1910: la Native Labor Act impuso a los trabajadores urbanos negros severas condiciones de sumisión, y la Native Land Act destinó el 7% del territorio nacional a reservas para ubicar a los negros. En 1912 se creó el Congreso Nacional Africano, con el objetivo de defender de forma no violenta los derechos civiles y los intereses de los negros africanos. Con una adscripción principalmente de miembros de la clase media, el Congreso puso especial énfasis en los cambios constitucionales a través de las peticiones y las movilizaciones pacíficas.

Este nuevo dominio nació cargado de tensiones. Los bóers pretendían la acabada independencia mientras que la mayoría africana, sometida por ambas comunidades europeas, careció de derechos. Las reservas bantúes Bechuanalandia, Basutolandia y Swazilandia quedaron a cargo de Londres fuera de la confederación.

Al norte, en las tierras sobre las que había avanzado Rhodes se crearon tres colonias: Rhodesia del Sur (Zimbawe), Rhodesia del Norte (Zambia) y Niassalandia (Malawi). Estos tres territorios, con diferente influencia de los colonos blancos y distintos recursos, fueron económicamente complementarios. En Rhodesia del Sur prevaleció la agricultura para la exportación, en manos de colonos europeos. Rhodesia del Norte fue una zona industrial con

---

más importantes de la agricultura en que estaban comprometidos los afrikáner-holandeses –producción de vino y de lana–, se beneficiaron poco del boom diamantífero. Los afrikáner-holandeses se dirigieron lentamente hacia la industria, pero encontraron difícil competir con los anglófonos más entrenados. Contra este retraso económico general, los afrikáner-holandeses comenzaron a agitarse en pos de políticas proteccionistas, un banco nacional para contrarrestar a los bancos imperiales, y un estatuto de igualdad para la lengua holandesa. En general, los anglófonos, con su base en el comercio y la industria y que mayormente hablaban una sola lengua, se opusieron a estas demandas. Desde la década de 1870 se empezó a formar una gran clase de pobres pequeños granjeros. Algunos comenzaron a emigrar a los pueblos donde encontraban empleo casual, otros recurrían a la vagancia, la mendicidad y el crimen, pero el principal efecto fue el surgimiento de asociaciones de granjeros afrikáner-holandeses que estimuló el creciente despertar étnico.

Esta crisis económica fue acompañada por una grave crisis cultural. En su cima, la sociedad afrikáner-holandesa estaba perdiendo algunas de sus mentes más brillantes por medio de un proceso gradual de *anglicización*.

En la década de 1870, en el este del Cabo, unos pocos maestros y clérigos, entre ellos el ministro de la Iglesia Holandesa Reformada Stephanus du Toit, hicieron los primeros intentos conscientes para desarrollar una concepción étnica específica para los afrikáner-holandeses. Estaban preocupados por el modo en que la industrialización y la secularización de la educación afectaban a la sociedad afrikáner-holandesa y querían generar condiciones que posibilitaran rechazar las influencias extranjeras. Du Toit declaró la guerra contra la hegemonía cultural inglesa, la secularización de la educación que debilitaba a las autoridades tradicionales, y la influencia corruptora de la industrialización. En artículos periodísticos publicados bajo el seudónimo de “Un verdadero afrikáner”, argumentó que el idioma expresaba el carácter de un pueblo (volk) y que ninguna nacionalidad podía formarse sin su propio idioma. En 1875 participó en la fundación de la Congregación de Verdaderos Afrikáners. En ese momento, buena parte de la clase dominante consideraba a los afrikáner-holandeses y los anglófonos coloniales como unidos en una nación afrikáner naciente. En contraste, la Congregación dividía al pueblo afrikáner en tres grupos –aquellos con corazones ingleses, aquellos con corazones holandeses y aquellos con corazones afrikáners–, y solo los últimos eran considerados verdaderos afrikáners. Esta organización se declaró a favor del afrikáans como el idioma (étnico) nacional. En pos de este objetivo, publicó un periódico, El Patriota, una historia nacionalista, una gramática, y algunos textos escolares en afrikáans. Su reivindicación del afrikáans tenía varias dimensiones: era un idioma político que daba cuerpo al despertar étnico afrikáner y expresaba oposición al dominio imperial; era un instrumento educativo que elevaría a gran cantidad de niños, y era un vehículo para la divulgación de la Biblia.

Otro factor que aportó a la emergencia de una identidad étnica afrikáner-holandesa fue la exitosa resistencia del Transvaal al intento de los británicos de ocupar esas tierras en 1881.

La resistencia de los ciudadanos de Transvaal se convirtió en una movilización étnica vigorosa. Tuvieron lugar mítines masivos donde gran número de ciudadanos acampaban por varios días para escuchar discursos de los líderes. Más de la mitad de la población firmó peticiones contra la anexión. En esta movilización todas las divisiones políticas fueron temporalmente superadas. La anexión había “dado nacimiento a un fuerte sentido nacional entre los bóers; los había unido y todos estaban ahora con el Estado”. Luego de la guerra, los generales, usando su nuevo estatus como “líderes nacionales”, apelaron a los ciudadanos para finalizar las divisiones políticas y religiosas.

Estos tres desarrollos –la fundación de la Congregación de Verdaderos Afrikáners y del denominado primer movimiento por la Lengua Afrikáans, la creación de asociaciones de granjeros afrikáners y la rebelión de Transvaal– son considerados frecuentemente como el entramado favorable para la emergencia del nacionalismo afrikáner.

Sin embargo, en ese momento, la etnicidad política afrikáner no logró consolidarse en virtud de tres fuerzas que frenaron su auge: primero la continuación de la hegemonía imperial británica; segundo, las profundas divisiones de clase dentro del grupo afrikáner-holandés; y tercero, la intensa rivalidad interestatal entre la Colonia del Cabo y Transvaal.

obreros calificados europeos y mano de obra africana, que cohabitaron con dificultad. Por último, Niassalandia, más densamente poblada y de escasos recursos, sirvió de reserva de mano de obra a los otros dos territorios y a Sudáfrica.

Con la supresión del comercio de hombres en la primera mitad del siglo xix, los territorios al sur del Sahara perdieron interés: holandeses, daneses, suecos y prusianos se retiraron de esas tierras. En cambio, los franceses y los ingleses no solo retuvieron sus posesiones en África occidental –Senegal y Costa de Marfil, los primeros; Nigeria y Costa de Oro (Ghana) los segundos– sino que encararon la explotación de los recursos locales y desde allí, especialmente Francia, avanzaron hacia el interior. Varias expediciones en los años ochenta permitieron a los franceses el control del conjunto del África occidental y ecuatorial (Mauritania, Senegal, Guinea, Burkina Faso, Costa de Marfil, Benin, Níger, Chad, República Centroafricana, Gabón y el Congo). A este inmenso territorio se añadieron las islas de Madagascar, Comores y Mayotte.

El principal interés de Gran Bretaña y Francia se concentró en los territorios del norte de África.

Aunque nominalmente desde Egipto a Túnez eran provincias del Imperio otomano, la debilidad de Estambul posibilitó a los gobernantes locales ganar una creciente autonomía. Los grupos económicos y los gobiernos europeos vieron en esta zona amplias posibilidades para encarar actividades lucrativas: préstamos a los gobiernos, construcción de ferrocarriles e inversión en la explotación de recursos locales. Egipto, por ejemplo se convirtió en un abastecedor clave de algodón para la industria textil inglesa. Además, los capitales encontraron en los gobiernos de estos países a actores interesados en atraerlos para llevar a cabo la modernización que les posibilitaría cortar sus lazos con el Imperio otomano.

La penetración europea fue motorizada por Francia con el desembarco en la costa argelina en 1830. La ocupación efectiva del territorio solo pudo concretarse en la década siguiente, luego de derrotar la resistencia que le opusieran los agricultores del norte y las tribus del desierto. La influencia francesa se extendió a Egipto, donde apoyó la construcción del canal de Suez, inaugurado en 1869. Inmediatamente Gran Bretaña decidió controlar esta vía de comunicación, decisiva para preservar sus intereses imperiales en la India. Primero compró acciones de la Compañía del Canal y finalmente, al producirse el levantamiento de 1881 que rechazaba la presencia extranjera, el gobierno británico, en forma unilateral, ocupó militarmente el país. Egipto siguió siendo formalmente una provincia del Imperio otomano, pero de hecho, en lugar de semiindependiente bajo el poder turco, pasó a ser semiindependiente bajo la dominación británica. Aunque se mantuvo en su cargo al jedive, el poder real quedó en manos del gobernador británico, lord Cromer.

Francia, excluida de Egipto, avanzó decididamente sobre Túnez y con mayores dificultades sobre Marruecos, donde debió enfrentar la resistencia de Alemania en dos ocasiones, en 1905 y en 1911. Al mismo tiempo, intentó llegar a las fuentes del Nilo avanzando desde Senegal. En Fashoda (1898) las fuerzas francesas fueron detenidas por los británicos, que bajaban desde Egipto hacia Sudán para controlar el movimiento musulmán dirigido por el Mahdi. Finalmente Gran Bretaña y Francia pusieron fin a su rivalidad en África: la primera reconoció el predominio francés en la costa del Mediterráneo –excepto Egipto– y Francia aceptó que el Valle del Nilo

quedara en manos de los ingleses. La delimitación de las soberanías en el ámbito colonial permitió avanzar en la formación de la Triple Entente.

La subordinación de Túnez y Marruecos siguió el mismo camino que la de Egipto. Cuando el fracaso de los proyectos encarados por los gobernantes y el alto volumen de la deuda exterior colocó a estos países al borde de la quiebra, los Estados europeos aprobaron el envío de comisiones para el control de las finanzas. En un segundo momento, frente a las resistencias internas gestadas al calor de la modernización dependiente, la metrópoli con mayor fuerza, Francia, recurrió a la fórmula del protectorado.

Entre 1881 y 1912, todos los territorios de la costa mediterránea de África fueron ocupados por un país europeo. La última anexión fue la de las provincias otomanas de Cirenaica y Tripolitania (Libia), concretada por Italia en 1912 con la anuencia de Francia, que así se aseguró el control de Marruecos. En la cruenta y costosa guerra con el sultán, los italianos fueron favorecidos por el levantamiento en los Balcanes que dispersó el esfuerzo de las tropas otomanas.

En un segundo plano, Portugal y España básicamente retuvieron las posesiones del período previo. La primera se mantuvo en las islas de Cabo Verde y Príncipe y en las costas de Angola y Mozambique. En estos territorios debió enfrentar una dura resistencia de las poblaciones locales antes de avanzar hacia el interior, y en virtud de la oposición británica no logró enlazarlos. En 1879 incorporó la colonia de Guinea Bissau. Por su parte, España consolidó la colonia de Guinea Española (Guinea Ecuatorial) y sobre la base de Ceuta y Melilla, enclaves conquistados en las guerras de la Reconquista libradas contra los árabes, recibió de Francia en 1912 la región del Rif, al norte de Marruecos, y la de Ifni, al sur, junto al Sahara. La ciudad de Tánger fue declarada puerto libre internacional. Luego de la Conferencia de Berlín incorporó el Sahara español.

En el vertiginoso reparto de África a partir de los años 80 se entrelazaron la decisiva importancia del canal de Suez, la resignificación del papel de África del Sur en virtud de su condición de productora de diamantes y oro, y las presiones de nuevos intereses: los de Italia, Alemania y el rey belga Leopoldo II. Si bien entre los objetivos y las formas de penetración del poder europeo en el área arábiga musulmana y en el África negra hubo destacados contrastes, al mismo tiempo los intereses cada vez más amplios de las metrópolis condujeron al entrecruzamiento de las acciones desplegadas sobre los distintos territorios.

Las pretensiones de Leopoldo II sobre el Congo y el ingreso tardío de Alemania al reparto colonial llevaron a la convocatoria de la Conferencia de Berlín, que habría de aprobar los criterios para "legitimar" la apropiación del territorio africano. En 1884, el canciller alemán Otto von Bismarck invitó a catorce potencias a reunirse para discutir sus reclamos en torno al continente africano. Durante la Conferencia de Berlín, las principales metrópolis, Alemania, Francia, Inglaterra y Portugal, optaron por evitar la existencia de fronteras comunes entre sus nuevos dominios y reconocieron la potestad de Leopoldo II sobre vastos territorios de África central. El reclamo del rey belga ofreció una salida a las ambiciones encontradas de las mencionadas potencias por controlar las importantes vías de comunicación fluvial de la zona.

En su afán de ingresar al reparto colonial, el rey belga no dudó en prometer que su tutela sobre el Congo pondría fin a la explotación de seres humanos "brutalmente reducidos a la esclavitud". En combinación con las empresas instaladas en la región recurrió al soborno, al secuestro y al asesinato en masa para someter a la población local a la inhumana tarea de recoger el caucho. En virtud de las denuncias de este sistema, el Parlamento belga retiró sus derechos al rey en 1908 y la colonia quedó bajo el control del cuerpo legislativo, que mantuvo el régimen de concesiones a las compañías privadas[3].

Un año después del encuentro en Berlín, Alemania y Gran Bretaña deslindaron sus posesiones en la zona centro oriental. Esta región no ofrecía demasiados alicientes, pero el tardío avance alemán a través de la Compañía Alemana del África Oriental incitó a Londres a ganar posiciones. Los gobiernos de ambos países acordaron que en el sur, Tanganica (parte de la actual Tanzania), Ruanda y Burundi constituirían el África oriental alemana, mientras que el norte, Zanzíbar (parte de la actual Tanzania), Kenia y Uganda se sumaron al Imperio británico. En la parte occidental Alemania incorporó Togo, Camerún, África del Sudoeste (actual Namibia).

El canal de Suez dio nuevo valor estratégico al cuerno de África. En 1862 los franceses compraron el puerto de Obock, origen del actual Djibouti, y los ingleses ocuparon el norte de Somalia en 1885. Los italianos fracasaron en el intento de dominar Etiopía: fue el único país europeo derrotado militarmente por la resistencia de la población local. El emperador etíope Melinek II, embarcado en la unificación del reino, logró que el resto de las potencias le aseguraran su independencia a cambio de ventajas económicas. Italia recibió el sur de Somalia y Eritrea. Los italianos volvieron a Etiopía en 1935 bajo el gobierno fascista de Benito Mussolini, y en esa ocasión lograron someterla.

En 1875, excepto África del Sur, la presencia europea seguía siendo periférica: las naciones occidentales controlaban únicamente el 10% del continente. En 1914 solo existían dos Estados independientes: Liberia y Etiopía. Francia y Gran Bretaña fueron las principales beneficiadas por el reparto de África.

---

[3] En virtud de las crecientes denuncias, el gobierno de Gran Bretaña envió a Roger Casament, funcionario de la Secretaría de Estado para las Colonias, para que investigara la situación de los trabajadores nativos en el Estado Libre del Congo. Después de su informe tuvo a su cargo otro caso el de la empresa Peruvian Amazon Company.
El informe de Casement sobre el Congo, publicado en 1904 a pesar de las presiones que recibió el gobierno británico por parte del rey de Bélgica, provocó un gran escándalo. Poco tiempo después, Casement conoció al periodista Edmund Dene Morel, que dirigía la campaña de la prensa británica contra el gobierno del Congo. Casement no podía participar activamente en la campaña a causa de su condición de diplomático; no obstante, colaboró con Morel en la fundación de la Asociación para la Reforma del Congo. Casement también conoció aJoseph Conrad, el escritor nacido en Polonia que escribió en inglés la novela *El corazón de las tinieblas* en la que plasma sus experiencias a lo largo de sus viajes por África.
En 1906, Casament, fue enviado a Brasil, donde desarrolló un trabajo similar al que había realizado en el Congo, y después fue comisionado por el Foreign Office para establecer la verdad de las denuncias contra la Peruvian Amazon Company, empresa de capital británico pero con presidente peruano, Julio César Arana.
Como reconocimiento a su labor en 1911 fue nombrado caballero, pero un año después abandonaba su cargo para unirse a Los Voluntarios Irlandeses y luchar activamente por la independencia de su tierra natal. En plena guerra, viajó a Alemania a fin de conseguir armas y voluntarios irlandeses (los presos de guerra en Alemania) para luchar contra Londres. El Alzamiento de Pascua se puso en marcha sin que fuera avisado, el número de voluntarios fue muy exiguo y el transporte de las armas fue descubierto por los ingleses que encarcelaron a Casement, lo juzgaron y condenaron a la pena capital. El juicio conmovió a la sociedad británica, en gran medida por la publicidad concedida a unos diarios personales, cuya autenticidad aún es objeto de debate, en los que Casement describía sus más íntimas y pasionales relaciones homosexuales.
El escritor peruano Marías Vargas Llosa dedicó su libro El sueño del celta a reconstruir como novelista la vida de Casement.

Numerosas economías autosuficientes quedaron destruidas. Los intercambios internos, como el caso del comercio transahariano y el de la zona interlacustre del África oriental y central, fueron desmantelados o subordinados. También se vieron afectados negativamente los vínculos existentes entre África y el resto del mundo, en especial la relación con India y Arabia. A medida que la economía colonial maduraba, prácticamente ningún sector de la sociedad africana pudo quedar al margen de los parámetros impuestos por los centros metropolitanos. Los Estados colonialistas se aliaron a los capitales privados en la coacción de la población y la explotación de los recursos. La economía colonial pasó a ser una prolongación de la de la potencia colonizadora, sin que ninguna de las decisiones económicas como ahorro, inversión, precios, ingresos y producción tuviera en cuenta las necesidades locales. Los objetivos de la colonización fueron, en su forma más pura, mantener el orden, evitar grandes gastos y organizar una mano de obra productiva a través del trabajo forzado o formas apenas encubiertas de esclavitud. Este sojuzgamiento desató numerosos movimientos de resistencia. La guerra del impuesto de las cabañas en Sierra Leona, la revuelta bailundu en Angola, las guerras maji maji en el África oriental alemana, la rebelión bambata en Sudáfrica, por ejemplo, testimonian con sus miles de víctimas el rechazo de los pueblos africanos. En todos los casos fracasaron ante la superioridad económica y militar de Occidente.

La ocupación de Oceanía

Oceanía fue la última porción del planeta en entrar en contacto con Europa. Australia y Nueva Zelanda, que llegaron a ser los principales países de la región, fueron ocupadas por los británicos. El resto de los archipiélagos distribuidos por el océano Pacífico se hallan divididos en tres áreas culturales: Micronesia, Melanesia y Polinesia, que entre 1880 y principios de siglo quedó repartida entre británicos, franceses, holandeses, alemanes, japoneses y, por último, los estadounidenses, que desalojaron a los españoles. Las fronteras políticas no siguieron las divisiones culturales, de por sí poco precisas.

La población originaria de Nueva Zelanda son los maoríes, de raíz polinesia, y en Australia hay dos grupos étnica, racial y culturalmente diferentes: los aborígenes australianos y los isleños del estrecho de Torres. En la década de 1780 Gran Bretaña ocupó el territorio australiano con el establecimiento de una colonia penal en la costa oriental. En el siglo XIX la población europea se fue asentando en diversos núcleos del litoral y desarrolló inicialmente una actividad agraria de subsistencia que rápidamente evolucionó hacia una especialización ganadera. Hasta mediados de siglo, los *squatters* –ganaderos con un alto número de de cabezas, la mayoría sin derecho de tránsito por las tierras– fueron los verdaderos dueños de la economía del país.

La consolidación del asentamiento europeo tuvo lugar desde mediados de siglo con el descubrimiento de oro. La reforma agraria de 1861 redujo la hegemonía de los ganaderos, y junto con el desarrollo de la minería se impulsó la agricultura. La demanda de alimentos en el

mercado mundial y el bajo costo de la tierra alentaron el masivo arribo de inmigrantes, principalmente británicos. La urbanización de la isla acompañó el desarrollo industrial. Sydney y Melbourne devinieron grandes centros urbanos.

La aprobación de la Constitución –redactada entre 1897 y 1898– por el Parlamento británico, estableció una confederación de colonias australianas autónomas. En 1901, las seis colonias (Nueva Gales del Sur, Victoria, Australia Meridional, Australia Occidental, Queensland y Tasmania), como Estados independientes, conformaron la Mancomunidad de Australia, regida por un Parlamento federal. El Territorio del Norte y la capital federal se integraron en 1911.

En Nueva Zelanda, colonia británica desde 1840, el poblamiento fue más lento y, también aquí, la consolidación definitiva de los europeos se produjo a mediados del siglo XIX, con el descubrimiento de oro. El ingreso de los inmigrantes fue acompañado por la violenta expropiación de las tierras a los maoríes. En 1907 el país se transformó en un dominio independiente.

La crisis de los antiguos imperios

La expansión de Occidente trastocó radicalmente el escenario mundial. Toda África y gran parte de Asia pasaron a ser, en la mayoría de los casos, colonias europeas. Aunque tempranamente gran parte de las poblaciones autóctonas resistieron el avance de los europeos, estos movimientos no pueden calificarse de nacionalistas. En la mayoría de los casos, las antiguas clases dirigentes tuvieron un papel preponderante y las resistencias expresaron tanto la reacción frente a la destrucción de formas de vida como el afán de los grupos gobernantes de conservar su autoridad y prestigio. Tanto en Egipto en los años ochenta, como en la India con la creación del Congreso, coexistieron fuerzas heterogéneas.

Los tres imperios de mayor antigüedad, el persa, el chino y el otomano, con sus vastos territorios y añejas culturas, no cayeron bajo la dominación colonial, pero también fueron profundamente impactados por la expansión imperialista. En el seno de los mismos se gestaron diferentes respuestas. Mientras unos sectores explotaron los sentimientos anti-extranjeros para restaurar el orden tradicional, otros impulsaron las reformas siguiendo la huella de Occidente, y algunos plantearon la modernización económica, pero evitando la occidentalización cultural.

En el antiguo Imperio persa, antes de la Primera Guerra Mundial, hubo dos movimientos: la Protesta del Tabaco (1891-1892) y la Revolución constitucional (1905-1911). Estas expresaron el rechazo al nuevo rumbo de la economía y al mismo tiempo evidenciaron el peso del ideario político liberal en distintos grupos de la sociedad, especialmente sectores medios y parte del clero chiíta.

La concesión por parte del Sah del monopolio de la venta y exportación de tabaco a una compañía inglesa desató el boicot y una oleada de huelgas dirigidas, en gran medida, por comerciantes y líderes religiosos musulmanes. Uno de los principales ayatolás dictó un decreto islámico (*fatwa*) que prohibía fumar, y las mezquitas se abrieron para dar asilo a quienes

protestaban. El Sah tuvo que revocar la medida. Los ulemas persas estaban en una posición mucho más fuerte que los de Egipto. Tenían una base financiera sólida y se concentraban en las ciudades sagradas de Nayaf y Kerbala, en el Irak otomano. Los monarcas carecían de un ejército moderno y de una burocracia central capaz de imponer su voluntad en materia de educación, leyes y administración de parte de los territorios. A medida que crecía la influencia económica de los europeos, los comerciantes y artesanos nativos recurrieron al consejo de los ulemas, con quienes compartían similar procedencia familiar y los mismos ideales religiosos. Los ulemas legitimaron sus reivindicaciones: Persia dejaría de ser una nación musulmana si los soberanos seguían cediendo poder a los infieles.

La idea de que una constitución era un recurso importante para la seguridad y la prosperidad de la nación concitaba importantes adhesiones, aun entre algunos clérigos. El ejemplo de Japón le confería consistencia. En 1906, el Sah, frente a las movilizaciones que rechazaban su política, aceptó la convocatoria a una asamblea que al año siguiente aprobó una constitución inspirada en la de Bélgica, de decidido corte parlamentario. Sin embargo, en poco tiempo pasaron a primer plano divergencias claves entre la mayoría del clero y los laicos liberales acompañados por una minoría de ulemas, especialmente en el campo educativo y respecto de los alcances de la sharia. Finalmente el texto constitucional enmendado reconoció a un comité de ulemas el poder de vetar aquellas leyes que contradijeran la sagrada ley del islam. En 1908 el Sah, apoyado por una brigada de cosacos rusos, dio un golpe de Estado que clausuró la asamblea y ejecutó a los reformadores más radicales. Un contragolpe destituyó al Sah, y se nombró una segunda asamblea. El avance de las tropas zaristas en 1911 condujo a la clausura del nuevo órgano legislativo.

En el caso de China, las derrotas en las llamadas “Guerras del opio” de 1839 a 1842, y posteriormente de 1856 a 1860, significó el principio del fin del Imperio manchú.

Inicialmente, el comercio británico con China fue deficitario. Los chinos apenas estaban interesados en la lana inglesa y algunos productos de metal. En cambio, la Compañía de las Indias Orientales incrementaba continuamente sus compras de té. Dado que no era posible establecer unos intercambios equiparables, el desembolso británico de plata creció proporcionalmente. En 1800, la Compañía de las Indias Orientales compraba anualmente 10 millones de kilos de té chino, con un coste de 3,6 millones de libras. Frente a esta situación los británicos recurrieran a un producto: el opio que iba a darles importantes márgenes de beneficio, contrarrestando así el déficit con los chinos.

La producción se estableció en la India, al calor de las conquistas realizadas por los británicos entre 1750-1800. Allí había terrenos apropiados, clima conveniente y mano de obra barata y abundante, tanto para recoger la savia de la planta como para el proceso de laboratorio (hervido) que debía convertirla en una pasta espesa, susceptible de ser fumada.

La Compañía de las Indias Orientales, que gozaba del monopolio de la manufactura del opio en la India, organizó el ingreso del opio en China. El opio se vendía en subasta pública y era posteriormente transportado a China por comerciantes privados británicos e indios autorizados

por dicha compañía. Las ventas en Cantón pagaban los envíos de té chino a Londres, en un próspero comercio triangular entre India, China y Gran Bretaña.

Según el historiador británico David Fieldhouse, el tráfico de opio hacia China llegó a convertirse, durante un tiempo, en piedra angular del sistema colonial inglés. La producción en la India se convirtió en la segunda fuente de ingresos de la corona británica gracias a la explotación del monopolio que poseía la Compañía de las Indias Orientales. Las cifras oficiales indican que para 1793 estos ascendían a 250.000 libras esterlinas, pero para mediados de la primera mitad del siglo XIX, cuando Inglaterra no dispone ya de los ingresos del negocio de los esclavos de África, sus ventas superan al millón de libras esterlinas, lo que convierte al opio en el medio comercial fundamental del avance inglés en el sudeste asiático y en el interior de China.

Los edictos imperiales contra la venta de opio, a pesar de los drásticos castigos a los negociantes, fueron burlados por el contrabando. En los años 30, el emperador dictó la pena de muerte para los traficantes de opio y envió a la región de Guangzhou, como comisionado imperial, a Lin Zexu, quien dirigió una carta a la reina Victoria: *Supongamos que hubiera un pueblo de otro país que llevara opio para venderlo en Inglaterra y sedujera a vuestro pueblo para comprarlo y fumarlo. Seguramente, vuestro honorable gobernante aborrecería profundamente esto. [….] Naturalmente, ustedes no pueden desear dar a otros lo que no quieren para sí mismos*.

La Corona británica recogió las quejas de los comerciantes enviando una flota de guerra a China, que derrotó a las fuerzas imperiales. El tratado de Nanking firmado en 1842 reconoció casi todas las exigencias de Gran Bretaña. Se abrieron nuevos puertos al comercio británico y los ingleses, en caso de ser acusados de algún delito, serían juzgados por sus propios tribunales consulares. Las atribuciones del gobierno chino en el plano comercial fueron limitadas y, además, la isla de Hong Kong pasó a manos de Londres por un lapso de 150 años, con la doble función de centro comercial y base naval.

Este resultado alentó la irrupción de otras potencias: Estados Unidos, Francia y Rusia forzaron a China a la firma de los llamados Tratados Desiguales. En 1860 China se vio obligada a abrir otros once puertos al comercio exterior, los extranjeros gozaron de inmunidad frente a la legislación china y se autorizó a los misioneros a propagar la religión cristiana. Simultáneamente, el imperio estuvo a punto de ser aniquilado por movimientos revolucionarios; el más importante fue la insurrección Taiping (1851-1864), que estableció una dinastía rival a la manchú y se adueñó de buena parte de China Central y Meridional. La rebelión presentó varios aspectos de movimiento milenarista: una aguda conciencia de los males que afectaban a la sociedad, la ausencia de propuestas precisas y la fuerte esperanza de un futuro promisorio generadora de actitudes heroicas, como así también de un alto grado de fanatismo. Frente a esta amenaza, el gobierno encaró una serie de reformas que le permitieron sofocar los focos de insurrección. En esta empresa la elite china combinó la revitalización de los valores tradicionales (la ideología confuciana puesta en duda por Occidente y rechazada por los revolucionarios) con la adopción de elementos occidentales en el campo tecnológico, militar y educativo. Durante treinta años el imperio gozó de relativa tranquilidad, pero con las potencias

incrementando su poder. Las concesiones obtenidas en algunas ciudades –los casos de Shangai y Cantón, entre otros– las convirtieron en ciudades-Estado independientes donde las autoridades chinas no tenían potestad y no se aplicaba la legislación nacional.

La guerra con Japón (1894-1895) le imprimió un nuevo giro a la historia de China: dio paso a una gravísima crisis nacional que desembocaría en la caída del imperio en 1911. En virtud de su derrota, China reconoció la independencia de Corea y cedió Formosa a Japón, las Islas Pescadores y la península de Liaotung (esta le fue devuelta debido a la presión de Rusia, que buscó frenar la expansión japonesa) y aceptó pagar fuertes indemnizaciones. La injerencia económica de los imperialismos rivales progresó rápidamente, especialmente en los sectores modernos: explotación de yacimientos mineros, inversión de capitales y préstamos para el pago de la deuda con Japón. En los años siguientes al tratado de paz, el loteo de China entre las potencias avanzó rápidamente. Con la adquisición de Filipinas en 1898, Estados Unidos ganó presencia en el Pacífico y en defensa de sus intereses comerciales se opuso a la existencia de esferas de influencia exclusiva de otras potencias en el territorio. Indirectamente contribuyó a mantener la unidad de China, especialmente por la cláusula que dejaba en manos del gobierno central la recaudación aduanera en todas las regiones.

Desde la corte hubo un intento de reforma radical impulsado por un grupo minoritario de letrados, quienes pretendieron revertir la situación mediante la aprobación, en 1898, de un abultado número de decretos que incluían: la abolición del sistema tradicional de exámenes para funcionarios imperiales, la adopción de instituciones y métodos occidentales de educación, la creación de una administración financiera moderna, la autorización para la fundación de periódicos y asociaciones culturales y políticas, la formación de un ejército nacional e incluso la concesión al pueblo del derecho de petición ante el gobierno. Un golpe de Estado puso fin a la experiencia de los Cien Días. La "revolución desde arriba" no contó en China con las condiciones sociales ni con la suficiente convicción de la elite dirigente para que pudiera prosperar.

Al fracaso de la reforma le sucedió el levantamiento de los bóxers, en el que prevaleció el rechazo violento de todo lo extranjero: centenares de misioneros y de chinos cristianos fueron asesinados, numerosas iglesias quemadas, en tanto líneas de ferrocarril y teléfono destruidas. El movimiento atrajo a campesinos pobres, a quienes malas cosechas e inundaciones obligaron a emigrar, así como también a sectores marginales o desclasados en virtud de la competencia de los nuevos medios de transporte, comunicación y los productos europeos. Los letrados y funcionarios más conservadores apoyaron la insurrección que a mediados de 1900 desembocó en el sitio a las legaciones extranjeras en Pekín y el asesinato del embajador alemán. Frente a los reclamos de las potencias extranjeras, la corte aceptó reprimir la sublevación. Finalmente, una fuerza militar con tropas de varios países puso fin al conflicto. Pekín fue ocupada militarmente y saqueada con saña por las tropas expedicionarias. El imperio subsistió hasta 1911, cuando una revolución en la que intervinieron fuerzas heterogéneas proclamó la República.

El Imperio otomano volvió a reunir bajo su autoridad gran parte de los territorios que habían unificado los árabes. A fines del siglo XIII, los turcos otomanos se hicieron fuertes en Anatolia. Desde allí se extendieron hacia el sudeste de Europa y tomaron Constantinopla (Estambul) a mediados del siglo XV. A principios del siglo XVI derrotaron a los mamelucos anexionando Siria y Egipto, y asumieron la defensa de la costa de Magreb contra España. En su período de máxima expansión se extendió por el norte de África, la zona de los Balcanes y Medio Oriente, desde Yemen hasta Irán.

En la segunda mitad del siglo XIX, con el avance de los gobiernos europeos, sobre todo Inglaterra y Francia, y a través de la penetración del comercio y de las inversiones extranjeras, el norte de África quedó desvinculado de la autoridad del sultán. En este proceso también jugó un papel significativo el afán de los gobernantes locales por alcanzar un mayor grado de autonomía respecto de Estambul. El imperio otomano también retrocedió en los Balcanes.

Ante el desmoronamiento del imperio, sectores de la corte se inclinaron a favor de un amplio plan de reformas inspiradas en las experiencias occidentales. En 1876 lograron que fuera aprobada una constitución de sesgo liberal. Pero las fuerzas tradicionales demostraron una notable capacidad para resistir el cambio, y en poco tiempo el sultán revocó el texto constitucional y restauró la autocracia. En 1908, los Jóvenes Turcos, un grupo de oficiales de carrera interesados en la reorganización de las fuerzas militares y la incorporación de la tecnología occidental, dieron un golpe y obligaron al sultán a reconocer la Constitución de 1876. La revolución estuvo muy lejos de resolver los problemas de la unidad del imperio y de su organización política. Las tensiones entre las reivindicaciones de las nacionalidades no turcas y el proyecto nacionalista de los militares turcos se hicieron evidentes desde que se reunió el Parlamento a fines de 1908. Además, los Jóvenes Turcos estaban divididos en fracciones con distintas orientaciones y, a la vez, en grupos facciosos que competían por el poder.

Ante la impotencia para impedir la desintegración del imperio, los Jóvenes Turcos fueron abandonando los ideales de 1908 y refugiándose en políticas cada vez más abiertamente xenófobas y autoritarias. Asociaron la salvación del imperio con la imposición de la identidad turca al conjunto de las comunidades que lo habitaban.

El avance de Occidente debilitó al Imperio otomano, pero también trajo aparejadas angustias e incertidumbres y la revisión de los pilares de la cultura y la religión musulmana. En Estambul ganó terreno el nacionalismo turco, mientras que en otras áreas del mundo musulmán algunas figuras del campo intelectual proponían la revisión y revitalización del islam.

La expansión europea no solo profundizaba la crisis económica y política del imperio: también cuestionaba la identidad musulmana en el plano cultural y religioso, poniendo en evidencia las debilidades de una civilización que había competido exitosamente con Europa. Los intelectuales del mundo islámico reflexionaron sobre las posibilidades y las desventajas del modelo occidental y en torno a las razones de la decadencia de su propia cultura.

Un sector se inclinó a favor de la modernización, pero alertando contra la mera imitación; los logros de Occidente debían reelaborarse teniendo en cuenta la identidad islámica. Admiraban los éxitos económicos y tecnológicos de Europa, pero rechazaban sus políticas imperialistas.

En este grupo se destacaron Jamal al-Din al-Afghani (1838-1897), pensador y activista político, y su discípulo Muhammad ‘Abduh (1849-1905), abocado a la reforma intelectual y religiosa.

Afghani nació en Irán en un contexto familiar relacionado con el clero chiita persa. Viajó por el mundo musulmán, desde Egipto a la India. El estado de descomposición social que percibió en todas las regiones lo condujo a proponer un programa cuyo punto de partida era la reforma interna. Los males del mundo musulmán eran causados por el expansionismo europeo, pero también por los gobernantes autocráticos y los ulemas aferrados a una interpretación retrógrada de la doctrina:

> […] hoy las ciudades musulmanas son saqueadas y despojadas de sus bienes, los países del islam, dominados por los extranjeros y sus riquezas, explotadas por otros. No transcurre un día sin que los occidentales pongan la mano sobre una parcela de estas tierras. No pasa una noche sin que pongan bajo su dominio una parte de estas poblaciones que ellos ultrajan y deshonran.
>
> Los musulmanes no son ni obedecidos ni escuchados. Se los ata con las cadenas de la esclavitud. Se les impone el yugo de la servidumbre. Son tratados con desprecio, sufren humillaciones. Se quema sus hogares con el fuego de la violencia. Se habla de ellos con repugnancia. Se citan sus nombres con términos groseros. A veces se los trata de salvajes [...].
>
> ¡Qué desastre! ¡Qué desgracia! ¿Y eso por qué? ¿Por qué tal miseria? Inglaterra ha tomado posesión de Egipto, del Sudán y de la península de la India apoderándose así de una parte importante del territorio musulmán. Holanda se ha convertido en propietaria omnipotente de Java y de las islas del océano Pacífico. Francia posee Argelia, Túnez y Marruecos. Rusia tomó bajo su dominio el Turquestán occidental, el Cáucaso, la Transoxiana y el Daguestán. China ha ocupado el Turquestán oriental. Solo un pequeño número de países musulmanes han quedado independientes, pero en el miedo y el peligro [...]. En su propia casa son dominados y sometidos por los extranjeros que los atormentan a todas horas mediante nuevas artimañas y oscurecen sus días a cada instante con nuevas perfidias. Los musulmanes no encuentran ni un camino para huir ni un medio para combatir [...].
>
> ¡Oh, qué gran calamidad! ¿De dónde viene esta desgracia? ¿Cómo han llegado a este punto las cosas? ¿Dónde la majestad y la gloria de antaño? ¿Qué fue de esta grandeza y este poderío? ¿Cómo han desaparecido este lujo y esta nobleza? ¿Cuáles son las razones de tal decadencia? ¿Cuáles son las causas de tal miseria y de tal humillación? ¿Se puede dudar de la veracidad de la promesa divina? ‘¡Que Dios nos preserve!’ ¿Se puede desesperar de su gracia? ‘¡Que Dios nos proteja!’.
>
> ¿Qué hacer, pues? ¿Dónde encontrar las causas de tal situación? Dónde buscar los móviles y a quién preguntar, si no afirmar: “Dios no cambiará la condición de un pueblo mientras este no cambie lo que en sí tiene” (En *Homa Packdamar, Djamal al-Din Assad dit al-Afghani*, París, 1996. Traducción Luis César Bou).

Reconoció la conveniencia de aprender de Occidente en el plano científico y en el de las ideas políticas, pero evitando su materialismo y laicismo. Afghani no era nacionalista, ya que la reforma interna y la expulsión de los europeos debían plasmarse a través de una unión islámica supranacional.

Este modernismo islámico fue esencialmente un movimiento intelectual y no dio lugar a organizaciones duraderas, pero perduró como corriente de pensamiento interesada en compatibilizar la interpretación del islam con la reforma sociopolítica del mundo musulmán.

Hacia el capitalismo global

La revolución industrial tuvo lugar en Inglaterra a fines del siglo XVIII. A mediados del siglo XIX se habían incorporado Alemania, Francia, Estados Unidos, Bélgica y a partir de los años 90 se sumaron los países escandinavos: Holanda, norte de Italia, Rusia y Japón. En el último cuarto del siglo XIX, la base geográfica del sector industrial se amplió, su organización sufrió modificaciones decisivas y al calor de ambos procesos, cambiaron las relaciones de fuerza entre los principales Estados europeos, al mismo tiempo que se afianzaban dos Estados extra-europeos: Estados Unidos y Japón

La industria británica perdió vigor y Alemania junto a Estados Unidos pasaron a ser los motores industriales del mundo. En 1870 la producción de acero de Gran Bretaña era mayor que la de Estados Unidos y Alemania juntas; en 1913 estos dos países producían seis veces más que el Reino Unido.

Las experiencias de Rusia y Japón fueron especialmente espectaculares. Ambos iniciaron su rápida industrialización partiendo de economías agrarias atrasadas, casi feudales. En el impulso hacia la industria, sus gobiernos desempeñaron un papel clave promoviendo la creación de la infraestructura, atrayendo inversiones y subordinando el consumo interno a las exigencias del desarrollo de la industria pesada. En el caso de Rusia, las industrias altamente avanzadas coexistieron con una agricultura pre-moderna. En Japón el crecimiento económico fue más equilibrado. Los nuevos países de rápida industrialización tenían la ventaja de que al llegar más tarde pudieron empezar con plantas y equipos más modernos, es decir podían copiar tecnologías salteando pasos, al mismo tiempo, podían atraer a los capitales ya acumulados que buscaban dónde invertir, el capital francés por ejemplo, tuvo un papel destacado en el crecimiento de la industria rusa.

En Europa del sur, el proceso de industrialización modificó más fragmentariamente. Las estructuras vigentes fueron especialmente débiles en España y Portugal, mientras que en Italia la industria renovó a fondo la economía del norte, pero se ahondó la fractura entre el norte industrial y el sur agrario.

A pesar que entre 1880 y 1914 la industrialización se extendió con diferentes ritmos y a través de procesos singulares, las distintas economías nacionales se insertaron cada vez más en la economía mundial. El mercado mundial influyó sobre el rumbo económico de las naciones en un grado desconocido hasta entonces. El amplio sistema de comercio multilateral hizo

posible el significativo crecimiento de la productividad de 1880 a 1914. Simultáneamente se profundizó la brecha entre los países industrializados y las vastas regiones del mundo sometidas a su dominación.

En la era del imperialismo, la economía atravesó dos etapas: la gran depresión (1873-1895) y la *belle époque* hasta la Gran Guerra. La crisis fue en gran medida la consecuencia no deseada del exitoso crecimiento económico de las décadas de 1850 y 1860, la primera edad dorada del capitalismo.

Los éxitos del capitalismo liberal a partir de mediados del siglo XIX desembocaron en la intensificación de la competencia, tanto entre industrias que crecieron más rápidamente que el mercado de consumo como entre los Estados nacionales, cuyo prestigio y poder quedaron fuertemente asociados a la suerte de la industria nacional. El crecimiento económico fue cada vez más de la mano con la lucha económica que servía para separar a los fuertes de los débiles y para favorecer a los nuevos países a expensas de los viejos. En cierto sentido, con el frenazo del crecimiento económico impuesto por la crisis, el optimismo sobre el progreso indefinido se tiñó de incertidumbres, con los cambios asociados al progreso se hizo evidente también que no había posiciones acabadamente seguras ya que la crisis capitalista no solo golpeaba a los más débiles, sino que también provocaba la bancarrota de los que creían pisar terreno firme. Así como era posible un vertiginoso ascenso de grupos económicos y los hombres que los promovían (el caso de Cecil Rodhes, artífice del imperio británico en el sur de África), también era factible perder posiciones como les ocurría a los industriales ingleses frente a los alemanes o estadounidenses.

La gran depresión no fue un colapso económico sino un declive continuo y gradual de los precios mundiales. En el marco de la deflación, derivada de una competencia que inducía a la baja de los precios, las ganancias disminuyeron. Las reducciones de precio no fueron uniformes. Los descensos más pronunciados se concretaron en los productos agrícolas y mineros suscitando protestas sociales en las regiones agrícolas y mineras.

Frente a la caída de los beneficios, tanto los gobiernos como los grupos sociales afectados buscaron –sin planes acabados– rumbos alternativos. En el marco de la crisis y en relación con el afianzamiento de nuevos industriales y nuevos países interesados en el desarrollo de la industria, ganó terreno el proteccionismo. Además, en el afán de reducir la competencia se avanzó hacia la concentración de los capitales, surgiendo los acuerdos destinados a reducir el impacto de la competencia a través de diferentes modalidades: oligopolios, carteles, holdings. Una tercera innovación, explorada centralmente en Estados Unidos, fue la gestión científica del trabajo que incrementaría la productividad y debilitaría el poder de los sindicatos que defendían el valor de la fuerza de trabajo de los obreros calificados[4]. Por último, un conjunto de Estados

[4] Las investigaciones de Frederic Taylor, que duraron años, apuntaron a la descomposición del trabajo en tareas simples, estrictamente cronometradas de modo tal que cada trabajador realizara el movimiento necesario en el tiempo justo. El examen de Taylor se extendió a los movimientos de la máquina misma, de la cual también debían suprimirse todos los momentos inactivos. El salario a destajo (por pieza producida) debía actuar como incentivo para la intensificación del ritmo de trabajo.

nacionales y grandes grupos económicos se lanzaron al reparto del mundo en pos de mercados, fuentes de materias primas y nuevas áreas donde invertir los capitales.

Desde mediados de los años 90, los precios comenzaron a subir y con ellos los beneficios. El impulso básico para este repunte provino de la existencia de un mercado de consumo en expansión, conformado por las poblaciones urbanas de las principales potencias industriales y regiones en vías de industrialización. En la *belle époque* el mundo entró en una etapa de crecimiento económico y creciente integración.

Sus investigaciones, que duraron años, apuntaron a la descomposición del trabajo en tareas simples, estrictamente cronometradas de modo tal que cada trabajador realizara el movimiento necesario en el tiempo justo. El examen de Taylor se extendió a los movimientos de la máquina misma, de la cual también debían suprimirse todos los momentos inactivos. El salario a destajo (por pieza producida) debía actuar como incentivo para la intensificación del ritmo de trabajo.

Los pilares de la economía global

Entre 1896 y 1914, las economías nacionales se integraron al mercado mundial a través del libre comercio, la alta movilidad de los capitales y destacado movimiento de la fuerza de trabajo vía las migraciones, principalmente desde el Viejo Mundo hacia América.

El comercio mundial casi se duplicó entre 1896 y 1913. A Gran Bretaña con su imperio le correspondió cerca de una tercera parte de todo el comercio internacional. El comercio no vinculado directamente con Gran Bretaña prosperó debido a que formaba parte de un sistema más amplio que reforzaba la orientación librecambista. El movimiento proteccionista –que buscaba resguardar los intereses de la industria incipiente– y de los grupos agrícolas afectados por la incorporación de nuevos productores no afectó la apertura internacional, ya que los países que la adoptaron no rompieron su vinculación con el mercado mundial. Aun con políticas que tenían en cuenta a los que reclamaban protección, se mantuvieron fuertes lazos con los intercambios mundiales vía la entrada de materias primas que no competían con la producción nacional e insumos intermedios de los que ésta carecía.

La inversión internacional aumentó aun más rápidamente. El flujo de dinero fue importante tanto para el rápido desarrollo de gran parte de los países que los recibían como para los que invertían en ellos. El capital británico estuvo a la cabeza de las inversiones internacionales. Los grandes capitales, por ejemplo, en lugar de abrir una nueva línea de ferrocarril en Gran Bretaña podían dirigirse hacia la periferia donde eran requeridos para abaratar el traslado de los alimentos y de las materias primas requeridos por el taller del mundo. Los ferrocarriles atrajeron la mitad de las inversiones inglesas en el exterior y las ganancias procedentes de otros países en este rubro fueron casi dos veces superiores a las obtenidas en el Reino Unido. Estos beneficios saldaban el déficit comercial británico. Los principales receptores no fueron las regiones más pobres de Asia y África, sino países de rápido desarrollo industrial, los de

reciente colonización europea y algunas colonias claves. En 1914, tres cuartas partes de la inversión exterior británica fueron hacia Estados Unidos, Australia, Argentina, Sudáfrica e India.

Junto con vasta la circulación de bienes y capitales, millones de personas se trasladaron a las regiones más dinámicas del Nuevo Mundo abandonando las zonas más pobres de Europa y Asia. En la primera década del siglo XX los inmigrantes representaban el 13% de la población de Canadá, 6% de Estados Unidos y 43% de la Argentina. Para los trabajadores no cualificados de los centros que recibían inmigrantes, la llegada de los extranjeros significó salarios más bajos. La tendencia hacia la baja de los salarios de la mano de obra no calificada, junto con las diferencias religiosas, étnicas entre los grupos de diferente origen, alentaron las divisiones entre los trabajadores. En Australia y Estados Unidos, los sindicatos apoyaron las restricciones a la inmigración y los más afectados fueron los inmigrantes procedentes de Japón y China.

Gran Bretaña fue el centro organizador de esta economía cada vez más global. Aunque su supremacía industrial había menguado, sus servicios como transportista, junto con su papel como agente de seguros e intermediario en el sistema de pagos mundial, se hicieron más indispensables que nunca. El papel hegemónico de la principal potencia colonial se basó en la influencia dominante de sus instituciones comerciales y financieras, como también la coherencia entre su política económica nacional y las condiciones requeridas por la integración económica mundial.

La primacía del mercado mundial fue posibilitada por los avances en las tecnologías del transporte y las comunicaciones: el ferrocarril, las turbinas de vapor (que incrementaron la velocidad de los nuevos buques), la telegrafía a escala mundial y el teléfono. En el pasado, con un comercio exterior caro e inseguro no había aliciente para participar en el mismo; en cambio con el abaratamiento del mismo, la autarquía perdió terreno. Europa inundó al mundo con sus productos manufacturados y se vio a la vez nutrida de productos agrícolas y materias primas provenientes de sus colonias o de los Estados soberanos, pero no industrializados, como los de América Latina.

La integración de las distintas economías nacionales se concretó a través de la especialización. Cada región se dedicó a producir aquello para lo cual estaba mejor dotada: los países desarrollados, los bienes industriales; los que contaban con recursos naturales, alimentos y materias primas. El patrón oro aseguró que los intercambios comerciales y los movimientos de capital tuvieran un referente monetario seguro y estable. Fue más importante para las finanzas internacionales que para el comercio. La adhesión de los Estados al patrón oro les facilitaba el acceso al capital y a los mercados exteriores. Pero al mismo tiempo, desde la perspectiva de las economías nacionales, impedía que los gobiernos interviniesen en la regulación del ciclo económico. Con la aceptación del patrón oro se renunciaba a la posibilidad de devaluar la moneda para mejorar la posición competitiva de los productos nacionales: los gobiernos no podían imprimir dinero ni reducir los tipos de interés para inyectar estímulos a la inversión y aliviar el desempleo en momentos de recesión. La evolución de la economía nacional quedaba atada a la preservación de la confiabilidad ganada por la moneda en el escenario internacional.

En Gran Bretaña, los grupos financieros y las firmas vinculadas al comercio mundial impusieron su visión internacionalista que subordinó la marcha de la economía nacional a la preservación de una moneda estable respaldada por el oro. En los países subdesarrollados, los grupos de poder que dominaban el sector primario (terratenientes y propietarios de minas) oscilaron entre el apoyo a la rigidez del oro y la desvinculación que posibilitaba la devaluación cuando los precios de sus productos descendían en el mercado mundial. La mayoría de los países exportadores de productos agrícolas y mineros solo se ataron al oro en forma intermitente. En Estados Unidos, que se mantuvo vinculado al oro, las dos opciones chocaron con fuerza, ya que era un país integrado por regiones con intereses en tensión. Los agricultores, ganaderos y mineros, afectados por la competencia con productores de países con monedas devaluadas, fueron la base de apoyo del movimiento populista que en los años noventa defendió el retorno a la plata. Esta vía, según los populistas, liberaría al país del plan concebido por los banqueros, inversores y comerciantes extranjeros.

El orden basado en el patrón oro, de hecho era gestionado por el Banco de Inglaterra y vigilado por la Armada británica. Cuando algún país deudor se quedaba sin oro o plata, suspendiendo el pago de sus deudas (los casos de Egipto o Túnez, por ejemplo) podía perder territorios o incluso la independencia a manos de las potencias occidentales.

En el capitalismo de *laissez-faire* que fue positivo para el crecimiento económico global hubo algunos ganadores y muchos perdedores. Se beneficiaron figuras vinculadas con distintas actividades y localizadas en diferentes zonas del mundo: banqueros de Londres, fabricantes alemanes, ganaderos argentinos, productores de arroz indochinos. Lo que los unía era el hecho de haberse dedicado a una actividad altamente competitiva en el mercado mundial y, en consecuencia, no deseaban que la intervención del Estado afectara el funcionamiento del mercado. Este sistema exigió enormes sacrificios a quienes no podían competir en el mercado internacional. Los agricultores de los países industriales y los industriales de los países agrícolas querían protección. Los más pobres y débiles, junto con los menos eficientes (tanto en las actividades agrarias como en la industria), presionaron sobre los gobiernos para que aliviasen su situación.

Solamente Gran Bretaña y los Países Bajos adoptaron acabadamente el libre comercio. En Estados Unidos, aunque los proteccionistas tuvieron un peso destacado no asumieron planteos extremos: si bien defendían la preservación del mercado interno para los productores agrarios e industriales nacionales, al mismo tiempo reconocían las ventajas de colocar la producción estadounidense en el exterior y que el país recibiera inversiones. La mayor parte los países fueron más o menos proteccionistas.

El movimiento obrero se mostró ambiguo en el debate sobre proteccionismo y libre cambio. Como consumidores podían verse favorecidos por el libre comercio si los precios de los alimentos importados eran menores que los locales, por otro lado, no necesariamente las importaciones reducían la oferta de trabajo, esto dependía de la actividad a que estuvieran ligados los trabajadores. La principal preocupación de los obreros era el desempleo y la baja de los salarios derivada del mismo. En este sentido, la mayor amenaza procedía de un patrón oro

rígido que al aceptar las recesiones como una consecuencia normal del ciclo económico, impedía a los gobiernos a tomar medidas para evitar no sólo la desocupación sino también la miseria que iba asociada a la falta de trabajo. A medida que el movimiento obrero se afianzó, se hizo cada vez más difícil que los trabajadores aceptaran que sus condiciones de vida quedasen sujetas a los movimientos del mercado mundial. El conflicto social no podía controlarse solo a través de la represión y los gobiernos tuvieron que reconocer que el liberalismo ortodoxo obstaculizaba sus posibilidades de ganar apoyos en un electorado que incluía cada vez más a los miembros del mundo del trabajo. En la era del imperialismo, algunos gobiernos –mucho de ellos conservadores– exploraron las posibilidades de medidas relacionadas con el bienestar social.

La nueva política

La nueva oleada de industrialización complejizó el escenario social y dio paso a nuevas batallas en el campo de las ideas. En lugar de polarizar la sociedad, el avance del capitalismo propició la aparición de nuevos grupos, en gran medida debido a la diversificación de los sectores medios: los asalariados del sector servicios, la burocracia estatal y el personal directivo de las grandes empresas. También modificó la fisonomía y el comportamiento de la burguesía que dejó de ser la clase revolucionaria que había sido. El burgués que dirigía su propia empresa perdió terreno, en la conducción de las nuevas industrias aparecieron profesionales y técnicos que engrosaron las filas superiores de los sectores medios. La gran burguesía preservó su adhesión al liberalismo económico, pero su liberalismo político se cargó de incertidumbre ante el avance de las fuerzas que pugnaban por la instauración de la democracia. Los liberales que viraron hacia el imperialismo, por ejemplo el inglés Chamberlain o el francés Ferry, creyeron posible que la expansión colonial ayudaría a descomprimir el conflicto social. Al apoyar el reparto del mundo dejaron de lado la máxima de que la paz era factible a través del libre comercio y avalaron la carrera armamentista a través de la cual los Estados competían en la creación de imperios coloniales. En el campo de la cultura y las formas de vida, la gran burguesía se sintió cada vez más consustanciada con los valores de la aristocracia y en el afán de distinguirse socialmente, el burgués ahorrativo e inversor que había impulsado la revolución industrial dejó paso a una alta burguesía que asumía las formas de vida y de consumo distintivas de la aristocracia.

Hasta el último cuarto siglo XIX, las fuerzas conservadoras fueron el principal rival de los liberales. Con disímiles grados de fuerza y convicción en los distintos países, la burguesía ascendente enfrentó al orden monárquico y a la aristocracia. El proyecto liberal incluía la defensa de los derechos humanos y civiles, la mínima intervención del Estado en la economía, la creación de un sistema constitucional que regulara las funciones del gobierno y las instituciones que garantizaran la libertad individual. Este ideario se fundaba en la primacía de la razón y era profundamente optimista respecto al futuro. Sin embargo, en el presente, los

liberales condicionaron la democracia: los que no tenían educación y carecían de bienes que defender, debían ser guiados por los ilustrados y los que promovían el crecimiento económico. Únicamente los ilustrados y los propietarios estaban capacitados para adecuar las políticas del Estado a las leyes *naturales* del mercado. En un principio, los liberales levantaron una serie de barreras económicas y culturales para impedir el voto de las mayorías. Al mismo tiempo que socavaban los principios y prácticas del antiguo régimen, deseaban que los asuntos públicos quedasen en manos de los notables. En algunos casos fueron los conservadores, por ejemplo el canciller Otto von Bismarck en Prusia o el emperador Napoleón III en Francia, quienes ampliaron el derecho a votar. Deseaban contener el avance de los liberales y para eso recurrieron a su posibilidad de manipular a un electorado masivo, pero escasamente politizado.

El avance de la industrialización asociada con la decadencia de la economía agraria tradicional modificó profundamente la trama de relaciones sociales. El debilitamiento de las aristocracias terratenientes, junto con el fortalecimiento de la burguesía y la creciente gravitación de los sectores medios y de la clase obrera, gestaron el terreno propicio para el avance de la democracia. En este proceso se combinaron las reformas electorales que incrementaron significativamente el número de votantes, la aparición de nuevos actores, los partidos políticos, y la aprobación de leyes sociales desde el Estado.

Los cambios en el plano político se produjeron a ritmos y con intensidades muy diferentes. Las transformaciones más tempranas y profundas se concretaron en Gran Bretaña. En el resto del continente europeo hubo una oleada revolucionaria en 1848 que produjo el quiebre de la cohesión del antiguo régimen, aunque muchos liberales, por ejemplo, los alemanes e italianos, no lograron alcanzar sus metas. Las tres décadas siguientes fueron un período de reforma básicamente promovida desde arriba. En casi todos los países, salvo en Rusia, el período concluyó con el avance de los gobiernos más o menos constitucionales frente a los autocráticos. Antes de 1848, las asambleas parlamentarias sólo habían prosperado en Francia y Gran Bretaña. A partir de 1878, los parlamentos elegidos eran reconocidos en casi todos los países europeos. Sin embargo, los liberales del siglo XIX buscaban *un justo equilibrio*. Querían evitar *la tiranía de las masas*, que consideraban tan destructiva como la tiranía de los monarcas. Los liberales luchaban por un parlamento eficaz que reflejara los intereses de todo el pueblo, pero descartaban que los pobres y los incultos comprendieran cuáles eran sus propios intereses.

La nueva política también incluyó la manipulación del electorado y en muchos casos, la ampliación del sufragio apareció asociada con el fraude electoral. Generalmente, en las áreas menos urbanizadas las elecciones se hacían a través de relaciones más personales que políticas. En cada pueblo o aldea existían dos o tres personajes de peso que actuaban como grandes electores a través de su control sobre las autoridades de la localidad y de sus posibilidades de ofrecer favores a los miembros de la comunidad. El gran elector podía acrecentar su poder mediante el vínculo forjado con el dirigente político (muchas veces ajeno al medio local) que ocupaba la banca en la asamblea legislativa nacional gracias a los votos obtenidos por el jefe político local. Después desde su banca el diputado electo devolvía el favor

a través de su colaboración en nombramientos y destituciones, y en la promoción de determinadas obras públicas. Estos vínculos raramente eran armoniosos y daban lugar a enfrentamientos entre diferentes jefes políticos y facciones que dividían a la clase gobernante y podían ir asociados con crisis institucionales. Los nuevos partidos que pretendían llegar al gobierno sufrían tanto las consecuencias del fraude como la violencia instrumentadas desde el Estado. Estas prácticas tuvieron mayor peso en los países más débilmente urbanizados, por ejemplo los del sur europeo.

No obstante, desde fines del siglo XIX hasta la Gran Guerra se produjo un avance significativo de la política democrática en la mayoría de los países europeos. Las profundas transformaciones sociales que acompañan a la segunda revolución industrial, así como la creciente urbanización y los cambios culturales, provocan una progresiva ampliación de las bases sociales sobre las que se sustentó la legitimidad del ejercicio de la política. Esto supuso la lenta transición desde el liberalismo moderado, de carácter restringido o censatario, hacia la adopción de prácticas democráticas, en las que se integraron cada vez con mayor fuerza las clases medias urbanas.

Con la ampliación del cuerpo electoral, los acuerdos entre los notables cedieron el paso a las decisiones de los partidos políticos. Estos se hicieron cargo de una variada y compleja gama de tareas. La producción de los resultados electorales que legitimasen el ingreso al gobierno de los dirigentes partidarios requería de organizaciones estables y consistentes, capaces tanto de representar los intereses de los electores como de construir nuevas identidades políticas. Los vínculos entre dirigentes y dirigidos trascendieron el marco local y los nuevos partidos de alcance nacional, no sólo organizaron campañas electorales y defendieron determinados intereses, también intervinieron en la construcción de cosmovisiones en competencia en torno a la mejor forma de satisfacer el bien común. La política de la democracia apareció asociada con la creciente gravitación de los elementos lengua, raza, religión, tierra, pasado común que se proponían como propios de cada nacionalidad. La exaltación de los mismos contribuía a la cohesión entre los distintos grupos sociales de una misma nacionalidad al mismo tiempo que los distinguía de *los otros*, los que no compartían dichos valores y atributos.

Ante la creciente movilización de los sectores populares y el temor a la revolución social, los gobiernos promovieron reformas sociales con el fin de forjar un vínculo más o menos paternalista con los sectores más débiles del nuevo electorado. En los años ochenta, el conservador canciller de Prusia Otto Bismarck, por ejemplo, fue el primero en poner en marcha un programa que incluía seguros de enfermedad, de vejez, de accidentes de trabajo. También se aprobaron medidas en este sentido en Gran Bretaña, Austria, Escandinavia y Francia. El Estado mínimo postulado por los liberales retrocedía frente al muy incipiente Estado de bienestar.

Antes de haber completado la transformación del antiguo régimen, el ideario liberal y el orden burgués sufrieron el embate de nuevos contendientes: el de la clase obrera y el de la nueva derecha radical. La primera no solo creció numéricamente, las experiencias compartidas en el lugar de trabajo, en los barrios obreros, en el uso del tiempo libre y del espacio público y a

través, tanto de la necesidad de organizarse sindicalmente, como de la interpelación de los socialistas, construyeron un *nosotros*, una identidad como clase obrera.

En década de 1890, con el avance de los partidos socialistas que confluyeron en la Segunda Internacional (1889-1916), el movimiento obrero socialista se afianzó como un fenómeno de masas. Sin embargo, existieron destacados contrastes entre las trayectorias de las distintas clases obreras nacionales, tanto en el peso y el grado de cohesión de las organizaciones sindicales como en el modo de vinculación entre los sindicatos y las fuerzas políticas que competían para ganar la adhesión de los trabajadores. Estas divergencias remiten en parte, a las batallas de ideas entre socialistas, marxistas, anarcosindicalistas, sindicalistas revolucionarios, pero básicamente, a las diferentes experiencias de la clase obrera en el mundo del trabajo y en los distintos escenarios políticos nacionales.

El cuestionamiento de la nueva derecha al liberalismo fue más radical que la del socialismo. Este último rechazaba el capitalismo, pero adhería a principios básicos de la revolución burguesa: la fe en la razón y en el progreso de la humanidad. La derecha radical en cambio, inauguró una *política en un nuevo tono* que rechazó la lógica de la argumentación y apeló a las masas en clave emocional para recoger sus quejas e incertidumbres frente a los hondos cambios sociales y el impacto de la crisis económica. Los nuevos movimientos nacionalistas tuvieron especial acogida entre los sectores medios, pero también ganaron apoyos entre los intelectuales, los jóvenes y, en menor medida, entre sectores de la clase obrera. La crisis económica en la era de la política de masas alentó la demagogia y dio cabida a la acción directa para presionar sobre los gobiernos, y al mismo tiempo impugnar a los políticos y procedimientos parlamentarios. Desde la perspectiva de la derecha radical, la democracia liberal era incapaz de defender las glorias de la nación, siendo responsable de las injusticias económicas y sociales que producía el capitalismo.

La derecha radical

Tanto en Alemania, como Francia y Austria, la nueva derecha radical combinó la exaltación del nacionalismo con un exacerbado antisemitismo. En Italia, los nacionalistas defendieron la necesidad de apropiarse de nuevos territorios para dejar de ser una *nación proletaria*. En sus reivindicaciones ocuparon un lugar clave, las provincias que, como Trentino, Tirol del Sur, Trieste, Istra y Dalmacia, quedaron bajo dominio austriaco (provincias irredentas, no liberadas). Los nacionalistas que continuaron bregando por su incorporación al Estado italiano entraron en acción después de la Primera Guerra Mundial.

Francia fue pionera en la gestación de grupos de derecha radical tan antiliberales y anti-socialistas como capaces de ganar adhesiones entre los sectores populares. En los años 80, el carismático general Boulanger recibió apoyo económico de los monárquicos y recogió votos en barrios obreros. A fines de la década de 1890, Charles Maurras, al frente de Acción Francesa, se presentó en la escena política como un rabioso antiparlamentario, antirrepublicano y antisemita. El

caso Dreyfus[5] dividió a Francia: por un lado, la facción anti-Dreyfus, integrado por conservadores, izquierdistas que adherían al antisemitismo anticapitalista y nacionalistas extremos; por el otro, los pro-Dreyfus formado por el centro demócrata laico y el sector de los socialistas encabezados por Jean Jaurès. La condena en 1894 del capitán Alfred Dreyfus de origen judío, por el delito de traición, conmocionó a la sociedad francesa. Así, dio lugar a una serie de crisis políticas y marcó un hito en la historia del antisemitismo. La constatación que las pruebas en contra de Dreyfus fueron fraguadas, hicieron posible su liberación y reincorporación al ejército doce años después que estallara el escándalo. El caso puso en evidencia el fuerte arraigo de un nacionalismo y un antisemitismo extremos en el seno de la sociedad francesa. Los más decididos defensores de que se hiciera justicia fueron el dirigente republicano George Clemenceau y el escritor Émile Zola, autor de la carta pública, *Yo acuso,* dirigida al presidente francés.

Bajo el impacto de la condena de Dreyfus, Theodor Herzl, judío nacido en Budapest y hombre de letras de formación liberal, se abocó de lleno a promover la constitución de un Estado que acogiera a los judíos dispersos por el mundo. En 1896 publicó *El Estado de los judíos* y al año siguiente, el Primer Congreso Sionista reunido en Basilea con predominio de las organizaciones judías de Europa central, aprobó el proyecto para la creación del futuro Estado de Israel en Palestina. En ese momento, Palestina formaba parte de la Gran Siria bajo el dominio del Imperio otomano con Jerusalén como distrito autónomo en virtud de su condición de capital religiosa del Islam, cristianismo y judaísmo. Después de Basilea, la Organización Mundial Sionista quedó a cargo de la compra de tierras en Palestina para que fueran ocupadas y trabajadas exclusivamente por judíos organizados en colonias (kibutz). La primera *aliyah* o movimiento masivo de regreso a Palestina ya se había concretado en 1881 impulsada por los progromos desatados en Rusia después del asesinato del zar Alejandro II. La segunda *aliyah* se produjo entre 1904-1907 al calor de la derrota del zarismo en la guerra ruso-japonesa y la revolución de rusa de 1905. Entre 1900 y 1914, el número de colonias sionistas en el territorio palestino creció de 22 a 47.

[5] El 1 de noviembre de 1894 los titulares del diario nacionalista y antisemita La Libre Parole anunciaron "¡Alta traición! ¡Detención del capitán Dreyfus, un oficial judío!". El servicio de contraespionaje francés había encontrado un mes antes, en un cesto de papeles en la embajada de Alemania en París, un documento manuscrito en el que se proponía la venta, al agregado militar de la embajada, de información sobre planes militares franceses.
Todo indicaba, en opinión de los agentes franceses, que un militar actuaba como espía de los alemanes, los principales enemigos de nación francesa. Un alto oficial reconoció la letra del capitán Alfred Dreyfus. Al conocerse su arresto la prensa de derechas desencadenó una ola de artículos exigiendo el castigo ejemplar para "el oficial judío". En diciembre comenzó sus sesiones el Consejo de Guerra, y ante la ausencia de pruebas contundentes, el ministro de la Guerra, el general Mercier, sacó la conclusión de que esto "sólo demostraba la inteligencia con que el delincuente había actuado". Dreyfus fue condenado a cadena perpetua en la remota Isla del Diablo, en la Guayana francesa.
Sin embargo, el nuevo jefe del contraespionaje francés, el general George-Marie Picquart, ordenó revisar el caso para buscar pruebas más sólidas. La nueva investigación no sólo confirmó la falta de razones probadas, además permitió descubrir que la letra del comandante Esterhazy era idéntica a la del documento que se atribuyó a Dreyfus. Sus jefes ordenaron a Picquart que olvidase el asunto. No obstante, los resultados de su búsqueda llegaron a la prensa y comenzó un formidable enfrentamiento entre los dreyfusards, partidarios de la revisión del proceso, y los "antidreyfusards" que exigen el cumplimiento de la condena en nombre del honor del ejército francés y los intereses nacionales. El combate de ideas desembocó en la lucha en las calles.
En enero de 1898 se inició el juicio a Esterhazy que salió absuelto. En ese momento, el periódico L'Aurore publicó el Yo acuso firmado por el prestigioso novelista francés Emile Zola, un escritor que en sus novelas dejó testimonio del conflicto social y de las condiciones de vida de los sectores sociales oprimidos en este período de expansión y consolidación del capitalismo. Al día siguiente, en las páginas del mismo periódico dirigido por George Clemenceau aparecía una lista de escritores, profesores y artistas Anatole France, André Gide, Marcel Proust y el pintor Monet entre otros que cuestionaban la culpabilidad de Dreyfus y apoyaban la revisión de su caso. El director del periódico la tituló: el "Manifiesto de los intelectuales".
Un año después, Dreyfus fue indultado sin que esto supusiera la revisión de la condena. Recién en 1906 se produjo su rehabilitación pública regresando al ejército con el grado de jefe de batallón.

Maurras no dudó en privilegiar la defensa de la nación aunque esto incluyera la falsificación del juicio.

En el campo de las ligas nacionalistas, otros grupos (menos atados al tradicionalismo) avanzaron hacia el cuestionamiento del orden social. La Liga de los Patriotas alentó un nacionalismo autoritario destinado a terminar con la corrupción de los políticos y a conciliar los intereses de diferentes clases sociales. Prometió la regulación económica para ayudar a los pequeños comerciantes y artesanos y apoyó la organización sindical de los obreros. En este período circuló en Francia el concepto de *nacionalsocialismo*. Fue utilizado por el escritor Maurice Barrès en su afán de articular los principios del vitalismo y del racismo darwinista con las raíces nacionales. Se diferenció de Acción Francesa por la importancia que asignó al radicalismo económico y a la posibilidad de movilizar a las masas a través de las emociones, entre las que privilegió el odio al judío y el culto a los héroes.

En el imperio de los Habsburgo, el noble y en un primer momento liberal, George von Schönerer, rabiosamente convencido que Austria debía ser parte de Alemania, pretendió organizar a los nacionalistas alemanes con un programa nacional-social y brutalmente antisemita que apelaba a los estudiantes y a las clases medias empobrecidas a través de la reivindicación de la unidad de los alemanes y de la justicia social. Aunque no logró crear un movimiento de masas, tuvo un papel significativo en la afirmación de un nuevo modo de hacer política. El más pragmático socialcristiano, Karl Lueger –quien también combinó apelaciones nacionalistas y antisemitas, aunque en tono más moderado, con declaraciones a favor de la justicia social y la adhesión al catolicismo–fue elegido alcalde de Viena en 1897.

Las ligas nacionalistas emergieron en Alemania en los años 80 como instrumento de presión a favor de una política imperialista en la que Bismarck no se había embarcado. La Liga Panalemana contó con la presencia del entonces joven Alfred Hugenberg y la más significativa Liga de la Marina recibió el aporte económico del fabricante de armas Krupp. Ambos se vincularon con Hitler después de la guerra.

En el plano interno, las ligas fueron decididamente antisocialistas y antisemitas, además propiciaron la eliminación de las culturas minoritarias como las de los polacos. Ambicionaban que la superioridad racial de los alemanes quedara consagrada con su dominación sobre el conjunto de Europa.

Salvo los socialcristianos encabezados por Lueger, ninguno de estos grupos llegó al gobierno, pero aunque se movieron en los márgenes, su interés radica en los lazos propuestos entre la política popular, el antiliberalismo, antisocialismo y antisemitismo. Si bien el fascismo no fue la proyección lineal de ninguna de estas fuerzas, la rebelión intelectual y política de finales del siglo XIX contra la Ilustración abonó el terreno en que arraigó el fascismo, pero solo después de que el trauma de la Primera Guerra Mundial lo hiciera factible.

La Iglesia Católica rechazó decididamente al liberalismo a través de las opiniones vertidas por el papa Pío IX en el documento *Syllabus* y la encíclica *Quanta Cura* publicadas en 1864. En los años 90, ante el avance de los cambios sociales y políticos, el Papado, en lugar de limitarse a denunciar los pecados del mundo moderno, decidió intervenir en el curso del nuevo orden. La

encíclica *Rerum Novarum* de León XIII sobre la condición de los obreros (1891) alentó la gestación del *catolicismo social.* La propuesta de atender los reclamos justos de los trabajadores fue seguida de la creación de partidos políticos y de sindicatos católicos. La tarea organizada conjuntamente por la jerarquía, los sacerdotes y los laicos con conciencia social, se presentó como una tercera vía entre el capital y el movimiento obrero socialista. Los capitalistas debían entender que la familia obrera tenía que desarrollarse en condiciones dignas. Los obreros no debían seguir las palabras y acciones de quienes conducían al caos social con la consigna de la abolición de la propiedad privada. Los sindicatos católicos lograron mayor arraigo en las ciudades pequeñas y en el campo que en los grandes enclaves industriales urbanos donde tuvieron dificultades para competir con los socialistas. Tanto en Italia (partido Popular) como en Alemania (el partido de Centro), los partidos católicos contaron con un significativo apoyo de los sectores populares.

La era del imperialismo en América Latina

La era del imperialismo constituyó el marco de la decisiva incorporación de América Latina a la economía mundial capitalista. Este proceso produjo transformaciones fundamentales en todo el subcontinente: por un lado, consolidó el perfil agro-minero exportador de su economía; por otro lado, esa orientación profundizó las diferencias regionales, en función de las diversas "vías nacionales" a través de las cuales se llevó a cabo. También fue en esta era cuando se despertaron las más intensas expresiones de búsqueda de una identidad latinoamericana y nacional, recortada frente a los imperialismos que la amenazaban. En síntesis, este territorio histórico condensa problemáticas decisivas para América Latina.

Las apetencias de las economías europeas, en este período de crecimiento de las economías industrializadas y de expansión sobre nuevos territorios, encontraron en América Latina un espacio propicio para la obtención de materias primas y un mercado en crecimiento para la colocación de productos de elaboración industrial. Frente a ese contexto, las oligarquías locales buscaron incrementar la producción agrícola y minera para su exportación. Lo hicieron sobre la base de la estructura de los grandes latifundios o haciendas, de las que eran propietarias. Así, consolidaron un modelo de crecimiento económico basado en la especialización productiva, en la explotación extensiva y en la dependencia de los mercados exteriores.

En este marco, cada zona se especializó en la provisión de determinados productos. En las pampas de clima templado de la Argentina y Uruguay prosperó la producción de lana, cereales y carne. La agricultura tropical se extendió por una vasta región: el café desde Brasil hasta Colombia, Venezuela y América Central; el banano en la costa atlántica de Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia y Venezuela; el azúcar en Cuba, Puerto Rico y Perú; el cacao en Ecuador. En el caso de la minería se recuperaron exportaciones tradicionales: la plata en México, Bolivia y Perú; el cobre y nitratos en Perú y Chile; el estaño en Bolivia y, algo más tarde, el petróleo en México y en Venezuela.

Este proceso de especialización vinculado a la demanda internacional supuso cambios en los niveles de inversión e infraestructura requeridos para la producción. Fue fundamental, en ese sentido, el papel desempeñado por Inglaterra en la construcción del transporte ferroviario, así como en el desarrollo de los mecanismos financieros y crediticios, y por su condición de mercado consumidor de los bienes producidos en la región. También EEUU iría ganando terreno, y su presencia en el continente llegaría a ser predominante a través de la participación directa en la explotación de minerales y, fundamentalmente, en la agricultura tropical en Centroamérica y el Caribe.

De esta manera, un aspecto del proceso de "modernización" que acompañó el crecimiento de la actividad económica, fue el mayor nivel de inversión en la producción, el incremento de su escala y fundamentalmente los cambios en la infraestructura, cuyo impacto visual más notable fueron los miles de kilómetros de redes ferroviarias construidos por capitales ingleses. Esto acompañó un importante crecimiento de las ciudades, algunas de las cuales se transformaron al ritmo de las actividades comerciales y financieras, como así también el movimiento generado en torno a ellas. Fue en estos años que Buenos Aires, San Pablo, La Habana, Lima, Montevideo y Santiago de Chile, entre otras ciudades, abandonaron el viejo aspecto de aldeas o emporios comerciales y se transformaron en grandes urbes con nuevos edificios de arquitectura europea, instalaciones portuarias, trazados que desbordaban las viejas murallas a partir de nuevas avenidas y barrios residenciales. Estas ciudades tenían ahora alumbrado público, y el gas había dejado atrás los aromas del aceite o la grasa vacuna. En ellas floreció una incipiente burguesía, vinculada con las actividades comerciales, y muchas veces con los intereses de las potencias imperialistas.

La otra cara de la "modernización" fue el incremento de la dependencia con respecto a la economía de los países centrales, y la acentuación de los contrastes, tanto entre las diferentes naciones, como entre las diversas regiones con dispares vínculos con la "economía europea".

Estos contrastes fueron evidentes en el impacto que estas transformaciones tuvieron en las formas de trabajo, en la propiedad de los recursos y, en general, en la estructura de las sociedades de América Latina.

En el caso del café, por ejemplo, las oportunidades que se presentaban para la exportación hicieron crecer en Brasil las expectativas de los terratenientes y empresarios paulistas, quienes recurrieron cada vez más al trabajo de inmigrantes. La mano de obra libre resultaba más rentable que el viejo sistema esclavista, que había predominado en la producción azucarera del norte. En Colombia y El Salvador, en cambio, explotaciones de menor extensión cubrían la demanda de fuerza de trabajo con el alto crecimiento vegetativo de la población mestiza; mientras que en Guatemala, la fuerza de trabajo era proporcionada por las comunidades indígenas que hasta entonces se habían mantenido aisladas de la economía de mercado. También en la producción de azúcar en el norte peruano se utilizaba mano de obra proveniente de las sierras. En este caso, convivían las plantaciones y los modernos ingenios, propiedad de empresarios alemanes y norteamericanos, con un antiguo sistema de reclutamiento de obreros conocido como enganche. Éste consistía en el adelanto de dinero a los trabajadores de las

sierras a través del enganchador, que era un prestamista intermediario vinculado con los propietarios de las tierras y autoridades locales de las zonas serranas conocidos como gamonales. El sistema permitía el contrato temporario, en función del ciclo agrícola, de mano de obra obligada a trabajar por las deudas contraídas, lo cual reproducía antiguas formas de dependencia, bastante distantes del moderno trabajador asalariado.

En México tampoco hubo una importante afluencia de inmigrantes, sin embargo se produjo un crecimiento natural de la población. La concentración de la tierra, estimulada por las oportunidades de explotación de recursos minerales, pero también del henequén en la península de Yucatán, hizo que retrocediera el área de producción de alimentos, y se consolidara el paisaje de la hacienda: la gran propiedad orientada a la producción exportable.

Tanto en el caso de la expansión del Brasil central, vinculada con la producción agropecuaria, como en el de la pampa húmeda argentina y uruguaya, junto con el enriquecimiento de los grandes terratenientes o latifundistas, se produjo también el ascenso social y económico de una parte de los productores directos que conformó una clase media rural. Aquí también fue importante el aporte de sucesivas oleadas de inmigrantes italianos y españoles, que contribuyeron a resolver el problema de la escasez de mano de obra y la necesidad de ocupar nuevos territorios, ganados a las poblaciones indígenas. En estos casos, la inserción en la economía global apareció asociada con la expansión del mercado interno. Las actividades primarias promovieron un incipiente proceso de industrialización, vinculado principalmente con complejos agroindustriales, como saladeros, curtiembres o frigoríficos, pero también con otras actividades complementarias que estaban relacionadas con el crecimiento poblacional y de las ciudades.

En cambio, el *boom* exportador en la agricultura tropical y la minería significó la instalación de islotes económicos más decididamente vinculados a los centros capitalistas que al conjunto de la economía del país productor.

Además de las explotaciones vinculadas al mercado mundial, en los países de tradición indígena persistieron amplias zonas con una agricultura poco renovada donde coexistían la hacienda tradicional y la comunidad campesina. Los grandes latifundios escasamente productivos continuaron confiriendo a sus propietarios un importante poder político y social a nivel regional. Los yanaconas en el alto Perú, los huasipungos en Ecuador y los inquilinos en Chile, eran campesinos que entregaban su trabajo personal a los dueños de las haciendas a cambio de una pequeña parcela de la que dependía su subsistencia.

Estos contrastes apuntados ofrecen un paisaje en el que el crecimiento económico y el proceso de modernización tuvieron como características principales la concentración de la propiedad, el incremento de la incidencia del capital extranjero, la persistencia de antiguas formas de explotación del trabajo, pero también una serie de cambios en las sociedades, vinculados con el crecimiento de las ciudades y el aporte de la inmigración. Si bien la población siguió siendo predominantemente campesina, la proporción se redujo con respecto a la primera mitad del siglo; las nuevas actividades económicas dieron lugar, en algunos casos, a la consolidación de sectores medios, y el incipiente proceso de industrialización,

fundamentalmente en algunos países como Argentina, Chile, Uruguay y México, acompañó la formación de un proletariado urbano y la aparición de las primeras organizaciones de trabajadores. Estos sectores protagonizarían conflictos dentro del orden político sobre el que se había construido el proceso de modernización.

¿Qué características tenía ese orden político? Aquí también los contrastes y las diferencias de los casos nacionales resultan importantes. Sin embargo, puede decirse, en líneas generales, que el llamado *orden oligárquico* conformó el marco político que propició el conjunto de transformaciones que resultaban necesarias para consolidar el nuevo orden económico. Las oligarquías regionales se abocaron a la tarea de terminar de resolver sus diferencias, muchas veces a través de prolongados enfrentamientos, con el objetivo de construir estructuras estatales, necesarias para ofrecer un marco a la actividad agro-minero exportadora. Las políticas estatales resultaban fundamentales para generar condiciones propicias para la inversión de capitales extranjeros y para promover la formación de la fuerza de trabajo que demandaba la expansión de la producción vinculada al mercado mundial. Así, en la mayoría de los países, durante este período, se avanzó en la construcción de las instituciones del Estado nacional a través de la organización de un sistema administrativo más eficiente y especializado, junto con la aprobación de un marco jurídico adecuado para el desenvolvimiento de las nuevas actividades, y la consolidación de ejércitos nacionales profesionalizados y subordinados al gobierno nacional. Estos se ocuparon de neutralizar las resistencias de los poderes regionales, reprimir las primeras protestas de trabajadores y reducir o exterminar a las poblaciones indígenas que ocupaban territorios apetecidos para expandir la frontera de la producción primaria exportable.

De acuerdo al tipo de producto primario que cada región podía ofrecer, se hacía necesaria la ocupación de regiones que, en algunos casos, habían permanecido al margen, incluso durante los siglos de dominación colonial. En el caso de México, Chile y Argentina, por ejemplo, la consolidación del poder estatal estuvo ligada al sometimiento de las poblaciones originarias a través de campañas militares que llegaron a producir el exterminio de poblaciones enteras. Este fue el caso de la llamada “Conquista del Desierto” encabezada por el presidente argentino Julio A. Roca. A través de una excursión militar hacia lo que, con eufemismo, se denominaba “desierto”, el Estado incorporó a la economía nacional, orientada a la exportación de productos demandados por los centros industrializados, como lana, carne o cereales, miles de kilómetros de la Patagonia.

Ya se tratara de gobiernos surgidos de consensos alcanzados entre oligarquías, que sostenían sistemas republicanos basados en elecciones con participación restringida y resultados fraudulentos, o de dictaduras que prescindían de esos mecanismos, el orden oligárquico sobre el que se construyó el proceso de modernización tuvo un sesgo marcadamente autoritario. En muchos casos, fue el resultado de la emergencia de caudillos regionales capaces de traducir sus liderazgos en términos “nacionales”. Las principales disputas respondieron a las diferentes perspectivas de conservadores y liberales en torno de la mayor o menor influencia de la Iglesia

católica en el orden social; también hubo conflictos en torno del carácter, centralista o federal, de la organización política que consagrarían los textos constitucionales.

En general, las oligarquías que comandaron este proceso de consolidación de los Estados Nacionales, lo hicieron guiados por el espíritu “civilizatorio” que acompañaba las excursiones hacia territorios que antes estaban fuera del alcance estatal. Las consignas de “orden y progreso” o “paz y administración” resultaron lemas característicos que sintetizaban la ideología positivista que sustentaba la acción “modernizadora” en lo económico, pero profundamente conservadora en lo político.

La era del imperialismo yanqui

Hacia finales del siglo XIX asomaría en el continente una sombra imperialista que a la postre se revelaría como algo más palpable que un espectro. La presencia de EEUU se hizo cada vez más potente a partir de su creciente protagonismo en las disputas por los mercados de capital y las fuentes de materias primas. La emergente potencia imperial del norte había procurado posicionarse desde principios del siglo XIX como “hermano mayor” de sus débiles vecinos, para resguardarlos de la posibilidad de recaer en las garras coloniales. El marco ofrecido por la Doctrina Monroe, sancionada en 1823, invocaba el principio soberano de “América para los americanos”, pero establecía de hecho la incumbencia norteamericana en el ámbito continental.

EEUU impulsaba ahora, en la era del imperialismo, una traducción de su liderazgo continental por medio de la promoción de Conferencias que buscaban unir a todos los Estados Americanos. La primera de esas reuniones, convocada en Washington, en 1889, puso en evidencia la intención de los norteamericanos de propiciar acuerdos comerciales y unificar las normas jurídicas para potenciar su penetración económica en el continente, en el marco de su proyecto panamericano. Esa posición de liderazgo en la promoción de una organización de escala continental sería pronto reafirmada a través de la participación en gestiones para dirimir conflictos entre los países latinoamericanos y las viejas potencias imperiales europeas, que aún conservaban su presencia en el continente. Así, la gestión diplomática en ocasión de las disputas entre Venezuela y Gran Bretaña por el límite de la Guyana (1897) sería un antecedente para que luego EEUU interviniera decisivamente en el proceso de independencia de dos islas que constituían los últimos bastiones del viejo imperio español. Principalmente Cuba, aquel emporio de la colonia, constituía un espacio estratégico en el área del Caribe, de singular interés para los norteamericanos. De allí que EEUU ofreciera, además de la diplomacia, su apoyo militar a los ejércitos rebeldes que luchaban por la independencia.

La declaración de guerra a España, en 1898, tras un incidente con un barco de bandera norteamericana, decidió el definitivo retroceso del colonialismo ibérico y, al mismo tiempo, inauguró la era del imperialismo norteamericano a través de la ocupación de Cuba y Puerto Rico, botines de la guerra ganada. Si bien la primera de estas dos islas declararía su

independencia formal, la enmienda Platt, incorporada al texto constitucional de la nueva República, cedía a EEUU parte del territorio y el derecho a la intervención.

Aunque las iniciativas vinculadas con el proyecto panamericano no se detuvieron y se organizaron nuevas reuniones rebautizadas como Conferencias Interamericanas, con el comienzo del siglo XX, EEUU acentuaría su estrategia de intervención en el continente con menos diplomacia y más garrote. Esa impronta de la política exterior era el espíritu del llamado corolario Roosevelt de la Doctrina Monroe, a través del cual el nuevo presidente norteamericano (Theodore Roosevelt, quien había asumido en 1901), admitía la necesidad de propiciar una política más agresiva de defensa continental frente a la debilidad que mostraban muchos gobiernos para enfrentar las amenazas de las potencias extra-continentales. El desorden financiero de los Estados de América Latina, que supuestamente los colocaban en una situación de debilidad frente a los acreedores europeos, comenzó a ser considerado, también, un motivo de intervención.

A nadie escapaba el hecho de que detrás de esta política de protección continental se encontraban los intereses imperialistas de Norteamérica. Esto se pondría de manifiesto en torno de la independencia de Panamá en 1903. EEUU había intentado negociar con Colombia la sesión de una parte de su territorio, considerado propicio para la construcción de un canal interoceánico. Fracasados los intentos diplomáticos, Roosevelt decidió el apoyo a los ejércitos independentistas, que garantizaron la cesión a EEUU del territorio donde, luego de declarada la independencia, comenzaría a construirse el Canal.

La invocación del corolario Roosevelt de la Doctrina Monroe sería también el pretexto del desembarco de marines norteamericanos en Santo Domingo en 1905, frente a la amenaza de un levantamiento armado opositor y de una intervención en Cuba, amparada en la enmienda Platt, en 1906. Esos hechos desplegados bajo la llamada *política del garrote* consolidaron la presencia de EEUU en el Caribe, que acompañó el incremento de las inversiones norteamericanas, y la consiguiente especialización de las economías caribeñas en la producción de alimentos para la exportación a su protector.

La conexión entre la agresiva política exterior norteamericana y los intereses económicos se hizo más explícita bajo el gobierno de William Taft (1909-1913). Su política exterior hacia América Latina, conocida como *diplomacia del dólar*, se fundaba en la idea que no solo constituía una amenaza la presencia de otras potencias, sino también la influencia de actores económicos ajenos al continente. En ese marco se produjeron intervenciones de EEUU en Honduras, Haití y Nicaragua entre 1909 y 1912, que aseguraron el predominio de las empresas de origen norteamericano.

Con la llegada al gobierno de EEUU del primer presidente demócrata en la era del imperialismo, Thomas Woodrow Wilson (1913-1921), se despertaron expectativas en torno a la proclamación del fin de las políticas agresivas hacia el continente. Sin embargo, rápidamente las acciones de los marines desmintieron los discursos democráticos. El primer escenario de una nueva intervención norteamericana sería el convulsionado vecino del sur, al que ya se le había arrebatado medio siglo antes una parte de su territorio: México. El desembarco en el

puerto de Veracruz, en 1914, justificado por la detención de tropas norteamericanas en Tampico, produjo una reacción defensiva por parte del gobierno encabezado por Victoriano Huerta, surgido de la Revolución que había comenzado en 1910. Si bien las tropas norteamericanas permanecieron durante seis meses en Veracruz, la respuesta mexicana expresaba un principio de autodeterminación y rechazo a la intervención de EEUU, que ya se encontraba extendido en buena parte de los países del continente.

Centroamérica continuó siendo el escenario principal de la influencia imperialista norteamericana: un nuevo desembarco de tropas estadounidenses en Haití, en 1916, se traduciría en una ocupación que perduraría durante 18 años; en República Dominicana, la intervención concretada ese mismo año daría lugar al control del país durante los 8 años siguientes. Sin embargo, esa agresiva política imperialista en el continente, y en particular en Centroamérica, había engendrado también una expresión latinoamericanista, que comenzaba a ser cada vez más claramente asociada con un contenido antiimperialista.

En torno de la intervención norteamericana en la independencia de Cuba, José Martí había denunciado el imperialismo norteamericano en el continente, ofreciendo una visión sobre los peligros que engendraban sus intereses económicos. Esa postura afirmaba la necesidad de fortalecer la unidad del continente, sintetizada en la expresión “Nuestra América”, título de un ensayo político-filosófico escrito por Martí en 1891.

En el campo artístico, filosófico y literario, el movimiento estético denominado *Modernismo*, cuyo representante más notable fue el poeta nicaragüense Rubén Darío, le daba forma –también en esos años– a una búsqueda identitaria recortada frente a lo norteamericano, que rescataba la herencia hispana y católica de la cultura latina frente a la anglosajona.

Esa veta de la expresión artística fue recogida y amplificada por medio de la trascendencia que alcanzó entre los intelectuales del continente la obra *Ariel* del escritor uruguayo José Enrique Rodó, publicada en 1900, que definió en términos de contraste la condición “espiritual” de la cultura hispano americana, frente al carácter “materialista” de lo anglosajón. Más allá del contenido elitista que contenía el planteo de Rodó, su recepción daba cuenta de una vocación extendida en el continente que buscaba reemplazar el dogma cientificista que había predominado en las clases dirigentes, por nuevas representaciones sobre lo nacional y lo continental. Esta búsqueda daba lugar a diferentes expresiones en las que lo nacional se podía pensar tanto a través de las referencias a lo católico, como en torno de reivindicaciones de lo indígena o la condición mestiza del continente, en términos raciales, pero también culturales. La veta *martiniana* de una identificación identitaria de lo latinoamericano recortada frente al imperialismo, sería recuperada por algunos intelectuales con presencia y renombre en el continente, como los argentinos Manuel Ugarte y José Ingenieros. En particular, el primero de ellos sería uno de los más reconocidos promotores de la unidad latinoamericana y de la necesidad de enfrentar el *imperialismo yanqui*, consignas que difundió a través de incansables viajes y conferencias, fundamentalmente entre miembros de nuevas generaciones que provenían de sectores medios ilustrados.

Estas diversas expresiones de una incipiente ideología que hurgaba en la identidad y en el contenido de "lo latinoamericano" y que se relacionaban con un antiimperialismo defensivo, estaban creando también la idea de Latinoamérica, de su unidad e identidad.

La emergencia de este proceso no puede comprenderse sin tener en cuenta que se estaba produciendo un resquebrajamiento del poder monolítico que habían construido las oligarquías aliadas con el imperialismo. Las tensiones internas del orden oligárquico habían comenzado a producir grietas en las sociedades latinoamericanas. En ellas asomaron demandas, tanto de quienes emergieron a partir de la incorporación de América Latina al capitalismo internacional (los sectores medios urbanos y un incipiente proletariado), como de aquellos que habían sido desplazados de sus tierras o formaban parte de regiones que habían quedado marginadas del crecimiento hacia el exterior. Confluyeron así en la desestabilización del orden oligárquico construido en la era del imperialismo, las contradicciones que había engendrado. Se abriría entonces un nuevo escenario para la política, en donde ganarían protagonismo los discursos y los movimientos nacionalistas y antiimperialistas, junto con otros clasistas e internacionalistas, que disputaban las representaciones sobre lo nacional y buscaban torcer las estructuras políticas y económicas que sustentaban la exclusión de las mayorías. Sin embargo, no se cerrarían con estos cambios las intervenciones imperialistas en el continente, acaso porque quedaban sin resolución las contradicciones y conflictos generados durante este período, en el que se produjo la decisiva incorporación de América Latina a la economía mundial capitalista.

Película

Lawrence de Arabia

Ficha técnica	
Dirección:	David Lean.
Duración	222 minutos.
Origen / año	Gran Bretaña, 1962.
Guión	Robert Bolt, basado parcialmente en *Los siete pilares de la sabiduría* de T.E. Lawrence.
Fotografía	Freddie Young
Montaje	Anne Coates
Música original	Maurice Jarre
Vestuario	Phyllis Dalton
Producción	Sam Spiegel
Intérpretes	Peter O´Toole (T.E. Lawrence); Alec Guiness (Príncipe Feisal); Anthony Quinn (Auda Abu Tayi); Omar Shariff (Sherif Ali); Claude Rains (Mr. Dryden); Jack Hawkins (General Allenby); José Ferrer (el turco Bey); Arthur Kennedy (Jackson Bentley) y Anthony Quayle (Coronel Brighton)

Sinopsis

La imponente y enigmática personalidad de T.E. Lawrence y su actuación en el desierto árabe mientras se dirimía la primera guerra mundial constituyen el centro de atención de la película. El film se inicia con el accidente motociclístico que termina con la vida del personaje en Gran Bretaña en 1935, una serie de personalidades célebres acuden a su funeral y, en breves declaraciones, nos introducen a la figura multifacética del protagonista; entonces, la película se lanza a un relato que combina elementos históricos y legendarios que narran la vida de T.E. Lawrence entre los oficiales ingleses en El Cairo y, sobre todo, sus sorprendentes andanzas entre las tribus árabes en medio del desierto.

Oficial excéntrico y desafiante, Lawrence recibe la misión de infiltrarse entre los hombres cercanos al Príncipe Feisal, autoridad del grupo árabe más importante, para conocer sus intenciones. Los ingleses esperan promover una rebelión de los distintos grupos de beduinos que se mueven en el desierto para debilitar la posición militar de los turcos, aliados de los alemanes, que controlan las principales ciudades de la región. Lawrence cumple de sobra con la tarea que le han encomendado, pero sus propósitos trascienden a los de los comandantes británicos. Subyugado por la belleza del desierto, Lawrence sueña con unificar a las diferentes tribus rivales y liberar Arabia de todo dominio extranjero. Para ello, gana la confianza de Feisal y de su hijo, proyectando y llevando a cabo hazañas que para los propios árabes resultaban en principio imposibles. La estrella de Lawrence y su ascendiente sobre las tribus nómades se tornan irresistibles cuando las fuerzas que ha conseguido reunir y poner a su mando conquistan, tras una increíble marcha a través del desierto, Aqaba, ciudad costera en posesión de los turcos de importancia estratégica mayúscula para el comando británico. Lawrence regresa a El Cairo y, una vez comunicada su gesta a los superiores ingleses, recibe apoyo económico y logístico para liderar la rebelión del mundo árabe frente al imperio otomano.

En la segunda parte del film Lawrence continúa adelante con sus propósitos, que, de momento, coinciden con los de los comandantes ingleses. Congregando tribus guerreras tradicionalmente enemistadas entre sí, ataca diversas posiciones turcas concediendo a sus soldados el derecho de saqueo de los enemigos. Pero su voluntad de unir el país parece cada vez menos posible, los diferentes grupos árabes pueden aliarse frente a un enemigo común, pero no parecen nada proclives a aceptar una autoridad nacional a la que someterse. Mientras ve decrecer su propia confianza y la de los demás, Lawrence es capturado y torturado por los turcos en Deera. Dado que no es identificado, salva la vida; pero su fortaleza espiritual se quiebra. Abatido, se dirige a Egipto a renunciar. Apelando a su vanidad de hombre excepcional, el general Allenby, a cargo de toda la operación aliada en Medio Oriente, lo convence de llevar adelante una última conquista. Lawrence vuelve a la arena y lidera a los árabes hacia Damasco, toman la ciudad, expulsan definitivamente a los turcos de la región y esperan a las fuerzas aliadas que avanzan desde el norte. Lawrence agita a sus lugartenientes para que

formen una confederación árabe y se hagan con el mando del país antes de la llegada de los británicos, pero las disputas internas prevalecen y su iniciativa fracasa. Entretanto, se expone el acuerdo anglo-francés por el cual ambas potencias deciden repartirse el control político del mundo árabe al final de la guerra y el Príncipe Feisal y el General Allenby sellan un pacto que acomoda convenientemente la situación a las nuevas circunstancias internacionales. Definitivamente resignado, el inglés que lideró la rebelión árabe soñando con la libertad y la unión del país, se retira del desierto y regresa a Inglaterra.

Acerca del interés histórico del film

En torno de la figura misteriosa de Thomas Edward Lawrence, David Lean construyó una obra magnífica que circunda pero nunca revela completamente su inescrutable carácter. Mérito indudable del film, que sostiene sus casi cuatro horas de desarrollo sin precisar jamás los motivos profundos de su protagonista. Y alrededor de Lawrence se compone una extraña danza de personajes y relaciones políticas que permiten atisbar un momento particular de la historia del mundo árabe, atrapado entre la dominación en retirada del imperio otomano y las ambiciones en ciernes de los ganadores de la gran guerra. Si, como sugiere la película, el sueño de Lawrence era conducir a las gentes del desierto hacia la construcción de una nación soberana, entonces hay que concluir que toda su monumental empresa se resolvió en fracaso.

Pero la película se cuida muy bien de presentar a su protagonista como un simple libertador. Lawrence es más un aventurero que un héroe; una especie de leyenda en acción; audaz, engreído, megalómano, terco e insondable, pero también un auténtico líder. El problema es que sus convicciones son oscuras e inaccesibles para los demás, y entonces el uso intrigante que realiza de su posición ventajosa entre ingleses y árabes, a la manera de una partida de ajedrez en la que cree mover todas las piezas, termina volviéndose en su contra. Como advierte Allenby en su conversación con Dryden al final de la primera parte, el hombre ha sido capaz de poner en marcha un increíble torbellino, pero ¿sabe adónde lo conduce?

Si uno se acerca un poco más a la figura de Lawrence encuentra que la evolución de su relación con el desierto sintetiza su recorrido personal en la historia. Desde una fascinación intensa –que la película relata en forma admirable dedicando extensas y soberbias secuencias a la marcha sobre la arena- hasta un hartazgo sin remedio. Lawrence exhibe toda su fortaleza para animarse y animar a los árabes a expediciones insólitas, se sobrepone muy pronto a su extranjería y llega a dominar el ambiente incluso mejor que los nativos, concreta proezas insospechables y reúne enemigos inconciliables, pero cabalga sobre un torbellino que no controla, similar al de sus propios deseos. Metáfora de su interioridad, cuanto más conoce el desierto más se conoce Lawrence a sí mismo y menos entusiasmo le queda para continuar.

Pero más allá de los motivos de su protagonista, la película plantea un conjunto de situaciones que permiten organizar una mirada sobre las especiales circunstancias históricas en las que el mundo árabe participó de la primera guerra y de su situación a escala regional y

global frente a la nueva configuración del tablero del poder mundial. En este sentido, una parte de la información histórica que la película recoge y proporciona es complementaria de *Gallipoli*, el gran film de Peter Weir sobre la participación de los australianos en la primera guerra mundial. Porque, más allá de las evidentes diferencias de todo tipo que pueden establecerse entre ambas obras, en las dos, con casi dos años de diferencia, la situación histórica de fondo es la necesidad de desalojar a los turcos de sus posiciones en Medio Oriente y, de esta manera, impedir la expansión hacia el este de sus fuerzas imperiales.

Sin embargo, no es el destino general de la gran guerra lo que está en juego; al comienzo de la película el comando inglés en El Cairo define con claridad la situación: "en realidad, nuestro enemigo es Alemania, los turcos son una distracción, ¿y los árabes? La distracción de la distracción". De hecho, la toma de Damasco se sustancia muy al final de la gran guerra, cuando la suerte general del conflicto ya había sido decidida en otra parte. Por eso, detrás de las preocupaciones de orden táctico que rodean permanentemente a los estrategas aliados en la cabecera de El Cairo, y de su apoyo renovado a la figura de Lawrence, se esconden también motivos inconfesables: los intereses occidentales sobre el desierto, que la historia del siglo se ocuparía de demostrar de manera irrebatible.

A la vuelta de la epopeya, cabe preguntarse en qué medida la rebelión del desierto liderada por Lawrence no contribuyó a entregar a la voracidad de occidente un mundo árabe más homogéneo y menos indomable. La película deja planteada esta cuestión en la escena en la que Feisal y Allenby acuerdan el reparto de la autoridad en la recién conquistada Damasco. Ambos reconocen a Lawrence la parte fundamental del mérito por la gesta realizada, pero, por diferentes motivos, los dos le dan la espalda.

Indescifrable en sus razones íntimas y ambivalentes en sus logros, la causa de Lawrence se repliega sobre sí misma. El hombre que tuvo en un puño la situación militar del mundo árabe en medio de la gran guerra, abandona su desierto amado y odiado y se vuelve a Europa. Sin embargo, no ha ganado ninguna libertad: ni la suya propia, perdida para siempre entre los pliegues de su oscura voluntad, ni la del país que abrazó con pasión para conducirlo a nuevos amos.

Sobre el director y su obra

David Lean, nacido en Surrey en 1908 y muerto en Londres en 1991, se inició en la dirección en Inglaterra en 1942 con el film bélico *In which we serve,* codirigido por el dramaturgo Noel Coward. Con guiones del mismo Coward, realizó sus tres películas siguientes, la última de las cuales, *Lo que no fue* (*Brief encounter, 1945*) se convirtió en uno de los máximos hitos del cine romántico. Después, Lean adaptó dos clásicos de Dickens: *Grandes esperanzas* (*Great expectations, 1946*) y *Oliver Twist* (1948), primero de sus filmes en que actuó Alec Guiness, el Príncipe Feisal de Lawrence de Arabia. En sus películas iniciales se encuentran pocos trazos formales de la serie de filmes de costosa producción que realizaría desde la segunda mitad de los cincuenta. Sin embargo, Lean ingresó al cine trabajando como montajista y esta marca de oficio sí lo acompañó a lo largo de toda su carrera. En este ítem de

la realización siempre se mostró inquieto e innovador y rara vez dejó la edición de sus obras en otras manos; de hecho, a los setenta y siete años y a pesar de tratarse de una superproducción multimillonaria, Lean se encargó personalmente del montaje de *Pasaje a la India*, su última película, de casi tres horas de duración.

La estimación de la obra de David Lean entre los especialistas ha decaído bastante en las dos últimas décadas, sin embargo durante mucho tiempo fue considerado uno de los más grandes directores de la historia del cine. Películas como *El puente sobre el río Kwai (The bridge on the river Kwai, 1957), Lawrence de Arabia, Doctor Zhivago (1965),* o *Pasaje a la India* (*A Passage to India, 1984*), lo situaron durante casi tres décadas como el gran realizador mundial de filmes monumentales con inquietudes históricas. Para algunos especialistas, hoy sus películas más célebres son casi piezas de museo, lastradas por cierta tendencia a la monumentalidad y la búsqueda obsesiva de la belleza de las imágenes. Más allá de la consideración de la crítica, en muchos casos sujeta a las sucesivas modas, creemos que Lean construyó, desde mediados de la década del cincuenta, una obra de interés indudable, particularmente para los historiadores, llevando su pasión de cineasta a tiempos y lugares remotos y poniendo un empeño obsesivo en la recreación de ambientes y situaciones históricas poco conocidas, siempre muy lejos de los centros urbanos del mundo occidental. Si uno presta atención a las superproducciones de hoy en día, plagadas en todos los casos de efectos especiales y de trucos digitales, percibe que rara vez consiguen conjugar su pretensión de espectacularidad con el interés y el rigor de las historias. En cambio, como se puede apreciar en *Lawrence de Arabia*, sin apelar a un solo doble ni a los típicos trucajes de laboratorio comunes en la época, Lean generaba un cine espectacular articulando magistralmente historia, personajes y escenarios; de este modo, la fuerza dramática y la consistencia narrativa del film no se diluía ni se disimulaba detrás del paisaje o de las escenas de gran acción, se realzaba con ellos. ¿De cuántos directores actuales puede afirmarse lo mismo?

Actividades

Actividad 1

Lea la evaluación del historiador Lucien Bianco* que citamos a continuación sobre la política imperial china ante el violento avance del imperialismo y compárela con la explicación que propone Frieden sobre el *estancamiento en Asia* en *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX,* Cap. 4 “Fracasos en el desarrollo”.

> Amenazado, el Imperio se rehace. (Los dirigentes) se esforzaron por revivir y popularizar la ideología confuciana, puesta en duda implícitamente por los valores de los bárbaros de occidente […]. Este esfuerzo patético por revivir el pasado y preservar lo que estaba agotado se encontraba a priori condenado al fracaso. […] la obstinación conservadora fue tan extendida en los medios dirigentes que hay que hablar de un fracaso del Imperio central: dio una respuesta totalmente inadecuada a la gravedad del desafío lanzado por el imperialismo en expansión. (En Lucien Bianco *Los orígenes de la Revolución China*, Venezuela, Tiempo Nuevo, 1967).

Actividad 2

Indicar si la afirmación siguiente es verdadera o falsa y fundamentar. En el texto arriba citado de Frieden, el autor sostiene que: “el único factor que explica el rumbo seguido por las economías coloniales es la ineficiente política de los gobiernos”.

Actividad 3

Distinguir y caracterizar los factores analizados por Hobsbawm, Eric. J. *La era del imperio (1875-1914),* Cap. 2 "La economía cambia de ritmo", para dar cuenta de los cambios económicos en la Era del Imperio.

Actividad 4

Explique el significado que el historiador George Mosse le asigna a la frase “las certezas se disuelven”

Actividad 5

En el film *Lawrence de Arabia* se narra la progresiva desintegración de ciertas áreas del imperio otomano en conexión con el avance de las potencias europeas durante la segunda guerra mundial. En relación con ciertas instancias de la obra:

- Caracterice y desarrolle brevemente la rebelión de ciertos grupos árabes contra la dominación otomana liderada por T.E. Lawrence.
- Distinga y explique brevemente los intereses militares, políticos y económicos que sustentan la intervención anglofrancesa en el mundo árabe.

Bibliografía

Bianco, L. (1967). *Los orígenes de la Revolución China*. Venezuela: Tiempo Nuevo.
Bibliothèque de l'Assemblée nationale (2000). Traducción Sandra Raggio.
Carrère D'Encausse, H. y Schram, S. (1974). *El marxismo y Asia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
Packdaman, H*. Djamal al-Din Assad dit al-Afghani*, París: Traducción Luis César Bou, 1996.

CAPÍTULO II
LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y LA REVOLUCIÓN RUSA

María Dolores Béjar, Marcelo Scotti, Matías Bisso

Introducción

Esta unidad está organizada en torno a dos grandes ejes:

- La Primera Guerra Mundial: la combinación de factores que hicieron posible su estallido. La marcha de la guerra en el frente militar y en las sociedades de los países que combatieron. Las paces y el nuevo mapa mundial al terminar el conflicto.
- La Revolución Rusa: la caracterización del imperio zarista en términos sociales, culturales, económicos y políticos. El impacto de la Primera Guerra Mundial sobre impero zarista. La doble revolución desde febrero a octubre de 1917.

En los cuatro años de la Primera Guerra Mundial, entre agosto de 1914 y noviembre de 1918, murieron veinte millones de personas, cayeron los tres imperios europeos: el de los Romanov en Rusia, Habsburgo en Austria y Hohezollern en Alemania y, fuera de Europa, el Imperio otomano. A lo largo del conflicto quedó en claro la inmensa crueldad de la tecnología. Fue una guerra en aire, mar y tierra, con ejércitos inmersos en el barro de las tricheras, sin poder avanzar. La batalla del Somme pasa a ser el nuevo modelo, con 1.079.000 muertos y heridos en cinco meses de combate ininterrumpido. Un combate durante el día y la noche sin ganancias para ningún bando.

La Revolución rusa fue la gran revolución del siglo XX y, mientras perduró el régimen soviético, alentó entre gran parte de aquellos que rechazaban el capitalismo, la convicción que era factible oponer una alternativa a las crisis y la explotación del sistema capitalista. Pero también, desde que los bolcheviques tomaron el Palacio de Invierno, el campo socialista se fracturó entre quienes asumieron esta acción como el ejemplo a seguir y quienes la visualizaron como un peligroso salto al vacío. La trayectoria soviética decepcionó sin lugar a dudas las esperanzas que suscitó.

Este texto se concentra en la caracterización de la crisis del régimen zarista y de la oleada revolucionaria que, iniciada en 1905, culmina con la doble revolución de 1917.

El inicio de la Primera Guerra Mundial

El 28 de junio de 1914, un joven estudiante serbio vinculado a la organización nacionalista clandestina “Mano Negra” asesinó en Sarajevo, la capital de Bosnia-Herzegovina, al heredero del trono austro-húngaro, el archiduque Francisco Fernando, y a su esposa, la duquesa Sofía. En un primer momento, el atentado no conmovió a la opinión pública. El escritor Stefan Zweig recordó años después que en Baden, cerca de Viena, la vida siguió su curso normal y a última hora de esa tarde la música había vuelto a sonar en los lugares públicos.

Un mes después, Austria-Hungría presentó un durísimo ultimátum a Serbia y, al recibir una respuesta que consideró “insuficiente", le declaró la guerra. Inmediatamente Rusia ordenó la movilización general de sus ejércitos y Alemania dispuso entrar en guerra con el imperio zarista. El 2 de agosto invadió Luxemburgo y solicitó a Bélgica derecho de paso para sus ejércitos. Entre el 3 y 4 de agosto Francia y Gran Bretaña declararon la guerra a Alemania. El ciclo se cerró entre el 6 y 12 de agosto, cuando Austria-Hungría declaró la guerra a Rusia, a la vez que Gran Bretaña y Francia lo hicieron contra el imperio de los Habsburgo.

Esta acelerada generalización del conflicto fue resultado del sistema de alianzas creado por las potencias en el marco de la competencia por la supremacía mundial. En el curso de la guerra ingresaron como aliados de la Triple Entente: Japón, Italia, Portugal, Rumania, Estados Unidos y Grecia, mientras que Bulgaria se incorporó a la Triple Alianza. En el territorio europeo permanecieron neutrales España, Suiza, Holanda, los países escandinavos y Albania.

En sus memorias, el escritor Stefn Zweig destaca cómo en poco tiempo se pasó de una actitud expectante a un exaltado patriotismo belicista:

> Cada vez se reunía más gente alrededor del anuncio. La inesperada noticia pasaba de boca en boca. Pero hay que decir en honor a la verdad que en los rostros no se adivinaba ninguna emoción o irritación porque el heredero del trono nunca había sido un personaje querido.
> […] Pero luego, aproximadamente al cabo de una semana, de repente empezó a aparecer en los periódicos una serie de escaramuzas, en un *crescendo* demasiado simultáneo como para ser del todo casual. Se acusaba al gobierno serbio de anuencia con el atentado y se insinuaba con medias palabras que Austria no podía dejar impune el asesinato de su príncipe heredero, al parecer tan querido.
> […] En honor a la verdad debo confesar que en aquella primera salida a la calle de las masas había algo grandioso, arrebatador, incluso cautivador, a lo que era difícil sustraerse. Y, a pesar del odio y la aversión a la guerra, no quisiera verme privado del recuerdo de aquellos primeros días durante el resto de mi vida: miles, cientos de miles de hombres sentían como nunca lo que más les hubiera

valido sentir en tiempos de paz: que formaban un todo. […]. (En Stefan Zweig *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, El Acantilado, 2001).

Del concierto europeo al sistema de alianzas

A lo largo de un proceso que comienza en el siglo XVII y se afianza con la derrota de Napoleón, cada uno de los principales Estados europeos reconoció la autonomía jurídica y la integridad territorial de los otros. Las potencias centrales decidieron contribuir a la constitución de un orden internacional basado en el principio de la soberanía estatal y el equilibrio de poderes para regular sus mutuas relaciones. Con el sistema de congresos, Gran Bretaña, Francia, Prusia, Austria y Rusia buscaron asegurar la preservación del mapa territorial diseñado en el Congreso de Viena (1815). Este mecanismo conocido como el *concierto europeo* se basó en el respeto del statu quo, en el reconocimiento de la existencia de factores que limitaban el poder de cada Estado como consecuencia del poder de las otras grandes potencias. La idea se aplicó únicamente a Europa, que de esa manera se convirtió en una zona de "amistad y comportamiento civilizado" incluso en épocas de guerra. Gran Bretaña, en virtud de su condición de país industrial avanzado y del acceso privilegiado a los recursos extra-europeos, actuó más bien como un gobernador que como una pieza de los mecanismos del equilibrio de poder. El concierto europeo fue acompañado por un largo período de paz en Europa, pero no supuso el fin de las guerras destinadas a imponer la dominación europea sobre los otros, los no civilizados.

En el último cuarto del siglo XIX tuvo lugar una intensa carrera interestatal de armamentos, junto con la extensión y profundización de la expansión europea en el mundo de ultramar. El concierto europeo se resquebrajó. En parte, porque cambiaron las relaciones de fuerza entre los Estados europeos con el ascenso político y económico de Alemania y el declive industrial de Gran Bretaña. En gran medida, también, porque como resultado del proceso de la expansión imperialista Europa empezó a ser una pieza dentro de un sistema mundial mucho más complejo con la entrada en escena de Japón y Estados Unidos en el Lejano Oriente. Pero además, porque en el marco de una próspera economía cada vez más global, entraron en crisis los imperios multinacionales europeos: el ruso y el austro-húngaro y se desmoronaron dos de los imperios más antiguos, el chino y el otomano.

El debilitamiento de la dinastía manchú posibilitó el avance de Japón sobre China y la exacerbación de su competencia con el imperio zarista por ganar posiciones en el Lejano Oriente. Después de dos guerras en las que venció a China (1894-1895) y Rusia (1904-1905), Japón se apropió de Formosa, parte de la isla de Sajalin, numerosas instalaciones portuarias y ferroviarias en la península de Liaotung y estableció un protectorado en Corea, que acabó anexionada en 1910. En 1902, Tokio firmó con Gran Bretaña el primer tratado en términos de igualdad entre una potencia europea y una asiática, basado en el interés mutuo de contener el expansionismo ruso en Asia.

Estos cambios, asociados con las nuevas relaciones de fuerza entre las metrópolis europeas, hicieron difícil la preservación del equilibrio europeo en los términos establecidos a partir de 1815. En su lugar, las principales potencias construyeron dos grandes alianzas: por un lado, la integrada por Gran Bretaña, Francia y Rusia; por otro, el imperio alemán y el austro-húngaro. La república francesa y el imperio zarista compartían su enemistad con la nueva Alemania. París, en virtud del afán de revancha respecto de la derrota de 1870, cuando fue despojada de Alsacia y Lorena. En el caso de San Petersburgo, porque los Hohenzollern alemanes apoyaban a los Habsburgo austríacos en su política de expansión hacia los Balcanes. Gran Bretaña fue la última en sumarse a este grupo. En un principio, su expansión colonial la había conducido al choque con Francia en África y Rusia en el norte de la India. Solo cuando el acelerado desarrollo de la Alemania convirtió a esta en una potencial competidora se unió a París, con quien delimitó sus áreas de influencia en el norte de África. Después de la derrota a manos de Tokio, el imperio de los Romanov perdió entidad, ante los ojos de Londres, como potencia antagónica en Asia, y en 1907 la Triple Entente estaba en pie.

El canciller Otto von Bismarck había apostado por una compleja red de tratados internacionales, cuyo elemento clave era la Triple Alianza (1882) y que ligaba a Alemania con Austria-Hungría e Italia. Su principal objetivo era colocar a Alemania como una potencia dominante en el continente europeo. Su proyecto no incluyó la expansión colonial; las fuerzas que impulsaban la creación de un imperio ultramarino ganaron terreno, apoyadas por el emperador Guillermo II, luego de la renuncia del "Canciller de Hierro" en la década de 1890.

Antes de Sarajevo, una serie de crisis –en el norte de África y en los Balcanes– alentó la carrera armamentista y confirmó la consistencia del nuevo sistema de alianzas. En dos ocasiones, 1905 y 1911, los Hohenzollern cuestionaron el avance de Francia sobre Marruecos; sin embargo, la solidez de los lazos forjados entre París, Londres y San Petersburgo frenó los intentos expansionistas de Berlín.

El escenario balcánico –"el volcán de los Balcanes"– era extremadamente complejo. La retirada de los turcos otomanos de esta zona exacerbó las rivalidades entre el imperio zarista y el de los Habsburgo. A las apetencias de estos imperios se sumaron las rivalidades entre los distintos grupos nacionales que ocupaban la región en pos de imponer su predominio. Las reivindicaciones territoriales, por ejemplo de serbios, búlgaros y griegos los conducían a enfrentamientos armados.

Frente a la retirada de los otomanos, Viena temió que los serbios impusieran la unidad de todos los eslavos bajo su conducción. En ese caso, los Habsburgo perderían sus posesiones en los Balcanes y, además, la independencia de los eslavos podría servir de ejemplo al conglomerado de pueblos no alemanes que conformaban el imperio. Cuando se produjo el atentado de Sarajevo, la corona austríaca no dudó en asumir una postura intransigente frente a Serbia.

La Gran Guerra

Al mismo tiempo que los gobiernos convocaban a tomar las armas, multitudes patrióticas se reunían en Berlín, Viena, París y San Petersburgo para declarar su voluntad de defender su nación. Este fervor patriótico contribuyó a la prolongación de la guerra y dio cauce a hondos resentimientos cuando llegó el momento de acordar la paz. Sin embargo, estas concentraciones belicistas no expresaban al conjunto de las sociedades: hubo pronunciamientos y marchas contra la guerra, aunque tuvieron menos presencia en la prensa y ocuparon espacios más periféricos en las ciudades.

Entre los intelectuales, la exaltación patriótica también encontró una amplia acogida; los casos de abierto rechazo, como el de Romain Rolland en Francia o Bernard Shaw en Inglaterra, fueron testimonios aislados. Entre los socialistas se impuso la defensa de la nación y el consenso patriótico. En cada país justificaron su adhesión a las "uniones sagradas" aludiendo a la defensa de altos valores: los alemanes a la preservación de la cultura europea y en pos de la liberación de los pueblos oprimidos por la tiranía zarista; los ingleses y franceses en defensa de la democracia contra el yugo prusiano.

La incorporación a la unión sagrada no fue una traición de la Segunda Internacional. Entre los trabajadores sindicalizados –la principal base social de los partidos socialistas– prevaleció el patriotismo sobre el internacionalismo. Sin embargo, desde fines de 1915, las uniones sagradas comenzaron a resquebrajarse. En el terreno político, se alzaron las voces de los dirigentes socialistas que dudaban de seguir apoyando el esfuerzo bélico vía la aprobación de los presupuestos de guerra en los parlamentos, o bien, como Lenin entre los más decididos, proponían la ruptura con la Segunda Internacional. En septiembre de 1915 en Zimmerwald y en abril de 1916 en Kienthal –ambas ciudades suizas– se reunieron dos conferencias con el objetivo de reagrupar a las corrientes internacionalistas y contrarias a la guerra. Sin embargo, la mayoría de los participantes eran centristas y, si bien tomaban distancia de las posiciones más patriotas, no estaban dispuestos, como el ala de izquierda, a romper con la Internacional.

También desde 1916 se registraron las primeras protestas obreras, que crecieron en los años siguientes frente a la profunda distancia entre los sufrimientos y esfuerzos impuestos a los distintos grupos sociales para salvar a la patria. Entre 1917 y 1918, la oleada de movilizaciones dio lugar a la caída de los tres imperios europeos. Antes de llegar a la paz, los Romanov en Rusia, los Hohenzollern en Alemania y los Habsburgo en Austria-Hungría habían abandonado el trono.

Desde el Vaticano, ni bien estalló el conflicto, el papa Benedicto XV se pronunció sobre sus causas en la encíclica *Ad beatissimi Apostolorum*. El mal venía de lejos, desde que se dejaron de aplicar "en el gobierno de los Estados la norma y las prácticas de la sabiduría cristiana, que garantizaban la estabilidad y la tranquilidad del orden". Ante la magnitud de los cambios en las ideas y en las costumbres, "si Dios no lo remedia pronto, parece ya inminente la destrucción de la sociedad humana". Los principales desórdenes que afectaban al mundo eran: "la ausencia de amor mutuo en la comunicación entre los hombres; el desprecio de la autoridad de los que

gobiernan; la injusta lucha entre las diversas clases sociales; el ansia ardiente con que son apetecidos los bienes pasajeros y caducos". Si se deseaba realmente poner paz y orden había que restablecer los principios del cristianismo.

En los inicios de la Gran Guerra todos supusieron que el enemigo sería rápidamente derrotado. No obstante, en el sector occidental, la guerra de movimientos de los primeros meses, favorable a las potencias centrales, se agotó con la estabilización de los frentes y dio paso a la guerra de posiciones (1915-1916). Después de la batalla del Marne (1914), los ejércitos decidieron no retroceder aunque apenas pudieran avanzar. A un lado y otro de la línea de fuego se cavaron complejos sistemas de trincheras que resguardaban a las tropas del fuego enemigo. Millones de hombres en el frente occidental quedaron atrapados en el barro, inmersos en una horrenda carnicería. En cambio, en el este las potencias centrales obtuvieron resonantes triunfos. La victoria germana en Tannenberg (1914) marcó lo que iba a ser la tónica general de la guerra en el frente oriental: el avance alemán y la desorganización rusa. Dos generales prusianos, héroes de guerra por su desempeño en este frente, Paul Ludwig von Hindenburg y Erich von Ludendorff, tendrían un papel protagónico en la política alemana de la posguerra, y la trayectoria de ambos se cruzaría con la de Hitler.

La Gran Guerra fue un evento de carácter global. La tragedia no solo afectó a los combatientes, sino al conjunto de la población de los países envueltos en el conflicto. Toda la población fue movilizada y la economía fue puesta al servicio de la guerra. La organización de la empresa bélica confirió un papel protagónico al Estado. Los gobiernos no dudaron en abandonar los principios básicos de la ortodoxia económica liberal, sus decisiones recortaron la amplia libertad de los empresarios y la política tomó el puesto de mando. En Gran Bretaña, el primer ministro Lloyd George creó un gabinete de guerra, nacionalizó temporalmente ferrocarriles, minas de carbón y la marina mercante, e impuso el racionamiento del consumo de carne, azúcar, mantequilla y huevos. En Alemania, la economía de guerra planificada fue aun más drástica. En 1914 fue creado el Departamento de Materias Primas, que integró todas las minas y fábricas. Sus dueños mantuvieron el control de las mismas, pero se sometieron a los objetivos fijados por el gobierno. También aquí se decretó el racionamiento de los alimentos.

En 1917 se produjeron dos hechos claves: la Revolución rusa y la entrada de Estados Unidos en la guerra. La caída de la autocracia zarista, en lugar de dar paso a un orden liberal democrático, como supusieron gran parte de los actores del período, desembocó en la toma del poder por los bolcheviques liderados por Lenin en octubre de ese año. La paz inmediata fue la principal consigna de los revolucionarios rusos para ganar la adhesión de los obreros y avanzar hacia la revolución mundial. El gobierno soviético abandonó la lucha y en marzo de 1918 firmó con Alemania la paz de Brest-Litovsk[1].

[1] Desde la revolución de febrero las masas reclamaban la paz; sin embargo, cuando los bolcheviques tomaron el gobierno en octubre no todos apoyaron la retirada del campo de batalla. El grupo más radicalizado, con Bujarin a la cabeza, veía en la continuación de la guerra la posibilidad de que estallara la revolución en Alemania. Lenin, en cambio, apostó por la paz inmediata para salvar la integridad del Estado nacional ruso. Trotsky dudaba e intentó dilatar las conversaciones con el gobierno alemán, con el que se había firmado un cese temporal del fuego. Finalmente, las tropas alemanas avanzaron sobre Rusia y los bolcheviques se vieron obligados a firmar el tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918. Moscú fue despojado de los territorios que los zares habían ocupado en el sector occidental. Por un lado, Alemania se quedó con la zona polaca ocupada por los rusos, con una parte de Bielorrusia y con Lituania. Turquía, aliada de los alemanes, se anexó territorios del Cáucaso. Finalmente se reconoció la

No bien estalló la guerra, el presidente estadounidense Woodrow Wilson proclamó la neutralidad de su país, sin duda la opción más afín con la de la mayoría de la opinión pública de su país. Pero dado el peso internacional de Estados Unidos, la neutralidad era insostenible. La economía norteamericana estaba fuertemente vinculada a la de los aliados occidentales y el conflicto reforzó esos vínculos: se multiplicaron los intercambios comerciales, y los empréstitos de los bancos norteamericanos a los gobiernos de Europa occidental llegaron en 1917 a varios billones de dólares. Además, la guerra submarina puesta en marcha por los alemanes provocó el hundimiento de barcos estadounidenses, en los que perdieron la vida numerosos ciudadanos. Estos ataques conmocionaron a la opinión pública, y eso predispuso al país contra Alemania.

Aunque los alemanes, después de Brest-Litovsk, pudieron concentrar todas sus fuerzas en el frente occidental, el agotamiento de sus hombres y recursos y la llegada de las tropas norteamericanas resolvieron la guerra a favor de la Entente. Con el desmoronamiento de los imperios centrales, los gobiernos provisionales pidieron el armisticio en 1918. Al año siguiente, los vencedores se reunían en Versalles para imponer los tratados de paz a los países que fueron considerados como *culpables* de la Gran Guerra.

La paz

Entre los cuatro principales estadistas que habría de rediseñar el orden mundial, existían significativas diferencias respecto a la apreciación de la situación y los fines que se proponían. El presidente estadounidense Woodrow Wilson ya había presentado ante el Congreso de su país una serie de puntos para alcanzar una paz vía la restauración de un orden económico liberal y con el recaudo de que en el trazado del nuevo mapa europeo se tuviese en cuenta la autodeterminación de los pueblos. El jefe de gobierno francés, Georges Clemenceau, en cambio, ansiaba que la economía alemana contribuyera decididamente a la recuperación de su país desangrado por el conflicto, y que se levantara un sólido control militar en la frontera para que los alemanes no ingresaran más al suelo francés. El primer ministro británico, Frank Lloyd George, tenía una posición más conciliadora con los vencidos: no creía conveniente para la recuperación de Europa que Alemania emergiera arruinada. El jefe de la delegación italiana, Vittorio Orlando, estaba básicamente preocupado por la anexión por parte de Roma de territorios que hasta el momento habían pertenecido al imperio austríaco. El gobierno revolucionario de Rusia quedó excluido, y aunque los vencedores anularon el tratado de Brest-Litovsk, los territorios que los bolcheviques habían perdido frente a Alemania no les fueron restituidos.

En la mesa de negociación Italia no obtuvo todo lo que reclamaba, ya que Wilson defendió la inclusión de los eslavos en la recién creada Yugoslavia. En la suerte de Alemania acabó

independencia de Letonia, Estonia, Finlandia y Ucrania. Esta última fue más tarde recuperada por los bolcheviques. La derrota alemana en noviembre anuló este tratado y, en principio, se creó una situación de vacío en toda la franja occidental que había perdido la Rusia soviética.

imponiéndose la línea dura de Clemenceau frente a la más conciliadora de los ingleses. Ante este resultado, el economista John Maynard Keynes, miembro de la delegación británica, abandonó "esa escena de pesadilla".

No hubo paz negociada. Los vencidos, declarados culpables de la guerra, debieron someterse a las condiciones impuestas por los vencedores: pérdida de territorios, restricciones a las fuerzas armadas y pago de indemnizaciones de guerra. Alemania, a través de la firma del tratado de Versalles: Austria de Saint Germain y Bulgaria de Neuilly. Solo Turquía, después del triunfo de Kemal Atartuk en la guerra contra los griegos que habían ocupado parte de Anatolia, logró que el duro tratado de Sèvres, firmado por el sultán, fuera reemplazado en 1923 por el de Lausana. Este último reconoció al nuevo Estado nacional turco integrado por Anatolia, Kurdistán, Tracia oriental y parte de Armenia, cuya población había sido masacrada por los turcos durante la guerra. Turquía no debió pagar indemnizaciones de guerra.[2]

En París se dibujó un nuevo mapa europeo. En el trazado de las fronteras en Europa centro-oriental se combinaron distintos fines. Por un lado, asegurar el debilitamiento de Alemania. Para esto se prohibió que el nuevo y pequeño Estado nacional austríaco, mayoritariamente habitado por alemanes, fuese parte de Alemania. Berlín fue despojada de sus colonias para ser repartidas entre otros países, se redujo el territorio nacional y los aliados asumieron la desmilitarización y el control de algunas zonas: los casos del Sarre y Renania. Por otro lado, se creó un cordón "sanitario" en torno a Rusia, integrado por los países que habían sido sojuzgados por el imperio zarista. En tercer lugar, se procedió a rediseñar el espacio que había ocupado el imperio austro-húngaro, para dar origen a nuevos países.

En Europa del este fueron reconocidos ocho nuevos Estados. En el norte, Finlandia, Lituania, Letonia, Estonia, que se habían desvinculado de Moscú a partir de la paz de Brest-Litovsk, y además la República de Polonia, a través de la reunificación de los territorios que

---

[2] Cuando Estambul ingresó en la Primera Guerra Mundial como aliado de Alemania, los nacionalistas armenios, bajo la dominación de los otomanos, buscaron la formación de un Estado independiente con el apoyo de los rusos. La parte oriental de Armenia había quedado en manos de Imperio zarista a lo largo de sus guerras con los turcos.

Ante la aplastante derrota de los otomanos en 1915, a manos de las tropas rusas, el primer ministro turco culpó a los armenios de este desenlace y los miembros de las fuerzas armadas de esa nacionalidad fueron enviados a campos de trabajo forzado. Una brutal represión recayó sobre el pueblo armenio, con asesinatos en masa, arrestos y traslados forzados hacia los desiertos de Siria, en condiciones que condujeron a la muerte de la mayoría.

La mayor parte de los historiadores occidentales coincide en calificar estas matanzas como genocidio. Sin embargo, hay varios países, como Estados Unidos, Reino Unido e Israel, que no utilizan el término genocidio para referirse a estos hechos. Francia, en cambio, aprobó precisas medidas contra lo que califica como el "holocausto armenio" por parte del Imperio otomano. Turquía no acepta que haya habido un plan organizado por el Estado para eliminar a los armenios, y alega que en 1915 el gobierno imperial luchó contra la sublevación de la milicia armenia respaldada por el gobierno zarista.

Este es uno de los problemas presente en el debate sobre el ingreso de Turquía a la Unión Europea.

El pasaje del tratado de Sèvres al de Lausana afectó a los kurdos. En el primer documento se había contemplado la posibilidad de reconocer un Estado nacional para este pueblo. Después de las acciones militares de Mustafá Atartuk, el segundo tratado aprobó el desmembramiento del Kurdistán entre Turquía, Irak, Irán y Siria. Los kurdos, como los palestinos, recorrieron el siglo XX sin que la comunidad internacional atendiera sus reclamos de un Estado nacional propio.

Dos años después de Lausana, las riquezas petroleras del Kurdistán, especialmente la de las regiones de Mosul y Kirkuk (incluidas en Irak, que estaba bajo mandato de Gran Bretaña) condujeron a la creación de la Irak Petroleum Company. Esta compañía fue la encargada de exportar el petróleo iraquí y en ella participaron, además de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos.

Los kurdos no son de origen árabe, aunque sí fueron islamizados y hoy en día la mayoría son musulmanes suníes, pero también hay cristianos, musulmanes chiíes, y otros grupos religiosos. Su lengua es indoeuropea, y su idioma pertenece a la rama iraní. Su cultura no es uniforme: entre ellos hay al menos dos dialectos importantes y multitud de pequeñas variantes idiomáticas; el kurdo ha sido escrito en tres alfabetos. En el seno del movimiento nacional kurdo se enfrentan concepciones sociales muy diferentes. En algunos prevalecen liderazgos familiares con base de apoyo en el ámbito rural; en otros, el caso del Partido de los Trabajadores del Kurdistán, presente en Turquía, se combinan la reivindicación de la autonomía nacional con la de la revolución social en todo el Kurdistán.

en el siglo XVIII se habían repartido Rusia, Prusia y Austria. Los tres nuevos países del centro, Austria, Checoslovaquia y Hungría resultaron de la desintegración del imperio de los Habsburgos. Los Estados del sur que ya existían, Rumania, Albania, Bulgaria, Grecia, sufrieron reajustes territoriales, y además se fundó el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos. Este nuevo país –a partir de 1929 Yugoslavia–, amalgamó territorios que habían estado bajo la dominación de los turcos (Serbia, Montenegro y Macedonia) con otros incluidos en el imperio de los Habsburgo (Croacia, Eslovenia, Eslavonia, parte de Dalmacia y, a partir de 1908, Bosnia Herzegovina).

En Asia Oriental, Japón logró que se reconocieran sus pretensiones sobre las posesiones alemanas en China. Esta decisión desconoció la integridad territorial de la República China que, tardíamente, había declarado la guerra a las potencias centrales. La medida dio lugar a extendidas movilizaciones en el interior de la República China. Estados Unidos fue el más decidido defensor de las reivindicaciones chinas, aunque sin presionar a fondo sobre Japón.

Durante el conflicto, ninguno de los pueblos sometidos creó dificultades serias a su metrópoli; la dominación de 700 millones de personas por 200 millones de europeos fue casi indiscutible. En Versalles, las metrópolis europeas siguieron decidiendo el destino de los pueblos colonizados y no escucharon a quienes llegaron a París para presentar sus reclamos: la delegación nacionalista egipcia que impugnaba el protectorado británico, los afroamericanos que denunciaban la discriminación racial en Estados Unidos, la delegación de los árabes que pretendía refundar su reino en Siria.

Al estallar el conflicto, Gran Bretaña tomó una serie de decisiones sobre Medio Oriente, aun bajo el poder de los otomanos, que tendrían consecuencias de largo alcance.

En primer lugar, alentó a los árabes de la Península arábiga a combatir contra los turcos. Para esto prometió a Hussein, jerife de la Meca de la dinastía hachemita, la creación de un reino árabe independiente, y envió al oficial Thomas Edward Lawrence para que organizara la Revuelta del Desierto junto con Feisal y Abdulah, los dos hijos del jefe religioso. Al mismo tiempo, firmó el tratado Sykes-Picot con Francia, en virtud del cual, al concluir el conflicto, esta ocuparía Siria y el Líbano, mientras Gran Bretaña se haría cargo de la Mesopotamia y Palestina (en ese momento incluía los actuales territorios de Israel, Jordania y los disputados entre israelíes y palestinos). En consecuencia, cuando en 1918 Feisal entró en Damasco y se hizo proclamar rey de los árabes, las autoridades militares inglesas le exigieron abandonar el territorio. Por último, en noviembre de 1917, el ministro británico de Asuntos Exteriores, Arthur Balfour, en la carta enviada al banquero judío lord Rothschild, declaró que su país veía con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un "hogar nacional para el pueblo judío". Con esta declaración, Londres reconocía la instalación de los judíos en el territorio palestino que ya venía concretando el movimiento sionista. En el caso de Egipto, dio por rotos sus vínculos con Estambul y lo convirtió en protectorado inglés.

Al terminar la guerra, los territorios del ex Imperio otomano en Medio Oriente y las colonias alemanas fueron repartidos bajo la figura de "mandato". El nuevo estatuto incluía la supervisión de la Liga de Naciones sobre el accionar de la potencia a cargo de la colonia. Se crearon tres

tipos de mandatos según sus posibilidades de alcanzar la autonomía. Los mandatos de tipo A se establecieron en las regiones que habían formado parte del Imperio otomano.

Siguiendo lo dispuesto en el pacto secreto Sykes-Picot, Francia obtuvo Siria y Líbano (hasta 1920 formó parte de Siria), mientras que Gran Bretaña recibió Mesopotamia y Palestina. En el primer territorio creó el reino de Irak y entregó la corona a Feisal, el frustrado monarca de la Gran Siria árabe. Las tierras palestinas fueron distribuidas entre el emirato de Transjordania, al frente del cual quedó el hermano de Feisal, y el mandato de Palestina. bajo la autoridad de Gran Bretaña.

Las colonias alemanas fueron distribuidas en mandatos de tipo B y C. Las primeras quedaron a cargo de potencias europeas. Gran Bretaña recibió el África Oriental Alemana, que se convirtió en Tanganyka, la quinta parte del Camerún y una parte de Togo. Francia quedó a cargo del resto de Togo y la mayor parte de Camerún. Bélgica obtuvo los sultanatos de Ruanda y Burundi. Los mandatos de tipo C fueron cedidos a Japón y a países de África y del Pacífico gobernados por minorías blancas: África sudoccidental quedó bajo la administración de la Unión Sudafricana; en el Pacífico, los archipiélagos al norte del ecuador pasaron a Japón, mientras que parte de Nueva Guinea y algunas islas del sur se entregaron a Australia, y Nueva Zelanda recibió Samoa occidental.

Durante el período de entreguerras, la dominación de los europeos contó en la mayoría de las colonias con grupos de poder dispuestos a colaborar, pero al mismo tiempo echaron raíces fuerzas sociales y políticas a favor de la independencia. En la inmediata posguerra, en la India, el partido del Congreso siguió la trayectoria más avanzada y consistente en este sentido.

La guerra destruyó el optimismo, la fe en la capacidad de la sociedad occidental para garantizar de forma ordenada la convivencia y la libertad civil. El liberalismo fue severamente deslegitimado: la masacre en las trincheras suponía la antítesis de todo aquello que, con su fe en la razón, en el progreso y en la ciencia, había prometido.

La Rusia de los zares

A mediados del siglo XVIII, la economía de la Rusia zarista no presentaba diferencias notables con las de los principales centros europeos. Un siglo después, los contrastes eran evidentes. En el mundo rural prevalecían las técnicas de explotación rudimentarias, y las condiciones de vida de las familias campesinas eran muy precarias. La estructura social era de carácter ampliamente feudal: la clase dirigente estaba constituida por una nobleza terrateniente que extraía un excedente del campesinado sometido. Los siervos, especialmente los que pertenecían a los nobles, estaban obligados a prestaciones en dinero, especies o servicios laborales; los señores gozaban de poderes de vida o muerte sobre ellos. Menos dura era la condición de quienes vivían en las tierras pertenecientes a la familia imperial o la Iglesia. Los campesinos, agrupados por familias, integraban la comunidad aldeana que controlaba la distribución y utilización de las tierras. Las dispersas parcelas que cada familia trabajaba en

forma independiente eran repartidas por el *mir* (consejo de la aldea) para asegurar la subsistencia de cada hogar. A través del mir, los campesinos regulaban su explotación agrícola, y en parte la comunidad era una especie de escudo frente a las exacciones del señor, pero el mir también exigía a cada integrante al cumplimiento de sus obligaciones. Todo esto constituía la antítesis del individualismo agrario. La tierra pertenecía *de iure* a la comunidad y las familias recibían las parcelas para usarlas durante determinados períodos, al cabo de los cuales volvían a ser redistribuidas.

El aislamiento, la ignorancia y la pobreza conferían a las aldeas un modo de vida casi salvaje. Según el testimonio del escritor Máximo Gorki –que había nacido en este medio y sufrido una penosa infancia y adolescencia entre los campesinos–, "Un deseo canino de complacer a los fuertes de la aldea se apoderaba de ellos y entonces me resultaba desagradable hasta mirarlos. Se aullaban salvajemente los unos a los otros, dispuestos a luchar, y luchaban por cualquier bobada. En esos momentos resultaban aterradores".

Las acciones violentas del campesinado contra los terratenientes y los agentes estatales atravesaban periódicamente el mundo rural. La liberación de los siervos, aprobada por el zar en 1861, fue concebida como el medio necesario para resguardar el orden social: "Es mejor destruir la servidumbre desde arriba –manifestó Alejandro II en un encuentro con nobles– que esperar al momento en que empiece a destruirse a sí misma desde abajo". El edicto de emancipación liberó a los campesinos de su subordinación a la autoridad directa de la nobleza latifundista, pero los mantuvo sujetos a la tierra y sin posibilidades de salir del atraso y la miseria. Los campesinos recibieron para su uso, pero no en propiedad privada, solo la tierra que ya trabajaban antes de la reforma. El antiguo siervo tuvo que pagar por su libertad. La suma total de la compensación tenía que ser abonada en cuotas durante 49 años al Estado, que había indemnizado a los grandes propietarios. La medida reforzó el papel de cada mir, que se hizo cargo los pagos de redención. Ningún campesino podía abandonar la aldea sin haber saldado su deuda, y el mir se aseguraba de que así fuera para que el resto no viera acrecentado el monto de sus obligaciones. Las condiciones de la emancipación buscaron evitar el desplazamiento de los campesinos hacia las ciudades: la creación de un proletariado sin tierras también era percibida como una amenaza para el orden social.

El sistema ofrecía escasas posibilidades de intensificar la producción agrícola, ya que no permitía agrupar las parcelas en unidades productivas sujetas a las iniciativas de medianos propietarios. La liberación de los siervos no dio lugar al surgimiento de propietarios rurales interesados en el aumento y la comercialización de los productos agrarios. La nobleza terrateniente decayó económicamente con la abolición de la servidumbre, solo una minoría de nobles encaró una transición exitosa hacia la agricultura capitalista y orientada al mercado. La mayor parte se refugió en los niveles superiores de la burocracia estatal para gozar de las prerrogativas asociadas a ese servicio. En Rusia no hubo una revolución agraria –como en el caso británico– que expulsara a la familia campesina y que atrajera inversiones para aumentar la productividad del medio rural, contribuyendo así al proceso de industrialización. No obstante,

el imperio zarista buscó el desarrollo de la industria, y lo hizo por otros medios y con otros actores que los que alumbraron la Revolución Industrial británica.

La derrota en la guerra de Crimea (1853-1856) y los límites impuestos por Francia e Inglaterra al avance del Imperio ruso en los Balcanes en los años setenta del siglo XIX fueron las razones claves que indujeron a la monarquía a promover la actividad industrial. Si el zarismo asumió ese rumbo, a pesar de estar íntimamente ligado con una nobleza terrateniente feudal y de la ausencia de una burguesía que lo presionara, fue para mantener a Rusia como potencia de primer nivel. La autocracia propició el giro hacia una modernización económica en la que el Estado jugó un papel central. Al mismo tiempo se empeñó en preservar el orden social y político del antiguo régimen, sobre el que reposaba su inmenso poder.

La industrialización desde arriba recibió el aporte de la inversión extranjera y en virtud de su carácter tardío (comienza en los ‘60 y se intensifica en los ‘90) contó con la ventaja de saltear algunas de las etapas iniciales: adoptó la tecnología avanzada de otros países y privilegió la instalación de unidades con alto nivel de productividad en las principales ramas de la industria pesada. Al calor de la instalación de grandes establecimientos fabriles, de la renovada explotación de los yacimientos mineros y del tendido de las líneas férreas, creció un proletariado industrial que a pesar de su reciente pasado campesino muy rápidamente asumió una conducta combativa. Las huelgas de gran escala eran habituales y las demandas de los obreros eran políticas además de económicas. Sin embargo, esa actividad industrial altamente avanzada se concentraba en algunos islotes aislados: San Petersburgo (llamada Petrogrado a partir de la Primera Guerra Mundial, y Leningrado después de la muerte de Lenin); Moscú, Kiev, Jarkov y los centros mineros de la cuenca del Don en Ucrania; Rostov y la ciudad petrolera de Baku al sur, rodeados por un mar campesino (el 80% de la población cuando se produjo la revolución).

En las aldeas las formas de vida tradicionales fueron muy lenta e indirectamente modificadas por los cambios en el ámbito urbano e industrial. Aunque la conservación del mir, y con él las formas de explotación agrícola colectiva, frenaron los cambios en la agricultura, no impidieron su lenta corrosión. A medida que se extendían las relaciones capitalistas, la aldea campesina se vio cada vez más sujeta a un proceso de diferenciación social. Quienes lograron contar con animales de tiro y encarar el cultivo de extensiones de tierra más amplias mediante contratos de alquiler constituyeron un estrato rural más alto, los llamados *kulaks*. Estos eran campesinos más prósperos e individualistas, que ganaban dinero con la comercialización de sus productos y que pudieron hacer préstamos o bien contratar a los aldeanos menos emprendedores o más desafortunados. Como a través de la emancipación la mayor parte de las familias recibió un lote de tierras insuficiente para hacer frente a los pagos y asegurar su subsistencia, una alternativa fue el trabajo golondrina: los hombres más jóvenes dejaban temporariamente la aldea para trabajar como asalariados.

Las reformas impulsadas desde arriba que contribuyeron a la modernización de Rusia desde mediados del siglo XIX hasta 1914 estuvieron dominadas por una profunda contradicción. Pretendían mantener el absolutismo y la estructura social de la que dependía,

pero el afán de colocar al Imperio ruso en condiciones de competir exitosamente con el resto de las potencias ponía en movimiento fuerzas que atentaban contra el régimen existente. En relación con este dilema, las actitudes de los tres últimos Romanov fueron diferentes.

El zar Alejandro II (1855-1881) acompañó el edicto de emancipación de los siervos con una serie de medidas destinadas a organizar el sistema judicial, mejorar las condiciones de vida de la población mediante la creación de gobiernos locales –los *zemstvos*–, y abrir el ingreso de la universidad a nuevos estratos sociales, junto con el aflojamiento de la censura. En 1876 se llevó a cabo, en una plaza de San Petersburgo, la primera manifestación de protesta de los estudiantes. El "zar liberador" murió en 1881 víctima de un atentado terrorista. La represión fue brutal, y sus sucesores Alejandro III (1881-1894) y Nicolás II (1894-1917) se abroquelaron en la preservación de sus extendidos y arbitrarios poderes. La consigna de la monarquía en los años previos a la guerra fue la restauración de las tradiciones de la antigua Rusia. La tenacidad y la ceguera con que el último Romanov se comprometió con este objetivo clausuraron toda posibilidad de reforma y contribuyeron decisivamente al derrumbe del régimen a través de la revolución.

Los intelectuales y la tradición revolucionaria

En la primera mitad de la década de 1870, miles de estudiantes decidieron *ir al pueblo*. El movimiento no tenía una conducción, ni un programa definido, se trataba de cumplir con un deber: ayudar a los oprimidos. Según el relato de uno de sus participantes: "Hay que preparar lo indispensable y, ante todo, un trabajo físico. Todos ponen manos a la obra. Unos se distribuyen por talleres y fábricas, donde, con ayuda de obreros ya preparados, se hacen aceptar y se ponen al trabajo. El ejemplo impresiona a sus compañeros y se difunde. […] Otros, si no me equivoco fueron la mayoría, se lanzaron a aprender un oficio, de zapatero, carpintero, ebanista, etc. Son los oficios que se aprenden más pronto".

La ida al pueblo fue la materialización de ideas y sentimientos que habían fermentado entre los populistas. Este sector de la elite educada rusa, la *intelligentsia* (sus miembros se consideraban unidos por algo más que por su interés en las ideas, compartían el afán por difundir una nueva actitud ante la vida) enjuició severamente la autocracia zarista y reconoció en las bondades del pueblo oprimido la clave para salir del atraso y regenerar las condiciones de vida. Este grupo no tiene equivalente exacto en las sociedades occidentales, aunque era una consecuencia del impacto de Occidente en Rusia. La intelligentsia era producto del contacto cultural entre dos civilizaciones dispares, un contacto favorecido especialmente desde los tiempos de Pedro el Grande. Este Romanov, que gobernó de 1628 a 1725, admiró la cultura y los adelantos de Europa y encaró numerosas reformas en su imperio con el fin de acercarlo a los cánones occidentales. De la conciencia de la distancia entre ambas culturas se alimentó el afán de la intelligentsia por llevar a cabo la *misión* que regenerase la vida rusa atrapada entre el despotismo del gobierno y la ignorancia y la miseria de las masas.

Los populistas no formaron un partido político ni elaboraron un conjunto coherente de doctrina, dieron vida a un movimiento radical cuyos planteos iniciales se encuentran en los círculos que se reunieron alrededor de Alejandro Herzen y Visarión Belinsky en los años cuarenta del siglo XIX. El populismo adquirió consistencia al calor de los disturbios sociales e intelectuales que siguieron a la muerte del zar Nicolás (1825-1855) y a la derrota en la guerra de Crimea. Se expandió y ganó influencia a través del movimiento *Zemlia i Volia* (tierra y libertad) durante las décadas de 1860 y 1870, y alcanzó su culminación con el asesinato del zar Alejandro II, después de lo cual declinó. Su compromiso con el pueblo se nutría en gran medida del sentimiento de culpa. En sus memorias, el anarquista ruso Pedro Kropotkin se pregunta: "¿Pero qué derecho tenía yo a estos altos goces cuando a mi alrededor solo había miseria y lucha por un rancio trozo de pan; cuando todo lo que gastase para poder vivir en ese mundo de elevadas emociones necesariamente debía quitarlo de la misma boca de quienes cultivaron el trigo y no tienen pan suficiente para sus hijos?".

Los populistas estaban emparentados con los socialistas franceses en la crítica al capitalismo que generaba la explotación, enajenaba a los individuos y degradaba la vida humana. Sus principales metas eran la justicia y la igualdad social, y para llegar ellas era preciso liberar a la aldea campesina de la opresión y la explotación a que la sometían la nobleza y el Estado. El germen de la futura sociedad socialista ya existía en la comuna rural. El mir era la asociación libre de campesinos que acordaban el uso de la tierra y compartían sus esfuerzos. Esta forma de cooperación, según los populistas, ofrecía a Rusia la posibilidad de un sistema democrático que tenía sus raíces en los valores tradicionales del campesinado. Desde esta perspectiva, su afán por superar el atraso ruso no los condujo a proponer el camino de la industrialización; por el contrario, el alto grado de opresión y embrutecimiento que reconocían en Occidente los llevó a descartar la vía del capitalismo como antesala del socialismo. Desde su concepción, el progreso social o económico no estaba inexorablemente ligado a la revolución industrial.

También descartaron las metas del liberalismo occidental: el gobierno constitucional y las libertades políticas. Para los radicales rusos eran promesas vacuas destinadas a ocultar la supremacía política de los explotadores del pueblo. La desconfianza hacia los partidos políticos alimentó la atracción hacia el anarquismo, ya sea en su versión espontánea: el levantamiento de los oprimidos, o vanguardista: la insurrección concretada por la elite revolucionaria. En Rusia, el nuevo orden social y político se basaría en la federación de las pequeñas unidades autogobernadas de productores, como habían propugnado Charles Fourier y Pierre Proudhon. No eran deterministas históricos, y consideraban que para salir de la noche oscura en que estaba sumida Rusia era posible evadir el precio que había pagado Occidente. La apropiación inteligente de la ciencia y la tecnología las colocaría al servicio de un orden social fundado en principios éticos, en lugar de subordinarlo a los imperativos económicos y tecnológicos. Estas ideas compartidas coexistían con diferencias profundas. La más importante de ellas remite al interrogante respecto de quiénes y a través de qué vías pondrían en marcha el proceso de cambio. En relación con esta pregunta oscilaron entre el reconocimiento del papel de una

vanguardia intelectual puesta al servicio de las masas, por un lado, y la honda desconfianza respecto de que esta acabara siendo otro grupo opresor, por otro.

La ida hacia el pueblo no desembocó en el levantamiento de las aldeas, los campesinos "habían escuchado con sorpresa, estupor y a veces con desconfianza a aquellos extraños peregrinos"; el gobierno los reprimió duramente. En el congreso de 1879, los *narodniki* se dividieron. El grupo Voluntad del Pueblo abandonó la idea de la revolución basada en la acción política del campesinado para asumir el terrorismo, y Reparto Negro se opuso este viraje.

En 1881 Voluntad del Pueblo, después de varios intentos frustrados (la voladura del tren en que viajaba el zar a fines de 1879, la colocación de explosivos en el comedor del Palacio de Invierno en febrero de 1880) puso fin a la vida de Alejandro II y dio cauce a una política represiva mucho más brutal. Seis años después, un grupo de jóvenes fracasó en el atentado contra su sucesor. Los terroristas fueron apresados y entre los condenados a muerte figuraba Alexander Uliánov, el hermano mayor de Lenin. Las principales figuras de Reparto Negro, Georgi Plejanov, Vera Zasulich y Piotr Axelrod, se exiliaron, revisaron sus ideas y a principios de la década de 1880 fundaron el grupo Emancipación del Trabajo, de orientación marxista. A partir de su adhesión a las ideas de Marx, Plejanov refutó el socialismo esgrimido por populistas como Herzen, el anarquismo de Bakunin y el vanguardismo de los grupos que proponían tomar el poder antes de que existiera una burguesía consolidada, la ausencia de esta clase, según una parte de los populistas, facilitaría el triunfo de la revolución.

Los revolucionarios rusos, antes de su conversión al marxismo, habían seguido con atención la obra de Marx. Cuando en 1868 un editor de San Petersburgo anuncia a Marx que la traducción rusa de *El capital* ya estaba en imprenta, este se muestra escéptico: “no hay que hacer mucho caso de este hecho: la aristocracia rusa pasa su juventud estudiando en las universidades alemanas o en París, busca con verdadera pasión todo lo que Occidente le ofrece de extremista […] esto no impide que los rusos, al entrar al servicio del Estado, se conviertan en unos canallas”. No obstante, se abocó cada vez más al examen del desarrollo económico en Rusia, al punto de que este estudio, retrasó la redacción de *El capital*.

En 1881, Vera Zasulich le escribe a Marx una carta impulsada por la inquietud sobre el futuro del socialismo en su país: ¿era posible que se gestara sobre la base de la comuna rural o habría que esperar el acabado desarrollo del capitalismo? ¿Existía una necesidad histórica que obligaba a todos los países del mundo a atravesar todas las fases de la producción capitalista antes de llegar al socialismo? Antes de contestar, Marx escribió tres borradores; en la respuesta definitiva afirma que el surgimiento del capitalismo no es inevitable fuera de Europa occidental, pero la cuestión sobre el advenimiento del socialismo queda flotando.

El contenido de la carta que Engels escribió a Zasulich, siete años después, es más contundente: la estructura social es la que modela la historia, sean cuales fueren las intenciones de los hombres. Cuando las estructuras son precarias, “la gente que encienda la mecha será barrida por la explosión […] Quienes se jactan de haber hecho una revolución, siempre han comprobado al día siguiente que no tenían idea de lo que estaban haciendo, que la revolución que ellos hicieron no se asemeja en nada a la que hubieran querido hacer”.

La formación de grupos marxistas en Rusia en la década de 1890 fue alentada por intelectuales que seguían anhelando el cambio pero rechazaban la vía terrorista y la creciente gravitación de la clase obrera al calor de la rápida industrialización de esos años. Los marxistas, a diferencia de los populistas, no rechazaron la modernización asociada al crecimiento de la industria: solo este proceso, ya en marcha, ofrecería la base sólida para dar curso a la revolución socialista. Polemizaron con los populistas sobre el carácter socialista de la aldea rural: el avance de las relaciones capitalistas en el ámbito agrario había desintegrado la comunidad y en su interior se afirmaban las marcadas desigualdades entre el campesinado pobre y los kulaks. Los campesinos acomodados defendían la propiedad privada y resistirían todo proyecto socialista.

En la última década del siglo, los marxistas se acercaron a los obreros para hacerles conocer sus ideas a través de la formación de grupos de estudio. En el congreso clandestino reunido en Minsk en 1898 se aprobó la creación del partido Socialdemócrata Ruso de los Trabajadores, que se comprometió a organizar la lucha sindical y política de la clase obrera. El alto número de huelgas del período 1890-1914 y su destacada impronta política pusieron en evidencia el carácter revolucionario del proletariado ruso. No cabe atribuir este rasgo a la actividad del pequeño partido, sino más bien a las condiciones y las experiencias a través de las que dicha clase afirmó su identidad: la temprana percepción de sus propias fuerzas en un contexto que excluía la posibilidad de la negociación y dejaba solo abierta la vía de la confrontación.

Del segundo congreso del partido (1903), el mismo salió dividido en dos tendencias: los mencheviques (minoría), encabezados por Julij Martov, y los bolcheviques (mayoría) dirigidos por Lenin. Esto se correspondió con el resultado de la votación sobre una cuestión menor: la composición del comité editorial del periódico del partido.

El debate de mayor peso se dio alrededor de los estatutos del partido. La diferencia entre los textos presentados por Lenin y Martov era en principio mínima, pero la definición del afiliado remitía al tipo de fuerza política que se pretendía crear. La propuesta de Martov: un amplio partido abierto a la inclusión de los simpatizantes, la de Lenin: un pequeño partido de revolucionarios profesionales, organizados y disciplinados. En relación con este tema, Trotsky se pronunció a favor de Martov.

Este primer choque, fue solo la punta del iceberg. Ambas tendencias sostenían posiciones encontradas, que se fueron precisando a partir de la crisis revolucionaria de 1905, sobre las posibilidades de la revolución rusa y el proceso de construcción del socialismo. Los mencheviques adherían a los postulados más ortodoxos del marxismo y eran más pesimistas: el socialismo no tendría cabida hasta que la revolución democrática burguesa concretara los cambios económicos, sociales y políticos necesarios para su arraigo. Desde este diagnóstico se mostraron dispuestos a colaborar con la burguesía liberal en la lucha contra el antiguo régimen. En los bolcheviques prevaleció el voluntarismo político: la crisis del zarismo y las tensiones desatadas por la guerra ofrecían la oportunidad de llevar a cabo la revolución. La

concepción de Trotsky tenía mayor afinidad con esta visión, razón por la cual acabó apartándose de los mencheviques para unirse al grupo de Lenin.

La revolución de 1905

El curso desfavorable de la guerra contra el Japón (1904-1905) y las penurias asociadas a ella desembocaron en la revolución de 1905. El 9 de enero de ese año ("el domingo sangriento") una manifestación obrera compuesta por 200.000 hombres mujeres y niños, encabezada por el carismático padre Gabón y que canta "Dios salve al zar", fue violentamente reprimida. La petición solicitaba la jornada laboral de ocho horas, un salario mínimo de un rublo diario, la abolición de las horas extraordinarias obligatorias no remuneradas, la libertad de los obreros para organizarse. Además incluía demandas que debían ser atendidas por el poder político: una asamblea constituyente elegida democráticamente. Libertad de expresión, prensa y reunión, educación gratuita para todos y el fin de la guerra con Japón. Al final del petitorio se sostenía que: "[…] Si vos no ordenáis y respondéis a nuestra suplica, moriremos aquí en esta plaza, ante vuestro Palacio."

La movilización de los trabajadores se amplió y profundizó. A mediados de octubre, la huelga general en San Petersburgo condujo a la creación del primer soviet o consejo integrado por los delegados de los trabajadores elegidos en las fábricas.

Se sumaron representantes de los partidos revolucionarios: mencheviques, bolcheviques y socialistas revolucionarios. Trotsky, que aun adhería a la tendencia menchevique, fue uno de sus líderes. A la movilización de los obreros se sumaron, desde mediados de 1905, los levantamientos de los campesinos que atacaron las tierras y las propiedades de los grandes señores. Una de las acciones más resonantes fue la de los marineros del acorazado Potemkin quienes, hartos de malos tratos y de ser obligados a alimentarse con alimentos en mal estado, en junio deciden sublevarse. En el marco de la agudización del conflicto social, los liberales presionaron sobre la autocracia para que aceptara recortar parte de sus prerrogativas y permitiera la instauración de un régimen constitucional.

El zarismo sobrevivió combinando la represión con una serie de medidas destinadas a ganar tiempo y dividir a las fuerzas que habían coincidido en la impugnación del régimen. En octubre, Nicolás II dio a conocer el manifiesto en que prometía crear un parlamento electivo nacional, la Duma. La medida dividió a los liberales: los octubristas se mostraron complacidos, mientras que los demócratas constitucionales (cadetes) pretendieron reformas más avanzadas. Pero la revolución liberal perdió fuerza y los dirigentes de este campo se abocaron a la organización de los partidos que intervendrían en las elecciones para la Duma. En el curso del mes diciembre los soviets de San Petersburgo y el de Moscú fueron disueltos por la policía. En Moscú, donde los bolcheviques tuvieron un destacado peso, la clase obrera resistió con las armas y hubo muchos muertos.

Frente a la extendida insurrección campesina, el zar dio curso al programa diseñado por el ministro Stolypin, que alentaba la expansión de los kulaks y la liquidación del mir. El fortalecimiento de los campesinos propietarios de sus tierras fue impulsado como la vía más apropiada para lograr la estabilidad social. El Estado intervino en esta empresa mediante la concesión de créditos que favorecieron la compra y la concentración de las parcelas a cargo de la comunidad por parte de los kulaks. Estos no solo abandonaron la comunidad con sus pedazos de tierra ampliados; además compraron a los terratenientes deseosos de vender después de la insurrección campesina. La reforma acentuó y aceleró el proceso de diferenciación social en el medio rural.

El fin de la guerra con Japón y la restauración del orden le permitieron al zar recortar las atribuciones de la Duma y seguir aferrado a la defensa del antiguo régimen.

El ciclo revolucionario de 1917

En 1917 hubo dos revoluciones. La de febrero hizo suponer que Rusia, con retraso, seguiría el camino ya transitado en Europa occidental: la eliminación del absolutismo para posibilitar el cambio social y político hacia una democracia liberal. Sin embargo, la acción de los bolcheviques en octubre clausuró un proceso en este sentido. Por otra parte, ni las condiciones sociales y económicas, ni la fisonomía de la cultura política rusa ofrecían un terreno propicio para la construcción de un orden democrático burgués.

Cuando las masas ocuparon las calles a fines de febrero, casi nadie atribuyó a la movilización el carácter revolucionario que llegaría a tener. Al igual que ocurriera con la Revolución Francesa, la soviética fue tomada al principio como una protesta airada. El curso de los hechos no solo sorprendió al zar, a la corte y a la oposición liberal: tampoco los militantes revolucionarios esperaban la inminente caída del zarismo. Lenin, por ejemplo, llegaba a la estación Finlandia de Petrogrado en abril de 1917 después de la abdicación del zar; había tenido que atravesar apresuradamente Alemania en un vagón blindado proporcionado por el estado mayor alemán.

El 23 de febrero (8 de marzo) gran parte de los obreros de Petrogrado fueron a la huelga. Las amas de casa salieron a la calle a participar en manifestaciones (coincidiendo con el Día Internacional de la Mujer). La gente asaltó panaderías, pero los disturbios no tuvieron graves consecuencias. Al día siguiente prosiguió la huelga. Los manifestantes rompieron los cordones de la policía y llegaron al centro de la ciudad: pedían pan, paz y tierras. El 25 de febrero todas las fábricas de la capital quedaron paralizadas. Para reprimir a los manifestantes fueron enviadas tropas militares; aunque hubo algunos encuentros, los soldados evitaron disparar contra los obreros.

El zar dio la orden de disolver la Duma. Sus integrantes no se reunieron, pero formaron un comité para seguir la marcha de los acontecimientos. Nicolás II insistió en que se aplastase al movimiento revolucionario y los jefes militares ordenaron a la tropa que disparase contra la

multitud. Los soldados celebraron reuniones en los cuarteles y se negaron a reprimir. Las fuerzas que el zar había ordenado venir desde el frente no llegaron porque los ferroviarios interrumpieron los transportes. Nicolás II abdicó y los integrantes de la Duma nombraron un Gobierno Provisional presidido por el príncipe liberal Georgy Lvov. Entre los miembros de ese gobierno no figuraban los socialistas, solo Aleksandr Kerensky, a título personal, se hizo cargo de la cartera de Justicia. El Gobierno Provisional duraría hasta que una asamblea elegida por los ciudadanos aprobase la carta constitucional del nuevo régimen. Sin embargo, la caída del zarismo dio paso a la existencia de un poder dual: junto al Gobierno Provisional, representante de las clases medias liberales atemorizadas y desorganizadas, emergieron los soviets, cuyo poder se fundaba en su contacto directo con la clase obrera armada y radicalizada. El soviet no tenía ningún título legal en el que apoyar su autoridad sino que representaba a las fuerzas movilizadas que habían hecho triunfar la revolución: los obreros, los soldados y los intelectuales. Quienes integraban el soviet provenían de las elecciones llevadas a cabo en las fábricas y los cuerpos militares, no tenían mandato por tiempo fijo y podían ser revocados en cualquier momento si su gestión era desaprobada por aquellos a quienes representaba. El Gobierno Provisional solo podía ejercer sus funciones si contaba con la colaboración del soviet de Petrogrado y los de las provincias. Inicialmente, los partidos que lograron un mayor grado de inserción en estos organismos fueron los mencheviques y los social-revolucionarios; en cambio, los bolcheviques eran minoría.

Lenin estaba decidido a impedir la consolidación de un poder burgués y cuando llegó a Rusia propuso entregar "todo el poder a los soviets". Esta consigna, difundida a través de las Tesis de Abril, desconcertó a los mencheviques, que se mostraban cada vez más dispuestos a colaborar con el Gobierno Provisional y deseaban que fuera la asamblea constituyente la que finalmente sentara las bases de un régimen democrático. Pero también se sorprendieron muchos de los camaradas de Lenin. Los bolcheviques moderados, coincidiendo con los mencheviques, consideraban un desatinado salto al vacío la arremetida contra un orden burgués liberal.

Sin embargo, la profundidad de la crisis y el rumbo cauto y oscilante del Gobierno Provisional condujeron a las fuerzas sociales movilizadas a tomar creciente distancia del mismo y a desconfiar de sus propósitos. El zar había caído, pero la guerra y las privaciones continuaban, los campesinos no recibían las tierras, se temía que los zaristas diesen un golpe y no había garantías sobre la capacidad de reacción del gobierno provisional. Los soviets, en cambio, contaban con el decidido reconocimiento de las masas radicalizadas.

Entre febrero y octubre los bolcheviques ganaron posiciones en los soviets, y en julio columnas de obreros contrarios al gobierno "burgués" pidieron su ayuda para traspasar todo el poder a los soviets. Lenin no los acompañó en esa iniciativa, pero el gobierno encabezado por Kerensky los reprimió bajo la acusación de haber pretendido dar un golpe. Los bolcheviques volvieron a ocupar un lugar central en el escenario político en virtud de su decidida y eficaz intervención en la resistencia al ambiguo intento de golpe del general Kornilov, en agosto. No obstante, aún estaban lejos de ser la opción política dominante en el campo socialista, si bien

en el seno de la clase obrera más organizada recogían más adhesiones que los mencheviques; en el medio rural, el partido mayoritario era el de los social-revolucionarios.

Frente al creciente vacío de poder, en octubre Lenin resolvió terminar con el débil Gobierno Provisional. Antes de que se reuniera el Segundo Congreso de Soviets, su partido debía tomar el Palacio de Invierno. El jefe político de los bolcheviques, como en abril, volvió a sorprender a sus camaradas. Dos miembros del Comité Central bolchevique, Grigori Zinoviev y Lev Kamenev, manifestaron su desacuerdo a través de la prensa. A pesar del carácter público tomado por la orden de Lenin, el Gobierno Provisional fue incapaz de organizar su defensa y en el mismo momento en que los delegados de toda Rusia llegaban a la sede del congreso soviético, los bolcheviques –con el apoyo de los obreros armados– ingresaron en el Palacio de Invierno y detuvieron a los ministros. Kerensky había partido al frente para buscar refuerzos militares que impidieran el éxito del golpe.

Entre el 25 y 26 de octubre no hubo una jornada gloriosa, los bolcheviques tomaron el poder que nadie detentaba. La mítica acción revolucionaria fue una construcción posterior inducida por los bolcheviques y con hondo arraigo en el imaginario sobre el Octubre rojo.

El Segundo Congreso de Soviets aprobó la destitución del gobierno después de un tenso debate en el que mencheviques y parte de los social-revolucionarios expresaron su desacuerdo con la conducta bolchevique, que dividía el campo socialista. El poder quedó en manos del Consejo de Comisarios (Sovnarkom) integrado solo por bolcheviques, a pesar de las resistencias de sectores del movimiento obrero y de miembros del Comité Central del partido gobernante. Poco después, en virtud de la división de los social-revolucionarios en un ala de derecha y otra de izquierda, estos últimos ocuparon dos ministerios hasta marzo de 1918.

Octubre dio por cerrado el ciclo iniciado en febrero: en Rusia ya no habría espacio para una revolución democrática liberal y los socialistas partidarios de esta vía fueron decididamente expulsados del poder, que quedó en manos del más radical y disciplinado partido de la izquierda, el liderado por Lenin.

La firma del armisticio con Alemania aseguró al nuevo gobierno una gran popularidad entre obreros y soldados, el reparto de las tierras entre las familias campesinas le permitió contar con la más cauta adhesión del campesinado. El apoyo de la clase obrera quedó reflejado en los excelentes resultados de los bolcheviques en los principales centros industriales en las elecciones de noviembre a la asamblea constituyente. Pero estuvo lejos de obtener la mayoría en el medio rural: aquí el grueso de los votos lo recogió el partido Social-Revolucionario, que recibió el apoyo masivo del campesinado rural. En enero de 1918, la asamblea solo sesionó unas horas. Lenin había decidido que los soviets eran "una forma de democracia superior" a la encarnada por la asamblea constituyente. Su disolución señaló el momento de la desaparición del bolchevismo moderado, y el estrépito de los disparos que recibió a las decenas de miles de personas que demostraron su apoyo a este foro da cuenta del deseo de los bolcheviques de empujar la revolución no solo contra los propietarios sino también contra los socialistas moderados que aún contaban con un amplio respaldo popular. Rosa Luxemburgo, la revolucionara polaca, miembro de la socialdemocracia alemana, estaba en prisión debido a su

activa campaña contra la guerra, cuando los bolcheviques tomaron el poder. Inmediatamente escribió sus reflexiones sobre este acontecimiento al que aplaudió, pero sin dejar de señalar sus diferencias con algunas de las decisiones de Lenin y Trotsky, entre ellas la disolución de la Asamblea Constituyente.

La firma de la paz de Brest-Litovsk con Alemania se demoró en el tiempo, y cuando finalmente los bolcheviques aceptaron el humillante tratado, sus compañeros de gobierno, los social-revolucionarios de izquierda, rompieron la alianza y atentaron contra la vida del embajador alemán para impedir que el acuerdo se concretase. A partir de marzo de 1918, el gobierno soviético quedó bajo el exclusivo control del partido monolítico.

La producción escrita sobre esta doble revolución es enorme: desde el momento en que el octubre bolchevique dio un giro drástico al camino que liberales y gran parte de los socialistas emprendieron en febrero, el debate ha girado a por qué y cómo los bolcheviques pusieron fin al Gobierno Provisional: ¿fue una revolución o un golpe?, ¿el partido expresaba los intereses de la clase obrera o fue el afán de poder de su cúpula, especialmente Lenin, la motivación decisiva? Si Rusia, según las ideas de Marx, no contaba con los requisitos para avanzar hacia el socialismo, ¿en qué contexto y a través de qué argumentos una fracción de los marxistas rusos puso en marcha una revolución socialista?

La explicación de octubre dividió el campo historiográfico. Para unos fue el golpe de un partido dictatorial que resultó viable debido a una crisis general de la ley y el orden. Sus dirigentes, desde esta perspectiva, cargan con la responsabilidad de haber conducido hacia una horrenda experiencia, la del totalitarismo soviético –similar a la del fascismo– del que fue víctima el pueblo ruso. Los que han rechazado esta idea sostienen que la toma del Palacio de Invierno contó con el apoyo de los trabajadores y soldados de la capital, hastiados de la guerra y preocupados por el desempleo masivo y la carestía de los alimentos, y jubilosos ante la perspectiva de un orden socialista basado en una profunda igualdad entre las clases sociales. Los primeros afirman la continuidad entre Lenin y Stalin. Los segundos adjudican a los fuertes desafíos que afrontaron los bolcheviques el fracaso de la revolución en la Europa de posguerra, la guerra civil a partir de 1918 y a la distancia abismal entre la dureza del revolucionario Lenin y la crueldad del intrigante dictador Stalin, el hecho de que un partido flexible y revolucionario se convirtiera en una organización creadora de los campos de concentración soviéticos, los gulags.

La oleada revolucionaria

Una vez en el poder, los bolcheviques promovieron la unidad de las fuerzas socialistas que reconocían el carácter revolucionario de su accionar y las convocaron a abandonar la Segunda Internacional. En marzo de 1919, Lenin inauguró en Moscú el congreso que aprobó la creación de la Tercera Internacional –también conocida como *Comintern*–, invocando a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, los líderes del comunismo alemán asesinados ese año.

La Comintern elevó al partido bolchevique a la categoría de modelo a imitar por todos los partidos comunistas del mundo y reconoció a la dictadura del proletariado como el único camino hacia el socialismo: las promesas de la democracia eran solo un falso espejismo para preservar la dominación de la burguesía.

Entre 1920 y 1921 se crearon importantes partidos comunistas en Alemania, Francia e Italia, y también hubo partidos comunistas de masas en Bulgaria y Checoslovaquia. En el resto de Europa, los partidos comunistas fueron marginales. La mayor parte de los dirigentes de los partidos socialistas tomaron distancia de los bolcheviques y permanecieron en las filas de la Segunda Internacional. No obstante, en casi todos estos partidos, parte de sus militantes, los más jóvenes, los más decididos a entregar su vida a la causa de la revolución, crearon nuevos partidos comunistas. La división del campo socialista tuvo un profundo impacto en el rumbo político del período de entreguerras, y efectos permanentes en el siglo XX.

La existencia de la Tercera Internacional se prolongó hasta 1943 cuando fue disuelta por Stalin para afianzar su alianza con las democracias de Estados Unidos y Gran Bretaña en la guerra contra la Alemania nazi. Hasta 1921 se alentó la posibilidad de la revolución, aunque ya con fuertes reservas en el tercer cónclave.

En este primer período, la esperanza que el capitalismo finalmente sucumbiría estuvo alentada por la ola de huelgas e insurrecciones que recorrió el continente europeo en los años 1917-1923. Los sacrificios que impuso la guerra fueron tan intensos y prolongados que antes de que dejaran de tronar los cañones la resistencia de las bases quebró el consenso patriótico. El principal indicador del descontento obrero fue el creciente número de huelgas, a pesar de la acción represiva de los gobiernos. Esta vasta movilización (Gran Bretaña, Francia, Alemania, Austria, Hungría, Italia) se desencadenó antes de que los bolcheviques tomaran el gobierno.

Después de la Revolución Rusa, en noviembre de 1918, en los imperios del centro europeo la movilización de las bases derribó a la dinastía de los Hohenzollern en Alemania y a la de los Habsburgo en el Imperio austrohúngaro. En Italia, entre 1918 y 1920, el movimiento obrero dio muestras de una fuerte combatividad. En el industrializado Turín, los obreros formaron consejos de fábrica encabezados por comunistas y ocuparon las empresas para tomar las riendas de la producción. En Hungría, Bela Kun proclamó la República Soviética a su regreso de Rusia en marzo de 1919. La oleada de protestas llegó a Estados Unidos a través de las huelgas de los metalúrgicos, mineros y ferroviarios en 1919.

Básicamente, la atención del mundo, y especialmente de los que anhelaban la revolución, estuvo pendiente del rumbo de Alemania a partir de la caída del imperio. Como ya había ocurrido en Rusia en 1917, los motines de soldados y marinos y las movilizaciones de los obreros en las ciudades desembocaron en la creación de consejos obreros y de soldados. En Munich, la capital del Estado de Baviera, se proclamó la república antes que en Berlín. Con la caída de Luis III, el primer monarca depuesto por la revolución alemana, el gobierno quedó en manos del Consejo de Obreros y Soldados y Campesinos bajo la dirección de Kurt Eisner, presidente del Partido Socialdemócrata Independiente.

El 9 de noviembre, la revolución llegó a Berlín. Ante la efervescencia del pueblo en las calles, Guillermo II renunció para refugiarse en Holanda y el primer ministro dejó su cargo al dirigente socialdemócrata Friedrich Ebert. Se proclamó la república y el gobierno quedó en manos del Consejo de Comisarios del Pueblo, integrado por tres representantes del Partido Socialdemócrata y otros tres del Partido Socialdemócrata Independiente. En pos de la restauración del orden, Ebert pidió ayuda a los ciudadanos: todos debían colaborar con la reactivación de la producción, la falta de alimentos representaba "la miseria para todos".

El espartaquista Liebknecht, en cambio, llamó a profundizar la revolución: el poder debía pasar a los consejos de obreros y soldados para que Alemania, aliada con la Rusia bolchevique, llevase el socialismo al mundo entero. El Primer Congreso de los Consejos de Obreros y Soldados de Alemania, que sesionó entre 16 y 21 de diciembre, reconoció la autoridad del Consejo de Comisarios y aprobó el llamado a elecciones para formar la Asamblea Constituyente. Después de su fracaso en este ámbito, los espartaquistas crearon el Partido Comunista Alemán, encabezado por Luxemburgo y Liebknecht.

En la primera quincena de enero de 1919, en un intento de capitalizar el descontento social, los comunistas propiciaron un levantamiento armado en Berlín para tomar el poder. Fueron violentamente reprimidos por el gobierno socialdemócrata. El ministro de Defensa Gustav Noske aceptó que alguien debía ser *el sanguinario* y decidió asumir su responsabilidad. Entre el 5 y el 13 de enero, las calles de Berlín fueron un campo de batalla. Dos días después, Luxemburgo y Liebknecht fueron detenidos y asesinados por oficiales del ejército. El cuerpo de Rosa, arrojado a un canal, recién fue hallado el 31 de mayo.

En Europa, la movilización social y política fue intensa hasta 1921 y la última acción se produjo en Alemania: la fracasada insurrección de los comunistas en 1923, pero no hubo una revolución que siguiera los pasos del Octubre rojo. La crisis social de posguerra, en lugar de fortalecer a la izquierda, posibilitó la emergencia del fascismo.

Película Sin novedad en el frente

(All quiet on the western front)

Ficha técnica	
Dirección	Lewis Milstone
Duración	133 minutos
Origen / año	Estados Unidos, 1930
Guión	Maxwell Anderson, George Abbott, Del Andrews, C. Gardner Sullivan, Walter Anthony y Lewis Milestone. Basado en la novela del mismo nombre de Erich Maria Remarque
Fotografía	Arthur Edeson y Karl Freund
Montaje	Edgar Adams, Edgard Cahn y Milton Carruth

Dirección musical	David Broekman
Dirección de arte	Charles Hall y William Schmidt
Producción	Carl Laemmle
Intérpretes	Lew Ayres (Paul Bäumer); Louis Wolheim (Kat Katczinsky); Scott Kolk (Leer); John Wray (Himmelstoss); Arnold Lucy (profesor Kantorek); Ben Alexander (Franz Kemmerich); Owen Davis Jr (Peter); Walter Rogers (Behn); William Bakewell (Albert) y Harold Goodwin (Detering)

Sinopsis

Un grupo de estudiantes alemanes en edad de escuela secundaria acuden entusiasmados al frente de combate de la primera guerra mundial ante la exhortación patriótica de uno de sus profesores. El grupo recibe una breve instrucción y rápidamente es enviado a las trincheras en el límite occidental del país donde se combate, a uno y otro lado de la frontera franco germana, en condiciones espantosas. Muy pronto, los jóvenes entran en contacto con el rostro real de la guerra: un infierno de muerte, sangre, hambre y desolación que borra pronto y definitivamente la ilusión patriótica y el orgullo nacionalista con el que marcharon a la batalla. Los muchachos entran en contacto con soldados más veteranos cuya experiencia los ayuda inicialmente a sobrevivir, pero poco a poco la compañía va siendo diezmada por los bombardeos enemigos, la carnicería en las trincheras, las heridas mortales producto de los sucesivos combates o las inevitables secuelas psicológicas de la contienda. Entre batalla y batalla, asistimos a la búsqueda de comida o de mujeres, a charlas circunstanciales sobre el origen y el sentido del conflicto y a la creciente decepción de los pocos que van salvando la vida a tres años de iniciada la guerra. La trama reserva a Paul, el más entusiasta de los escolares de principios del film, el premio de volver a casa en una breve licencia, después de sanar de una herida aparentemente mortal. Lejos del frente, el muchacho se topa con una ficción patriótica que no puede tolerar: hombres, como su padre, que siguen planeando el ataque final a Paris, mientras beben y discuten sobre mapas absurdos; otros, como su viejo profesor, que siguen reclutando jóvenes, cada vez más niños, para una muerte segura y un país sumergido en un sueño de gloria que le impide ver la verdadera pesadilla en que se ha convertido la realidad. Lúcidamente desilusionado, vuelve al frente en busca de sus viejos camaradas. Falta muy poco para que la guerra termine, una nueva generación de reclutas, ahora de dieciséis años, integra el batallón al que le quedan sólo tres veteranos. A unos y otros los espera una muerte sin gloria, orgullo ni sentido, bajo las bombas de los aviones o en el infierno atroz de las trincheras.

Acerca del interés histórico del film

Partiendo de la novela autobiográfica del alemán Erich Maria Remarque, publicada en 1929, el guión se atiene a la narración de las terribles peripecias de un puñado de jóvenes alemanes que marchan orgullosos y confiados a servir a su país, una vez recibida la arenga nacionalista de uno de sus profesores. Paul Bäumer, profundamente conmovido por el llamado de la patria, convence a algunos de los compañeros menos entusiastas para que se alisten. Preludio de una tragedia sin final, la introducción es el único momento de alegría general del film, una vez en las filas del ejército, los muchachos abrirán gradualmente los ojos a un horror de signo y dimensiones desconocidos.

Desde el momento en que los novatos bajan del tren que los conduce al primer territorio de combate, la película escarba sin vaguedades en la percepción de todos los monstruos de la guerra. Rápidamente, los protagonistas se encuentran con el hambre, la oscuridad y la suciedad de las trincheras que comparten días y días enteros con las ratas mientras esperan que cesen los bombardeos enemigos o que una bomba certera termine con el suplicio del encierro. Algunos comienzan a perder la calma y sueltan todo su sufrimiento mostrando lo que son realmente: niños arrojados a la más atroz de las experiencias humanas, obligados a combatir por algo que olvidan rápidamente en medio del infierno de la batalla.

Poco a poco, el film va señalando a Paul Bäumer, el estudiante dilecto del Profesor de la clase del inicio, como el protagonista central del relato. Paul ve morir uno por uno a sus viejos compañeros de aula, o los ve mutilados o enloquecidos por la experiencia de la guerra. Entretanto, intenta sobrevivir acercándose a la compañía de dos soldados experimentados que adoptan a los nuevos reclutas como aprendices a los que enseñan y protegen de los peligros más evidentes. Kat y Leer, que seguirán con Paul hasta el final, parecen estar combatiendo desde hace varios siglos, conocen todos los trucos, saben dónde conseguir comida cuando no hay provisiones y contienen a los muchachos desquiciados en los peores momentos; pero no pueden evitar la carnicería. Cuando las batallas llegan, uno a uno los nuevos se van quedando en el camino, abatidos por el fuego enemigo, ensartados por las bayonetas, ultimados a palazos en el combate cuerpo a cuerpo en las trincheras o mutilados atrozmente por las bombas o las granadas. La secuencia de las botas de Kemmerich pasando de soldado en soldado, una elipsis magistral por su economía y elocuencia, da cuenta de lo fácil que era morir y lo excepcional que era seguir en pie para la siguiente batalla.

Algunas de las situaciones en las que la película se detiene ofrecen material interesante para la reflexión y el análisis. Después de la primera gran batalla, la mitad de la compañía, es decir los sobrevivientes, arriba a un pueblo cercano en el que reciben comida y tabaco. Después de largos días de ayuno, los soldados comen opíparamente y, en lo que se desarrolla como una sobremesa, tirados a la sombra bajo los árboles, conversan acerca de cómo empezó y a quién le conviene el conflicto. Gastan algunas bromas y sugieren hipótesis y soluciones alocadas, pero elaboran entre todos la conclusión de que la guerra no es cosa del pueblo, que ni los ingleses, ni los franceses comunes ni ellos mismos la quisieron o la buscaron, y señalan

al káiser, a los gobernantes extranjeros y a los empresarios como los verdaderos responsables: sólo a ellos les conviene la guerra. La disquisición termina pronto, pero sirve como otro ejemplo de una idea que el film sustenta en todo su transcurso: los discursos patrióticos y nacionalistas sirven lejos del frente; en el propio campo de batalla, la única pasión común es el deseo general de que el combate termine, sin importar el resultado.

La película desliza otro apunte interesante en torno a la patética figura de Himmelstoss, el cartero de la primera escena devenido de repente en oficial arbitrario y mandón. En la instrucción, convertido ya en superior, Himmelstoss utiliza su autoridad para tiranizar a sus reclutas -es decir los chicos de su barrio-, hacerlos trabajar siempre más de la cuenta y obligarlos a maniobras y ejercicios absurdos. Pero Paul vuelve a encontrarlo en las trincheras, intentando de nuevo jugar al despotismo, ya sin ningún resultado frente a los muchachos que se burlan de él. Y una vez más dará con él corriendo a campo traviesa en un ataque contra los franceses: Himmelstoss no puede moverse del pánico que siente, se hace el herido para quedarse en el piso y no tener que combatir, está paralizado del terror que le genera la batalla; pero de pronto ve al general corriendo entre los soldados y dando la voz de avanzar. Súbitamente, se para y empieza a correr como loco hacia adelante, gritando que el superior ha dado la orden. En esa escena, que cierra la intervención del personaje en el film, la película señala, en el gesto de Paul, su perplejidad ante la obediencia. ¿Qué hace que un fantoche como el ex cartero marche decidido a combatir como un gladiador? Un ciego sentido del deber, la adoración a sus superiores y una forma repugnante e infrahumana de concebir la autoridad. Himmelstoss, incapaz por sí mismo casi de cualquier cosa, es bien capaz de construir un imperio y sostenerlo a sangre y fuego si así se lo ordenan.

Entre batalla y batalla, bombardeo y bombardeo, trinchera y trinchera, tres de los muchachos consiguen ligar con unas chicas francesas que aceptan el cortejo a cambio de comida. Pasan la noche con ellas. En medias palabras, Paul averigua que su amante se llama Suzanne, le habla con sincero cariño en un idioma que ella no comprende, intentan sin éxito poner en palabras lo que se han expresado con sus cuerpos. Asistimos a toda la escena sin ver a la pareja, contemplando una mesita de velador mientras escuchamos las voces de los amantes. Uno puede pensar que la censura no habría permitido las imágenes de los jóvenes en la cama, -aunque la escena es de por sí bastante atrevida para la época-, pero más allá de las conjeturas, la opción de Milestone fue contar un momento de pasión, breve pero no exento de calidez y ternura, sin ponerlo en imágenes: un fuera de campo sostenido con pulso firme que es también un comentario respecto del lugar del amor en tiempos de guerra.

Tras sanar milagrosamente de una herida grave, Paul vuelve unos días a casa para cerrar el recorrido de su decepción. Ya no hay casa ni hogar entre las caricias maternales hacia el niño que fue ni entre las bravuconadas de los hombres adultos que, entre cerveza y cerveza, elaboran nuevas estrategias para ganar la guerra como si se tratara de un juego de mesa. Vuelve al aula en la que todo comenzó y encuentra al viejo profesor Kantorek arengando a un nuevo grupo de estudiantes para que abracen el sacrifico patriótico. Invitado a sumarse a la prédica, Paul primero se niega para después enfrentar al maestro: nada hay de glorioso en

morir por la patria. La patria no existe entre las ratas, las bombas, las granadas y las bayonetas. Sólo el terrible valor de la propia vida. Intruso en el mundo que lo envió a un sacrificio al que no le encuentra ya sentido, Paul comprende que su único lugar es con sus compañeros de penurias, y vuelve al frente. Se reencuentra con el viejo Kat para verlo morir poco después en sus brazos. El horror de la guerra se lo ha llevado todo, sólo le queda su propia vida, entregada en un último gesto poético que pone fin a su sufrimiento.

El plano final del film, un fundido en el que los muchachos vuelven la vista atrás mientras marchan a combatir con las cruces de un enorme cementerio en el fondo, es un cierre impecable para la historia. Nada queda por decir; asistimos a un silencio seco y helado que barre abruptamente con todos los discursos.

Sobre el director y su obra

Lev Milstein nació en 1895 en Rusia, país del que emigró en 1917 intentando evitar el reclutamiento para la primera guerra mundial. Ironía del destino, una vez en Estados Unidos, fue alistado inmediatamente en las filas del ejército norteamericano que combatió en territorio francés durante el último año de la contienda. Muy rápidamente, el ahora devenido en Lewis Milestone, comenzó a trabajar como director de cine con el corto *Positive,* realizado en 1918, primero de los 52 filmes que dirigiría a lo largo de su extensísima carrera. Milestone murió a los 85 años en California.

A pesar de que *Sin novedad en el frente* fue el film que le valió el primer gran reconocimiento y un lugar en la historia del cine, Milestone realizó otras películas famosas, como *Motín a bordo* (*Mutiny on the bounty,* 1962), clásico protagonizado por Marlon Brando; la versión original de *Ocean´s eleven* (1960), con Frank Sinatra y Dean Martin sobresaliendo en el reparto, *El extraño amor de Martha Ivers* (*The strange love of Martha Ivers,* 1946) un excelente policial negro con Barbara Stanwyck en el rol protagónico; y una versión de Los miserables (*Les miserables,* 1952), el clásico de Víctor Hugo.

Sin novedad en el frente es uno de los primeros grandes clásicos que ha dado el cine sobre la guerra. Llama la atención que a casi ochenta años de su realización, y con la experiencia histórica de la segunda guerra de por medio, la película sostenga su vigencia no sólo por el consistente y lúcido mensaje antibelicista que destila el relato, sino, sobre todo, por la excelencia de la realización y la coherencia interna de su forma narrativa, cuyo análisis permite reflexionar sobre el desarrollo posterior de todo un género cinematográfico.

Más allá de una carrera prolífica y de la variedad de géneros en que incursionó, Milestone ha quedado en la historia del cine como uno de los grandes cronistas de la guerra, tema al que dedicó varios de los filmes de la primera parte de su producción y sobre el que desarrolló una mirada exenta de todo esteticismo y pretensión de espectáculo, muy adelantada a la realización de la época. Milestone contribuyó además a la construcción del género bélico, ideando y poniendo en práctica novedosos procedimientos narrativos aplicados a las escenas

de combate, como los movimientos de cámara[3] –*travellings*, en la jerga- en todas las direcciones que le permiten registrar los horrores de la vida en la trinchera y los del combate, el pánico, el sufrimiento y la agonía de los soldados, con un nivel de minucioso realismo que lo exime de subrayados muy frecuentes en el tratamiento posterior que el género haría de las escenas de batalla, -abundantes en sangre derramada y música de fondo con *crescendos* desbordantes, que buscan, en muchos casos, generar una emoción que no proviene de las imágenes-. Con *Sin novedad en el frente* Milestone hizo, muy temprano para la historia del cine, una obra maestra sobre los horrores de la guerra, notable por su sobriedad; y en su factura omitió toda la batería de trucos a los que los espectadores del género estamos habituados varias décadas después de su película. Tal vez porque conoció desde dentro las trincheras, comprendió que la profundidad de la experiencia humana frente a la batalla está, más allá de las imágenes explícitas, en aquello que el cine puede sugerir pero difícilmente mostrar de frente: ahí están sus precisos *fuera de campo*, para insinuar lo que ningún plano directo podría contar de forma tan elocuente.

Actividades

Actividad 1

Caracterizar el conflicto bélico iniciado en 1914 a través del concepto de “Guerra democrática” propuesto por Hobsbawm y Furet.

Actividad 2

Ordenar las novedades territoriales aparecidas a partir de la conferencia de Versalles a través de completar el siguiente cuadro.

	Nuevos países independientes	Posesiones coloniales	Metrópoli a cargo
Balcanes			
Frontera con Rusia Soviética			
Medio Oriente			
África			
Asia Oriental			

Actividad 3

Leer atentamente las siguientes consideraciones de José Luis Romero acerca de la Primera Guerra Mundial y contestar los interrogantes propuestos abajo:

> "Un nombre propio –Alemania, Gran Bretaña, Francia, Italia, Rusia- constituía, pues, el equívoco fundamental, la causa de la confución que enturbiaba el panorama. En cada uno de estos países, una gran burguesía que se afirmaba en la defensa de sus propios objetivos y apoyándose en principios envejecidos que se negaba a renovar, simulaba representar los objetivos nacionales indiscutibles manifestados en el afán de predominar sobre los grupos homólogos de otros países. Olvidaba ciegamente que en cada uno de ellos, como en el propio, había una lucha planteada en la que ella constituía uno de los bandos, y este olvido -acaso inevitable- implicó un traspié tras el cual debía comenzar su lenta declinación. La Primera Guerra Mundial parece un *harakiri* de la gran burguesía. Nuevas fuerzas rejuvenecidas por el sufrimiento, aparecían muy pronto en escena, frente a las cuales la gran burguesía no sería capaz de imaginar otra política que la de la desesperación" (En Romero, José Luis. *El ciclo de la revolución contemporánea*, Cáp.4 "La conciencia burguesa en retirada")

¿Por qué habla el autor de "principios envejecidos" y *harakiri* de la burguesía?

Actividad 4

Ordenar cronológicamente los siguientes hechos desde el más antiguo al más reciente (colocar un número al final de cada frase)

Ejecución del zar y su familia
Elecciones para la Asamblea Constituyente
Gobierno provisional encabezado por el liberal Gueorgui Lvov
Incorporación de los socialistas al gobierno provisional
Manifestaciones obreras reclamando todo el poder a los soviets
Primer congreso nacional de soviets.
Gobierno provisional encabezado por el socialista Kerensky
El golpe del general Kornilov
Asunción del gobierno integrado por los comisarios del pueblo
Segundo congreso nacional de soviets
Toma del Palacio de Invierno.

Actividad 5

Explique la cita del ministro Gurchov acerca de que “el gobierno provisional sólo existe en tanto el soviet le permite hacerlo” a la luz del concepto central de “poder dual·” utilizado por Fitzpatrick.

Actividad 6

En el film *Sin novedad en el frente* se narra la experiencia personal de un combatiente de la gran guerra desde el punto de vista de un joven soldado alemán. En relación con ciertas instancias de la obra:

- Caracterice el fervor patriótico que anima en la sociedad alemana la marcha inicial de los soldados al frente de batalla.
- Señale y desarrolle brevemente tres momentos del film que permitan dar cuenta de la creciente resistencia y la decepción de los combatientes frente al desarrollo de la contienda.

Bibliografía

En Stefan Zweig *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, El Acantilado, 2001

CAPÍTULO 3
PERÍODO ENTREGUERRAS
EN EL ÁMBITO CAPITALISTA

María Dolores Béjar, Marcelo Scotti, Laura Monacci

Introducción

Este capítulo se encuentra organizado en torno a tres ejes:

- La trayectoria económica del capitalismo: la gran crisis de 1929.
- La experiencia política de Estados Unidos, el New Deal.
- La experiencia fascista en Italia y la nazi en Alemania.

El lapso que medió entre las dos guerras mundiales no fue un período homogéneo: en los años de entreguerras se reconocen diferentes momentos, tanto en relación con la marcha de la economía como respecto del grado de tensiones internacionales y de la profundidad y extensión de los conflictos sociales. En los años de la inmediata posguerra, hasta 1923, el rumbo de la economía tuvo fuertes oscilaciones. Simultáneamente, hubo una oleada de alta conflictividad social, al calor de la cual unos temieron que la revolución bolchevique se extendiera hacia el resto de Europa y otros alentaron la ilusión de que así fuera. Fueron años también atravesados por crisis internacionales. Esta etapa fue sucedida por la estabilidad de la segunda mitad de la década de 1920, asentada en la frágil recuperación económica, en el reflujo de los conflictos sociales y en un clima de distensión internacional. Por último, la crisis económica de 1929 dio paso a los tiempos oscuros en que grandes masas de la población fueron arrojadas a la miseria y la desesperación, al mismo tiempo que el liberalismo era casi arrasado a través de la instauración de regímenes dictatoriales, la proliferación de movimientos fascistas, en gran medida inspirados en el fascismo italiano, y del triunfo del nazismo en Alemania. Al final de los ‘30 se desencadenaba la Segunda Guerra Mundial.

Nada de lo que ocurrió era inevitable, no hubo una línea causal entre las tensiones que dejaron pendientes la paz de Versalles, el derrumbe de la economía capitalista y el expansionismo nazi, al que suele visualizarse como dato central en el estallido del nuevo conflicto mundial. Sin lugar a dudas todos estos factores conformaron un terreno propicio para el regreso a las armas en forma mucho más brutal y terrorífica que en la Primera Guerra

Mundial. Sin embargo, coexistieron diferentes trayectorias, cada escenario nacional, regional, procesó los desafíos de esos tiempos en relación con sus propios pasados. Además, las decisiones y las acciones de los diferentes actores, desde los distintos sectores nacionales y locales hasta los Estados en el campo internacional, fueron decisivas en el curso que siguió la historia en el período de entreguerras.

La economía global se resquebraja

El gran derrumbe económico de los años treinta remite, en gran medida, a los cambios que –gestados en los años dorados– erosionaron los pilares en que se había asentado la primacía del mercado mundial. En primer lugar, el declive de Gran Bretaña, acompañado por el quiebre del patrón oro y por la creciente fragilidad de los lazos forjados por Londres entre las diferentes economías nacionales. Simultáneamente, el hecho de que el ascenso económico de Estados Unidos venía asociado con nuevos factores que no se adecuaban al modo de funcionamiento del orden global. Por un lado, el nuevo modo de organización del sistema productivo, el fordismo, que alentaba un mayor control estatal del desenvolvimiento de la economía nacional para evitar las recesiones, al margen de las fluctuaciones del mercado mundial. La potencia en ascenso, además, reunía recursos y condiciones que le permitían y alentaban un grado de autarquía que nunca había tenido Gran Bretaña. Esto significaba que se rompía el equilibrio, presente en la *Belle Époque*, entre la expansión del mercado mundial y los pilares en que se asentaba la hegemonía de Londres. Muchos de los grandes propietarios latinoamericanos, por ejemplo, perdían la posibilidad de colocar en el país del norte los bienes que a través de las compras británicas habían desembocado en el boom exportador de los años ochenta.

El impacto de la Primera Guerra Mundial y el rumbo impuesto por los vencedores hicieron estallar las tensiones de la economía global. En Versalles se dispuso el trazado de nuevos Estados en el mapa europeo, sin atender a sus posibilidades, y se aprobó una cadena de deudas que obstaculizaría el despegue de la economía. Mientras el conjunto de los países europeos sufría su condición de deudores, se acrecentaba el poder financiero de Estados Unidos.

El esfuerzo bélico exigió la cooperación entre los industriales y la coordinación de sus actividades vía la intervención del Estado. Todos los gobiernos, además, aumentaron sus recursos a través de la creación de nuevos impuestos que recayeron sobre la renta y sobre el volumen de los negocios. Sin embargo, no fue suficiente. Los países más afectados por los combates se vieron obligados a recurrir a la importación de mercancías y al auxilio de préstamos proporcionados por los países más fuertes en el plano industrial, por los que estaban alejados del campo de batalla y aquellos que eran ricos en materias primas. La guerra benefició económicamente a los proveedores: Suiza, Holanda, los países escandinavos, América Latina y sobre todo a Estados Unidos. Entre 1914 y 1919 este último se posicionó como el mayor acreedor. La guerra agudizó el declive inglés, al mismo tiempo que Estados

Unidos emergió como el principal motor para avanzar en la reconstrucción de la economía europea y la reactivación del comercio mundial.

En la década de 1920, el capital y los mercados estadounidenses dominaban la economía mundial, como lo había hecho Gran Bretaña antes de la Primera Guerra. En 1929, Estados Unidos había volcado más de 15.000 millones de dólares en inversiones en el extranjero, casi la mitad en créditos y el resto en inversiones directas de corporaciones multinacionales. Entre 1924 y 1928 los estadounidenses prestaron en promedio 500 millones de dólares a Europa, 300 millones a América Latina, 200 a Canadá y 100 a Asia. Si bien los gobiernos estadounidenses fueron aislacionistas, los grupos que dominaban en Wall Street se involucraron en las negociaciones vinculadas con la recuperación y estabilidad de la economía internacional, como sucedió con los planes Dawes y Young destinados a activar la economía alemana.

En la era del imperialismo, las inversiones europeas en el exterior se habían multiplicado, básicamente, en forma de préstamos que los gobiernos y las empresas que los recibían utilizaban a su arbitrio. En la entreguerras, en cambio, las grandes corporaciones estadounidenses instalaron plantas fuera de su país. A través de esta vía lograban eludir las barreras aduaneras europeas que trababan la exportación de sus productos, pero principalmente, trasladaban centros fabriles altamente productivos. En 1900, la inversión directa estadounidense en el extranjero equivalía al dos por ciento de la riqueza total de las empresas y granjas del país; en 1929 representó el cinco por ciento. La mitad estaba en América Latina y la mayor parte del resto en Europa y Canadá. En el primer caso, los capitales estadounidenses se ubicaron en los servicios públicos y la producción primaria, en el segundo, fueron a la industria.

Sin embargo, la nueva potencia no asumiría el papel regulador desempeñado por el Reino Unido porque su crecimiento económico no estaba basado en los lazos comerciales y financieros forjados con otros mercados. Su desarrollo se había apoyado en una combinación de factores: abundancia y variedad de materias primas, tierras agrícolas fértiles y el aporte de los inmigrantes europeos, una enorme fuerza de trabajo fácilmente explotable, que hicieron del mercado interno el principal motor de su economía. Los Estados Unidos que exportaban simultáneamente alimentos, bienes industriales y capitales no dependían de las importaciones para sostener su ciclo productivo.

Otro cambio clave provino de la exploración de la gestión científica del trabajo. Se inició al calor de los desafíos de la crisis de 1873 y avanzó en la entreguerras. Las transformaciones dieron paso a un capitalismo más estructurado, con nuevas industrias de punta, nuevas corporaciones empresariales y una clase obrera más numerosa y más organizada. Si bien antes de la Primera Guerra ya habían prosperado los trusts, las grandes empresas de la posguerra combinaron diferentes actividades que hasta el momento se concretaban en forma separada: investigación, producción, distribución, publicidad. La fabricación de automóviles fue la actividad en que las unidades fabriles integradas verticalmente y que producían a través de la cadena de montaje, alcanzaron su más acabado desarrollo. Henry Ford en Estados Unidos

fue su más decidido impulsor, al punto de que los procesos de fabricación en serie acabaron llamándose fordismo[1].

En los talleres Ford, las operaciones realizadas por un solo obrero se desmontaron para ser distribuidas entre varios trabajadores ubicados en torno a la línea de montaje. La reducción de los tiempos fue impresionante: el armado del motor, realizado originariamente por un solo hombre, se distribuyó entre 84 operarios, y el tiempo de montaje disminuyó de 9 horas y 54 minutos a 5 horas y 56 minutos; la preparación del chasis, que exigía 12 horas y 20 minutos, descendió a 1 hora y 33 minutos. Este incremento de la productividad se lograba al mismo tiempo que la fábrica abría sus puertas a los trabajadores no calificados. Un auto se fabricaba con solo un 5 por cinco de obreros especializados, el resto eran peones. El empresario reducía

[1] Ford nació en una familia de granjeros irlandeses emigrados en 1847, en su autobiografía es muy parco sobre sus padres. En 1878 abandonó su casa y se dirigió a Detroit, con intención de trabajar como mecánico, lo que consiguió en lo de un representante local de la sociedad Westinghouse de Schenectady. Al poco tiempo regresó a Dearbon donde combinó el trabajo de una pequeña parcela de tierra con la reparación de máquinas de vapor y el estudio y composición de relojes. En 1888 contrajo matrimonio con Clara James Bryant, con la que estuvo casado toda su vida y tuvo un hijo, Edsel.

Volvió a Detroit y entró en la Sociedad de Electricidad Edison vinculada directamente a Thomas Alva Edison. En su nuevo trabajo, Ford comenzó a construir un automóvil que terminó en 1892. Estimulado por Edison, terminó su segundo vehículo en 1896. Tres años después abandonó la sociedad Edison para ingresar como ingeniero jefe y pequeño accionista de la Detroit Automobile Company. En 1903, decidió fundar su propia compañía, la Ford Motor Company.

En Europa, la mayoría de las fábricas de coches habían sido constituidas entre los años 1880 y 1890 por la compañía Daimler que en 1896 sacó a la calle el primer camión y en 1900 el primer automóvil, el Mercedes, y por la Benz , ambas acabarían fusionándose para constituir la Mercedes Benz. Pero en Estados Unidos, la industria de coches aún estaba sin desarrollar, circunstancia que Henry Ford supo percibir.

Asociado con los hermanos Dodge, fabricantes de motores, Henry Ford, con tan sólo el 25% del total de las acciones, comenzó a cosechar los primeros éxitos y también los primeros problemas con sus socios. Los hermanos Dodge se inclinaban por la fabricación de un coche de lujo y de alto precio**.** El objetivo de Henry Ford era: "construir un automóvil para las masas; suficientemente grande para una familia, pero suficientemente pequeño como para que una sola persona pueda servirse de él y cuidarlo. Se lo hará con los mejores materiales, los mejores obreros, sobre la base de los diseños más simples que pueda imaginar la ingeniería moderna. Pero tendrá un precio suficientemente modesto como para que cualquier persona que gane un buen salario pueda comprarlo […]".

Su idea principal era que, si fabricaba en serie los coches, los costos de producción del automóvil se reducirían ostensiblemente, lo cual contribuiría a bajar también el precio de venta en la calle, circunstancia que haría aumentar la demanda, el mercado y las ganancias.

Tras solucionar los problemas con sus socios y optar por la compra del 58% de las acciones de los Dodge, Ford lanzó por fin, a principios de 1908, la primera serie de su flamante Ford-T a un precio único y revolucionario en el mercado, 500 dólares, bastante bajo en comparación con los 2.000 dólares que constituían el precio medio de un coche por aquella época. El éxito fue fulminante. Por aquel entonces Ford afirmaba: "Daré a cada americano un automóvil del color que prefiera, con tal de que sea negro". En poco tiempo, una gran cantidad de campesinos y obreros de las ciudades dispusieron de su propio vehículo, lo cual revolucionó incluso los hábitos sociales del país. Las ventas del modelo Ford-T, que, según decía la propaganda, "podía hacer de todo, incluso lavar platos", alcanzaron grandes proporciones: en 1916 se vendieron medio millón de unidades, dos millones en 1923 y, para 1927, fecha de su retirada de producción, se había alcanzado la cantidad de 15 millones de Ford-T.

Ford no se limitó a diseñar y fabricar su auto, creó la manera de producir muchos autos en el menor tiempo posible, y venderlos en grandes cantidades al menor precio posible. Los cambios en la organización de la producción fueron acompañados por una nueva relación entre la empresa y los trabajadores. El salario mínimo de los trabajadores norteamericanas en aquella época era de 2.34 dólares el día, con jornadas de 9 horas diarias. Ford decidió pagar a sus operarios la suma de cinco dólares por ocho horas de trabajo diario. Los obreros que tenían menos de 6 meses de antigüedad o que eran menores de 21 años de edad, o las mujeres, no cobraban la doble tarifa. La misma iba asociada a una estricta subordinación de los trabajadores a la línea de montaje: "Nuestra organización es tan especializada y todas sus partes dependen de las otras de tal modo que es imposible pensar en dejar a nuestros obreros hacer lo que quieran. Sin la más rigurosa disciplina llegaríamos a la confusión más extrema".

En vísperas de la entrada de los Estados Unidos en la Gran Guerra financió varias campañas pacifistas para detener el conflicto. Pero cuando comprendió lo inevitable del mismo, Ford puso a disposición del Gobierno todo el potencial de sus factorías, maniobra que le proporcionó multimillonarios contratos de producción**.**

Al finalizar la guerra incursionó en la política, se presentó en las elecciones para cubrir una banca en el senado, pero fue derrotado. Durante la campaña salió a relucir su *escaso patriotismo* debido a su pacifismo en los primeros años de la contienda. En un momento estuvo dispuesto a competir con Coolidge en las elecciones presidenciales de 1922, pero finalmente lo descartó. Se comprometió a fondo con la campaña antijudía que puso en marcha a partir de 1920 asociada con la denuncia de la banca..

Su destacado papel en la evolución de la economía industrial moderna dio lugar a la acuñación del término fordismo para describir el modelo socioeconómico predominante en los países más desarrollados del siglo XX.

su dependencia del *saber* del trabajador, y con la expulsión del obrero de oficio debilitaba el movimiento sindical.

Cuando Ford trabajó en los talleres de Thomas Alva Edison, el prolífico inventor, este ya le había anticipado esta posibilidad: "una de las operaciones más importantes la realizaban técnicos especialísimos […] Los obreros que efectuaban este trabajo se consideraban un elemento decisivo del taller y se pusieron muy exigentes”. La solución que encontró fue reemplazar a los trabajadores por nuevas máquinas. Así consiguió debilitar al sindicato.

Aunque Ford propició la ampliación del consumo a través del aumento de salarios de los obreros de su empresa, su iniciativa tuvo escasa acogida en el mundo empresarial. Con el tiempo, la creciente productividad derivada de las nuevas formas de organizar y explotar a la fuerza de trabajo, aumentó la oferta de bienes sin que la demanda acompañara este incremento. Durante los años veinte, en Estados Unidos la demanda fue activada mediante la expansión del crédito. Pero sin la creación de un mercado de masas sólido, basado en el incremento salarial, la cadena crediticia y la sobreinversión en acciones condujeron a la especulación que estalló con el crac de la bolsa de Nueva York.

El proceso también se puso en marcha en otros países europeos. En 1925, en Alemania, las seis empresas químicas mayores se fusionaron para constituir la IG Farben. Gran Bretaña y especialmente Francia avanzaron más lentamente en este camino.

En la gran corporación que fabricaba bienes de consumo producidos en masa, el volumen de capital fijo era mucho más alto que el destinado a los salarios, y la tasa de ganancia dependía menos de las reducciones salariales que de la paz laboral, para la cual era preciso lograr acuerdos con los sindicatos. Este fordismo incipiente inducía a los pactos corporativos entre los principales actores del sistema productivo, y su cumplimiento requería que la economía nacional no quedase atada a las oscilaciones del mercado mundial. En este nuevo escenario social y económico el patrón oro se hizo cada vez más inviable.

Antes de la guerra, se había privilegiado la estabilidad exterior aun a costa de sacrificar la interior. Esto había funcionado porque los más bajos niveles de movilización política hicieron posible que las demandas a los gobiernos no fueran demasiado potentes. Después de la guerra el panorama era muy diferente. La activación de los trabajadores, las fuertes querellas entre los Estados resultantes del conflicto, junto con la existencia de una organización industrial más estructurada que requería compromisos a largo plazo entre el capital y el trabajo, obstaculizaron la subordinación de la actividad económica nacional a la estabilidad de la moneda. Sin embargo, la mayor parte de los gobiernos centrales ató la moneda nacional a las reservas de oro; las viejas recetas se prolongaron en el tiempo al margen de que los factores emergentes eran más sólidos que los residuales. La confiabilidad de un país y su inclusión en los circuitos del capital financiero seguían dependiendo de la adhesión a la ortodoxia económica. Los economistas clásicos planteaban que la subordinación a las leyes del mercado, asegurada por el patrón oro, era la única vía para garantizar el crecimiento económico, aunque hubiera que pagar el costo de crisis periódicas. La recesión era necesaria para eliminar las inversiones improductivas y su correlato, la inflación. La reducción salarial, el

desempleo y la baja de precios recrearían las condiciones para que se incrementase la productividad y en el futuro se iniciara un nuevo ciclo de expansión. Para Keynes, el economista inglés que abandonó irritado Versalles, la receta clásica pasaba por alto que, en el largo plazo, todos los sacrificados en pos de los equilibrios del mercado estarían muertos.

La fortaleza de los sindicatos conducía a la suba de los salarios, y para evitar el estallido de conflictos sociales había que aceptar un cierto grado de inflación. Sin embargo, la obsesión de los políticos europeos: volver al patrón oro y contar con una moneda fuerte para pagar a Estados Unidos las deudas de guerra, solo podía plasmarse con la deflación. Una enorme contradicción que la Gran Depresión de 1929 pondría al descubierto a través de un traumático desgarramiento del tejido social.

Los ciclos económicos y la Gran Depresión

La primera mitad de los años veinte estuvieron signados por fuertes fluctuaciones económicas y en los niveles de conflictividad social. Desde el fin de la guerra hasta 1920, la existencia de una demanda contenida, el ingreso de los préstamos norteamericanos y un gasto público sostenido dieron lugar a la plena ocupación, acompañada por intensos conflictos sociales: tanto en los países vencidos –los casos de Alemania y Hungría–, como entre los vencedores Francia, Italia y Gran Bretaña y también en Estados Unidos, cuyo territorio no fue campo de batalla. Este breve ciclo de expansión desembocó en la hiperinflación, resultado de la intensa puja redistributiva, de las severas limitaciones de los nuevos países europeos para equilibrar producción y demanda y del peso de las deudas de guerra, especialmente en el caso de Alemania. La ocupación del Ruhr fue acompañada por la hiperinflación que arrasó con los ahorros de la clase media, llevó a la quiebra de los propietarios más débiles y disparó la desocupación. Los gobiernos optaron por la recesión, con la limitación del gasto público y la adhesión al patrón oro. Estaban interesados en volver al valor de las monedas previo a la guerra y en evitar sus fuertes fluctuaciones. Los grandes industriales ansiaban recuperar su poder mediante la revisión de las concesiones arrancadas por las organizaciones obreras en la inmediata posguerra, y el desempleo creaba las condiciones para que fuera posible. Los reajustes favorecieron a los capitales más concentrados. El estancamiento acabó con el pleno empleo, cayó la tasa de afiliación sindical y el alto nivel de conflictividad social de la inmediata posguerra descendió a partir de 1922.

Después de estas fuertes oscilaciones, en la segunda mitad de la década la economía se mantuvo estabilizada. Los acuerdos en torno a la refinanciación de la deuda alemana y el clima de paz contribuyeron a este cambio. La recuperación a partir de 1924 fue tan evidente que se acuñaron nombres específicos para designar el período, los *dorados ‘20* en Alemania, los “años felices” en Estados Unidos, y los “años locos” en Francia. El capital y los mercados estadounidenses tuvieron un papel central en el impulso al crecimiento económico de Europa y América Latina.

En el ámbito rural, en cambio, toda la década fue poco propicia para los agricultores. Después de la guerra, la caída de los precios de los alimentos y materias primas asociada al

incremento de los bienes industriales colocó al campesinado en una situación precaria. La excepcional demanda durante el conflicto había conducido a la apertura de nuevas fuentes de aprovisionamiento y a incrementos en la productividad; con la paz, las dificultades para ubicar los excedentes alentaron la movilización política de los productores rurales. Esta no siguió una orientación predeterminada: en algunos países de Europa central se afianzaron los partidos agrarios; el campesinado familiar de Italia y Alemania adhirió al fascismo, en Escandinavia se asoció con la socialdemocracia. La presencia de estos diferentes alineamientos se vincula tanto con los contrastes entre las distintas tramas de relaciones agrarias, como con los lazos forjados por los partidos políticos con los actores del ámbito rural en cada escenario nacional.

El crack en la bolsa de valores de Estados Unidos en octubre de 1929 cerró un ciclo y dio paso a un período en que la economía capitalista pareció derrumbarse. Después de más de un año de espectaculares incrementos de los precios de las acciones, estos cayeron abruptamente, en gran medida como resultado de la especulación, pero en última instancia como expresión de las contradicciones del sistema capitalista. Durante los años veinte, el incremento en la productividad no fue acompañado por la creación de un sólido mercado de masas basado en aumentos salariales. La demanda fue alentada mediante la expansión del crédito. La buena marcha de las empresas y el crecimiento de la cadena crediticia en los años locos condujeron a la especulación inmobiliaria y la sobreinversión en el mercado bursátil. No bien la burbuja financiera explotó con las ventas masivas de los títulos de bolsa, el pánico desembocó en la quiebra en cadena de bancos y la desvalorización de las monedas. A partir del crack bursátil, cayeron los precios de las mercancías, mucho más rápida y profundamente las agrícolas que las industriales.

Los gobiernos de los países industrializados –el republicano Herbert Hoover en Estados Unidos, el laborista Ramsay Mac Donald en Gran Bretaña, el conservador Heinrich Brüning en Alemania, el radical Édouard Herriot en Francia– se mantuvieron fieles a la ortodoxia económica: redujeron el gasto público y dejaron que el desempleo aumentase. Decidieron que no había que intervenir, ya que una vez que los salarios hubieran descendido lo suficiente los capitalistas invertirían, y una vez que los precios cayeran lo necesario los consumidores comprarían. Desde la perspectiva de Keynes, los liquidacionistas eran "insensatos y locos de atar. Los países no podían quedar a merced de las fuerzas mundiales que pretenden establecer una especie de equilibrio uniforme según los principios ideales del *laissez faire*".

Desde el Vaticano, el papa Pío XI volvió a precisar la posición de la Iglesia católica frente a las cuestiones sociales, políticas e ideológicas asociadas con el avance del capitalismo. En la encíclica *Quadragesimo Anno,* de 1931, recordó el diagnóstico planteado cuarenta años atrás por León XIII en *Rerum Novarum* y su convocatoria a la conciliación entre las clases sociales: "Ni el capital puede subsistir sin el trabajo, ni el trabajo sin el capital". Pero básicamente dedicó especial atención a los cambios experimentados desde entonces por el capitalismo y a las distintas opciones socialistas a partir de la revolución bolchevique.

La globalización que avanzaba desde fines del siglo XIX se frenó: cayeron los flujos migratorios, los intercambios comerciales y el movimiento internacional de capitales. Sin

embargo, la deflación no fue seguida de la reactivación anunciada por los economistas ortodoxos. La disminución del PIB entre 1928 y 1935 fue del 25 al 30 por ciento en Estados Unidos, Canadá, Alemania y varios países latinoamericanos y del 15 al 25 por ciento en Francia, Austria y gran parte de Europa central y oriental. El desempleo afectó a más de la cuarta parte de los trabajadores en casi todas partes.

A pesar de los esfuerzos de los gobiernos, el patrón oro se derrumbó. El retiro de los dólares de Europa y el pánico financiero y monetario que afectó a las principales monedas lo hicieron inviable. En mayo de 1931 quebró el Creditanstalt, el mayor banco de Austria, fundado en 1885 por los Rothschild. Esta crisis se propagó a Hungría y un mes después llegó a Alemania. Los ahorristas retiraron sus depósitos para cambiarlos por oro o una moneda confiable. El gobierno alemán cerró los bancos y suspendió la convertibilidad del marco en oro y divisas. Después le tocó el turno a la libra, que por primera vez en tiempos de paz fue devaluada por el gobierno. A principios de 1932, Gran Bretaña impuso aranceles proteccionistas y acordó preferencias comerciales con los integrantes del imperio y algunos pocos países. Estas medidas fueron seguidas por otros Estados: los escandinavos, los bálticos, gran parte de América Latina y Japón. A finales de 1932 el comercio mundial se había reducido a un tercio del nivel alcanzado en 1929.

Estados Unidos se desvinculó del oro en abril de 1933, después que asumiera la presidencia el candidato demócrata Franklin Roosevelt. En febrero de 1934, el gobierno fijó la relación de 35 dólares por onza de oro, lo que significó una desvalorización del 75 por ciento respecto de su valor histórico. Según Roosevelt, "la situación económica interna de un país es un factor más importante en su bienestar que la cotización de su moneda". Francia y sus vecinos del bloque del oro abandonaron el patrón oro en 1936.

Con la Gran Depresión, la económica clásica perdió consistencia y dejó de orientar las decisiones de gran parte de los gobiernos. Este desenlace resultó de la inoperancia de los principios del *laissez faire* para salir de la recesión y en virtud de la presencia de nuevos actores e intereses forjados al calor de la segunda oleada de industrialización y del impacto de la Primera Guerra Mundial. Al mismo tiempo, Keynes exponía su teoría con mayor coherencia y difundía sus ideas con ahínco destacando la necesidad de la intervención del Estado.

> El aumento de la esfera de competencias, imprescindible para el ajuste recíproco de la propensión al consumo y el estímulo a la inversión, parecería a un tratadista del siglo XIX o a un financiero americano de hoy una flagrante violación de los principios individualistas. Y, sin embargo, esa ampliación de funciones se nos muestra no solo como el único medio de evitar una completa destrucción de las instituciones económicas actuales, sino como la condición de una práctica acertada de la iniciativa privada. (En John M. Keynes, *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, Madrid, Ediciones Aosta, 1998).

El comunismo, según el economista inglés, era "la consecuencia lógica de la teoría clásica". Si lo que ofrecía el capitalismo frente al caos del mercado era dejar que todo fuera peor, no

cabía duda de que la solución residía en abolir el capitalismo y crear un nuevo sistema. Para evitar este desenlace, la economía de mercado debía complementarse con las acciones de los gobiernos, que podían y debían intervenir para impedir la recesión. La clave para esto era que gastaran con el fin de estimular la demanda y atraer la inversión de los capitalistas. El gasto deficitario dejaba de ser el rasgo distintivo de los malos gobiernos para convertirse en el medio adecuado para controlar las oscilaciones del ciclo económico. Sin embargo, las medidas de aquellos gobiernos que abandonaron la receta ortodoxa –por ejemplo el del presidente Roosevelt en Estados Unidos– no fueron el resultado de su adhesión a la doctrina keynesiana: esta tuvo escasa incidencia en los nuevos rumbos políticos. Su primacía como doctrina económica y como referente de las políticas gubernamentales recién se concretó después de la Segunda Guerra Mundial.

Los escenarios políticos en el mundo capitalista

Frente a los desafíos económicos compartidos, las trayectorias políticas de los países capitalistas siguieron rumbos con marcados contrastes. La democracia liberal continuó vigente en Francia, Gran Bretaña, Suiza, Bélgica y Holanda, la democracia social avanzó en Escandinavia y, a través del New Deal, en Estados Unidos, mientras que en la mayor parte de los estados del centro y sur europeo se impusieron dictaduras tradicionales; y el fascismo triunfó tempranamente en Italia y más tarde el nazismo en Alemania.

Tanto la socialdemocracia escandinava y el New Deal estadounidense, por un lado, como y el nazifascismo, por otro, cuestionaron los planteos económicos de la ortodoxia liberal. En ambas experiencias, la primacía del mercado fue sustituida por la activa intervención de los gobiernos en el plano social y económico. En el caso de la democracia social, las decisiones de la dirigencia política apuntalaron una nueva forma de democracia que anudó los principios del orden democrático con el reconocimiento de derechos sociales básicos. En los regímenes fascistas, la subordinación del mercado a los fines políticos e ideológicos del grupo gobernante aniquiló la democracia para dar paso a un nuevo tipo de Estado ferozmente autoritario y a una sociedad disciplinada desde arriba. Los fuertes contrastes entre estas trayectorias remiten tanto a las tramas socio-económicas, culturales e institucionales en que se desarrollaron como a las acciones de las fuerzas sociales y de los actores políticos frente a los desafíos de la crisis de posguerra.

Nos centraremos en dos experiencias: la del New Deal en Estados Unidos y el nazi fascismo en Alemania e Italia.

Estados Unidos, los años ‘20 y el New Deal

Al término de la Primera Guerra Mundial, los Estados Unidos se habían convertido en la primera potencia económica y, aunque el país siguió una política aislacionista no interviniendo activamente en la política europea, era evidente su influencia en los asuntos económicos de

esta. La economía americana se había desarrollado rápidamente bajo el estímulo de los altos precios, y la producción creció un 37%. Las deudas de guerra con los Estados Unidos eran muy altas y el hecho de que la balanza de pagos fuera favorable a la potencia americana dificultó enormemente el proceso de recuperación europea.

Los estadounidenses no deseaban tener contacto con la política y los problemas europeos. De hecho, pretendieron reforzar los rasgos que asignaban a su identidad y rechazaron el ingreso de nuevos inmigrantes con sus diferentes creencias religiosas, costumbres y fidelidad hacia el país de origen. Como resultado de la legislación restrictiva, el ingreso de inmigrantes entre 1920 y 1924 cayó por debajo de la mitad del que se había producido entre 1910 y 1914.

La xenofobia nacionalista se combinó con el rechazo extremo de la protesta social que, como en Europa, alcanzó su pico más alto en la inmediata posguerra. Las principales huelgas tuvieron lugar en 1919 y principios de 1920 en las minas de carbón y en la industria siderúrgica, debido a la subida de los precios. En el mes de enero de 1919 se produjo en Seattle una huelga general de cinco días de duración. El alcalde, que reprimió a sus dirigentes, recibió una bomba por correo poco tiempo después. La más grave amenaza contra el orden fue la huelga de la policía de Boston en 1919: los dirigentes fueron despedidos por pertenecer a un sindicato.

El "miedo a los rojos" de 1919 fue manifiestamente exagerado. El número de afiliados a los partidos comunistas era ínfimo, y aunque no había posibilidad alguna de una revuelta revolucionaria, un importante sector de la población sucumbió al rumor y a la histeria. El Ku Klux Klan se puso nuevamente en marcha, sobre todo en el Medio Oeste, y entre sus víctimas incluyó a comunistas, judíos y católicos.

En este clima tuvo lugar el juicio cargado de irregularidades contra dos obreros anarquistas de origen italiano Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, que a pesar de las extendidas movilizaciones en su apoyo fueron ajusticiados en agosto de 1927.

Durante la década de 1920 la economía experimentó un desarrollo casi ininterrumpido, salvando una breve recesión entre 1920 y 1921. Esto fue consecuencia de inversiones masivas alentadas por la demanda de artículos duraderos, como los automóviles y los aparatos eléctricos, y por la expansión acelerada de los sectores de la construcción y servicios. El crecimiento de las ventas fue alentado por la notable difusión de la publicidad: en 1919 funcionaban 606 estaciones de radio, todas ellas dependientes de la publicidad para su financiación. Junto con la estimulación del deseo de comprar se expandió el crédito para generar nuevos consumidores.

Los cambios en la economía tuvieron una fuerte incidencia en las formas de vida. Gracias al automóvil, millones de personas construyeron sus casas en zonas suburbanas, rodeadas de jardines. La red de energía eléctrica y las carreteras tuvieron que extenderse entonces a las nuevas zonas urbanizadas, que impulsaron a su vez la instalación de centros comerciales.

La guerra y el desarrollo económico cambiaron sustancialmente la posición de la mujer en la sociedad estadounidense. Su ingreso en el mercado laboral le permitió ocupar lugares que antes solo estaban reservados a los hombres. Las mujeres fueron reconocidas como ciudadanas: en 1920 el Congreso aprobó el voto femenino. Su nueva posición en la sociedad

quedó reflejada también en los cambios en la forma de vestir, que se modificó sustancialmente. Desaparecieron los corsés, la ropa de día se hizo más sencilla y dejó de ser ajustada para dar mayor posibilidad a la libertad de movimientos. Las faldas dejaron de llegar a los tobillos, para apenas cubrir las rodillas. Llegaron nuevos cortes de pelo y en las cabezas se impuso el sombrero en forma de casquete. Los modistos de la época contrarrestaron la sencillez de la ropa de día con la sofisticación de las prendas de noche: chaquetas y faldas hechas de punto y vestidos elaborados con muselinas y sedas.

Estos cambios dieron lugar al conflicto entre sistemas de valores diferentes. La población de las pequeñas ciudades y el campo se opuso a estas nuevas concepciones y formas de vida que ponían en tela de juicio sus valores puritanos, secularizaban todos los aspectos de la vida dejando de lado la fe y la sumisión a Dios, y respondieron movilizándose para defender "la verdadera moral americana". Se organizaron campañas en contra de "la maldad del alcohol" o del uso del automóvil cerrado, por considerarlos una invitación al pecado.

En 1919, el gobierno del Partido Republicano recogió las demandas de los sectores conservadores y aprobó una ley que prohibía el consumo de alcohol: la famosa “ley seca”. Esta no impidió el consumo de alcohol, y en cambio dio paso al consumo clandestino y a la emergencia de un mercado negro en el que proliferaron grupos organizados, el mundo del hampa, decididos a lucrar con el quebrantamiento de la ley. Uno de los más poderosos fue el dirigido por Al Capone. La violación a la ley seca se vio favorecida por la corrupción: muchos policías y políticos colaboraban con el mantenimiento de las actividades ilegales para obtener beneficios, ya sea económicos o de apoyo de esas poderosas organizaciones. En 1933, cuando el Partido Demócrata ganó las elecciones, levantó la prohibición.

La política de los tres presidentes republicanos: Warren Harding (1920-1923), Calvin Coolidge (1923-1929) y Herbert Hoover (1928-1932, estuvo guiada por el mismo objetivo: restringir la acción del gobierno para que los empresarios, en el marco del *laissez faire*, encontraran las mejores condiciones para sus negocios. En esos años prevaleció un destacado consenso en torno a la idea de que la economía americana era lo suficientemente fuerte como para autorregularse. El gobierno federal tuvo escasa participación directa en la prosperidad de aquellos años. La presión fiscal fue débil, pero como el volumen de gastos era muy bajo, los presupuestos federales se cerraron con superávit.

El auge económico culminó en una orgía especulativa. Las acciones de las principales compañías, como la General Motors, Radio Corporation de América y United States Steel, subieron tan rápidamente de valor que el índice de sus cotizaciones se alejó peligrosamente de los valores de los bienes producidos. A lo largo de los años veinte la emisión de acciones había constituido una importante fuente de capital inversor, y consecuentemente de crecimiento económico, pero jamás habían subido tanto las cotizaciones en un período tan breve ni se habían lanzado al mercado tantas nuevas acciones. Cuando se hizo evidente que el capital que circulaba en la bolsa era en gran medida ficticio, los precios se desplomaron y la depresión subsiguiente fue la peor de la historia americana.

El 4 de marzo de 1933, Roosevelt, el candidato del Partido Demócrata, asumió la presidencia. Ese día, cerca de la mitad de los Estados habían cerrado sus bancos por disposición legal, y entre los que permanecían abiertos muchos no disponían de dinero. En su discurso Roosevelt convocó a no tener miedo; estaba dispuesto a ponerse en marcha ya en pos de su principal objetivo: "poner a la gente a trabajar".

> Los valores han caído hasta niveles inverosímiles, han subido los impuestos, los recursos económicos del pueblo han disminuido, el gobierno se enfrenta a una grave reducción de ingresos, los medios de pago de las corrientes mercantiles se han congelado, las hojas marchitas del sector industrial se esparcen por todas partes, los agricultores no hallan mercados para su producción, miles de familias han perdido sus ahorros de muchos años. Y lo más importante, gran cantidad de ciudadanos desempleados se enfrenta al triste problema de la subsistencia, y un número igual trabaja arduamente con escasos rendimientos. […]
>
> Al amparo de mi deber constitucional, estoy dispuesto a recomendar las medidas que requiera una nación abatida en medio de un mundo abatido. Con el poder que me otorga la autoridad constitucional, trataré de llevar a una rápida adopción estas medidas o aquellas otras que el Congreso elabore a partir de su experiencia y su sabiduría. No obstante, en el caso de que el Congreso fracase en la adopción de uno de estos dos caminos, y en el caso de que la emergencia nacional siga siendo crítica, no eludiré el claro cumplimiento del deber al que habré de enfrentarme. Pediré al Congreso el único instrumento que queda para enfrentarse a la crisis: un amplio poder ejecutivo para librar una batalla contra la emergencia, equivalente al que se me concedería si estuviéramos siendo invadidos por un enemigo. (En Liliana Viola, *Los discursos del poder.* (2001). Buenos Aires: Norma)

Inmediatamente decretó unas vacaciones de cuatro días para la banca y convocó para el lunes siguiente a una sesión extraordinaria del Congreso. A lo largo de los siguientes cien días, como se conoce a este período, el Congreso aprobó una avalancha de leyes sobre fondos asistenciales para los parados, precios de apoyo para los agricultores, servicio de trabajo voluntario, proyectos de obras públicas a gran escala, reorganización de la industria privada, creación de un organismo federal para salvar el valle del Tenessee, financiación de hipotecas para los compradores de viviendas y para los agricultores, seguros para los depósitos bancarios y reglamentación para las transacciones de valores. El grado de compromiso financiero del gobierno federal con la marcha de la economía y los problemas sociales no tenía precedentes.

A pesar de cierta sintonía con las ideas de Keynes, el "New Deal" no se basó en la doctrina del economista inglés. El presidente Roosevelt y su equipo no aceptaron incrementar los gastos al punto de generar déficit en el presupuesto, oscilaron entre la inyección de la inversión estatal y la vuelta a la frugalidad. No obstante, el *New Deal* dio lugar a la aprobación de un

conjunto de leyes que crearon organismos destinados a orientar desde el Estado las decisiones de los principales agentes económicos y a promover políticas concertadas entre los mismos.

Ley de Ajuste Agrícola se basaba en la idea de que el exceso de producción era el principal problema de la economía. Su objetivo era volver a la relación entre los precios de los productos agrícolas e industriales anterior a la Gran Guerra. Para esto se recurrió al control de la producción y a la acumulación de materias primas básicas a través del Departamento de Agricultura, en colaboración con comités de agricultores locales y asociaciones agrarias regionales. Se otorgan primas a quienes restringiesen voluntariamente la producción, pero aunque disminuyó la superficie cultivada el incremento de la productividad de la tierra mantuvo el volumen de los productos agrícolas. Cuando el Tribunal Supremo declaró ilegal el impuesto con que se gravaba la elaboración de los productos agrícolas a fin de financiar las primas a la reducción de los cultivos, este programa se vino abajo.

La ley Nacional de Recuperación Industrial (NIRA) estimulaba a las empresas a estabilizar su cuota de mercado y al mismo tiempo aspiraba a aumentar el poder adquisitivo de los trabajadores. En relación con la recuperación de las empresas se buscó eliminar la competencia "antieconómica" para posibilitar el aumento de los precios y la inversión. Las empresas fueron invitadas a presentar un código de precios y salarios justos. Desde el gobierno se publicitó a los monopolios como algo deseable y a la competencia como antipatriótica. La reorganización industrial propiciada por la ley requería que los capitalistas aceptasen acordar con los sindicatos. Aunque sin dejar de reprimir la oleada de huelgas y movimientos de protesta por parte de los trabajadores y los sectores más afectados por la recesión[2].

---

[2] La clase trabajadora estadounidense no se había enfrentado antes a una situación tan extrema. No obstante, en la década de 1920, el sindicalismo ya había sufrido un fuerte retroceso como resultado de las derrotas iniciadas con la recesión económica de 1920-1921. En 1919 hubo 3.600 huelgas; una década más tarde apenas fueron 900, involucrando a poco más de 289.000 trabajadoras. Si en 1920 el 16,7% de la clase trabajadora estaba sindicada, en 1929 la cifra cayó hasta el 9,3%.

Entre los principales movimientos de protesta en la década de 1930 cabe mencionar: la Marcha del Bono en 1932, la rebelión de los camioneros en Minneapolis dos años después, y las huelgas que afectaron a las empresas automotrices a partir de 1936.

La Marcha del Bono fue un movimiento espontáneo de los veteranos de guerra desocupados. Los negros fueron los más activos integrantes de esos contingentes que se dirigieron desde distintos puntos hacía Washington. Entre las consignas que colgaban de los trenes de carga y de los automóviles que los transportaban se destacó: "Héroes en 1917–Mendigos en 1932". Exigían el pago inmediato del bono prometido por el gobierno en virtud de los servicios prestados en la Gran Guerra. Decidieron quedarse en la Capital hasta obtener una respuesta positiva.

El presidente Hoover decidió desalojar por la fuerza el campamento de los veteranos. La puesta en marcha de la medida, narrada en directo por radios, fue muy violenta. Para reforzar a los policias, MacArthur usó fuerzas especiales del ejército norteamericano, además de 200 oficiales de caballería con sable en mano, 5 tanques y 300 infantes armados con trajes blindados. Hubo heridos y muertos y l movimiento se disolvió.

En Minneapolis, los camioneros no habían ganado una huelga desde 1916. Su afiliación sindical había bajado de 27.000 en 1919 a 7.000 en 1934. Sin embargo, un pequeño grupo, la Liga Comunista de América, se lanzó a reconstruir el sindicalismo en este sector. Necesitaban una victoria para generar confianza e impulsaron una huelga de camioneros en 67 minas de carbón. Con la ayuda del sindicato de cocineros y camareros se aseguraron la distribución de raciones de comida diarias. La decidida represión no logró frenar la huelga cuya prolongación condujo a la intervención del mismo presidente Roosevelt. Los camioneros lograron una importante victoria con el reconocimiento de su sindicato.

Las huelgas en las fábricas de automóviles de Flint y Michigan, tuvieron un lugar destacado en la construcción del sindicalismo combativo, especialmente la de General Motors, una de las mayores empresas de EEUU. Allí, los trabajadores y trabajadoras decidieron el 30 de diciembre de 1936 ocupar la fábrica. Tras 12 días de ocupación la policía intentó, sin éxito, entrar en el edificio defendido con barricadas. A principios de 1937, como respuesta a una orden judicial que quería poner fin a la ocupación, el sindicato Trabajadores Unidos del Automóvil –fundado apenas un año antes– extendió la ocupación a la planta de Chevrolet. A mediados de febrero de 1937 la dirección de General Motors reconoció el sindicato como legítimo intermediario. Con esta rotunda victoria, el sindicato pasó de 30.000 miembros a cerca de medio millón en un año.

El "nuevo trato", como la socialdemocracia escandinava, se orientó a favor de la seguridad social, pero en Estados Unidos no existía un sólido Partido Socialista, y en gran medida la defensa de los intereses obreros dependió de la alianza entre los sindicatos y el Partido Demócrata.

Hasta el momento, la principal organización sindical, la Federación Americana del Trabajo (AFL), había dado cabida a los trabajadores calificados y mejor pagados, dejando de lado a los no especializados de las nuevas industrias. A partir de 1933, el dirigente de la Unión de Trabajadores Mineros, John Lewis, logró canalizar una gran ofensiva huelguística impulsada desde las bases. La principal expresión de la nueva militancia obrera fue una serie de ocupaciones de fábricas que comenzaron en la industria del caucho y que se extendieron a las fábricas de automóviles del Medio Oeste. En primera instancia, las empresas se resistieron a reconocer a los sindicatos, pero acabaron pactando con ellos. El cambio en las relaciones obreros-patronos lo marcó en 1937 el reconocimiento del sindicato automotriz (UAW) por parte de la General Motors y del Comité de Trabajadores del Acero por parte de la Steel. Lewis se separó de la AFL y creó el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO). Su propósito era lograr la sindicación de los trabajadores de las industrias de producción en masa; cualquiera fuese su categoría y capacitación, todos quedarían representados por el mismo sindicato. Su principal arma fue la lucha de brazos caídos.

En el contexto de la crisis, el gobierno se mostró dispuesto a favorecer a los sindicatos si estos se mostraban dispuestos a ayudar a la industria. En un primer momento, la cláusula de la ley Nacional de Recuperación Industrial que instaba a los industriales a reconocer a los sindicatos fue utilizada para crear sindicatos sometidos a las compañías. La legislación posterior confirió un mayor grado de autonomía al movimiento obrero. La ley Wagner amplió la protección de los sindicatos e impuso la obligatoriedad de la negociación colectiva. La Ley de Normas Laborales Justas reguló las condiciones de trabajo: salarios mínimos, pago de primas por horas extraordinarias, además, creó el Comité de Relaciones Laborales, una comisión de arbitraje encargada de poner fin a las prácticas laborales discriminatorias. Las empresas tuvieron que aceptar esta mayor gravitación de los sindicatos en el mundo del trabajo.

Fascismo y nazismo

Las traumáticas experiencias asociadas a la Primera Guerra Mundial y al gran derrumbe económico fueron el terreno propicio en el que prosperaron los movimientos englobados bajo el debatido concepto de fascismo. Se extendieron por casi toda Europa, aunque con muy diferente grado de inserción. Solo dos llegaron al gobierno: el Partido Fascista encabezado por Benito Mussolini, el Duce, en Italia, y el Partido Nacionalsocialista liderado por Adolfo Hitler, el Führer, en Alemania. Su denominador común fue la oposición radicalizada al comunismo y al liberalismo, aunque sin cuestionar el capitalismo. Antes de llegar al gobierno, ambos lograron también constituirse como representantes políticos de diferentes grupos sociales, especialmente de la clase media urbana y rural, de la juventud, de los excombatientes. Ambos

lograron canalizar esa vasta movilización nacional que desencadenara la Gran Guerra, rompiendo los moldes de la política tradicional, especialmente en el caso de Alemania.

En Europa del este, las fronteras de los nuevos Estados nacionales fueron dibujadas por los vencedores en Versalles, y las poblaciones quedaron repartidas sin tener en cuenta el principio de autodeterminación de los pueblos enunciado por presidente Wilson. El atraso económico se combinó con las tensiones entre los diferentes grupos nacionales englobados en un mismo Estado. En el campo intelectual, especialmente en los medios universitarios, el nacionalismo contó con extendidas y arraigadas adhesiones. En los años de entreguerras todos los países de la región –excepto Checoslovaquia–, además de España y Portugal, cayeron bajo gobiernos dictatoriales que en cierta medida adoptaron rasgos semejantes a los fascistas. En el caso español, el general Francisco Franco impuso su larga dictadura después de una cruenta guerra civil.

El fenómeno fascista

A lo largo del siglo xix las tres principales familias políticas fueron el liberalismo, el conservadurismo y el socialismo; en las dos últimas décadas emergió una nueva derecha intensamente nacionalista y antisemita que fue capaz de movilizar y ganar la adhesión de diferentes sectores sociales, tanto en Viena como en París y en Berlín. El fascismo se nutrió de ideas y de actitudes distintivas de la derecha radical de fines del siglo xix, en el sentido de que ambos recogieron sentimientos de frustración al tiempo que asumieron la violenta negación de las promesas de progreso basadas en la razón enunciadas por el liberalismo y el socialismo. Pero además, en el marco de la democracia de masas, las ceremonias patrias junto con numerosos grupos –las sociedades corales masculinas, las del tiro al blanco y las de gimnastas– fomentaron y canalizaron mediante sus actos festivos y sus liturgias la conformación de un nuevo culto político, el del nacionalismo, que convocaba a una participación política más vital y comunitaria que la idea *burguesa* de democracia parlamentaria.

Aunque es posible reconocer continuidades entre ideas y sentimientos gestados a fines del siglo xix y los asumidos más tarde por los fascistas, muy seguramente, sin la catástrofe de la Gran Guerra y la miseria social derivada de la crisis económica de 1929, el nazi-fascismo no se hubiera concretado.

Aunque los movimientos de sesgo fascista tuvieron una destacada expansión en el período de entreguerras, muchos de ellos no pasaron de ser grupos efímeros, como el encabezado por Mosley en Gran Bretaña, los Camisas Negras de Islandia o la Nueva Guardia de Australia. En otros países, si bien lograron cierto grado de arraigo –los casos de Cruz de Flechas en Hungría o Guardia de Hierro en Rumania–, los grupos de poder tradicionales retuvieron su control del gobierno vía dictaduras. El triunfo del fascismo no fue el resultado inevitable de la crisis de posguerra.

El fenómeno fascista solo prosperó donde confluyeron una serie de elementos que le ofrecieron un terreno propicio. En este sentido, Italia y Alemania compartían rasgos significativos: el régimen liberal carecía de bases sólidas, y existía un alto grado de movilización social: no solo la de la clase obrera que adhería al socialismo, también la del campesinado y los sectores medios decididamente antisocialistas. Este escenario fue resultado

de un proceso en el que se combinaron diferentes factores. Si bien la trayectoria de cada país fue singular, es factible identificar algunos procesos compartidos. En primer lugar, el ingreso tardío, pero a un ritmo acelerado, a la industrialización dio lugar a contradicciones sociales profundas y difíciles de manejar. Por una parte, porque la aparición de una clase obrera altamente concentrada en grandes unidades industriales y cohesionada en organizaciones sindicales potentes acentuó la intensidad de los conflictos sociales. Por otra, porque la presencia de sectores preindustriales –artesanos, pequeños comerciantes, terratenientes, rentistas– junto al avance de los nuevos actores sociales –obreros y empresarios– configuró una sociedad muy heterogénea atravesada abruptamente por diferentes demandas de difícil resolución en el plano político. En segundo lugar, la irrupción de un electorado masivo, debido a las reformas electorales de 1911 en Italia y de 1919 en Alemania, socavó la gestión de la política por los notables, pero sin que las elites fueran capaces de organizar partidos de masas: esto lo harían los fascistas. Por último, tanto Italia como Alemania, aunque estuvieron en bandos opuestos en la Primera Guerra, vivenciaron los términos de la paz como nación humillada. En Alemania especialmente, el sentimiento de agravio respecto de Versalles estaba ampliamente extendido; no fue un aporte original del nazismo buscar la revancha contra los vencedores de la Gran Guerra.

La experiencia de la guerra alimentó en muchos una adhesión incondicional a la paz; para ellos resultó muy difícil y doloroso reconocer que las obsesiones ideológicas del nazismo solo serían frenadas a través de las armas. Los pacifistas estaban convencidos de que las masacres en los campos de batalla no contribuían a encontrar salidas justas a las tribulaciones de los pueblos. En otros, en cambio, la guerra de trincheras alimentó una mística belicista: en ellos perduró "el deseo abrumador de matar", según las palabras de Ernst Jünger.

Quienes decidieron vivir peligrosamente, como propuso el fascismo, y en el culto a la violencia, encontraron la vía para manifestar sus más hondos y potentes impulsos; no dejaron las armas, e integraron las formaciones paramilitares que proliferaron en la posguerra: los *Freikorps* alemanes o los *Fasci di combattimento* italianos. Muchos gobiernos no fascistas recurrieron a estos grupos para impedir un nuevo Octubre rojo, más temido que realmente factible. La izquierda también se armó para defenderse, pero en ningún caso contó con el apoyo de los organismos de seguridad estatales, que no solo consintieron sino que también colaboraron con los grupos armados de la derecha radical.

Las condiciones que hicieron posible el arraigo del fascismo son solo una parte del problema para explicar el éxito de los fascistas. También es preciso dar cuenta de qué ofrecieron, cómo lo hicieron y quiénes acudieron a su convocatoria.

A través de su oratoria y sus prácticas, el fascismo se definió como antimarxista, antiliberal y antiburgués. En el plano afirmativo se presentó –con sus banderas, cantos y mítines masivos– como una religión laica que prometía la regeneración y la anulación de las diversidades para convertir a la sociedad civil en una comunidad de fieles dispuestos a dar la vida por la nación. Los fascistas italianos y los nazis alemanes, especialmente en la etapa inicial, presentaron programas revolucionarios –en parte anticapitalistas– en los que recogían reclamos y

ansiedades de diferentes sectores de la sociedad. Al mismo tiempo, en un contexto signado por la pérdida de sentido y la desorganización social, los partidos brindaron un lugar de encuadramiento seguro, disciplinado, y supieron canalizar la energía social a través de las marchas, las concentraciones de masas y la creación de escuadras de acción. El partido, además, ofreció un jefe. La presencia de un líder carismático a quien se le reconocieron los atributos necesarios para salir de la crisis fue un rasgo clave del fascismo. Tanto Mussolini como Hitler fueron jefes plebeyos con gran talento para suscitar la emoción y ganar la adhesión de distintos sectores ya movilizados.

El fascismo tuvo una base social heterogénea. Recogió especialmente el apoyo de la clase media temerosa del socialismo, de los propietarios rurales, de los grupos más inestables y desarraigados, de la juventud, y particularmente de los excombatientes que constituyeron el núcleo de las primeras formaciones paramilitares; también logró el reconocimiento de sectores de la clase obrera atraídos por sus promesas sociales.

Los fascistas y los nazis llegaron al gobierno en virtud de su capacidad para recoger demandas y agravios variados, y también porque lograron convencer a los grupos de poder de que podían representar sus intereses y satisfacer sus ambiciones mejor que cualquier partido tradicional. Los elencos políticos a cargo del gobierno, en Italia y Alemania, decidieron aliarse con los fascistas y los nazis convencidos de que podrían ponerlos a su servicio para liquidar a la izquierda y preservar el *statu quo*. Los grandes capitalistas, por su parte, no manifestaron una adhesión ni temprana ni calurosa a los movimientos fascistas. Aunque el tono anticapitalista del fascismo fue selectivo y rápidamente se moderó, el carácter plebeyo de los movimientos generaba reservas entre los grandes propietarios. Hasta el ingreso al gobierno de Hitler, por ejemplo, las contribuciones económicas fueron destinadas en primer lugar a los conservadores, la opción preferida por los capitales más concentrados. Pero estos no pusieron objeciones a la designación de los líderes fascistas como jefes de gobierno. Una vez en el poder, ni Hitler ni Mussolini cuestionaron el capitalismo, pero subordinaron su marcha y fines, especialmente a partir de la guerra, a la realización del *destino glorioso de la nación.* Ellos asumieron ser sus auténticos intérpretes.

Desde el gobierno, ambos líderes, a diferentes ritmos –y con mayor decisión el *Führer*– avanzaron en revolucionar el Estado y la sociedad mediante las organizaciones paralelas del partido. Estas actuaron como corrosivo de los organismos estatales –Magistratura, Policía, Ejército, autoridades locales– y buscaron remodelar la sociedad, desde las intervenciones sobre la educación, pasando por la organización del uso del tiempo libre, hasta, muy especialmente, el encuadramiento y movilización de las juventudes, para crear el hombre nuevo. Los jefes máximos nunca llegaron a imponer sus directivas de arriba hacia abajo en forma acabadamente ordenada. La presencia de diferentes camarillas en pugna confirió un carácter en gran medida caótico a la marcha del régimen, sin que por eso el *Duce* o el Führer fueran dictadores débiles.

El terror fue un componente de ambos regímenes, mucho más central en el nazismo, pero fue solo uno de los instrumentos para lograr la subordinación de la sociedad; también se

recurrió a la concesión de beneficios y la integración de la población en nuevos organismos. Si bien los fascistas suprimieron los sindicatos independientes y los partidos socialistas, su política apuntó a integrar material y culturalmente a la clase obrera. Al mismo tiempo que subordinaba a los trabajadores políticamente y los disciplinaba socialmente, el fascismo promovió la idea de igualdad y la disolución de las jerarquías: el plato único nacional, la fuerza con alegría, el Volkswagen para todos, el Frente Alemán del Trabajo, el Dopolavoro fueron manifestaciones, bastante eficaces, del afán por crear la comunidad popular. La contribución más importante del nazismo en el plano social fue restablecer el pleno empleo antes de finales de 1935, mediante la ruptura radical con la ortodoxia económica liberal. Los fascistas se pronunciaron a favor de un nuevo tipo de organización económico-social. Como expresión de su vocación revolucionaria y a la vez anticomunista, el fascismo contrapuso, al socialismo internacionalista, un socialismo nacional y autárquico que combinaba la intervención estatal en la economía con la propiedad privada. Por lo general defendió un sistema corporativo que integrara los distintos grupos y clases sociales bajo la dirección del partido, y fuera capaz de acabar con la lucha de clases.

La ubicación del fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán como las expresiones más logradas del fenómeno fascista no implica desconocer importantes contrastes entre ambos: el peso decisivo del antisemitismo genocida en el régimen nazi, que fue más tardío y menos radical en Italia; la más acabada conquista del Estado y la sociedad por parte del nazismo; la mayor autonomía de Hitler respecto de los grupos de poder; la política exterior más orientada hacia el imperialismo tradicional, en el caso de Mussolini, y dirigida hacia la imposición del predominio de la raza aria en el de Hitler[3].

---

[3] Las razones que dan cuenta de la aparición de regímenes fascistas y la naturaleza de estos movimientos han suscitado numerosas interpretaciones. A costa de simplificar un debate complejo, los estudios se pueden clasificar en dos grandes perspectivas: las estructuralistas y las intencionalistas. Las primeras se centran en la combinación de factores que hicieron posible la emergencia y el éxito de estos nuevos regímenes. En este grupo se encuentran diferentes corrientes. Entre las más clásicas se distinguen, por un lado, la marxista ortodoxa, que vinculó al fascismo con la necesidad del gran capital de recurrir a la dictadura política para garantizar su supervivencia, y por otro la versión que lo presenta como un modo de acceder a la modernización en aquellos países cuya industrialización había sido tardía, débil o bien muy dependiente de sectores tradicionales. En el caso alemán se ha insistido mucho en el carácter excepcional de su evolución histórica (el denominado *Sonderweg* o camino especial), en la que convivieron estructuras muy arcaicas de carácter político con otras muy avanzadas en el plano económico. Esta contradicción sería la explicación básica de la aparición del nazismo alemán.

En un principio, la perspectiva intencionalista se centró en el papel clave de Hitler. El mito de un Hitler todopoderoso y omnipresente empezó con el fin de la guerra. Las memorias y biografías de generales alemanes aparecidas en los años cincuenta contribuyeron a representarlo como un hombre sediento de poder que centralizaba todas las decisiones y que no dejaba margen a la discusión y mucho menos a la contradicción. Esta narrativa estuvo presente también en la obra de académicos, literatos y cineastas. Hitler apareció como el único responsable de todos los males de Alemania y de Europa, de las matanzas, los exterminios y las atrocidades.

La versión historiográfica liberal alemana, dominante en las décadas de 1950 y 1960, se negó a considerar al nazismo como una expresión del fascismo genérico, especialmente en virtud de la orientación impuesta a la política exterior nazi y de la instrumentación del genocidio judío. Desde esta versión, las obsesiones ideológicas de Hitler fueron reconocidas como la causa principal de los rasgos básicos del régimen, signado por un alto grado de irracionalidad y un marcado sesgo autodestructivo. La barbarie nazi era un caso único y excepcional. Sin embargo, esta explicación simplificó el problema. El nazismo pasó a ser básicamente hitlerismo, mientras que el papel del resto de los actores, el de los que colaboraron y el de los que concedieron, quedaba en las sombras como si hubieran actuado, o bien bajo el influjo del líder carismático o bien obedeciendo órdenes.

La historiografía más reciente ha buscado estudiar a Hitler como un dirigente producto de su momento y sus circunstancias históricas, que recibió el apoyo y la admiración de amplísimos sectores al interior de Alemania, y que además fue visualizado, por las democracias occidentales, durante los primeros años, como un freno frente al peligro del comunismo, y que también generó expectativas entre quienes lo vieron como una alternativa viable a la *decadente democracia*. En los mejores trabajos históricos, Hitler no deja de tener un papel protagónico en el proceso nazi, pero sus ideas, acciones y decisiones no son suficientes para explicar la dinámica del nazismo.

Entre los politólogos, especialmente en el marco de la Guerra Fría, ganó terreno la categoría de totalitarismo. Este término fue utilizado en 1923 por Giovanni Amendola, diputado opositor de los fascistas, en un discurso en el que denunciaba el

El fascismo fue centralmente una forma de hacer política y acumular poder para llegar al gobierno, primero, y para “revolucionar” el Estado y la sociedad después. Desde esta perspectiva, el fascismo se presentó simultáneamente como alternativa al impotente liberalismo burgués frente al avance de la izquierda, como decidido competidor y violento contendiente del comunismo y como eficaz restaurador del orden social. En la ejecución de estas tareas se distinguió de los autoritarios tradicionales porque no se limitó a ejercer la violencia desde arriba. Los fascismos se destacaron por su capacidad para movilizar a las masas apelando a mitos nacionales. El partido único y las organizaciones paramilitares fueron instrumentos esenciales para el reclutamiento de efectivos, para la toma y la conservación del poder, y su estilo político se definió por la importancia concedida a la propaganda, la escenografía y los símbolos capaces de suscitar fuertes emociones. Los fascistas organizaron la movilización de las masas, no para contar con súbditos pasivos, sino con soldados fanáticos y convencidos. Su contrarrevolución fue en gran medida revolucionaria, aunque en un sentido diferente del de la revolución burguesa y la revolución socialista.

---

control impuesto a las diferentes instituciones italianas. Mussolini lo retomó en un discurso pronunciado en junio de 1925, en el que reivindicaba “*la feroz voluntad totalitaria de su régimen*”, y siete años después Giovanni Gentile, teórico fascista, lo desarrolló en el capítulo “Fascismo” de la *Enciclopedia Italiana,* en el que aparece como negación del liberalismo político. “El liberalismo negaba al Estado en beneficio del individuo particular, el fascismo reafirma al Estado como la realidad verdadera del individuo. [...] Ya que para el fascista todo está en el Estado, y nada humano o de espiritual existe [...] fuera del Estado. En ese sentido, el fascismo es totalitario”.

En los años treinta el concepto de régimen totalitario fue ganando espacio para designar únicamente los regímenes fascistas y nazis.

Con el desarrollo de la Guerra Fría, en el bloque occidental se propuso la categoría totalitarismo para definir tanto al nazi-fascismo como al régimen soviético. El modelo totalitario permitía presentar políticamente el régimen estalinista como equivalente del régimen hitleriano y convertir a la democracia liberal en su contramodelo absoluto. En el bloque comunista se impuso la concepción de la Tercera Internacional, que definió el fascismo como una reacción de la burguesía ante el derrumbe del capitalismo; en consecuencia, los regímenes fascistas y nazis están más cerca del bloque occidental que de la urss, ya que el fascismo es una evolución probable del capitalismo.

El alemán exiliado en Estados Unidos Carl Friedrich fue uno de los principales autores de la definición universitaria del totalitarismo. En el artículo “The Unique Character of Totalitarian Society”, incluido en la obra colectiva *Totalitarianism*, publicada en 1954. Dos años más tarde este autor junto con Zbigniew Brzezinski, futuro consejero para la Seguridad Nacional del presidente demócrata Jimmy Carter, redactaron la primera edición de *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, que definió el régimen totalitario en base a cinco rasgos claves. En primer lugar la eliminación del Estado de derecho con la supresión de la separación de poderes y el descarte de la democracia representativa. En segundo lugar, la imposición de una ideología oficial a través de la censura y la instauración el monopolio estatal sobre los medios de comunicación. En tercer lugar, un partido único de masas encabezado por un líder carismático. En cuarto lugar, la instrumentación del terror vía el la instauración de un sistema de campos de concentración destinados al encierro y a la eliminación de los adversarios políticos y de los grupos definidos como extraños y enemigos de la comunidad nacional que debía ser homogénea. Por último, un fuerte control de la economía por el Estado.

En la década de 1960 se produjo una profunda renovación en la historiografía de izquierda, que rompe con el molde economicista del marxismo estructuralista y avanza en el estudio de las conexiones entre las diferentes dimensiones: política, económica, ideológica, culturales del régimen nazi. Al mismo tiempo se destacan la limitaciones del concepto de totalitarismo: la identificación de las similitudes más evidentes pasaba por alto las diferencias entre los regímenes fascistas y los regímenes comunistas, tanto en el plano de la organización material como en la ideología, en los modos de toma del poder, en la relación con el capitalismo, en las relaciones entre cada uno de estos regímenes con las diferentes clases sociales. Aunque ambos regímenes, como proponía la categoría de totalitarismo, debían ser rechazados por el uso sistemático del terror ejercido por el Estado, la subestimación de diferencias claves impedía avanzar en la explicación de procesos históricos con marcados contrastes.

Tanto en el campo de la historia como en el de las ciencias sociales son múltiples las perspectivas desde las que se han propuesto explicaciones del fenómeno fascista. En todos los casos, los estudiosos han combinado presupuestos teóricos, adhesiones ideológicas y juicios de valor. Y aunque el debate seguirá abierto, los trabajos historiográficos ofrecen cada vez más la posibilidad de articular contextos e intenciones a través de la reconstrucción de cada experiencia singular, sin perder de vista los rasgos y procesos compartidos en que se apoya el concepto de fascismo. Dos trabajos en los que se pueden rastrear las principales explicaciones: Renzo de Felice, *El fascismo. Sus interpretaciones,* y Ian Kershaw, *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación.* Sobre el debate en torno al totalitarismo: Enzo Traverso, *El totalitarismo. Historia de un debate.*

Los fascistas desde el llano al gobierno

Después de los esfuerzos de guerra, parte de la sociedad italiana sintió que había perdido la paz. Italia se unió a la Entente luego de firmar el tratado de Londres con Gran Bretaña y Francia en abril de 1915, a través del cual se comprometió a declarar la guerra a Austria mediante "justas compensaciones" que incluían Istra, Trieste, parte de Dalmacia y de las islas, la frontera de Brennero y territorios coloniales. Aunque en Versalles las fronteras italianas se extendieron, no todas las aspiraciones de Roma se vieron satisfechas, y el ministro Orlando abandonó la conferencia disgustado.

Los nacionalistas más radicalizados recurrieron a la fuerza para expresar su rechazo a la "victoria mutilada". El poeta Gabriel D'Annunzio, al frente de los legionarios, ocupó la ciudad de Fiume (septiembre de 1919-diciembre de 1920), que al margen de los reclamos de Italia había sido incluida en la recién creada Yugoslavia. La expedición de D'Annunzio fue un golpe de fuerza que creó un peligrosísimo precedente. Los legionarios, con la complicidad de las autoridades militares, demostraron que a través de una movilización bien organizada era factible colocar al gobierno en una encrucijada. El movimiento concitó la adhesión de los nacionalistas y de los antiliberales que proponían la transformación radical del orden social, al que calificaban de injusto y decadente. En Fiume, D'Annunzio inventó buena parte de los símbolos que luego haría suyos el fascismo: el saludo romano, los uniformes, los gritos rituales.

La decisión de ingresar en la Primera Guerra mundial había sido tomada por el rey Víctor Manuel III y la camarilla que lo rodeaba sin tener en cuenta al parlamento ni a la opinión pública y sin considerar la falta de preparación militar de las fuerzas armadas. En Italia, la "unión sagrada" no alcanzó los niveles de adhesión que logró en otros países. Al regresar del frente, los excombatientes no recibieron el reconocimiento agradecido de sus compatriotas y, al mismo tiempo, en el marco de la crisis y la agitación social, les resultó muy difícil reincorporarse a una vida normal. Los excombatientes se sintieron defraudados y encontraron en el fascismo una respuesta a sus ansiedades, y básicamente una organización que les ofrecía la posibilidad de canalizar los sentimientos y las energías gestadas en el frente de batalla.

El fascismo nació oficialmente el 23 de marzo de 1919, en el mitin convocado por Benito Mussolini en un local de la plaza San Sepolcro, de Milán, al que asistieron muy pocas personas y donde se crearon los fascios de combate (*Fasci italiani di combattimento*). Estos aunaron la retórica del nacionalismo con la del sindicalismo revolucionario y fueron apoyados por las fuerzas de choque (*arditi*); por los sindicalistas revolucionarios y por los futuristas, una de las expresiones de la vanguardia artística. El manifiesto-programa aprobado en la reunión reivindicaba el espíritu "*revolucionario"* de la nueva organización. La declaración de 1919 era antimonárquica, anticlerical, y reconocía demandas del movimiento obrero.

Benito Mussolini ingresó muy joven al Partido Socialista, abocándose plenamente al periodismo y la política. En su formación tuvo una fuerte influencia Georges Sorel, el teórico del sindicalismo revolucionario.

Después de cumplir el servicio militar entre 1905 y 1907, desarrolló en Trento su actividad como periodista y agitador sindical, y fue expulsado de la localidad por la policía austríaca. En

los años previos a la Primera Guerra Mundial se hizo cargo en Milán del diario socialista *Avanti*, desde donde enunció los principios del pacifismo: “Abajo la guerra, La guerra es la gran traición”. Sin embargo, al estallar el conflicto pasó rápidamente a un neutralismo militante para terminar asumiendo un belicismo total: la propaganda antibélica era obra de los “bellacos, los curas, los jesuitas, los burgueses y los monárquicos”. En virtud de este giro fue expulsado del Partido Socialista y en noviembre de 1914 fundó en Milán el diario *Il Popolo D'Italia*. Como otros intervencionistas de izquierda, Mussolini concibió la guerra como una forma de acción extrema y revolucionaria en la que se jugaba el destino del mundo, e Italia no podía quedar al margen permaneciendo neutral. En agosto de 1915 partió como voluntario al frente, donde cayó herido en febrero de 1917. Al salir del hospital retomó la dirección del *Il Popolo D'Italia*.

La crisis económica y política generó el terreno propicio para que el fascismo prosperara. La gran industria había tenido un fuerte crecimiento durante la guerra, beneficiada por las compras del Estado y la ausencia de competencia. Con la paz, se restringió la posibilidad de colocar sus productos y se puso en evidencia que sus precios eran poco competitivos en el mercado internacional. Para las grandes empresas metalúrgicas como Ilva y Ansaldo, la de automóviles Fiat o la de neumáticos Pirelli, se restringieron los cuantiosos beneficios. La destrucción causada por la guerra y la subida de los precios arruinaron a gran parte de los pequeños propietarios, a quienes dependían de un sueldo y a los ahorristas. Los pequeños burgueses percibieron que su posición era más difícil y débil que la del proletariado, que contaba con sus organizaciones sindicales para defender su salario de la inflación. La agitación obrera alcanzó su máxima expresión en el llamado *bienio rosso* (1919-1920). Los obreros del norte protagonizaron una oleada de huelgas, en las que, bajo la conducción de los comunistas, intentaron, sin éxito, tomar el control de las fábricas. El primer ministro Giovanni Giolitti optó por no recurrir a la fuerza y esperar a que el movimiento llegara a su fin por agotamiento, como efectivamente ocurrió. Sin embargo, su actitud fue percibida como falta de firmeza para enfrentar al radicalismo revolucionario y causó hondo resentimiento en los industriales, así como en una clase media temerosa del caos social. La propuesta de los fascistas de liquidar el peligro rojo con el uso de la fuerza fue acogida con beneplácito, o pasivamente, por gran parte de la sociedad.

La intensa agitación social y la reforma del sistema electoral antes de la guerra fueron de la mano con el avance de los dos principales partidos de masas, el Socialista y el Popular, creado por el sacerdote Luigi Sturzo en 1919. En las elecciones legislativas de noviembre de 1919, los liberales perdieron la posibilidad de seguir controlando las Cámaras. Sobre un total de 500 escaños el Partido Socialista obtuvo 156, el triple que en las anteriores elecciones, y el Partido Popular 100. Este último incluía desde sinceros democratacristianos hasta conservadores, unidos por el ideal católico y por la hostilidad hacia los liberales anticlericales que desde la unidad italiana habían monopolizado el poder. Los socialistas, que contaban con el apoyo de la Confederación General del Trabajo, obtuvieron sus mayores triunfos entre los obreros de los grandes centros industriales como Milán, Turín y Génova, y entre los trabajadores agrícolas del valle del Po. Ambos se hallaban muy divididos internamente. Ni los católicos ni los socialistas

eran aliados confiables para la dirigencia liberal, pero ni socialistas ni católicos estaban dispuestos a colaborar con los liberales. La inestabilidad de los gobiernos se profundizó significativamente. Desde el final de la guerra hasta la designación de Mussolini como primer ministro, en 1922, hubo cinco jefes de gobierno: Vittorio Orlando, Saverio Nitti, Giovanni Giolitti, Ivanoe Bonomi y Luigi Facta.

Al ascenso del fascismo, que fue evidente a partir de 1920, contribuyeron dos hechos: la intervención violenta en el ámbito rural del norte de los escuadristas, dirigidos por los *ras* locales –Dino Grandi en Bolonia, Roberto Farinacci en Cremona, Italo Balbo en Ferrara– y el espacio político que el primer ministro Giolitti concedió a Mussolini a través de la alianza electoral de 1921.

El movimiento escuadrista, que se extendió bajo forma de expediciones punitivas de gran violencia contra las organizaciones socialistas, fue lo que hizo del fascismo un movimiento de masas y le granjeó el apoyo de la mayor parte de los propietarios rurales, especialmente del campesinado medio. Los peones que trabajaban en sus fincas y estaban organizados por los socialistas tenían una fuerte capacidad para defender sus salarios. Los sectores medios rurales del valle del Po, afectados por la baja de los precios agrarios, recibieron agradecidos las acciones de castigo de los escuadristas contra municipios y cooperativas socialistas. La oleada de violencia contó con el visto bueno de la policía, y en varias ocasiones con su colaboración activa.

El episodio decisivo tuvo lugar en Bolonia el 21 de noviembre de 1920. Al calor de los incidentes que se produjeron en el acto de toma de posesión de los cargos en el ayuntamiento por la nueva mayoría socialista, los fascistas sembraron el terror primero en la ciudad y luego en toda la provincia de Emilia, de fuerte tradición socialista. La investigación parlamentaria dio a luz dos dictámenes. El de la mayoría no socialista reclamó la imparcialidad de los poderes públicos y adjudicó la violencia fascista a los excesos de la izquierda. El de la minoría socialista declaró que el gobierno no doblegaría al fascismo porque este era un instrumento eficaz para preservar la explotación del proletariado. Sin embargo, según esta versión, el fascismo estaba condenado al fracaso porque la lucha de clases conducía a la derrota de la burguesía.

El experimentado Giolitti contribuyó decisivamente al afianzamiento de los fascistas. Para contrarrestar el peso de los legisladores socialistas y populares se alió con Mussolini. En las elecciones de mayo de 1921 el fascismo obtuvo 35 bancas de las poco más de 100 que le correspondieron a la lista liberal. Los populares obtuvieron 107, los socialistas oficiales 120 y los comunistas 15. Lo más importante fue que el Duce ganó respetabilidad política y los fascistas dejaron de estar en la periferia de la escena política. Como contrapartida, Mussolini, a pesar del disgusto de sus huestes, no se opuso al envío de las tropas que pusieron fin a la ocupación de Fiume. D'Annunzio capituló y se retiró de la vida política: su experimento había sido excesivamente radical para gozar del apoyo de los grandes intereses. Con su disposición a negociar, el líder fascista demostró ser más confiable.

La Marcha sobre Roma y el ingreso al gobierno

Frente a la violencia en las calles que el mismo fascismo promovía, y a la creciente debilidad del grupo gobernante, los fascistas decidieron organizar, a fines de octubre de 1922, la Marcha sobre Roma, para ingresar al gobierno. Las poco organizadas huestes fascistas habrían podido ser detenidas por las fuerzas militares si hubiera existido la voluntad de frenarlas. El ministro Facta quiso proclamar el estado de excepción, pero el rey Víctor Manuel III se negó a firmar el decreto. Los ministros renunciaron y el monarca pidió a Mussolini que formase un nuevo gabinete.

El Duce se puso al frente de un gobierno de coalición integrado por algunos fascistas y una mayoría de dirigentes de otras formaciones políticas, excluida la izquierda. No hubo golpe ni éxitos electorales, los fascistas llegaron al gobierno de la mano de los notables, los militares y la monarquía.

Hasta 1925, Mussolini fue solo el primer ministro de una monarquía semi-parlamentaria, la vida pública –partidos, sindicatos, prensa– siguió funcionando bajo una cierta apariencia de normalidad. La política económica no se apartó de la ortodoxia liberal y favoreció el libre juego de la iniciativa privada a través de las privatizaciones –los casos de teléfonos y seguros–, los incentivos fiscales a la inversión y la reducción de los gastos del Estado. No obstante, se dio curso a las primeras medidas destinadas a fortalecer al Partido Fascista. Fue creado el Gran Consejo Fascista como órgano consultivo paralelo al parlamento. A principios de 1923 todas las asociaciones y unidades paramilitares fueron integradas en una milicia voluntaria encargada de la seguridad nacional, una medida que legalizó a la fuerza de choque fascista, las Camisas Negras. Los nacionalistas, además, se incorporaron al Partido Fascista.

Mussolini había llegado al gobierno con el apoyo, o bien la complacencia, de distintos sectores que mantenían un equilibrio inestable entre sí. Por una parte, el partido, cuyos miembros más radicales exigían su promoción personal y cambios más *revolucionarios* para avanzar hacia el igualitarismo y el fortalecimiento de los sindicatos fascistas frente a la patronal. Por otra, los grupos de poder –grandes propietarios industriales y agrarios, la Iglesia, la elite política– junto con funcionarios y organismos estatales, a favor de un autoritarismo tradicional respetuoso de la propiedad privada y de la jerarquía social. Las decisiones del caudillo, a pesar del peso de su autoridad carismática, fueron condicionadas por las relaciones de fuerza entre estos sectores. El Duce avanzó menos que Hitler en el proceso de *fascistización* del Estado. A partir de su desconfianza hacia los activistas del partido se esforzó por subordinarlos a un Estado poderoso. El Duce no logró el grado de autonomía que llegara a ostentar Hitler: tuvo que compartir la cúspide del poder con el rey y debió convivir con una Iglesia católica fuerte. En el marco de estas restricciones, los más altos niveles de la burocracia y los grandes grupos de intereses políticos y económicos se reservaron cuotas de poder que les posibilitarían destituir al Duce en 1943, cuando Italia perdía la guerra.

A fines de 1923 fue aprobada una nueva ley electoral según la cual la lista que obtuviera más del 25 % de los votos ocuparía el 66 % de las bancas. La medida, resistida por los socialistas, recibió el respaldo de los liberales y los populares. Al iniciarse las sesiones del

cuerpo legislativo en mayo de 1924, el diputado socialista Giacomo Matteotti denunció la violencia empleada por los fascistas en las elecciones y mantuvo un tenso debate con Mussolini. Días después, Matteotti fue secuestrado en pleno centro de Roma, y a mediados de agosto su cuerpo fue hallado en un bosque.

Las primeras investigaciones condujeron a revelar la participación de miembros de las bandas armadas fascistas. El fascismo apareció sentado en el banquillo de los acusados. Los legisladores que encabezaron la llamada "secesión de Aventino" abandonaron sus bancas reclamando la supresión de la milicia fascista y la normalización de la vida constitucional. El rey se negó a tomar alguna medida. Al cabo de cinco meses, con la Cámara clausurada, los principales jefes fascistas desataron una escalada de violencia en Florencia, Pisa, Bolonia, exigiendo el establecimiento de un régimen unipartidista: había llegado el momento de hacer la revolución liquidando al régimen liberal. Finalmente, el Duce decidió actuar. Pidió al rey que disolviera la Cámara y en su discurso del 3 de enero de 1925 asumió la responsabilidad de cuanto había sucedido: "Si el fascismo es una asociación de delincuentes [...]. Si toda la violencia ha sido el resultado de un clima histórico político y moral, pues bien, para mí toda la responsabilidad, porque este clima lo he creado yo".

El régimen fascista

La serie de medidas aprobadas entre 1925 y 1928 condujo a la dictadura. El jefe de gobierno dejó de ser responsable de su gestión ante el Parlamento, fueron disueltos todos los partidos políticos y quedó suprimida la prensa opositora. Se creó un tribunal especial para atender los crímenes contra el Estado: sus miembros eran funcionarios que no requerían formación jurídica y debían prestar juramento de obediencia a Mussolini. Los acusados no tenían derecho a apelar y los "delincuentes políticos" podían ser deportados. La nueva ley electoral suprimió el sufragio universal. El Gran Consejo Fascista aprobaba la lista con los cuatrocientos candidatos para la Cámara de Diputados y los votantes solo podían ratificarla o rechazarla.

En 1929 quedó resuelto el problema con el Vaticano, pendiente desde la unificación del país en 1870. Con la firma de los pactos de Letrán entre la Santa Sede y el reino de Italia se establecieron relaciones diplomáticas y se creó un diminuto Estado dentro de Roma, con el papa como máxima autoridad. La Iglesia sería compensada por los territorios perdidos, las corporaciones eclesiásticas quedaron exentas de impuestos y sus escuelas recibieron un trato preferencial. Mussolini ganó el apoyo de los católicos.

A partir de 1925 también la economía italiana tomó distancia del liberalismo para quedar sujeta a un creciente control del Estado, un cambio de rumbo acorde con las concepciones nacionalistas y autárquicas del fascismo. En el marco de las reformas destinadas a fortalecer el régimen político fascista se avanzó sobre la regulación de las relaciones entre obreros y patrones.

El fascismo no creó la idea de una economía mixta: la iniciativa pública y la privada ya se encontraban entrelazadas en Italia y en otros países. Pero el fascismo procuró institucionalizar la relación entre el poder público y el privado, y al proceder de este modo siguió un derrotero distinto del de las democracias occidentales. La Confederación General de la Industria Italiana

(CGII) criticó la asociación obligatoria de trabajadores y patrones en organismos patrocinados por el gobierno. A las reticencias de los industriales los dirigentes sindicales fascistas respondieron con una serie de huelgas autorizadas por Mussolini, y los industriales aceptaron concertar con el sindicalismo fascista. En 1925, la CGII y la confederación sindical dirigida por el radical Edmondo Rossoni firmaron el pacto Vidoni, según el cual todas las negociaciones relativas a contratos laborales tendrían lugar entre la confederación y los sindicatos fascistas; los gremios no fascistas quedaban excluidos de lo resuelto por los convenios colectivos. El documento dispuso la abolición de los consejos de fábrica, con lo que se reforzó la autoridad patronal, y no se llegó a un acuerdo respecto del arbitraje obligatorio en los conflictos laborales, una medida resistida por los industriales.

El afán de los empresarios por preservar su autonomía obstaculizó la reforma corporativa y dio lugar al compromiso sindical de 1926. De acuerdo con la legislación aprobada el 3 de abril de 1926, los obreros y patrones quedaban organizados separadamente en doce sindicatos nacionales, uno para cada sector en cada tipo de actividad: industria, agricultura, comercio, banca y seguros, transporte interior y navegación interior, transporte marítimo y aéreo. La Confederación General de la Industria Italiana tuvo derecho a un asiento en el Consejo Fascista, fueron prohibidas huelgas y *lock-outs*, y la resolución de las controversias en el campo laboral quedó en manos de la Magistratura del Trabajo. Todos los trabajadores, incluso los que no estaban afiliados, debieron contribuir al sostenimiento de los sindicatos con cuotas deducidas de sus salarios. La ley dispuso que trabajadores y empresarios quedasen sujetos a la disciplina impuesta desde el gobierno; en la práctica, los sindicatos fueron conducidos por hombres del partido mientras que las asociaciones patronales mantuvieron sus propios dirigentes.

En abril de 1927 la Carta del Lavoro precisó la definición de la corporación, entendida como un organismo del Estado encargado de coordinar las decisiones de las organizaciones obreras y empresarias para llegar a una relación de fuerzas armónica y equilibrada. Los propietarios lograron que la Carta fuese solo una afirmación de principios, y se vieron frustrados los objetivos de Rossoni de incluir propuestas específicas sobre salarios, horas de trabajo y seguridad social. No obstante, el documento, que prometía respetar la independencia empresarial, afirmó también que la empresa era responsable ante el Estado, que podía regular la producción siempre que lo exigiesen los intereses públicos.

El movimiento laboral fascista careció de la independencia necesaria para seguir un plan coherente que aumentase la participación del trabajo en la riqueza. En su condición de miembros del partido, los dirigentes sindicales postergaron la defensa de los intereses obreros frente a las directivas del partido. Las rebajas de salarios en octubre de 1927, diciembre 1930 y mayo 1934 fueron aceptadas en nombre de la defensa de los intereses de la nación. Mientras los sindicatos fascistas tuvieron que luchar contra sus rivales socialistas y católicos, el pasado radical y la agresividad discursiva de Rossoni constituyeron datos a su favor. Con el afianzamiento del régimen, y en el marco de la reforma sindical, Mussolini buscó dirigentes más dóciles, y Rossoni fue desplazado en diciembre de 1928. El movimiento sindical fascista se centró en la obtención de programas sociales. La innovación más popular fue la Opera

Nazionale Dopolavoro, fundada en 1925 con el fin de “favorecer el empleo sano y provechoso de las horas libres de los trabajadores intelectuales y manuales, por medio de instituciones destinadas a desarrollar sus capacidades físicas, intelectuales y morales”. En 1939 esta organización creada por el partido pasó a depender de los sindicatos.

Radicalización del fascismo

La crisis económica mundial también en Italia dio paso al aumento de la desocupación, aunque no en forma tan dramática como en otros países, por ejemplo Alemania. Los nuevos desafíos condujeron a que el régimen se definiera decididamente a favor de la autarquía. En el ámbito agrario esta tendencia se puso en marcha a través de la “batalla del trigo”, que multiplicó por dos la producción de este cereal mediante el aprovechamiento de zonas pantanosas, pero también dedicando al trigo tierras que antes se utilizaban para olivos, ganado o frutales con un rendimiento mucho más elevado.

En 1933 se aprobó la creación del Instituto para la Reconstrucción Italiana (IRI), que hizo del Estado el principal inversor industrial. El IRI nacionalizó, mediante la compra de acciones, muchas de las grandes empresas industriales al borde de la quiebra. En 1939 este organismo controlaba tres de las grandes siderurgias del país, algunos de los mejores astilleros, la telefónica, la distribución de la gasolina, las principales empresas de electricidad, las más importantes líneas marítimas y las incipientes líneas aéreas. Las industrias de tejidos, automóviles y productos químicos permanecieron –casi en su totalidad– en manos de los empresarios.

Como resultado de la depresión, los industriales no podían alegar que el sector privado de la economía era autosuficiente y tuvieron que aceptar la expansión de una economía combinada, en la que las empresas públicas y privadas se entrelazaban. Por su parte, la dirigencia fascista utilizó su creciente poder económico para concretar sus objetivos políticos. El IRI quedó habilitado a controlar las empresas de propiedad privada siempre que fuese en interés de la “defensa nacional, la autarquía y la expansión del Imperio”.

Finalmente, en 1934 fueron creadas las corporaciones, sin incluir las propuestas de los fascistas radicales que pretendían abolir la propiedad privada para asignar al nuevo organismo la plena responsabilidad de la producción y liquidar así el conflicto histórico entre interés público y privado. Los industriales lograron que solo tuvieran funciones consultivas y que las negociaciones laborales quedasen en el ámbito privado. En el marco de la crisis había un aspecto de las corporaciones que atraía a los grandes propietarios: la cooperación entre los diferentes sectores de la producción para restringir la competencia y asegurar la posición de quienes ya estaban instalados. También aceptaron el dirigismo estatal porque necesitaban la ayuda de los fondos públicos para salvar a las empresas privadas de la bancarrota.

En el escenario internacional, la Italia fascista inicialmente se posicionó junto a Gran Bretaña y Francia, y jugó un papel estabilizador. Dado el protagonismo que alcanzaría el nazismo, se suele olvidar que, en sus inicios, el fascismo italiano ejerció una enorme atracción entre los nacionalsocialistas y que, en su momento de gloria, Mussolini observó a Hitler como un personaje de segundo orden. Fue la ocupación de Etiopía por las tropas italianas en 1935 la

que dio un drástico giro a esta situación. Cuando Roma fue sancionada por la Sociedad de Naciones, aunque de modo tibio e ineficaz, a raíz de la queja elevada por el emperador etíope Haile Selassie, Mussolini estrechó sus lazos con Hitler. Hasta ese momento había frenado el avance de los alemanes hacia Austria y manifestado su preocupación por el rearme del Tercer Reich. El giro no dejó de generar temores entre los grupos dominantes.

Todas las medidas más importantes de la política exterior italiana –la guerra contra Etiopía, la constitución del Eje Berlín-Roma, la intervención en la Guerra Civil española y el ingreso en la Segunda Guerra Mundial– fueron aprobadas por Mussolini y sus consejeros más próximos. Aunque los industriales no intervinieron directamente, se beneficiaron con la política de rearme y de expansión territorial. No obstante, los preocupaban las repercusiones del nuevo rumbo: la desvinculación comercial de las potencias occidentales, la creciente intervención del gobierno en sus actividades y, sobre todo, temían al poder económico de la industria alemana. Después de la anexión de Austria aprobada por Hitler en 1938, Alemania se apropió de materias primas que antes habían ido a Italia, y colocó a los exportadores alemanes en una situación privilegiada. Con el nuevo aliado, Italia podía quedar relegada al papel de productora agrícola.

Cuando Mussolini entró en la Segunda Guerra, recién en 1940, lo hizo impulsado por su afán de gloria y creyendo que el triunfo del Eje posibilitaría la creación de un imperio italiano con base en los Balcanes y África del norte.

La fragilidad de la República de Weimar

Los primeros años de la posguerra fueron sombríos. Ni los comunistas ni la derecha radical aceptaron la República; esta contó con escasos adeptos realmente convencidos, la socialdemocracia fue su más decidido sostén. El gobierno provisional fue obligado por las potencias victoriosas a firmar una paz que los alemanes vivieron como humillante. Para muchos alemanes, la derrota en la guerra fue más una “puñalada por la espalda” de la dirigencia republicana que consecuencia del fracaso en los campos de batalla.

La Constitución aprobada a fines de julio en la ciudad de Weimar reconoció el derecho al voto a todos los hombres y mujeres mayores de veinte años, dispuso la elección directa del presidente y adoptó un sistema de representación proporcional que aseguraba la presencia de los partidos minoritarios. Aunque se pronunció a favor de una república democrática parlamentaria, dejó abierta la puerta al presidencialismo: en situaciones de emergencia se podía gobernar a través de decretos. Esta práctica, en principio excepcional, se hizo habitual a partir de 1930, cuando los ministros, ante un Reichstag dividido en distintas tendencias políticas, actuaron solo con el respaldo del presidente. El régimen republicano dejó intactos los pilares de la Alemania imperial: la burocracia, los jefes y oficiales del Ejército, la Magistratura, el cuerpo policial.

En las elecciones de enero de 1919 para constituir la Asamblea Constituyente los comunistas no se presentaron, la socialdemocracia obtuvo el 38% de los votos y los socialistas independientes cerca del 8%. La mayoría de la población optó por partidos burgueses.

Alemania era un país políticamente moderado y los partidos de centro-derecha tenían un peso destacado en electorado.

La presidencia quedó a cargo del socialista Ebert hasta su muerte en 1925, cuando fue elegido el mariscal Paul von Hindenburg con la activa movilización de la clase media. Aunque la socialdemocracia fue el partido más votado en las seis elecciones que se celebraron entre 1919 y 1930, en el marco del sistema proporcional no contó con el número necesario de diputados para formar gobierno propio. Después de las elecciones de junio 1920 la coalición acordada en 1919 perdió votos y crecieron los de la derecha y la izquierda. Recién en 1928, con casi el 30% de los votos, un socialdemócrata volvió a ocupar el cargo de canciller.

El año 1923 fue especialmente crítico: la ocupación del Ruhr, la insurrección de los comunistas y el *putsch* de Munich. En los primeros meses, los gobiernos de Francia y Bélgica ocuparon el Ruhr y asumieron la explotación de las minas y ferrocarriles de la región para cobrarse las reparaciones de guerra. El gobierno alemán ordenó la resistencia pasiva y se lanzó a emitir moneda para atender las necesidades de la población. La trama social fue desgarrada por la más alta hiperinflación conocida hasta ese momento. Durante la crisis se formó un gobierno de coalición encabezado por Gustav Stresemann, hombre del Partido Popular Alemán, ligado a los intereses de la industria. Al frente del área económica, Hjalmar Schacht, una figura con sólidas relaciones en el mundo de las finanzas y futuro ministro de Economía del gobierno de Hitler, tomó drásticas medidas para reducir el gasto público y obtuvo ayuda de los banqueros norteamericanos a través del plan Dawes. La recuperación promovida por este crédito colocó a Alemania en una posición altamente dependiente del ingreso de capitales estadounidenses.

En el estado de Baviera, católico, campesino y particularista, el frustrado y violento intento de crear una república soviética en 1919 dejó profundas heridas en las que la derecha contrarrevolucionaria encontró condiciones propicias para afianzarse. El capitán del *Reichswehr* (Ejército alemán) Ernst Röhm propuso cursos de adoctrinamiento para asegurar la lealtad de los soldados a los altos mandos. El cabo Adolf Hitler[4], uno de los asistentes, llamó la

[4] Nació el 20 de abril de 1889 en Braunau, una pequeña ciudad de la frontera austro-bávara. Su padre, Alois Hitler, un funcionario de aduanas, cuando conoció a Klara Pölz, su madre, ya era un hombre de cincuenta años con hijos casi tan mayores como su futura esposa. El matrimonio tuvo seis hijos, de los cuales solo Adolf y su hermana Paula llegaron a la mayoría de edad.

En 1903, la muerte su padre le otorgó cierta libertad de movimientos. Algo más tarde, una pulmonía le permitió abandonar la escuela y se dedicó durante dos años a su afición favorita, la pintura, con la ilusión de ser algún día un artista reconocido. En octubre de 1907 llegó a Viena, la capital solemne y fastuosa de una de las monarquías más antiguas de Europa. Fue reprobado en el examen de ingreso de la Academia de Bellas Artes por dos años consecutivos, y no pudo ser admitido en la facultad de Arquitectura por carecer de certificado de estudios. Durante cinco años vivió de las pinturas que lograba vender.

Dos figuras de la vida política ejercieron un fuerte impacto sobre sus ideas y formas de concebir la acción política: el burgomaestre de Viena, Karl Lueger, antisemita, fundador del Partido Social Cristiano austríaco, y el nacionalista pangermanista George von Schönerer, rabiosamente antisemita.

De Viena pasó a Munich, donde recibió la noticia del inicio de la guerra como una bendición del cielo y se ofreció como voluntario: "Comenzó así para mí, como para todo alemán, el tiempo más sublime e inolvidable de mi existencia terrena; aquellas horas fueron como una liberación de las penosas impresiones de mi juventud. Tampoco me avergüenzo de decir hoy que, llevado por un entusiasmo irrefrenable, caí de rodillas para agradecer al cielo el haberme permitido la fortuna de poder vivir en una época así. Frente a los acontecimientos de esta lucha gigantesca, el pasado se reducía a una insípida nulidad".

Fue enrolado como voluntario en un batallón de infantería de reserva, y fue durante cuatro años un soldado modelo para el cual el ejército significaba familia, afectos y medios de vida. Durante toda la guerra tuvo el papel de estafeta, debiendo atravesar el infierno del frente occidental; sus acciones lo llevaron a ganar el grado de cabo y, si no ascendió más, fue porque era súbdito austríaco; se le otorgó además la Cruz de Hierro de segunda, y luego de primera categoría, galardón rara vez concedido a un militar de origen extranjero y de grado tan bajo.

atención de sus superiores debido a sus dotes como orador, y le encomendaron controlar el Partido Alemán de los Trabajadores. Creado a fines de 1918, el ideario de este pequeño círculo combinaba el nacionalismo, la defensa de los derechos del trabajador y el antisemitismo. Hitler renunció al Ejército y se volcó decididamente a la actividad política.

El partido, reorganizado bajo el nombre de Partido Nacional Socialista de los Obreros Alemanes, presentó en 1920 su nuevo programa.

A través de sus veinticinco puntos articuló las ideas de los nacionalistas extremos –unión de todos los alemanes en una gran Alemania, anulación de los tratados de paz y negación de la ciudadanía a quien no llevara sangre alemana: los judíos, explícitamente, no podían ser alemanes– con reformas de sesgo socialista: abolición de la renta no ganada por el trabajo, nacionalización de las grandes empresas, reparto de los beneficios de la gran industria, reforma agraria radical. La propuesta no ganó por cierto la simpatía de los principales grupos económicos, pero los participantes de los mítines, con Hitler como orador, fueron cada vez más numerosos. Para guardar el orden en los actos se creó una fuerza de choque, la Sección de Asalto (SA) que bajo la conducción de Röhm recibiría formación militar.

Con la asunción de Stresemann, la relación entre el gobierno central y las autoridades de Baviera, protectoras de las múltiples asociaciones paramilitares locales, se acercó rápidamente al punto de ruptura. La derecha extrema deseaba "la marcha sobre Berlín" para instaurar un nuevo gobierno sin la influencia socialista. Pero el triunvirato que gobernaba Baviera no tenía intención de dejarse arrastrar a un enfrentamiento armado. Hitler y el ex jefe del Estado Mayor imperial y héroe de guerra, el general Erich Ludendorff, acordaron forzar el golpe. El 9 de noviembre se pusieron al frente de una manifestación que no logró ser masiva y fue violentamente reprimida por la policía. Hitler pudo huir y dos días después era arrestado.

Condenado a cinco años de prisión, solo estuvo recluido nueve meses. En la cárcel, mientras dictaba *Mi lucha* a Rudolf Hess, reconocería dos errores en la experiencia de Munich: haberse colocado en la ilegalidad y enfrentar al Ejército. No volvería a cometerlos.

La estabilización de la economía alemana y los logros de Stresemann en la política exterior abrieron un paréntesis de relativa calma. No obstante, la República careció de un sólido apoyo por parte de la población, y las instituciones imperiales no se reorganizaron en un sentido democrático. La campaña presidencial de 1925 en la que se impuso Paul von Hindenburg, el otro gran héroe de la campaña en el este, puso en evidencia el alto grado de movilización de la clase media; todas sus organizaciones: clubes, centros de tiro, asociaciones profesionales, coros ocuparon decididamente el espacio público, y aunque eligieron a un representante del orden prusiano la escena política se impregnó de un decidido tono popular, en el que

---

En octubre de 1916 cayó herido por un disparo que le atraviesa una pierna. En 1918 resultó nuevamente herido; tras inhalar gases tóxicos perdió por un tiempo la visión y sufrió varias operaciones. Durante su convalecencia llegó a la conclusión de que asistía a una profunda transformación del mundo: la Revolución había triunfado en Rusia, el Imperio austro-húngaro había desaparecido, mientras que su admirada Alemania había sufrido una humillante derrota. Desde su perspectiva, el fracaso alemán era fruto del régimen de partidos, y básicamente de los judíos, a cuyas maniobras adjudicó las condiciones impuestas en Versalles.

Después del fracaso del putsch de Munich fue arrestado en la villa del editor y mecenas Putzi Hanhstägl. Acusado de alta traición, utilizó la tribuna que le ofrecía el proceso para justificar su acción en nombre de la defensa del honor de la patria, y apeló al juicio de la historia que reconocería su patriotismo y la pureza de sus intenciones.

prevaleció el sentimiento de una comunidad nacional entre iguales que relegaba las jerarquías del orden imperial.

Al salir de la cárcel, Hitler reorganizó el partido en un sentido que le posibilitó contar con poderes absolutos. Desmanteló la fracción radical dirigida por los hermanos Otto y Gregor Strasser, mientras que Joseph Göbbels, que había tachado a Hitler de pequeño burgués, pasó a ser uno de sus más incondicionales colaboradores. La SA, a pesar del disgusto de Röhm, quedó subordinada a la conducción de partido. Las SS (fuerzas de protección) creadas como un cuerpo reducido y selecto a cargo de la custodia de Hitler, quedaron bajo la dirección de la SA. Sin embargo, a partir del nombramiento de Heinrich Himmler en 1929 se autonomizaron y ganaron poder rápidamente, hasta convertirse en el instrumento de dominación distintivo del Tercer Reich. Fue un estado en el seno del Estado.

El partido nazi, desde su aparición en el campo electoral a mediados de 1924 y hasta que la crisis de 1929 agudizara las tensiones sociales, tuvo escasa inserción en el electorado (en diciembre de 1924 recogió 900.000 votos, y en mayo de 1928, 800.000) y se colocó a una considerable distancia de la derecha conservadora cada vez más radical. Fue básicamente en el marco de la crisis que el nazismo pasó al centro del escenario político. Sin embargo, el derrumbe económico no fue el que condujo en forma lineal e inevitable al ascenso de los nazis. Más importante fue la fuerte movilización política de diferentes sectores de la clase media, que lo hicieron abandonando y cuestionando a los partidos tradicionales para reivindicar la acción directa y un nuevo modo de hacer política de tono populista. El triunfo electoral de los nazis a partir de 1930 fue posible porque –en el marco de la crisis de los principales partidos y de la intensa activación ciudadana– fueron los que mejor supieron interpretar y representar las demandas de justicia social y rehabilitación del orgullo nacional de gran parte de la sociedad.

El ascenso de Hitler al gobierno fue facilitado también por los sectores poderosos de la sociedad –negocios, Ejército, grandes terratenientes, funcionarios de alto cargo, académicos, intelectuales, creadores de opinión–, que nunca habían aceptado la República.

Entre la renuncia del primer ministro socialdemócrata en 1930 y el nombramiento de Hitler en enero de 1933 se sucedieron una serie de gobiernos débiles y antiparlamentarios –Heinrich Brüning, Franz von Papen y el general Kurt von Schleicher–, que intentaron avanzar hacia un régimen autoritario vía la imposición de decretos de emergencia y las reiteradas disoluciones del Reichstag.

En ese lapso el Partido Nacional Socialista de los Obreros Alemanes se convirtió en un partido de masas. En las elecciones legislativas de setiembre de 1930 ganó unos 6 millones de votos respecto de las de 1928, y se convirtió en la segunda fuerza política del país, con el traspaso de electores de los partidos de centro y de la derecha a los nazis. En las elecciones presidenciales de principios de 1932 Hindenburg se impuso frente a Hitler, pero fue necesario convocar a una segunda vuelta para que el primero fuera reelegido. En la primera vuelta Hitler sacó el 30% de los votos, Hindenburg el 49 % y el candidato comunista Ernst Thälmann el 13%; en la segunda, Hindenburg obtuvo 53% de los sufragios, Hitler el 37% y Thälmann 10%. Los seguidores del I Partido Socialdemócrata votaron por el mariscal. El lema del Partido

Comunista fue: “un voto para Hindenburg es un voto para Hitler; un voto para Hitler es un voto para la guerra”.

En los comicios legislativos de fines de julio de 1932 el nazismo recogió el mayor caudal de votantes (37,3%) sin que este resultado le permitiera contar con mayoría propia; los comunistas también incrementaron su número de votos. La crisis social y económica abonaba la radicalización de la política. En este escenario, la Tercera Internacional, siguiendo las directivas de Moscú, descartó totalmente la posibilidad de una alianza con los socialistas. En el VI Congreso efectuado en 1928 se dio por concluido el período de estabilización del capitalismo con el anuncio de una severa crisis económica que posibilitaría la ofensiva revolucionaria del comunismo. En consecuencia, los partidos comunistas debían enfrentar a la socialdemocracia porque esta era solo la opción moderada de la burguesía para controlar la energía revolucionaria del proletariado. El terror fascista, la otra opción del capitalismo cuando la radicalización de las masas no permitía la vía del reformismo socialista, fue concebido como un fenómeno pasajero ante el avance arrollador de la lucha de clases. Bajo el capitalismo monopolista, según esta interpretación, el fascismo no era más que la *última* forma política de la dictadura burguesa, que sería seguida por la dictadura del proletariado. En el momento en que Hitler avanzaba hacia el poder, la izquierda alemana siguió dividida.

Las camarillas del entorno presidencial buscaron el apoyo del nazismo para contar con el aval de un movimiento de masas en la empresa de imponer el autoritarismo. Después de las elecciones de julio, le ofrecieron a Hitler ingresar en un gobierno de coalición, pero este rechazó la propuesta: quería el cargo de canciller. Había apostado a todo o nada. El partido, en cambio, presionaba a favor del ingreso en el gobierno. El Reichstag fue nuevamente disuelto. Los comicios de noviembre de 1932 no cambiaron nada. Los partidos que apoyaban al gobierno solo obtuvieron el 10% de los votos. En el campo de la izquierda, la socialdemocracia y el comunismo recogieron más de 13 millones de votos, pero eran rivales; los nazis, a pesar de haber perdido dos millones de votos, continuaron siendo la fuerza mayoritaria en el Reichstag.

Finalmente, a fines de enero de 1933 la derecha conservadora entregó el gobierno al jefe del partido que no había dudado en sembrar la violencia en su marcha hacia poder**.** El rechazo de los grupos poderosos por el orden republicano, las condiciones impuestas en la paz de Versalles, la profunda crisis política potenciada por la crisis social de 1930, junto con las divisiones en el campo de la izquierda, conformaron un escenario positivo para el ascenso del Führer. Las acciones de las elites tradicionales que le abrieron camino creyendo que podrían usarlo para terminar con la República y aniquilar a la izquierda fueron decisivas. Los nazis, por su parte, tuvieron la habilidad de presentarse como la opción política capaz de canalizar la movilización de los sectores medios combinando las aspiraciones nacionalistas con el afán de igualación social.

Del ingreso al gobierno a la concentración del poder

A lo largo de 1933 se consumó el proceso de coordinación (*Gleichschaltung*) que desembocó en la instauración de la dictadura nazi. La rapidez y la profundidad de los cambios

que afectaron al Estado y la sociedad alemana fueron asombrosas. La transformación se concretó en virtud de una combinación de medidas pseudo legales, terror, manipulación y colaboración voluntaria. Mussolini tardó tres años para llegar a este punto.

El gabinete que acompañó a Hitler en su ingreso al gobierno era básicamente conservador. Los nacionalsocialistas solo contaban con el ministro de Interior, un futuro ministerio de Propaganda para ubicar a Göbbels, y con Hermann Göring como ministro sin cartera. Este ya dirigía el poderoso Ministerio del Interior de Prusia. Con el propósito de contar con mayoría propia en el Reichstag, Hitler dispuso convocar a elecciones para el 5 de marzo. El incendio del edificio del Reichstag el 27 de febrero le posibilitó desatar una brutal ola de violencia contra la izquierda. No obstante, en los comicios de marzo los nacionalsocialistas, con el 43,8% de los votos, no alcanzaron el ansiado quórum propio. A pesar del terror desplegado, los votos socialdemócratas y comunistas apenas decayeron, y el centro católico ganó algunas bancas. Cuando se reunió el Reichstag, sin la presencia de los comunistas encarcelados y perseguidos, todos los partidos, excepto los socialdemócratas, aceptaron votar la ley para la Protección del Pueblo y el Estado, que confería al gobierno plenos poderes para legislar sin consultar al Parlamento, e incluso para cambiar la Constitución. La liquidación del orden republicano se había concretado utilizando los mecanismos previstos en la Constitución.

Los adversarios políticos más activos fueron detenidos o huyeron del país. El primer campo de concentración se abrió en marzo de 1933 en Dachau, bajo la dirección de las SS, como centro de detención, tortura y exterminio de los militantes de izquierda. En mayo, después de la conmemoración del Día del Trabajo, fueron disueltos los sindicatos. A mediados de 1933 ya habían sido prohibidos o bien decidieron disolverse todos los partidos políticos. Entre marzo de 1933 y enero de 1934 se abolió la soberanía de los *Länder* (provincias) y se aprobó la ley que consagraba la unidad entre partido y Estado: el partido nazi era portador del concepto del Estado e inseparable de este, y su organización era determinada por el Führer. Casi todos los organismos de la sociedad civil fueron *nazificados*. Esta coordinación fue en general voluntaria. Las excepciones a este proceso fueron las Iglesias cristianas y el Ejército, que mantuvo su cuerpo de oficiales mayoritariamente integrado por hombres formados y consubstanciados con las jerarquías del orden imperial.

A mediados de 1934 se dio el segundo paso hacia el control total del poder por parte de Hitler. A fines de junio fue eliminada el ala radicalizada del nazismo, con la detención y asesinato de la cúpula de la SA. En segundo lugar, en agosto, después de la muerte de Hindenburg, el Ejército prestó juramento de lealtad a la persona de Hitler. Desde el ingreso al gobierno en las filas de la SA se había levantado el clamor a favor de una segunda revolución, sus miembros pretendían amplios poderes en la policía, en las cuestiones militares y en la administración civil. Sus aspiraciones generaban temor en las elites conservadoras y en el alto mando del Reichswehr, y eran resistidas por otros sectores del partido. Entre los dirigentes nazis que desaprobaban el estilo tumultuoso y anárquico de las tropas comandadas por Röhm se encontraba Göring, que quería librarse del polo de poder que constituía la SA en Prusia, mientras que Himmler y Reinhard Heydrich ambicionaban romper la subordinación de las SS

respecto de la SA. Se encargaron de "probar" la existencia de un plan de golpe por parte de la SA. Hitler los dejó actuar a pesar de su estrecha relación con el hombre fuerte de la SA, y el 30 de junio, *La noche de los cuchillos largos*, desplegaron sus fuerzas asesinando y deteniendo a los supuestos complotados. No solo cayeron integrantes de la mencionada organización, también fueron ejecutados dos generales, dirigentes conservadores, el jefe de la Acción Católica y el dirigente nazi Gregor Strasser, que había competido con Hitler. Röhm fue asesinado en su celda luego de que se negara a suicidarse.

Después de la masacre, Hitler se presentó ante el Reichstag como "juez supremo" del pueblo alemán y reconoció que había dado "la orden de ejecutar a los que eran más culpables de esta traición". Las Iglesias guardaron silencio. El Ejército salió robustecido solo en apariencia: había consentido una acción criminal que recayó sobre hombres de sus filas. La mayoría de la gente lo aprobó. El "asunto Röhm" benefició centralmente a las SS.

Al morir Hindenburg, se descartó el llamado a elecciones y fue aprobada la fusión de los cargos de presidente y canciller en la persona de Hitler. Una de sus consecuencias significativas consistió en que el Führer obtuviese el mando supremo de las fuerzas armadas; a partir de ese momento todo soldado quedó obligado a jurar lealtad y obediencia incondicional a Hitler. Los oficiales conservadores, muchos de ellos aristócratas que subestimaban al "cabo", aceptaron subordinarse motivados por el plan de rearme y tranquilizados con la eliminación de la amenaza de la SA. El juramento de lealtad marcó simbólicamente la plena aceptación del nuevo orden por parte del Ejército que, por el momento, conservó su propia conducción.

A principios de 1938, Hitler alcanzó su mayor cuota de poder cuando avanzó sobre los espacios de poder aún en manos de los conservadores: la cúpula del Ejército y el Ministerio de Relaciones Exteriores. Tanto el ministro de Guerra como el jefe del Ejército fueron obligados a renunciar por razones relacionadas con su vida privada. El primero porque salió a la luz el pasado "poco honorable" de su nueva esposa; el segundo, ante acusaciones de homosexualidad. Con el retiro de ambos, Hitler asumió el cargo de comandante general de la Wehrmacht (ex Reichswehr) y en pocos días se procedió a reorganizar la cúpula militar. Al mismo tiempo se aprobó el reemplazo del conservador Konstantin von Neurath por el nazi Joachim von Ribbentrop en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Estos cambios fortalecieron la posición del bloque nazi en la orientación de la política exterior y en la elaboración del planeamiento estratégico-militar, y erosionaron la influencia de la Wehrmacht. En 1938 el bloque de fuerzas militares y policiales encabezado por las SS ganó terreno frente al Ejército.

Una vez consolidada la posición de Hitler, la dictadura estuvo lejos de asumir una organización jerárquica centralizada; el gobierno personalizado se combinó con la fragmentación de la trama estatal. El Estado alemán quedó sin ningún organismo central coordinador y con un jefe de gobierno escasamente dispuesto a dirigir el aparato burocrático. La voluntad del Führer deformaba la trama de la administración del Estado haciendo surgir una variedad de órganos dependientes de sus directivas que competían entre sí y se superponían. Hitler recurrió a la creación de nuevos organismos para responder a la proliferación de las metas o para salvar deficiencias de los que existían. Las nuevas agencias, por ejemplo la

Juventud de Hitler, las oficinas del Plan Cuatrienal, desvinculadas del partido y del Estado, solo eran responsables ante el Führer. Esta política restaba coherencia al gobierno, incrementaba la burocracia y propiciaba la autonomía de Hitler. La personalización extrema se combinó con una arbitrariedad creciente. Al mismo tiempo, la corrupción se extendió en los organismos del Estado en la medida en que gran parte de las relaciones se basaron en la entrega de recompensas a cambio de la obtención de fidelidad personal.

Los dos principales centros de poder fueron el partido y las SS. Una vez conseguido el poder en 1933, el NSDAP (el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán) engrosó sus filas y fue básicamente un vehículo de propaganda y de control social, pero nunca llegó a contar con una conducción unificada; su jefatura quedó en manos de un grupo de individuos sin lazos fuertes entre sí. Estas características lo inhabilitaron para imponer una orientación sistemática a la administración del Estado. No obstante, contó con amplias prerrogativas para incidir sobre nombramientos de funcionarios y para vetar los proyectos propuestos por los ministros. Una de las áreas en la que se comprometió con más celo fue la política racial: en este terreno, y mediante de la movilización de sus militantes, forzó la actuación legislativa del gobierno. Aunque nunca llegó a superarse el dualismo partido-Estado, se impuso el predominio del primero. Desde mediados de 1936 el aparato Policía-SS se constituyó en el principal pilar de un nuevo tipo de régimen. En este, el poder policíaco se hizo poder político y su misión de "defender la nación" careció de trabas y controles legales.[5]

Desde el desfile a la luz de las antorchas organizado el 30 de enero de 1933, cuando Hitler fue nombrado canciller, Göbbels dejó claro la enorme significación de las ceremonias y de los recursos simbólicos para encuadrar la movilización social y forjar el vínculo entre el pueblo y el Führer. Al frente del Ministerio de Instrucción Popular y Propaganda manejó con extraordinaria eficacia los mítines de masas, los desfiles ritualizados y las coreografías colosales. Este ministerio tuvo a su cargo "todas las cuestiones de influencia espiritual sobre la nación". El cine, en el que se destacó la producción de la controvertida actriz y directora Leni Riefenstahl, tuvo un valor especial para el ministro, que hablaba de actores y directores como "soldados de la propaganda". La fiesta anual del partido, en el Luitpoldhain de Nuremberg, era un espectáculo grandioso al que asistían unos 100.000 espectadores y en el que se alineaban ante Hitler miles

[5] Las Schutz Staffel (SS), creadas en 1925, con su pequeño tamaño, limitadas a tareas básicamente policiales, y sin involucrarse en los desórdenes abiertos promovidos por la SA, no fueron percibidas como una amenaza por los militares. Con el ingreso de Hitler al gobierno, este grupo de elite creció numéricamente (280 hombres en 1929, alrededor de 200.000 en 1933), fue ampliando sus redes y complejizando su estructura interna hasta convertirse en el núcleo de un nuevo tipo de Estado. Desde 1931 Heydrich, en colaboración con Himmler, puso en marcha el Servicio de Seguridad (SD) dependiente de las SS como órgano de espionaje del propio partido, de modo que este cuerpo impuso su superioridad sobre la organización regular del partido. La SD asumió otras funciones policiales y se convirtió en la sección clave de vigilancia y planificación ideológica dentro de las SS.

Con la consolidación del Tercer Reich, las SS pasaron a fundirse con la policía, convirtiéndose en una fuerza de seguridad del Estado que colocó su inmenso poder coercitivo al servicio de una orientación ideológica radicalizada. Después de las elecciones de marzo de 1933, Himmler fue designado jefe de Policía de Baviera, y en 1934 dio otro paso importante en su consolidación al quedar al frente de la Gestapo. Esta policía secreta fue excluida de los juicios promovidos por las cortes administrativas que recogían las demandas de los ciudadanos contra los actos del Estado.

El aparato Policía-SS afloró a mediados de 1936, cuando un decreto de Hitler creó una policía del Reich unificada bajo el mando de Himmler. Las fuerzas policiales que hasta entonces dependían de los respectivos Länder quedaron bajo la supervisión de las SS.

Este poder policial se hizo cada vez más autónomo a través de las detenciones arbitrarias, la llamada "custodia protectora" –al margen de los recaudos judiciales–, y de su autoridad sobre los campos de concentración. Los miembros de la policía interesados en hacer carrera unieron sus esfuerzos a los de las SS para hallar nuevos enemigos: gitanos, homosexuales, mendigos, los grupos sociales más débiles e impopulares. No eran necesarias órdenes de Hitler para que la eficiente maquinaria actuara con implacabilidad.

de hombres de la SA y de las SS –entre mares de esvásticas y de estandartes nacionales– en una formidable liturgia nacional que consagraba la vinculación orgánica del Führer con su partido y su pueblo. En el mismo espíritu, Göbbels hizo de los Juegos Olímpicos celebrados en Berlín en 1936 una verdadera exaltación de la raza aria, de Alemania y de Hitler.

El rearme, la autarquía económica y el espacio vital

Uno de los temas del debate sobre el nazismo ha girado en torno al problema de su relación con el capitalismo. Hasta dónde las políticas del gobierno nazi fueron determinadas por los objetivos de los grandes intereses económicos, en qué medida la autonomía de Hitler le permitió imponer sus aspiraciones ideológicas y políticas por sobre los fines de los capitalistas.

Ni los nazis fueron títeres del gran capital, ni Hitler plasmó una vez en el gobierno las obsesiones ideológicas que anunciara en *Mi lucha*, al margen de los intereses de los grupos de poder. Desde el inicio hubo coincidencias significativas entre los nazis, el Ejército y los grandes intereses económicos en torno al rearme. Una vez que este se puso en marcha dio paso a tensiones y desafíos que brindaron un terreno fértil para el despliegue de los fines expansionistas y raciales del nazismo. Simultáneamente, a lo largo de este proceso, en el bloque nazi fue ganado creciente poder el complejo aparato de las SS, el más consubstanciado en términos ideológicos y organizativos con la creación de un nuevo orden, que incluía el exterminio de los judíos.

Al llegar al gobierno Hitler no dejó de afirmar, frente a los militares y los organismos encargados de dar respuesta al problema del desempleo, que el gasto militar era prioritario: "todos los demás gastos tenían que subordinarse a la tarea del rearme". Este objetivo agradó al alto mando del Ejército y junto con la expansión de la obra pública hizo descender el desempleo. Las enormes ganancias derivadas del auge de los armamentos y el aplastamiento de la izquierda consolidaron la relación entre los industriales y el gobierno. El programa despegó con fuerza en 1934; sin embargo, conducía a graves cuellos de botella: las divisas asignadas a los insumos destinados a satisfacer la industria de armamentos eran retaceadas a las industrias de bienes de consumo, que veían reducida su capacidad de importar y de satisfacer las demandas del mercado interno. Las tensiones afloraron en el primer estancamiento económico importante, a partir de 1935.

En el invierno de 1935-36, mientras los ingresos se mantenían al nivel de 1932, el costo general de la vida había aumentado y se cernía la amenaza de una crisis de alimentos. El elevado gasto en armamento no dejaba divisas disponibles para la importación de los bienes necesarios para mantener bajos los precios de consumo. A la escasez y los aumentos de precios se sumó el crecimiento del paro. A principios de 1936 el ministro de Economía, Schacht, a cargo de la asignación de las divisas, pidió que se redujese el ritmo de rearme. Estas demandas recogían los reclamos de los industriales vinculados con el mercado interno e interesados en preservar los vínculos comerciales de Alemania en el mercado mundial.

Los desafíos asociados al rearme condujeron hacia la autarquía y reforzaron el interés de Hitler por acelerar una expansión que permitiese obtener "espacio vital". En los primeros meses

de 1936 era evidente que ya no resultaba posible armonizar las demandas de un rearme rápido y un consumo interno creciente. Tanto el Ministerio de Armamentos como el de Alimentos reclamaban divisas que eran cada vez más escasas, y mientras el ministro de Economía presionaba para frenar al rearme, los militares propiciaban la aceleración del programa.

En la búsqueda de alternativas Schacht fue desplazado y Göring pasó a ocupar un papel central en la política económica. Dotado de poderes especiales, se puso al frente de un equipo que incluyó a representantes de la empresa IG Farben, para estudiar una solución. El plan cuatrienal elaborado por este grupo reconoció la necesidad de implantar una economía más dirigida y la posibilidad de satisfacer simultáneamente las distintas demandas mediante la elaboración de materias primas sintéticas, que frenarían las importaciones. Se suponía que con una producción cada vez más independiente del mercado mundial, los movimientos de la economía se sujetarían a las necesidades de la nación. Fue una decisión en la que ideología e intereses materiales estuvieron entrelazados.

El plan solo podía sostenerse por un tiempo limitado, durante el cual Alemania se prepararía para lograr su expansión territorial. Con el exitoso manejo de la crisis de 1936 y el papel dominante de Göring en el plano económico, la dirigencia nazi se afianzó en el poder y creció su autonomía respecto de los grupos industriales. Esto le permitió dar mayor prioridad y alcance a sus motivaciones ideológicas en la formulación de la política exterior. Esto no significó que el bloque nazi se desvinculase acabadamente del Ejército o de la gran industria; ambos acompañaron al gobierno en la búsqueda del espacio vital. La expansión territorial era un objetivo central de la ideología nazi, la crisis económica y las medidas instrumentadas para hacerle frente ofrecieron condiciones favorables para la puesta en marcha de la maquinaria bélica.

Película

Viñas de ira (The grapes of wrath)

Ficha técnica	
Dirección	John Ford
Duración	128 minutos
Origen / año	Estados Unidos, 1940
Guión	Nunnally Johnson, basado en la novela del mismo nombre de John Steinbeck
Fotografía	Gregg Toland
Montaje	Robert Simpson
Música original	Alfred Newman
Vestuario	Gwen Wakelin
Producción	Nunnally Johnson y Darryl Zanuck
Intérpretes:	Henry Fonda (Tom Joad); Jane Darwell (Ma Joad); John Carradine (Casey); Charles Grapewin (abuelo Joad); Dorris Bowdon (Rose); Russell Simpson (Pa Joad); John Qualen (Muley Graves); Zeffie Tilbury (abuela Joad) y Fran Sully (Noah Joad)

Sinopsis

En medio de la depresión de los treinta, Tom Joad sale de la cárcel en busca de la casa familiar en Oklahoma. Al llegar, se entera de que la familia, como el resto de los granjeros arrendatarios, ha sido desalojada de la tierra que había cultivado durante más de cincuenta años. Las grandes empresas han decidido apretar el lazo y expulsar a la gente humilde de una tierra que se cultivará con tractores y jornaleros asalariados. Los Joad, y todos los demás deben salir a buscarse la vida a los caminos que conducen al oeste. Sin otras opciones a la vista, la familia pone en marcha un viejo camión que se arrastra lentamente en un viaje interminable hacia una tierra en la que esperan encontrar un nuevo hogar y trabajo como cosechadores de frutas. Junto a la familia ampliada, que abarca al matrimonio con sus cuatro hijos, abuelos, yerno, primo y tío, viaja Casey, el antiguo predicador de la comarca que ha perdido su fe en la seguridad de las cosas.

Acerca del interés histórico del film

“No se necesita valor para hacer algo cuando no tienes opciones”. La respuesta de Tom al empleado que les surte combustible cuando los Joad se aprestan a cruzar el desierto, en el último tramo de su increíble travesía hacia California, podría funcionar de acápite de toda la obra. Expulsados, amenazados, despreciados y abandonados, los Joad y sus desventuras ofrecen una muestra mínima pero rotunda de la espantosa realidad que debieron afrontar cientos de miles de trabajadores rurales del centro y el sur de los Estados Unidos mientras se desplegaba la era de la gran depresión económica posterior a la caída de Wall Street.

La película se centra en el relato de las peripecias del grupo familiar empujado por el despojo decidido por las grandes compañías propietarias y los bancos hacia un destino de incertidumbre, explotación, pobreza y exterminio. No se trata de una anécdota ni de una ficción aleccionadora: la tragedia humana que se produjo en el campo estadounidense como producto de la depresión económica de los treinta es muy difícil de exagerar. En la novela en que se basa el film, John Steinbeck tomó a los Joad como punto de apoyo de un viaje por la región más pobre del país y construyó con su historia las de miles de familias que fueron barridas por el sistema económico y obligadas a morir de hambre en los caminos, en los campamentos miserables o bajo la represión infame de los matones de los terratenientes.

Desde el principio mismo del film asistimos a un mundo hostil, áspero y violento, en el que la desconfianza y la agresión hacia los humildes son moneda corriente y donde los pobres deben sobrevivir completamente desamparados y despreciados por quienes han quedado del lado más favorable de la sociedad una vez que la depresión ha trazado el abismo divisorio entre empleados y desocupados. Basta ver cuánto le cuesta a Tom que un camionero lo lleve un par de millas mientras intenta retornar a casa y la batería de preguntas suspicaces que debe responder en el corto trayecto.

Salvo al interior del universo familiar, la solidaridad y la camaradería de la gente simple están completamente ausentes en el mundo que la película describe, sobre ellas se ha impreso como una marca indeleble un imperativo económico que no entiende de razones humanitarias de ningún tipo. Y ese imperativo es de nuevo cuño, detrás de los tractores que se lanzan a destruir las viejas casas de las familias campesinas no hay hombres sino empresas, grandes compañías y grandes bancos que han dispuesto practicar el *toma todo* sin miramientos ni demoras. Así, el atribulado Muley no sabe a quién debe culpar de su ruina cuando vienen a demoler su casa. En este punto la película sella una instancia importante en la historia económica y social de la vida rural en la que las relaciones de propiedad y de producción han sido definitivamente despersonalizadas: miles de familias de arrendatarios expulsadas de la tierra de sus ancestros por decisiones tomadas en una oficina muy lejos de la tierra en cuestión. No sólo los responsables no están presentes en el momento de la expropiación, ni siquiera se sabe con certeza quiénes son. Ante este panorama de una violencia inédita y sin compensaciones sociales de ninguna índole, a los campesinos sólo les queda marchar a los caminos, para demorar una muerte que el sistema ha certificado con sus reglas implacables.

¿Qué hay en los caminos para los Joad y los otros? Campamentos misérrimos, auténticas villas miseria en las que se amontonan las familias sin esperanza, promesas difusas de trabajo en la cosecha, explotadores de toda laya que se aprovechan hasta la última gota de sangre de la desesperación de los desocupados, policías oficiales y matones de todo tipo que vigilan, amenazan, maltratan y asesinan a los que piden condiciones claras de empleo o intentan preguntar cuánto y cuándo se les va a pagar por su fuerza de trabajo, sabedores de que las más de las veces el salario no alcanza ni para la comida de un día, que deben comprar a pecios leoninos en las tiendas de los propietarios. Todo el cuadro social es de una crueldad infinita y no hace falta ninguna imaginación para comprender sus efectos: niños harapientos y famélicos que se abalanzan sobre los restos de un guiso porque saben que será su única comida del día, viejos que mueren en los caminos, como los abuelos Joad, hombres y mujeres sin horizonte, posibilidades ni refugio. Si bien, como refiere el film, el gobierno de Roosvelt ofreció algunos campamentos dignos para los migrantes internos a partir de 1933, en esos lugares no había empleo, sólo se podía parar unos días para reanudar luego la marcha. La película señala claramente este dato: además de ser bien recibidos y tratados, en el campamento del gobierno los Joad asisten a un conato de organización cooperativa que los protege y los refugia de las injusticias del mundo real. Señalando la acción del poder federal, con un acercamiento ostensible y un tanto grosero de la cámara al cartel de la entrada que reza Departamento de Agricultura, la película deslinda las responsabilidades del gobierno de la nación respecto de la situación que describe, culpando claramente a las grandes empresas, los terratenientes y los poderes locales como los verdaderos planificadores y ejecutores del crimen social que narra.

Al final del viaje espera una California tan hostil como el camino, que solo necesita emplear a una parte mínima de los desesperados, y cuyos terratenientes aprovechan la situación para pagar unos pocos dólares por la cosecha de una tonelada de duraznos. La opción para los Joad y para todos los demás es clara: esta miseria que no alcanza para el plato del día o nada ¿Qué pueden elegir los miles y miles de desocupados que no tienen hacia dónde ir ni a dónde regresar?

Lejos de todo discurso partidario, la película sigue las andanzas de Tom y de Casey, el predicador que ha perdido su fe cristiana y que deviene en líder de la lucha social dentro de un grupo de trabajadores dispuestos a enfrentar la flagrante explotación de la que son víctimas. Casey y Tom abrazan la lucha social porque esta es la única salida que el sistema les deja. No son dirigentes políticos ni sindicales, carecen de formación y de preparación intelectual para la organización partidaria, desconocen la existencia de organizaciones que defiendan los intereses de los desheredados, pero comprenden que no hay forma de sobrevivir mientras no cambien las reglas.

Perseguido y señalado como agitador peligroso para el extendido sistema de explotación capitalista que se ha apropiado brutalmente del mundo rural, Tom Joad se aleja de su familia como fugitivo. Se despide de su madre en una escena conmovedora en la que le habla de Casey, de su voluntad de cambiar las cosas, de un mundo en el que la tierra no tenga más dueño que el que la trabaja… Sale de escena y se sumerge en la oscuridad. Ma joad, devenida

en jefa de un grupo al que sólo le queda la mitad de sus integrantes originales, fortalece su espíritu soñando con un futuro mejor y empuja a la familia hacia otra promesa. “No pueden destruirnos, nosotros somos el pueblo, siempre seguiremos adelante”. Tres viejos, dos niños, un adolescente y una embarazada a punto de parir arrojados de nuevo al camino, parece que en Fresno necesitan brazos para la cosecha de algodón...

Mientras Ma Joad intenta sostener la marcha, su hijo Tom camina solo en la oscuridad. En el horizonte gris se recorta su figura flaca y de piernas largas, que puede confundirse con la de Casey o con la de cualquier otro hombre como ellos, sometidos a las violencias más extremas de una época en la que el único camino posible para seguir viviendo es la rebelión.

Sobre el director y su obra

Presentar una semblanza de la figura y de la obra de John Ford: he aquí una tarea difícil. Es probable que con el paso del tiempo la consideración retrospectiva de la importancia de Ford para la historia del cine siga en ascenso, tal cual ha venido sucediendo en las últimas décadas entre críticos e historiadores. Este reconocimiento póstumo expresa algo tardíamente aquel que sus propios colegas cineastas le rindieron en vida, señalándolo permanentemente como el gran maestro o, como dijo Akira Kurosawa promediando los cincuenta: “Ese hombre que solo hace películas maravillosas”. Hay que decir que Ford se sentía molesto ante los elogios y que siempre eludió la consideración de su propia obra como un corpus trascendente que merecía mayor atención de parte de los críticos y los pensadores del cine. De carácter parco y malhumorado, Ford prefería definirse a sí mismo simplemente como un “tipo que hace westerns”, aludiendo al oficio al cual dedicó su vida entera desde que a fines de la década del `10 empezó a recorrer su amado Monumental Valley en Utah, con una cámara al hombro, un par de actores y una cafetera de metal, durmiendo en el desierto mientras rodaba cortos de aventuras o pequeñas comedias del oeste que constituyeron el punto de partida de su obra.

Sean Martin Feeney nació en febrero de 1894 en Maine, Estados Unidos, el hijo decimoprimero de una familia de irlandeses que llegaron al país huyendo de la miseria de su tierra natal. Siguiendo a un hermano actor, John se acercó a la naciente industria de Hollywood y empezó a dirigir bajo el nombre de Jack Ford en 1917. Muy pronto comenzó su colaboración con Harry Carey, actor con el que recorrió Utah haciendo películas de corta duración llevando la misma vida de los personajes de las obras que tramaban y rodaban juntos. Ford dirigió entre 1917 y 1930 setenta películas, echando las bases de una obra monumental, diversa y compleja que, si bien se apoyó fundamentalmente en el western, ofrece grandes películas en géneros variados. Toda una obra, 145 filmes dirigidos hasta su muerte en 1973, que permite situar a Ford como uno de los grandes artistas del siglo XX.

Para señalar algunos hitos fundamentales de su carrera como realizador, vamos a destacar algunas de sus películas más célebres, intentando sintetizar su interés histórico y algunas de las constantes temáticas y estilísticas del director.

En la década del 30 pueden encontrarse sus primeras películas prestigiosas, como *La patrulla perdida* (*The lost patrol,* 1934) o *El delator* (*The informer,* 1935), primer Oscar como director; pero antes Ford ya había realizado filmes valiosísimos, como *El caballo de hierro* (*The iron horse,* 1924), un extraordinario film mudo de ficción en el que se planteaba como fondo la expansión del ferrocarril hacia el oeste de los Estados Unidos.

Elemento central de toda su obra, el interés de historiador de Ford sigue ofreciendo un relato humano sensible y complejo del paso del tiempo y de las transformaciones históricas y sociales de su país entre la victoria del norte en la guerra de Secesión y el avance de hombres, máquinas y organización social capitalista en las primeras décadas del siglo veinte, sobre un territorio todavía dispersamente habitado por sus pobladores originales, los distintos grupos indígenas que se batían en retirada resistiendo la invasión de la civilización de origen europeo.

El western clásico, del que Ford es el autor fundamental, narró la historia de los Estados Unidos durante el avance definitivo de las instituciones políticas, sociales y económicas propias de la imposición del orden capitalista. Lejos de presentar este episodio clave de la Historia como el triunfo de un modo de vida que debía ser saludado, la obra de Ford desarrolla una mirada profunda y multifacética sobre el problema del progreso, poniendo siempre en el centro de sus relatos las experiencias de la gente común: colonos, granjeros, vaqueros, soldados e indígenas y destilando muy frecuentemente una impresión amarga y contradictoria respecto del avance de la modernidad y de la marcha de la Historia. Todo esto puede percibirse con claridad en *Un tiro en la noche* (*The man who shot Liberty Valance,* 1961), una síntesis preciosa de los temas y de la mirada del director y, de paso, una obra fundamental sobre la construcción de los relatos históricos y la relación entre la propia vida, la memoria y la Historia.

Con *El joven Lincoln* (*Young Mr. Lincoln,* 1939), *La diligencia* (*Stagecoach,* 1939) y *Viñas de Ira*, su película posterior, Ford pasó a ser considerado el gran director norteamericano capaz de presentar dentro de un registro clásico un conjunto de conflictos y personajes que el público y los críticos reconocían como representativos de los grandes temas actuales o recientes de la sociedad estadounidense. La obra de Ford se iba a hacer más diversa, sutil e inclasificable con el paso de los años. El director combatió en la segunda guerra mundial practicando personalmente el oficio militar, una forma de vida que apreciaba desde joven y que describió con cariño en muchas de sus obras.

Algunas de las películas imprescindibles de su filmografía, particularmente las que ofrecen más material para la reflexión histórica, son: *Qué verde era mi valle* (*How green was my valley,* 1941) que cuenta las desventuras de una familia de mineros en el marco de una huelga en la amada Irlanda de los ancestros del director; *Fuimos los sacrificados* (*They were expendable,* 1945), en torno a la experiencia terrible de un grupo de soldados norteamericanos combatiendo en el sudeste asiático durante la segunda guerra; *Sangre de héroes* (*Fort Apache,* 1947), la típica de indios y soldados, pero en la que quedan bien los indios y muy mal el Coronel a cargo del fuerte interpretado por Henry Fonda; *El precio de la gloria* (*What price glory?,* 1952), un insólito film de guerra con James Cagney que incluye secuencias de comedia musical y que ofrece una mirada amarga sobre la experiencia de los soldados estadounidenses en Europa; y

El ocaso de los Cheyennes (*Cheyenne autumn,* 1964), donde contaba el lento pero definitivo exterminio cheyenne a manos de los blancos al final del proceso de ocupación del territorio occidental de los Estados Unidos.

Señalada una y otra vez como la expresión más acabada del clasicismo cinematográfico, la obra de Ford motivó controversias en torno a la ideología del director y a su evidente simpatía por la vida militar. Una mirada más atenta de sus películas permite señalar que el cine de Ford eludió toda representación simple de la sociedad de su tiempo y de su historia y clausuró cualquier clase de triunfalismo, aun el más declamado por Hollywood en torno a la segunda guerra mundial y al papel de los Estados Unidos en ella. Más allá de las polémicas, las películas de John Ford siguen sorprendiendo: son a la vez simples y profundas, simpáticas y amargas, diáfanas y oscuras.

Integrando en su cine de forma admirable el paisaje natural y el drama social, poniendo la cámara siempre en el lugar preciso en el que las acciones y los gestos humanos se desarrollan y se explican dentro de un contexto temporal y geográfico determinado y determinante, Ford narró toda una etapa de la historia de los Estados Unidos y de la historia universal: la del avance inexorable del capitalismo y la ocupación completa del territorio arrancado violentamente a los indígenas, que se refleja en su obra con la complejidad histórica, sociológica y cultural inherente a toda gran empresa humana. Al principio y al final del cine de John Ford están siempre las personas de simple condición viviendo vidas atravesadas profundamente por su tiempo. Y si uno mira con atención, no es el relato positivo del progreso lo que se desprende de la mirada del director, sino una aguda consideración retrospectiva de los efectos humanos, sociales e históricos de una empresa civilizatoria cuyos resultados no deberían ser celebrados.

ACTIVIDADES

Actividad 1

Leer el siguiente extracto del discurso de Franklin Delano Roosevelt pronunciado el 4 de marzo de 1933, al momento de asumir su mandato y responder a la siguiente cuestión: ¿En qué aspectos las propuestas de Roosevelt se diferencian de las de Keynes y en cuáles se asemejan?

> "Estos días lúgubres valdrán todo lo que nos cuestan si nos enseñan que nuestro verdadero destino no nos va a servir sino para administrarnos y administrar a nuestro prójimo.
> Sin embargo la restauración no sólo clama porque se hagan cambios en la moral. Este país demanda acción y acción inmediata. Nuestra tarea primordial consiste en poner a la gente a trabajar. [...] Se puede contribuir [a la restauración] si se insiste en que los gobiernos federal, estatal y local impongan una reducción inmediata y drástica en sus gastos."

ASPECTO	NAZISMO	FASCISMO
Rol del líder		
Relación con las élites políticas		
Relación con las élites económicas		
Relación con las masas		
Relación con otros partidos políticos		
Programa de política exterior		
Programa económico		
Antisemitismo		

Actividad 2

Según la información proporcionada por este capítulo indique ¿Qué soluciones presentó el *New Deal* para los ámbitos agrícola e industrial?

Actividad 3

Completar el siguiente cuadro con las principales características que presentan el fascismo italiano y el nazismo alemán.

Actividad 4

En base a la lectura del Cap. 3 “La llegada al poder” del texto de Robert Paxton distinguir la “llegada al gobierno” de “la toma del poder” en los casos del nazismo y del fascismo.

Actividad 5

En el film *Viñas de ira*, la familia Joad resulta desalojada de sus tierras de arriendo y expulsada a los caminos en busca de trabajo en el oeste de los Estados Unidos. El film narra el viaje y el recorrido de los Joad por una gran región del país azotada por la miseria, la violencia y el hambre. En relación con ciertas instancias de la obra:

- Explique brevemente la acción de los bancos, de los terratenientes locales y del gobierno federal en relación con el desplazamiento de las familias campesinas y su explotación a lo largo del film.
- ¿De qué maneras describe el film la organización de la lucha social y las formas de la represión en el marco de la gran depresión económica que atraviesan las comarcas rurales del oeste del país?

CAPÍTULO 4
LA EXPERIENCIA SOVIÉTICA EN LOS AÑOS DE ENTREGUERRA

María Dolores Béjar, Marcelo Scotti

Introducción

Este capítulo está organizado en torno a tres ejes:

- El proceso revolucionario ruso desde la guerra civil (1918-1921) hasta la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).
- La marcha de la economía y los obstáculos para avanzar hacia el socialismo.
- El papel de los bolcheviques en el escenario mundial a través de la Tercera Internacional.

Al calor de la crisis del zarismo, los socialistas asumieron posiciones antagónicas. Los mencheviques negaron la posibilidad de avanzar hacia el socialismo: el atraso de la sociedad rusa presentaba obstáculos imposibles de sortear a través de la voluntad política. Los bolcheviques, en cambio, no aceptaron perder la oportunidad de tomar el poder. Eran conscientes de que el "desarrollo combinado" de Rusia, aunque ofrecía bases poco sólidas para el socialismo, agudizaba las contradicciones del régimen zarista. Frente al hiato entre las condiciones dadas y sus objetivos, argumentaron que era posible prender la mecha de la revolución a través de la alianza de los campesinos pobres con los obreros; además, el avance al socialismo contaría con el apoyo del proletariado europeo, básicamente el de Alemania. En el marco de la crisis del imperialismo, cuya expresión más acabada era la guerra mundial, la revolución proletaria en Occidente, según los bolcheviques, estaba muy próxima. Como marxistas, no podían sostener que una clase obrera pequeña, rodeada de millones de campesinos aferrados a la tierra, pudiera construir el socialismo; como militantes, tomaron el poder para imponer su conducción en el proceso que se abría con el derrumbe del zarismo.

En el período que va desde el Octubre rojo hasta mediados de los años treinta, cuando se afianzó una economía central planificada articulada con un Estado y una sociedad férreamente controlados por el partido monolítico encabezado por Stalin, se distinguen tres momentos principales: el de la guerra civil, el de la Nueva Política Económica y el de la imposición de la colectivización forzosa y la industrialización acelerada. En el plano internacional, Lenin dispuso

la creación de una nueva Internacional en la que debían confluir aquellos socialistas comprometidos con el apoyo a Rusia –el primer Estado socialista– y dispuestos a seguir el mismo camino que trazase el partido que protagonizara la revolución.

Los inicios del gobierno bolchevique

Entre octubre de 1917 y los primeros meses de 1918, los bolcheviques desplegaron una intensa actividad y, frente a eventos claves, se mostraron divididos. En primer lugar, a Lenin le costó mucho esfuerzo que la toma del Palacio de Invierno fuese aprobada por la cúpula del partido, y algunos de sus camaradas la denunciaron públicamente. A continuación, la ruptura con los socialistas en el Segundo Congreso de Soviets y, luego, la liquidación de la Asamblea Constituyente generaron malestar entre los bolcheviques moderados, algunos dirigentes del movimiento obrero y "compañeros de ruta", como el escritor ruso Máximo Gorki y la militante alemana Rosa Luxemburgo. También la paz con Alemania dividió las filas bolcheviques. Las prolongadas negociaciones concluyeron en marzo de 1918, cuando, en virtud del avance del ejército alemán sobre Petrogrado y la precipitada salida del gobierno hacia Moscú, se aceptó la firma del draconiano Tratado de Brest-Litovsk. En esta ocasión, fue el ala izquierda del partido la que se opuso a Lenin. Esta facción constituía una mayoría en el seno del partido en Petrogrado y sus distritos. Apoyada por los socialistas revolucionarios de izquierda, argumentaba que la firma de esa "paz obscena" minaría fatalmente la revolución en Alemania y rogaban que se intensificase la guerra de guerrillas tras las líneas enemigas con la esperanza de que esto despertase la resistencia popular entre los alemanes.

En el primer año de gobierno, los soviets de los distritos urbanos retuvieron importantes tareas: el mantenimiento del orden, la distribución de los alimentos, la educación, la vivienda, la salud pública, el bienestar y el reclutamiento de soldados para el Ejército Rojo. Sin embargo, tanto en virtud de los desafíos a los que se enfrentó el nuevo régimen como en relación con las concepciones dominantes entre los bolcheviques, el Partido se erigió como la organización que concentró el poder en sus manos. En ningún momento, la dirigencia bolchevique evaluó la posibilidad de un cambio de gobierno decidido por los soviets que llevara al poder a otro partido.

Los primeros meses del nuevo régimen, antes de que se desencadenara la guerra civil, estuvieron marcados por la consolidación de la dictadura del Partido, que reprimió la oposición en el seno de los soviets y recortó las libertades públicas. Las medidas más importantes en este sentido fueron la creación de la *Cheka*, en diciembre de 1917; la disolución de la Asamblea Constituyente, en enero de 1918; el cierre permanente de periódicos de oposición junto con la disolución de los soviets no bolcheviques y la represión violenta de las huelgas obreras en los primeros meses de 1918; la expulsión en junio de 1918 de los mencheviques y socialistas revolucionarios del Comité Panruso de los Soviets.

Con respecto a los campesinos, los bolcheviques dieron rápidamente curso a las demandas de tierra. El decreto aprobado en noviembre declaró abolida la propiedad privada de las

grandes unidades y entregó su control a los comités agrarios locales y los soviets de distrito. La confiscación fue seguida por la ocupación desordenada de los grandes latifundios por familias campesinas. La medida tenía un propósito político: ganar apoyos en el medio rural, donde los bolcheviques no contaban con fuerzas propias. El decreto fue bien recibido por el ala izquierda de los social-revolucionarios (eseristas) y dos de sus representantes se sumaron al Consejo de Comisarios del Pueblo.

Debido al exceso de población radicada en el campo, la distribución de las tierras incrementó muy poco la superficie asignada a cada familia campesina. La satisfacción de la reivindicación de los aldeanos dejaba abierto el problema del incremento de la producción. Los bolcheviques quedaron sujetos a una dinámica que no controlaban y pretendieron frenar la subdivisión de las tierras con la promoción de grandes granjas colectivas (*koljoses*) y la creación granjas estatales (*sovjoses*).Según Lenin, era preciso crear grandes unidades en las que la tierra fuera cultivada en común por los trabajadores usando maquinaria moderna y asesoramiento técnico; en caso contrario, no habría posibilidad de superar el yugo del capitalismo. Estas iniciativas se vieron frenadas por su escasa acogida en las aldeas, pero también porque se carecía de la infraestructura material que hiciese factible la instalación de unidades agrarias altamente productivas. A partir de mediados de 1918, la política agraria se subordinó a la necesidad de ganar la guerra civil desencadenada por fuerzas militares en pos de la restauración de la monarquía o bien –como los cosacos– para preservar los derechos que gozaban bajo el zarismo.

En marzo de 1919, Lenin inauguró en Moscú el Congreso que aprobó la constitución de la Tercera Internacional. En su opinión, el destino del régimen soviético dependía de la revolución mundial y, en especial, del triunfo de los comunistas en Alemania.

Desde 1919 hasta 1935 se llevaron a cabo siete congresos, en los que se fijaron los criterios a los que tendrían que ajustar sus políticas todos los partidos comunistas en sus respectivos países. A través de las líneas de acción aprobadas, que se ajustaron básicamente a las directivas del Partido Comunista soviético, la Tercera Internacional impuso un rumbo zigzagueante a las acciones del movimiento comunista. La línea de la Internacional osciló entre la puesta en marcha de la revolución y la búsqueda de alianzas con otras fuerzas políticas y sindicales. Cada una de estas estrategias se presentó asociada al diagnóstico sobre la marcha del capitalismo. Cuando la Internacional promovió el accionar revolucionario, argumentó que la crisis del capitalismo y la intensificación de la lucha de clases ofrecían un terreno propicio para el avance del comunismo. Cuando lo desactivó, adujo que la estabilización del sistema capitalista y el reflujo de la combatividad de las masas abrían un período de tregua. Teniendo en cuenta estos virajes en la trayectoria de la Internacional, se reconocen cuatro períodos. En el primero (los tres primeros congresos entre 1919 y 1921), se alentó la posibilidad de la revolución, aunque ya con fuertes reservas en el tercer cónclave. En el segundo momento (IV y V Congresos, entre 1922 y 1924), se reconoció una etapa de estabilización, ya que no existía una situación “inmediatamente” revolucionaria. En el tercero (el VI Congreso, en 1928), se dio por concluida la estabilización con el anuncio de una grave crisis económica y sus inevitables

consecuencias: la destrucción del sistema capitalista y el desarrollo de la ofensiva socialista. Sobre la base de este diagnóstico, los partidos comunistas debieron asumir la confrontación con la socialdemocracia, ya que esta fue definida como una de las opciones de la burguesía para controlar la energía revolucionaria del proletariado. En ese momento se subestimó el terror fascista. Fue definido como la respuesta esgrimida por la burguesía frente a la radicalización de las masas que no le permitía seguir sosteniendo la vía del reformismo socialista, y que, en virtud del avance del proletariado, sería un fenómeno pasajero. Bajo el capitalismo monopólico, según esta interpretación, el fascismo no era más que la "última" forma política de la dictadura burguesa, seguida necesaria e inmediatamente por la dictadura del proletariado. En el mismo momento en que Hitler avanzaba hacia el poder, las directivas de la Tercera Internacional negaron la posibilidad de la unidad de la izquierda alemana.

El último viraje del Comintern se produjo en su VII congreso celebrado en 1935, que impulsó la formación de frentes populares para frenar el avance del fascismo. Este cambio de orientación acompañó el acercamiento entre los gobiernos de Francia y de la Unión Soviética frente a la decisión de Hitler de reflotar el poder militar de Alemania y revisar el tratado de Versalles.

Guerra civil y comunismo de guerra

Apenas firmada la paz de Brest-Litovsk, se desencadenó la guerra civil promovida por la resistencia militar de los oficiales del antiguo ejército zarista al gobierno bolchevique. Los contrarrevolucionarios o "blancos" contaron con el respaldo de las principales potencias capitalistas, aunque la presencia militar de estas fue reducida. En contraste con el Ejército Rojo, no llegó a formarse un Ejército Blanco unificado y subordinado a la estrategia de una conducción política. Ambos bandos tuvieron aliados temporales; los bolcheviques contaron con el apoyo intermitente de otros grupos revolucionarios, como el caso de los anarquistas ucranianos conducidos por Néstor Majno.

En el curso del verano de 1918, el deterioro del gobierno bolchevique fue muy pronunciado en virtud de la presencia de tres frentes opositores firmemente establecidos: uno en la región del Don, ocupada por las tropas cosacas del atamán Krasnov y por el Ejército Blanco del general Denikin; el segundo en Ucrania, en manos de los alemanes y de la Rada (el parlamento ucraniano); y el tercero a lo largo del ferrocarril transiberiano, zona donde grandes ciudades habían caído en manos de la Legión Checa.

Sin duda, los desafíos de la guerra civil condicionaron las decisiones de los bolcheviques e impusieron su sello a la trayectoria del nuevo régimen. El conflicto devastó la economía y tuvo profundas secuelas sociales y políticas. Debilitó al proletariado industrial, la clase que había acompañado a los bolcheviques, y, en gran medida, militarizó la vida política. En el marco de la guerra, toda la economía fue puesta al servicio de la imperiosa necesidad de sobrevivir. El gobierno soviético había heredado una estructura industrial con fuertes contrastes: algunas ramas de la industria pesada muy concentrada y, por otro lado, empresas pequeñas muy dispersas. Después de la revolución de febrero, en parte en forma espontánea, en parte alentados por los bolcheviques, proliferaron los comités de obreros que asumieron la

conducción de las plantas fabriles, cuyo volumen de producción se desplomó. Este descenso resultó de una combinación de factores: los obstáculos para obtener materias primas y combustibles y el debilitamiento de la disciplina de los trabajadores en el marco de la inestabilidad política y administrativa. Una vez en el gobierno, los bolcheviques reconocieron el control obrero en las empresas, pero simultáneamente crearon el Supremo Consejo de la Economía Nacional (Vesenja) para que fijara normas generales destinadas a organizar la producción. Si bien su política estaba encaminada a nacionalizar las grandes empresas, también alentaban algún tipo de arreglo con los propietarios para contar con su colaboración en la recuperación del aparato productivo. La presencia conjunta de la antigua administración y los comités obreros duró muy poco. La creciente anarquía en las fábricas y las urgencias planteadas por la guerra civil condujeron a la nacionalización de las industrias claves en junio de 1918. La nacionalización limitada a las industrias de gran escala se encontró con problemas derivados de su dependencia de las pequeñas y medianas industrias. En diciembre de 1920 fue aprobada la nacionalización de todas las empresas con más de cinco trabajadores. El Vesenja se enfrentó a tareas que excedían su capacidad, y como resultado de estos procesos, la producción declinó vertiginosamente en todas las ramas de la industria: el índice 100 asignado a la producción de 1913, en 1920 era de 20,4. La caída fue mucho mayor en las industrias de gran escala. Durante la guerra civil, el dinero perdió su valor y se recurrió al trueque. La igualdad social anhelada por los comunistas era, en realidad, el resultado de la escasez y la miseria que atenazaban al conjunto del pueblo ruso. No obstante, los bolcheviques de izquierda percibieron la liquidación del mercado como un paso adelante hacia el comunismo. En 1919, Nicolás Bujarin y Alexander Preobrazhensky, en el trabajo *ABC del comunismo,* saludaron el creciente control del Estado en todas las esferas de la actividad económica junto con la casi desaparición del dinero y los intercambios comerciales.

Uno de los desafíos mayores fue el de asegurar la provisión de alimentos. La crisis de abastecimiento en las ciudades, que había empezado antes de la Revolución de Octubre, empeoró rápidamente. El gobierno recurrió a la organización de comités de aldea de campesinos pobres que debían ayudar a las organizaciones del Estado en la requisa de granos de los campesinos acomodados. A estos comités se sumaron obreros industriales, a quienes se les permitió ir armados. Todas estas iniciativas fueron puestas en marcha alentando la lucha de clases: los campesinos pobres contra los kulaks. Esta intromisión de las autoridades no quebró los vínculos que ligaban a los distintos grupos en el seno de la aldea, pero intensificó el rechazo de los campesinos a las cargas impuestas autoritariamente por los bolcheviques.

La guerra civil no fue solo un conflicto entre los rojos (bolcheviques) y los blancos (monárquicos): los enfrentamientos militares entre los dos ejércitos se entrelazaron con las conflictivas relaciones entre las fuerzas militares y las poblaciones civiles en ambos bandos. Los dos ejércitos buscaron imponer el orden y eliminar toda acción que debilitara su poder, ya sea la de los partidos opositores, las huelgas de los obreros, las resistencias a ser incorporados a las fuerzas militares enfrentadas. La lucha en el frente interior tuvo una dimensión central: la conducta de los campesinos (los verdes), que desempeñaron un papel a

menudo decisivo en el avance o en la derrota de uno u otro bando. En las regiones controladas por los bolcheviques, estos impulsaron la "lucha de clases" contra "los de arriba", los burgueses; por su parte, los blancos promovieron la persecución de los "judeo-bolcheviques".

En el verano de 1918, el poder bolchevique sufrió, especialmente en Petrogrado, el embate de una oleada de conflictos sociales: huelga de los obreros en una importante planta de armamento, reclamos por la falta de alimentos y un llamamiento a favor del sufragio universal y por la convocatoria a una nueva Asamblea Constituyente. El 30 de agosto de 1918, dos atentados, uno dirigido contra Moisei Uritsky, jefe de la Cheka de Petrogrado, y el otro contra Lenin condujeron a los dirigentes bolcheviques a percibir la puesta en marcha de una conjura que amenazaba su propia existencia.

Inmediatamente adjudicaron estos atentados a los "socialistas-revolucionarios de derecha, lacayos del imperialismo francés e inglés", y desde la prensa y en declaraciones oficiales se pidió la instrumentación del terror. El jefe nacional de la Cheka convocó a la clase obrera para que "aplaste, mediante un terror masivo, a la hidra de la contrarrevolución". En la semana que siguió al 30 de agosto, la Cheka de Petrogrado acabó con la vida de ochocientos "enemigos de clase" y la de Kronstadt, con más de quinientos. A principios de septiembre, el gobierno legalizó el terror rojo. Según el decreto "Sobre el terror rojo" del 5 de septiembre:

> En la situación actual resulta absolutamente vital reforzar la Cheka […], proteger a la República Soviética contra sus enemigos de clase aislando a estos en campos de concentración, fusilar en el mismo lugar a todo individuo relacionado con organizaciones de guardias blancos, conjuras, insurrecciones o tumultos; publicar los nombres de los individuos fusilados dando las razones por las que han sido pasados por las armas". (En Nicolas Werth, "Un estado contra su pueblo. Violencias, temores y represiones en la Unión Soviética", en Stéphane Courtois, *El libro negro del comunismo: crímenes, terror y represión* (1998). España: Espasa Calpe y Planeta).

En el campo militar, los enfrentamientos más intensos tuvieron lugar entre marzo y noviembre de 1919, cuando las tropas dirigidas por Anton Denikin, que avanzaban desde el sur, las de Piotr Wrangel, desde el noroeste, y las de Aleksandr Kolchak, por el este, lograron el repliegue de las fuerzas revolucionarias y pretendieron tomar Moscú. Sin embargo, Trotsky consolidó el Ejército Rojo y logró quebrar el poder de combate de los blancos. Después de que Denikin abandonara la lucha, Wrangel reunió a todos los hombres y afianzó su posición en Crimea hasta que el Ejército Rojo volvió del campo de batalla en Polonia y los derrotó en 1920.

A partir de 1920, la relación de fuerzas en el terreno militar comenzó a ser favorable a las fuerzas del gobierno. En su triunfo jugaron un papel destacado la escasa cohesión entre los jefes del campo contrarrevolucionario y, básicamente, el rechazo de los campesinos a la restauración del antiguo régimen después de que la revolución les había dado la oportunidad de tomar las tierras. No obstante, la relación de los aldeanos con los bolcheviques también estuvo signada por duros enfrentamientos.

Dos razones inmediatas impulsaban a los campesinos a rebelarse: las requisas y el reclutamiento en el Ejército Rojo. En enero de 1919, la búsqueda desordenada de los excedentes agrícolas, iniciada en el verano de 1918, fue reemplazada por un sistema centralizado y planificado de requisas. Cada provincia, cada distrito, cada cantón, cada comunidad aldeana debía entregar al Estado una cuota fijada por adelantado en función de las cosechas estimadas. Y en cuanto al reclutamiento, después de tres años de luchar en la Gran Guerra, muchos campesinos se refugiaron en los bosques para eludirlo. Gran parte de ellos fueron fusilados o sus familias fueron convertidas en rehenes para obligarlos a salir de sus escondites. Los campesinos también rechazaban la intromisión de los "comunistas", un poder procedente de la ciudad al que consideraban extraño.

Las revueltas campesinas comenzaron en el verano de 1918, se ampliaron en 1919-1920 y culminaron durante el invierno de 1920-1921. El hambre que azotó a las aldeas a partir de esta fecha puso fin a los motines.

Los dos instrumentos básicos creados por los bolcheviques para enfrentar a los enemigos reales y potenciales fueron el Ejército Rojo y la Cheka. Trotsky, al frente del Comisariado de la Guerra desde marzo de 1918, formó el Ejército Rojo sobre la base de los guardias rojos de las fábricas y las unidades pro bolcheviques del ejército y la armada. Este núcleo inicial creció rápidamente mediante el reclutamiento voluntario y la conscripción selectiva. Se descartó la creación de milicias basadas en la movilización política e ideológica para dar paso a la construcción de un ejército organizado en torno a estrictas normas disciplinarias y al respeto de las jerarquías. Se recurrió al saber profesional de los oficiales del antiguo ejército zarista, cuya actuación fue controlada por los comisarios políticos del partido. Al concluir la guerra, el Ejército Rojo era una enorme institución que tenía a su cargo gran parte de las tareas propias de la administración civil.

La Cheka, creada en diciembre de 1917 bajo la dirección de Félix Dzerzhinsky, tuvo a su cargo el control los desórdenes y actos delictivos que siguieron a la toma del poder. En el marco de la guerra, fue cada vez más una organización puesta al servicio del terror: ejecuciones sin juicio, arrestos en masa y secuestros. La policía política fue reorganizada y sufrió cambios de nombre en varias oportunidades: GPU, OGPU, NKDV, KGB.

La historiografía sobre el terror rojo se organiza en términos similares a los del debate sobre el significado de Octubre. Por un lado, están los historiadores que enfatizan la autonomía bolchevique y argumentan que el terror fue una consecuencia lógica de la naturaleza "totalitaria" de la ideología bolchevique o de la despiadada determinación de mantenerse en el poder a cualquier precio. Por otro, están los historiadores que podrían denominarse "contextualistas", que tienden a considerar el terror como una respuesta, ya sea a las circunstancias inmediatas en las que se encontraron los bolcheviques, como, por ejemplo, la situación de la seguridad en Petrogrado en 1918, o bien a la guerra civil con su lógica política de polarización y su cultura embrutecedora. Desde esta perspectiva, el terror fue en gran medida una respuesta a las tramas contrarrevolucionarias de la oposición al régimen. Sus autores subrayan que las conspiraciones contra los bolcheviques fueron numerosas. La

“contrarrevolución”, para esta corriente, no fue producto de la imaginación bolchevique o un mecanismo ideológico diseñado para reafirmar la unidad a través de la creación de un “otro” implacable. Diferencian este terror del instrumentado luego por Stalin aduciendo que este último se dirigió hacia enemigos en buena parte imaginarios, mientras que los bolcheviques de la primera hora combatieron a enemigos reales.

Resulta poco satisfactorio concebir el terror rojo solo como una respuesta al contexto. Los bolcheviques nunca ocultaron que consideraban la coerción como un arma legítima más del arsenal de la dictadura del proletariado. Ya en enero de 1918, Lenin advirtió: “hasta que no utilicemos el terror contra los especuladores (disparándoles en el acto), nada cambiará”. En otras palabras, el uso del terror estuvo siempre justificado en términos de principios y de conveniencia. Para Lenin, se trataba de un instrumento en pos de la transformación revolucionaria conducente a la eliminación del enemigo de clase genérico. Esto ayuda a explicar por qué los esfuerzos periódicos por parte de los bolcheviques moderados para someter a la Cheka a una mayor regulación eran rechazados sin apenas debate. Cuando mencheviques, anarquistas y demás advertían sobre el daño que provocaba el terror en los ideales de la revolución socialista, sus escrúpulos eran descalificados como “pequeñoburgueses”.

Sin embargo, el terror no fue una creación del partido revolucionario. La posibilidad de saquear a los saqueadores, abierta por los bolcheviques, canalizó el afán de venganza de quienes durante muchísimo tiempo habían sufrido la humillación y la explotación de los que ostentaban el poder, eran ricos y gozaban de la cultura.

Si bien el debate sobre el peso asignado a las condiciones dadas o a las acciones de los principales actores sigue abierto, existe, en cambio, un marcado consenso sobre los rasgos distintivos del nuevo escenario político. En primer lugar, la transformación del partido revolucionario en el núcleo central del engranaje estatal, con el consiguiente vaciamiento de los organismos gubernamentales: Consejo de Comisarios del Pueblo y Comité Ejecutivo Central de los Soviets. La definición del nuevo orden político como república soviética no se correspondió con la realidad. Los soviets nunca intervinieron en la integración del nuevo gobierno central, cuyos miembros fueron designados por el Comité Central del partido bolchevique, y las elecciones de los soviets fueron cada vez más formales, y estos quedaron subordinados a los comités del partido. En segundo lugar, la concentración del poder en las manos de un pequeño círculo en la cima del partido. En el momento álgido de la guerra civil se aprobó “el centralismo más estricto y la disciplina más severa”. Con este fin, en marzo de 1919, en el seno del Comité Central se crearon tres organismos: el Politburó, a cargo de la conducción política, fue la principal fuente de las decisiones ejecutadas desde el Estado; el Orgburó, al frente de las decisiones organizativas, y el Secretariado del Comité Central, encargado de los nombramientos y la distribución del personal del partido. Finalmente, la imposición de un régimen de partido único. Después de la Revolución, aunque los bolcheviques eran el grupo dominante, siguieron existiendo los otros partidos socialistas; a partir de la guerra civil, su situación fue muy precaria y desde 1921 fueron perseguidos.

El aparato partidario era más eficaz para transmitir las decisiones del centro y garantizar su aplicación que los organismos del gobierno. Los comités del partido respondían disciplinadamente a las directivas de los órganos superiores, y aunque formalmente los secretarios eran elegidos por las bases, en los hechos, las designaciones y las destituciones quedaron en manos de la secretaría del Comité Central. Los bolcheviques pusieron especial empeño en la incorporación de los obreros al partido: esta era la vía para asegurar la "dictadura del proletariado". La masiva incorporación de trabajadores (la leva de 1924) dio lugar al desplazamiento de un número sustancial de ellos desde sus puestos en las fábricas hacia empleos en la burocracia partidaria. Los obreros que se sumaron al partido en los años veinte contaron con grandes posibilidades de ascender a la burocracia técnica y administrativa.

La Nueva Política Económica y las luchas en el seno del partido

A finales de 1920, el régimen bolchevique parecía triunfar. El último Ejército Blanco había sido vencido, los cosacos estaban derrotados y los destacamentos de Majno se retiraban. No obstante, el enfrentamiento entre el régimen y amplios sectores de la sociedad continuaba con significativa intensidad.

Cuando las revueltas campesinas en diversas partes del país y las huelgas obreras desplegadas en los principales centros industriales fueron seguidas por la sublevación de los marineros de la base naval de Kronstadt (febrero-marzo de 1921), el partido aprobó el cambio de rumbo en el plano económico y reforzó la disciplina en el político. La insurrección de los trabajadores que más decididamente habían apoyado e impulsado las acciones de los bolcheviques en 1917 fue sangrientamente reprimida. El gobierno atribuyó los reclamos económicos y las demandas políticas favor de una mayor democracia de los trabajadores de Kronstadt a la intervención de elementos reaccionarios[1].

La hambruna de 1921-1922 puso fin a la agitación en el medio rural. El hambre acosó en primer lugar las zonas donde los destacamentos de requisa habían presionado más duramente a los aldeanos. Desde enero de 1921, numerosos campesinos no tenían ya nada para comer y entre 1921-1922, al menos cinco millones de personas murieron de hambre.

---

[1] La base de Kronstadt ocupaba una posición estratégica y disponía de una importante artillería pesada. Al concretarse el levantamiento, la isla estaba bloqueada por el hielo, pero después del deshielo, si la insurrección se prolongaba, podía funcionar como cabeza de puente de una intervención extranjera en las puertas mismas de Petrogrado.

A fines de febrero de 1921, una tras otra, las fábricas de Petrogrado se declararon en huelga. Delegados de los marineros de Kronstadt participaron en varias de las asambleas fabriles. En una de estas reuniones se aprobó una resolución que incluía los siguientes puntos: reelección de los soviets por escrutinio secreto y después de una campaña electoral libre; libertad de prensa y de reunión para los partidos anarquistas y socialistas y para los sindicatos obreros y campesinos; la convocatoria a una conferencia independiente -el día 10 de marzo como límite- de los obreros, soldados y marinos de Petrogrado, Kronstadt y toda la región; la liberación de todos los presos políticos pertenecientes a partidos socialistas y de todas aquellas personas que hubieran sido detenidas por su participación en movimientos obreros o campesinos; la elección de una comisión que se encargara de la revisión de los expedientes de todos los detenidos; la abolición de las secciones políticas de educación y agitación; la igualdad en las raciones alimentarias de todos los trabajadores; la disolución de los destacamentos encargados de los registros y de la requisa de los cereales; el derecho para todos los campesinos a disponer de sus tierras y de su ganado, y la libertad de producción para todos aquellos artesanos que no utilizaran asalariados.

El manifiesto de los sublevados ofreció una imagen terrorífica de la Revolución rusa:

"El poder de la monarquía, con su policía y su gendarmería, ha pasado a manos de los usurpadores comunistas, que han entregado al pueblo no la libertad, sino el miedo constante a las torturas de la Cheka, cuyos horrores exceden con mucho […] los del zarismo".

El X Congreso del Partido, que estaba sesionando cuando se produjo la insurrección en Kronstadt, dio curso a la *Nueva Política Económica* (NEP) con el objetivo central de recomponer las relaciones con el campesinado. Primero se puso fin a las requisas de granos y después el impuesto en especie fue sustituido por un tributo en dinero. Los campesinos podrían disponer libremente de sus excedentes y esta decisión trajo aparejada la legalización del comercio privado. Poco a poco los comerciantes privados fueron autorizados a realizar todo tipo de operaciones y también quedó abierto el camino para el resurgimiento de la manufactura privada. Inicialmente, el pasaje desde el comunismo de guerra hacia la NEP fue presentado por Lenin como una retirada para reorganizar las propias fuerzas antes de avanzar hacia el socialismo.

La paz civil no se instauró inmediatamente, las tensiones siguieron siendo muy fuertes, al menos hasta el verano de 1922 y en ciertas regiones hasta mucho después.

El cambio de rumbo económico no se extendió al terreno político. Por el contrario, se intensificaron el control y la represión a los partidos de la oposición, que quedaron finalmente proscriptos. Respecto del propio partido, el Congreso aprobó una cláusula secreta que permitía la expulsión de quienes fuesen considerados culpables de faccionalismo, es decir, de aquellos que discrepasen con las resoluciones aprobadas por la jefatura. La más leve violación de la disciplina debía ser castigada severamente. Según Lenin, dentro de las filas partidarias la libertad de crítica era un "lujo" que degeneraría fácilmente en una "enfermedad" y, fuera del partido, el único instrumento eficaz para arreglar las diferencias era el fusil.

Hasta ese momento, la formulación de opiniones divergentes había dado lugar a la formación de grupos con posibilidad de confrontar dentro del partido. En 1920 el debate sobre el papel de los sindicatos dio lugar a la organización de tendencias que buscaron el apoyo en los comités locales para llevar sus propuestas al X Congreso partidario. La facción que tomó el nombre de "oposición obrerista", encabezada por Alexander Shliapnikov (comisario del Pueblo para Trabajo), contó con la presencia de un nutrido grupo de viejos militantes y con cierto grado de adhesión entre los trabajadores. El grupo atacó la centralización económica y política y apeló al control de la industria por los obreros a través de los sindicatos. Trotsky se opuso rotundamente y abogó a favor de la militarización del trabajo. Para Lenin, la cuestión en debate era secundaria y su mayor preocupación era preservar la cohesión del partido. Con este objetivo, primero digitó la elección de los delegados al Congreso para restar peso a las facciones en pugna e imponer sus candidatos, y después presentó la resolución sobre la prohibición de las facciones.

En la segunda mitad de 1921 se llevó a cabo la primera purga: un examen de cada miembro y de su desempeño en las tareas asignadas y la expulsión de quienes no respondieran satisfactoriamente. La depuración fue presentada como el medio para preservar la calidad de los miembros del partido frente a la acelerada incorporación de nuevos afiliados (en 1905: 8.400, antes de febrero de 1917: 23.600; en 1921: 585.000). Con seguridad, en el 25% de los expulsados se incluyó a parte de los opositores.

La NEP fue una forma de economía mixta con una agricultura abrumadoramente privada, un comercio privado legalizado y una pequeña manufactura también privada. El partido mantuvo la

firme decisión de dejar en manos del Estado las palancas de mando de la economía: la banca, el comercio exterior, la gran industria. Aunque en pos de la recuperación económica Lenin se mostró dispuesto a llamar a los capitalistas extranjeros, estos no acudieron a un país que les generaba profunda desconfianza.

La introducción de la NEP en la industria alentó el retorno de prácticas capitalistas y de maneras de pensar concentradas en la búsqueda de la eficiencia y la productividad. En la fábrica ganaron terreno los administradores y los especialistas burgueses: en 1922, el 65% del personal directivo estaba clasificado como obrero, al año siguiente, solo el 36% y, además, del 64% no obrero, ahora la mitad eran miembros del partido. Los campesinos más fuertes (kulaks) y los hombres dedicados a las actividades de intermediación (nepmen) tuvieron la posibilidad de "enriquecerse".

Hacia mediados de la década, el pueblo soviético alcanzó un momento de paz y de tranquilidad y un relativo grado de prosperidad, pero los bolcheviques no habían hecho la revolución para acompañar el desarrollo del capitalismo, y además la NEP estaba atravesada por hondas contradicciones. Por un lado, la recuperación era lenta, el avance de la industrialización había quedado limitado a la restauración de la capacidad productiva previa a la Revolución y la guerra civil. Por otro, las tensiones entre el campo y la ciudad eran agudas: los campesinos debían pagar precios muy altos por los insumos industriales y, simultáneamente, los obreros destinaban gran parte de su salario a los alimentos que suponían que los campesinos les retaceaban.

Los avances logrados con métodos capitalistas fueron acompañados por consecuencias negativas para la clase obrera: desempleo, violentas fluctuaciones de precios y subordinación a los técnicos y especialistas en la fábrica. En el ámbito rural, los excedentes agrícolas que alimentaban a las ciudades eran producidos por los campesinos más eficientes, los más exitosos para competir en el mercado. La presencia de estos kulaks generaba sentimientos contradictorios en el partido: se requería su aporte y se temía que pretendieran la restauración acabada del capitalismo.

A partir de la enfermedad de Lenin, las tensiones en torno a la NEP se conjugaron con las luchas abiertas entre los máximos dirigentes en torno a la sucesión del jefe indiscutido. Lenin sufrió el primer ataque de apoplejía en mayo de 1922, en marzo de 1923 otro ataque lo privó del habla y murió el 21 de enero de 1924. Hacia fines de 1922, tres figuras claves del Politburó: Stalin (secretario general del partido), Grigori Zinoviev (presidente del soviet de Petrogrado y de la Internacional Comunista) y Lev Kamenev (presidente del soviet de Moscú) se aliaron para impedir el triunfo de Trotsky, la figura con mayor prestigio del grupo. Apartado del centro de la vida política, pero atento a su desarrollo, Lenin previó la exacerbación de las rivalidades y escribió una carta (el llamado *testamento*) con indicaciones ambiguas en las primeras anotaciones y muy precisas al final. Este texto estaba dirigido al congreso del partido y era decididamente crítico de Stalin, quien era "demasiado grosero, y este defecto, […], se torna intolerable en las funciones de secretario general. Por tanto, propongo a los camaradas que reflexionen sobre el modo de desplazar a Stalin de ese cargo"

Pero el Comité Central, después de la muerte de Lenin, dispuso que no circulara; según Kamenev, el camarada Stalin ya había corregido sus errores y Trotsky guardó silencio.

Cuando el periodista norteamericano Max Eastman difundió el testamento de Lenin en Occidente, Trotsky atendió a la solicitud del Politburó de negar su autenticidad.

Tal como supuso Lenin, los dos principales antagonistas fueron Trotsky y Stalin, pero el enfrentamiento atravesó diferentes fases en virtud de los cambiantes posicionamientos de las otras figuras del Politburó.

Entre 1923 y 1924, la lucha se resolvió a favor del triunvirato –Stalin, Zinoviev y Kamenev–. La estrategia de Stalin fue similar a la de Lenin frente al X Congreso partidario: digitar la elección de los delegados a las conferencias del partido en un sentido favorable a las directivas de la troika.

A partir de la enfermedad de Lenin y la constitución del triunvirato, Trotsky perdió poder y fue cada vez más crítico de la conducción del partido.

En octubre de 1923, frente a la crisis financiera y comercial –denominada crisis de las tijeras–, envió una carta al Comité Central en la que denunciaba la burocratización y la falta de democracia interna, planteaba también la necesidad de la planificación como eje central de la organización y del desarrollo económico. En su escrito *El nuevo curso* –publicado por entregas en *Pravda* a finales de 1923– fue más drástico: abogó por la democracia en el partido y se manifestó a favor de la libre expresión de las fracciones. No obstante, siguió descalificando a los críticos más radicales, definió como "peligrosa" a la oposición obrera y reconoció la infalibilidad del partido: "siempre tiene razón porque es el único instrumento que posee la clase obrera para solucionar sus problemas [...]. No se puede tener razón más que dentro del propio partido y mediante él porque la historia no ha acuñado aún otro instrumento con qué tener razón".

En relación con la democracia partidaria, la posición de Trotsky estuvo signada por las ambigüedades. Hasta su lucha con Stalin, había sido un apasionado defensor de la supresión de los grupos disidentes y de la acabada subordinación a las directivas de la cúpula partidaria. Desde su concepción, el partido no podía equivocarse y el éxito de la Revolución exigía la cohesión disciplinada de todos sus miembros. Frente al embate del triunvirato, descartó vincularse con otros grupos opositores. A través de la denuncia de la burocratización, cuestionaba al secretario del Comité Central, pero no ponía en tela de juicio la dictadura de los bolcheviques. Su planteo de reforma limitada dejaba de lado, además, el hecho de que era el propio poderoso aparato político el que tenía un interés creado en su propia perpetuación; la burocratización no era producto de la sola voluntad de Stalin. Solo cuando fue desplazado al campo de la oposición por sus rivales en la cúpula partidaria denunció abiertamente la falta de democracia.

A principios de 1925, Trotsky renunció a la jefatura del Comisariado de Guerra y ese año se mantuvo al margen de toda discusión. A partir de ese momento, el triunvirato se resquebrajó y dio paso a una nueva y frágil coalición entre Zinoviev, Kamenev y Trotsky, la autodenominada *Oposición de Izquierda*, que fue desautorizada por el XIV Congreso del partido en diciembre de 1925. El nuevo agrupamiento, enfrentado con el secretario general, que era apoyado por Bujarin, pretendió expresar el ala proletaria y auténticamente bolchevique del partido. Sin

embargo, la relación entre sus máximos dirigentes estaba cargada de tensiones y recelos; además, sus definiciones a favor de renovar la energía revolucionaria, la capacidad de entrega y la lucha por la verdadera revolución internacional tuvieron escasa acogida. La mayor parte de los bolcheviques no se sintió convocada por “la revolución permanente” si ello significaba la lucha continua. La guerra y la revolución los habían marcado con decenas de millares de muertos, agotamiento, hambre y desolación. Eran hombres cansados del enfrentamiento militar, que aspiraban a alcanzar la seguridad, un cierto grado de bienestar y que no ponían en tela de juicio que ya habían protagonizado una revolución.

Bujarin, que había sostenido las posiciones más radicales en los primeros años –la exportación de la Revolución en lugar de la paz con Alemania y la exaltación del comunismo de guerra como la vía más directa para plasmar la sociedad comunista–, en los años veinte era partidario de moverse lentamente hacia el socialismo. Desde el momento en que no existían señales de una revolución en el mundo capitalista, era necesario persuadir al campesinado para que se comprometiera con el socialismo. En los hechos, esto significaba avanzar “a paso de tortuga” y aceptar la prosperidad de los campesinos: si estos se enriquecían, habría más excedentes comercializables. Aunque la lógica de la lucha política condujo a Stalin a una alianza temporal con la fracción de Bujarin, en ningún momento el secretario general asumió sus argumentos extremos en defensa de la alianza con el campesinado.

La oposición encabezada por Trotsky fue la que más tempranamente puso en duda la factibilidad de la alianza obrero-campesina. Un hombre de este grupo, el economista Preobrazhensky, quien en 1919 coincidió con Bujarin en elogiar el comunismo de guerra, ahora polemizó con el adalid de la NEP. Preobrazhensky sostuvo que los recursos para financiar la industrialización había que obtenerlos, necesariamente, del sector privado rural; no se podía, ni se debía, imponer más sacrificios a la clase obrera. Era muy improbable que los campesinos acomodados aportasen voluntariamente a la acumulación en pos del desarrollo de la industria socializada. Había que aceptar la “explotación” del campesinado mediante el intercambio desigual entre los productos agrarios y los industriales, que eran suministrados por el Estado. En este planteo no había lugar para la consigna “enriqueceos”, que Bujarin dedicó al campesinado. Sin embargo, ni este negó que hubiera que industrializar ni Preobrazhensky avaló el sometimiento violento de los campesinos.

Si bien la cuestión de qué hacer con la NEP recorrió los debates entre las facciones, la mayor parte de los protagonistas no asumió planteos antagónicos sobre el necesario pasaje de una sociedad campesina a otra industrial. Aunque al calor de la lucha política Trotsky acusó a sus rivales de prokulaks y él fue señalado como enemigo de los campesinos, tanto Stalin como Trotsky eran industrializadores. El único dirigente bolchevique decididamente posicionado a favor de la NEP fue Bujarin, acompañado por un reducido grupo. Para el grueso del partido, la construcción final del socialismo era innegociable y su logro requería la superación del atraso económico ruso. Pero el camino para llegar a este objetivo último estaba atravesado por las incertidumbres: ¿cuándo y cómo encarar una industrialización más avanzada?, ¿qué pasos concretos dar para transformar una sociedad básicamente campesina?

A mediados de la década de 1920, cuando el partido se pronunció a favor de la elaboración de planes industrializadores, Stalin asoció esta meta con la construcción del socialismo en un solo país. No era necesario esperar el triunfo del proletariado en una sociedad capitalista: “Es imposible seguir edificando el socialismo si no nos convencemos de que es factible hacerlo, si no nos convencemos de que el atraso técnico de nuestro país no es un obstáculo insuperable para edificar plenamente una sociedad socialista”. También Bujarin defendió la idea del socialismo en un solo país: “Si sabíamos de antemano que no lograríamos completar la tarea, ¿por qué diablos hicimos la Revolución de Octubre? Y si hemos salido adelante durante ocho años, ¿por qué no hemos de seguir así nueve, diez o cuarenta años?”.

Los estudios sobre la polémica destacan el carácter nebuloso de sus términos: los principales contendientes querían avanzar hacia la industrialización, ninguno tenía acabadamente claro cómo ponerla en marcha y ninguno ponía en tela de juicio la Revolución de Octubre. Sin embargo, las objeciones ideológicas de Trotsky y Zinoviev en defensa del internacionalismo proletario y sus dudas sobre la posibilidad de que una sociedad atrasada y campesina pudiera construir el socialismo estaban teñidas por el pesimismo político. La fórmula de Stalin, en cambio, era políticamente muy efectiva porque se correspondía con el estado de ánimo del partido, que necesitaba una consigna que diera sentido a los esfuerzos realizados y propusiera una meta hacia la que canalizar las energías. En diciembre de 1927, el XV Congreso del partido exigió la “autocrítica” de los integrantes de la Oposición de Izquierda y quienes no aceptaron renunciar a sus ideas fueron duramente sancionados.

Trotsky ya no aceptó someterse a las órdenes de la dirigencia partidaria y fue deportado a Alma-Ata, en Asia Central, desde donde pasó a Turquía. Luego intentó radicarse en Francia y en Noruega, y finalmente obtuvo asilo político en México. Aquí en México, Trotsky perdió la vida, asesinado en su casa por decisión de Stalin.

Una vez anulada la Oposicion de izquierda, Stalin decidió dar un giro rotundo: liquidar la NEP y romper con la “derecha” encabezada por Bujarin.

Industrialización acelerada y colectivización forzosa

A fines de la década de 1920 se produjo la “gran ruptura”, que significó el fin de la alianza con el campesinado, la industrialización a toda marcha y la movilización de las bases del partido, especialmente la clase obrera, para eliminar a los especialistas burgueses y a los gestores comunistas burocráticos. Sin lugar a dudas, la nueva etapa no resultó solo de la decisión de Stalin: fue producto de una serie de factores que incluían la cultura política bolchevique, la guerra civil y las crisis de fines de los años veinte, el temor a la amenaza extranjera, los fuertes recelos del partido respecto de la posibilidad de que la NEP permitiera avanzar hacia un nuevo tipo de sociedad, pero Stalin fue el dirigente que supo y pudo ponerse al frente del gran cambio.

Los problemas económicos internos y las tensiones en el escenario internacional fueron percibidos por el partido como claras señales de que había llegado la hora de que la industrialización planificada fuera la prioridad. Cuando se puso en marcha la NEP, la industria

alcanzaba su más bajo nivel. La tarea principal consistió en poner en condiciones fábricas y maquinaria, y hacia finales de 1926, la producción en general había recobrado los índices de antes de la Revolución. A partir de ese momento, la tasa de crecimiento dependería de las decisiones sobre los montos a invertir y de las áreas a las que se destinaría el capital. En diciembre de 1925, el partido aprobó la industrialización como su principal meta, y a partir de 1926 se dio curso a grandes proyectos para la producción de energía y tractores. Pero aun entonces no se fijó una tasa de industrialización intensiva y se continuó suponiendo que la industria avanzaría a un ritmo que no exigiría el esfuerzo desmedido del campesinado. La conjunción de dos hechos: la inseguridad en el plano de las relaciones internacionales y la caída en el abastecimiento de granos, cada uno con su impronta particular, desembocó en la aprobación del primer plan quinquenal a favor de la industrialización acelerada y en la colectivización forzosa en 1929.

Respecto del primer factor, una serie de situaciones conflictivas deterioró la relación del régimen soviético con gobiernos del ámbito capitalista, especialmente el británico. El temor de que hubiese una nueva agresión a la patria del comunismo por parte de los Estados capitalistas concentró la atención en la necesidad de poner en marcha una rápida industrialización para sostener un posible esfuerzo de guerra. El miedo a un enfrentamiento militar, en parte derivado de la debilidad de la Unión Soviética y en parte alentado para cohesionar a la sociedad en torno a las decisiones del gobierno, careció de bases consistentes.

Respecto de la marcha de la economía, en 1927 las entregas de granos fueron menos de la mitad que las de 1926 y se produjeron los primeros incidentes entre los encargados de la recogida del grano y los campesinos que exigían el alza del precio del trigo. A principios de 1928, la situación era extremadamente difícil: en las ciudades faltaba pan. El Politburó dispuso la incautación de los stocks de los especuladores y anunció que la cuarta parte del trigo requisado sería distribuida entre los campesinos pobres del pueblo. Esta disposición alentaba las denuncias entre los vecinos de las aldeas. Stalin puso en marcha la batalla contra "el kulak (que) levanta la cabeza"; esto significó la imposición de préstamos forzosos, el refuerzo del congelamiento de precios y la prohibición de la compra y venta directa en los pueblos. Miles de militantes de las ciudades fueron enviados al campo para poner fin a la "campaña de acaparamiento".

Los jóvenes obreros movilizados se lanzaron a la lucha con la consigna de alimentar a sus hermanos y acabar con el enemigo de clase. El gran cambio recogía, en gran medida, las expectativas de los trabajadores fabriles que anhelaban dejar atrás la miseria de los pueblos y anhelaban el progreso a través de la expansión industrial. En 1947, Viktor Kravchenko, tras desertar a Estados Unidos, escribió en *Elegí la libertad*: "Yo era (en 1929) uno de los jóvenes entusiastas […]. La industrialización a cualquier precio para sacar a la nación de su retraso nos parecía el objetivo más noble que cabía concebir".

El círculo de Stalin estaba decidido a promover el ascenso de una nueva intelectualidad proletaria "roja", que reemplazaría a los expertos procedentes de la burguesía. Muchos obreros fueron beneficiados con la educación y los ascensos que se les brindaron en la década de 1930; algunos de ellos gobernaron la Unión Soviética después de la muerte de Stalin en 1953.

En cambio, en el medio rural, todos temieron esta ofensiva del régimen: tanto los campesinos medios como el kulak, todo el campo estaba unido en la defensa de los frutos de su trabajo.

Stalin y sus partidarios necesitaron un año para acabar con las resistencias en el seno de la dirección del partido contra la colectivización forzada y la industrialización acelerada, aspectos inseparables de un programa de transformación violenta de la economía y la sociedad. A mediados de 1928 se produjo el primer choque entre Stalin y los defensores de la NEP, hasta entonces sus aliados en la lucha contra la Oposición de Izquierda. En septiembre, Bujarin publicó en Pravda el texto *Notas de un economista* y subrayó que "el desarrollo de la agricultura depende de la industria, es decir que la agricultura sin tractores, sin abonos químicos y sin electrificación está abocada al estancamiento". El problema era formidable y no era posible acelerar el ritmo de la industrialización solo con proponérselo; en última instancia, Bujarin se inclinaba por una política de estabilización sin grandes rupturas. Además, invocando la ciencia económica acuñada por Marx, condenó las concepciones autoritarias de la planificación.

Simultáneamente, la Oposición de Izquierda entró en crisis. Para algunos de sus integrantes, los "conciliadores", si Stalin finalmente se había definido a favor de la industrialización era factible la reconciliación con el secretario general, Preobrazhensky, y otros pidieron a Trotsky que abandonase su aislamiento. Trotsky se negó y su intransigencia fue avalada por los miembros más jóvenes de la Oposición: la correspondencia mantenida entre los exiliados da cuenta de la acelerada desintegración del grupo que había rodeado al artífice del Ejército Rojo.

En ese momento, Bujarin se acercó a Kamenev para compartir su inquietud: era imperioso hacer un frente común, con la inclusión de Zinoviev y Trotsky, contra Stalin, el gran intrigante que supeditaba todo a sus ansias de poder. "Nuestras discrepancias con Stalin son muchísimo más graves que las antiguas diferencias que hemos tenido con ustedes". Pero ya era tarde. Ninguno de estos viejos bolcheviques contaba ahora con un grado de poder que le permitiera enfrentar exitosamente a Stalin. Además, las relaciones entre ellos habían estado signadas en el pasado reciente por una feroz competencia al calor de la cual se trataron más como enemigos que como adversarios.

En contraste con la conducta de la Oposición de Izquierda, el pequeño grupo que rodeaba a Bujarin eludió abrir el debate público. A partir de enero de 1929, Stalin puso en marcha los mecanismos del partido que habrían de encontrarlos culpables de crear una facción; en consecuencia, serían desplazados de sus puestos. En julio, Bujarin fue relevado de la presidencia del Comintern y en noviembre, expulsado del Politburó.

En el invierno de 1929-1930, el partido entró en las aldeas con la consigna de liquidar a los kulaks como clase. Sus acciones provocaron el caos en virtud de la resistencia de los campesinos a perder sus parcelas de tierra y sus animales. El régimen reaccionó con el arresto y la deportación en masa de los aldeanos que se negaron a ingresar al koljoz. Los kulaks

arrestados entre 1930 y principios de 1933 fueron enviados al Gulag y obligados a trabajar en la industria y la construcción como esclavos[2].

La gran ruptura de 1929 impuso los cimientos de un sistema nuevo que incluía el trabajo forzado articulado con un régimen penal y carcelario sujeto a las directivas del poder político. La primavera de 1933 marcó el apogeo de la primera fase de terror iniciada a finales de 1929 con el desencadenamiento de la *deskulaquización*. La violencia ejercida contra los campesinos permitió experimentar métodos aplicados después contra otros grupos sociales.

En 1932 el 62% de los hogares había sido colectivizado y en 1937 la propiedad privada había desaparecido. El *koljoz* fue una unidad productiva más grande que la antigua aldea y con menos campesinos debido a la emigración y la deportación, pero en la que las técnicas productivas no fueron demasiado diferentes. Los dos cambios principales se concretaron en su administración y en el proceso de comercialización. La asamblea aldeana fue sustituida por un presidente designado desde arriba y estas granjas colectivas fueron obligadas a entregar al Estado cantidades fijas y muy altas de grano y alimentos. La colectivización forzada del campo condujo a la caída de la producción y a la brutal hambruna que entre 1932 y 1933 acabó con la vida de casi cinco millones de personas. La carta escrita en 1932 por un campesino de la región del Volga describe una situación límite: "[…] se recogió una buena cosecha sin complicaciones […] pero cuando llegó el momento de entregarlo al Estado se lo llevaron todo […] y ahora los koljozniki con niños pequeños están muriendo de hambre".

A mediados de los años treinta, la situación en el campo se estabilizó, el nivel de vida subió, la consolidación de las granjas colectivas posibilitó la mejora de escuelas y centros de salud, pero los campesinos habían sufrido una amarga experiencia y se sentían ciudadanos de

---

[2] Literalmente, *Gulag* es un acrónimo para denominar a la Dirección General de Campos de Trabajo. El sistema Gulag se ha traducido generalmente como centros de detención para prisioneros políticos, pero su alcance fue mucho más amplio: ex kulaks, delincuentes comunes, prisioneros de la guerra civil, disidentes en un sentido amplio, así como antiguos aristócratas, hombres de negocios y terratenientes. Con el tiempo ha venido a denominar no solo la administración de los campos de concentración, sino también el régimen de trabajos forzados en todas sus formas y variedades.

Los centros de reclusión empezaron a funcionar en el verano de 1918 sin ninguna base legal. En abril de 1919, un decreto del comisario del pueblo para el Interior distinguió dos tipos: los "campos de trabajo forzado", gestionados por el comisariado del pueblo para el Interior, adonde llegaban los que habían sido condenados por un tribunal, y los "campos de concentración", que agrupaban a las personas encarceladas sobre la base de disposiciones aprobadas por la policía política, encargada de sancionar una heterogénea gama de acciones.

En 1923, la GPU instaló un vasto campo de concentración en el archipiélago de las Solovky, cinco islas del mar Blanco. Aquí, después de los años de improvisación de la guerra civil, fue donde se puso en funcionamiento el sistema de trabajo forzado que se desplegaría acabadamente a partir de 1929 en el marco de la colectivización forzosa.

El endurecimiento de la represión y las dificultades económicas de los últimos años de la NEP, marcadas por un paro creciente y por un ascenso de la delincuencia, tuvieron como resultado un crecimiento espectacular del número de condenas penales: 578.000 en 1926; 709.000 en 1927; 909.000 en 1928 y 1.178.000 en 1929.

Para intentar contener este flujo que congestionaba unas prisiones que no contaban con suficientes plazas, el gobierno adoptó dos decisiones importantes. La primera, en virtud del decreto del 26 de marzo de 1928, dispuso, para los delitos menores, reemplazar las reclusiones de corta duración por trabajos correctivos sin remuneración en "empresas, en obras públicas y en las explotaciones forestales". El segundo decreto, del 27 de junio de 1929, aprobó la transferencia de los detenidos en las cárceles con penas superiores a tres años a campos de trabajo que tendrían como finalidad "la revalorización de las riquezas naturales de las regiones orientales y septentrionales del país". La GPU había iniciado un vasto programa de explotación de materias primas para la exportación y "sus" propios detenidos de los campos especiales resultaban insuficientes, por lo que decidió "apropiarse" de quienes poblaban las prisiones ordinarias.

La preparación del primer plan quinquenal puso en el centro las cuestiones del reparto de la mano de obra y de la explotación de regiones inhóspitas pero ricas en recursos naturales. Con esta perspectiva, la mano de obra penal no utilizada hasta entonces se convertiría en una fuente de ingresos, de influencia y de poder. En este contexto germinó la idea de la *deskulaquización*, o sea, la deportación en masa de todos campesinos supuestamente acomodados que, según la versión oficial, eran enemigos declarados de la colectivización del agro.

Con respecto a las cifras de detenidos, siguen existiendo zonas de sombra. La burocracia del Gulag contabilizaba a quienes habían llegado a destino, pero no se sabe casi nada en términos estadísticos de todos aquellos que no llegaron nunca, sea porque murieron en prisión o bien en el curso de los interminables traslados.

segunda clase teniendo en cuenta la persistencia de las diferencias con los trabajadores de la ciudad. Gran parte de ellos eran decididamente hostiles al régimen. Una queja muy corriente remitía al abuso de poder de los dirigentes de las granjas colectivas.

El primer plan quinquenal, puesto en marcha en 1929, privilegió el crecimiento de la industria pesada, en especial de hierro y acero, y dispuso la estatización total. Las grandes plantas fueron diseñadas para producir mediante el sistema de línea de montaje del cual había sido pionera la industria de Estados Unidos, aunque en esta primera fase se continuó con los métodos tradicionales y las cintas permanecieron ociosas. En el marco del primer plan quinquenal se construyeron algunos de los grandes colosos industriales, por ejemplo, las plantas metalúrgicas de Stalinsk, en Siberia. El partido organizaba brigadas de choque en las que los obreros se comprometían a alcanzar récords de producción, un comportamiento que recibiría el nombre de *stajanovista*.

En el marco del gran salto, los obreros fueron incentivados a trabajar duro, no mediante el salario, sino través de la movilidad social, de la promoción de actitudes basadas en el sacrificio solidario y de la posibilidad, alentada por el partido, de sancionar a los jefes y los especialistas que los habían dominado poco antes. El partido propició las denuncias y las sanciones contra las actitudes burguesas y burocráticas de los funcionarios y los expertos.

Aunque la producción se duplicó en muchos sectores industriales, los costos fueron enormes en términos humanos y materiales. El gran salto impuesto a fines de la década de 1920 para lograr un igualitarismo radical, y al mismo tiempo un intenso y acelerado desarrollo económico, provocó el caos y trajo aparejada la hambruna de 1932-1933. La crisis social y la débil productividad condujeron al repliegue de las altas metas y al freno de la movilización. A mediados de 1931 se declaró finalizada la lucha de clases contra los especialistas burgueses, en la industria los salarios volvieron a ser más diferenciados según el trabajo realizado, el segundo plan quinquenal fue más modesto y, a partir de 1934, Stalin disminuyó la presión sobre los campesinos. Sin embargo, no llegó a concretarse un giro como el de 1921 cuando Lenin aprobó la NEP.

El gran terror

Aunque en 1932 los estalinistas habían triunfado, su victoria estaba lejos de ser satisfactoria: el país estaba sumido en el caos. El gran salto había destruido a grupos y clases sociales, había abolido la propiedad privada y el mercado, y casi nadie comprendía cómo debía funcionar la nueva economía; tampoco se sabía cuál era la organización de la administración estatal. El hambre asolaba al país, millones de campesinos aborrecían el nuevo sistema. La situación internacional, especialmente a partir de la llegada de Hitler al gobierno, fue percibida como amenazante por la elite soviética. Como había ocurrido al finalizar la guerra civil, la dirigencia bolchevique se sentía insegura.

Simultáneamente, a medida que el partido fue parcialmente desmovilizado después de haber concluido la violenta campaña contra el kulak y puesto en marcha la desmedida industrialización, dirigentes y funcionarios fueron conformando una elite administrativa más

cohesionada. Stalin, que ansiaba el acabado control del poder, y la camarilla que lo rodeaba, recientemente liberada de la competencia de los bolcheviques opositores, temieron el surgimiento de “una nueva clase”. Esta se perfilaba integrada por los jefes del partido y los especialistas comunistas, muchos de origen proletario y generalmente rusos, quienes ganaban poder a través de su decisiva influencia en el rumbo de la economía y en el conjunto de la vida social, y esto en virtud de que habían sido eliminadas las otras fuerzas sociales, políticas e institucionales que pudieran competir con el partido del Estado. En un principio, Stalin y la dirigencia partidaria coincidieron en la necesidad de “limpiar” o purgar el partido y la sociedad de elementos “peligrosos” o “indignos de confianza”, ya sea entre los miembros de la base del partido o entre los antiguos opositores. Sin embargo, mientras la dirigencia quería la disciplina y aceptaba el terror solo hacia sus subalternos, Stalin y el Politburó defendían que *todos* debían someterse a los controles centrales.

La violencia del régimen fue oscilante. Después del ataque a los kulaks y frente a la hambruna de 1932-1933, se produjo una tregua registrada en la fuerte disminución del número de condenas aprobadas por la GPU: 79.000 en 1934 frente a las 240.000 del año anterior. El asesinato de Serguei Kirov, miembro del Politburó y primer secretario del partido en Leningrado, abatido de un tiro al salir de su oficina del edificio Smolny el 1º de diciembre de 1934, dio paso a un nuevo ciclo represivo. El crimen, según los estalinistas, confirmaba la existencia de una conspiración contra el Estado soviético y sus dirigentes. Ya se habían concretado juicios públicos espectaculares contra saboteadores en la esfera de la actividad industrial, pero con el oscuro asesinato de Kirov se desencadenó el terror a gran escala.

Este crimen fue rápida y ampliamente utilizado con fines políticos: posibilitaba recurrir a la idea de la conspiración, figura central de la retórica estalinista. Permitió crear una atmósfera de crisis y de tensión desde el momento en que fue presentado como prueba tangible de la existencia de un vasto plan que amenazaba al país, a sus dirigentes y al socialismo. Además, si “las cosas iban mal”, si “la vida era difícil”, la “culpa” era de los asesinos de Kirov.

Inmediatamente Stalin redactó el decreto conocido como la ley del 1º de diciembre, que ordenaba reducir a diez días la instrucción en los asuntos de terrorismo, juzgarlos en ausencia de las partes y aplicar inmediatamente las sentencias de muerte. A la semana siguiente se abrió el proceso contra los dirigentes de los centros opositores de Leningrado y Moscú. Zinoviev y Kamenev fueron acusados de “complicidad ideológica” con los asesinos de Kirov. Ambos admitieron que “la antigua actividad de la oposición no podía, por la fuerza de las circunstancias objetivas, más que estimular la degeneración de estos criminales” y fueron penados con cinco y diez años de reclusión respectivamente.

Después del juicio, el Politburó alertó a las organizaciones del partido sobre el peligro de los opositores encubiertos y ordenó el debate en las bases para detectarlos, pero la campaña represiva aún no se había puesto en marcha. En 1935 las detenciones efectuadas por la policía secreta no aumentaron.

En la instrumentación del *Gran Terror* se distinguen distintos momentos: primero, la eliminación de los opositores vía juicios públicos que acabaron con la vida de los dirigentes

bolcheviques de la primera hora; luego el pasaje hacia la condena de los miembros del aparato económico y de los militares convertidos en opositores desde el poder y, por último, las operaciones masivas cuando Stalin y la camarilla que lo rodeaba impusieron cuotas obligatoria secretas de detenciones y ejecuciones.

La primera fase del Gran Terror comenzó a mediados de 1936, cuando el Comité Central comunicó el descubrimiento de una gran conspiración entre Trotsky, Zinoviev y Kamenev. La compleja oleada represiva se extendió hasta 1938 y fue conducida por Nikolai Yezhov, jefe de la NKVD (la antigua GPU) desde septiembre de 1936 a noviembre de 1938. Stalin tuvo un papel central en la reorganización de la policía secreta: fue él quien exigió el nombramiento "urgente" de Yezhov, ya que su antecesor, Yagoda: "[…] de manera manifiesta, no se ha mostrado a la altura de su tarea desenmascarando al bloque trotsko-zinovievista".

En estos años, al mismo tiempo que el terror se profundizaba y ampliaba, se llevaron a escena los tres espectaculares procesos públicos de Moscú, la punta del iceberg del Gran Terror y la única acción represiva conocida en Occidente en ese momento. El primer juicio, que tuvo lugar del 19 al 24 de agosto de 1936, llevó al banquillo de los acusados a Zinoviev, Kamenev y otros catorce dirigentes de la vieja guardia bolchevique, quienes fueron juzgados y condenados a muerte por haber organizado un centro terrorista siguiendo las órdenes de Trotsky y planeado asesinar a los miembros del Politburó.

En el segundo juicio, del 23 al 30 de enero de 1937, el comisario adjunto de la industria pesada, Georgi Piatakov, y dieciséis dirigentes más fueron acusados de sabotaje y espionaje industrial alentados por Trotsky y el gobierno alemán, y condenados a muerte. En el último juicio, del 2 al 13 de marzo de 1938, los 21 acusados del proceso Bujarin también recibieron la pena de muerte por haber organizado un grupo de conspiradores, con el nombre de "bloque de derechistas y trotskistas", siguiendo las directrices de los servicios de espionaje de Estados extranjeros hostiles a la Unión Soviética que pretendían desmembrar el país.

Todos confesaron. Los bolcheviques más prestigiosos –Zinoviev, Kamenev, Krestinski, Rykov, Piatakov, Radek, Bujarin– reconocieron los peores delitos: haber organizado centros terroristas de obediencia "trotsko-zinovievista" o "trotsko-derechista", que tenían por objetivo derribar al gobierno soviético, asesinar a sus dirigentes, restaurar el capitalismo, ejecutar actos de sabotaje, erosionar el poder de la URSS, desmembrar a la Unión Soviética a través de la entrega de parte de sus territorios a los Estados extranjeros.

Estos procesos públicos tenían una importante función propagandística. Se pretendía –así lo expresó Stalin en su discurso del 3 de marzo de 1937– estrechar la alianza entre el "pueblo llano", portador de la solución justa y el guía denunciando a los dirigentes como "nuevos señores, siempre satisfechos de sí mismos […] que, por su actitud inhumana, producen artificialmente cantidad de descontentos y de irritados, que crean un ejército de reserva para los trotskistas". También en las instancias regionales y locales del partido, los juicios públicos, ampliamente reproducidos en la prensa local, dieron lugar a una movilización ideológica a favor de la profilaxis social, en el marco de la cual los poderosos se convertían en villanos mientras la "gente de a pie" era reconocida como "portadora de la solución justa".

Durante la *yeshovschina*, el partido se suicidó, la represión recayó sobre cinco miembros del Buró político, 98 de los 139 del Comité Central y 1108 de los 1966 delegados del XVII Congreso del Partido (1934), así como sobre 319 de los 385 secretarios regionales y 2210 de los 2750 secretarios de distrito. Stalin inició el terror y participó en casi todas las iniciativas con la ayuda de dos grupos: el que dirigía el aparato de seguridad política y militar y la camarilla que lo rodeaba, que impulsaba la renovación radical del partido para *limpiarlo* de burocracia y corrupción. Pero en este proceso también se involucraron las bases del partido (hombres nuevos, ex obreros que adquirieron formación técnica y movilidad en el partido) contra el estrato medio de la dirigencia partidaria. No hubo un plan desde arriba que se aplicó hacia abajo, fue un movimiento más complejo en el que las presiones desde arriba fueron tomadas y desplegadas con afán por los niveles más bajos del partido.

Solo los procesos de Moscú atrajeron la atención de los observadores extranjeros, que ignoraron la represión masiva de todas las categorías sociales desatada en 1937. En ese momento, frente al desarrollo de los juicios, se plantearon diagnósticos diametralmente opuestos; por ejemplo, mientras en Estados Unidos y México, una comisión presidida por el filósofo John Dewey y alentada por Trotsky llegó a la conclusión de que los hechos esgrimidos por la acusación eran comprobadamente falsos, el embajador norteamericano en la URSS compartió la versión oficial soviética.

A mediados de julio de 1937, la prensa anunció que un tribunal militar había condenado a muerte por traición y espionaje al servicio de Alemania al mariscal Mijaíl Tujachevsky**,** vicecomisario de Defensa y principal artífice de la modernización del Ejército Rojo. En los días siguientes, 980 comandantes superiores fueron detenidos y muchos de ellos, torturados y fusilados. En 1937 el 7,7% del cuerpo de oficiales fue destituido por razones políticas. Las razones de esta depuración siguen siendo poco claras. Algunos autores subrayan las pruebas que inducen a pensar que la conducción del partido realmente creyó que existía un complot militar. Cuando en la década de 1950, el sucesor de Stalin rehabilitó a los oficiales, Molotov, decidido estalinista, se quejó y dijo que si no eran espías, podrían estar "relacionados con espías y lo principal es que, en el momento decisivo, no se habría podido confiar en ellos". Otros analistas, en cambio, no dudan en presentar esta acción como una operación creada por Stalin y su camarilla. Según esta versión, no se dudó en sacrificar a la mayor parte de los mejores oficiales del Ejército Rojo –a pesar de la amenaza hitleriana– porque la reestructuración de mandos permitía a Stalin contar con un elenco nuevo más dispuesto a aceptar su conducción y con menos elementos que cuestionaran sus decisiones.

El terror no solo golpeó a los cuadros del partido o del Ejército; desde mediados de 1937 se ejerció la violencia más brutal contra el conjunto de la sociedad. El 2 de julio de 1937, el Politburó envió a las autoridades locales un telegrama en que les ordenaba "detener inmediatamente a todos los kulaks y criminales [...] fusilar a los más hostiles de entre ellos" luego que una troika (una comisión de tres miembros compuesta por el secretario regional del partido, por el fiscal y por el jefe regional de la NKVD) llevara a cabo un examen administrativo de su asunto, y deportar a los elementos menos activos pero no obstante hostiles al régimen.

El Comité Central propone que le sea presentada en un plazo de 5 días la composición de las troikas, así como el número de individuos que hay que fusilar y el de los individuos que hay que deportar. En estas operaciones masivas, en las que cualquiera pudo ser calificado de “trotskista” o “bujarinista”, se produjo el mayor número de detenciones y ejecuciones. Según los archivos soviéticos, en 1937-1938 el NKVD detuvo a 1.575.259 personas, de las cuales 681.692 recibieron la pena de muerte. El viraje del “enemigo de clase” al “enemigo con carnet del partido” dio paso a un partido cuyas bases pusieron en duda la integridad de la dirigencia, entre cuyos miembros se visualizaron enemigos que era preciso eliminar.

Las personas detenidas eran condenadas según procedimientos diversos. Los cuadros políticos, económicos y militares junto con los miembros de la *intelligentsia* fueron juzgados por tribunales militares y organismos especiales de la NKVD. En el área regional, el poder central reinstauró las troikas. Estos tribunales habían sido creados durante la guerra civil para procesar a los enemigos en forma rápida sin recurrir a los procedimientos judiciales, y luego volvieron a actuar durante la colectivización forzosa para condenar a quienes la resistían. En 1937-1938 se erigieron como los principales agentes de la instrumentación del terror; según las cifras reveladas por el gobierno ruso, de los 681.692 condenados a fusilamiento, el 92,6% lo fue por las troikas. El alto grado que alcanzó la histeria represora quedó registrado en la orden de la NKVD que fijaba cupos de detenidos para cada república, territorio o región especificando el número de los correspondientes a la primera categoría –los que serían condenados a muerte– y los de segunda categoría –aquellos que recibirían penas de deportación o trabajos forzados–. Este cálculo matemático revela que los tribunales actuaban como instrumento de coacción para la sumisión totalitaria de la población en lugar de sancionar conductas criminales. Cualquiera podía ser acusado y su suerte ser decidida por estos tribunales, cuyos componentes no solían ser expertos en derecho y, además, aplicaban las penas en plazos brevísimos que excluían la posibilidad de revisión por un tribunal superior.

Los campos del Gulag estaban lejos de contar con una mayoría de políticos condenados por actividades contrarrevolucionarias. El número de políticos oscilaba, según los años, entre una cuarta y una tercera parte de los integrantes del Gulag. Los otros detenidos eran presos comunes que habían llegado a un campo de concentración por haber violado alguna de las innumerables leyes represivas. Desde 1936, al gobierno le preocupaba la relajación de los controles sobre los antiguos kulaks deportados: muchos se confundían en la masa de los trabajadores libres mientras que otros huían y estos “fugitivos” sin papeles y sin techo se unían a bandas de marginados sociales. Los kulaks fueron designados como víctima prioritaria de la gran operación de represión dispuesta por Stalin a inicios del mes de julio de 1937. No obstante, las personas sobre quienes recayeron la violencia y la explotación estatal pertenecían a un espectro sociopolítico mucho más amplio. Al lado de los ex kulaks y de los elementos criminales, figuraron los elementos socialmente peligrosos, los miembros de partidos antisoviéticos, los antiguos funcionarios zaristas, los guardias blancos. Estas denominaciones se atribuían a cualquier sospechoso, tanto si pertenecía al partido, a la intelligentsia o al pueblo llano.

Durante el Terror hubo un fuerte crecimiento proporcional de los detenidos que tenían una educación superior (más del 70% entre 1936 y 1939), lo que indica que el terror de finales de los años treinta se ejercía de manera especial contra las elites educadas hubieran o no pertenecido al partido. En marzo y abril de 1937, una campaña de prensa estigmatizó el desviacionismo en el área de la economía, de la historia y de la literatura. Escritores, publicistas, gente del teatro y periodistas fueron acusados de defender puntos de vista "extraños" u "hostiles", de apartarse de las normas del "realismo socialista".

La investigación abierta por Vitali Chentalinski a partir de 1988 le permitió acceder a los expedientes de la KGB de literatos en la cárcel de la Lubianka y elaborar un cuadro mucho más preciso sobre la política de confrontación con la inteligencia. Chentalinski examinó los expedientes de Isaak Babel, Mijaíl Bulgákov, Pável Florenski, Nina Hagen-Thorn, Gueorgui Demídov, Boris Poniak, Osip Mandelshtan, Nikolai Kliuiev, Andrei Platonov, e incluso el de Máximo Gorki, el ícono literario del régimen. De las 2.000 víctimas, algunas fueron ejecutadas, otras destinadas al Gulag y las restantes vieron prohibidas sus obras y sufrieron el destierro interior. El escritor Víctor Serge, cercano al grupo de Trotsky y tempranamente encarcelado, logró salir con vida de la URSS.

En el campo intelectual, como en otras esferas de la sociedad, hubo figuras que, sin comprometerse con el terror, justificaron su instrumentación. Cuando Beria reemplazó a Yezhov, anuló muchas condenas a muerte y liberó a una parte de los detenidos, pero continuó con la represión. Entre 1939 y 1940 fueron detenidos, torturados y ejecutados Babel y Meyerhold, acusados de formar parte de un grupo trotskista antisoviético y de actuar como marionetas de los escritores europeos André Malraux y Andre Gide, quienes, habiendo sido compañeros de ruta del régimen soviético, acabaron rompiendo con él. También cayó Mijaíl Koltsov, agitador político y periodista de éxito. Koltsov llegó a España nada más estallar la guerra civil y permaneció en el país quince meses durante los cuales informó puntual y apasionadamente a los millones de lectores que seguían sus crónicas en *Pravda* sobre lo que ocurría en el otro extremo de Europa.

Frente a estos hechos, el exitoso escritor soviético Konstantin Simonov siguió viendo lo que quería ver: "A pesar de la importancia de Babel y Meyerhold, el hecho de que esas detenciones fueran tan repentinas, y como se produjeron por orden de Beria, quien 'procuraba corregir los errores' de Yezhov" todo eso le hizo pensar que "tal vez estos hombres son realmente culpables de algo". Quizá muchas de las personas detenidas durante el mandato de Yezhov eran inocentes, pero Babel y Meyerhold no habían sido detenidos por orden de Yezhov, sino de Beria, y habían sido detenidos de repente mientras se corregían los viejos errores. De manera que parecía probable que hubiera buenas razones para que los hubieran detenido.

Stalin no usó las confesiones de estos artistas, arrancadas bajo la tortura, para arrestar a otros personajes famosos, por ejemplo, Eisenstein, Shostakóvich, Pasternak. No hubo un juicio espectacular contra los principales hombres de la cultura como los armados contra los bolcheviques.

Las investigaciones más recientes reconocen que la sociedad en su conjunto fue víctima del Gran Terror, pero al mismo tiempo destacan que a través de diferentes formas de comportamiento fueron muchos los que posibilitaron, en forma más o menos activa, el despliegue de brutal represión desde el Estado. La presencia de informantes y la destacada gravitación de la delación, por ejemplo, han dado paso a la reflexión y el debate sobre el espinoso problema de las responsabilidades de miembros de la sociedad que no asumieron un papel protagónico, pero contribuyeron a crear un clima propicio para la instrumentación del terror. Las fuentes revelan que había informantes en casi todas partes, según declaraciones de un ex funcionario de la NKVD; en Moscú, por ejemplo, había al menos un informante cada seis o siete familias. Hubo informantes voluntarios, o sea, aquellos motivados por la posibilidad de obtener una recompensa material, o bien por convicción política o por afán de venganza hacia las víctimas. Y estaban los informantes involuntarios, los que denunciaban presionados por las amenazas de la policía o por las promesas de brindar ayuda a sus familiares encarcelados. A medida que los historiadores avanzan en el tratamiento de las diferentes dimensiones del Gran Terror, más endebles resultan las explicaciones basadas en la personalidad y la culpabilidad de Stalin, sin que esto signifique negar su papel protagónico.

La represión de los años treinta también estuvo marcada por la expansión del sistema "concentracionario" con una finalidad productiva a la que se denominó *trabajo correctivo*. Las direcciones centrales del Gulag eran económicas: dirección de las construcciones hidroeléctricas, dirección de las construcciones ferroviarias, dirección de puentes y caminos, entre otras, y el detenido o el colono especial eran la fuerza de trabajo explotada al máximo para llevar adelante estos emprendimientos. En julio de 1934, durante el pasaje de la GPU a la NKVD, el Gulag absorbió 780 pequeñas colonias penitenciarias a las que se habían juzgado poco productivas y mal gestionadas y que dependían hasta entonces del comisariado del pueblo para la Justicia. Para ser productivo, el campo de concentración debía ser grande y especializado. Los complejos penitenciarios fueron incorporados a la economía soviética a través de la utilización de una inmensa fuerza de trabajo. A principios de 1935, el sistema ya unificado del Gulag contaba con 965.000 detenidos. Cuatro años más tarde, los 53 conjuntos de campos de trabajo correctivo y las 425 colonias de trabajo –unidades más pequeñas a las que estaban destinados los individuos "socialmente menos peligrosos", condenados a penas inferiores a los tres años– agrupaban a 1.670.000 detenidos, y en 1941 sumaban 1.930.000. Sin embargo, existen testimonios acerca del bajo grado de productividad de este sistema. En abril de 1939, el nuevo comisario del Pueblo para el Interior, Lavrenti Beria, tomó medidas para racionalizar el trabajo de los detenidos, que incluían incrementos en las raciones de alimentos junto con la extensión de la jornada laboral. Según Beria, su antecesor, Yezhov, había privilegiado la "caza de los enemigos" en detrimento de una "sana gestión económica". Dentro del conjunto de campos estaba Kolymá, que iba a convertirse en un símbolo del Gulag. Aquí, los condenados, completamente aislados, trabajaban en la explotación de los yacimientos de oro de la región y sus condiciones de vida fueron particularmente inhumanas.

El 17 de noviembre de 1938, un decreto del Comité Central puso fin (provisionalmente) a la organización de operaciones masivas de arrestos y deportaciones. Al final de este ciclo, Yezhov fue acusado, condenado y ajusticiado tal como él había ordenado que se hiciera con otros dirigentes bolcheviques. El Gran Terror acabó como había comenzado: siguiendo una orden de Stalin. Meses más tarde, Kaganovich reconoció en el XVIII Congreso partidario que en 1937 y 1938 el personal dirigente de la industria pesada había sido completamente renovado, millares de hombres nuevos habían sido nombrados para puestos dirigentes en lugar de los saboteadores desenmascarados. “Ahora tenemos cuadros que aceptarán cualquier tarea que les sea asignada por el camarada Stalin”. En menos de dos años, se concretó más del 85% de las condenas a muerte pronunciadas por tribunales de excepción durante el conjunto del período estalinista.

Durante la Segunda Guerra, la población ya encerrada en el Gulag descendió debido a la liberación de cientos de miles de prisioneros que fueron enviados al frente de batalla. Simultáneamente ingresaron nuevos grupos. La anexión, a partir de 1939, de las regiones orientales de Polonia y de los países bálticos dio paso a la eliminación de los representantes denominados de la burguesía nacionalista y a la deportación de grupos minoritarios específicos, que se amplió en el curso de la guerra con los traslados compulsivos de grupos enteros: alemanes, chechenos, tártaros, calmucos, entre otros.

La represión contra los imaginarios enemigos del régimen no se detuvo durante la “gran guerra patria” ni después de su final. En cumplimiento de la orden de Stalin que declaraba traidores a quienes se rindieran, se consideró culpables de traición a los 2.775.770 soldados hechos prisioneros por los alemanes. Aproximadamente la mitad de ellos fueron conducidos al Gulag al acabar la contienda.

La campaña de aniquilación puesta en marcha por los nazis a partir de 1941, que condenaba a los soviéticos a la esclavitud o al exterminio, terminó por reconciliar al pueblo llano con el régimen a través de un gran estallido de patriotismo. Stalin supo reafirmar con fuerza los valores patrióticos rusos. El 7 de noviembre de 1941, al pasar revista a los batallones de voluntarios que partían hacia el frente, Stalin los exhortó a pelear bajo la inspiración del “glorioso ejemplo de nuestros antepasados Alexander Nevsky y Dimitri Donskoi”. El primero de ellos, en el siglo XIII, había liberado Rusia de los caballeros teutónicos y el segundo había puesto fin al dominio tártaro un siglo más tarde.

La guerra fue una tragedia, pero también significó, como indican muchos testimonios, un alivio del miedo, un cierto grado de liberación. Boris Pasternak escribió en su novela *Doctor Zhivago*: “La guerra fue como una tormenta que limpió, que trajo una corriente de aire fresco, un soplo de alivio [...] No solo en el presidio, sino con mayor fuerza en la retaguardia y en el frente, la gente respiró con mayor libertad” y se lanzaron con su alma y entrega, a la terrible guerra, mortal, pero a la vez salvadora.

Del imperio zarista a la URSS

Después de la guerra civil, los bolcheviques lograron imponer su poder en gran parte de los territorios que, anexados a Rusia durante el período zarista, en el curso de la Revolución se habían desvinculado de Moscú.

Rusia había resultado de la unificación de diversos principados eslavos orientales que se convirtieron al cristianismo en el siglo X y con el tiempo eligieron Moscú como su capital. En el siglo XIII fue conquistada por los mongoles, que fueron paulatinamente desalojados, y en 1613, el primer Romanov fue coronado en Moscú. Desde ese momento y hasta comienzos del siglo XX, la monarquía anexó nuevas tierras: hacia el sur, el mar Negro, el Cáucaso y el mar Caspio; hacia el este, Siberia, Asia Central e islas del Pacífico; hacia el norte y el oeste, Finlandia, la zona báltica y Polonia, de modo tal que los Romanov llegaron a reinar sobre una sexta parte del mundo.

Los mapas anteriores a la Primera Guerra Mundial no precisaban las fronteras de Rusia dentro del Imperio. Una vez conquistados, los países eran borrados como entidades independientes. Los otros imperios distinguían con precisión sus colonias; en cambio, el Imperio ruso quedó dividido en diferentes unidades sin que se deslindaran las regiones conquistadas. En algunos casos, para marcar la diferencia entre Rusia y las regiones conquistadas, se recurrió a términos como "ducado" –el Gran Ducado de Polonia, el Gran Ducado de Finlandia– o "región" –la Región Turquestana (hoy Tayikistán, Kirguizistán y Uzbekistán).

Bajo el gobierno bolchevique, en julio de 1918 el Congreso Panruso de los Soviets sancionó la constitución que dispuso la creación de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR). Esta englobaba a la mayor parte de los rusos, pero también incluía áreas mayoritariamente ocupadas por otras nacionalidades, entre ellas grandes extensiones de Siberia y Turquestán. La RSFSR era, en cierto sentido, un estado multinacional. Respecto del trazado de sus fronteras, la revolución y la guerra civil impidieron una definición precisa y, en este sentido, el término federativa dejaba abierta la posibilidad de incorporar las regiones que se desvincularon de Moscú en el marco de la guerra y la Revolución.

La unidad del Imperio fue cuestionada a partir de la Revolución, especialmente en la zona occidental. Las diferentes trayectorias seguidas por los países de esta región –Finlandia, Polonia, Ucrania, Bielorrusia, Lituania, Estonia y Letonia– resultaron de la combinación de tres factores: el principio de autodeterminación propuesto por los bolcheviques tras la revolución de febrero de 1917, las intervenciones de Alemania y las potencias aliadas y el grado de consistencia de los movimientos nacionalistas en cada uno de ellos. Al concluir el ciclo revolucionario y con el aval de Versalles, los países mencionados, excepto Ucrania y Bielorrusia, emergieron como nuevos Estados soberanos. Los movimientos nacionalistas ucraniano y, especialmente, bielorruso fueron más débiles que en los otros casos; además, sus lazos económicos y culturales con Moscú eran más consistentes. No obstante, hubo que esperar que concluyera la guerra civil para concretar, en 1920, la creación de la República Socialista Soviética de Ucrania y de la República Socialista Soviética de Rusia Blanca, sin intentar incluirlas en la Federación Rusa.

La sujeción de la zona del Cáucaso fue más compleja. El territorio de Transcaucasia era la patria de unos ocho grupos nacionales. Los más numerosos –georgianos, armenios y azerbaiyanos– tenían fuertes diferencias entre sí en términos económicos, sociales, culturales y políticos. Después de Octubre se estableció el Comisariado Transcaucásico, apoyado principalmente por Georgia. A partir de la disolución de la Asamblea Constituyente en enero de 1918, este Comisariado no reconoció al gobierno bolchevique. Por el tratado de Brest-Litovsk los bolcheviques reconocieron la autoridad del Imperio otomano sobre territorios de esta zona, pero el Comisariado Transcaucásico decidió resistir y proclamó una República Federal Transcaucasia, de la que quedó excluida la ciudad de Bakú, capital de Azerbaiyán. Aquí se había instalado un gobierno bolchevique que recibió el apoyo de la comunidad armenia, temerosa de la población azerbaiyana de tierra adentro ligada por fuertes vínculos con los turcos. El peso de los comunistas en esta ciudad se basó en la presencia de una importante colonia de obreros rusos en la industria del petróleo.

Las divergencias entre los pueblos que integraban la mencionada República Federal Transcaucasia hizo posible, en el verano de 1918, que Armenia y Azerbaiyán fueran ocupadas por Turquía, mientras Georgia buscaba la protección de Alemania. Después de la caída de las potencias centrales, los tres países, cuyos gobiernos fueron reconocidos por Londres, enviaron delegaciones a la conferencia de Versalles. Los armenios creyeron que sus reivindicaciones territoriales sobre Anatolia oriental serían satisfechas, pero no fue así. En el tratado de Lausana (1923), los aliados occidentales reconocieron a Mustafá Kemal el derecho de Turquía sobre esa región. Finalmente, los tres gobiernos nacionalistas que habían optado por la independencia fueron desalojados por los bolcheviques, y en 1922 Armenia, Georgia y Azerbaiyán formaron la Federación de Repúblicas Socialistas Soviéticas del Transcáucaso.

La nueva Constitución soviética aprobada en 1924 consagró la existencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), a la que se sumaron dos nuevas repúblicas: Turkmenistán y Uzbekistán. Fueron creadas en tierras que hasta ese momento formaban parte de la Federación rusa. Doce años después, la Federación rusa volvió a perder territorios para crear otras tres repúblicas –Tayikistán, Kirguistán y Kazajstán– que también se sumaron a la URSS. Al mismo tiempo, La Federación del Cáucaso dejó de existir y fue reemplazada por la antigua división en tres unidades: las repúblicas de Armenia, Azerbaiyán y Georgia.

Al inicio de la Segunda Guerra Mundial, la URSS estaba integrada por once repúblicas: las tres eslavas, Ucrania, Bielorrusia y Federación rusa, las tres del Transcáucaso, Azerbaiyán, Armenia y Georgia, y por último, las cinco de Asia Central: Kazajstán, Turkmenistán, Tayikistán, Kirghizistán y Ubezkistán.

En virtud del pacto Molotov-Ribbentrop, en 1940 Moscú anexó los países del Báltico: Estonia, Lituania y Letonia, independientes desde 1918, y además, la zona de Besarabia –en manos de Rumania desde el fin de la Gran Guerra– donde creó la República Socialista Soviética de Moldavia.

En teoría, la Unión Soviética se componía de repúblicas federadas que gozaban de una amplia autonomía para su administración interna. Cada una de ellas, con excepción de Rusia,

tenía su propio Partido Comunista y todas eran “soviéticas”, es decir que, en principio, el poder político residía en los soviets. Estos organismos colegiados presentes en los distintos niveles administrativos conformaban una estructura piramidal que, partiendo de los soviets locales, pasaba por las repúblicas y llegaba al Soviet Supremo de Diputados del Pueblo, con sede en Moscú. Si bien su posición era equivalente a la de los cuerpos legislativos nacionales de las democracias europeas, como organismo de gobierno carecía de poder efectivo. En gran medida lo mismo ocurrió con el poder ejecutivo a cargo del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS. El poder real residió en el Partido Comunista, que organizó una estructura paralela a la de la administración estatal. Los organismos estatales recibían órdenes directas del partido y la designación de los funcionarios de alto nivel estuvo en manos de la cúpula partidaria, con el consiguiente vaciamiento de los organismos a cargo del gobierno.

El concepto “república soviética” era una cáscara vacía: los soviets nunca intervinieron en la designación de las autoridades, ya que los miembros de los gobiernos republicanos eran designados por el Comité Central del Partido Comunista. En el plano local, los soviets quedaron subordinados a los comités del partido, en los que prevalecía la voz del secretario general sujeto, a su vez, a la cúpula bolchevique. Así como no fue soviética, URSS tampoco fue federal: la autonomía de las repúblicas era nominal y sus autoridades dependían de la dirigencia comunista. Según el reglamento del partido redactado en 1919, todas las organizaciones comunistas de las diferentes repúblicas eran consideradas simples unidades regionales del PCUS. Bajo este principio, los organismos comunistas de Ucrania, por ejemplo, estaban estrictamente subordinados al Comité Central de Moscú. Tampoco se permitía que las repúblicas tuvieran vínculos entre sí: solo podían relacionarse con la RSFSR.

En el PCUS todas las riendas del poder quedaron en manos de la cúpula partidaria. Los comités comunistas respondían disciplinadamente a las directivas de los órganos superiores, y aunque formalmente los secretarios eran elegidos por las bases, en los hechos los nombramientos y las destituciones quedaron en manos de la Secretaría del Comité Central. El partido gobernante era una organización piramidal con el poder concentrado en un pequeño círculo: los hombres del Politburó y el jefe político máximo de este entramado. El primero fue Lenin, quien controló con dureza los resortes del poder hasta que cayó enfermo en 1922; después se impuso Stalin, quien tuvo en sus manos un poder inmenso que utilizó despóticamente hasta su muerte en 1953.

Película

La felicidad* (*Schastye)

Ficha técnica	
Dirección	*Aleksandr Medvedkin*
Duración:	61 minutos
Origen / año	Unión Soviética, 1934
Guión	Aleksandr Medvedkin
Fotografía	Gleb Troyanski
Montaje	Aleksandr Medvedkin
Diseño de producción	Aleksei Utkin
Intérpretes	Pyotr Zinovyev (Jmir); Yelena Yegórova (Anna); Mikhail Gipsi (Taras); Lidiya Nenasheva (monja); Nikolai Cherkasov (Focas); Viktor Kulakov (cura); V. Lavrentyev (soldado) y V. Uspensky (ladrón).

Sinopsis

Un cuento popular dedicado al último holgazán koljosiano. Así es como en la apertura de la obra anuncia Medvedkin *La felicidad,* film inclasificable que toma distancia de la realización soviética contemporánea y en el que se despliegan las desdichas de las vidas de un campesino y su mujer y, en un breve final, se celebra la llegada de la felicidad tan postergada. Narrado en un cierto tono que podríamos definir como de *comedia intervenida*, el film se divide en cuatro partes en las que se desarrollan cronológicamente los distintos capítulos de la vida de Jmir, el más común de los campesinos rusos, desde la época del zarismo hasta la llegada de la colectivización a principios de los treinta. No hay en él fechas precisas, pero el paso del tiempo en la vida del protagonista implica que el relato se abre sobre las últimas décadas del siglo XIX y, en su transcurso, se mencionan diversas experiencias históricas de la gente común que, como Jmir, fue "azotada durante treinta y tres años, fusilada en doce frentes y siete veces muerta en los Cárpatos…" Semejante enumeración evidencia la intención de denuncia que sustenta el relato, pero la gracia ligera que lo anima, el tratamiento en general cómico de personajes y situaciones y el cariño que el director dedica a los protagonistas permanentemente asediados por la explotación, la miseria y la represión, confieren a *La felicidad* una extraña luz propia en comparación con los filmes soviéticos de la época y, más allá de la alegría final por la llegada del bienestar colectivo, encontramos en el curso de la película una serie de situaciones significativas sobre la historia ruso - soviética y ciertas imágenes extraordinarias cuyos sentidos nos proponemos indagar en lo que sigue.

Acerca del interés histórico del film

La felicidad se abre sobre un escenario de cuento para niños en el que pueden reconocerse, al menos, dos influencias estéticas: el cine primitivo de los maestros de comienzos del siglo XX, como el del *Viaje a la luna* de Mélies, y la gráfica popular rusa que se evoca en la composición de cuadros fijos presentados a la manera típica de las historietas. Esta opción le imprime a las imágenes del film una cierta fijeza que se confirma en el desarrollo de la historia: ¡qué quieto parece el campo ruso! ¡Cuán invariables parecen las vidas de sus habitantes! Sobre esa quietud se mueven graciosamente nuestros héroes vulgares. Y aquí, tal como señaló en su momento, Sergei Eisenstein, se impone destacar otra influencia poderosa en *La felicidad*: el andar de Jmir, su forma de pararse y de desplazarse en el cuadro remiten en general a la comicidad física del cine mudo y, en particular, al Charlot de Chaplin, ese otro héroe popular que transita el mundo de los seres simples entre la gracia y la desgracia.

En la primera secuencia del film se deja constancia completa e irrefutable de la estructura social de la Rusia zarista y de sus injusticias consecuentes. Jmir, su padre y su mujer, atisban por un mínimo resquicio a través de una alta cerca de madera; al otro lado, el noble del lugar se da un delicioso banquete sin siquiera esforzarse por tocar los manjares que vuelan hacia su boca movidos por una fuerza invisible. Indignado, el anciano padre de Jmir se propone invadir la casa para degustar, él también, lo que no ha tenido a pesar de sus sesenta y tres años de trabajo de la tierra. En su pirueta desafortunada da un traspié y muere al caer en el interior de la propiedad. Su cómica barba puntiaguda queda apuntando hacia el cielo, como culpando a todos los de arriba de su tragedia infinita. Airado, Focas, el noble, ordena retirar el cuerpo y multa a Jmir por los daños provocados por el ahora difunto en su cerca y en su patio. Antes, se santigua convenientemente.

Las campanadas confirman la omnipresencia de la religión y de los curas, que se presentan ante Jmir en el cementerio para exigir el cobro del oficio fúnebre… Harta de la sucesión de desdichas e injusticias, Anna, la decidida esposa, le ordena a Jmir marcharse en busca de la felicidad y no regresar hasta alcanzarla. Como veremos, lo que comienza como pequeño cuento propio de la tradición medieval irá adquiriendo otras dimensiones en el curso del relato.

Vaga nuestro héroe por los campos desiertos y un cartel clavado a un tétrico árbol le advierte sobre sus posibles caminos: “Si vas a la izquierda morirás, si vas recto perecerás, si vas a la derecha no morirás, pero tampoco vivirás”. Clarísimas la alternativas para el campesinado ruso bajo el zarismo… Perplejo, Jmir divisa a pocos metros a una curiosa pareja: el cura y un monje penitente, que se habían mostrado mutuamente generosos al hallar una moneda en el camino, se enfrentan inmediatamente en feroz pelea al divisar, sobre un puente, una cartera colmada de billetes que un comerciante ha dejado caer inadvertidamente. Mientras los oficiales del señor dan rienda suelta a su codicia y a su egoísmo, Jmir recoge la cartera y se marcha de vuelta a casa a llevarle a Anna la felicidad encargada.

Con el dinero hallado por fortuna, Jmir y Anna ponen de pie la pequeña granja familiar. Granos, animales, cercas, arbolitos y hasta un caballo con lunares que Jmir monta en estampa quijotesca y que ha comprado para que tire de su arado. Pero el estrafalario animal no responde a sus expectativas: anda con el establo a cuestas, se come la paja de su techo y se niega a fatigarse con el arado. Desesperada, Anna se acollara a la cincha y tira del arado siempre cuesta arriba, mientras Jmir empuja y le da agua de trecho en trecho. Exhausta, Anna cae postrada y Jmir la recubre de flores mientras, acordeón en mano le canta un sueño imposible de amor y de tocino para los dos. ¡Qué hermoso sueño! parece suspirar Anna, bellísima entre las flores y la música de su marido. ¡Y qué breve!, agrega Medvedkin, enviando al noble, que ha mantenido toda la escena bajo su ojo vigilante, a multarlos porque las leyes indican que no puede permitirse ese trato desconsiderado hacia una mujer.

Cabeza levantada, la mejor cosecha en años, los protagonistas celebran la primavera danzando una abundancia que se les escurre como agua entre las manos. Unas tras otras, con puntualidad litúrgica y gesto serio de quien debe cumplir con un deber superior, las diversas figuras de la fiscalidad desfilan por la granja en una escena memorable tras la que se quedan con todo lo que ha rendido la tierra. Observemos con detenimiento este desfile, sin olvidar que la mitad de la cosecha ha ido a dar a manos del señor: a la cabeza el cura avaricioso, detrás de él, el soldado, el funcionario del Zar, el comerciante y las dos mujeres más misteriosas del cine soviético de la década. Vuelven a sonar las campanadas rituales y comienza el acto de la expoliación del campesino celebrado en tono entre grave y risueño. Jmir intenta ocultarse pero es inútil, la fuerza policial lo trae de vuelta y termina pagando cada cuenta a cada uno de sus parásitos visitantes: “Por esto, por lo otro, como tributo, por los pagos atrasados, por Dios, por el emperador […]”. Medvedkin enfatiza la tragedia y la comedia de las clases acelerando el montaje: los sacos, los billetes y las monedas se van de la granja a toda velocidad y con ellos, una vez más, la felicidad de los humildes.

Volvamos a esas dos mujeres tocadas apenas con transparencias negras que representan a la iglesia y exigen de Jmir el óbolo a las imágenes que le ofrecen. Debajo de las gazas se advierten sus pechos desnudos en una visión sin precedentes para el cine, no sólo soviético, de la época. ¿Doble moral de la religión que conforma el poder? ¿Exhibición de la fatuidad de lo sagrado? Cualquiera sea la lectura que hagamos de la escena, Medvedkin se ha atrevido a una irreverencia fuera de todos los cánones, aún en el contexto de un proceso revolucionario que ha combatido a la religión y a sus instituciones. Pero las imágenes de ambas mujeres siguen siendo sorprendentes porque los sentidos de su presencia en la escena no se pueden descifrar cabalmente. Más allá del elemento provocador que hallamos en ella, Medvedkin ha asumido en la secuencia el espacio de una libertad nueva para avanzar en lo que se puede mostrar y hacer ver a sus contemporáneos por medio del cine: cuerpos femeninos cubiertos de los atavíos de un poder que los vela al tiempo que los revela, ambiguos y sugestivos, insinuantes a la vez que sometidos a la práctica del sometimiento de los otros. Algo más inquietante vive en esas imágenes: en el momento más dramático de la obra Medvedkin volverá a explorar los sentidos políticos del encubrimiento de los cuerpos bajo los distintos poderes.

Terminada la ceremonia de la expoliación, Anna y Jmir vuelven a su miseria ordinaria. Como coronación de su tragedia, un par de ladrones intentan robarles lo que ya no tienen y terminan condoliéndose con Jmir al que le dan un poco de dinero…

El campesino intenta la última salida del círculo de las injusticias. Tomando de aquí y de allá las maderas de su choza, empieza a fabricar el ataúd en el que echarse de una vez afuera de este mundo. ¡Alarma! ¡Indignación! “Si el campesino muere ¿quién dará de comer a Rusia?” Funcionarios, policías, curas y militares se abalanzan sobre Jmir para recordarle sus deberes y prohibirle terminantemente el suicidio desleal hacia Rusia en el que pretende incurrir. Al pobre campesino no le asiste siquiera el derecho a morir: “Denle una paliza hasta que esté a punto de morir, pero que no muera”, la orden señorial deja en claro el sentido y el funcionamiento de la justicia imperial.

La escena va, sin embargo, mucho más allá de la confirmación de la dominación y de sus motivos que en ella se despliega: a la orden militar la sucede una asombrosa procesión de oficiales cuyos rostros se cubren de máscaras horrendas. El encubrimiento de los represores es ya un signo impresionante en el curso de un reato en el que las violencias sociales se han mostrado, hasta este punto, con los rostros moderadamente amables de la comedia de costumbres. El gesto espantoso de las máscaras, su multiplicación en el cuadro, el trastocamiento y la impersonalidad que imprimen a los cuerpos uniformados mientras sujetan, arrastran y golpean a Jmir, sin verlo, sin saber quién es, sin reconocer su persona, supone la introducción en el film de un tipo de violencia de nuevo signo, ejecutada con indiferente brutalidad por seres que han entregado sus existencias al servicio de un poder que los emplea *in extremis* como su fuerza más eficaz.

Aun velados sus ejecutores, la violencia de la autoridad y sus significados más profundos se revelan abiertamente en las acciones de esos cuerpos oscuros que se mueven con gesto mecánico en el cumplimiento de órdenes tan perversas como el orden que sostienen. Medvedkin ha encontrado y expuesto el rostro deshumanizado de la violencia represiva del imperio, pero el efecto estremecedor de sus imágenes trasciende cualquier historicidad lineal: se trata, más profundamente, de una fuerza informe que cualquier poder podrá poner a su disposición.

“Y a Jmir lo azotaron durante treinta y tres años, y en doce frentes lo fusilaron y siete veces lo mataron en los Cárpatos y perdió la fe, incluso al ingresar en el koljós […]”. Ha transcurrido casi todo el film y la felicidad de nuestro héroe sigue siendo una quimera. La llegada de la granja colectiva lo encuentra sin ningún entusiasmo, desanimado y apático; y si bien Anna, tan productiva y enérgica como siempre, ha encontrado su sitio en el tractor, los viejos parásitos siguen merodeando prestos al boicot y a la maniobra ventajera contra el bien común. Sancionado por su desidia en el carro aguatero, Jmir reniega de la comunidad y se aísla del koljós para intentar una infructuosa salida individual: se pone a cultivar su propia huerta sin ningún resultado. Acosado otra vez por hombres de uniforme, frágil y tembloroso, se oculta en el viejo baúl, su única pertenencia, que recuerda aquel ataúd que no le permitieron ocupar.

El brazo que lo hace salir del encierro fallido se muestra ahora comprensivo y generoso, y le convida un cigarro con el que alejar sus penurias. En la mirada perpleja y temerosa de Jmir, en

la que el cineasta francés Chris Marker (*La tumba de Alejandro*, 1993) encuentra signos del terror estalinista, percibimos, cuando menos, la incertidumbre de esa criatura de simple condición convocada ahora por un nuevo poder que le exige la redención por medio del trabajo colectivo. ¿Y ahora qué quieren de mi? parecen preguntar sus ojos claros en el gesto sorprendido del campesino que ha entregado su vida a los sucesivos poderes de turno.

Integrado por fin a la marcha del trabajo colectivo, Jmir y los otros miembros del Koljós deben lidiar aún, y por bastante tiempo, con serias dificultades. No faltan los resentidos, que no son pocos y que añoran los tiempos de los privilegios, abundan las trampas, los sabotajes, la búsqueda del interés individual. Detectados y castigados los culpables, sobre todo el antiguo noble devenido en Kulak, Anna recibe la recompensa que le corresponde por sus largas jornadas de trabajo y nuestros héroes gozan al fin de un paseo por la ciudad en el que Jmir compra ropas nuevas y se deshace de sus miserables harapos.

Ha llegado por fin la felicidad, pero Medvedkin le dedica un tiempo tan breve que en el conjunto del film su escasa presencia no alcanza a contrapesar la larga y honda sucesión de pesares de los protagonistas. ¿Será por eso que las autoridades encontraron inconveniente la difusión del film? Lo cierto es que *La felicidad* apenas se exhibió unos pocos días en los cines soviéticos, levantada rápidamente después de una crítica que acusaba a su director de presentar en el film "la línea de Bukharin". La burocracia se encargó entonces de evitar cualquier tipo de posible interpretación ambigua de la obra. En medio del control extendido sobre la producción artística de la década y de los múltiples sentidos de la paranoia desatada por y entre los propios perseguidores, la prohibición que envió a la película a los archivos por medio siglo sólo puede tener un significado: no había en el más notable film soviético de la época felicidad suficiente con la que hacer propaganda.

Sobre el director y su obra

Casi nada sabríamos de Aleksandr Medvedkin si no fuera por el extraordinario film que el director francés Chris Marker dedicó a su figura poco después de su muerte y en el marco del colapso definitivo del comunismo soviético: *La tumba de Alejandro* o *Canto fúnebre para Alejandro* (*Le tombeau d'Alexandre*, Francia, 1993). A Marker, y a algunos de sus colegas y amigos de la cinematografía francesa, apasionados por la obra y la vida de Medvedkin, debemos también la rehabilitación de *La felicidad,* presentada en París en 1984.

La amistad entre ambos directores subtiende el conjunto del relato del film de Marker, estructurado en cinco cartas dedicadas al amigo fallecido. Tomaremos nota en lo que sigue de algunos elementos de *La tumba de Alejandro* –que también es conocida como *El último bolchevique*- procurando a la par presentar los principales hechos públicos de la vida de Medvedkin y de su trayectoria como hombre y como cineasta.

"Campesino, hijo de un campesino, hijo de otro campesino […]". Así define sus orígenes Medvedkin sobre el final de su vida ante los discípulos franceses. Convocado por el

entusiasmo revolucionario, el joven Aleksandr, que trabajaba en el ferrocarril, se enroló en las filas del ejército rojo en el que combatió durante ocho años hasta alcanzar el grado de coronel. En 1928 declinó su ascenso y se dedicó a una vocación de cineasta comprometido con la causa soviética a la que ofreció el resto de su vida.

Medvedkin había mostrado ya sus inclinaciones artísticas en el ejército, en el que, entre batalla y batalla, dirigía a sus camaradas en representaciones teatrales recogidas de la tradición popular, y adaptadas a los insólitos escenarios de campaña. Ya como realizador de cine, entre 1931 y 1934 acometió un singularísimo proyecto de su propia iniciativa, el Cinetrén *(Kinopezd)*, que relata con detalles en su diario de notas *El cine como propaganda política*, *294 días sobre ruedas* (Buenos Aires, Siglo XXI, 1973) escrito a lo largo de la experiencia. Vehículo único de la didáctica popular soviética, el cinetrén, montado especialmente y tripulado por el director y un grupo de técnicos especializados, consistía en una locomotora y dos vagones: uno equipado para el rodaje y la posproducción y el otro para la proyección de las películas realizadas durante los viajes. El propósito principal del cinetrén era recorrer ciertas unidades productivas del territorio soviético, registrar la vida y las formas de trabajo de la gente y editar a toda velocidad películas que se exhibían al otro día de la filmación y en las que se exponían los errores organizativos o las dificultades particulares que entorpecían o limitaban la producción agrícola, industrial o minera en el marco del plan quinquenal en pleno desarrollo. Se trataba de filmes breves, de unos pocos minutos de duración que se mostraban a sus propios participantes a los que se invitaba luego a un debate en torno del origen de las dificultades y las prácticas que debían corregirse para mejorar la productividad.

La experiencia, que el director concibió y vivió como un aporte concreto al desarrollo del socialismo, dejó como resultado la realización de más de cuarenta cortometrajes exhibidos puntualmente en aldeas y fábricas, pero desconocidos por el gobierno central que nunca aceptó la difusión más amplia del proyecto –que rehusó seguir financiando– ni de los filmes. A principios de la década de 1980, los tres rollos de película que registran las más de nueve horas de cine popular del cinetrén, fueron desempolvados de un archivo en cuyo catálogo no figuraban. ¿Qué hay en ellos? Trabajo humano puesto a desarrollar la Unión Soviética bajo la matriz de la colectivización de la tierra y la industrialización forzada. Hombres y mujeres entusiasmados y disciplinados, sí, pero también saboteadores, haraganes, ladrones y burócratas que se desentienden de los reclamos de los trabajadores o los castigan por no alcanzar las metas impuestas sin haberse ocupado de garantizar los medios para conseguirlas. Debates, preguntas, discusiones, atisbos de democracia obrera en un contexto político en el que ninguna de estas cosas eran ya bien recibidas por el poder. Hay, también, juicios ejemplificadores en contra de traidores y boicoteadores, sobre todos los kulaks inadaptados, que derivaban en muchos casos en sus ejecuciones.

Medvedkin no acierta en su diario a comprender la resistencia de muchos hombres y mujeres a la política colectivista y se muestra sorprendido e incluso indignado por la desidia y la falta de compromiso bastante extendidas y, sobre todo en el campo, que conoce bien desde la cuna, asombrado porque el ideal del trabajo colectivo, en cuya superioridad cree firmemente,

tiene como resultado principal una merma sensible en la productividad agrícola general. Lo cierto es que su cinetrén no deja de mostrar cómo funciona, para bien y para mal, la producción soviética bajo el plan quinquenal en las entrañas mismas de las relaciones entre estado y sociedad en las más diversas situaciones y condiciones y las vidas en muchos sitios misérrimas de los trabajadores.

Marker apunta que de esta experiencia en tren a lo largo y a lo ancho del país en acelerada transformación extrajo Medvedkin el tema de *La felicidad* y el nulo entusiasmo con el que Jmir recibe la colectivización. Muestra además cómo muchos de los escenarios y las situaciones del film están inspirados en ciertas imágenes de los cortos del cinetrén. Unas y otras, las que fueron tomadas directamente de la realidad y las de la ficción que estas inspiraron recibieron el rechazo del partido y el olvido durante décadas.

El entusiasmo y el compromiso con su propia perspectiva que Aleksandr Medvedkin puso en su oficio de cineasta popular lo llevaron a situaciones de desautorización oficial o censura implícita o explícita desde mediados de los treinta. La película que siguió a *La felicidad*, *Nueva Moscú* (*Novaya Moskva*, 1938) se retiró de la proyección inmediatamente, cuando, azorados, los funcionarios soviéticos vieron en su transcurso, en montaje revertido, la reconstrucción de la catedral del Salvador, destruida por orden de Stalin pocos años antes. La nueva Moscú se mezclaba y se confundía en el film con la de los zares, en un juego con el tiempo que, en palabras del director, se proponía destacar las diferencias entre una y otra y favorecer la necesidad de las transformaciones presentes y futuras que se exhibían, brevemente, al final del film. Para las autoridades soviéticas *Nueva Moscú* marcó la hora en la que Medvedkin ya no podría seguir trabajando sobre sus propias ideas, de ahí en más se le impondrían los motivos y los temas de sus películas.

El paralelo con Vertov y con Eisenstein es evidente y significativo. Su obra como cineasta declina a la sombra del realismo socialista y, sobre todo, a la par de la extensión del terror estalinista que se llevó fusilado, entre muchos otros, a su amigo y antiguo compañero en el ejército el escritor Isaac Babel. Su viuda le cuenta a Marker cómo el mismo Medvedkin vivió esos años con temor creciente sobre su propia suerte, aun habiendo apoyado al principio los procesos contra la supuesta conspiración de 1937 convencido de la verdad del partido. Calló y sobrevivió, enviado, como sus más brillantes colegas, a hacer el tipo de propaganda que el régimen quería. Marker lo reencuentra en los archivos filmando el desfile en honor de Stalin del 1° de mayo de 1939. Ya no vemos allí la fantasía de las otras ciudades pasadas o futuras, sólo la que existe y que celebra la realidad oficial que se ha apropiado de todas las imágenes que pueden ser difundidas.

¿He aquí la tumba de Alejandro? Antes que cualquier juicio personal y más allá de toda metáfora lineal, el film de Marker traza la memoria de un cineasta singular que se propuso atravesar la vida haciendo la historia de su sociedad y se vio también él atravesado por la historia de su tiempo. En esta memoria única de un cineasta por otro, su tiempo es también aquel de Jmir, el campesino de todas las Rusias y, luego, el nuestro, el de esa otra tumba de Alejandro, el zarevich Alejandro III, rehabilitada en la Moscú poscomunista de fin de siglo para

la celebración de los paseantes y flanqueada por un soldado de rostro asombrosamente parecido a las máscaras de los represores de Jmir. No es una broma forzada ni una anacronía antojadiza, apenas transfiguradas, las imágenes del pasado que no podemos develar completamente se empeñan en retornar para que sigamos interrogándolas.

Actividades

Actividad 1

En base a la lectura de este capítulo, distinguir las estrategias de “clase contra clase” y la de “frente popular”, precisar las consecuencias de cada una en el escenario político europeo.

Actividad 2

Complete el siguiente cuadro señalando brevemente la política soviética respecto a la industria, el ámbito agrario y las tendencias en el seno del partido en cada uno de los periodos consignados:

	Guerra civil	Nueva Política Económica	Industrialización acelerada y colectivización forzosa
Industria			
Ámbito agrario			
Partido Comunista			

Actividad 3

Sobre la base del texto de Orlando Figes, *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*, Cap. 4 “El Gran Terror (1937-1938)” fundamente si la siguiente afirmación es verdadera o falsa:

“La cúpula del partido bolchevique liderada por Stalin instrumentó un extendido terror sobre el conjunto de la sociedad que fue víctima indefensa a merced del poder del Estado”

Actividad 4

A partir del análisis del texto de Sheila Fitzpatrick *La revolución rusa*, Cap. 4 “La NEP y el futuro de la revolución”, elabore sus conclusiones sobre la NEP teniendo en cuenta las siguientes cuestiones:

- Los objetivos de la NEP y los resultados de esta política económica y social.
- Los grupos en que se dividió la cúpula del partido después de la muerte de Lenin, las razones de sus enfrentamientos y el resultado final de los mismos.

Actividad 5

El film *La felicidad* narra la experiencia de una pareja de simples campesinos rusos entre las postrimerías del zarismo y la implementación de la colectivización forzosa en la década de 1930. En relación con diversas instancias que se narran en la obra:

- Señale y describa brevemente las formas de explotación de la tierra que se presentan en el film en conexión con las distintas etapas de las vidas de los protagonistas.

- Caracterice y desarrolle brevemente la reacción de los distintos sujetos sociales ante la colectivización de la tierra.

CAPÍTULO 5
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
Y EL HOLOCAUSTO

María Dolores Béjar, Florencia Matas, Marcelo Scotti

Introducción

Este capítulo está organizado en torno a tres grandes ejes:

- La Segunda Guerra Mundial: la constitución de dos campos el fascista y el antifascista.
- La dominación nazi sobre Europa.
- La traumática experiencia límite el Holocausto o Shoá.

A mediados de la década de 1920 se abrió un período de distensión en las relaciones entre las principales potencias. Después del tratado de Locarno, de 1925, pareció posible que las ambiciones y los intereses encontrados de los principales Estados europeos fuesen manejados a través de la negociación. Pero en los años treinta, la fragilidad de la distensión se hizo cada vez más evidente. A mediados de 1932, el físico Albert Einstein y el psicólogo Sigmund Freud intercambiaron por carta ideas sobre una preocupación compartida: “¿Hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la guerra?”.

Los dos primeros países en cuestionar Versalles fueron Japón, con su avance sobre China, y poco después Alemania. Desde su ingreso al gobierno en 1933, Hitler tomó una serie de medidas que revelaban la intención de que Alemania recuperase su posición como potencia europea, a costa de revisar las restricciones militares y la remodelación de las fronteras impuestas por los vencedores de la Primera Guerra Mundial.

Sin demasiada convicción, las democracias europeas y el comunismo tantearon la posibilidad de unirse, pero el frente antifascista no llegó a concretarse antes de que estallase la guerra. Al ponerse en marcha el expansionismo nazi, Gran Bretaña y Francia intentaron apaciguar a Hitler. Por su parte, el gobierno de Stalin firmó un tratado de no agresión con el régimen nazi que habilitaba a Moscú a ocupar el este de Polonia. Recién en 1941, dos años después de que hubieran comenzado las batallas, los tres principales regímenes se alinearon definidamente en dos campos: por un lado, el Eje nazi-fascista, y por otro el antifascista, con las democracias occidentales aliadas al comunismo.

La segunda de las guerras mundiales tuvo varias dimensiones, que exceden lo militar: fue una guerra entre dos tipos de Estados capitalistas –los democráticos y los nazi-fascistas– y una guerra entre dos regímenes: el nazi y el comunista, que compartían el antiliberalismo y un decidido autoritarismo, pero eran resultado de dos ideologías y de dos proyectos sociopolíticos opuestos. En Europa, la Segunda Guerra Mundial incluyó la lucha de movimientos de resistencia nacional contra la ocupación nazi, y en este sentido fue, en gran medida, una guerra civil europea. Charles de Gaulle, por ejemplo, en nombre de la restauración de la verdadera Francia, enfrentó a los nazis, pero también al gobierno francés cómplice de los invasores.

Hacia la guerra

Desde los inicios de su actividad política Hitler había expresado su repudio al tratado de Versalles y la convicción de que Alemania debía romper con los acuerdos impuestos a través de la "traición" de la República de Weimar. No obstante, antes de que el jefe nazi ingresara al gobierno una serie de hechos evidenciaron que el clima de distensión se había enrarecido. En la Conferencia Internacional de Desarme inaugurada en febrero de 1932 las posiciones encontradas impidieron organizar el debate. El gobierno conservador alemán exigió que sus derechos y restricciones en el campo de los armamentos fuesen equiparados con los de las demás potencias, y ante las dilaciones sobre este reclamo se retiró momentáneamente del foro.

También la crisis económica intensificó la tensión internacional. La mayor parte de los países, buscando proteger a sus productores, optaron por medidas unilaterales. La Conferencia Económica Internacional reunida en Londres en julio de 1933 fracasó debido a las resistencias para adoptar reglas compartidas. Casi todos los gobiernos respondieron a la crisis con la desvalorización de la moneda y barreras proteccionistas, medidas que acentuaron la caída de los intercambios internacionales.

Francia e Inglaterra incrementaron los vínculos con sus posesiones coloniales. Japón, Italia y Alemania, que carecían de este recurso, se inclinaron hacia la autarquía –una opción viable solo para el corto plazo– y promovieron la expansión territorial a través de la fuerza. Esta política combinaba razones económicas con un ideario nacionalista (y racista en el caso nazi) que promovía la grandeza nacional vía el sometimiento armado de otros países. Aunque los tres coincidieron en desmantelar el sistema de Versalles, en un principio cada Estado nacional persiguió objetivos propios, y estuvieron lejos de conformar un bloque con objetivos y vías de acción ampliamente compartidas. Las divergencias iniciales fueron evidentes en el caso de las relaciones entre Roma y Berlín.

Cuando Mussolini encabezó el gobierno italiano fue visualizado como el hombre capaz de restaurar el orden en su país, y hasta mediados de los años treinta fue un interlocutor confiable que acompañó decididamente a Francia y Gran Bretaña en la preservación del mapa europeo dibujado al finalizar la Primera Guerra Mundial. A fines de julio de 1934, el líder fascista envió tropas a la frontera ítalo-austríaca para frenar el golpe alentado por los nazis más radicales, y

posibilitó la permanencia de los conservadores austríacos en el gobierno. Esta decisión se correspondía con los intereses de grupos económicos italianos interesados en ejercer su predominio sobre los Balcanes. En abril del año siguiente, después de que Hitler cuestionara Versalles al anunciar el restablecimiento del servicio militar obligatorio en Alemania, Mussolini firmó un acuerdo con el ministro de Asuntos Exteriores francés, Pierre Laval, y el primer ministro británico, el laborista Ramsay MacDonald –el llamado frente de Stresa, nombre de la ciudad italiana en la que se reunieron– que reafirmaba la independencia de Austria y la obligación de Alemania de respetar el tratado de Versalles. Sin embargo, la invasión de Etiopía en octubre de 1935 por el ejército italiano dio lugar a la decidida unidad de acción entre Roma y Berlín, sostenida básicamente en la afinidad política e ideológica entre fascismo y nazismo.

El fascismo italiano se lanzó a la conquista en el norte de África con el doble propósito de incorporar nuevos mercados y de vincular su política exterior con la grandeza del antiguo Imperio romano. Con esta agresión, el frente de Stresa se derrumbó. El emperador etíope Haile Selassie solicitó el respaldo de la Sociedad de Naciones, como país miembro de dicha organización mundial, y Francia –junto con Gran Bretaña– aprobaron la aplicación de sanciones económicas, poco efectivas, al gobierno de Mussolini. Hitler, en cambio, respaldó la acción del Duce. El vínculo entre ambos jefes políticos se consolidó con la intervención conjunta en la guerra civil española para apoyar al general Franco, y con la proclamación, en noviembre de 1936, del Eje Berlín-Roma A fines de 1937, Italia, como en 1933 lo hiciera Alemania, abandonó la Sociedad de Naciones.

Las primeras crisis provocadas por el quebrantamiento del statu quo por parte de Hitler fueron cortas e incruentas. Estos éxitos fortalecieron el mito del Führer[1].

En Asia, con la ocupación de Manchuria en septiembre de 1931 como reacción al "incidente de Mukden" –la explosión en septiembre de 1931 de un ferrocarril con tropas japonesas–, el Imperio japonés dio el primer paso en la escalada que conduciría a la guerra, sin que la Sociedad de Naciones ejerciera algún tipo de freno efectivo frente al invasor. Japón, un país superpoblado y con escasas materias primas, había sufrido especialmente la contracción del comercio mundial. El giro a favor del rearme ayudó a la recuperación económica experimentada desde 1932, luego de tres años de una profunda recesión derivada de la crisis mundial de 1929. El ingreso en Manchuria fue una decisión unilateral de los efectivos militares de Kuantung. Las órdenes del gobierno destinadas a detener la intervención fueron ignoradas.

[1] Los principales hitos de la política exterior del gobierno nazi
–Retiro de Naciones Unidas, octubre de 1933.
–Pacto con Polonia, enero de 1934.
–Golpe en Austria, julio de 1934.
–Plebiscito en el Sarre a favor de la reincorporación al Reich, enero de 1935.
–Reintroducción del servicio militar obligatorio, marzo de 1935.
–Acuerdo naval con Inglaterra, junio de 1935.
–Reocupación de Renania, marzo de 1936.
–Proclamación del Eje Berlín-Roma, octubre de 1936.
–Pacto Anti-Komintern con Japón, noviembre de 1936.
–Anexión de Austria (Anschluss), marzo de 1938.
–Conferencia de Munich, setiembre de 1938.
–Ocupación de Praga, marzo de 1939.
–Pacto Ribbentrop-Mólotov, 23 de agosto de 1939.
–Invasión a Polonia, 1 de setiembre de 1939

Pocos meses después, en mayo de 1932, el primer ministro, que intentó frenar al ejército, fue asesinado por jóvenes ultranacionalistas. En adelante, el emperador nombró gobiernos presididos por personas de su confianza que no procedían de la dirigencia política, pero gozaban de autoridad y prestigio en las fuerzas armadas. Tokio impuso en Manchuria un gobierno títere encabezado por Pu-Yi, el emperador chino destronado con la instalación de la República. El gobierno japonés estaba decidido a dominar el Pacífico, y en marzo de 1933 abandonó la Sociedad de Naciones.

En el plano interno, la existencia de partidos débiles, de gobiernos no parlamentarios y el deterioro institucional se combinaron con luchas facciosas en el interior del propio ejército. El episodio más evidente de esta situación tuvo lugar el 20 de febrero de 1936. Al día siguiente de las elecciones generales en las que el partido Minseito resultó ganador, un importante número de jóvenes oficiales identificados con la fracción ultranacionalista, Escuela de la Vía Imperial (*Kodo-ha*), se embarcó en un golpe de Estado, y asesinaron a ex jefes del gobierno y otras conocidas figuras. El levantamiento no prosperó y el emperador dispuso que los dirigentes sediciosos fueran ejecutados. La fracasada acción de fuerza no afectó el prestigio del ejército como institución, pero dio lugar a la consolidación de la fracción rival, la Escuela del Control (*Tosei-ha*). Sus integrantes, militares nacionalistas y decididamente favorables a la expansión territorial de Japón, se mantuvieron al margen del proyecto golpista. A mediados del año siguiente, los incidentes que se produjeron en las afueras de Pekín entre tropas chinas y japonesas que contra todo derecho se desplazaban por la zona, dieron inicio a la guerra chino-japonesa que se prolongó en la Segunda Guerra Mundial.

El autoritarismo en Japón no estuvo asociado al fortalecimiento de partidos de derecha que combinaran la violencia, las elecciones y la movilización de amplios sectores de la sociedad, como ocurrió en Italia y en Alemania. Japón era un país con menor juego democrático, y además no se dio allí un partido de masas con sus propias fuerzas paramilitares que tomara el control del aparato estatal. En este país fue el ejército quien se hizo cargo del gobierno y puso en marcha la acción bélica con fines expansionistas.

En noviembre de 1936 Alemania y Japón firmaron el pacto anti-Komintern, un documento básicamente ideológico en el que ambos gobiernos acordaron mantenerse informados sobre las actividades de la Internacional Comunista para cooperar estrechamente en las medidas de defensa que considerasen oportunas. Entre 1937 y 1941 se sumaron España, Italia, Finlandia, Eslovaquia, Croacia, Hungría y Rumania. A excepción del gobierno de Franco, el resto apoyó la guerra contra la URSS dispuesta por Hitler en junio de 1941. Japón, en cambio, se mantuvo al margen de esta empresa. Los militares en el poder, siguiendo los tradicionales intereses expansionistas japoneses, habían desplegado sus efectivos en el área del Pacífico y el Asia oriental. Para no dispersar sus fuerzas en dos frentes, y al margen de consideraciones ideológicas, en abril de 1941 firmaron un pacto de no agresión con Stalin, también interesado en evitar enfrentamientos que excedían las posibilidades de la Unión Soviética. Este tratado estuvo vigente durante casi todo el conflicto; recién en Yalta (febrero 1945) el dirigente soviético decidió entrar en guerra con Japón y sumar así sus fuerzas militares a las de Estados Unidos.

El nazismo y la guerra

Las decisiones del Führer tuvieron una incidencia clave en el desencadenamiento de la guerra europea. Los historiadores aún discuten las razones de la política exterior del nazismo. ¿Fue la voluntad de Hitler –puesta al servicio de sus fines ideológicos– el motor central?; o, por el contrario, ¿fueron los factores estructurales (la dinámica caótica y radicalizada del régimen nazi, o bien los intereses del gran capital, o la necesidad de canalizar el descontento social interno) los que imprimieron su sello y condicionaron las acciones del caudillo nazi?

Desde su ingreso a la escena política Hitler planteó algunas ideas extremas: el racismo, la búsqueda de espacio vital para Alemania y la liquidación del comunismo. La raza aria y especialmente sus hombres más sanos y fuertes debían eliminar a los inferiores para tener asegurada su supervivencia. La propuesta del nazismo se diferenciaba de la política exterior revisionista de los conservadores porque no aceptaba que la recuperación de las fronteras de 1914 fuese suficiente para garantizar la seguridad alemana y asegurar su desarrollo. Era preciso que todos los alemanes fueran miembros de la nación alemana, que a través de la guerra con la URSS se asegurara el "espacio vital" requerido para imponer la hegemonía de su vigorosa raza sobre el continente europeo. Sin embargo, las dos metas inmediatas: crear unas fuerzas armadas poderosas y anexionar al Reich los territorios habitados por población germana, coincidían con la política revisionista y de gran potencia seguida hasta entonces. Cuando Hitler llegó al gobierno, el conservador Von Neurath continuó al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores. Solo a través del proceso de radicalización del régimen nazi se fueron precisando las diferencias. Hasta el *Anschluss*, en1938, todos los triunfos de la política exterior de Hitler se correspondían con los objetivos de los sectores poderosos del Reich. Si bien Hitler jugó un papel protagónico –en cada una de las acciones, él decidió el momento oportuno y dio la orden de actuar–, contó con un vigoroso respaldo en todos los sectores de la elite política y sus incruentos éxitos iniciales le ganaron el apoyo de la población, poco dispuesta, en principio, a sufrir otra guerra.

En 1938, el debilitamiento de la protección italiana como consecuencia del conflicto etíope y el poderío creciente del Tercer Reich ofrecieron condiciones propicias para avanzar sobre Austria. Después de Versalles, el corazón del imperio de los Habsburgo quedó reducido a una pequeña república con graves problemas económicos y políticos y con un profundo resentimiento por la pérdida de territorios. La unión con Alemania contó con un destacado apoyo entre los austríacos, pero fue prohibida por los vencedores. La ascensión de Hitler acentuó las divisiones en el interior de Austria entre socialistas, católico-conservadores y pangermanistas, y solo estos últimos siguieron reclamando la unión. En 1934 Hitler, que no había dado su aprobación a la medida de fuerza, dispuso –ante la reacción del Duce– que se diera marcha atrás en la empresa. Cuatro años después, desde Berlín se presionó al gobierno encabezado por el social-cristiano Kurt von Schuschnigg para que el dirigente nazi Arthur

Seyss-Inquart fuese nombrado ministro del Interior, cargo que aseguraba el control de la policía y un amplio margen de acción a los nazis. Entre los más interesados en concretar la anexión estuvieron Neurath, ministro de Relaciones Exteriores; los directores del Plan Cuatrienal, los directivos de las industrias siderúrgicas que lanzaban miradas envidiosas a los yacimientos de mineral de hierro y otras fuentes de materias primas, y Göring, que ejerció la mayor presión. Finalmente el canciller austríaco, ante la amenaza de una invasión alemana, renunció a su cargo, que quedó en manos de Seyss-Inquart. Aunque Hitler solo tenía previsto la unión federal de Alemania y Austria, ante el júbilo con que fue recibido por amplios sectores de la población austríaca resolvió la incorporación de ese país al Tercer Reich. Con la exitosa anexión de Austria el líder nazi confirmó que podía contar con Mussolini y que el gobierno británico no se encontraba dispuesto a luchar.

El próximo objetivo fue Checoslovaquia. Este Estado nacional, creado en Versalles, incluía diferentes comunidades nacionales en tensión con los checos, a cargo de la administración central del país. Entre ellas estaban los 3 millones de alemanes de la región de los Sudetes, que reclamaban mayor autonomía a través del partido Alemán-Sudete, encabezado por Konrad Henlein. Su campaña de agitación contra el gobierno central y los disturbios en esta región hicieron temer a los principales dirigentes europeos que el conflicto fuera imparable y derivara en una guerra europea, en caso de una intervención militar alemana. Checoslovaquia había firmado acuerdos defensivos con Francia. No obstante, en setiembre de 1938, Hitler, Mussolini y los primeros ministros de Gran Bretaña, Neville Chamberlain, y de Francia, Eduard Daladier, se reunieron en la ciudad alemana de Munich y resolvieron que los checos debían entregar los Sudetes a Alemania y atender las reivindicaciones territoriales planteadas por Polonia y por Hungría. A cambio, las grandes potencias se comprometían a garantizar la existencia del Estado checoslovaco en el resto del territorio. Nadie reaccionó cuando las tropas alemanas ocuparon Praga en marzo de 1939, y el Estado checoslovaco desapareció.

El escenario antifascista

A pesar de que las acciones de Hitler se correspondieron cada vez más con una ideología que conducía a la subversión radical del orden existente y los valores civilizatorios, hasta 1941 no encontró una resistencia mancomunada y eficaz. La ausencia de una alianza antifascista fue resultado de una combinación de factores: desde los intereses y posibilidades de cada Estado nacional frente a un nuevo conflicto mundial, pasando por el profundo abismo entre las democracias occidentales y el comunismo, hasta la subestimación de los fines radical y sangrientamente subversivos del nazismo. Entre las decisiones que obstaculizaron la unidad de acción se destaca el peso de la política de apaciguamiento que fue asumida decididamente por el gobierno conservador inglés, especialmente por Chamberlain a partir de 1937, y, con un mayor grado de tensiones internas, por la República francesa. Esta orientación suponía que con la restauración de las fronteras alemanas previas a Versalles serían satisfechas las

aspiraciones de Hitler, sin necesidad de llegar a otra guerra. El apaciguamiento se vinculó en parte con el pacifismo. Entre amplios sectores que habían vivenciado los horrores de la Primera Guerra Mundial arraigó con fuerza el sentimiento de que la paz era un bien que debía ser defendido a ultranza.[2]

---

[2] Frente al avance del fascismo, especialmente con el ingreso de Hitler al gobierno, la mayor parte de los intelectuales europeos se posicionaron en el campo antifascista, y en gran medida se orientaron hacia la izquierda.

Una de las cuestiones más debatidas gira en torno a las razones que impulsaron a escritores y artistas hacia la asunción de una conducta militante: ¿fue básicamente resultado de la política hábilmente desplegada por el régimen soviético para expandirse y cubrir de brillo a la idea comunista? O, por el contrario, ¿fue la definida adhesión a determinados principios y valores civilizatorios lo que condujo a gran parte de los intelectuales a comprometerse con el antifascismo, en sintonía con el marxismo?

Para algunos, por ejemplo el historiador francés François Furet, la estrategia desplegada por la URSS a través de la Internacional y determinados agentes soviéticos fue un factor clave en el desarrollo de grupos y actividades antifascistas en el campo de la cultura europea. Esta versión también fue esbozada por el escritor francés André Malraux quien, en la década de 1930, combinó su decidida actuación en el campo antifascista con su adhesión al comunismo, pero cuando en 1944 fue convocado por De Gaulle destacó el peso de las maniobras de los comunistas. Su utilización de los intelectuales "fue planeada con mucha habilidad por Willy Münzenberg (un agente soviético)" En aquellos años, la Internacional Socialista denunció a Münzenberg como "potencia oculta" de los eventos y organismos antifascistas.

Otra explicación totalmente diferente es la que propone Eric Hobsbawm. Para este historiador marxista inglés, la mayoría de los intelectuales se posicionó en el campo antifascista porque visualizó al nazismo no solo como un enemigo político sino como la fuerza que alentaba la destrucción de la civilización basada en los principios de la Ilustración, compartidos tanto por liberales como por comunistas: fe en la razón, confianza en la marcha hacia un mundo mejor. Si el antifascismo acercó los intelectuales al marxismo fue porque en la URSS percibieron la encarnación de dichos valores en contraste con la aguda crisis que corroía a las democracias liberales, pero también porque visualizaron a la Unión Soviética como el país más decidido a oponer resistencia al nazismo.

Herbert Lottman, en cambio, en su estudio sobre la rive gauche, descarta la posibilidad de pronunciarse sobre las causas del compromiso intelectual, pero subraya los desgarradores conflictos que afectaron el vínculo entre antifascismo y comunismo: en la guerra civil española, cuando los antifascistas soviéticos asesinaron a los antifascistas trostkistas y, luego, cuando el pacto germano-soviético de 1939 obligó a los comunistas a sabotear el frente antifascista que habían defendido hasta ese momento. El planteo de Hobsbawm relativiza y apenas presta atención a estas tensiones.

A lo largo de la década de 1930, los intelectuales desplegaron una serie de encuentros y crearon organismos a favor de la paz y en repudio al fascismo, dos objetivos que fue cada vez más difícil sostener en forma conjunta. La mayor parte visualizó a la URSS como el país más decidido a frenar a Hitler, especialmente a partir del impulso dado a los frentes populares desde la Internacional Comunista. Sin embargo, hubo algunos intelectuales que, en esos años, por haberlo percibido como dictatorial, o bien haber sido víctimas de ese carácter dictatorial del régimen soviético, rompieron con el estalinismo.

Entre las principales iniciativas antifascistas impulsadas por la intelectualidad de izquierda se destacan las siguientes: el Movimiento Amsterdam-Pleyel fue el nombre asignado a dos reuniones concretadas por iniciativa de Romain Rolland y Henri Barbusse; ambos escritores denunciaron la Primera Guerra Mundial y en la posguerra se comprometieron activamente con la defensa de la paz.

Rolland y Barbusse organizaron el Congreso Internacional contra la Guerra y el Fascismo, que se reunió en Amsterdam en agosto de 1932 con el fin explícito de frenar la amenaza de Japón sobre la URSS. En ese momento, Tokio extendía su ocupación desde Manchuria hacia la frontera de este país. Rolland hizo un llamado anunciando que: "¡La Patria está en peligro! Nuestra Patria Internacional [...] La URSS está amenazada". Recibieron la adhesión de Albert Einstein, Heinrich Mann, John Dos Passos, Theodore Dreiser, Upton Sinclair, Bernard Shaw, H.G Wells y la esposa de Sun Yat-sen. Se constituyeron comités nacionales de apoyo en Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. La Internacional Socialista rechazó la iniciativa porque consideró que estaba dirigida por los comunistas.

En un primer momento también se sumaron los surrealistas, pero asumiendo una postura distante de Rolland y Barbusse, criticados por su "misticismo humanitario". A fines de los años veinte, los surrealistas afiliados al Partido Comunista se comprometieron a luchar en el campo soviético si los imperialistas declaraban la guerra a Moscú, pero en la década de 1930 solo Louis Aragón se mantuvo junto a los comunistas, aceptó el giro hacia el "realismo socialista" y se erigió en el poeta estrella del comunismo. El resto de la plana mayor, André Breton, Paul Éluard y René Crevel repudiaron la ortodoxia soviética y denunciaron la política represiva del estalinismo. En el manifiesto "Hacia un arte revolucionario independiente", publicado en 1938, Breton junto con Trotsky y Rivera, apoyaron la revolución social y negaron la condición revolucionaria de la URSS: "El verdadero arte, es decir aquel que no se satisface con las variaciones sobre modelos establecidos, sino que se esfuerza por expresar las necesidades íntimas del hombre y de la humanidad actuales, no puede dejar de ser revolucionario, es decir, no puede sino aspirar a una reconstrucción completa y radical de la sociedad, aunque solo sea para liberar la creación intelectual de las cadenas que la atan y permitir a la humanidad entera elevarse a las alturas que solo genios solitarios habían alcanzado en el pasado. Al mismo tiempo, reconocemos que únicamente una revolución social puede abrir el camino a una nueva cultura. Pues si rechazamos toda la solidaridad con la casta actualmente dirigente en la URSS es, precisamente, porque a nuestro juicio no representa el comunismo, sino su más pérfido y peligroso enemigo".

Los delegados que acudieron a Amsterdam en 1932 representaban a más de treinta mil organizaciones. Al cierre del encuentro se publicó un manifiesto en nombre de los "trabajadores intelectuales y manuales" contra la guerra y el fascismo, contra las naciones que preconizaban la guerra y por la defensa de la URSS. Más tarde los comunistas presentaron este evento como el primer ejemplo de frente único.

A principios de junio de 1933 tuvo lugar en la sala Pleyel, de París, el Congreso Antifascista Europeo que aprobó la creación del Comité de Lucha contra la Guerra y el Fascismo. La Internacional Socialista volvió a denunciar el

Pero las decisiones de los gobiernos democráticos respondieron también a un definido rechazo del comunismo, y en consecuencia a una escasa disposición para actuar mancomunadamente con la Unión Soviética. Desde esta perspectiva, el apaciguamiento expresó una mayor desconfianza hacia el régimen bolchevique que hacia el nazismo, con la consiguiente subestimación de la naturaleza y los objetivos de este último. No obstante, a mediados años de los años treinta, una serie de iniciativas pareció conducir al estrechamiento de lazos entre las democracias y el comunismo. Por una parte, el diálogo entre París y Moscú, junto con el giro de Stalin; por otra, el viraje de la Tercera Internacional.

"patronaje" comunista y no asistió. En Argelia, el escritor Albert Camus ingresaría al Partido Comunista luego de su incorporación a las filas del movimiento Amsterdam-Pleyel, que fue simultáneamente antifascista y pacifista.
La Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios (AEAR), creada en 1932 en París, negó la posibilidad de un "arte neutro" y manifestó su apoyo al régimen soviético: "La crisis, la amenaza fascista, el peligro de la guerra, el ejemplo del desarrollo cultural de las masas en la URSS frente a la regresión de la civilización occidental dan en la hora presente las condiciones objetivas favorables para el desarrollo de una acción literaria y artística proletaria y revolucionaria en Francia". En el comité patrocinador se encontraban, entre otros: Aragon, Barbusse, Breton, Crével, Éluard, Rolland, Jean-Richard Bloch, Luis Buñuel.
El mitin de marzo de 1933 fue presidido por André Gide, una figura clave de las letras francesas, quien, aunque poco dispuesto a ingresar en la arena política, por un tiempo fue compañero de ruta de los colegas que no dudaban en prestigiar al régimen soviético brindándole su apoyo activo. Su discurso en AEAR expresó la angustia creada por el ascenso del nazismo en Alemania y también se refirió a la ausencia de libertades cívicas en la Unión Soviética, pero destacó que no eran situaciones equiparables ya que Moscú se proponía fundar una nueva sociedad. Por su parte, Malraux anunció que en caso de guerra "nos volveremos hacia el Ejército Rojo".
Un mes después de la violenta jornada del 6 de febrero de 1934 promovida por la derecha radical y de la unión en las calles de los manifestantes socialistas y comunistas en París, así como también del aniquilamiento de los socialistas austríacos bajo la represión del canciller Dollfuss, y mientras en España la región de Zaragoza se veía envuelta en una oleada de huelgas, en Francia se creó el Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas.
No obstante, la unión de las izquierdas era complicada: los dirigentes comunistas seguían empeñados en sostener la línea de clase contra clase y los socialistas se mantenían al margen de iniciativas que incluyeran la presencia de los comunistas, los militantes que apoyaron el movimiento Amsterdam-Pleyel fueron sancionados. Parecía difícil coordinar esfuerzos, apagar rencores y disipar recelos. Sin embargo, frente al ascenso del fascismo, tres intelectuales de gran prestigio: el etnólogo socialista Paul Rivet, el físico Paul Langevin, cercano a los comunistas, y el filósofo Alain (Émile–Auguste Chartier), vinculado a los radicales, consiguieron el acuerdo y nació la primera agrupación de comunistas y no comunistas por la causa común del antifascismo, sin que la condujera ningún partido.
En su presentación, los impulsores del Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas afirmaron que estaban "Unidos por encima de toda divergencia, ante el espectáculo de los motines fascistas de París y de la resistencia popular que les ha hecho frente ella sola, declaramos a todos los trabajadores, nuestros camaradas, nuestra decisión de luchar junto a ellos" para evitar una dictadura fascista.
La declaración fue firmada por Víctor Basch (presidente de la Liga de Derechos del Hombre), Henri Wallon, Albert Bayet, Jean Cassou, Marcel Prenant, Julien Benda, Paul Éluard. El Comité contaba con una mayoría pacificista y esto lo conduciría a su crisis cuando parte de sus miembros se inclinase a favor de la resistencia activa.
Otro factor que trajo aparejadas diferencias en el campo de los intelectuales de izquierda fue el carácter represivo del gobierno de Stalin. A pesar de los esfuerzos de los organizadores, los disidentes se hicieron oír en el Primer Congreso Internacional de Escritores reunido en París en junio de 1935, a partir de un hecho que los une: la detención de Victor Serge. Entre las voces de este grupo se escuchó la del profesor antifascista italiano Gaetano Salvemini y las de los surrealistas. Salvemini, que había abandonado Italia ante la persecución de Mussolini, reprobó el "terror en Rusia" y pidió la liberación de Serge. El poeta surrealista Éluard leyó el manifiesto firmado, entre otros, por Breton, Dalí y René Magritte, que repudiaba el pacto franco-soviético porque legitimaba a la Francia burguesa y conducía a la impotencia a quienes luchaban como revolucionarios contra la clase dominante francesa. Los firmantes también denunciaron que el Congreso se "había desarrollado bajo el signo del amordazamiento sistemático".
Al final del encuentro se aprobó la creación de una Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, dirigida por un comité internacional encargado de "luchar en su terreno propio que es la cultura, contra la guerra, el fascismo y, de manera general, contra todo lo que amenace la civilización". Entre sus miembros figuraban cuatro escritores que habían recibido el Premio Nobel: el francés Romain Rolland, el inglés Bernard Shaw, el estadounidense Sinclair Lewis y la sueca Selma Lagerlöf (la primera mujer en recibir esta distinción).
En todos los eventos reseñados, se propuso "luchar" por la paz desde el antifascismo. Evidentemente no era sencillo dejar de lado el sentimiento de rechazo a la guerra: el pacto de Munich no fue solo la expresión de la falta de voluntad de los gobernantes. A su regreso a París, Daladier creyó que la muchedumbre que lo esperaba en el aeropuerto iba a abuchearlo a causa de las concesiones francobritánicas, pero fue aclamado. Gran parte de los intelectuales antifascistas seguían siendo antibelicistas. La escritora francesa Simone de Beauvoir, pareja de Jean Paul Sartre, escribía "¡cualquier cosa, hasta la más cruel injusticia, era mejor que una guerra!".
Hasta este momento el afán de evitar la guerra y frenar el avance del fascismo fueron de la mano, pero el fascismo siguió su expansión arrolladora: desde la ocupación de Etiopía por los italianos y el apoyo de Mussolini y Hitler a la empresa bélica de Franco en España, pasando por el Anschluss de Austria y el desmembramiento de Checoslovaquia, hasta la invasión de Polonia y la ocupación de gran parte de Europa. En el marco de la guerra ya no hubo posibilidad de ser antifascista y pacificista: o se resistía la agresión nazi o se colaboraba con ella.

El ministro francés Pierre Laval, ante los temores suscitados por la política revisionista de Hitler, exploró el acercamiento hacia la Unión Soviética. En mayo de 1935 se firmó el pacto franco-soviético, que estableció la ayuda mutua en caso de agresión no provocada, pero sin que se formulasen precisiones de orden militar para llevarlo a la práctica. La presión de los sectores franceses más conservadores restó eficacia al tratado. Stalin, además, reconoció los tratados de paz de 1919, que habían sido calificados de imperialistas por los bolcheviques, y en 1934 la Unión Soviética ingresó en la Sociedad de Naciones.

La Tercera Internacional abandonó la estrecha relación propuesta en 1928 entre capitalismo, socialdemocracia y fascismo. En su VII Congreso en 1935 afirmó que el fascismo era "la dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, los más chauvinistas, los más imperialistas del capital financiero". La lucha contra la vanguardia de la contrarrevolución exigía la construcción de alianzas con las fuerzas socialistas y democráticas.

Se crearon frentes populares en Francia y en España sin que los partidos comunistas tuvieran un papel protagónico, y ambos gobiernos frentistas cayeron en poco tiempo, dramáticamente en el caso español.

Después de Munich, Stalin evaluó que franceses e ingleses consentían el resurgimiento del militarismo alemán porque esperaban que su fuerza se descargase sobre la Unión Soviética. Tanteó, simultáneamente, las posibilidades de un acuerdo con los gobiernos occidentales y con la Alemania nazi. Necesitaba tiempo para fortalecer las fuerzas armadas afectadas por las purgas que habían acabado con la ejecución de una parte de los generales del Ejército Rojo. En el primer caso, Polonia objetó las condiciones para una alianza con la Unión Soviética: no quería que las tropas soviéticas ingresasen a sus territorios. Las tratativas con el gobierno nazi que hasta julio de 1939 no habían pasado la fase de sondeos poco precisos, desembocaron en la firma del pacto Ribbentrop-Mólotov, el 23 de agosto 1939. Hitler y Stalin, ambos actuaron pragmáticamente, sus profundas divergencias ideológicas quedaron subordinadas a la necesidad de que sus naciones acumularan fuerzas suficientes antes de enfrentarse ferozmente en el campo de batalla.

En el apartado público del tratado, los dos gobiernos se comprometieron a mantener una estricta neutralidad mutua si uno de ellos se viese envuelto en la guerra. En el protocolo secreto acordaron el reparto de una serie de territorios. Hitler se aseguró Lituania y la Polonia occidental, mientras que reconocía como zonas de influencia soviética a Estonia, Letonia, Finlandia y al territorio polaco al este de los ríos Narev, Vístula y San; en el sur, Moscú ocuparía Besarabia, región de lengua rusa que había sido anexionada por Rumania durante la Revolución rusa. El acuerdo rompió el "cordón sanitario" creado en Versalles en la zona de centro Europa para impedir la expansión de los bolcheviques. Hitler pudo dar la orden de avanzar hacia Polonia sin la amenaza de que se abriera un frente militar en el este.

Los frentes de lucha

El 1 de septiembre de 1939, tropas alemanas invadieron Polonia, y dos días después Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Alemania. Mussolini declaró el estado de no beligerancia, y Estados Unidos proclamó su neutralidad. Antes del ataque, Hitler había manifestado abiertamente que era imposible aceptar la existencia del corredor internacional del Danzing creado en Versalles para dotar Polonia de un acceso al mar Báltico. Esta medida dejó el territorio de Prusia oriental aislado del resto de Alemania por vía terrestre.

El gobierno polaco huyó al exilio y, al cabo de una rápida y brutal conquista, Polonia fue eliminada del mapa.

Las unidades móviles de exterminio de las SS, los Einsatzgruppen, siguieron a la *Wehrmacht* (el ejército alemán) en el ataque contra Polonia primero y contra la URSS después. Su tarea principal consistió en aniquilar a los judíos y a los comisarios políticos, al mismo tiempo que sembraban el terror con el asesinato en masa de civiles. Durante muchos años la Wehrmacht fue considerada un ejército que se limitaba a cumplir su deber militar; sin embargo, se ha demostrado que fue cómplice activa de los crímenes aprobados por la cúpula nazi.

Mientras los nazis ocupaban Polonia occidental, el 17 de setiembre los soviéticos avanzaban sobre los territorios polacos lindantes con la URSS. Miles de militares polacos fueron internados en campos de prisioneros, y en la primavera de 1940 Stalin firmó la orden de ejecutarlos. En abril de 1943, el ejército alemán, que se desplazaba hacia el este, descubrió las fosas de Katyn y denunció la masacre para afectar la unidad de sus enemigos. Stalin adjudicó el hecho a una maniobra de los nazis, versión que fue aceptada por los aliados. El descubrimiento de la masacre profundizó el malestar en las relaciones diplomáticas entre la Unión Soviética y el gobierno polaco, en el exilio en Londres. En 1990, el gobierno de Mijail Gorbachov reconoció la responsabilidad de la dirigencia soviética en dichos crímenes.

Moscú, acogiéndose a lo pactado con el gobierno nazi, también instaló efectivos militares en el Báltico y Finlandia. Ante la negativa de Helsinski, el Ejército Rojo invadió el país a fines de 1939, y la Unión Soviética fue expulsada de la Sociedad de Naciones. Después del rápido triunfo de los alemanes en Francia, Stalin incorporó las tres repúblicas bálticas a la Unión Soviética y se apropió de Besarabia y Bukovina, en Rumania. El Moscú soviético había recuperado los territorios anexados a Rusia por los zares y perdidos por los bolcheviques en el fragor de la Revolución y la guerra civil.

Después de la aniquilación del Estado polaco, el Tercer Reich avanzó rápidamente sobre Europa occidental. A mediados de 1940, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica y Francia estaban bajo su control. La fulminante derrota de Francia sorprendió al mundo. La línea Maginot, ese muro de hormigón de tres metros de espesor y blindaje que abarcaba la frontera desde Suiza hasta Luxemburgo, no logró detener el avance alemán. El ejército germano no atacó de frente, como supuso el alto mando francés; primero invadió Bélgica y eso le permitió colocarse en una posición ventajosa. Además, la línea Maginot era inútil para detener los

aviones alemanes, que desde principios de junio de 1940 comenzaron a bombardear París. A mediados de ese mes, los nazis marchaban por los Campos Elíseos. El 22 de junio, el nuevo gobierno francés firmó el armisticio en Compiègne, ceremonia a la que Hitler asistió personalmente y que tuvo lugar en el vagón donde Alemania había reconocido su derrota en la Primera Guerra Mundial. En ese momento Mussolini anunció al pueblo italiano que había llegado la hora de ingresar al campo de batalla con la seguridad de vencer "para dar finalmente un largo período de paz con justicia a Italia, a Europa, al mundo".

Solo Gran Bretaña siguió resistiendo los ataques alemanes. Ante la superioridad naval británica, Alemania inició el bombardeo sistemático de las industrias y las ciudades del sur y el centro de Inglaterra. Sin embargo, los aviones germanos operaban al límite de su alcance y las modernas estaciones de radar británicas impedían que el enemigo atacara por sorpresa. El nuevo gobierno británico, presidido desde mayo de 1940 por el conservador Winston Churchill, respondió con ataques aéreos a Berlín y con el llamado a la unidad nacional en pos de la "victoria a cualquier precio, victoria a despecho del terror, victoria por muy largo y penoso que sea el camino; pues sin victoria no habrá supervivencia". Después de la derrota francesa, el gobierno de Roosevelt inició un paulatino acercamiento a Gran Bretaña, pero sin abandonar su posición neutral dada la gravitación de la posición aislacionista en la opinión pública de Estados Unidos.

En setiembre de 1940 las tres potencias totalitarias firmaban el denominado Pacto Tripartito, en el que Japón reconocía el liderazgo de Alemania e Italia en Europa y las dos potencias fascistas aceptaban la hegemonía nipona en Asia y se prometían todo tipo de ayuda en caso de ser atacados por cualquier potencia no involucrada en la guerra europea o en el conflicto chino-japonés. Al mes siguiente, Hitler se entrevistó con Franco para incorporar a España como nuevo aliado en la empresa militar.

El Caudillo eludió comprometer a España, que acaba de atravesar una gravísima guerra civil, en un conflicto cuyo alcance no se podía prever, y sin lograr que Hitler accediera a sus peticiones en torno al Marruecos francés. No obstante, Franco abandonó en junio de 1940 su posición de neutralidad en la guerra por una de "no beligerancia", con la que el régimen franquista reconocía sus simpatías por el Eje. Además, cuando Hitler invadió la URSS, una unidad de voluntarios españoles, la División Azul, se incorporó al ejército alemán. A partir del declive militar de Alemania, Franco multiplicó los gestos de concordia hacia los aliados y, en octubre de 1943, abandonó la no beligerancia y volvió a una estricta neutralidad.

Sin haber logrado quebrar la resistencia británica, Hitler decidió llevar la guerra al territorio soviético, pero antes tuvo que ayudar a su poco eficiente aliado, Mussolini, en el Mediterráneo y el norte de África. Cuando el Duce fracasó en la conquista de Grecia, iniciada desde Albania, el ejército alemán avanzó sobre Belgrado para socorrer a los fascistas, pero los militares yugoslavos pro-occidentales intentaron impedir su paso. En junio de 1941 las tropas alemanas e italianas ocuparon Yugoslavia y Grecia, cuyos monarcas se exiliaron en Londres.

Para revertir el fracaso de los fascistas en Egipto, Hitler envió el Afrika Korps comandado por el general Erwin Rommel, *el Zorro del Desierto*, quien logró importantes victorias sobre los

británicos. Sin embargo, las fuerzas alemanas derrotadas en El Alamein debieron abandonar el norte de África en marzo de 1943.

En el verano de 1941 Hitler inició la Operación Barbarroja, contra la URSS. Tres millones de hombres avanzaron hacia Leningrado en el norte, Moscú en el centro y Ucrania en el sur. Stalin había desestimado los informes que anunciaban los planes alemanes y no se había preparado para rechazar la invasión. Los primeros días fueron de desconcierto total, hasta que el 3 de julio el jefe comunista lanzó su llamado a una lucha que incluía "la ayuda a todos los pueblos europeos que sufren bajo el yugo del fascismo alemán".

El ejército alemán y las SS ingresaron a la cuna del comunismo matando sin piedad, y en julio de 1942 Stalin ordenó no dar "¡ni un paso atrás!". Según el máximo dirigente soviético era preciso introducir el más estricto orden y una fuerte disciplina en el ejército para salvar la situación:

> Ya no podemos tolerar a los comandantes, comisarios y funcionarios políticos cuyas unidades abandonan sus defensas a voluntad. Ya no podemos tolerar el hecho de que los comandantes, comisarios y funcionarios políticos permitan a algunos cobardes correr ante el peligro en el campo de batalla, que los traficantes del pánico arrastren a otros soldados en su huida, abriéndole el camino al enemigo. Los traficantes del pánico y los cobardes deben ser exterminados en el sitio. De ahora en adelante la ley de hierro de la disciplina de cada oficial, soldado, oficial de asuntos políticos debería ser: ni un paso atrás sin orden del mando superior.

En la retirada hacia el este, los soviéticos adoptaron la táctica de "tierra quemada": no dejar nada que pudiera ser utilizado por el invasor. Dado que Hitler esperaba aniquilar al régimen soviético en pocos meses, sus tropas no estaban preparadas para enfrentar el duro invierno. Pero los soviéticos resistieron hasta el límite de sus fuerzas y los nazis, aunque conquistaron Ucrania, no pudieron ingresar en Leningrado ni tampoco en Moscú.

Por primera vez, la guerra relámpago había fracasado y el duro invierno de 1941-1942 cayó sobre ejército alemán. No obstante siguió avanzando hacia el Volga y el Cáucaso para tomar los yacimientos de petróleo que tan desesperadamente necesitaba el Tercer Reich. Las tropas alemanas llegaron a Stalingrado en agosto de 1942, y en una brutal lucha casa por casa avanzaron hasta el corazón de la ciudad, pero en un rápido giro los soldados soviéticos rodearon la ciudad. A principios de 1943 el ejército alemán se rindió. La batalla de Stalingrado supuso un cambio decisivo: en adelante el ejército soviético no cesó de avanzar hasta llegar a Berlín en 1945.

A lo largo de 1944 los países aliados del Eje –Finlandia, Rumania, Bulgaria, Hungría– fueron ocupados por las tropas soviéticas. En Yugoslavia y Albania la liberación fue lograda, básicamente, por los guerrilleros comunistas dirigidos por Tito y Enver Hoxha, respectivamente.

La expulsión del Eje del norte de África en 1943 posibilitó a los aliados invadir Italia. En julio de 1943 tropas angloamericanas desembarcaron en Sicilia y al año siguiente entraron en Roma. Después de tres años de derrotas, en julio de 1943 el rey y el Gran Consejo Fascista

aprobaron la destitución y el encarcelamiento de Mussolini e iniciaron negociaciones con los aliados. Los nazis ingresaron por el norte de Italia, liberaron al Duce y lo colocaron a la cabeza de un gobierno títere en Saló, que se mantuvo hasta abril de 1945. En ese momento la Resistencia italiana puso en marcha una guerra de guerrillas que se prolongó hasta la rendición de las tropas alemanas en abril de 1945.

La República Social Italiana fue la experiencia más sanguinaria del régimen fascista. Mussolini acabó sus días ejecutado por partisanos italianos. Su cuerpo fue colgado por los pies junto a su última amante y a otros jerarcas fascistas del techo de un garaje en una plaza de Milán.

Finalmente, el 6 de junio de 1944, conocido como el Día D, los aliados desembarcaron en Normandía abriendo el segundo frente insistentemente reclamado por Stalin, y a fines de agosto fue liberada París. A principios de 1945 Alemania ya estaba ocupada, pero Hitler ordenó resistir. Cuando no hubo duda de que estaba todo perdido, fiel a su consigna de "victoria o muerte" se suicidó el 30 de abril junto a su esposa, Eva Braun. También lo hicieron Goebbels y su mujer, después de matar a sus hijos. Los alemanes siguieron peleando calle por calle, casa por casa intentando frenar el avance soviético sobre Berlín. Sin posibilidad de continuar la lucha, entre el 7 y el 8 de mayo la cúpula militar alemana se rindió ante los jefes del ejército aliado y del soviético.

En el Pacífico se libró paralelamente otra guerra. Japón invadió el norte de China en 1937, ocupó Pekín y lanzó su ejército sobre Nankín, sede del gobierno chino que decidió resistir. La ciudad fue saqueada e incendiada hasta los cimientos. Los japoneses ocupaban las posesiones europeas en Asia: Indochina francesa, Indonesia holandesa y las británicas Malasia, Birmania, Hong Kong y Singapur. En diciembre de 1941, el imperio nipón atacó la base norteamericana de Pearl Harbour en Hawaii y cuando Estados Unidos declaró la guerra a Japón, Hitler no dudó en enfrentarse también al coloso norteamericano. El despliegue de la maquinaria industrial y bélica norteamericana no tardó en desequilibrar el conflicto del Pacífico en favor de los aliados. La batalla de Midway en junio de 1942 fue la derrota naval más dura del Japón y marcó un punto crítico en la guerra del Pacífico. El 19 de febrero de 1945 los norteamericanos ocuparon por primera vez territorio japonés, la pequeña isla de Iwo Jima.

A fines de julio de 1945, el presidente estadounidense Harry Truman exigió la rendición incondicional de Japón. El premier japonés Suzuki rechazó el ultimátum, y el 3 de agosto Truman dio la orden de arrojar bombas atómicas. El 6 de agosto despegaba rumbo a Japón la primera formación de bombarderos B-29. Uno de ellos, el Enola Gay, llevaba la bomba atómica; otros dos aviones lo acompañaban en calidad de observadores. Súbitamente apareció sobre el cielo de Hiroshima el resplandor de una luz blanquecina rosada, acompañado de una trepidación monstruosa que fue seguida inmediatamente por un viento abrasador que barría cuanto hallaba a su paso. Dos días después, la URSS declaró la guerra a Japón y ocupó parte de Manchuria y Corea. El 9 de agosto, el gobierno norteamericano arrojó una segunda bomba atómica sobre la ciudad de Nagasaki. Muchas personas murieron en el acto, otras tuvieron una larga agonía producida por las quemaduras, y generaciones de japoneses sufrieron malformaciones de nacimiento por la radiactividad. Casi una semana después de Nagasaki, el

pueblo japonés escuchó la voz de su emperador anunciando que la guerra había terminado. El país fue ocupado por el ejército de los Estados Unidos.

¿Cuál fue la razón de esta masacre? No solo el gobierno estadounidense sino también destacados intelectuales, entre ellos el filósofo francés Raymond Aron, justificaron el empleo de la bomba atómica porque había puesto fin a la guerra y evitado más muertes. Los opositores insistieron en que el sacrificio de cientos de miles de civiles permitió que Washington emergiese como único vencedor del Imperio nipón y probara la eficacia de su nueva arma de guerra.

El mapa europeo bajo el nazismo

El avance alemán sobre el resto de Europa dio lugar a diferentes situaciones nacionales derivadas, en parte, de los fines racistas del nazismo, pero también de las realidades de cada país vencido y de las necesidades del Tercer Reich de contar con recursos que le posibilitaran sostener el esfuerzo de guerra. La ideología nazi impuso su impronta en la Europa dominada, básicamente en virtud de su afán de eliminar a todos los judíos, de acabar con la izquierda y de depurar a la población europea de modo que solo los arios sanos tuviesen derecho a la vida. Sin embargo, no se construyó un nuevo orden acabadamente controlado por el régimen nazi. Coexistieron países cuya ocupación fue más o menos benévola, como el caso de Dinamarca, junto a los que desaparecieron del mapa, por ejemplo Polonia, y a los que fueron aliados de la Alemania nazi aunque gobernados por dirigentes conservadores, como Hungría.

En este entramado heterogéneo se distinguen cuatro situaciones principales. En primer lugar los países anexados por las potencias nazi-fascistas: Austria integrada al Tercer Reich y Albania colocada bajo la corona del monarca italiano.

En segundo lugar, los países rápidamente derrotados de la zona noroccidental europea: Noruega, Holanda, Dinamarca y Bélgica. En todos ellos, la tutela del ocupante se ejerció sobre una administración en la que, en mayor o menor medida, se mantuvo al personal autóctono, con distintos grados de sujeción a las directivas nazis. En los casos de Noruega y Holanda, ante el ingreso de las tropas alemanas las familias reales y los jefes de gobierno se trasladaron a Londres. En ambos países hubo dirigentes colaboracionistas. Durante la confusión de la invasión alemana en Noruega, Vidkun Quisling dio un golpe de Estado esperando que Hitler lo apoyara, pero el líder nazi nombró a Joseph Terboven comisario del Reich. Su autoridad fue permanentemente cuestionada por la conducción de la armada nazi, que pretendía colocar a Noruega bajo su control. Aunque la relación entre Quisling y Terboven fue tensa, este último nombró a Quisling ministro de la Presidencia en 1942, para conferir un barniz algo más *nacional* al equipo de gobierno. Cuando los militares alemanes capitularon Terboven se suicidó, mientras que Quisling fue arrestado, condenado por alta traición y ejecutado. También, en Holanda, Antón Mussert, creador de Movimiento Nacionalsocialista de los Países Bajos, supuso que con la ocupación nazi asumiría el gobierno de su país, pero Hitler designó al austríaco Albert Seyss-Inquart comisario del Reich. Frente al triunfo alemán, los miembros del

gobierno central de Bélgica huyeron a Londres, pero el rey Leopoldo III, en contraste con sus pares de Noruega y Holanda, optó por quedarse en su país, una decisión criticada por los británicos y que mostró divididas a las más altas autoridades belgas. El país quedó bajo una administración militar encabezada por el general Alexander von Falkenhausen, quien acabó participando en las reuniones que condujeron al atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944. Léon Degrelle fue el dirigente político belga más decididamente colaboracionista y un fervoroso admirador de Mussolini.

Al terminar la guerra, los grandes partidos políticos belgas se mostraron hostiles a una restauración del rey y Leopoldo III se instaló en Suiza, pero sin abdicar. En la consulta popular realizada en 1950, la mayoría de la población se pronunció a favor del retorno del monarca; sin embargo, en la región de Valonia hubo un masivo rechazo a la figura de Leopoldo III y este optó por dejar la corona en manos de su hijo. En Dinamarca, la monarquía y los funcionarios se acomodaron a la ocupación alemana y, en principio, los nazis instrumentaron una política benévola en comparación con la impuesta a los otros países. La administración civil continuó en manos de la burocracia danesa, incluso los tribunales de justicia, y el rey Cristián IX permaneció en el país gozando de sus prerrogativas. La ocupación nazi se endureció a fines de 1942. A raíz de las derrotas militares de Stalingrado y El Alamein el Tercer Reich necesitó controlar más duramente los recursos económicos, el aporte de la población al esfuerzo de guerra, y reprimir la emergencia de un movimiento de resistencia. Un giro similar se produjo en Francia. En todos estos países se crearon regimientos que acudieron al frente oriental para pelear al lado de los alemanes contra los comunistas.

Hasta 1942 Francia fue un caso singular: en virtud del tratado de alto el fuego firmado en junio de 1940, su territorio quedó dividido en dos por una línea que unía Ginebra con la frontera franco-española de Hendaya. La zona al norte y al oeste de esta línea ocupada por los alemanes quedó sometida a la autoridad del Estado Mayor y a las maniobras políticas del embajador alemán Otto Abetz, una situación similar a la de Bélgica o los Países Bajos. En el sur, con sede en Vichy, se formó un gobierno encabezado por el mariscal Philippe Pétain, teóricamente soberano. Al mismo tiempo, las regiones de Alsacia y Lorena fueron incorporadas al Reich.

Frente al impacto de la derrota la dirigencia política francesa se dividió. Algunos, como el jefe del gabinete Paul Reynaud, aceptaron la capitulación como acto militar, pero aduciendo que era factible trasladar el gobierno a las colonias del norte de África para organizar la lucha desde allí. Otros, encabezados por el mariscal Pétain, héroe de la Primera Guerra, y el dirigente político Pierre Laval, quien desde el socialismo había virado hacia posiciones de derecha, opinaron que Francia había perdido la guerra y no estaba en condiciones de ofrecer ningún tipo de resistencia. Los legisladores aceptaron la renuncia de Reynaud y el 17 de junio confirieron todo el poder a Pétain. El subsecretario de Defensa, De Gaulle, que acababa de llegar de Inglaterra, huyó inmediatamente a Londres y al día siguiente pronunció un célebre discurso a través de la BBC británica en el que expuso un diagnóstico totalmente diferente del nuevo gobierno de su país: era imprescindible resistir porque, aunque el ejército francés había

perdido una batalla, se estaba frente a una guerra mundial y Francia podía luchar en pos de la preservación de su soberanía nacional.

El armisticio fue recibido con gran alivio por la mayor parte de la sociedad francesa y los dirigentes del nuevo gobierno se mostraron dispuestos a colaborar con los nazis; en parte porque suponían que Alemania sería la potencia vencedora y creían conveniente posicionar a Francia en el nuevo orden europeo con Berlín como el centro dominante, pero en gran medida también porque pretendían reorganizar el país.

El régimen de Vichy se presentó como el artífice de la Revolución Nacional para borrar “el caos de la República”, imponer los valores conservadores, retornar a las jerarquías sociales y construir un nacionalismo basado en la pureza de la sangre.

Este proyecto se asentó en la desconfianza antiliberal de las capas sociales temerosas por la crisis económica, de gran parte del mundo empresarial y agrario y de sectores profesionales. Sin embargo, no contó con un equipo dirigente cohesionado, dadas las diferencias en el campo de las ideas, pero también a raíz de la competencia entre camarillas. En principio, Vichy fue más una reacción tradicionalista contra la Revolución francesa que un régimen fascista; sin embargo, con su endurecimiento progresivo, especialmente a partir de 1942, incorporó rasgos distintivos del fascismo: persecución y deportación de los judíos a los campos de concentración, promulgación de leyes de excepción, creación de tribunales especiales, represión de toda oposición, en colaboración con las fuerzas nazis.

La Francia de Vichy retuvo una autonomía bastante reducida debido a que la zona ocupada por los alemanes abarcaba las ciudades más pobladas y los centros industriales estratégicos, y sufrió serios problemas económicos a raíz de los recursos –bienes industriales, productos alimenticios y pagos en metálico– que tuvo que entregar al vencedor. El tránsito entre las dos zonas era controlado estrictamente por los alemanes. En el París ocupado, grupos de colaboracionistas ultras, enfrentados entre sí, promovían la adhesión decidida al nazismo, al mismo tiempo que conspiraban contra Laval por su “tibia” cooperación, buscando ganar posiciones en el gobierno encabezado por Pétain. Estas tensiones ofrecieron un amplio margen de maniobra al embajador alemán para incidir en el escenario político francés.

Una serie de hechos negativos para Alemania en el campo de batalla entre 1942 y 1943 –el desembarco aliado en el norte de África, la derrota alemana en Stalingrado y el ingreso angloamericano en Sicilia– condujeron al fin de la poca autonomía de Vichy y a la creciente fascistización del régimen. A partir de 1942, Laval se esforzó por aumentar la colaboración con los alemanes. Inició la persecución sistemática de los judíos; exhortó a la población a dar su apoyo a “la Relève”, acuerdo mediante el cual los alemanes liberarían un prisionero de guerra francés por cada tres trabajadores que se presentaran como “voluntarios” para trabajar en Alemania. Laval declaró abiertamente que “él esperaba la victoria alemana porque, de no ocurrir así, el bolchevismo estaría en todas partes”.

En noviembre de 1942 la zona libre fue ocupada por tropas alemanas e italianas, y en enero 1943 se creó la Milicia, que si bien dependía formalmente del gobierno de Pétain, coordinaba

sus acciones directamente con las SS y la Gestapo. Los milicianos franceses significaron un gran apoyo para las autoridades alemanas en la represión de la Resistencia.

La Milicia estaba integrada por quienes hablaban la lengua nacional, conocían posibles escondites en las ciudades, y podían reunir una red de informantes nativos. También en 1943, los colaboracionistas más ultras ingresaron a la administración de Vichy al frente de nuevos organismos en estrecha relación con los nazis: Marcel Déat, ex socialista, fue designado ministro de Trabajo y Solidaridad Nacional, y el ex comunista Jacques Doriot encabezó la Legión de Voluntarios Franceses contra el bolchevismo que combatió contra los soviéticos junto a las SS.

Después del desembarco aliado en Normandía y hasta la derrota de los alemanes en agosto de 1944 hubo una guerra civil entre la Resistencia y la Milicia. En este período se produjo un vacío de poder y se desencadenaron violentas acciones de represalia contra los considerados como colaboracionistas: desde fusilamientos sin juicio hasta mujeres rapadas por haber mantenido relaciones sexuales con los invasores.

Con la derrota de los alemanes, el general De Gaulle, jefe del gobierno provisional, anunció el restablecimiento de la legalidad republicana, y al saludar el triunfo, el 25 de agosto de 1944, proclamó decididamente que la "verdadera Francia" jamás había abdicado: "¡París ultrajada! ¡París destrozada! ¡París martirizada! Pero París ha sido liberada, liberada por ella misma, […] con el apoyo y la colaboración de toda Francia, de una Francia que lucha, de la única Francia, de la verdadera Francia, de la Francia eterna".

Entre 1945 y 1949 se llevaron a cabo los juicios contra los miembros del régimen de Vichy. La condena a muerte de Pétain fue conmutada por cadena perpetua por decisión de De Gaulle. En cambio Laval, juzgado por traición a la patria, fue fusilado en octubre de 1945. A partir de 1947 comenzaron a dictarse leyes de amnistía para, según el gobierno, avanzar hacia la reconciliación nacional y fortalecer la unidad interna frente al nuevo enemigo, el comunismo. En noviembre de 1968, al conmemorarse el cincuentenario del armisticio que puso fin a la Primera Guerra Mundial, De Gaulle depositó flores en varias tumbas de generales que se habían destacado en los campos de batalla, entre ellos Pétain. Este reconocimiento del jefe de gobierno de Vichy provocó la protesta de víctimas del nazismo y de sus familiares, pero se mantuvo hasta los años noventa.

Un tercer grupo de países lo constituyeron aquellos tres –Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia– que, reconocidos como Estados nacionales en Versalles, desaparecieron a raíz del avance nazi, pero también en virtud de las demandas territoriales de otros países del este europeo y, en los casos de Checoslovaquia y Yugoslavia, debido además a las profundas tensiones entre sus diferentes grupos nacionales. En Munich, Checoslovaquia fue obligada a desprenderse de los Sudetes para que fuesen anexados al Tercer Reich. El resto del territorio fue repartido en marzo de 1939, cuando el sacerdote católico Jozef Tiso proclamó la constitución del Estado de Eslovaquia y se declaró aliado de Hitler, al mismo tiempo que Alemania asumía el gobierno del nuevo Protectorado de Bohemia y Moravia, y Rutenia pasaba a manos de Hungría.

En Londres, el ex presidente Benes, encabezó, desde fines de 1940, el Consejo de Estado Checoslovaco que a lo largo de la guerra sería reconocido por Gran Bretaña, la URSS y Estados Unidos como gobierno provisional del país en ese momento desmembrado.

Con la firma del pacto Ribbentrop-Mólotov, Polonia volvió a ser repartida entre Alemania y la Unión Soviética. El sector invadido por los nazis sufrió dos destinos diferentes: la zona occidental, el llamado Warthegau –que incluía a Lodz, la segunda ciudad más importante del país– fue incorporada a Alemania; el sector oriental, la zona del Gobierno General a cargo de Hans Frank, quedó en una situación indefinida. A esta unidad se le sumó, en el marco de la Operación Barbarroja, Galitzia, antes parte de la República Socialista Soviética ucraniana. Después de una breve vacilación, se descartó la posibilidad de que el territorio del Gobierno General fuese el asiento de un Estado polaco: se suponía que en lugar de los doce millones de polacos que lo habitaban, allí vivirían cuatro o cinco millones de alemanes. Pero en los hechos, esta área se convirtió en una especie de gran campo de concentración al que eran enviados los polacos y los judíos de las regiones ocupadas por los nazis para ser obligados a trabajar como esclavos.

Al mismo tiempo que el ejército alemán invadía Polonia, los Einsatzgruppen asesinaban a los miembros de las capas dirigentes polacas y Heydrich emitía instrucciones para concentrar a los judíos en grandes guetos. La sangrienta ocupación de Polonia fue la experiencia que en cierto sentido preparó la campaña de exterminio de comisarios políticos y de judíos puesta en marcha cuando se invadió la Unión Soviética. En los países europeos occidentales invadidos después de la caída de Varsovia no se instalaron guetos: cuando se puso en marcha la “solución final” fueron directamente deportados a las fábricas de la muerte construidas en Polonia. La mayoría de los polacos involucrados en el movimiento de resistencia se unieron al Ejército Nacional o del País (*Armia Krajowa*), una organización clandestina que reconocía al monarca exiliado en Londres como la única autoridad legítima. Los comunistas, con menor peso numérico y apoyados por Moscú, formaron el Ejército del Pueblo (*Armia Ludowa*).

El Ejército Nacional, que anhelaba una Polonia futura independiente de la Unión Soviética, jugó un papel crucial en el Levantamiento de Varsovia. El 1 de agosto de 1944, en el momento en que el Ejército Rojo se aproximaba a Varsovia desde el este, la resistencia polaca se lanzó a luchar contra los alemanes. Pero no tuvo éxito, en parte por la fuerte resistencia del ejército alemán, que reforzó sus fuerzas en Varsovia, y en parte por su aislamiento. Los militares soviéticos no intervinieron, Stalin hizo detener sus tropas en la ribera este del Vístula, no deseaba ayudar a una organización cuyos objetivos finales se oponían al suyo propio. Tampoco hubo asistencia de los aliados occidentales. Al cabo de 63 días de encarnizados combates, los alemanes aplastaron el levantamiento. Varsovia fue la capital más destruida en la Segunda Guerra Mundial.

El avance de los nazis sobre Yugoslavia fue inducido por el fracaso de la campaña que lanzara Mussolini desde Albania sobre Grecia en marzo de 1941. Cuando Hitler resolvió acudir en ayuda de las tropas fascistas, Yugoslavia se convirtió en el paso obligado del ejército alemán. El príncipe regente aceptó el paso de las tropas, pero fue derrocado por el

levantamiento de militares pro-occidentales. Inmediatamente, los alemanes desencadenaron un ataque y en pocos días ocuparon toda Yugoslavia, que fue dividida entre Alemania, Italia, Bulgaria y Hungría. El Tercer Reich tomó gran parte de Eslovenia y Serbia, entregando el control a un gobierno marioneta que recibía órdenes desde el Alto Mando alemán. Italia ocupó la región de Dalmacia, Bulgaria tomó Macedonia y Hungría recuperó Vojvodina. Croacia, junto con gran parte de las actuales Bosnia y Herzegovina, fue declarada Reino independiente bajo la conducción de Ante Pavelic, el líder de Ustacha, que desencadenó una brutal represión contra serbios, musulmanes y judíos. Este grupo ambicionaba recuperar el territorio que había pertenecido a la Gran Croacia, y que este fuese habitado solo por católicos. A partir de la toma del poder, se impuso una estrecha vinculación entre Estado y partido.

La oposición yugoslava a la ocupación nazi se dividió en dos bandos enfrentados militarmente entre sí: por un lado, los pro-monárquicos o *chetniks* (nombre del movimiento serbio de oposición al Imperio otomano del siglo XIX) dirigidos por Dragoljub Mihailović, y por otro la guerrilla comunista bajo el liderazgo de Josip Broz, el mariscal Tito. Los comunistas, después de ganar el control de gran parte de Bosnia, instauraron un gobierno provisional que desconoció las pretensiones de la monarquía. En 1943 Tito, al frente del Consejo de Liberación Nacional y enarbolando el lema “Hermandad y unidad”, controlaba gran parte de Yugoslavia. A pesar de la presión del rey exiliado en Londres, Mihajlović se negó a integrarse a la lucha partisana bajo el mando de Tito. Los chetniks y los croatas tuvieron en común su odio hacia el comunismo y la adhesión a un racismo excluyente que recayó contra los bosnios y kosovares musulmanes. A fines de octubre de 1944, las tropas partisanas y el Ejército Rojo tomaron Belgrado en una operación conjunta, y para mayo del año siguiente Yugoslavia había sido completamente liberada. Mihajlović fue arrestado en Bosnia y ejecutado en 1946.

En cuarto lugar estaban los países satélites –Hungría, Bulgaria, Finlandia y Rumania–, que se posicionaron voluntariamente al lado de Alemania.

Los vencidos en la Primera Guerra, Hungría y Bulgaria, se unieron con Alemania, en gran medida porque también ellos ansiaban la liquidación de las fronteras impuestas en Versalles. La alianza con Berlín le permitió a Hungría anexar los territorios del sur de Eslovaquia, Rutenia y el norte de Transilvania, la gran aspiración del irredentismo húngaro desde 1919. Por su parte, Bulgaria participó en el reparto de Yugoslavia y anexó parte de Tracia, de donde expulsó a un alto número de griegos para colonizar la región con búlgaros.

El régimen nazi no cuestionó sus gobiernos autoritarios, anticomunistas y nacionalistas cuando Hitler favoreció a los movimientos fascistas; por ejemplo en Hungría, lo hizo por razones pragmáticas. En octubre de 1940 el gobierno del almirante Miklós Horthy se unió al Eje y acompañó a los nazis en su campaña contra la Unión Soviética y en la declaración de guerra a Estados Unidos. No obstante, después de la derrota alemana en Stalingrado, intentó virar hacia los aliados. En marzo de 1944 las tropas nazis invadieron Hungría e impusieron a Horthy como primer ministro a Szálasi, el dirigente del partido Cruz de Flechas, violentamente antisemita. Inmediatamente se puso en marcha el pogrom contra los judíos para enviarlos al

campo de exterminio de Auschwitz. Después de la derrota de Alemania, Horthy logró exiliarse en Portugal donde murió en 1957. Szálasi fue ejecutado públicamente en marzo de 1946.

En Bulgaria, los grupos de corte fascista ocuparon un lugar periférico y la monarquía autoritaria no declaró la guerra contra la URSS. Frente el avance de los soviéticos, en 1944 también los dirigentes búlgaros buscaron acercarse a las potencias occidentales, pero era demasiado tarde. En setiembre de ese año, un nuevo gobierno bajo el control de los soviéticos declaró la guerra a Alemania y evacuó sus tropas de Grecia y Yugoslavia.

Finlandia también se encolumnó en la cruzada contra el comunismo, pero sin girar hacia el fascismo y motivada por reclamos nacionalistas y antisoviéticos: la invasión ordenada por Stalin en 1940 le había arrebatado territorios.

El alineamiento de Rumania fue inicialmente más ambiguo. Al comienzo de la guerra, con el visto bueno de Hitler, su gobierno fue obligado a ceder parte de los territorios que le fueron asignados en Versalles. Entre junio y agosto de 1940, Bucarest entregó Besarabia y Bukovina a la URSS, Transilvania a Hungría y Dobruja a Bulgaria. La desastrosa política exterior del autoritario rey Carol lo obligó a abdicar en setiembre de 1940. El trono fue ocupado por su hijo Miguel, y el general Ion Antonescu se puso al frente del gobierno con el título de Conducator (Líder o Guía Supremo). En un primer momento el general buscó el apoyo de Guardia de Hierro, que colocó a sus hombres en varios ministerios. El nuevo régimen nacional-legionario instrumentó una política de terror decididamente antisemita. Las crecientes tensiones entre el ejército y Guardia de Hierro en torno al control de las fuerzas armadas desembocaron en un intento de golpe por parte de los legionarios, que salieron a las calles al grito de *"Vida o muerte al lado de Alemania o Italia".* Antonescu, con el respaldo del ejército y sin objeciones por parte de Hitler, aplastó la rebelión rápidamente. Los intereses económicos y militares de Alemania exigían la estabilidad política de Rumania, y el Conducator era quien mejor podía garantizarla. Los principales líderes de Guardia de Hierro fueron encarcelados o expulsados del país. El Estado Nacional Legionario fue disuelto y Antonescu formó un nuevo gobierno militar. El hombre fuerte de Rumania se convirtió en uno de los aliados favoritos Hitler, siendo el primer dirigente extranjero en ser condecorado con la Cruz de Hierro. Las tropas rumanas se unieron a la Wehrmacht en su ataque contra la Unión Soviética en junio de 1941, y reocuparon los territorios de Besarabia y Bucovina. También el suroeste de Ucrania fue anexionado a Rumania como una nueva provincia, y su capital, Odesa, pasó a llamarse Antonescu.

Con la derrota de Stalingrado, la popularidad de Antonescu declinó rápidamente. Sus adversarios multiplicaron las gestiones ante el rey Miguel para que, siguiendo el ejemplo del monarca italiano, lo destituyera y pidiera un armisticio a los aliados. Los partidarios de la paz, a mediados de 1944, se agruparon en un Frente Democrático Nacional que incluyó a todos los partidos, incluidos los comunistas. El rey nombró un nuevo gobierno integrado por los miembros del Frente y declaró la guerra a Alemania. Antonescu y el ministro de Relaciones Exteriores fueron detenidos y entregados a las tropas de ocupación soviética. Al cambiar de bando a último momento, Rumania intentó posicionarse como un país aliado, pero el Ejército

Rojo lo trató como país conquistado. En el juicio llevado a cabo por el Tribunal Popular de Bucarest, Antonescu fue sentenciado a muerte y ejecutado en 1946.

La victoria el Eje no supuso hasta 1943 la constitución de un nuevo orden europeo. El pragmatismo se impuso a las razones de la ideología. Hitler necesitaba orden en los países que ocupaba, y la provisión de recursos para sostener la guerra. Era más fácil concretar estos fines con gobiernos ya instalados, en cierto grado aceptados por la población, que promover el ingreso de los dirigentes fascistas locales que no habían logrado tomar el poder. Aunque era muy probable que esta situación no estuviera destinada a durar.

Por último, un grupo de países se declararon neutrales: Portugal, España, Suiza, Suecia, Turquía e Irlanda. El gobierno del general Franco, quien debía mucho de su victoria a la ayuda de Mussolini y Hitler, mantuvo estrechas relaciones económicas con el Tercer Reich y en nombre de la cruzada anticomunista envió la División Azul al frente del Este. En Portugal, en cambio, el régimen tradicionalista y corporativista de Salazar adoptó una posición más decididamente neutral, sin que fuera presionado por la Alemania de Hitler. La neutralidad de Suiza, país donde imperaba la democracia liberal, no fue amenazada en lo más mínimo. En virtud de sus múltiples contactos con el resto del mundo, tuvo un papel importante para el régimen nazi. Para evitar la enemistad de Alemania, Suiza eludió recibir a los judíos perseguidos. Suecia asumió un papel parecido, combinó la neutralidad con el despliegue de un provechoso comercio con Alemania.

La guerra y la “solución final”

El antisemitismo feroz de Hitler fue abiertamente reconocido en los inicios de su actividad política, y el afán de los nazis de “limpiar” Alemania de judíos alentó sus acciones violentas contra esta comunidad desde los orígenes de esta fuerza política. Sin embargo, la instrumentación de un plan para exterminar a los judíos europeos con todo lo que esto significa –construcción de una infraestructura, las fábricas de la muerte; organización de un sistema de transporte, un altísimo número de personas a cargo de diferentes tareas, la adopción de un método que posibilitara asesinatos en masa– fue resultado de un proceso que resulta muy difícil de explicar. Si bien al terminar la Segunda Guerra Mundial el Holocausto fue percibido como una tragedia, llevó tiempo tomar conciencia de su profundo y estremecedor alcance y significación, en el sentido de que “la producción en serie y racional” de la muerte de seres humanos se había engendrado en el seno de la civilización occidental y utilizando los recursos provistos por la ciencia y la tecnología del mundo moderno. ¿Cómo ofrecer interpretaciones racionales a una experiencia límite atravesada por horrores inimaginables? ¿Quiénes y cómo hicieron posible la concreción del Holocausto[3]?

[3] Las interpretaciones sobre quiénes, cómo, y en qué contexto se hizo posible la concreción del Holocausto dieron lugar al debate entre dos principales corrientes: intencionalistas y estructuralistas.
La corriente intencionalista, entre cuyos representantes figuran los historiadores Karl Dietrich Bracher y Klaus Hildebrand, se apoya básicamente en el reconocimiento de que Hitler, desde el comienzo de su carrera política, basó sus decisiones en determinadas obsesiones ideológicas que no dudó en llevar a la práctica hasta su muerte. Los

El nazismo, según Hannah Arendt, no solo fue un crimen contra la humanidad sino contra la condición humana. Hitler nunca dejó lugar a dudas sobre el odio que sentía por los judíos y acerca de la responsabilidad que les asignaba en la derrota alemana de 1918. Pero estas obsesiones ideológicas del Führer no son suficientes para explicar el genocidio judío. La materialización de los fines expansionistas y raciales nazis fue resultado de un proceso en el que se articularon, tanto el papel de líder carismático de Hitler avalando, muchas veces en forma encubierta, la política antijudía que se fue concretando en su gobierno, como las acciones y fines de otros actores quienes con mayor o menor grado de compromiso acordaban con esa política, y todo esto en relación con una combinación de factores –tales como las consideraciones económicas y los avatares de la guerra– que generaron condiciones propicias para el Holocausto.

En el debate historiográfico sobre el genocidio judío, el espinoso problema de las responsabilidades se entrelaza con los interrogantes en torno a cómo y cuándo el afán de "purificar" a la población europea se encarnó en los campos de exterminio. Las investigaciones sobre estas cuestiones descartan una línea de continuidad entre la concreción de esta experiencia límite y la ideología ferozmente antisemita de Hitler y los nazis. El Holocausto es entendido como resultado de un proceso de radicalización de la política antijudía, con diferentes hitos, y el análisis de este proceso se inscribe en un interrogante mayor: cuál era la naturaleza del Estado nazi. O sea, en qué forma y con qué criterios se tomaban e instrumentaban las decisiones, el rol de las diferentes agencias estatales junto con el papel de los principales organismos nazis, especialmente las SS, y básicamente el modo en que la presencia del "líder carismático" generaba las condiciones propicias para el Holocausto sin que fuera preciso que el Führer diera órdenes precisas en cada ocasión.

Con la llegada de Hitler al gobierno, las principales acciones de carácter antisemita fueron impulsadas por las presiones de los activistas del partido, del bloque SS-Gestapo, de las rivalidades personales e institucionales y de los intereses económicos deseosos de eliminar la competencia judía. La política nazi se manifestó de dos formas paralelas: por una parte medidas de corte legal destinadas a excluir a los judíos de la sociedad, privarlos de sus derechos civiles y llevarlos a la ruina económica; y simultáneamente campañas discriminatorias y acciones violentas dirigidas a forzarlos a emigrar de Alemania.

---

principios básicos de esa ideología eran la conquista de "espacio vital" para el pueblo alemán, que condujo a la guerra, y el antisemitismo, que llevó al genocidio. Si la voluntad del Führer se plasmó en un programa de gobierno, según los intencionalistas, fue porque Hitler llegó a erigirse como dictador fuerte con un control casi absoluto sobre las decisiones del Estado nazi. Desde esta perspectiva, el nazismo (hitlerismo) pasaba a ser un caso único en lugar de ubicarse como una experiencia singular en el seno del fascismo.
Los funcionalistas, entre los que figuran Martin Broszat y Hans Mommsen, descartan que la ideología de un jefe carismático sea capaz de explicar cabalmente el Estado nazi, y subrayan la importancia decisiva de una adecuada comprensión de las estructuras y el funcionamiento de ese Estado y de las presiones a las que estuvo sometido. Según los funcionalistas, el Tercer Reich no era en absoluto monolítico, existían centros de decisión independientes y competitivos sobre los que el líder máximo ejercía un control muy imperfecto. En definitiva, un sistema "policrático" encabezado por un "dictador débil". Por otra parte, las ideas del Führer eran demasiado abstractas para que de ellas pudiera deducirse de modo directo cualquier plan de acción concreto, y solo funcionaban como orientaciones generales. Desde esta perspectiva, no existió un plan previo que incluyera la eliminación física de los judíos europeos. Este programa se impuso como resultado de una dinámica en la que la competencia entre los distintos aparatos del Estado y dirigentes nazis, junto con el curso de la guerra que se prolongó en el tiempo, radicalizaron las acciones represivas sobre los judíos: primero se buscó expulsarlos, luego se los aisló en campos de concentración y finalmente se los asesinó.

Antes de que estallara la guerra hubo tres principales oleadas antijudías: la de 1933, instigada básicamente por la SA; la de 1935, que desembocó en la sanción de las leyes de Nuremberg, y la tercera, mucho más violenta, en 1938. Poco después de que asumiera Hitler, los sectores más radicalizados de la base del partido organizaron una intensiva campaña de propaganda y un boicot económico contra negocios y empresas judíos. El 1 de abril de 1933, los comercios judíos fueron rodeados por piquetes de miembros de la SA para impedir la entrada de clientes. El ministro de Economía, Hjalmar Schat, se opuso alertando sobre la posible reacción negativa de los gobiernos occidentales. A estas acciones siguió un período de relativa calma.

Dos años después, nuevamente las demandas de las bases más radicalizadas del nazismo condujeron, con el beneplácito de Hitler, a la sanción de normas decididamente discriminatorias de los judíos alemanes. A mediados de septiembre de 1935, en el mitin anual del Partido Nacionalsocialista, el Führer anunció la sanción de la Ley para la Protección de la Sangre Alemana y la Ley de la Ciudadanía del Reich. La primera prohibió las relaciones sexuales entre no judíos y judíos, ya sea vía el matrimonio o las extramatrimoniales. Esa disposición se amplió también a los matrimonios entre alemanes y gitanos o negros. Las infracciones se castigaban con prisión. Esta norma incluyó dos prohibiciones adicionales: los judíos no podían izar la bandera nacional, y tampoco podían contratar a no judíos como personal doméstico. La segunda ley despojó a los judíos de su ciudadanía alemana y les prohibió ejercer un cargo público. El primer decreto para la ejecución de esta ley determinó, en noviembre de 1935, quién debía considerarse judío.

Estas leyes no provocaron la emigración de los judíos. Dada su larga historia de sufrir la discriminación a través de la violencia, supusieron que las nuevas normas establecían límites claros. En palabras de un dirigente sionista de la comunidad de Berlín: “La vida siempre es posible bajo el imperio de las leyes”.

La elaboración y aplicación de esta legislación fue posible porque juristas, jueces, fiscales del ministerio público, abogados, funcionarios de la administración de justicia se prestaron para conferirles legalidad. Su sanción fue acompañada por una gran campaña de prensa oficial, que aplaudió la decisión del Führer de separar arios de judíos en el seno de la comunidad alemana. Todo el mundo supo de la entrada en vigor de esta legislación sin que hubiera críticas ni condenas: fue tratada como una cuestión de política doméstica de Alemania.

La tercera oleada comenzó en la primavera de 1938, con las acciones destinadas a excluir a los judíos de la vida económica. Esta *arianización* cerró negocios y obligó a los judíos a vender por precios miserables sus propiedades. Todo esto acompañado por acciones violentas contra negocios, personas y sinagogas. Con el traspaso obligado de los bienes judíos, los principales beneficiarios fueron grandes empresas como Mannesmann, Krupp, Thyssen, IG-Farben, y bancos importantes como el Deutsche Bank y el Dresdner Bank. Médicos y abogados también fueron beneficiados con la expulsión de judíos del ejercicio de dichas profesiones.

En la noche del 9 al 10 de noviembre, la llamada “Noche de los Cristales Rotos”, se alcanzó el punto más alto de esta campaña cuando se lanzó un violento programa alentado

abiertamente por Goebbels pero con el respaldo de Hitler, que optó por posicionarse en un segundo plano. La acción fue puesta en marcha como respuesta al atentado llevado a cabo por un judío polaco que costaría la vida a un funcionario de la embajada alemana en París. Los judíos, según Goebbels, “deben sentir de una vez por todas la total furia del pueblo”. Los jefes nazis enviaron instrucciones a sus hombres en todo el país: los ataques tenían que aparecer como reacciones populares y espontáneas. En pocas horas estallaron graves disturbios en numerosas ciudades. Las vidrieras de los negocios judíos fueron destrozadas y los locales saqueados, se incendiaron centenares de sinagogas y hogares, y muchos judíos fueron atacados físicamente. Al finalizar la ola de violencia, la comunidad judía fue obligada por decreto a pagar una “multa de expiación” de mil millones de marcos y se la hizo responsable del pago de los daños causados en sus propiedades. Después de esta oleada, muchos judíos emigraron en condiciones cargadas de miedos y riesgos.

Este fue el último acto de violencia abierta y, en cierto sentido, descontrolada; a partir de este momento se asignó a las SS, los antisemitas más “racionalmente” organizados, la coordinación e instrumentación de la política antijudía.

Al mismo tiempo que las ideas antisemitas se encarnaban en actos criminales, las SS (con el apoyo de profesionales y sectores de la burocracia estatal) descargaban su fuerza asesina, en forma más o menos encubierta y quebrando las normas jurídicas del Estado, sobre otros “enemigos y subhumanos”: la izquierda, los gitanos y los disminuidos físicos y mentales.

El primer campo de concentración comenzó a funcionar poco después de que Hitler llegara al gobierno. Fue creado en Dachau, un pequeño pueblo alemán cerca de Munich, en marzo de 1933, para albergar a los presos políticos, la mayoría de ellos comunistas y socialdemócratas, que así quedaban sometidos al trato brutal de las Unidades Calavera de las SS, al margen de toda garantía legal. Al poco tiempo llegaron otros grupos, entre ellos los gitanos, que al igual que los judíos eran considerados de raza inferior; los ampliamente despreciados homosexuales; los Testigos de Jehová, que se negaban a servir en el ejército. A medida que aumentaba la persecución sistemática de los judíos, crecía el número de los confinados en Dachau. Al calor del pogrom de 1938, miles de judíos alemanes fueron recluidos en el campo. Durante el verano de 1939, después del Anschluss llegaron varios miles de austríacos; este fue el primer caso de traslado de personas provenientes de los países que serían ocupados por los alemanes en el transcurso de la guerra. El comandante de Dachau, Theodor Eicke, posteriormente fue designado inspector general de todos los campos de concentración.

Para 1939, además del campo de Dachau existían otros cinco campos de concentración: Sachsenhausen (1936), Buchenwald (1937), Flossenbürg (1938), Mauthausen (1938) y Ravensbrueck (1939). A partir de la guerra, con nuevas conquistas territoriales y grupos más grandes de prisioneros, el sistema de campos de concentración se expandió rápidamente hacia el este.

Hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, aunque el trato discriminatorio de los judíos de Alemania incluyó la violencia, la política del Tercer Reich propició básicamente la expulsión más que su eliminación. Durante un tiempo se evaluó la posibilidad de trasladarlos a

la isla de Madagascar, la colonia francesa frente a la costa de África. Después de La Noche de los Cristales Rotos, en enero de 1939, Göring creó una oficina central para la emigración judía que incrementó el poder de las SS sobre cómo resolver el "problema judío". Dicho organismo quedó bajo la supervisión de Heydrich, el jefe del Servicio de Seguridad de las SS. La idea de matar como "solución final al problema judío" fue tomando cuerpo a partir de la ocupación de Polonia y más decididamente en el marco de la campaña contra el régimen soviético.

Respecto de la política antijudía del nazismo, la guerra planteó en parte nuevos problemas –creció el número de judíos en los territorios bajo el dominio alemán– y en parte generó condiciones propicias para que las obsesiones del nazismo se encaminaran hacia los campos de exterminio: ya no era necesario tener en cuenta las reacciones de otros gobiernos.

La orgía de atrocidades que siguió a la invasión de Polonia eclipsó la violencia desplegada en Alemania hasta ese momento. Al entrar en las ciudades y poblaciones, los nazis dieron rienda suelta a un sinfín de vejaciones y humillaciones contra todos sus habitantes; no solo los judíos cayeron ante la furia devastadora de los invasores. Los asesinatos de los Einsatzgruppen comenzaron con la aniquilación de la intelligentsia polaca. Según Heydrich: La solución del problema polaco sería diferente para la clase de los jefes y para la clase inferior de los trabajadores polacos. "En los territorios ocupados queda, como máximo, un tres por ciento de la clase de los jefes. Pero este tres por ciento debe hacerse también inofensivo; para ello serán llevados a campos de concentración". Los Einsatzgruppen debían elaborar las listas.

Polonia debía desaparecer como nación para que sus territorios, en principio los del oeste, fuesen germanizados; la población polaca, o estaba destinada a servir como mano de obra esclavizada, o a ser desplazada hacia el este en condiciones infrahumanas. La germanización de Polonia y la consiguiente expulsión forzosa dieron paso a la creación de los guetos.

Después de la rápida victoria del ejército alemán, la conducción de las SS decidió crear los primeros guetos judíos del siglo XX. Heydrich comunicó el 21 setiembre de 1939 a los jefes de los Einsatzgruppen que era preciso concentrar a los judíos en guetos, con la finalidad de asegurar un mejor control y su posterior deportación. Esta acción fue presentada como requisito previo para alcanzar "el objetivo final", que aún no había sido definido. La creación de los guetos resultó ser más difícil de lo que se había supuesto: desplazar a los judíos de un lugar a otro, contar con un área específica dentro de la ciudad receptora, transferir a los residentes no judíos fuera de la localización del gueto. Frente a la gran cantidad de problemas, los plazos propuestos por Heydrich no se cumplieron. El gueto más grande de Polonia se instaló en la capital, que junto con Lodz alojó a casi un tercio de los judíos polacos. Otros guetos importantes fueron los de Cracovia, Lublin, Bialystok, Lvov, Kovno, Czestochowa, Minsk. La mayoría de los guetos, ubicados principalmente en la Europa oriental ocupada por los nazis, estaban cerrados con muros, rejas de alambre de púas o portones.

Gran parte de las víctimas fueron destinadas a grupos de trabajo forzado en empresas alemanas, y a la construcción de obra pública del gobierno nazi.

Los guetos fueron emplazados en las zonas más pobres de las ciudades. Los alojamientos eran ruinosos, a menudo sin agua corriente ni electricidad. El número de gente apiñada en el gueto dio lugar a asombrosos niveles de densidad de población.

La escasez de comida fue dramática. Las raciones estaban fijadas deliberadamente en un nivel imposible para la supervivencia. Según el testimonio de un prisionero del gueto de Bialobrzegi, “la única manera de conseguir comida era salir del área judía, e intentar llegar a las granjas, pero si te atrapaban los alemanes, te disparaban. Teníamos mucho frío porque no podíamos conseguir madera para encender el fuego y calentar la casa, así que intentábamos salir a escondidas de noche para romper vallas de madera, pero si eras sorprendido haciendo esto, los alemanes te disparaban. Los alemanes sabían que los judíos estaban arreglándoselas para hacer escapadas a los pueblos vecinos, así que ofrecían recompensas de dos libras de azúcar a cualquier polaco que pudiese señalar a un judío que se hubiese escabullido. Esto significa que no solo teníamos que tener cuidado con que nos viesen los alemanes, sino también los polacos, especialmente los jóvenes”.

La instalación de los guetos fue acompañada de instrucciones de los jefes nazis respecto de la creación de Consejos Judíos (Judenräte). Era conveniente lograr que figuras con peso y autoridad de la comunidad colaborasen en el control de la población de los guetos y en la instrumentación de las órdenes de los alemanes.

Los Consejos tuvieron a su cargo una importante serie de cuestiones, desde contabilizar a la población judía, organizar la entrega de las propiedades y bienes judíos confiscados, pasando por asegurar el suministro de mano de obra judía, hasta gestionar la vida en los guetos: el aprovisionamiento de comida, de alojamiento, el control de la salud y el nombramiento de una fuerza policial propia del gueto. Los Consejos no tenían una estructura uniforme; en algunos casos eran responsables por una sola ciudad, mientras que en otros tenía autoridad sobre un distrito o, a veces, sobre un país entero, como en Alemania, Francia, o el Protectorado de Bohemia y Moravia.

Cuando se puso en marcha el exterminio, los Consejos fueron obligados a preparar listas de aquellos que serían transportados a los campos de exterminio. La decisión de colaborar en esta tarea estuvo basada, en muchos casos, en la esperanza de que aún era posible salvarse de la muerte. El vicepresidente del gueto de Kovno en Lituania, Leib Garfunkel, dejó testimonio de los dilemas que los atenazaban:

> “El Consejo se enfrentaba a problemas de conciencia y responsabilidad al mismo tiempo […]. Había dos alternativas […] cumplir, anunciando las órdenes de la *Gestapo* a los habitantes del gueto, y dar las instrucciones apropiadas a la policía del gueto; o abiertamente sabotear la orden haciendo caso omiso de ella. El Consejo llegó a la conclusión de que siguiendo la primera alternativa, parte, o quizás la mayoría, del gueto podría aún salvarse, al menos por un tiempo. De haberse elegido la otra alternativa se habrían tomado severas medidas de persecución contra todo el gueto, y posiblemente habrían resultado en su inmediata eliminación”.

En general, los dirigentes judíos se incorporaron a los Judenräte, pero en algunos casos se negaron a participar en las deportaciones; por ejemplo Adam Czerniakow, presidente del Consejo de Varsovia, que en julio de 1942 puso fin a su vida para eludir la preparación de las listas de candidatos a la expulsión.

Durante los tres años de su existencia, el gueto de la capital de Polonia pasó de 400.000 a 50.000 habitantes como consecuencia de las deportaciones a campos de exterminio y las muertes por hambre y enfermedades.

Con el establecimiento de los guetos se cumplieron algunas metas importantes para los nazis: el hacinamiento de los judíos, bajo una estricta supervisión, el robo de sus pertenencias y los beneficios que se podían obtener de su trabajo. Los guetos aislaron a los judíos del mundo exterior y los volvieron vulnerables e impotentes en los momentos más decisivos.

Con los guetos y los campos de trabajo forzado en Polonia, la idea asesina presente en el antisemitismo nazi tomó forma en un proyecto concreto que se afianzó con la Operación Barbarroja. Con el triunfo militar que Hitler daba por seguro, los nazis concretarían sus ansiadas metas: destruir el régimen bolchevique, conquistar el “espacio vital” para el acabado despliegue de la raza alemana y enviar a Siberia a los judíos en condiciones que garantizarían su aniquilamiento. La obtención de estos fines inspiró la famosa “orden de los comisarios” del 6 de junio de 1941, que definió las reglas a seguir respecto del ejército soviético: “fusilamiento sistemático y rápido” de todos los comisarios políticos del Ejército Rojo que “fuesen hechos prisioneros en el frente o llevando a cabo misiones de resistencia”. La separación aún existente en la guerra de Polonia entre las SS y la Wehrmacht habría de convertirse en una ficción.

En la URSS, los altos mandos del ejército se mostraron muchos más dispuestos que en Polonia a operar mancomunadamente con las unidades especiales de las SS. El enfrentamiento ideológico los llevó a dejar de lado las reglas que los ejércitos profesionales están obligados a respetar en el campo de batalla. La Wehrmacht se implicó decididamente en la campaña asesina de las SS.

Entre los primeros que sintieron el desprecio del régimen nacionalsocialista estuvieron los prisioneros de guerra. De los cinco millones de militares detenidos, hasta el fin de la guerra murieron tres, la mayoría de ellos por debilidad y epidemias. Con la Operación Barbarroja las SS tuvieron un nuevo terreno en el que desplegar su maquinaria de terror, al mismo tiempo que ampliaban su dominio.

La capacidad asesina de los Einsatzgruppen se ejerció sobre el conjunto de la población civil de las zonas que iban siendo ocupadas. A diferencia del proceso de encerrar a los judíos en los guetos y campos de concentración, los Einsatzgruppen, a menudo aprovechando el apoyo local, llevaron a cabo operaciones de asesinato masivo En un principio los fusilamientos recayeron solo sobre los hombres; para agosto de 1941 las matanzas incluían en forma creciente a mujeres y niños. Los Einsatzgruppen acabaron con la vida de más dos millones de judíos rusos.

Las masacres tenían lugar generalmente en bosques, hondonadas y edificios vacíos en las cercanías de las casas de las víctimas. A cierta distancia de las fosas comunes preparadas con anticipación se ordenaba a las víctimas desvestirse y entregar sus objetos de valor. Luego eran conducids en grupos a los pozos y fusiladas. Muchos heridos fueron enterrados vivos.

Los fusilamientos masivos eran una forma de asesinar que tenía muchos inconvenientes: era poco secreta y afectaba la imagen de los nazis, generaba tensiones entre altos jefes del ejército preocupados por la ausencia de disciplina y las manchas que podían recaer sobre los militares, y además no era factible que este método aniquilase a los judíos, gitanos y comunistas de Europa antes de que la guerra acabara, cosa que no tardaría en ocurrir según las confiadas previsiones de Hitler. A esto se sumaron los problemas de asentamiento, alimentación y control de nuevos judíos: los deportados, a partir de setiembre de 1941, de los países de Europa occidental por orden de Hitler. El impulso hacia la radicalización combinó las medidas burocráticas que emanaban del cuartel General de Seguridad del Reich con iniciativas tomadas en el terreno por individuos y agencias a cargo de una tarea cada vez menos manejable.

En este contexto quienes estaban a cargo de los campos de concentración exploraron otras formas de ejecución. El primer experimento de asesinato en masa con gas fue llevado a cabo en Auschwitz en setiembre de 1941. Las víctimas, prisioneros de guerra soviéticos, fueron llevadas a un recinto cerrado herméticamente al que se inyectó el gas Zyklon B. En Chelmno, los asesinatos masivos comenzaron el 8 de diciembre de 1941. La mayoría de las víctimas provenían del gueto de Lodz y aquí fueron asesinadas en camiones de gas. Una vez cerradas las puertas, el camión se dirigía a un bosque cercano en el que estaba situada una enorme fosa. Al fin del corto trayecto nadie quedaba con vida. Por medio de tres camiones de ese tipo fueron asesinados en Chelmno casi 300.000 judíos y 5000 gitanos.

Para la mayor parte de los historiadores estas iniciativas todavía eran aisladas, aún no estaba en marcha el plan de aniquilación de los judíos. No se ha encontrado un documento que indique quién y cuándo decidió la puesta en marcha de un plan de exterminio. Numerosos investigadores coinciden en que esa orden jamás fue emitida por escrito, pero que Hitler fue uno de los responsables de esta operación en virtud de su decidida intervención en la preparación del clima propicio y a través de sus conversaciones con los altos jefes nazis que pusieron en marcha el plan. La poca calidad de las fuentes, que reflejan en buena medida el secreto respecto de las operaciones de matanza, y la deliberada oscuridad en el lenguaje han dado lugar a conclusiones muy distintas sobre el momento preciso en que se decidió la "solución final". No obstante, existe un marcado consenso sobre la existencia de un proceso de radicalización de la política antisemita a partir de la campaña a la URSS, que se profundizó en virtud del estancamiento militar en Rusia y de la entrada en el conflicto de Estados Unidos, a los que Hitler declaró la guerra en diciembre de 1941 y que acabó de tomar consistencia en la conferencia de Wannsee.

El 20 de enero de 1942 en el suburbio berlinés de Wannsee se realizó una reunión convocada por Heydrich y organizada por Eichmann en la que participaron dieciséis altos funcionarios y representantes de organismos centrales del Tercer Reich. Durante la misma se

coordinaron los planes de exterminio, entre la Oficina Central de Seguridad del Reich dirigida por Heydrich, y los ministerios y agencias que debían participar en la concreción de la "solución final". Fue el comienzo de la última etapa: la incorporación de toda la Europa ocupada por los alemanes en un amplio programa de aniquilación sistemática de los judíos. En el verano del 42 los campos de exterminio funcionaban a pleno[4].

Para fines de ese año, la mayor parte de las millones de víctimas había sido asesinada. A diferencia de los campos de concentración como Dachau y de los campos de trabajo forzados, donde las altas tasas de mortalidad eran consecuencia de la inanición y de los maltratos, los campos de exterminio fueron diseñados específicamente para la eliminación de personas.

Seis de los siete campos de exterminio alemanes se construyeron en el actual territorio de Polonia. Auschwitz y Chelmno se encontraban en la zona occidental anexada por Alemania, y los otros cuatro: Belzec, Sobibor, Majdanek y Treblinka en la zona del Gobierno General.

Los judíos eran obligados a concentrarse en las cercanías de una estación de tren y de allí subían a vagones de carga carentes de ventilación, instalaciones sanitarias y agua. Los furgones se cerraban herméticamente y la travesía podía demorar varios días. El terrible hacinamiento causó la muerte de muchos. Cuando el prisionero arribaba al campamento, debía entregar su ropa y efectos personales, sus cabellos eran rapados y recibía como vestimenta un uniforme a rayas de prisionero y un par de zuecos de madera. Al frente del campo estaba el *Lagerkommandant* y bajo su mando un equipo de oficiales de bajo rango. Las SS generalmente seleccionaban prisioneros, llamados *kapos*, para supervisar al resto. Las durísimas condiciones de trabajo, unidas a la desnutrición y la poca higiene, hacían que la tasa de mortalidad entre los prisioneros fuera muy grande.

La expectativa de vida era por lo común muy reducida. Muchos presos caían en un agudo estado de decadencia física y mental; el *Muselmann* –en la jerga del campo– personificaba la muerte en todos sus repliegues: el debilitamiento físico por inanición, el deterioro psíquico y el abandono de sí mismo: el prisionero era un muerto en vida.

Sin Hitler el Holocausto no hubiera sido posible, pero tampoco sin la activa colaboración de la Wehrmacht, sin la efectiva complicidad de la burocracia de la administración pública, de los líderes de industrias alemanas que fabricaron los equipos de la muerte e instalaron fábricas en los campos de concentración; sin la "eficiente" decisión de las SS de aniquilar a "enemigos" y "razas inferiores". La intención de Hitler fue un factor fundamental, pero más importante fue la naturaleza carismática del gobierno del Tercer Reich y el modo en que funcionaba manteniendo el impulso de creciente radicalización en torno a objetivos "heroicos" que iban corroyendo y fragmentando la estructura del Estado de derecho. Esta experiencia límite dejó instalada la angustia y el desafío respecto de cómo evitar su no imposible repetición.

---

[4] Auschwitz fue al mismo tiempo un campo de concentración y un campo de exterminio integrado por tres campos principales y varios campos subalternos. Auschwitz I fue el centro adminis

La Gran Alianza (1941-1945)

Durante el año que medió entre la derrota de Francia y la invasión a la Unión Soviética, el Reino Unido fue el único país que enfrentó al nazismo. El primer ministro Winston Churchill fue consciente desde un principio de que necesitaba el respaldo de Estados Unidos, y el presidente Franklin Delano Roosevelt se comprometió con el esfuerzo de los británicos. En marzo de 1941, el Congreso norteamericano aprobó la ley de Préstamo y Arriendo. El presidente podía vender o alquilar todo tipo de material a cualquier Estado considerado clave para la seguridad nacional. Como resultado de esta medida la economía estadounidense adaptó su producción a las necesidades de la guerra un año antes de declararla, y puso al alcance de sus aliados unos 50.000 millones de dólares en armas, servicios y alimentos.

En agosto de ese año tuvo lugar un encuentro entre ambos gobernantes en el que aprobaron la Carta del Atlántico. En este documento declararon que sus países no buscaban ningún engrandecimiento territorial o de otro tipo, que respetarían las decisiones democráticas de los pueblos y que se esforzarían por extender el libre comercio y asegurar mejoras en las condiciones de trabajo.

Con el inicio de la Operación Barbarroja en junio de 1941, Washington y Londres manifestaron su interés en colaborar con los soviéticos. Comenzaba a forjarse la Gran Alianza que encabezarían José Stalin (presidente del Consejo de Ministros de la URSS), Winston Churchill (primer ministro de Gran Bretaña), y Franklin Roosevelt (presidente de EE.UU.) a partir del ingreso de Estados Unidos al campo de batalla en diciembre de 1941. La expansión arrolladora y despiadada de los nazis hizo posible que los dirigentes de las democracias liberales y del comunismo aunaran sus fuerzas contra el enemigo común.

Desde fines de 1941 hasta la conclusión del conflicto se concretaron una serie de entrevistas, entre las que se destacan: la conferencia de Teherán (noviembre de 1943) y la de Yalta (febrero de 1945), con la presencia de Roosevelt, Stalin y Churchill, y la de Postdam (julio-agosto de 1945), con Harry Truman (el vicepresidente de Roosevelt, quien había muerto el 12 de abril), Stalin y el dirigente laborista Clement Attlee (reemplazó a Churchill en virtud de la derrota electoral de los conservadores).

Las negociaciones entre los tres mandatarios incluyeron cuestiones referidas a la forma de conducir la guerra, a la reorganización territorial y política del mundo, especialmente de Europa, una vez derrotada Alemania, y a la creación de un sistema capaz de garantizar la preservación de la paz.

Cuando se reunieron en Yalta, la situación favorecía claramente a Stalin. En esta conferencia se acordaron cinco resoluciones principales: el tratamiento dado a los dos protagonistas del Eje, Alemania y Japón; la creación de la ONU, la declaración de principios sobre la Europa liberada y, por último, las fronteras y la composición del gobierno de la nueva Polonia.

Se acordó que Alemania fuera desmilitarizada y dividida en cuatro zonas a ser ocupadas por la Unión Soviética (este), Estados Unidos (sudoeste), Gran Bretaña (noroeste) y Francia (oeste). Los comandantes militares de las cuatro zonas de ocupación integrarían el Consejo Supremo de

Control, autoridad suprema interaliada. La delimitación de las cuatro zonas fue concebida en términos administrativos; en aquel momento ninguno de los líderes reunidos pensó en una división política de la potencia derrotada. Se aprobó el pago de altas reparaciones de guerra por parte de los alemanes y se dispuso que los principales criminales de guerra nazis fuesen juzgados por un tribunal internacional, los futuros juicios de Nuremberg[5].

En relación con Asia, un protocolo secreto estableció que la Unión Soviética entraría en guerra contra Japón después del fin de las hostilidades en Europa. Una vez derrotados los japoneses, Rusia recuperaría "los derechos anteriores, violados por el pérfido ataque del Japón en 1904". Por otra parte, Irán quedó dividido en zonas de influencia entre ingleses y soviéticos.

En el territorio polaco, liberado y ocupado por el Ejército Rojo, ya funcionaba un gobierno provisional avalado por Stalin. Churchill y Roosevelt lo presionaron para que fueran incluidos miembros del gobierno en el exilio en Londres, y para que en breve plazo se concretaran las elecciones. Aunque Stalin accedió, no concretaría ninguna de estas medidas. En relación con las fronteras, los gobernantes occidentales aceptaron que la Unión Soviética avanzara sobre

---

[5] Los juicios de Nuremberg fueron celebrados entre 1945 y 1946, en la ciudad alemana donde tuvieron lugar los congresos anuales del Partido Nacionalsocialista. En el proceso principal, los antiguos líderes nazis fueron acusados y juzgados como criminales de guerra por un Tribunal Militar Internacional.

La autoridad de este Tribunal emanaba del Acuerdo de Londres, firmado el 8 de agosto de 1945 por representantes de los EE.UU., Gran Bretaña, la URSS y el gobierno provisional de Francia, que dispuso la constitución de un tribunal integrado por un delegado de cada uno de los países signatarios, que juzgaría a los más importantes criminales de guerra del Eje. Posteriormente, 19 países aceptaron el documento.

El 18 de octubre de 1945 el Tribunal recibió la acusación que se basaba en cuatro cargos: 1) crímenes contra la paz (planear, instigar y librar guerras de agresión violando los acuerdos y tratados internacionales); 2) crímenes contra la humanidad (exterminio, deportaciones y genocidio); 3) crímenes de guerra (violación de las leyes de guerra), y 4) "haber planeado y conspirado para cometer" los actos criminales anteriormente mencionados.

Los argumentos de la defensa pretendieron negar la competencia del Tribunal y poner de manifiesto la dificultad de aplicar unas leyes con carácter retroactivo. Las acusaciones describían delitos que no eran tales en el momento de haberse cometido, porque no existían las leyes internacionales que habían sido creadas con posteridad. La defensa recordó que los países acusadores mantuvieron relaciones con la Alemania de Hitler incluso durante los primeros años de guerra, tal el caso de los Estados Unidos. Las leyes raciales en Alemania ya estaban vigentes cuando se celebró la conferencia de Munich en 1938 o el pacto ruso-germano al año siguiente. Especialmente se hizo hincapié en la obediencia debida y en la supuesta ignorancia por parte de los implicados en la llamada solución final. Los jueces, sin embargo, querían sentar jurisprudencia y condenar no solo a los jefes nazis sino a la guerra misma y a sus horrores. El juicio de Nuremberg fue concebido para que se transformara en una norma de conducta para la humanidad, y así poder impedir futuras tragedias.

Después de 216 sesiones, el 1 de octubre de 1946 emitió el veredicto: tres acusados fueron absueltos (Hjalmar Schacht, Franz von Papen y Hans Fritzsche), cuatro fueron condenados a penas de entre 10 y 20 años de cárcel (Karl Dönitz, Baldur von Schirach, Albert Speer y Konstantin von Neurath), tres fueron condenados a cadena perpetua (Rudolf Hess, Walther Funk y Erich Raeder) y, finalmente, 12 fueron condenados a muerte. Diez de ellos fueron ahorcados el 16 de octubre de 1946 (Hans Frank, Wilhelm Frick, Julius Streicher, Alfred Rosenberg, Ernst Kaltenbrunner, Joachim von Ribbentrop, Fritz Sauckel, Alfred Jodl, Wilhelm Keitel y Arthur Seyss-Inquart); Martin Bormann fue condenado "in absentia" y Herman Göring se suicidó en su celda antes de la ejecución. El industrial Gustav Krupp, incluido en la lista de acusados, no fue juzgado por su edad.

Existieron además una serie de juicios llevados a cabo con posterioridad, donde se juzgó a funcionarios del Estado, jefes del ejército, industriales alemanes, médicos, jueces. Además, los esfuerzos de quienes, como Simon Wiesenthal y Beate Klarsfeld, no aceptaron que hubiera criminales sin castigo, llevaron a la captura, la extradición y el juicio de varios nazis que habían escapado de Alemania después de la guerra. Uno de ellos fue Adolf Eichmann, procesado en Jerusalén después de haber sido secuestrado en la Argentina en mayo de 1960 por agentes del servicio de seguridad israelita. Eichmann fue encontrado culpable y condenado a muerte. Con el material de Leo T. Hurwitz, quien filmó 350 horas del juicio en video, el israelí Eyal Sivan dirigió el documental *Un especialista, en* 1999.

En el caso de Japón, los procesos contra los criminales de guerra estuvieron a cargo del Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente, integrado por jueces procedentes de los países victoriosos. Inició su labor en agosto de 1946 y fue disuelto en noviembre de 1948. Las actuaciones de este tribunal se aplicaron solo a la jerarquía residente en Japón mismo, ya que se realizaron juicios *ad hoc* en diferentes lugares de Asia contra individuos particulares, por lo general miembros del Ejército y la Administración japonesa. Fue muy polémica la exclusión del emperador Hirohito de los acusados. Los aliados aceptaron el criterio del general Douglas MacArthur –comandante supremo de las fuerzas aliadas en el Pacífico– de mantener al emperador como garantía de estabilidad y de reconstrucción del Japón vencido. Fue el primer emperador japonés que viajó a Europa y a Estados Unidos, en los años setenta.

Una de las acciones aún objeto de controversia en China y Japón es la captura de la ciudad de Nankín por los japoneses a fines de 1937. El gobierno chino sostiene que hubo una masacre de civiles, mientras que en Japón prevalece la opinión de que fue una operación militar.

Polonia recuperando los territorios perdidos en la guerra de 1921, y en compensación la frontera polaca del oeste se desplazaría incorporando así territorios alemanes y reduciendo la extensión de Alemania. El trazado final de esta frontera occidental sería fijado en la conferencia de paz a realizarse cuando terminase la guerra.

A los fines de concretar la constitución de las Naciones Unidas se dispuso convocar una reunión en San Francisco, California, en abril de 1945. Por último, se aprobó la denominada "Declaración sobre la Europa liberada", en la que los tres gobernantes se comprometieron con la reconstrucción de Europa a través de la democracia.

Una vez concretada la rendición de Alemania, los aliados se reunieron en Potsdam, en las afueras de Berlín, para precisar la forma en que se efectivizaría el cobro de las reparaciones de guerra y al mismo tiempo definir los procedimientos que habrían de llevar a la firma de los tratados de paz. En este encuentro el diálogo fue menos fluido. El enemigo común había sido derrotado y las divergencias sobre el nuevo orden europeo pasaron a primer plano, especialmente respecto de Polonia y Alemania.

Esta conferencia definió el plan de las llamadas *Cuatro D* para Alemania: desnazificación, desmilitarización, democratización y descartelización. El cobro de las reparaciones admitía la confiscación de propiedades y bienes de capital industrial alemanes; cada potencia ocupante obtendría su parte de la zona alemana bajo su control, en el caso de Moscú se le permitió obtener del 10 al 15 por ciento del equipamiento industrial de las zonas occidentales a cambio de productos agrícolas de su zona de ocupación. Las reparaciones que correspondían a Polonia saldrían del territorio supervisado por la Unión Soviética.

La elaboración de la condiciones de paz para los aliados de régimen nazi –Bulgaria, Hungría, Italia, Finlandia y Rumania– fue encomendada a los ministros de Negocios Extranjeros de las cinco grandes potencias (Estados Unidos, China, Francia, Reino Unido y la Unión Soviética). La cuestión de un tratado de paz con Alemania quedó en suspenso, e igualmente en el caso de Japón, que todavía estaba en guerra.

Una situación particular fue la de Austria, ya que pese a ser vista como víctima del nazismo y reconocida su independencia, quedó dividida en zonas de ocupación y la Comisión aliada siguió a cargo de diversas funciones, esencialmente la *desnazificación*. Las elecciones tuvieron lugar en noviembre de 1945, pero Austria continuó dividida y supervisada hasta 1955 cuando, con la firma del Tratado de Viena, el país recuperó su independencia plena.

El proceso de elaboración de la paz concluyó el 10 de febrero de 1947, con la firma de los Tratados de París entre los vencedores y los países satélites de la Alemania nazi. En cambio el desencadenamiento de la Guerra Fría impidió la firma de un tratado de paz entre los vencedores y Berlín. Si bien en un principio hubo coincidencias respecto de la conveniencia de reducir la capacidad industrial alemana, ya que los grandes grupos económicos habían posibilitado la política militarista y expansionista del régimen nazi, en poco tiempo Estados Unidos y Gran Bretaña apostaron a la recuperación económica de Alemania como escudo del bloque capitalista democrático frente al totalitarismo comunista. La formación de dos bloques antagónicos llevó a unos resultados no previstos en los encuentros entre los Aliados: la

partición del país en dos Estados, la República Federal Alemana, alineada con Estados Unidos, y la República Democrática Alemana, bajo la órbita soviética. Recién en setiembre de 1990 el Tratado 4+2, firmado por las cuatro potencias vencedoras y los dos Estados alemanes, otorgó el acabado reconocimiento internacional a la Alemania reunificada.

El principio general de los tratados fue volver a las fronteras europeas de 1937, con tres excepciones principales: la reducción del territorio de Alemania, el engrandecimiento del territorio soviético y el "desplazamiento" del territorio polaco hacia el oeste. Estas tres excepciones estaban estrechamente relacionadas.

A pesar de que los cambios territoriales fueron menores que tras la Primera Guerra Mundial, se produjeron enormes traslados de población que añadieron más dolor a un continente devastado por la guerra: sobrevivientes de los campos de concentración nazis, trabajadores forzosos que habían sido trasladados al Tercer Reich, prisioneros de guerra, alemanes y otros grupos nacionales, ucranianos, bielorrusos, polacos, estonios, letones, lituanos, que huyeron frente al avance del Ejército Rojo, alemanes expulsados de la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia y de otros países de Europa oriental, refugiados de distinta procedencia.

En Asia los vencidos fueron Japón, derrotado por los norteamericanos, y Tailandia (Siam), ocupada por los británicos. Japón debió abandonar sus conquistas en China, Corea y la isla de Formosa (Taiwán). Corea quedó dividida en dos zonas: los comunistas al norte y los estadounidenses al sur. La URSS se anexionó la isla de Sajalín y las islas Kuriles. Además, 7 millones de japoneses dispersos por el antiguo Imperio debieron retornar al archipiélago nipón. Pero en 1945 no se concretó la firma de un tratado de paz.

El mapa político y territorial de la segunda posguerra no fue la expresión del reparto acordado en Yalta entre las principales potencias: fue resultado de las posiciones logradas en los campos de batalla, básicamente por los ejércitos de los distintos países que luchaban contra Alemania, pero también por las acciones de los movimientos de resistencia interior, como en los casos de Yugoslavia y de Albania. En el destino de China, los acuerdos entre los Tres Grandes tuvieron escasa incidencia, el triunfo de Mao se debió a la derrota de los nacionalistas en la guerra civil.

Película Noche y Niebla

(*Nuit et broulliard*)

Ficha técnica	
Dirección	Alain Resnais
Duración	32 minutos
Origen / año	Francia, 1955
Guión	Jean Cayrol
Fotografía	Ghislain Cloquet y Sacha Vierny
Montaje	Alain Resnais
Música original	Hans Eisler
Consejeros históricos	Henri Michel y Olga Wormser
Producción	Anatole Dauman, Samy Halfon y Philippe Lifchitz
Narración:	Michel Bouquet

Sinopsis

Noche y niebla es un mediometraje documental que utiliza imágenes de diferentes archivos y otras filmadas especialmente para la realización del film. El relato se centra en una reconstrucción histórica de los campos de concentración utilizados por los nazis durante la segunda guerra mundial. Desde el presente del film, imágenes en color nos muestran los edificios que sirvieron al fenómeno concentracionario, revisando sus emplazamientos, estilos arquitectónicos, formas de construcción y de financiamiento y sus modalidades de organización espacial interna. La cámara se desplaza despaciosamente por las instalaciones ahora en desuso que alojaron a millones de seres humanos deportados de sus países o ciudades de origen con destino a los campos. En blanco y negro, un relato cronológico que se abre en 1933 con la puesta en marcha de la maquinaria nazi, nos presenta la sucesión de acontecimientos históricos que conducirán a la construcción y el uso cada vez más extendido de los campos de prisioneros y a su reformulación a partir de 1942 como campos de exterminio. Una voz en off acompaña el desarrollo de la película, informando directamente sobre lo que las imágenes ilustran o proponiendo preguntas, contrapuntos o reflexiones en torno de ellas. Hacia el final, una vez hecha la crónica del desarrollo y la utilización de los campos, una sucesión de imágenes fijas en la que se ven cadáveres consumidos, miembros mutilados, cráneos cercenados y fosas atiborradas de cuerpos desmembrados, nos presenta el resultado de la

industria del exterminio al tiempo que el relator se pregunta si esta maquinaria puesta en marcha a la par de la guerra ha dejado efectivamente de funcionar.

Acerca del interés histórico del film

Es preciso adjudicarle a *Noche y niebla* el valor de film acontecimiento, tanto para la historia del cine como para la presentación y representación que el cine ha ofrecido de los campos de concentración bajo la segunda guerra mundial. En principio, su importancia capital radica en ser un film pionero, y esto a pesar de que en el momento de su producción había transcurrido una década desde el final de la guerra. Pero el valor de *Noche y niebla* va mucho más allá de su condición fundacional sobre el tema del que se ocupa; en muchos sentidos, la película ofrecía en 1955 una mirada cuya profundidad y cuya fuerza se mantienen inalteradas a casi sesenta años de su realización. Creemos que este valor se apoya en la interpretación histórica, política y cultural que el film presenta sobre su tema y que está en la base de la conexión temporal que establece con el presente, el de 1955 o el nuestro.

Vamos a centrar nuestro análisis de la obra en dos dimensiones históricas que la película presenta a los largo de todo su desarrollo y sobre las que sienta una interpretación tan sombría como implacable. La primera de ellas tiene que ver con la concepción de los campos de concentración y exterminio como un producto de la sociedad industrial y de la forma concreta que adoptó bajo su égida el desarrollo de la producción. La segunda, conectada con la anterior y que subtiende tanto la concepción de la obra como su forma y la pregunta estremecedora de la que es portadora, se refiere a la vigencia del fenómeno concentracionario en la continuidad del proceso histórico.

Una parte importante de la presentación del problema concetracionario para *Noche y Niebla* radica en la familiaridad inquietante con que fueron aceptados e integrados los campos a las sociedades en las se asentaron. Una explicación no menor de esta familiaridad tiene que ver con el desarrollo de los campos como emprendimientos tecnológicos semejantes a grandes empresas o fábricas, a la manera clásica del capitalismo avanzado. Así, mientras la cámara recorre desde el presente los sitios comunes en que podrían volver a establecerse las construcciones que cobijaron el horror bajo la guerra, las imágenes fijas del pasado nos muestran agrimensores tomando medidas o estudiando el terreno y la voz en off nos cuenta que la construcción de los campos se sometía a licitación pública, como una obra de infraestructura corriente necesaria para el desarrollo. Las reglas de la libre empresa y el concurso público garantizaban la libre competencia y la limpieza técnica del proceso.

Desde el inicio mismo del film, el cruce entre las imágenes del presente y del pasado, el relato en off y el tono de la narración, confieren a la película una densidad difícil de clasificar, que genera constantemente en el espectador una sensación compleja de incomodidad, asombro y desasosiego.

La incomodidad, creemos, se debe a que el film consigue exponer la aterradora familiaridad económica y tecnológica que adquirieron los campos y su funcionamiento. Fábricas proyectadas y construidas como tales que incorporaron los más recientes procedimientos de organización espacial y económica al servicio de la más atroz de las industrias: la del exterminio masivo de seres humanos. Las tomas generales de los campos en los momentos de máximo funcionamiento –de máxima productividad– resultan elocuentes e impresionantes: decenas de barracas, cuyos techos son similares a los de cualquier establecimiento fabril, que sirvieron a la vez de galpones para el alojamiento, exterminio, crematorio y aprovechamiento integral de los restos humanos de millones de prisioneros. Las tomas son similares a aquellas que presentan los grandes establecimientos fabriles de las ciudades industriales modernas.

El asombro tiene que ver con la magnitud de la operación histórica y política que se narra y de sus resultados. Han pasado cinco largas décadas desde el estreno del film y es difícil calibrar hoy el efecto que las imágenes reunidas en la película pudieron haber generado en los espectadores que se enfrentaban en casi todos los casos por primera vez con muestras directas del resultado de los campos. En este punto es preciso señalar que *Noche y Niebla* rompía con una década larga de silencio y olvido respecto del más terrible producto de la segunda guerra mundial. Mucho más acostumbrados a ver las imágenes obtenidas por los aliados en los momentos de la liberación, con más de cincuenta años de televisión en el medio, con decenas de películas que se han acercado con mayor o menor grado de seriedad al tema, hoy tenemos incorporadas las imágenes clásicas del horror de los campos a nuestra cultura audiovisual; no era esto lo que le sucedía a un espectador de 1956 que observaba el film. Con toda seguridad el impacto debió ser conmovedor. Sigue siéndolo hoy, a pesar del tiempo y las imágenes transcurridos.

Pero el asombro tiene otra faceta, Resnais fue enormemente cuidadoso con las imágenes de archivo y con su tratamiento. Esto puede observarse en el trabajo con las puntuaciones entre imagen e imagen, entre escena y escena. Decidido a mostrar lo que la humanidad debía ver como un producto de su propia historia, Resnais muestra cuerpos mutilados por decenas, cráneos cercenados, topadoras barriendo con cantidades enormes de cadáveres y fosas comunes atiborradas de restos humanos indiferenciables, pero en todos los casos nos deja ver sólo lo suficiente para registrar y recordar. Jamás las imágenes se quedan disponibles ante nuestros ojos más tiempo que el estrictamente necesario para que incorporemos la información de las imágenes y *sepamos*. Resnais evita con la precisión de su trabajo de edición cualquier efecto de espectáculo, cualquier ilustración morbosa, cualquier exhibicionismo vulgar, pero no omite la exposición de aquello que sigue percibiéndose como el producto asombroso de un acontecimiento que, sin embargo, forma parte de la historia, la tecnología y la cultura de la sociedad contemporánea.

El desasosiego que el film promueve es difícil de racionalizar y de describir. La articulación en una misma secuencia de elementos tales como el relato de la construcción de los campos y las imágenes de los prisioneros construyendo con sus propias manos las barracas y los galpones en que serían hacinados y asesinados en masa, ofrece una muestra cabal de esta

impresión. Otras imágenes, más terroríficas y concluyentes respecto de la matriz económica y cultural en la que debieran ser insertados y comprendidos los campos, son aquellas en que se amontonan por miles, como símbolos rotundos de la abundancia industrial, los zapatos, los lentes o los cabellos de las víctimas: *"A 15 peniques el kilo, se fabrican géneros"*, informa despaciosamente la voz en off de Michel Bouquet, mientras vemos enormes rollos de telas almacenados como una mercancía cualquiera.

Nadie había hecho antes de *Noche y niebla* un film sobre los campos de concentración de la segunda guerra mundial. El tema no formaba parte importante de los relatos históricos sobre el conflicto bélico y faltaba más de una década para que el holocausto judío ganara visibilidad pública y consideración particular dentro del genocidio practicado por los nazis en Europa, del que los judíos fueron las víctimas mayoritarias pero no excluyentes. *Noche y niebla* llamaba la atención entonces sobre un fenómeno borrado parcialmente de la historia y ese llamado de atención extraía su motivo fundamental del presente de la realización del film: en la Francia de 1955 se cernía la amenaza del conflicto sobre la independencia de Argelia y comenzaban a desarrollarse en territorio francés campos de reclusión o agrupamiento para los prisioneros que pudieran generarse a lo largo del enfrentamiento. En este contexto político, el Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial encargó a Alain Resnais la realización de un film que presentara una historia de los campos de concentración y que advirtiera a los espectadores sobre los riesgos y los sentidos de su reproducción. Remiso en un principio a encarar un proyecto que no era de su propia iniciativa y ante el que se sentía personalmente inhabilitado por no haber sufrido directamente la deportación, Resnais estableció contacto con Jean Cayrol, sobreviviente de los campos y escritor amigo suyo, que aportó los textos que sirvieron de base a la organización interna del film y que son inescindibles de su trama y de su sentidos.

Dos principios sustentan la concepción histórica del film y su exposición y están en la base del efecto político que genera su visión, incluso muchos años después de su realización: *universalidad* y *continuidad*. Universalidad porque si bien se menciona a los nazis y se los presenta como responsables originales de los campos, el relato evita una exposición unilateral de la responsabilidad alemana del fenómeno concentracionario. Se presentan imágenes de varios campos, nunca hay precisión geográfica acerca de ellos, la voz en off señala en dirección general a la forma cultural y al desarrollo de los campos como producto histórico de una cierta época y de una cierta organización cultural y económica. Los nazis fueron efectivamente responsables principales de la posibilidad y de la concreción de los campos, pero no fueron los únicos. Esta universalidad abarca también a la presentación de las víctimas: nunca se menciona a los judíos como los destinatarios exclusivos del exterminio. El film habla en un principio de víctimas de diverso origen y nacionalidad, que viven sus existencias corrientes, ignorantes de los campos que se están construyendo y en los que terminarán sus vidas. Más tarde presenta a los deportados, de distintos países y de diversa condición, que son transportados en circunstancias espantosas de asfixia, hacinamiento e insalubridad hacia los distintos campos, instancia en la que comienza el proceso de exterminio. Se mencionan nombres judíos, pero la deportación se narra como una experiencia histórica general, sufrida

por europeos de diferentes nacionalidades a gran escala y a ritmo creciente a la par del desarrollo de la guerra.

Si la película intenta universalizar la experiencia de los campos para involucrar al espectador en el proceso histórico y cultural del que forman parte, también se ocupa de establecer la evidencia de una continuidad entre pasado y presente. Esta pretensión se traduce en el montaje sutil entre las imágenes en blanco y negro, que remiten al pasado, y en color, que señalan el presente. La forma de la edición borra las separaciones. Si el espectador no presta especial atención, muchas veces pierde noción de cuál es el tiempo al que corresponden las imágenes. Un pasado que se representa en imágenes fijas y una cámara que se mueve en el presente pero que no consigue distanciarse del pasado, volviendo una y otra vez a sus escenarios y a sus hechos.

De esta manera, el film establece una relación de contigüidad entre su tema y su propio tiempo, postula que la historia que narra no pertenece sólo al pasado y sugiere, por tanto, que el tiempo de los acontecimientos terribles que expone no ha concluido. Si la intención de los productores era presentar el fenómeno concentracionario desarrollado junto con la guerra como parte del presente histórico del film, hay que concluir que *Noche y niebla* no deja ninguna duda al respecto. Las preguntas a las que la película arriba al final están cuidadosamente elaboradas en su presentación de los hechos. *¿Es la nuestra una sociedad claramente diferente de la que desarrolló y cobijó los campos? ¿Es nuestro tiempo otro que aquel en que esto fue posible y pasó desapercibido o fue naturalizado?* No hay respuesta en las palabras. En las imágenes, un movimiento de cámara sobre una estructura de hierro retorcido y en desuso nos recuerda las imágenes de los hornos, donde los artefactos más avanzados de la civilización sirven a una forma masiva y sofisticada de la muerte. Pese a su aparente abandono, ahí están el esqueleto de metal que se mantiene en pie, el pasto que ha vuelto a crecer en los campos rellenos de cadáveres, -aquellos que el ritmo febril de la masacre del final de la guerra impidió que fueran aprovechados industrialmente para otros usos-, y las lógicas políticas, económicas y militares al servicio de la guerra y el exterminio que nuestro tiempo no cesa de renovar.

Sobre el director y su obra

Uno de los más grandes cineastas de la historia, Alain Resnais nació en la Bretaña francesa en 1922 y murió en París cuando comenzaba el año 2014. Realizó más de cincuenta películas en más de sesenta años como director. Considerada en conjunto, su obra no se caracteriza principalmente por las inquietudes políticas, sin embargo en las décadas del cincuenta y del sesenta Resnais realizó una serie de filmes documentales y de ficción que ponían en su centro preocupaciones históricas fundamentales de su presente, como *Las estatuas también mueren* (*Les statues meurent auss*i, 1953), o *Toda la memoria del mundo* (*Toute la memoire du monde*, 1956) en los que se revelaba, como en *Noche y niebla,* una mirada compleja sobre su tiempo y

la fina sensibilidad de un cineasta inquieto e innovador, que su cine no haría más que confirmar hasta el final de su vida. Tres películas más recientes prueban esta afirmación: *Conozco la canción* (*On connâit la chanson,* 1997), *Corazones* (*Coeurs,* 2006) y *Aún no han visto nada* (*Vous n'avez encore rien vu*, 2012). En torno a sus noventa años Resnais seguía explorando otras formas cinematográficas de narrar las relaciones humanas. Los tres filmes, comedias encantadoras y agridulces, comparten la inquietud de una búsqueda estética que va más allá de todos los formatos convencionales de la realización actual.

Sin embargo, Alain Resnais alcanzó su primer gran reconocimiento mucho antes, en 1959, cuando se estrenó *Hiroshima, mon amour,* un film extraordinario que contaba un romance fugaz entre una actriz francesa y un joven japonés en Hiroshima, ciudad a la que ella iba a participar del rodaje de un film sobre la paz. Construido sobre textos de Marguerite Duras, el film despliega un relato poético en el que se imbrican y se confunden la memoria y el olvido, y continúa siendo, a medio siglo de su realización, una obra mayor del cine de cualquier época.

Amigo y asiduo colaborador de Chris Marker, acaso el documentalista fundamental de las últimas décadas, Resnais participó con él y otros realizadores del film colectivo *Lejos de Vietnam* (*Loin du Vietnam,* 1967)*,* integrado por siete relatos de diferentes directores franceses sobre el conflicto provocado por la invasión estadounidense al país asiático, un contundente y polémico documento político de denuncia y reflexión cuya fuerza se mantiene aún hoy inalterada. En *Muriel* (*Muriel, ou le temps d'un retour*, 1963) exploraba de manera oscura e indirecta los pliegues de la conciencia pública y privada de los franceses en relación con la represión del ejército nacional en el marco de la guerra de independencia de Argelia, y en 1966 realizó una temprana reflexión sobre la experiencia decepcionante de un revolucionario español en *La guerra ha terminado* (*La guerre est finie*), film basado en guión de Jorge Semprún, notable por su refinado trabajo de montaje y por su anticipatoria lucidez.

A pesar de que el núcleo principal de su obra es contemporáneo de la *nouvelle vague,* el movimiento de jóvenes cineastas franceses que revolucionó la concepción del cine como arte del siglo XX, Resnais nunca ha formado parte de la corriente, de esta ni de ninguna otra, y ha desarrollado una obra inclasificable, expresión de un artista innovador, inquieto y siempre vanguardista.

Actividades

Actividad 1:

Durante la década del ‘30 se abortó toda posibilidad de distensión en el plano de las relaciones internacionales. Países como Alemania, Italia y Japón comenzaron a cuestionar cada vez con mayor vehemencia la reestructuración geopolítica resultante de la primera posguerra mundial. A partir de la lectura del capítulo, complete el siguiente cuadro:

Países expansionistas en la década del ‘30	Países o regiones sobre los que se expanden
Alemania	
Italia	
Japón	

Actividad 2:

Ordene los siguientes hechos en una línea cronológica:

- Firma del pacto franco- soviético de ayuda mutua.
- Invasión italiana a Etiopía.
- Ocupación japonesa de Manchuria.
- Firma del tratado Antikomintern entre Japón y Alemania.
- Anexión de Austria por parte de Alemania.
- Invasión alemana a Checoslovaquia.
- Firma del pacto Ribbentrop- Mólotov.
- Invasión alemana a Polonia.
- Inicio de la segunda guerra mundial.
- Formación del eje Roma- Berlín.
- Lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki.
- Capitulación alemana.
- Capitulación japonesa.

Actividad 3:

Indique si la afirmación es Verdadera o Falsa. Justifique brevemente la elección.

- La política expansiva durante la década del ‘30 de Italia, Alemania y Japón estuvo impulsada por partidos de masas de derecha y radicalizados.
- La conformación del frente antifascista se concretó antes del inicio de la guerra como respuesta a la política del expansionismo alemán que cuestionaba los resultados del Tratado de Versalles.
- La política exterior revisionista de los nazis era idéntica a la de los conservadores alemanes.
- La Segunda Guerra Mundial fue una guerra ideológica.
- La política de apaciguamiento de Inglaterra y Francia en relación a Alemania no tuvo éxito y puso en evidencia la subestimación de los fines radicales del régimen nazi.

Actividad 4

A partir de la lectura del capítulo y del texto de Peter Frietzsche, “El imperio de la destrucción” (citado en la bibliografía), justifique o refute la siguiente afirmación:

> “Hasta el año 1941, Hitler no poseía un plan bien definido de exterminio de los judíos y la ‘solución final’ era el producto de una interacción permanente entre su antisemitismo radical y las circunstancias de la guerra. Esta interacción engendró las etapas, las formas y los medios de deportación y muerte de los judíos”. (Extraído de Traverso Enzo, *La violencia nazi. Una genealogía europea* (2002). México: FCE. “Conclusión”, pág. 169)

Actividad 5

Defina los siguientes conceptos o términos:

- Eje Roma- Berlín
- Política de apaciguamiento
- Pacto Antikomintern

Actividad 6

El film *Noche y niebla* desarrolla un tratamiento histórico complejo sobre los campos de concentración del nazismo y sus múltiples relaciones con la modernidad. En relación con ciertas instancias de la obra:

- Trace una síntesis histórica del desarrollo de los campos de concentración bajo el régimen nazi de acuerdo con el relato que se articula en el film.
- Señale los vínculos entre la violencia nazi y la organización industrial que se exponen y se fundamentan en la obra.

CAPÍTULO 6
LA GUERRA FRÍA

María Dolores Béjar, Marcelo Scotti, Juan Besoky

Introducción

Este capítulo incluye las siguientes cuestiones:

- La formación de dos bloques a través de la competencia entre URSS y Estados Unidos.
- Las diferentes etapas de la Guerra Fría y los principales conflictos en el marco internacional.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial no llegó a concretarse un tratado de paz en virtud de que muy rápidamente la Gran Alianza dio paso a la Guerra Fría. El escenario mundial quedó signado por la rivalidad entre las dos principales potencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, que se lanzaron a una frenética carrera armamentista, pero sin llegar nunca al campo de batalla en forma abierta y directa. Si bien el núcleo central del nuevo escenario, la llamada Guerra Fría, lo constituyó la rivalidad estratégica entre las dos superpotencias, localizada inicialmente en el territorio europeo y con alcances mundiales despúés, es conveniente articular ese enfrentamiento con otras dimensiones. Por un lado con la lucha anticolonial que aunque dependió en parte de la existencia de los dos bloques, tuvo su propia dinámica y dio paso a un nuevo actor: el Tercer Mundo, con destacada importancia en curso seguido por la Guerra Fría. Por otro lado, con el modo en que los países europeos se amoldaron, cuestionaron o bien resistieron, ya sea, el predominio de Washington en el caso de Europa occidental, o la sujeción a Moscú en Europa del este.

En el pasaje de la Gran Alianza a la Guerra Fría, Europa quedó partida en dos: la zona occidental bajo el liderazgo de EEUU y la región centro oriental sometida a las directivas de la URSS. Con el triunfo de los comunistas en China en 1949 y al calor de las luchas anticolonialistas, los principales focos de tensión se localizaron en el Tercer Mundo. Si bien en los conflictos desplegados en este nuevo escenario incidió la rivalidad de las dos superpotencias, los mismos fueron procesados a través de factores y decisiones singulares, o sea no es posible explicarlos sólo como resultado de la existencia de dos bloques en pugna.

Desde el quiebre de la Gran Alianza en 1947 hasta la disolución del bloque soviético en 1989, la Guerra Fría siguió un curso zigzagueante. Entre 1947 y 1953 la desconfianza y las

tensiones entre los dos grandes centros de poder llegaron al punto de que se temió el estallido de una tercera guerra mundial, fue el momento de la Guerra Fría plena. A partir de 1953, aunque con oscilaciones, se avanzó hacia la distensión que tuvo su máxima expresión en la conferencia de Helsinki en 1975. La mayor parte de esta etapa coincidió con el período de crecimiento económico, "los años dorados". A fines de la década de 1970, cuando la crisis económica, ya evidente en el capitalismo, pero aún soterrada en el régimen soviético, cerraba el ciclo de expansión, volvió a exacerbarse la tensión entre las superpotencias y la distensión dio paso a la Segunda Guerra Fría. Con la designación de Mijail Gorbachov al frente del gobierno de la Unión Soviética en 1985 se reanudó el diálogo entre las superpotencias. La crisis de los regímenes soviéticos de Europa del este en 1989 y la desintegración de la URSS en 1991 clausuraron el orden bipolar distintivo de la Guerra Fría.

En relación con el carácter multidimensional de la Guerra Fría, la caracterización de cada una de estas etapas incluye tres cuestiones: el grado de animadversión o de disposición al diálogo entre las dos grandes potencias, las relaciones entre los países de cada bloque y la potencia dominante y por último, las luchas por la liberación nacional junto con la emergencia del Tercer Mundo. En este texto se abordan los dos primeros temas y se dedica el próximo capítulo al tercero.

De la ruptura de la Gran Alianza a la Guerra Fría (1945-1953)

La competencia entre Washington y Moscú –que impuso su sello a las relaciones internacionales durante casi medio siglo– se libró en los frentes militar, ideológico, político y propagandístico, pero sin desembocar en la lucha armada, ya que la desaforada carrera en torno a la provisión de armas nucleares instaló la certidumbre de que el pasaje a una guerra caliente sería una catástrofe sin vencedores[1].

[1] Aunque su aspecto más visible fue el enfrentamiento militar y la carrera armamentista, la Guerra Fría también implicó una competencia que fue económica (planificación vs libre empresa), política (democracias "populares" vs democracias "liberales"), y también la disputa en el plano de las ideas en torno a la apropiación de un número de significantes de alto valor legitimador tales como paz, democracia, libertad y cultura.
En este plano los soviéticos patrocinaron varios encuentros en torno a la reivindicación de la paz. En agosto de 1948 se reunió en Polonia, el Congreso Mundial de Intelectuales pro Paz donde se decidió fundar una organización permanente con el nombre de Comité de Enlace Internacional de Intelectuales. A continuación, en marzo 1949, se reunió en el Hotel Waldorf Astoria de Nueva York la Conferencia Cultural y Científica para la Paz Mundial organizada por el Consejo Nacional de las Artes, Ciencias y Profesiones, liderada por Howard Fast y a la que asistieron destacados intelectuales: Leonard Bernstein, Aaron Copland, Albert Einstein y Norman Mailer. En abril del mismo año se llevó a cabo en París el Primer Congreso Mundial de la Paz que reunió cerca de 30000 personas. En el marco de este evento se fundó el Comité Mundial de Partidarios de la Paz y se instituyó el Premio Stalin por la Paz. Latinoamérica también estuvo presente con los delegados enviados por Argentina, Uruguay, Chile, México, Brasil y Cuba.
En marzo de 1950 se lanzó desde la capital sueca el "Llamamiento de Estocolmo" contra las armas nucleares, firmado por millones de personas alrededor del mundo.
Las primeras iniciativas del bloque occidental fueron en torno a la defensa de la libertad y tuvieron asiento en los Estados Unidos. Una semana antes de que se llevara a cabo la conferencia en el Waldorf Astoria, el filósofo Sidney Hook anunció la creación de la Americans for Intellectual Freedom mientras en Nueva York ya funcionaba Americans for Democratic Action entre cuyos miembros se encontraban Hubert Humphrey, John Kenneth Galbraith, Joseph P. Lash, Walter Reuther, Eleanor Roosvelt y Arthur Schlesinger Jr. Todos se sumarían luego al Congreso por la Libertad de la Cultura creado en Europa en 1950. Este Congreso funcionó esencialmente promoviendo eventos culturales - encuentros, conferencias, conciertos, exposiciones, galerías y bienales de arte, publicando libros y revistas, pero sobre todo tejiendo una vasta red de relaciones internacionales entre figuras de la intelectualidad y la política. Fue

Cuando llegó la paz, Europa estaba desvastada y quedó confirmada la pérdida de su hegemonía anunciada al término de la Primera Guerra Mundial. En la segunda posguerra, Washington y Moscú se posicionaron como los principales centros de poder, aunque la fuerza económica y militar de Estados Unidos era sustancialmente superior a la de la Unión Soviética brutalmente desgarrada en términos humanos y materiales por la invasión de los nazis. Como contrapartida la URSS había salido del conflicto ocupando amplias extensiones de Europa y portando un enorme prestigio mundial debido a su enorme sacrificio y a su innegable protagonismo en la derrota del nazismo. Si bien entre 1941 y 1945, Washington y Moscú unieron sus fuerzas para luchar contra el enemigo común, poco después de la derrota del Eje se posicionaron como enemigos inconciliables. A pesar de los numerosos trabajos sobre las razones y la trayectoria de la Guerra Fría, la configuración de dos bloques enemigos, continua siendo un proceso intensamente debatido[2].

---

pensado como un espacio de resistencia política y activismo intelectual en defensa de la "libertad del pensamiento" por oposición a "la censura y el totalitarismo" del régimen soviético.

La apertura contó con cerca de 4000 asistentes, entre otros, Arthur Koestler, Denis de Rougemont, Ignazio Silone, James Burnham, Germán Arciniegas, Guido Piovenne, Arthur Schlesinger, Upton Sinclair y Tennessee Williams. Allí se firmó el *Manifiesto de los hombres libres* y se decidió "[...] crear una asociación permanente destinada a combatir todo atentado, abierto o disimulado, a la libertad de la cultura". Este documento descalificaba la iniciativa sovietica por la paz. Sus firmantes afirmaron que los principales responsables de crear amenazas a la paz eran los gobiernos que al mismo tiempo que hablaban de paz, se negaban a reconocer el control popular y la autoridad internacional. "La historia nos enseña que todos los *slogans* son buenos, incluso los de la paz, para quien quiere preparar la guerra. Ciertas *cruzadas por la paz* que ninguna acción real en favor del mantenimiento de la paz confirma, no son otra cosa que falsa moneda".

En el segundo encuentro, a fines de 1950, se discutió el documento redactado por Koestler que proponía como uno de los principales objetivos del Congreso: "ganar para nuestra causa a los que aún dudan, quebrar la influencia de los Joliot-Curies, por un lado, y de los neutralistas culturales al estilo de *Les Temps modernes,* por otro."

Les Temps modernes) fue fundada en 1945 por Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y Maurice Merleau-Ponty. Sus páginas incluyen textos de contenido político, literario y filosófico. Debe su nombre a la película del mismo título de Charles Chaplin. En 1952 en sus páginas se desarrolló y encendido debate entre Satre y el escritor Albert Camus

La vida del Congreso por la Libertad de la Cultura se extendió a lo largo de algo más de dos décadas por todo el mundo.

En este organismo confluyeron cuatro tendencias anticomunistas: la católica, la nacionalista, la liberal y la de la izquierda anti-estalinista comunistas desilusionados, anarquistas, trotskistas y socialistas de la que hombres como Koestler y Silone fueron figuras emblemáticas.

Ambos escribieron en la compilación decididamente crítica de la experiencia bolchevique, *T*heGod that failed, efectuada por el laborista de izquierdas Richard Crossman publicada en 1949.

Se había constituido finalmente la organización cultural más fuerte y exitosa con que contó el frente cultural occidental por oposición al frente cultural soviético.

2 Desde 1945 han tenido lugar dos grandes debates. Por un lado, el debate histórico sobre las causas y la responsabilidad de la Guerra Fría. Esta controversia pasó por tres fases principales: la del consenso inicial en torno a la idea del afan expansionista del comunismo, la revisionista y la post-revisionista. La primera versión sostiene que desde el triunfo de la Revolución Rusa en 1917 y, sobretodo, a partir de 1945, la política exterior soviética se habría caracterizado por una estrategia de largo plazo destinada a derrocar las sociedades capitalistas del mundo y reemplazarlas con regímenes comunistas. En los años sesenta, en el marco de la guerra de Vietnam, prosperó el enfoque revisionista. Esta corriente atribuyó la responsabilidad de la Guerra Fría a Estados Unidos. Algunos historiadores esgrimieron razones objetivas y otros subrayaron las causas subjetivas. Los primeros pusieron el acento en la lógica del sistema económico capitalista que requería de nuevos mercados donde invertir el capital. Las graves tensiones que caracterizaron a la Guerra Fría se explicarían por la agresividad del imperialismo estadounidense frente a los avances en los procesos de liberación nacional en el Tercer Mundo, la creciente capacidad estratégica de los soviéticos y la declinación de la hegemonía estadounidense en el mundo capitalista. Aquellos que privilegiaron los factores subjetivos destacaron la constitución, después de la muerte de Roosevelt, de nuevos equipos de gobierno escasamente dispuestos a preservar la actitud conciliadora del presidente promotor del New Deal. La versión post-revisionista ganó terreno en el marco de la Segunda Guerra Fría. Desde esta óptica, el "expansionismo" soviético se reflejaba claramente en la revoluciones en el Tercer Mundo. En consecuencia, Estados Unidos y otros países de Occidente habrían de implementar una renovada política de contención que cristalizó en la política del presidente republicano Ronald Reagan.

Esto no quiere decir que sea factible ubicar a todos los historiadores en alguna de estas corrientes principales. Por ejemplo, el historiador inglés Eric Hobsbawm desestima la identificación de un "culpable" y no considera que fuese inevitable que la relación entre ambas potencias desembocase en la Guerra Fría. Opta por combinar el análisis de las decisiones de los dirigentes de Washington y Moscú con la percepción que tenían de sus posibilidades y objetivos a fin de definir las relaciones entre sí. Desde su perspectiva, la debilidad de la URSS, impulsó a Stalin a una postura intransigente a fin de opacar su débil margen de acción. Al mismo tiempo, el gobierno estadounidense siguió una línea histéricamente anticomunista para contar con el enemigo que hiciera posible cohesionar a la sociedad norteamericana en torno a una política activa en el plano internacional y abandonar el aislamiento.

Los primeros signos del resquebrajamiento de la Gran Alianza se hicieron evidentes a partir de 1946. Por una parte, el afianzamiento de los soviéticos en los países de Europa del este profundizó los recelos de los principales países del área capitalista respecto a los objetivos de Moscú. Por otra, las reticencias de los aliados occidentales al retiro por parte de la URSS de los bienes alemanes destinados al pago de las reparaciones de guerra, alentó los temores de Stalin.

El ambiente enrarecido que ya se había empezado a respirar en Potsdam terminó por aflorar claramente en 1946 cuando se sucedieron una serie de declaraciones que expresaban la mutua desconfianza. En febrero 1946 George Kennan, experto en asuntos soviéticos del Departamento de Estado norteamericano, envió a Washington un documento de dieciséis páginas con un diagnóstico pesimista sobre los objetivos de Moscú:

> Se advertirá al leer las declaraciones realizadas desde hace dos decenios por los jefes y los portavoces del régimen en las reuniones del Partido que hay una solución de continuidad en el pensamiento soviético, y la consigna que se mantiene siempre es: la hostilidad fundamental a la democracia occidental, al capitalismo, al liberalismo, a la socialdemocracia y a todos los grupos y elementos que no estén completamente sometidos al Kremlin.

Al mes siguiente, Churchill visitó los Estados Unidos y pronunció un célebre discurso en la Universidad de Fulton en el que anunció la existencia de un “telón de acero” entre los países de Europa occidental y los ocupados por el ejército soviético. Como contrapartida, en septiembre

---

En el campo de estudio de las relaciones internacionales –y en parte también en el movimiento pacifista que se puso en movimiento en Europa Occidental para detener la instalación de los misiles en esta zona y frenar la carrera armamentista– la Guerra Fría fue abordada, no como proceso, sino para dar cuenta de su “lógica” y la naturaleza de este conflicto. En este terreno reconocemos cuatro enfoques principales: el realista, el subjetivista, el internista y el intersistémico.

Para el realismo, la Guerra Fria es una continuación de la política de las grandes potencias que rivalizan permanentemente entre sí a fin de alcanzar las metas propias de cada uno de sus Estados nacionales. No obstante reconocen algunos elementos distintivos de este período: armas nucleares, rivalidad ideológica.

El subjetivismo analiza la Guerra Fría en términos de percepciones. Sostiene que la política exterior en general y los errores de la misma deben atribuirse a las concepciones individuales y colectivas de los responsables de la elaboración de las políticas exteriores y de las poblaciones que apoyaban o limitaban estas políticas.

La versión internista sitúa la dinámica de la Guerra Fría dentro de los bloques contendients más que entre ellos. Según Noam Chomsky, uno de sus representantes “La guerra fría es un sistema considerablemente funcional por medio del cual las superpotencias controlan sus propios dominios. Es por eso que continúa y continuará” O sea los autores inspirados en esta teoría sostienen que el verdadero conflicto internacional en el contexto de la Guerra Fría debería buscarse en los procesos de disciplinamiento que ambas superpotencias habrían pretendido realizar en el seno de ambos bloques justificándolo en la agudización de las tensiones entre el capitalismo y el comunismo.

Parte de los intelectuales que adhieren a este enfoque se centran en las presiones ejercidas a favor de la confrontación por parte de ciertos sectores, particularmente el complejo militar-industrial. Entre los autores más conocidos de esta idea cabe mencionar al historiador inglés Edward Thompson quien llevó a cabo una destacada labor como miembro del movimiento pacif sta antinuclear durante la Guerra Fría. Propuso la “tesis del exterminismo” a través de la cual advirtió sobre la grave amenaza que representaban la autonomía relativa de los mandos militares responsables por las armas nucleares. La idea del exterminismo soslaya las razones y el modo en que compiten los dos bloques en la esfera internacional y deja de lado sus diferencias políticas, económicas y sociales.

Según Thompson, el exterminismo es un fenómeno único que afecta “isomórficamente” a las dos sociedades, la capitalista y la comunista, funciona por sí mismo, sin finalidad racional alguna, y lleva a la sociedad a la que afecta por una vía armamentista al término de la cual sólo hay destrucción y “exterminación de masas”. Esta línea de pensamiento acabó siendo central entre los movimientos ambientalistas o “verdes” y pacifistas, sobre todo en Europa Occidental.

El enfoque intersistémico sostenido por el marxista inglés Fred Halliday niega que la Guerra Fría sea una mera continuación de la política tradicional y si bien reconoce el peso de los asuntos internos, subraya que los dos bloques están, básicamente, interesados en mejorar sus posiciones y en dominar al contrario. Sostiene tres ideas principales: la rivalidad Este-Oeste fue producto del conflicto entre dos sistemas sociales diferenciados; la competencia es de alcance universal y la rivalidad sólo puede concluir con el predominio de un bloque sobre el otro.

1946, el embajador soviético en Washington alertó a su gobierno que Estados Unidos pretendía dominar el mundo y estaba dispuesto a ir a la guerra para lograr sus objetivos.

El resquebrajamiento de la alianza no quedó reducido al cruce de declaraciones hostiles, en ese momento existían dos cruentas guerras civiles, la de Grecia y China, donde los comunistas locales se enfrentaban con fuerzas apoyadas por las democracias occidentales y, además, se profundizaban las divergencias entre los países capitalistas y la Unión Soviética respecto al trato dado a Alemania. El gobierno soviético exigía el ingreso de las reparaciones que habrían de contribuir a la reconstrucción del país desvastado por la guerra, mientras que Estados Unidos mostraba un creciente interés por la recuperación alemana concebida como muralla de contención frente al comunismo.

La cada vez más evidente debilidad de Gran Bretaña, condujo al gobierno de Truman, alegando la necesidad de defender la democracia, a ejercer un papel activo sobre el rumbo de Grecia y Turquía, dos países ubicados en la esfera de influencia inglesa. En febrero de 1947 el gobierno británico reconoció que era incapaz de seguir apoyando al gobierno conservador de Atenas en su lucha contra las guerrillas comunistas y que no podía mantener la ayuda financiera a Turquía. Al mes siguiente, en su discurso ante el Congreso, el presidente norteamericano no solo demandó la aprobación de una ayuda de 400 millones de dólares para ambos países, anunció que los Estados Unidos se comprometían con la defensa del mundo libre. Según Truman existían dos mundos totalmente opuestos:

> Uno de dichos modos de vida se basa en la voluntad de la mayoría y se distingue por la existencia de instituciones libres, un gobierno representativo, elecciones limpias, garantías a la libertad individual, libertad de palabra y religión y el derecho a vivir sin opresión política. El otro se basa en la voluntad de una minoría impuesta mediante la fuerza a la mayoría. Descansa en el terror y la opresión, en una prensa y radio controladas, en elecciones fraudulentas y en la supresión de las libertades individuales.

Los Estados Unidos debían ayudar a los pueblos que luchaban contra las minorías armadas o contra las presiones exteriores que intentaban sojuzgarlos.

A través de la identificación del peligroso enemigo comunista, la administración Truman contó con argumentos consistentes para desactivar el tradicional aislacionismo estadounidense y recaudar los fondos que requería asumir el papel de potencia hegemónica, unos gastos que preocupaban a los contribuyentes norteamericanos. La contención del *peligro rojo* posibilitaba cohesionar a la sociedad estadounidense en torno a los nuevos objetivos de su dirigencia: posicionar a Estados Unidos como una potencia con capacidad y vocación de liderazgo mundial.

Poco después, el secretario de Estado George Marshall anunció, en la Universidad de Harvard, el Programa de Recuperación Europeo. La situación europea era preocupante: las ciudades destruidas, la escasez de insumos básicos y el extremadamente duro invierno de 1946 alentaban el descontento social. En Francia e Italia, los comunistas captaron un

importante caudal de votos en las primeras elecciones de posguerra y formaron parte de los gobiernos de coalición hasta 1947.

El Programa de Recuperación Europea, llamado Plan Marshall, ofrecía ayuda económica a todos los países que aceptaran los mecanismos de control y de integración dispuestos por Estados Unidos. Moscú rechazó el ofrecimiento y obligó a los países europeos del este a sumarse a su decisión alegando que la ayuda servía a los intereses del imperialismo estadounidense. El golpe comunista de Praga en febrero de 1948 precipitó la puesta en marcha del citado plan. En abril de 1948, Truman firmó el Programa de Recuperación Europea, se creó la Administración de Cooperación Económica (ECA) para manejar los fondos y en París se constituyó la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE) para coordinar la distribución de la ayuda norteamericana. España quedó formalmente excluida en virtud de seguir bajo el gobierno del filo-nazi Francisco Franco. Entre 1948 y 1952 llegaron a Europa cerca de 14 mil millones de dólares. Gran Bretaña obtuvo el mayor porcentaje del dinero y fueron especialmente atendidas Francia e Italia, países a los que se consideraban amenazados por el comunismo.

El programa tenía un triple objetivo: impedir la insolvencia europea que hubiera tenido consecuencias negativas para la economía norteamericana, contribuir a la mejora de las condiciones sociales en las que se visualizó un terreno fértil para la expansión del comunismo y favorecer el afianzamiento de regímenes democráticos dispuestos a apoyar la política de Estados Unidos en el escenario internacional.

El ingreso de los dólares fue acompañado por una intensa campaña de propaganda, documentales, noticieros, panfletos, a través del cual se difundió el *american life way*. En general los administradores norteamericanos de la ECA alentaron y presionaron a los gobiernos europeos para que impulsasen una política basada en la contracción del gasto público, el equilibrio de los presupuestos, la estabilidad monetaria, un sistema fiscal que alentara las inversiones. Este conjunto de medidas basaba el éxito de la reconstrucción en la obtención de altos beneficios por parte del capital. No obstante resulta muy llamativa la política norteamericana: no existían precedentes históricos de que una importante potencia apoyara el resurgimiento de sus potenciales competidores económicos como lo hizo Estados Unidos mediante préstamos con bajo interés, subvenciones directas, asistencia tecnológica, relaciones comerciales favorables y el establecimiento de un marco institucional multilateral para la estabilidad internacional.

La "amenaza" del enemigo no sólo habilitó a Estados Unidos a imponer su predominio en el escenario mundial, en el plano interno dio cauce a una campaña de control y represión sobre los comunistas y también sobre los que no fueran decididos anticomunistas, especialmente intelectuales con trayectoria antifascista y los vinculados al mundo del cine. Estados Unidos, según Truman, tenía menos comunistas que cualquier otro país, pero había que hacer "todo lo necesario para impedir que se convirtieran en una fuerza importante". En 1947 inició sus actividades la Comisión de actividades antiamericanas presidida por el senador Joseph McCarthy quien junto con Edgar Hoover, director del Federal Bureau of Investigations (FBI),

encabezaron la cruzada contra el comunismo que alentó la delación entre vecinos y familiares. Todo ciudadano era un potencial sospechoso. McCarthy llegó a denunciar que los comunistas se habían infiltrado en el Departamento de Estado, en el Pentágono, en Hollywood, en el teatro de Broadway, en los medios de comunicación y en las universidades. América estaba minada en sus cimientos y había que responder en forma contundente.

Muchos estadounidenses que esperaban con temor el ataque de los comunistas deseaban ardientemente el castigo contra los enemigos de América, los patriotas reclamaban mano dura y proliferaron las denuncias que identificaban a responsables de actividades antiamericanas. En este ambiente Julius Rosenberg y su esposa Ethel, miembros del partido Comunista estadounidense, fueron acusados de vender a la URSS secretos acerca de la fabricación de la bomba atómica y condenados a la pena de muerte sobre la base de pruebas poco consistentes. La campaña a favor del indulto no logró su cometido y fueron ejecutados.

En un primer momento, la conducta de Stalin respecto a los países europeos ocupados por el Ejército Rojo a lo largo de su lucha contra los nazis fue la del vencedor dispuesto a apropiarse de los recursos de sus enemigos en pos de lograr la más rápida recuperación de su patria. Actuó más como un nacionalista que como un comunista interesado en promover la revolución y la expansión del comunismo. No apoyó la lucha de las guerrillas comunistas que pretendían tomar el poder en China y en Grecia. En el caso de la guerra civil china, Stalin intento convencer al líder comunista Mao Tsé tung para que llegara a un acuerdo con el Kuomintang, el partido cuyo triunfo anhelaba Estados Unidos. Tampoco obstaculizó el triunfo de la monarquía griega sostenida por Gran Bretaña.

Su principal preocupación en términos de control territorial fue asegurar las fronteras de las URSS tal como habían sido diseñadas en el pacto de 1939 con el gobierno de Hitler, A partir de las nuevas fronteras de la URSS Moscú volvió a sumar los territorios controlados por el imperio zarista antes de Versalles y aseguró su posición con la creación de un cordón de seguridad en su margen occidental.

Si bien la suerte de Polonia había dado lugar a tensiones en los encuentros entre Stalin, Churchill y Roosevelt, éstas no afectaron la alianza y el jefe comunista logró anexar a la URSS la franja oriental de Polonia y sujetar al nuevo gobierno polaco integrado por comunistas a las directivas del Kremlin. La ruptura de la alianza se consumó en torno al destino de Alemania. El plan de partición y el pago de reparaciones acordados en los encuentros de los Tres Grandes fueron rápidamente dejados de lado por los gobiernos occidentales. Desde mediados de 1946, Estados Unidos puso en marcha medidas para la reconstrucción alemana, para ello contó con la colaboración inglesa y más tardíamente con el aval de Francia, en gran parte debido a su necesidad de los créditos americanos.

Simultáneamente desde Moscú se decidió a crear el bloque soviético a través de la instauración en los países ocupados de gobiernos comunistas subordinados a las directivas del Kremlin. En la conferencia celebrada a finales de setiembre 1947 en Silesia se dispuso la creación de la Oficina de Información de los Partidos Comunistas y Obreros (*Kominform*) a los fines de que los partidos comunistas de la zona bajo influencia soviética (Albania Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia,

Hungría, Bulgaria y Rumania) junto con los de Francia e Italia actuaran mancomunadamente de acuerdo con los objetivos de la Unión Soviética. En esa ocasión, el representante soviético Andrei Zhdanov reconoció la división del mundo en dos bloques y convocó a las fuerzas del "campo antifascista y democrático" a seguir el liderazgo de Moscú.

La toma del gobierno de Checoslovaquia por parte de los comunistas en febrero de 1948 que puso fin al gobierno de coalición y tuvo un fuerte impacto en el bloque occidental que vio en esta acción de los comunistas checos la confirmación del carácter totalitario y el afán expansionista del régimen soviético.

Las tres potencias occidentales profundizaron la recuperación de Alemania occidental mediante la unificación de las regiones que ocupaban militarmente y el reconocimiento de una creciente autonomía a las autoridades locales. Entre abril y junio de 1948 aprobaron los Acuerdos de Londres para iniciar un proceso constituyente en sus zonas de ocupación. Luego dieron un paso más, creando una nueva moneda, el Deutschemark, que circularía en sus zonas de ocupación. La nueva moneda, de mayor valor, obstaculizó de hecho el intercambio comercial entre las zonas del oeste y del este que era vital para esta última. Stalin denunció esta decisión unilateral y cerró las vías de comunicación entre Berlín y el exterior. Según la perspectiva soviética, la reforma monetaria "preparada secretamente" dio lugar a que "los viejos marcos alemanes desvalorizados fluyeran inmediatamente a Alemania Oriental, creando el peligro de causar enorme daño a la economía de esta zona. Ante ello las autoridades soviéticas tuvieron que adoptar medidas urgentes. Con el objeto de cerrar el paso a los especuladores se instauró el control de mercancías y viajeros procedentes de Alemania Occidental".

La capital, enclavada en la zona soviética (el land de Branderburgo), también había quedado dividida en cuatro sectores y las potencias occidentales no estaban dispuestas a abandonar esta posición estratégica.

Los norteamericanos, con una pequeña ayuda británica, organizaron un puente aéreo que durante once meses y mediante más de 275.000 vuelos consiguió abastecer a la población sitiada. Al mismo tiempo la Casa Blanca hacía saber al Kremlin que no dudaría en usar la fuerza para hacer respetar los corredores aéreos que unían Berlín con la Alemania occidental.

El bloqueo debilitó las resistencias que aún existían respecto a la política de Estados Unidos: la de los alemanes occidentales que no deseaban profundizar la separación respecto a la zona bajo control soviético; el temor de los franceses a la reconstrucción política y económica de Alemania y por último, las objeciones de sectores estadounidenses a involucrarse en la política europea. En mayo de 1949 se decretó oficialmente la fundación de la República Federal Alemana que abarcó todas las zonas ocupadas por las potencias occidentales, incluyendo Berlín Occidental, y en octubre de ese mismo año fue creada la República Democrática Alemana formada por los cinco estados ocupados por las tropas soviéticas. En este contexto, el 4 de Abril de 1949 fue aprobado el Tratado del Atlántico Norte, la contrapartida militar del Plan Marshall. En 1955 en réplica al rearme alemán y a la integración de la RFA en la OTAN, los países de las democracias populares firmaron el llamado Pacto de Varsovia.

La carrera armamentista dio paso a la constitución de un nuevo actor en cada uno de los bloques: el complejo industrial-militar interesado, en todos sus niveles, aún entre sus trabajadores, en mantener su poder indiscutido y la apropiación de una porción sustancial de los recursos de los países que lo sostenían. La idea del complejo industrial-militar se popularizó, en 1961, cuando el Presidente Eisenhower advirtió públicamente al pueblo y gobierno de los Estados Unidos sobre los peligros de las tendencias expansivas e influencias políticas de la poderosa coalición que giraba en torno al complejo militar-industrial estadounidense.

Bajo el gobierno de Truman fue promulgada el Acta de Seguridad Nacional que dio al gobierno federal el poder para movilizar y racionalizar la economía nacional con el apoyo de las fuerzas armadas frente a la eventualidad de una guerra. Por medio de esta ley se crearon el Consejo de Seguridad Nacional (NSC) y la Agencia Central de Inteligencia (CIA), instituciones que jugarían un papel clave en la reorganización del aparato estatal norteamericano en el sentido de habilitar acciones políticas y militares secretas destinadas a posibilitar las intervenciones de Estados Unidos en el escenario mundial.

En 1949 dos hechos profundizaron la postura anticomunista de Washington. El primero de ellos fue la revolución china que dio paso a la alianza entre Moscú y Pekín. El segundo tuvo lugar el 14 de julio con la detonación de la primera bomba nuclear por parte de la URSS. Truman ordenó al Consejo de Seguridad Nacional realizar una reevaluación de la política estadounidense hacia los soviéticos. El resultado fue el documento NSC-68, que describía a la Unión Soviética como “una potencia intrínsecamente agresiva, estimulada por una fe mesiánica opuesta al estilo de vida norteamericano y cuya inextinguible sed de expansión había llevado al sometimiento de Europa Oriental y China y amenazaba con absorber al resto de la masa continental de Eurasia”. Este diagnóstico justificaba el desarrollo de la bomba termonuclear, la expansión de las fuerzas convencionales, la reasignación de recursos económicos para lograr un mayor desarrollo militar y el fortalecimiento de los lazos entre los miembros de la OTAN. La contención como la entendía Kennan ya no era una prioridad para Truman y sus asesores. La dirigencia estadounidense vinculó la seguridad nacional con intervenciones en el exterior que contribuyesen tanto a los intereses económicos de su país, como a la presencia de gobiernos definidamente aliados.

Al concluir la guerra en Asia, Japón fue ocupado por los norteamericanos y Tailandia (Siam) por los británicos. Tokio debió abandonar sus conquistas en China, Corea y la isla de Formosa (Taiwán) al mismo tiempo que la isla de Sajalín y las Kuriles pasaron a manos de la URSS. La reubicación de los territorios llevó a que los siete millones de japoneses dispersos por el antiguo imperio retornasen al archipiélago nipón.

Los Estados Unidos habían logrado imponer su predomino indiscutido sobre Japón, pero vieron frustradas sus expectativas de que en China triunfase el Kuomitang. La firma, a principios de 1950, del tratado de alianza y ayuda mutua por treinta años entre China y la URSS fue percibida como una seria amenaza. El sudeste asiático y Asia oriental pasaron a ser uno de los principales escenarios de la Guerra Fría, al triunfo de Mao se le sumaba la

presencia de importantes grupos armados comunistas en Indochina y el hecho de que Corea hubiese quedado dividida. La guerra abierta se desencadenó en este país.

Conforme a lo establecido en Potsdam, Corea fue ocupada por los soviéticos al norte del paralelo 38º quienes apoyaron al autoritario régimen comunista encabezado por Kim Il Sung.

En el sur, los norteamericanos apoyaron la férrea dictadura de Syngman Rhee. A mediados de 1950, el ejército norcoreano avanzó hacia el sur. La reacción de Estados Unidos fue inmediata. Washington pidió la convocatoria del Consejo de Seguridad de la ONU que autorizó el envío de tropas para frenar la agresión norcoreana.

Las tropas multinacionales de la ONU, en la práctica el ejército norteamericano al mando del general Douglas MacArthur, recuperaron rápidamente el terreno perdido y el 19 de octubre tomaron Pyongyang, la capital de Corea del Norte. La República Popular de China había advertido que reaccionaría si las fuerzas de la ONU sobrepasaban el límite de la frontera en el río Amnok. Mao buscó la ayuda soviética: "Si nosotros permitimos que los Estados Unidos ocupen toda Corea debemos estar preparados para que los Estados Unidos declaren la guerra a China". La asistencia soviética se limitó a proveer apoyo aéreo.

El asalto del Ejército Popular de Liberación Chino repelió a las tropas de la ONU hasta el paralelo 38. MacArthur propuso el bombardeo atómico, pero tanto el presidente como la mayoría del Congreso reaccionaron alarmados ante una acción que podía llevar al enfrentamiento nuclear con la URSS. El general fue destituido entre las protestas de la derecha republicana. El resto de la guerra sólo tuvo pequeños cambios de territorio y largas negociaciones de paz que concluyeron en julio de 1953 con la firma del Armisticio de Panmunjong que acordó una línea de demarcación similar a la existente. Se puso fin al conflicto armado, pero no llegó a concretarse un tratado de paz.

Frente a este panorama, Estados Unidos sintió la necesidad de revisar la situación de Japón. A través del Tratado de San Francisco aprobado en 1951, Tokio renunció a los territorios que de hecho ya había perdido en 1945 y volvió a sus fronteras de 1854. El hecho de que fuera eximido del pago de reparaciones de guerra, provocó un gran descontento en muchos países asiáticos. La India, China y la URSS se negaron a firmar el tratado que finalmente ratificaron 49 países. Japón pasó directamente del estatuto de vencido al de aliado de Estados Unidos.

La administración Truman extendió a Asia la política definida para Europa: aprobó el apoyo militar y económico a Chiang Kai-chek instalado en Taiwán y el decidido empuje al crecimiento económico de Japón. Estados Unidos se especializó en proporcionar protección y en imponer su poder militar, mientras los gobiernos del este asiático se concentraban en la recuperación de sus economías como valla frente al comunismo y como base de legitimación de los nuevos estados nacionales. La ocupación militar unilateral de Japón en 1945 y la división de la región como consecuencia de la Guerra de Corea en dos bloques antagónicos crearon, mediante tratados bilaterales de defensa, unos regímenes pro-americanos en Japón, Corea del Sur, Taiwán y Filipinas. Todos se convirtieron en estados semi-soberanos, profundamente penetrados por las estructuras militares estadounidenses (control operativo sobre las fuerzas

armadas surcoreanas, la Séptima Flota patrullando por los istmos de Taiwán, bases militares en sus territorios) e incapaces de una política exterior independiente o de tomar iniciativas en materia de defensa.

En este marco Estados Unidos envió una misión a Indochina a fin de evaluar la situación y brindar apoyo a Francia en guerra con las fuerzas locales que reclamaban la independencia. Esta estrategia respondía a la hipótesis de la existencia de un plan dirigido por Moscú con la participación de China para lograr la expansión mundial del comunismo.

De la coexistencia a la distensión (1953-1975)

La coexistencia significó cierta disposición hacia el diálogo por parte de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, aunque en los primeros años el avance fue lento y hubo momentos de alta tensión. Esta etapa aparece asociada a las figuras del presidente norteamericano John Fitzgerald Kennedy y del primer ministro soviético Nikita Kruschev.

A partir de 1953, en parte debido al giro de la dirigencia soviética después de la muerte de Stalin, se avanzó hacia una situación internacional más distendida. El término "deshielo", título de una novela del ruso Ilya Ehrenburg ha sido utilizado para caracterizar la situación posterior a la desaparición del dirigente soviético.

Los principales signos del giro hacia la coexistencia fueron: la firma del armisticio entre las dos Coreas, los acuerdos de Ginebra en el caso de la guerra de Indochina en 1954, la reconciliación entre la Unión Soviética y Yugoslavia que culminó con la visita de Kruschev a Tito en 1955, y la firma del Tratado de Paz con Austria en 1955 que condujo a la evacuación de las tropas de ocupación. Sin embargo, la rivalidad subsistió en torno a la carrera espacial, la fabricación de armas cada vez más sofisticadas y la preservación del equilibrio de fuerzas militares, cuando en 1954 la República Federal de Alemania ingresó en la OTAN, la Unión Soviética respondió con la constitución del Pacto de Varsovia.

Profundamente preocupados por los peligros que amenazaban a la humanidad en virtud de esta carrera armamentista nuclear, un grupo de científicos difundió a través de la prensa en julio de 1955 un documento que sería conocido como el Manifiesto Russell-Eisenstein.

En sus respectivas áreas de influencia, ambas potencias no dudaron en usar la fuerza contra gobiernos o movimientos que cuestionaban sus objetivos. En el caso de Moscú, las intervenciones del ejército soviético afectaron a los países satélites de Europa: en 1953 para acallar las huelgas obreras en Berlín y en 1956 para reprimir el movimiento de protesta en Hungría. Washington por su parte, promovió golpes de estado para derrocar a gobernantes de países del Tercer Mundo acusados de comunistas por haber aprobado medidas de carácter nacionalista, por ejemplo al primer ministro iraní Mohamed Mossadegh en 1953 y al presidente de Guatemala Jacobo Arbenz en 1954.

El avance del deshielo estuvo cargado de ambigüedades y momentos de tensión. Desde mediados de los años cincuenta hasta comienzos de los sesenta hubo tres crisis cruciales: una

en Europa –la construcción del muro de Berlín en 1961– y dos en el Tercer Mundo –la guerra de Suez en 1956 y la instalación de misiles soviéticos en Cuba en 1962–.

En la madrugada del 12 al 13 de junio de 1961, los pasajeros de un tren con dirección a Berlín fueron desalojados en la estación de Wannsee por tropas de la RDA. El tren fue devuelto a su lugar de origen, y a los pasajeros se les devolvió el importe del billete. En otras estaciones alrededor del sector occidental de Berlín ocurría lo mismo. Una hora antes, la radio oficial del partido Comunista germano oriental había emitido un comunicado oficial con la propuesta de los gobiernos de los países del Pacto de Varsovia al gobierno de la RDA: hay que establecer un orden tal que obstruya el camino a las intrigas en contra de los países socialistas y que garantice una vigilancia segura en toda la zona de Berlín este.

Tropas de la RDA levantaron los adoquines de las calles e instalaron alambradas de un extremo al otro de la calzada, unos metros por detrás de los carteles que anunciaban la entrada a los sectores aliados. Había comenzado la construcción del Muro de Berlín, calificado por los soviéticos como valla de "protección antifascista".

El muro no sólo se instaló sobre el asfalto de la ciudad. Varias líneas de metro que cruzaban de una a otra parte de la ciudad fueron clausuradas.

La partición de Berlín había convertido al sector occidental en zona de avanzada del mundo capitalista en medio de la República Democrática Alemana y el *milagro* económico de la República Federal provocó desplazamientos de los alemanes orientales. Para impedir la emigración, en agosto de 1961 se inició la construcción de una empalizada de cemento de 5 metros de alto que se extendió a lo largo de 120 kilómetros, coronada con alambre de púas y vigilada desde torretas. El muro obstaculizó, pero no impidió, los intentos de los alemanes del este de llegar a Berlín occidental. Muchos murieron antes de cruzarlo.

La guerra de Suez, una acción militar coordinada entre Gran Bretaña, Francia e Israel contra el gobierno de Gamal Abdel Nasser por haber nacionalizado el canal, fue decididamente desautorizada por Estados Unidos y la Unión Soviética y confirmó el declive de las potencias europeas al mismo tiempo que favoreció la influencia soviética en algunos países de Medio Oriente.

La instalación de misiles soviéticos en Cuba marcó el punto más alto de fricción entre las dos superpotencias. Con el triunfo de las fuerzas guerrilleras encabezadas por Fidel Castro en 1959, Cuba giró rápidamente hacia la órbita soviética. En un primer momento, el líder cubano fue más un nacionalista radical que un marxista. Sin embargo, la oposición estadounidense al programa de reformas encarado por su gobierno, lo impulsó a buscar la ayuda soviética. Estados Unidos rompió relaciones con Cuba, le declaró el bloqueo económico y apoyó la operación de desembarco en Bahía de Cochinos organizada por emigrados anticastristas en abril de 1961. Cuando en octubre de 1962, aviones espías norteamericanos U2 detectaron la construcción de rampas de misiles y la presencia de tropas soviéticas. Kennedy ordenó el bloqueo de la isla desplegando unidades navales y aviones de combate en torno a sus costas. A lo largo de las negociaciones secretas, Kruschev dispuso el retiro de los misiles y los Estados Unidos se comprometieron a no invadir la isla y a retirar los envejecidos misiles que tenían

apostados en Turquía. La tensión vivida condujo al reconocimiento de la importancia del diálogo directo –el teléfono rojo– entre la Casa Blanca y el Kremlin.

El término distensión fue acuñado para distinguir al período en el que Moscú y Washington se mostraron dispuestos a colaborar en cuestiones de defensa y seguridad internacional. El diálogo que alcanzó sus mejores resultados entre 1968 y 1973 se centró básicamente en el tema del control de los armamentos nucleares. Con la firma del Tratado de Moscú en agosto de 1963, las dos superpotencias se comprometieron a prohibir las pruebas nucleares atmosféricas. Ni China ni Francia lo suscribieron porque estaban interesadas en contar con su propia energía nuclear. En 1968, las dos superpotencias y otros 95 países –China, Francia e India no lo suscribieron– firmaron el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares que prohibía la fabricación y la compra de armas atómicas por países que carecieran de ellas y proponía un control internacional sobre la carrera armamentista y el uso de energía nuclear. En 1969 se iniciaron las negociaciones para la limitación de las armas estratégicas, serie de tratados englobados bajo la sigla SALT (Strategic Arms Limitation Talks), que condujeron a la firma en Moscú del Acuerdo SALT I. Este documento prohibió la instalación de sistemas de defensa antimisiles por considerar que la mejor garantía para mantener la paz era que ninguna de las superpotencias se sintiera segura. La destrucción mutua asegurada –MAD, la sigla en inglés de Mutual Assured Destruction, remite a la palabra “loco” en dicho idioma– era la mejor forma de impedir el conflicto armado.

El Acta Final de Helsinki, en 1975, fue el punto culminante de la distensión. Los países firmantes reconocieron las fronteras surgidas de la Segunda Guerra Mundial, y además se reforzó la cooperación económica entre ambos bloques y todos los gobiernos se comprometieron a respetar los derechos humanos y las libertades de expresión y circulación de sus habitantes.

En el marco de la distensión, el bloque comunista profundizó sus vinculaciones con el mercado mundial. La URSS necesitaba importar tecnología occidental y comprar cereales norteamericanos para garantizar la alimentación de su población. Cuando el aumento de los precios del petróleo, a partir de 1973, dio curso a grandes masas de capital buscando dónde invertir, los países de Europa del este, especialmente Polonia y Hungría, tomaron créditos baratos que incrementaron peligrosamente el nivel de su deuda externa.

Mientras las superpotencias se embarcaban, con oscilaciones, en la vía del diálogo, las tensiones en el seno de cada bloque se hicieron cada vez más evidentes.

La posición dominante de la Unión Soviética fue cuestionada en los países satélites europeos y China criticó abiertamente las directivas de Moscú. Tras la muerte de Stalin hubo protestas obreras en Berlín y Praga que fueron rápidamente controladas. Las insurrecciones de 1956, en Polonia y Hungría, fueron más extendidas y condujeron a la intervención de Moscú, más velada en el primer caso y con envío de tropas en el segundo. El ingreso de los tanques soviéticos en Budapest en noviembre de 1956 resquebrajó la unidad del campo comunista al quebrantar la fe de sus militantes. Doce años después, Checoeslovaquia también sufriría la invasión dispuesta por los miembros del Pacto de Varsovia.

En el marco de la *desestalinización* y el avance de la distensión entre las superpotencias, China fue tomando distancia de la URSS hasta llegar a identificarla como el enemigo principal. Las críticas de Pekín a Moscú se plantearon básicamente en términos ideológicos: la coexistencia pacífica era una mera expresión del chovinismo ruso que de ese modo abandonaba la revolución mundial emergente en las luchas del Tercer Mundo. No obstante, en el distanciamiento de Mao pesó tanto la rivalidad entre los dos Estados nacionales comunistas –China no estaba dispuesta a ser un país de segundo orden sin energía nuclear– como el hecho de que el revisionismo de Kruschev favorecía la postura más moderada y economicista de los dirigentes comunistas chinos que cuestionaban el voluntarismo y el extremismo político de Mao. En 1960, el gobierno soviético suspendió la ayuda económica y retiró sus expertos de Pekín. Albania abandonó el bloque soviético para aliarse con China en 1962.

También Washington descubrió que parte de sus aliados europeos estaban dispuestos a seguir caminos propios. El presidente De Gaulle antepuso los intereses de Francia a las consideraciones ideológicas de la Guerra Fría y a los dictados de Washington. Rechazó que su país careciera de fuerza nuclear propia y retiró las tropas francesas de la OTAN Ante la creciente debilidad del dólar, el gobierno francés convirtió en oro sus reservas en esa moneda, agravando su desvalorización. De Gaulle, además, buscó el diálogo directo con los gobiernos comunistas –reconoció a la China de Mao en 1964 y visitó la URSS en junio de 1966– y apoyó la unidad europea para avanzar hacia una Europa independiente de los Estados Unidos, pero advirtiendo que la potestad de los Estados nacionales no debía padecer los recortes de los organismos supranacionales. También Alemania, a partir del gobierno socialdemócrata de Willy Brandt, avanzó hacia la apertura al Este (*Ostpolitik*). En 1970 los dirigentes de las dos Alemania se encontraron por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, hecho que propició importantes lazos económicos y posibilitó el reconocimiento de la República Democrática Alemana por numerosos países occidentales. El acercamiento de Bonn a Polonia condujo al reconocimiento de la línea Oder-Neisse, que hasta entonces los alemanes occidentales no habían aceptado, como frontera entre ambos países.

En el marco de la distensión entre las dos superpotencias, el Tercer Mundo, un nuevo actor del escenario mundial que emergió a partir de la descolonización, sufrió cada vez más intensamente el impacto de la rivalidad entre Washington y Moscú. Muchos conflictos internos e internacionales preexistentes en los nuevos países quedaron atados al enfrentamiento entre los dos bloques cuando las superpotencias consideraron que intervenir era conveniente para potenciar sus respectivos intereses estratégicos y/o cuando actores endógenos apelaron a la ayuda de alguno de los bloques en competencia. De ese modo, numerosos conflictos internos pasaron a ser sangrientos escenarios de la Guerra Fría.

En el marco de la desestalinización, Kruschev dio un giro respecto a la política de Stalin en el Tercer Mundo. En el marco de la creación de los nuevos Estados nacionales, el estalinismo privilegió apoyar a los débiles grupos comunistas, al mismo tiempo que denostó a los líderes nacionalistas como traidores y agentes del imperialismo. Kruschev en cambio, buscó acercarse a los gobiernos nacionalistas que se mostraban dispuestos a recibir la ayuda de la URSS para

lograr el crecimiento económico y evitar una desmedida dependencia de las potencias occidentales. Esta orientación obtuvo sus mayores logros entre 1956 y fines de la década de los sesenta.

Por otra parte Estados Unidos no dudó en promover golpes de estado a través de la CIA para derrocar a los gobiernos que pretendían llevar a cabo políticas nacionalistas, bajo el lema de que eran una avanzada del comunismo y vulneraban la democracia occidental. En el caso de América Latina, a partir de los años sesenta, en gran medida debido al impacto de la revolución cubana, al peligro comunista como causa de los obstáculos para afianzar la democracia se añadió la pobreza. En consecuencia, la administración Kennedy combinó los programas ampliados de contrainsurgencia con la Alianza para el Progreso para favorecer la modernización. Sin embargo los fondos girados fueron muy inferiores a los prometidos, la Alianza estuvo muy lejos de reproducir el plan Marshall y, a pesar de esta ampliación del horizonte, siguió primando la concepción maniquea que consideraba los reclamos sociales como parte de la conspiración comunista.

En el marco de la distensión, los más impactantes cuestionamientos a la hegemonía de Estados Unidos se produjeron en el Tercer Mundo: el giro al socialismo de la revolución cubana y la guerra de Vietnam.

La resistencia vietnamita a la ocupación japonesa en el norte del país hizo posible que en 1945, Ho Chi Minh proclamase la independencia y la creación de la República Democrática del Vietnam, no obstante las fuerzas francesas ocuparon el sur y pretendieron recuperar Indochina. Los intentos de acuerdos fracasaron y en 1946 Francia invadió Vietnam lo que desató una nueva guerra muy sangrienta que duraría cerca de nueve años.

En los Acuerdos de Ginebra firmados en 1954 con el aval de las principales potencias, Ho Chi Minh fue reconocido como presidente de la República Democrática de Vietnam. No obstante, el país quedó dividido por el paralelo 17º: al norte con un régimen comunista y al sur bajo el mandato del emperador Bao Dai. En dos años se convocarían elecciones para decidir la posible reunificación. Los comicios no llegaron a concretarse porque el gobierno del presidente Ngo Dinh Diem (en 1955 desplazó al emperador e instauró una república), con el apoyo de los Estados Unidos, denunció los Acuerdos de Ginebra en virtud de que habían sido aceptados por un mando militar extranjero (francés) “con menosprecio de los intereses nacionales vietnamitas” y pretendió convertir la división del Vietnam en un hecho definitivo.

El número de vietnamitas que se desplazaron en uno u otro sentido ha sido diversamente valorado por los dos bandos, según sus intereses. El Norte, políticamente consolidado, quedó económicamente desequilibrado por el bloqueo impuesto por el gobierno del sur, región en la que se realizaba la gran producción agrícola, particularmente la de arroz. El gobierno del sur, con mejores perspectivas económicas, quedó signado por severas crisis políticas internas y no pudo dominar las provincias del suroeste de la ex Cochinchina ni las del sur del ex Annam, en las cuales siempre había sido fuerte el movimiento de liberación nacional.

La sangrienta dictadura que instauró Diem incluyó la represión anticomunista junto con la de todos los sectores políticos y religiosos que no le fueran adictos. El gobierno de la familia Ngo

fue una combinación de sectarismo, furor anticomunista, nepotismo y corrupción. En diciembre de 1960, la oposición se consolidó con la creación del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur. Al año siguiente, el presidente Kennedy decidió enviar consejeros militares y profundizar la ayuda económica. ¿Por qué los EE.UU se involucraron tan decididamente en esta trágica experiencia y con tan pobre evaluación de sus trágicos alcances? Desde el discurso de sus dirigentes se subrayaron dos objetivos: impedir el avance del comunismo y preservar la democracia. En nombre de la defensa de la democracia, Estados Unidos encabezó la más bárbara de las guerras contra un pequeño país recién independizado.

La brutal represión de los budistas en 1963 dio paso a grandes movilizaciones en pos de la caída de Diem, fanáticamente católico. Las inmolaciones de varios monjes budistas tuvieron una gran repercusión internacional y Washington decidió retirar su apoyo al presidente vietnamita. Según Kennedy: no era posible ganar la guerra "a menos que el pueblo de su apoyo al esfuerzo y, en mi opinión, en los últimos dos meses, el gobierno ha perdido contacto con el pueblo". A través de la intervención de la CIA y las gestiones del embajador norteamericano en Saigón, se alentó el golpe de los militares vietnamitas que derrocaron a Diem, asesinado luego de su captura en una iglesia católica, a principios de noviembre de 1963.

El 22 del mismo mes fue asesinado Kennedy en Texas; e inmediatamente su sucesor Lyndon B. Johnson anunció que su gobierno seguiría ayudando en Vietnam a derrotar al comunismo y confirmó en su cargo al Secretario de Defensa Robert McNamara, asesor clave a lo largo de su gestión.

La situación política en Vietnam del sur fue cada vez más caótica: dos golpes de Estado y cuatro cambios de gobierno en 1964. No obstante, el presidente Johnson, el secretario McNamara y el propio Congreso estadounidense mantuvieron su compromiso con la ayuda económica y el envío de asesores militares. Ese año, después del controvertido ataque a dos destructores norteamericanos en el golfo de Tonkín por parte de lanchas torpederas norvietnamitas, fue aprobada la Resolución del Golfo de Tonkin que autorizó al presidente Johnson, sin una declaración formal de guerra por el Congreso, a trasladar fuerzas militares al sudeste de Asia.

En 1965 se puso en marcha la abierta agresión a Vietnam del Norte. El bombardeo constante de todo el país, sin discriminación de la naturaleza de los blancos –ciudades, aldeas, fábricas, escuelas, hospitales, iglesias, caminos, plantaciones– se llevó a cabo con una densidad trágica y desproporcionada. A principios de 1966 el Departamento de Estado Norteamericano informó que "se utilizaron procedimientos de defoliación y destrucción de cultivos en una zona de 8.000 Ha. sembradas, en Vietnam del Sur, a fin de privar de recursos alimenticios al Vietcong. Esa cifra no incluye las zonas defoliadas con herbicidas a fin de privar de protección a las fuerzas insurgentes". Simultáneamente, el Congreso concedió poderes especiales al presidente hasta el 30 de junio de 1968, para enrolar a dos millones de reservistas sin necesitar proclamar el estado de emergencia nacional. Según el arzobispo de Nueva York, monseñor Francis Spellman: "Toda solución que no sea la victoria es inconcebible

[…]. Esta guerra la hacemos, según pienso, para defender la civilización; Norteamérica es el buen samaritano de todas las naciones".

Sin embargo, desde 1966, la opinión pública mundial y sectores cada vez más amplios de la sociedad norteamericana manifestaron en forma importante la indignación frente a lo que está ocurriendo en el sudeste asiático. El secretario de las Naciones Unidas, U Thant, declaró el 21 de junio de 1966 que el conflicto de Vietnam "es una de las guerras más bárbaras de la historia". En abril de 1967, Luther King daba un sermón a favor del cese de los bombardeos. Pocos días después, el campeón mundial de box de peso máximo, Cassius Clay, rehusó incorporarse al ejército (por lo cual perdió su título de campeón y fue encarcelado) y declaró que: "En ninguna circunstancia llevaré el uniforme del ejército ni viajaré 16.000 km para ir a asesinar, matar, y quemar pobres gentes, únicamente para contribuir a mantener el dominio de la esclavitud de los amos blancos sobre los pueblos de color". En mayo de 1967, el Tribunal Russell, convocado por Bertrand Russell acompañado destacados intelectuales de todo el mundo, condenó a los Estados Unidos por los mismos crímenes de guerra por los cuales éstos declararon culpables a los nazis en el juicio de Nüremberg.

Si bien la supremacía en armas de Washington era innegable, su ejército no podía impedir la infiltración comunista del norte ni tampoco neutralizar la resistencia del Frente Nacional de Liberación. El momento más difícil para los estadounidenses fue la llamada ofensiva del Tet, nombre que recibe el año nuevo lunar vietnamita. La operación militar, llevada a cabo por el Vietcong y el Ejército de Vietnam del Norte, se inició el 21 de enero de 1968 con el asedio de la base aérea de Khe Sanh ocupada por los marines. Durante los combates más de un millar de soldados estadounidenses perdió la vida. La situación podría resumirse en una máxima de la estrategia militar: "un ejército regular pierde cuando no gana; una guerrilla gana mientras no pierde". Johnson se avino entonces a explorar la vía de la negociación.

El 10 de mayo de 1968 se inician en París las conversaciones de paz entre delegaciones norteamericanas y norvietnamitas, estas últimas reclamaron la participación de representantes del Frente de Liberación Nacional del Sur Vietnam las que se sumaron a principios del año siguiente. La representación del FLN presentó el Plan de Paz de Diez Puntos que incluía la exigencia del retiro incondicional de las tropas norteamericanas.

El gobierno republicano encabezado por Richard Nixon, sucesor de Johnson, ordenó el regreso de la mayor parte de los soldados estadounidenses, la llamada *vietnamización* del conflicto, pero al mismo tiempo intensificó los ataques aéreos contra Vietnam del Norte y encaró la destrucción del denominado Sendero Ho Chi Minh –la ruta de suministro de los comunistas– con lo cual extendió la guerra hacia Laos y Camboya.

Los bombardeos masivos, el uso de agentes químicos y las acciones de extrema crueldad ampliamente difundidas por los medios de comunicación socavaron la imagen de Estados Unidos como país consubstanciado con los valores democráticos, uno de los pilares en que se asentaba su hegemonía. Al cabo de una compleja fase de negociaciones, durante la cual no cesaron los enfrentamientos militares, en enero de 1973 las delegaciones de Estados Unidos, Vietnam del Sur, Vietnam del Norte y del Gobierno Revolucionario Provisional (instalado en una

porción de Vietnam del Sur por el FNL) aprobaron el cese del fuego y la retirada estadounidense de Vietnam del Sur. En marzo siguiente, los acuerdos se complementaron con otro que preveía la unificación de los dos territorios. Tras la retirada de las tropas estadounidenses, la guerra continuó por dos años más, hasta abril de 1975 cuando se consumó la victoria total del FNL con la toma de Saigón y la unión entre el Norte y el Sur, proclamándose la República Socialista de Vietnam en abril de 1976.

Después de abandonar Vietnam, el Congreso de Estados Unidos aprobó la War Powers Act, que limitó los poderes presidenciales a la hora de poner en marcha una intervención militar o una guerra: un presidente no podía enviar tropas fuera del país durante más de sesenta días sin consultar al Congreso y contar con su autorización.

Con el retiro de las tropas norteamericanas también se instalaron regímenes comunistas en Laos y Camboya. No obstante, las rivalidades entre los países comunistas abrieron nuevas posibilidades a la superpotencia capitalista en Asia. En el marco de la ruptura sino-soviética, la política de Washington hacia China dio un giro rotundo. Hasta ese momento los Estados Unidos habían ubicado al régimen de Mao como un aliado incondicional de la URSS, encargado de promover el avance del comunismo en Asia. A fines de los años sesenta, el presidente republicano Nixon y su asistente especial para asuntos exteriores Henry Kissinger vieron la posibilidad de desplegar una diplomacia triangular (Washington-Moscú-Pekín). Según sus promotores, la instrumentación de negociaciones por separado con soviéticos y chinos daría mayor margen de acción a Estados Unidos y reforzaría su posición en las negociaciones de paz con Vietnam. El gobierno chino que ya había roto con la URSS, a fines de los años sesenta propició decididamente el acercamiento a Estados Unidos que le posibilitaría salir de su aislamiento. Kissinger visitó China en 1971, meses después Pekín ingresó en el Consejo de Seguridad de la ONU. El acercamiento culminó con el viaje de Nixon a Pekín en febrero de 1972 y el reconocimiento de la República Popular China en 1979.

La Segunda Guerra Fría (1975/1979-1985)

Desde mediados de los años ‘70, el clima de distensión entre las superpotencias se enrareció debido al incremento de la tensión entre ambas, derivado de las políticas desplegadas por sus dirigentes, a los debates sobre el despliegue de nuevos misiles en Europa occidental y, especialmente, a la serie de rebeliones que recorrió el Tercer Mundo. Estos enfrentamientos con raíces históricas propias fueron interpretados en clave de la lógica bipolar y se convirtieron en guerras signadas por los intereses de las dos potencias.

Los principales conflictos tuvieron lugar en el Cuerno de África a partir del derrocamiento de la monarquía dictatorial en Etiopía; en el sur de África debido a la liberación de las colonias portuguesas; y en el área musulmana de Asia central donde se conjugaron la exitosa revolución del ayatollah Ruholláh Jomeini en Irán y la invasión de Afganistán por la URSS.

También en Centroamérica, una región que los Estados Unidos siempre habían considerado bajo su influencia, una serie de procesos quebrantaron esa convicción: la creciente fuerza del movimiento guerrillero en El Salvador y Guatemala; la presencia de Omar Torrijos en Panamá, y el triunfo de la revolución sandinista en 1979. Después de la caída la dictadura de Somoza en Nicaragua y la instauración de un gobierno de corte revolucionario apoyado por Moscú y La Habana, Ronald Reagan, candidato a la presidencia de Estados Unidos, preguntaba en la campaña electoral: "¿Debemos dejar que Granada, Nicaragua, El Salvador, todos se transformen en nuevas Cubas?".

La oleada de revoluciones cuestionó el orden vigente en varios países, pero sin incluir un extendido giro revolucionario hacia el comunismo. Los movimientos en lucha expresaron ya sea el rechazo a regímenes dictatoriales, por ejemplo los grupos guerrilleros en América Central, o bien el afán de liquidar la dominación colonial aún vigente, el caso del imperio portugués en África.

Mientras la inestabilidad política y la lucha armada atravesaban el Tercer Mundo, los principales centros capitalistas dejaban atrás su período de crecimiento sostenido para ingresar en una etapa signada por el estancamiento y las bruscas fluctuaciones del ciclo económico. Los principales índices mostraban además, que Estados Unidos ya no era la potencia hegemónica indiscutida. Al mismo tiempo Moscú se estaba quedando aceleradamente atrás de las potencias capitalistas: si bien era capaz de producir enormes cantidades de acero, carecía de las condiciones necesarias para avanzar en el desarrollo de la informática. La economía central planificada rígida y burocrática era un obstáculo cada vez mayor para la promoción del desarrollo científico y tecnológico.

El pasaje de la distensión hacia la Segunda Guerra Fría fue resultado principalmente de los diagnósticos y las líneas de acción asumidas por las dirigencias de cada superpotencia frente a estos desafíos. En Moscú, sobre la base del creciente ingreso de divisas procedentes de la venta de petróleo, se apostó a a ganar protagonismo en el escenario internacional mediante la ampliación de su esfera de influencia. Las ambiciones desmesuradas de la gerontocracia soviética encabezada por Leonid Brehznev condujeron a la intervención en áreas en las que hasta entonces se había mantenido al margen, el caso de África, y a involucrarse en un esfuerzo militar que excedía las posibilidades de una economía cada vez menos eficiente. En Washington, los neoconservadores que ganaron posiciones en el gobierno del republicano Reagan apostaron a la superación del síndrome de Vietnam y recuperación de la hegemonía de Estados Unidos mediante la creación de un potente y sofisticado complejo militar vía los aportes de la ciencia y la tecnología, y con la convicción que a su país le cabía la sagrada misión de defender e imponer la democracia y la libertad en todo el mundo contra el enemigo comunista.

El gobierno estadounidense eludió el envío de sus fuerzas militares como lo hiciera en Vietnam, y optó por la guerra mediante agentes interpuestos –por ejemplo, el financiamiento de los contras en Nicaragua[3] o el de los muyahidin en Afganistán– o bien por ataques de carácter

[3] La administración Reagan, con el argumento de que el nuevo gobierno sandinista de Nicaragua se proponía exportar la revolución marxista a toda América Central, se involucró decididamente en acciones destinadas a derribarlo. A fines de 1981, Washington autorizó a la CIA a invertir una alta suma de dólares para crear la Contra, una fuerza

simbólico como la invasión a Granada en 1983 en los que su maquinaria bélica de alta tecnología le garantizaba una ventaja absoluta. El proyecto neoconservador incluyó una escalada en la carrera de armamentos con la Unión Soviética que iba mucho más allá de lo que ésta podía afrontar. El 23 de marzo de 1983, Reagan anunció a millones de televidentes su proyecto de militarización espacial, destinado a cambiar el curso de la historia de la humanidad. La Iniciativa de Defensa Estratégica, conocida como la guerra de las galaxias, consistía en un paraguas defensivo de armas espaciales que destruirían los misiles intercontinentales soviéticos antes que de tocaran suelo norteamericano. Para sus diseñadores, el principio de "destrucción mutua asegurada" sería reemplazado por el de "supervivencia mutua asegurada".

Uno de los giros más novedosos en las relaciones entre las dos superpotencias se produjo en África, continente que había quedado al margen de la reconocida esfera de influencia soviética. El avance de Moscú se apoyó básicamente en tres conflictos: la crisis en el Cuerno de África; la descolonización del África portuguesa y, estrechamente vinculada con este proceso, la guerra de liberación sostenida por las mayorías negras contra el dominio blanco en el África meridional.

Etiopía, uno de los países más pobres del mundo, ingresó en la órbita de los intereses soviéticos a partir de la destitución en 1974 del emperador Haile Selassie por militares que anunciaron la instauración de un régimen marxista. La ayuda de de Moscú al nuevo gobierno militar tuvo un fuerte impacto sobre la región: Somalia perdió el respaldo soviético y el gobierno etíope rechazó con las armas tanto las demandas de independencia de Eritrea como los reclamos de Somalia sobre la región de Ogaden.

Desde los años cincuenta, en el imperio portugués se venían desarrollando movimientos guerrilleros que en algunos casos –el Frente de Liberación de Mozambique, el Movimiento Popular de Liberación de Angola y el Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde– recibían ayuda militar de Moscú. La caída de la dictadura en Portugal con la Revolución de los Claveles, ocurrida en 1974, aceleró el proceso de independencia y los grupos apoyados

paramilitar de opositores que se componía básicamente de antiguos miembros de la guardia nacional de la dictadura de Somoza derrocada por los sandinistas. A mediados de los 80, la Contra había establecido un campo de entrenamiento cerca de la frontera nicaragüense. Originalmente encargada de bloquear el flujo de armas desde Nicaragua a los insurgentes salvadoreños de izquierda, la Contra pronto comenzó a llevar a cabo actos de sabotaje al otro lado de la frontera de Nicaragua. Pero al año siguiente, la Cámara de Representantes, por iniciativa de los demócratas, aprobó una enmienda que limitaba la ayuda a esta organización.

Para salvar esta restricción, miembros del Consejo de Seguridad Nacional, organismo asesor de la Casa Blanca, montó una operación para obtener financiación secreta de fuentes privadas norteamericanas.

En 1985, varios de estos funcionarios se involucraron en un plan para vender secretamente misiles a Irán, a cambio de la liberación de los siete americanos retenidos por musulmanes pro iraníes en Líbano. Israel actuó en principio como intermediario de los envíos de armas. Parte de los beneficios de la venta fueron desviados a la Contra nicaragüense. Aunque este plan violaba el Acta de Control de Exportación de Armas, un embargo armamentístico contra Irán, y la política estadounidense de no tratar con gobiernos que apoyasen el terrorismo internacional, Reagan dio su autorización para que se procediera a la venta de las armas.

En octubre de 1986, un comando sandinista derribó un avión de carga sobre la selva nicaragüense. Un pasajero americano que se tiró en paracaídas y cayó en manos de los sandinistas reveló que el avión formaba parte de una operación de suministro de armas a la Contra dirigida por EE.UU., lo que violaba lo dispuesto por el Congreso. El presidente dijo públicamente que su gobierno no tenía conexión con el avión derribado, Un comité del Congreso y una comisión presidencial pusieron en marcha investigaciones y varios funcionarios fueron acusados de distintos delitos, pero casi ninguno cumplió las penas impuestas por la justicia en virtud del perdón concedido por el presidente George Bush (padre) en 1992. Al hacerse cargo de la presidencia en 2001, George Bush (hijo) eligió a varios veteranos del escándalo Irán-Contra para ocupar importantes puestos.

por los soviéticos tomaron el poder. El cinturón de seguridad en torno a Sudáfrica perdió su invulnerabilidad. Las fuerzas anticomunistas buscaron ayuda en los Estados Unidos y en el régimen racista sudafricano, que apoyaron a la Unita en Angola y a grupos de la oposición en Mozambique. La lucha armada siguió asolando ambos países: persistió hasta principios de los años '90 en Mozambique y hasta 2002 en Angola.

En 1979 dos países musulmanes del suroeste de Asia, Irán y Afganistán, fueron sacudidos por cambios drásticos derivados de crisis internas que se combinaron explosivamente con la existencia de de un mundo bipolar y con las profundas rivalidades y tensiones presentes en el mundo musulmán. La revolución iraní que derribó la monarquía en febrero y la intervención armada de los soviéticos en Afganistán en diciembre, no solo agravaron el clima de Guerra Fría, sino que tuvieron un fuerte impacto en el mundo musulmán y consecuencias de largo plazo en el campo de las relaciones internacionales.

En el caso de Irán, uno de los principales productores de petróleo, la caída del sha Reza Pahlevi –firme aliado de Estados Unidos– dio paso a la instauración de una República Islámica. Bajo la conducción del líder religioso chiíta Jomeini, el régimen declaró enemigos tanto a Occidente como al comunismo. La revolución iraní impuso la estrecha asociación entre política y religión para enfrentar a los poderes impíos extranjeros y a los gobiernos musulmanes conservadores, especialmente el de Arabia Saudita.

La presencia del régimen chiíta desestabilizó la región y significó un fuerte cuestionamiento al predominio de Estados Unidos. A fines de 1979, en el marco de enfrentamientos internos, el sector más radicalizado de la coalición revolucionaria iraní ocupó la embajada estadounidense en Teherán y tomó como rehenes a todos sus ocupantes sin que el gobierno estadounidense pudiese hacer nada.

El nuevo régimen iraní no tuvo la expansión temida por los regímenes islámicos conservadores, especialmente Arabia Saudita. Su carácter chiíta y el hecho de haberse gestado en el único país musulmán no árabe del Medio Oriente le restaron posibilidades para ejercer su influencia sobre el resto de los países islámicos de esta región.

La invasión de la Unión Soviética a Afganistán posibilitó que las tensiones y rivalidades entre países y grupos musulmanes evidentes a partir de la revolución iraní se combinaran explosivamente con el recrudecimiento de la Guerra Fría. Frente a las luchas entre diversas facciones comunistas afganas, enfrentadas a su vez con guerrillas islámicas, Moscú buscó imponer un gobierno que garantizase el orden y mantuviera al país en la esfera de influencia soviética. En el Kremlin se temía que la revolución iraní contagiara a Afganistán e incluso que pudiera influir sobre la población soviética del Asia Central mayoritariamente musulmana. La reacción occidental fue inmediata. Alegando que la ocupación llevaba la influencia soviética más allá de su espacio tradicional, EEUU y sus aliados organizaron inmediatamente la contraofensiva. La ONU y los No Alineados condenaron la invasión soviética. La Casa Blanca, además del embargo comercial, apoyó a la guerrilla islámica que combatía contra las tropas soviéticas. Los muyahidin afganos fueron entrenados en bases paquistaníes como fruto de la cooperación entre la CIA, el servicio secreto paquistaní (ISI) y Arabia Saudita. En esa época, el

miembro de una poderosa familia saudita vinculada con la monarquía, Osama Bin Laden, coordinaba el reclutamiento de voluntarios islámicos para luchar en Afganistán.

La acción armada contra los “impíos” que habían invadido el territorio del Islam se presentaba para un sector de los gobiernos musulmanes como una vía radicalizada capaz de competir con el llamado a la revolución desde Irán. Con este objetivo, Arabia Saudita y las monarquías del Golfo llegaron a acuerdos con unos aliados poco previsibles: los muyahidin afganos y los partidarios de la yihad armada. Mientras la lucha contra los soviéticos fue el objetivo central, los yihadistas fueron funcionales a los intereses de Estados Unidos y Arabia Saudita. Sin embargo, la yihad en Afganistán desarrolló su propia lógica y en la década de los noventa enfrentaría a los dos paises que habían financiado su desarrollo.

Película Uno, Dos, Tres

(One, Two, Three)

Ficha técnica	
Dirección	Billy Wilder
Duración	115 minutos
Origen / año	Estados Unidos, 1961
Guión	Billy Wilder, sobre la obra de Ferenc Molnár
Fotografía	Daniel Fapp
Montaje	Daniel Mandel
Música original	André Previn
Producción	Billy Wilder, I.A.L. Diamond y Doane Harrison
Intérpretes	James Cagney (C.R. MacNamara), Horst Buchholz (Otto Ludwig Piffl), Pamela Tiffin (Scarlett Hazeltine), Arlene Francis (Phyllis MacNamara), Lilo Pulver (Fräulein Ingeborg), Hanns Lothar (Schlemmer), Howard St John (Wendell Hazeltine), Leon Askin (Peripetchikoff), Ralf Wolter (Borodenko), Kart Lieffen (Fritz) y Peter Capell (Mishkin)

Sinopsis

C.R. McNamara, gerente de la Coca Cola en Berlín, espera ser promovido al cargo de máximo director de la Compañía para Europa, lo que lo llevaría a Londres a prolongar su vida holgada de ejecutivo plena de beneficios y privilegios. Con el fin de dar el salto, concibe el plan de vender la célebre gaseosa en el mundo comunista, para lo cual se pone en contacto con tres delegados del gobierno de Moscú que visitan Alemania Oriental. McNamara sabe que

cerrando el negocio va a quedar en la historia de la empresa y sus superiores sólo podrán ascenderlo. Dos problemas se le plantean de pronto a su ambiciosa idea: los rusos acaban de decidir el fin del libre paso entre las dos Alemanias, de esta manera se limita el tránsito de personas entre uno y otro lado de la monumental puerta de Brandeburgo y las posibilidades de extender el comercio al otro sector quedan aún más reducidas. Mientras McNamara negocia con los rusos, el Director General de Coca Cola lo llama desde la sede central en Atlanta, para anunciarle que su hija está paseando por Europa y que visitará pronto Berlín; la misión de McNamara y familia es recibirla, alojarla y mostrarle la ciudad. De paso, el jefe desautoriza el negocio con los rusos. La llegada de la joven Scarlett, una muchacha de sólo 17 años difícil de cuidar en todo sentido, pone en marcha una serie de enredos que hacen que el mundo capitalista, representado por McNamara y la Coca Cola, y el mundo comunista, del que proviene el joven con quien inusitadamente la muchacha se casa y de quien queda embarazada, queden reunidos de la manera más estrafalaria. Detrás del embrollo de comedia y de las maniobras que practica McNamara para evitar el desastre, están los alemanes que ocultan apenas su inconfesable pertenencia al pasado nazi y los comisarios rusos que ansían quedarse con la despampanante secretaria de McNamara.

Acerca del interés histórico del film

Más de medio siglo después de su realización, *Uno, dos, tres* mantiene intactos su brillo, su gracia y su frescura. Pensándolo bien, parece mentira que la película haya sido hecha en 1961, cuando la guerra fría estaba a punto de alcanzar su momento más dramático alrededor de la crisis de los misiles instalados por la Unión Soviética en Cuba –de paso, la película desliza graciosos apuntes sobre este asunto, aun antes de que sucediera–.

¿Por qué el film parece tan actual? En principio, porque el tono delirante y el ritmo vertiginoso del relato hacen que siga luciendo como una comedia brillante y redonda: Wilder se mueve como pez en el agua dentro del registro de la comedia política. A la destreza y el oficio del director hay que sumar el extraordinario trabajo de James Cagney, encarnando al farsante y despótico McNamara. El despliegue y la energía del actor, su concentración y la precisión de su tono sostienen la película de principio a fin: los demás personajes se mueven alrededor de la danza dislocada que él propone desde el comienzo y que es el centro de gravedad de toda la trama.

Pero más allá de la indudable capacidad de director y protagonista, creemos que la actualidad del film debe ser atribuida sobre todo a la mirada que propone sobre su tema: las relaciones políticas, comerciales y personales entre el este y el oeste en la escalada de la guerra fría aparecen a lo largo de toda la obra desprovistas de contenido ideológico; o bien, su contenido ideológico es superficial y parece desprovisto de toda seriedad.

Nos proponemos repasar en el artículo una serie de instancias, relaciones y actitudes personales que el film desarrolla y que convergen en un mismo punto: sea cual sea la procedencia nacional o ideológica de los personajes, todos se reúnen al final de la historia en torno de sus

intereses materiales. Un final con triunfo evidente del mercado, que se adelanta varias décadas al curso de la Historia y que Wilder deslizaba con una pícara sonrisa entre los labios.

Si C.R. McNamara es la personificación de un ejecutivo en la cima del mundo de los negocios que propone la sociedad capitalista, hay que decir que Wilder no tiene empacho en desmitificar por completo la seriedad, el decoro, el cuidado de la apariencia y la responsabilidad que deberían formar parte de su comportamiento. El gerente de la Coca Cola en Berlín es sobre todo un personaje ambicioso, hedonista e inescrupuloso, firmemente decidido a escalar dentro de la compañía y alcanzar un puesto de comodidad definitiva. Su evidente olfato para los negocios lo lleva a explorar la posibilidad de venta de la bebida en el mundo comunista: no importa en absoluto que los rusos y sus estados anexados no pertenezcan a la economía de mercado y practiquen una forma diferente de organización política y social; no hay ninguna cuestión ideológica que considerar en el asunto: para McNamara, el mundo soviético es una porción inmensa de potenciales compradores que harán la fortuna de la empresa y, sobre todo, la suya propia, asegurándole esa plaza en Londres que tanto desea.

Así, a medida que la trama se enreda y se desenreda, McNamara no vacila un instante en utilizar una batería de trampas y recursos estrafalarios, casi todos sucios, que le van a permitir: contactar con el mundo soviético para hacer negocios, deshacer el sorpresivo matrimonio de la hija de su jefe que resulta desastroso para sus intereses, entregar al novio a las autoridades soviéticas para librarse de él, liberarlo luego y traerlo de nuevo al oeste cuando sale a la luz el embarazo de Scarlett, comprar para el muchacho un título de nobleza y liquidar toda la farsa presentándolo a los suegros como un joven de sangre aristocrática e iniciativa empresarial; es decir, el partido ideal para la muchacha descarriada, y a la vez, el matrimonio perfecto entre la Europa caída en desgracia -pero aún reluciente de prestigio- y los emprendedores Estados Unidos, en la cumbre de la economía mundial pero sin glorias ancestrales que exhibir.

Respecto de su propia familia, McNamara es un personaje más bien impresentable. Su esposa se refiere a él como *mein führer*, harta de seguirlo a los lugares más ignotos del planeta ante cada traslado y de cumplir el papel de mujer sumisa ante las evidentes y reiteradas infidelidades de su marido. La relación con su secretaria, a la que compra desembozadamente sus favores sexuales y a la que utiliza sin vergüenza como señuelo para tentar a los rusos, expone con toda claridad la concepción que tiene el protagonista de las relaciones humanas: simples medios para alcanzar sus objetivos personales. Lo cierto es que McNamara hace lo que quiere, maneja a todos a su alrededor a su antojo y no tiene empacho en sobornar funcionarios extranjeros o nobles de prosapia caídos en la ruina cuando necesita arreglar asuntos legales o lustrar de un barniz presentable al joven comunista que le ha caído del cielo para su desdicha.

Interesante imagen de un empresario capitalista: McNamara cree que puede comprarlo todo, y que tomando las decisiones correctas en el momento indicado, los intereses personales terminarán poniendo en orden las cosas. Eso sí, que nadie se equivoque, se reserva para el final la cuenta de sus gastos: "¿He sido un capitalista por tres horas y ya debo diez mil

dólares?”, reclama el muchacho ex comunista a punto de ser presentado a sus suegros. “Eso es lo que hace funcionar a nuestro sistema: todos deben.” Ese diálogo final entre el joven Otto y McNamara sintetiza con fina precisión el espíritu crítico, socarrón y desprejuiciado que anima toda la película. Bienvenido al Capitalismo: aquí todos somos alegres esclavos del dinero.

Si la imagen que Wilder brinda sobre el capitalismo resulta deliciosamente crítica, el tono con el que se refiere al mundo soviético, representado por el fervoroso joven Otto y los tres delegados de Moscú, no se queda atrás en contenido irónico y burlón.

Los tres funcionarios soviéticos recuerdan a los otros tres de *Ninotchka*, la gran pel{icula de Ernst Lubitsch rodada veinte años antes: pícaros, tramposos, suspicaces, los comisarios representan sólo unos instantes la fachada de disciplina inherente a su cargo, para soltar luego a lo largo de todo el film sus propias ambiciones personales. Primero alrededor del posible negocio con McNamara y después en torno a la figura excitante de Fräulein Ingeborg, la rubia secretaria que quieren para ellos. Dispuestos a cualquier cosa para obtenerla, los rusos terminan cediendo a las presiones de McNamara cuando éste, desesperado, intenta recuperar al joven Otto al que había enviado a la cárcel de Berlín Oriental. Resuelto el intercambio, McNamara obtiene al muchacho y los rusos, estafados, descubren que la rubia no es otra que el servil Schlemmer, disfrazado de la manera más grotesca, que incluye entre sus ropas sendos globos simulando pechos que tienen escritas las leyendas: “Yankee go home” y “Russki go home”, respectivamente. Wilder vuelve a reírse a carcajadas de la guerra fría. Más tarde, uno de los tres comisarios traiciona a los otros dos para desertar, marcharse a occidente y quedarse con la rubia: “Si no lo hacía yo, lo hubieran hecho ellos”, le dice al indignado Otto que lo escucha. “¿Qué crees que le hizo Stalin a Trotsky?”

Otto Ludwig Piffl, después Otto von Dröste Shattenburg, pasa en la película de la convicción absoluta por la causa comunista al ingreso por adopción comprada a una familia noble alemana; de proletario militante a Conde de estirpe prusiana. En su trayecto sigue gritándole a McNamara los más encendidos discursos contra la explotación capitalista y a favor de la lucha de clases, pero en ningún momento se opone de verdad a su tránsito veloz hacia el mundo de la libre empresa. Cada vez más convencido, Otto va a terminar dialogando en confianza con su suegro, el director mundial de la Coca Cola, en torno a las necesidades de ampliar el negocio implementando nuevas estrategias de marketing…

Ni los funcionarios ni los simples proletarios soviéticos que presenta el film se quieren quedar dentro del mundo comunista. Para el gordo Comisario Peripetchikoff, la causa del partido es una suma de traiciones, vigilancias y controles de los que hay que huir como sea posible. Para el muchacho de firmes ideales, la causa se desvanece ante la tentación del ascenso social en la economía de mercado y la posibilidad de convertirse, en el mismo movimiento, en descendiente de la gloriosa nobleza germana y encumbrado ejecutivo de una corporación.

Ante la mirada sin concesiones de Billy Wilder, todos los ideales desaparecen detrás del interés material de sus criaturas. Al final, ya no hay discursos que sostener, ni los de las profundas convicciones clasistas que habían sustentado la causa comunista, ni los de las supuestas bondades del capitalismo, que somete a todos los personajes a sus reglas

implacables en torno a un *statu quo* renovado, en el que ahora conviven la aristocracia alemana, el proletariado soviético y la corporación norteamericana.

Uno, dos, tres; mientras ex nazis apenas reconvertidos circulan de fondo, la política y la economía mundial convergen en Berlín unos meses antes de la construcción del muro. La mirada de Wilder sobre el asunto resistió la marcha de la Historia con más firmeza que los ladrillos que dividieron al mundo en dos bloques por casi tres décadas.

Sobre el director y su obra

¿Por qué tomar en serio esta película? O, dicho de otro modo ¿Se puede pensar históricamente a partir de *Uno, dos, tres*? Una respuesta debería encontrarse en la lectura que ofrecemos del film; para pensar en otras posibles parece necesario introducir previamente algunos rasgos de la figura de su director, una de las personalidades más salientes de la historia del cine norteamericano.

Nacido en Galitzia, actual territorio polaco –entonces austrohúngaro– en 1906, en el seno de una familia judía, Billy Wilder comenzó a hacer películas en Alemania a fines de los veinte. El avance del Nazismo lo hizo emigrar en 1933 a Estados Unidos donde debió comenzar de nuevo desde cero, mientras una gran parte de sus parientes mayores moría en los campos de concentración que los nazis establecieron en Europa Oriental.

Después de un período de desempleo y altibajos económicos constantes, Wilder consiguió un lugar en Hollywood escribiendo guiones para las comedias de la Paramount. Rápidamente, se destacó como uno de los humoristas más filosos, mordaces y corrosivos de la industria, lo que le valió el derecho de dirigir sus propios guiones desde principios de los cuarenta.

A lo largo de su carrera en el cine, Wilder se rió de todo y de todos e invitó a los espectadores a hacer lo mismo por medio de sus guiones y de sus películas hilarantes e incómodas. Su mirada del mundo se apoyó siempre en un agudo sentido de la ironía, un humor cáustico y socarrón y una evidente desconfianza frente a todas las ideologías, conservadoras o revolucionarias, a las que satiriza constantemente en sus películas. Antiromántico por carácter y por experiencia, Wilder siempre invitó desde su obra a mirar el mundo desde los intereses concretos de sus personajes y desde las consecuencias prácticas de sus acciones. Varias décadas después de su obra, la expansión aparentemente ilimitada del mercado prolonga la vigencia de su mirada y sostiene las preguntas destiladas por su ironía.

Esta semblanza puede sugerir que la comedia política fue el género más transitado por el director. No es así. Wilder hizo películas en casi todos los géneros, incursionando incluso en el drama y en el policial negro, aunque su terreno natural fue la comedia de costumbres, casi siempre con enredos sexuales en el centro, lo que le valió frecuentes dolores de cabeza con la censura a lo largo de toda su obra.

Sus filmes más célebres son *Pacto de sangre* (*Double indemnity,* 1944), un magnífico policial negro, pieza clave del género, con Fred McMurray y Barbara Stanwyck; *Sunset*

Boulevard (1950), una extraordinaria y amarga reflexión sobre el paso del tiempo y sus efectos para las estrellas del mundo del espectáculo, *La comezón del séptimo año* (*The seven year itch,* 1955), una brillante comedia sobre la infidelidad protagonizada por Marilyn Monroe, *Una Eva y dos Adanes* (*Some like it hot,* 1959), probablemente su película más conocida, protagonizada otra vez por Marilyn Monroe junto al inolvidable dúo de Tony Curtis, presumiendo ser un ejecutivo de la Shell mientras intenta a la vez conquistar a la chica y evitar que lo mate una pandilla de gángsters, y Jack Lemmon, actuando de mujer a lo largo de casi toda la película. Otra vez Lemmon, protagonizaría en 1960 *Piso de soltero* (*The apartment*), una comedia de tono agridulce que le valió a Wilder cinco Oscars y el reconocimiento definitivo de la industria del cine como uno de los grandes directores de cualquier época.

Wilder dirigió 27 películas a lo largo de su carrera, de la última parte de su obra cabe destacar *Primera plana* (*Front page,* 1974) y *Fedora* (*1978*), una nueva versión apenas maquillada de *Sunset Boulevard,* acaso la película más oscura del director. Para calibrar la importancia de Wilder en la historia del cine de Hollywood, particularmente en el universo de la comedia, procede recordar las palabras de Fernando Trueba cuando su film *Belle epoque* obtuvo el Oscar a la mejor película extranjera en 1993. El director español subió al estrado y declaró: "Como no creo en Dios, agradezco este premio a Billy Wilder".

Wilder murió en 2002 en su casa de Los Ángeles. El polaco-austríaco-judío petiso y genial, en cuya biografía se entrecruzaron buena parte de los acontecimientos políticos más importantes del siglo XX, legó al cine y a la cultura contemporánea una mueca burlona, amarga e irreverente, pero siempre plena de gracia e inteligencia.

Actividades

Actividad 1

La Guerra Fría a la luz del capítulo y del texto de Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, Cap. VIII, “La Guerra Fría” responda las siguientes cuestiones:

- La definición de la Guerra Fría.
- Las etapas que se distinguen a lo largo de este período.
- El contexto en que se desencadenó la Segunda Guerra Fría.

Actividad 2

Sobre la base de la lectura arriba pautadas discuta el texto que incluyo a continuación: verdadero o falso y fundamente su opción:

> *La Guerra Fría resultó del enfrentamiento entre las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, asociado a la paridad del potencial económico y militar entre ambas. Su razón principal provino de las profundas divergencias ideológicas entre ambos sistemas.*

Actividad 3

En base a la explicación de Hobsbawm exponga su evaluación respecto a la siguiente afirmación: *Las revoluciones de 1989 fueron decisivas para poner fin a la Guerra Fría*.

Actividad 4

Complete el cuadro ingresando los siguientes acontecimientos de la guerra fría (indicando el año), según el lugar donde acontecieron y el período en el cual transcurrieron:

- Triunfo de la revolución china.
- Intervención armada de los soviéticos en Afganistán.
- Creación de la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE).
- Ruptura chino-soviética.
- Reagan anuncia a su proyecto de militarización espacial.
- Aprobación del Tratado del Atlántico Norte.
- Acta Final de Helsinki.

- Proclamación de la República Socialista de Vietnam.
- Creación de la Oficina de Información de los Partidos Comunistas y Obreros (Kominform).
- Toma del gobierno de Checoslovaquia por los comunistas y fin del gobierno de coalición.
- Guerra de Corea.
- Caída de la dictadura en Portugal con la Revolución de los Claveles.

Etapa Lugar	Guerra Fría plena (1947-1953)	De la coexistencia a la distensión (1953-1975).	La Segunda Guerra Fría (1975/1979-1989)
Zona occidental bajo el liderazgo de EEUU			
Región centro oriental sometida a las directivas de la URSS.			
Tercer Mundo		*Ej: Crisis de los misiles en Cuba (1962)*	

Actividad 5.

Unir con una flecha los siguientes acontecimientos a la potencia correspondiente y explicar brevemente en qué consistieron:

ESTADOS UNIDOS — Plan Marshall

Construcción del muro en Berlín

URSS — Formación de la OTAN

Formación de la Kominform

Actividad 6

En *Uno, dos, tres* se presenta en clave satírica una versión de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética en la Alemania de posguerra.

- Señale dos instancias del film que se puedan vincular concretamente con el contexto de la guerra fría.
- Realice una descripción del empresario liberal y del obrero comunista atendiendo a la forma en la que el film presenta sus ideologías y sus acciones.

CAPÍTULO 7
LOS AÑOS DORADOS
EN EL CAPITALISMO CENTRAL

María Dolores Béjar, Marcelo Scotti. Juan Carnagui

Introducción

Este capítulo está organizado en torno a tres cuestiones:

- La caracterización de la trayectoria económica de los centros capitalistas en el período de expansión económica.
- El análisis de las principales experiencias nacionales.
- Los alcances y la significación de la oleada de movilización política, social y cultural de fines de los años ‘60.

Más allá de los rasgos peculiares asumidos por la expansión económica en cada país, esta fue el resultado de la exitosa combinación de tres factores: la definida hegemonía de los EE.UU. a nivel económico, ideológico, político y militar; la extendida industrialización sobre la base del fordismo, y el destacado consenso respecto de la intervención del Estado, tanto para evitar el impacto negativo de la fase recesiva del ciclo económico como para garantizar la provisión de servicios sociales básicos al conjunto de la población.

En 1945 no existían dudas acerca del enorme poder de los Estados Unidos. Su fuerza militar había sido decisiva para dar fin a la guerra. La explosión de las dos bombas atómicas sobre Japón confirmó su superioridad técnica y militar. Durante la guerra, la economía norteamericana creció hasta el punto de que representaba el 50% del producto interno bruto del mundo entero, poseía el 80% de las reservas mundiales de oro, producía la mitad de las manufacturas mundiales, y el dólar se había convertido en el pilar central del sistema monetario y comercial internacional.

Un rasgo novedoso del período de posguerra fue, junto con las altas tasas de crecimiento, que las recesiones fueran muy débiles y no significaran mucho más que pausas en el marco de la expansión. La consolidación del crecimiento económico en los centros capitalistas fue acompañada, como en la era del imperialismo, por un destacado incremento del comercio mundial y de las inversiones en el exterior, pero ahora los capitales estadounidenses reemplazaron a los británicos y no hubo migraciones internacionales como las del capitalismo global de fines del siglo XIX.

Una vez alcanzada la reconstrucción, en la década de 1950, la mayor parte de la población europea tuvo acceso a productos, automóviles, heladeras, televisores que antes de la guerra solo habían estado al alcance de familias con altos ingresos. La expansión del crédito contribuyó a la ampliación y el sostenimiento de la demanda. Esta creció bajo el doble impulso de los mejores ingresos y las técnicas de la publicidad que promovieron la satisfacción de deseos vía la compra de bienes o el uso del tiempo libre en actividades disponibles en el mercado. Los números no dejan dudas sobre la pertinencia del término "años dorados": entre 1957 y 1973, el poder de compra se duplicó y la tasa de desempleo, hasta 1967, fue inferior al 2%.

Una visión dominante en los años dorados respecto de la marcha de la economía fue que el capitalismo había aprendido a autorregularse gracias a la intervención del Estado, y que los gastos sociales actuaban como estabilizadores automáticos garantizando un crecimiento regular. En ese contexto, el premio Nobel de Economía Paul Samuelson anunció que "gracias al empleo apropiado y reforzado de las políticas monetarias y fiscales, nuestro sistema de economía mixta puede evitar los excesos de los booms y las depresiones, y puede plantearse un crecimiento regular".

El Estado benefactor desarrollado ha sido una de las marcas distintivas de la edad de oro. Aunque para muchos marxistas fue apenas un apéndice funcional que aceitaba el desenvolvimiento del fordismo, su consolidación representó un esfuerzo de reconstrucción económica, moral y política. En lo económico se apartó de la teoría económica liberal ortodoxa, que subordina la situación de los individuos, grupos y clases sociales a las leyes del mercado, y en su lugar promovió el incremento del nivel de ingresos y la ampliación de la seguridad laboral. En lo moral propició las ideas de justicia social y solidaridad. En lo político, se vinculó con la reafirmación de la democracia.

El rápido e intenso crecimiento económico de los años cincuenta y sesenta fue acompañado por un importante grado de estabilidad social que se quebró a fines de los años sesenta. En 1968, en el momento en que la exitosa combinación de fordismo y keynesianismo se agrietaba –aunque esto no fue percibido por los contemporáneos– tuvo lugar una extendida movilización social y cultural que cuestionó los pilares de la sociedad de consumo, exigiendo la más plena libertad individual y protestando contra la subordinación del obrero a la cadena de montaje.

Bretton Woods

La desconfianza en las propiedades autorreguladoras de los mercados y la fuerza de las ideas de planificación e intervención del Estado en la economía –legitimadas por la crisis liberal y por el esfuerzo de guerra– fueron dando forma al ambiente intelectual y político que dio luz al acuerdo de Bretton Woods.

El nuevo sistema tuvo en cuenta los aportes de John Keynes aunque se apartó en varios puntos de sus ideas. El economista inglés, que venía bregando por un nuevo contrato social desde la primera posguerra, intentó reproducir en el plano internacional una arquitectura

institucional que permitiera limitar el poder desestabilizador de las finanzas privadas. En el núcleo de su propuesta estaba la creación de un banco central capaz de emitir y gestionar una moneda internacional (*bancor*). Esta institución tendría el papel de regular la liquidez internacional minimizando el riesgo de las devaluaciones o bien valorizaciones excesivas de las monedas domésticas. La existencia de un *estabilizador automático* ampliaría los grados de libertad de los gobiernos nacionales para realizar las políticas contracíclicas necesarias a fin de mantener el pleno empleo y, así, contribuir a la estabilidad social en el marco de democracias liberales y economías de mercado. También propuso la formación de un *fondo para la reconstrucción y el desarrollo* destinado a la concesión de créditos para los países de bajos ingresos y, por último, la creación de una organización internacional del comercio que se ocuparía especialmente de la estabilidad de los precios de los bienes de exportación primarios. El Tesoro de los Estados Unidos no estaba dispuesto a limitar su autonomía en nombre de un arreglo burocrático que reconocía la existencia de un prestamista global en última instancia. Harry Dexter White, el representante estadounidense, aceptó parcialmente la propuesta de Keynes, y finalmente se aprobó un modelo en el cual el dólar mantenía su posición de divisa llave para los intercambios y las inversiones.

Entre la rigidez del patrón oro y la inestabilidad de los años de entreguerras, se buscó un término medio: los países signatarios del acuerdo tendrían el derecho de ampliar el margen de fluctuación de sus monedas frente al dólar (era la única moneda cuyo valor en oro era fijo) siempre que ocurriera algún “desequilibrio fundamental” en las cuentas externas. Esta flexibilidad fue planeada para garantizar el ajuste del balance de pagos sin tener que caer en la recesión cuando dicho balance fuera deficitario. El régimen monetario oro-dólar era políticamente atractivo porque estabilizaba las monedas para promover el comercio y la inversión, sin atar excesivamente las manos de los gobiernos. Las principales monedas europeas tuvieron devaluaciones superiores a un 30% en los años de la posguerra, en unción de la grave escasez de dólares**.** Recién a partir de 1958, junto con la creación del Fondo Monetario Internacional (FMI), se transformaron en convertibles en los términos estipulados

Los gobiernos también gozaron de la capacidad de controlar el movimiento de capitales evitando así la acción desestabilizadora de los flujos volátiles, como había ocurrido en la primera posguerra. Al margen de las normas que regulaban los movimientos del capital financiero, la incidencia de estos fue débil, porque las economías nacionales ofrecían excelentes posibilidades a las inversiones productivas. En la edad dorada se reconoció el carácter positivo de la vinculación complementaria entre las acciones de los Estados nacionales y los movimientos de los mercados.

El acuerdo de Bretton Woods aprobó la fundación de dos de las organizaciones concebidas por Keynes y Dexter White –el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, o Banco Mundial, y el Fondo Monetario Internacional– pero no se concretó la creación de la organización internacional del comercio. A los intereses proteccionistas les pareció que se avanzaba demasiado hacia el librecambio.

No obstante, el comercio internacional se liberalizó a través del Tratado General sobre Aranceles y Comercio (GATT). Este fue un foro en el que los países industrializados consultaban y negociaban su política comercial en un sentido cada vez más aperturista, a través de las sucesivas reducciones de los gravámenes aduaneros y la disminución de los obstáculos no tarifarios del comercio. Recién a partir de enero de 1995, con la fundación de la World Trade Organization (Organización Mundial de Comercio, OMC), el GATT se transformó en un organismo institucionalizado.

El funcionamiento del sistema de Bretton Woods requería que los Estados Unidos mantuvieran la voluntad y la capacidad para vender oro a 35 dólares la onza a los bancos centrales extranjeros cuando estos se lo pidieran. Eso significaba que Washington tenía que emprender acciones siempre que el déficit comercial amenazara con una pérdida precipitada de oro por parte de la Reserva Federal.

A diferencia de lo ocurrido en la primera posguerra, se obvió la imposición de reparaciones y el pago de los créditos de guerra. En su lugar se aplicaron políticas de dinero barato y se crearon instrumentos institucionales que posibilitaron la libertad de comercio. Los intercambios internacionales se desarrollaron principalmente entre las economías capitalistas centrales. La diferencia de productividad entre ellas fue tal que los bienes de equipo estadounidenses encontraban siempre compradores en Europa y Japón. La balanza comercial de EE.UU. fue entonces sistemáticamente excedentaria. El problema residía en el débil poder de compra de Europa y Japón, una restricción que se resolvió, primero, con los préstamos del Estado norteamericano y, cada vez más, con las inversiones exteriores de las firmas estadounidenses. Con el paso del tiempo la balanza de pagos estadounidense empezó a ser deficitaria.

Washington se comprometió con la reconstrucción de Europa vía el Plan Marshall, y con la de Japón a través de un programa similar, a partir de la guerra de Corea. Los países europeos y Japón combinaron las tecnologías de alta productividad, promovidas originalmente en Estados Unidos, con la gran oferta de fuerza de trabajo local pobremente retribuida, lo que hizo crecer la tasa de ganancia y de inversión. Durante los primeros años de la década de 1960 este crecimiento no afectó negativamente la producción y los beneficios en Estados Unidos. Aunque el desarrollo económico desigual implicaba un declive relativo de la economía estadounidense, también constituía una condición necesaria para la prolongada vitalidad de las fuerzas dominantes en ella: los bancos y empresas multinacionales estadounidenses, para expandirse en el exterior, necesitaban salidas rentables a su inversión directa en los otros países del Primer Mundo.

A fines de los años cincuenta se produjo una reorientación significativa en la localización de la inversión norteamericana en el extranjero: se estancó el flujo hacia los países del Tercer Mundo y creció la inversión en Canadá y en Europa. Mientras que la mayor parte de las inversiones realizadas en el Tercer Mundo buscaban el control de las materias primas y de la energía, los capitales norteamericanos que se dirigieron a Europa occidental propiciaron la reactivación y expansión de la industria manufacturera. También se invirtió en bancos,

compañías de seguros y en empresas de auditoría. A partir de los años setenta, las grandes empresas europeas occidentales y japonesas se sumaron a esta tendencia.

Otro fenómeno con significativa incidencia en la reorganización del capitalismo fue el crecimiento del comercio entre las compañías multinacionales. En 1970, el 25% del total del comercio mundial se realizaba entre filiales de una misma empresa multinacional. La facilidad para trasladar activos, tanto financieros como no financieros, en el interior de las empresas operó como un factor decisivo en los movimientos de capitales internacionales, en muchos casos con carácter especulativo. El poder de las multinacionales quedó registrado en cifras contundentes: el volumen de ventas de la Ford, por ejemplo, sobrepasó el producto nacional bruto de países como Noruega.

La creciente internacionalización de la producción cambió la división internacional del trabajo, y las economías dependientes se industrializaron selectivamente. Por otra parte, la intensificación de la competencia entre las economías dominantes condujo a la innovación y la racionalización, y el desarrollo tecnológico dio un salto hacia adelante.

La política de la potencia hegemónica, volcada hacia “la contención del comunismo” y decidida a mantener el mundo seguro y abierto para la libre empresa, procuraba el éxito económico para sus aliados y competidores como fundamento para la consolidación del orden capitalista de posguerra.

Las inversiones productivas de las multinacionales estadounidenses, con el pleno respaldo de su Estado, incidieron sobre las tramas sociales e institucionales de los países receptores.

Los derechos de propiedad y las relaciones laborales de los países en los que invirtieron fueron modificados de un modo más profundo que el impacto que habrían tenido los flujos puramente financieros. Esto supuso la creación de vínculos directos con los bancos, proveedores y clientes locales, es decir, una integración diversificada y densa que se articulaba con los lazos políticos y militares de la Guerra Fría. La inversión directa estadounidense aportó consigo las empresas de consultoría y asesoramiento, las escuelas empresariales, las agencias de inversión y los auditores estadounidenses, las reglas jurídicas y las instituciones que enmarcarían el funcionamiento de un capitalismo cada vez más global. Allí donde esto no ocurrió, como en Japón, los vínculos imperiales se basaron sobre todo en la dependencia militar y comercial, así como en la dependencia japonesa de Estados Unidos respecto de los lineamientos de su política exterior.

Washington emergía a la cabeza del imperio global como algo más que un mero agente de los intereses particulares del capital estadounidense; también asumía responsabilidades en la construcción y la gestión del capitalismo global**.** En este sentido, Estados Unidos gestionó con bastante eficacia una contradicción básica del capital: el hecho de que la acumulación económica requiere un orden internacional relativamente estable y predecible, mientras el poder político está repartido en Estados que compiten entre sí. Esto fue posible porque las instituciones desarrolladas entonces por la superpotencia ofrecieron un marco en el que sus aliados euroasiáticos podían crecer de forma aceptable y favorecer al mismo tiempo de buena gana a su protector. Pero también fue factible en virtud de la legitimidad que la democracia

estadounidense otorgaba a Washington en el exterior. Las ideas liberal-democráticas, las formas jurídicas y las instituciones políticas prestaban cierta credibilidad a la proclamación de que incluso las intervenciones militares de Estados Unidos se realizaban en nombre de la democracia y de la libertad.

Estados Unidos, la potencia hegemónica

En el momento en que estalló la guerra, en Estados Unidos no se había logrado superar las consecuencias de la crisis económica: aún continuaban en paro 10 millones de personas. Antes del ataque a Pearl Harbour, Washington reforzó sus vínculos con Gran Bretaña –a través de la ayuda económica y el reconocimiento de objetivos comunes– con la firma de la Carta del Atlántico.

A partir de su ingreso en el conflicto, el gobierno dispuso la creación de organismos destinados a regular el esfuerzo para ganar la guerra. Los nuevos comités le permitieron intervenir en casi todos los aspectos de la vida civil: la dirección de la producción, la distribución de los recursos humanos entre la industria y las fuerzas armadas, la resolución de los conflictos laborales, el control de precios y salarios, el control de los medios de comunicación, la coordinación de los proyectos de investigación y el desarrollo de los armamentos. En la conducción de estos organismos asumieron un papel destacado los hombres de negocios.

En términos sociales, los cambios vinculados con el esfuerzo bélico, si bien ofrecieron mejores condiciones para muchos sectores postergados también permitieron la revisión de reformas sociales logradas en el pasado. El beneficio más evidente fue la creación de puestos de trabajo, al punto de que llegó a sentirse la escasez de mano de obra: la superación del paro derivó en el aumento de sueldos y salarios. La escasez y el racionamiento debilitaron las diferencias sociales. Los sindicatos tuvieron una mayor capacidad negociadora a medida que crecía la ocupación, y contaron con un mayor número de afiliados. Los dirigentes sindicales fueron incluidos en varios de los nuevos organismos gubernamentales, ya que era preciso contar con su colaboración para concentrar todas las energías en el esfuerzo bélico. La financiación de la guerra exigió además la reforma del sistema impositivo: se redujeron las exenciones fiscales y se buscó que los ricos pagaran más.

Al mismo tiempo, los sindicatos tuvieron que hacer concesiones tales como la extensión de la jornada laboral y el compromiso de no recurrir a las huelgas. Sin embargo, ante el incremento de los precios, su decisión no fue unánimemente acatada por las bases, como lo demuestra el número relativamente importante de huelgas ilegales que se produjeron en este período. En 1943 hubo huelgas en diferentes industrias; la más grave fue la de los mineros, dirigidos por John Lewis. Estos lograron el reconocimiento de sus reclamos, pero al mismo tiempo el Congreso aprobó la Ley Smith-Connally, que limitaba severamente el derecho de huelga.

Después de 1941, muchos patronos utilizaron la disciplina del tiempo de guerra para recuperar parte de la iniciativa y control que habían entregado a los sindicatos industriales al

finalizar la depresión: incrementaron los ritmos de producción, aumentaron el número del personal de supervisión para disciplinar a los trabajadores, forzaron a los sindicatos a expulsar a los dirigentes más radicalizados. Esta actitud recibió el apoyo de parte de los medios de comunicación e incluso de funcionarios gubernamentales que catalogaban a las huelgas salvajes de acciones promovidas por los rojos y los comunistas. La depuración de los dirigentes del Congreso de Organizaciones Industriales) cio comenzó antes de la campaña *macartista*. Los líderes del cio privilegiaron el acuerdo con las empresas, se opusieron a las huelgas salvajes y a la actividad sindical radical de los dirigentes de base.

Las mujeres lograron un alto nivel de independencia económica y una mayor libertad. Muchas de ellas ocuparon puestos que habían estado reservados para los hombres. Esta nueva situación condujo al reconocimiento de la necesaria equiparación salarial. Aunque se achicó la brecha entre los salarios de unos y otras, las diferencias se mantuvieron: el salario de una mujer era inferior en un 40 % al de un hombre, por igual tarea.

También en el caso de los negros americanos los cambios combinaron mejoras en algunos aspectos con el agravamiento de la tensión racial. En un primer momento, la integración de los negros en las fuerzas armadas fue resistida. Hubo organizaciones negras que reivindicaron su incorporación al esfuerzo bélico en igualdad de condiciones. Los más radicalizados, en cambio, definieron la contienda como un problema que solo afectaba a los blancos. Entre estos últimos, los Musulmanes Negros –que no consideraban posible la integración y defendían ideas separatistas– se opusieron al reclutamiento. Sin embargo, la necesidad de refuerzos para enfrentar la ofensiva alemana obligó a la formación de unidades integradas por negros y blancos.

La guerra no solo afectó las relaciones sociales en el mundo del trabajo, sino que tuvo repercusiones más amplias. La demanda de mano de obra de la industria militar alentó los movimientos migratorios del campo a la ciudad y del sur al norte y al oeste. A lo largo del conflicto, más de 5 millones de personas se desplazaron de las zonas rurales a las urbanas y un 10 % de la población se trasladó de un estado a otro. California, por ejemplo, donde se concentraba cerca de la mitad de la industria naval y aeronáutica del país, atrajo a 1.400.000 personas. Las ciudades no contaban con las condiciones necesarias para absorber este crecimiento de población, y el problema más grave fue el de la vivienda.

El pasaje de una economía de guerra a la de paz sin que se produjeran graves sacudimientos fue posible porque se mantuvo un alto nivel de gastos gubernamentales, porque la población requirió una destacada cantidad de bienes de consumo, y porque se registraron fuertes exportaciones de mercaderías y servicios. Los productos estadounidenses se destacaban por su capacidad competitiva en el mercado mundial, derivada de la alta productividad del trabajo, cuatro veces superior a la de Europa. La industria norteamericana se distinguía también por el alto grado de concentración del capital: en el caso de la industria automovilística, por ejemplo, las tres sociedades más grandes proporcionaban el 78% de los vehículos.

El mercado interno era el más importante para la colocación de los bienes industriales; las exportaciones absorbían entre el 5 y 6% de la producción. Sin embargo, la destacada

capacidad productiva requirió cada vez más de la inversión más allá de los límites fijados por las fronteras del Estado nacional.

Si bien los capitalistas gozaron de condiciones satisfactorias para concretar inversiones, en la inmediata posguerra el movimiento obrero cuestionó la desigual distribución de los beneficios producidos por la recuperación en marcha. La excesiva demanda de bienes de consumo, no acabadamente satisfecha, y el déficit fiscal provocaron inflación, que exacerbó el conflicto entre obreros y empresarios. Mientras los primeros exigieron mayores salarios luego de las privaciones aceptadas durante la guerra, los segundos impulsaron el aumento de los precios una vez derogados los topes fijados por el gobierno durante el conflicto. En consecuencia, una vez alcanzada la paz se produjeron una serie de huelgas en algunas de las industrias más importantes: la automotriz, la del acero, la minería, los ferrocarriles.

Durante 1946 se produjeron más de 5.000 huelgas, en las que intervinieron 4.600.000 trabajadores. El presidente Harry Truman decidió frenar esta oleada de conflictos. Al año siguiente, el Congreso aprobó la Ley Taft-Hartley, que impuso severos recortes al movimiento sindical: el control estatal de su desenvolvimiento económico; la prohibición de las huelgas de solidaridad y las que no hubieran sido avisadas con 60 días de antelación; derogación de la obligación de los empresarios de contratar obreros sindicalizados, la prohibición de la actividad política de los sindicatos.

La purga de los dirigentes radicalizados del CIO en el marco de la Guerra Fría fue un factor clave en este proceso. Entre 1947 y 1950, la mayoría de los sindicatos industriales asumieron políticas de cooperación con las estrategias empresariales. Se aceptó el sistema de negociación colectiva basado en la productividad, en virtud del cual los aumentos salariales resultarían del incremento de la productividad de los trabajadores, sin cuestionar la distribución de la renta previamente existente. En el éxito de este pacto de colaboración jugaron un papel destacado tanto la conducta de los dirigentes sindicales como la situación de importantes sectores de la clase obrera. La integración contó con el acuerdo de ambos en virtud de los beneficios que la expansión económica del capitalismo norteamericano era capaz de brindarles: empleo seguro, salarios crecientes, acceso cada vez mayor al consumo. No obstante, las condiciones de trabajo en las fábricas siguieron signadas por el alto nivel de subordinación y de control distintivos del fordismo.

La afiliación sindical se estabilizó luego de la Guerra de Corea. La menor atracción de los sindicatos fue consecuencia, en parte, de la prosperidad económica, pero también de los cambios en el mercado de trabajo: aumento del número de personas dedicadas a las actividades profesionales y de servicios, que se mantuvieron al margen de la organización gremial.

En contraste con la industria, el medio rural fue impactado por severos desafíos. La prosperidad que durante la guerra caracterizó a la agricultura posibilitó a los granjeros superar las consecuencias más negativas de la crisis de los años ‘30: liquidaron parte de las deudas hipotecarias y algunos se convirtieron en propietarios. La paz volvió a poner de manifiesto la subordinación del agro a la dinámica del sistema capitalista, que imponía la inversión en maquinarias y un modo de organización de la producción en el que no tenían cabida las

explotaciones de carácter familiar. La creciente productividad derivó en la desvalorización de los productos, y en consecuencia en la reducción de la renta de los granjeros. Este sector recibió ayuda del gobierno federal, destinada a preservar el nivel de sus ingresos. Esta política posibilitó el sostenimiento de la producción y los stocks fueron colocados por el Estado en el extranjero, a precios inferiores al de su adquisición.

El traslado de muchos estadounidenses hacia las regiones del oeste y el suroeste fue acompañado de otro movimiento de la población: del centro de las ciudades a nuevos suburbios donde las familias esperaban hallar vivienda a precio accesible**.** Urbanistas como William J. Levitt construyeron nuevas comunidades con las técnicas de la producción en masa. Las casas de Levitt eran prefabricadas y modestas, pero sus métodos bajaron los costos. Cuando los suburbios crecieron, las empresas se mudaron a las nuevas áreas. Grandes centros comerciales que reunían una importante variedad de tiendas cambiaron los hábitos de consumo: su número aumentó de 8 hacia el final de la Segunda Guerra Mundial a 3.840 en 1960. Nuevas autopistas brindaron mejor acceso a los suburbios y sus tiendas. La ley de carreteras de 1956 dispuso la asignación de 26.000 millones de dólares para construir más de 64.000 kilómetros de carreteras interestatales.

La televisión también tuvo un alto impacto sobre las pautas sociales y económicas. En 1960, tres cuartas partes de las familias del país tenían por al menos un televisor. A mediados de la década, la familia promedio dedicaba cuatro o cinco horas al día a mirar la televisión. Dos programas muy populares fueron *Yo amo Lucy* y *Papá lo sabe todo*.

En el plano político e ideológico, hacia fines de la guerra el presidente Roosevelt estaba convencido de que el caos mundial solo podía superarse mediante una reorganización fundamental de la política mundial. La institución clave sería la Organización de las Naciones Unidas (ONU), a través de su compromiso tanto con el deseo universal de paz como con el afán de las naciones pobres de independizarse y alcanzar la igualdad con las ricas. En última instancia pretendía un New Deal a escala mundial. Por primera vez, se propiciaba una institucionalización de la idea de gobierno mundial. La concepción de Roosevelt combinaba objetivos sociales con repercusiones de tipo presupuestario y financiero. La esencia del New Deal postulaba la existencia de un gobierno que debía gastar para alcanzar la seguridad y el progreso. En consecuencia, la recuperación del mundo de posguerra requería del aporte generoso de Estados Unidos a fin de superar la catástrofe provocada por la guerra. La ayuda a las naciones pobres tendría el mismo efecto que los programas de bienestar social dentro de Estados Unidos; esto evitaría que el caos diese paso a revoluciones violentas. Sin embargo, el Congreso y la comunidad empresarial estadounidense eran más pragmáticos en sus cálculos de los costos y los beneficios de la política exterior estadounidense. No estaban dispuestos a proporcionar los medios necesarios para llevar a la práctica un plan que concebían como poco realista.

Los sucesores de Roosevelt, Harry Truman (1945-1953) y Dwight Eisenhower (1953-1961) se inclinaron a favor de un reordenamiento "realista". El mundo era un lugar demasiado grande y demasiado caótico para que Estados Unidos lo reorganizara a su imagen y semejanza, especialmente si esa reorganización debía conseguirse mediante organismos de un casi

gobierno mundial, en los que la administración estadounidense tendría que llegar a compromisos con las opiniones e intereses de otros países. Ambos presidentes optaron por basar la hegemonía de su país en el control estadounidense del dinero mundial y del poder militar global. No obstante, en la inmediata posguerra, los gobiernos no contaron en forma inmediata con el suficiente beneplácito político y social para hacerse de los recursos que requería el nuevo papel de Estados Unidos como potencia hegemónica. Sin embargo, como diría el secretario de Estado Dean Acheson, "sucedió lo de Corea y nos salvó". Frente al avance de los comunistas no hubo dudas para asignar los fondos necesarios para armar a la superpotencia que "salvaría la democracia". La sociedad estadounidense de la década de los cincuenta se caracterizó por la prosperidad y el crecimiento económico asociados con la creciente gravitación del conservadurismo[1].

---

[1] En 1946, por primera vez desde 1928, las elecciones legislativas dieron a los republicanos la mayoría en ambas Cámaras. Los conflictos sociales de 1946 y la Guerra Fría generaron un fuerte sentimiento anticomunista, que fue alentado desde el gobierno. En 1947, además de la nueva legislación laboral, el gobierno dispuso una investigación respecto de la lealtad de los funcionarios federales, con el propósito de excluir de la administración a "los elementos desleales y subversivos". Ese mismo año, el presidente solicitaba fondos al Congreso para ayudar a Grecia y a Turquía frente al avance del comunismo, y se proponía el Plan Marshall para reconstruir Europa.

En algunos temas internos, Truman asumió posiciones que lo ubicaron a la izquierda del Congreso y de sectores de su propio partido. A mediados de 1948 promulgó un decreto que prohibía la discriminación en el seno de las fuerzas armadas y disponía la creación de un comité encargado de velar por su cumplimiento. Esta actitud le permitió ganar la adhesión de los votantes negros, pero al mismo tiempo provocó la reacción de los demócratas del sur. Parte de los delegados sureños abandonaron la Convención Demócrata cuando se incluyó en el programa electoral una declaración a favor de los derechos civiles, y en las elecciones presidenciales de 1948 los demócratas del sur presentaron sus propios candidatos.

También el ala izquierda del Partido Demócrata se escindió para constituir el Partido Progresista, con Henry Wallace como candidato a la presidencia. Recibió el apoyo del Partido Comunista y de algunos sectores del sindicalismo. Su programa se distinguía del de Truman en relación con la política exterior: Wallace propiciaba la revisión de la política hacia la URSS y condenaba la Guerra Fría. A pesar de estas fracturas, Truman logró imponerse al candidato republicano Thomas Dewey.

En su nueva condición de presidente votado por los ciudadanos presentó al Congreso un programa a través del cual prometió un "trato justo" (*fair deal*) a todos los ciudadanos. Aunque la propuesta sostenía que el gobierno federal debía contribuir a la estabilidad social y a la generación de oportunidades económicas, la aprobación de medidas concretas fue muy reducida en virtud del débil compromiso del presidente y de un Congreso controlado por quienes deseaban dejar atrás el New Deal.

Después de veinte años, en 1953, un republicano, Dwight D. Eisenhower, volvió a ocupar el sillón presidencial. Antes de aspirar a la candidatura presidencial, Eisenhower fue jefe del Estado Mayor del Ejército, rector de la Universidad Columbia y jefe militar de la OTAN. También él, como Truman, veía al comunismo como una fuerza monolítica que pretendía alcanzar la supremacía mundial. A su juicio, la contención no bastaba para frenar la expansión soviética: se requería una política más agresiva para evitar que otros países fuesen oprimidos por el comunismo.

Definió su concepción en el plano interno como "conservadurismo dinámico", o sea "conservador en lo que toca al dinero, pero liberal cuando se trata de seres humanos". Desde esta perspectiva una de sus prioridades fue la de equilibrar el presupuesto después de varios años de déficit. Los republicanos estaban dispuestos a que aumentase el desempleo con tal de mantener controlada la inflación. En los ocho años de la presidencia de Eisenhower hubo tres períodos de recesión en el país, aunque ninguno de ellos fue muy grave. El clima de prosperidad general de los años cincuenta facilitó su escasa inclinación a promover cambios. Fue uno de los pocos presidentes que mantuvieron el mismo nivel de popularidad desde el principio hasta el final de su mandato.

Los dos primeros gobiernos de la posguerra no fueron mucho más allá del reconocimiento de algunos principios de la economía mixta, considerando al mecanismo de mercado como el sistema más eficaz para coordinar las decisiones económicas individuales. La intervención del Estado se desarrolló básicamente en lo relativo a la Guerra Fría. Para encarar la producción de nuevas armas y avanzar en la carrera espacial fueron necesarias las subvenciones estatales y los acuerdos a largo plazo entre el Estado y el sector privado.

Al asumir, en 1961, el presidente Kennedy, en principio básicamente moderado, se rodeó de "los mejores y los más brillantes": sus asesores fueron principalmente jóvenes académicos vinculados con el mundo de las ideas, en lugar de provenir del campo empresario como en el caso del equipo de Eisenhower.

En el plano internacional el nuevo gobierno se comprometió con "la defensa del mundo libre" a través de la activa contención del comunismo. A los tres meses de haber asumido, Kennedy aprobó la invasión de la Bahía de Cochinos, para derrocar al gobierno de Fidel Castro en Cuba. En octubre de 1962 forzó a Kruschev a retirar los misiles que el gobierno soviético estaba instalando en Cuba, imponiendo un bloqueo total de la isla; se temió el estallido de una guerra nuclear. Kennedy también involucró decididamente a su país en el conflicto vietnamita. En abril de 1961 firmó con el presidente de Vietnam del Sur un tratado de amistad y cooperación, y a fines de ese año empezaron a llegar a Saigón los primeros quinientos asesores militares estadounidenses; para 1963 ese número había ascendido a diecisiete mil.

Kennedy definió su política interna como "la Nueva Frontera". Así como en el pasado los Estados Unidos crecieron y ofrecieron posibilidades de ascenso social a través de la expansión de la frontera hacia el oeste, ahora, vía los gastos federales, se ampliaría y profundizaría la intervención del gobierno para garantizar educación, atención médica y

En los años ’60, se produjo un deslizamiento político hacia el centroizquierda, a partir del muy ajustado triunfo del candidato demócrata, el católico John F. Kennedy, quien en las elecciones presidenciales de 1960 obtuvo algo más de 100.000 votos por encima de su rival, Richard Nixon.

Después del asesinato de Kennedy el gobierno siguió en manos de los demócratas, con la elección de Lyndon B. Johnson en 1964. Durante su gobierno, la guerra de Vietnam jugó un papel decisivo en la oleada de movilizaciones, en la que confluyeron distintos sectores: el movimiento negro, los estudiantes politizados, los hippies. Los medios de comunicación, con sus crudas imágenes, desempeñaron un papel de primer orden en la conformación de este campo de oposición a la guerra, aunque escasamente cohesionado en otros temas.

El movimiento de protesta de los negros

Durante la guerra, los estadounidenses de origen africano impugnaron la discriminación en el servicio militar y el trabajo, pero lograron limitadas conquistas. En la posguerra profundizaron su actitud contestataria. En el sur, los negros gozaban de pocos derechos civiles y políticos, y casi siempre de ninguno. Aquellos que intentaban obtener su registro de votante se arriesgaban a ser golpeados, perder el empleo o ser desalojados de sus tierras. Aún se perpetraban linchamientos y las leyes discriminatorias imponían la segregación racial en el empleo, los medios de transporte, restaurantes, hospitales y centros de recreo.

A partir de la experiencia de la guerra y las migraciones, la injusta posición del negro asumió una dimensión nacional. Las nuevas posibilidades que ofrecían las zonas industriales indujeron al desplazamiento de los negros hacia el norte y el oeste. En algunas ciudades como Los Ángeles, San Francisco, Buffalo, Syracuse, la población de color creció en más del 100%. En este nuevo contexto, algunos lograron mejores condiciones, pero otros vieron frustradas sus expectativas por la discriminación de la que eran objeto. En 1943, estallaron 242 motines raciales en 47 ciudades. El más violento, en Detroit, fue reprimido mediante la intervención de las tropas federales.

---

evitar las recesiones. Aunque el Partido Demócrata controlaba ambas Cámaras del Congreso, los demócratas conservadores del sur se aliaron a menudo con los republicanos en asuntos referentes al alcance de la intervención del gobierno en la economía. Esta alianza se opuso a los planes de aumentar la ayuda federal en seguridad social. Así, en contraste con su retórica, las políticas de Kennedy fueron modestas.
En 1963, el presidente comenzó a preparar el terreno para su reelección. El 22 de noviembre llegó a Dallas, una de las zonas más reacias a su candidatura. Cuando recorría sus calles en un coche descubierto fue baleado y poco después moría en un hospital.
El vicepresidente Johnson ganó las elecciones presidenciales de 1964 en una sociedad todavía traumatizada por el asesinato de Kennedy. En este marco logró el apoyo de los legisladores para aprobar medidas destinadas a castigar la segregación racial y a mejorar las condiciones de vida de los sectores más desprotegidos vía las inversiones en salud y en educación. Su discurso anunció la creación de la “gran sociedad” que permitiría a todos los ciudadanos disfrutar de la prosperidad y de las libertades.
Sin embargo, la presidencia de Johnson pasó a la historia por el malestar de la sociedad norteamericana, sobre todo entre los jóvenes que asumieron la crítica –más o menos politizada según los grupos– de la sociedad de consumo y el militarismo de su país. La gran escalada en Vietnam fue ordenada por Johnson, que aprobó el bombardeo sistemático de Vietnam del Norte y el envío de tropas de combate a Vietnam del Sur.

A principios del siglo XX, un grupo de intelectuales negros norteños había organizado la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color (ANPGC) para alcanzar la asimilación del negro en la sociedad americana a través de la igualdad educativa, y el reconocimiento de los derechos civiles y políticos del negro sureño. La ANPGC contó con el apoyo de los negros de clase media y la simpatía de blancos liberales.

En la segunda posguerra la ANPGC se propuso invalidar la doctrina judicial establecida en 1896, por la cual la segregación de los estudiantes negros y blancos en las escuelas era constitucional si se contaba para el efecto con instalaciones “separadas pero iguales”. En 1954, la Corte Suprema declaró por unanimidad que “las instalaciones separadas son desiguales por naturaleza”, y concluyó que la doctrina de “separados pero iguales” no se podía aplicar en las escuelas públicas.

El 1° de diciembre de 1955, Rosa Parks, reconocida como *la madre del Movimiento por los Derechos Civiles*, rehusó levantarse de su asiento en un autobús público para dejárselo a un pasajero blanco, tal como marcaban las reglas de la compañía del estado de Alabama. Rosa fue detenida. En la acción de protesta organizada por los activistas afroamericanos intervino el joven pastor de una iglesia bautista local Martin Luther King. El boicot contra la compañía de autobuses duró un año, hasta que una corte federal ordenó a la empresa levantar la reglamentación discriminatoria. El éxito transformó a King en una figura nacional e inspiró otros boicots de autobuses.

King, que presidía la Conferencia Sureña de Líderes Cristianos, siempre insistió en la importancia de actuar según valores religiosos y morales que descartaban la violencia. Reivindicó la acción directa no violenta, como lo había hecho Gandhi en la India. A lo largo de su militancia planteó el problema del racismo y la desigualdad en términos morales: la segregación es mala, la integración es buena. Los negros armados de una virtud no violenta forzarían a los blancos a abandonar su racismo pecador o a no practicarlo abiertamente.

Los estadounidenses de origen africano se esforzaron también por asegurar su condición de ciudadanos. Aun cuando la 15ª Enmienda a la Constitución de Estados Unidos les reconoció el derecho a votar, muchos estados habían encontrado la forma de neutralizar la ley, ya sea por medio de un impuesto sobre el sufragio o con la aplicación de exámenes de lectura y escritura. Eisenhower, con la colaboración del senador Lyndon B. Johnson, buscó garantizar el ejercicio de ese derecho. La ley aprobada en 1957 autorizó la intervención federal en los casos en que a los negros se les negara la posibilidad de votar. Pero aún subsistían muchas trabas.

En la década de 1960, la lucha de los afroestadounidenses por la igualdad ganó consistencia y amplió sus apoyos.

En febrero de 1960, cuatro estudiantes negros tomaron asiento en la barra de un restaurante de Carolina del Norte. La camarera blanca los ignoró. Ellos se mantuvieron en sus asientos. Los supervisores les dijeron que se marcharan: no se atendía a personas de color. Los estudiantes volvieron los días subsiguientes para exigir que se les diera el almuerzo. A lo largo del año, miles de negros y blancos, principalmente estudiantes, comenzaron a participar en las “sentadas”. En las filas negras, los estudiantes universitarios sureños cuestionaron la

concepción limitada de la ANPGC. Al mismo tiempo, grupos de estudiantes blancos se incorporaron activamente a las organizaciones negras y, en 1961, se organizó el Comité Coordinador de Estudiantes No Violentos (Student Non-violent Coordinating Committee, SNCC), que tuvo un papel clave en la formación de dirigentes del movimiento contra la discriminación racial.

En agosto de 1963, más de 200.000 personas se reunieron en la capital del país para manifestar su compromiso con la igualdad para todos.

El momento culminante de la jornada llegó cuando el pastor King pronunció su famoso discurso "Tengo un sueño" Un año después, recibió el Premio Nobel de la Paz, y a comienzos de 1967 se vinculó con los dirigentes del movimiento contra la guerra de Vietnam, independientemente de su color.

En un principio, el presidente Kennedy no se comprometió a fondo con las demandas del movimiento negro. Sin embargo, la actitud de los segregacionistas, especialmente la violencia policial en Alabama y la posición de su gobernador George Wallace, lo llevaron a actuar. A mediados de 1963, el presidente reclamó a los legisladores que aprobaran la legislación sobre los derechos civiles en un discurso que fue transmitido por radio y televisión. Su propuesta recién se concretó después de su muerte.

Durante la presidencia de Johnson, en 1964, fue sancionada Ley de Derechos Civiles, y al año siguiente la Ley de Derechos de los Votantes, que autorizó al gobierno federal para registrar a los votantes en los lugares donde los funcionarios locales se negaran. Los militantes del Comité Coordinador de Estudiantes No Violentos asumieron decididamente la inscripción de los electores en varios estados sureños, donde sufrieron los ataques de la policía y del Ku Klux Klan, que actuaron conjuntamente en las golpizas y el asesinato de algunos activistas. La violencia no pudo impedir la incorporación de los negros a la vida política, porque el gobierno central y las organizaciones de base se comprometieron con esa causa.

En el marco de estos cambios positivos, parte de la población de color radicalizó sus protestas, dada su marginación económica y social. Los avances registrados en la igualdad legal ponían de manifiesto la desigualdad en las condiciones de vida. El desempleo entre la población de color duplicaba la media nacional, un tercio vivía por debajo de los umbrales de pobreza y las viviendas y escuelas de los barrios negros eran muy inferiores a los niveles medios. En el verano de 1964 estallaron tumultos en Harlem –barrio negro de Nueva York–, Rochester y Filadelfia. Los negros atacaron los negocios de los blancos y enfrentaron a la policía en los guetos**.** En agosto de 1965, en Watts (California) estalló la violencia colectiva, que recibió una muy dura represión policial y militar. El slogan de Watts: "¡Quema, muchacho, quema!" representó el rechazo de las masas negras hacia la sociedad norteamericana, que se expresaría también a través de formas de organización política propias.

Los principales dirigentes negros, aunque deploraron públicamente la violencia, reconocieron que el movimiento por los derechos civiles no se había hecho eco de las necesidades de los negros de los estratos más bajos. En una solicitada publicada por el *New York Times* en julio de 1966, Luther King destacó que "La responsabilidad está ahora en las

autoridades municipales, estaduales y federales. En todos los hombres de poder". Si ellos continuaban usando la no violencia como piedra libre para la inacción, "la ira de quienes han estado sufriendo una larga cadena de abusos estallará. La consecuencia podrá ser un desorden social permanente e incontrolable, y el desastre moral".

La desaparición de las barreras legales para la asimilación igualitaria de los negros favoreció a la burguesía de color, mientras que la gran mayoría de los negros permanecía segregada por su falta de medios para cambiar sus condiciones de vida. Los tumultos de los guetos expresaban las condiciones de privación extrema que los negros pobres habían sufrido por siglos. Para que la igualdad de oportunidades fuera efectiva, era preciso contrabalancear los efectos de cuatrocientos años de opresión; los programas de ayuda y capacitación ofrecidos por los gobiernos no eran suficientes.

El movimiento de King, así como había despertado gran entusiasmo también había elevado las expectativas de muchos jóvenes negros que después de años de marchas pacíficas empezaban a sentirse impacientes frente a la falta de transformaciones más profundas.

A comienzos de la década de los sesenta empezó a adquirir popularidad Malcolm X.

En los años '50, los Musulmanes Negros se expandieron rápidamente en los guetos, reclutando adherentes en los estratos más bajos. En sus primeros tiempos de militancia, Malcolm X apoyó la completa separación organizativa de los afroamericanos respecto de los blancos; sin embargo, en 1964 anunció su ruptura con la Nación del Islam. Ese año, después de cumplir con el precepto religioso de peregrinar a La Meca, viajó a África y se entrevistó con líderes africanos. A su regreso fundó la Mezquita Musulmana, desde donde predicó a favor de la decidida lucha contra los blancos opresores, pero dejando de lado las diferencias religiosas y reconociendo la importancia de los vínculos con el Tercer Mundo. Este giro no llegó a plasmarse ya que fue asesinado al año siguiente, probablemente por orden de la dirigencia de la Nación del Islam.

A mediados de los años '60, Stokeley Carmichael, líder de la Comité Coordinador de Estudiantes No Violentos, rompió con la línea de King para fundar el Movimiento del Poder Negro, en pos de mayores reivindicaciones sociales y culturales y adoptando una forma de actuar más beligerante. Carmichael consideraba que el problema negro era una consecuencia de la estructura capitalista americana, y que no podía ser resuelto a menos que una revolución destruyera ese sistema.

El Partido de los Panteras Negras fue fundado en octubre de 1966 por Huey P. Newton y Bobby Seale, en California. Ambos provenían, como Malcolm X, de los estratos más bajos, y como él se propusieron organizar al "negro de la calle" para la defensa de sus derechos y contra la opresión del sistema capitalista. Para los Panteras Negras, esta opresión solo terminaría con la construcción del socialismo: "No combatimos al racismo con racismo, lo combatimos con internacionalismo proletario. […] Todos nosotros somos trabajadores y nuestra unidad debe basarse en el derecho a la vida, la libertad y a la búsqueda de la felicidad".

La guerra de Vietnam intensificó el radicalismo negro, dado el peso de los soldados de color entre las tropas enviadas al campo de batalla. El momento álgido de la protesta negra se

alcanzó entre el verano de 1967, con revueltas en más de cien ciudades y el asesinato de Martin Luther King, el 4 de abril de 1968. Varios meses después el senador Robert Kennedy, opositor a la guerra de Vietnam, también fue víctima mortal de un atentado, como su hermano. Estos homicidios marcaron el final de una era al poner en evidencia la profunda y trágica brecha que atravesaba a la sociedad estadounidense.

Ninguno de los grupos del movimiento negro logró consolidarse en el escenario político del país, en el que la alternancia entre republicanos y demócratas continuó siendo la nota dominante.

Crecimiento económico y moderación política en Europa

Al concluir las batallas, Europa estaba devastada. Las pérdidas humanas fueron infinitamente superiores a las de la Primera Guerra. Aunque hubo escasos cambios de fronteras, se produjeron masivos y traumáticos desplazamientos de población. Los bombardeos habían destruido ciudades enteras y los sistemas de transporte estaban severamente dañados. La penuria alimentaria y la falta de productos de consumo dieron paso a severos racionamientos, a la inflación y a la gestación del mercado negro. La crisis material no estuvo asociada como en la primera posguerra con una crisis de conciencia.

En la primera posguerra la democracia fue intensamente cuestionada, en parte debido a su débil inserción en los nuevos países de Europa del este, en España y en Portugal, en gran medida por el brutal deterioro de las condiciones de vida en el marco de la crisis económica y porque la movilización de los pueblos logró ser canalizada, en una extensa porción del continente europeo, por el fascismo. En cambio, finalizada la Segunda Guerra Mundial el ideario democrático prevaleció en gran parte del mundo.

Detrás de esta fuerza recobrada hubo dos importantes factores. Por un lado, la revalorización de la democracia en aquellas sociedades que habían pasado por la experiencia del fascismo. Por otro, la exitosa recuperación económica y el afianzamiento del Estado de bienestar, que alejaban a las clases trabajadoras de proyectos de cambio social y político radicales.

Sin embargo, hacia fines de la guerra el péndulo político de Europa se orientaba hacia la izquierda. Las élites conservadoras estaban desacreditadas por su colaboración con los fascistas; en cambio, los comunistas habían aumentado su prestigio a partir de su papel protagónico en la Resistencia. Su disciplina, su espíritu de sacrificio, su fe en la causa por la que luchaban hicieron posible que los comunistas asumieran el liderazgo político en las luchas por la liberación de 1944-1945. En esos años, zonas enteras del sur de Francia y del norte de Italia estaban en manos de guerrilleros comunistas. No obstante, los partidos de este signo no se plantearon lanzarse a una insurrección armada mientras continuase la guerra. En las elecciones de posguerra se convirtieron en la fuerza mayoritaria de la izquierda en Italia, Francia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Albania, Bulgaria y Grecia. En la inmediata posguerra, quienes sostenían los principios del liberalismo ortodoxo no tuvieron eco en la sociedad,

prevalecía un estado de ánimo favorable a un papel activo del Estado para avanzar en la reconstrucción económica y promover una mayor justicia social, tal como lo planteó, por ejemplo, el programa de la Resistencia francesa.

En este contexto, el liberalismo económico quedó reducido casi a una secta, y sus más definidos defensores se organizaron para preservar su identidad en el plano ideológico[2]. Los comunistas participaron en los gobiernos de Francia e Italia hasta 1947, y en la mayor parte de los países de Europa occidental hubo gobiernos fuertemente reformistas con destacada gravitación de los socialistas, excepto en Alemania occidental. El electorado británico, por ejemplo, sorprendió en 1945 a los máximos dirigentes políticos cuando se volcó a favor del partido Laborista: habían sido los conservadores los que dirigieron exitosamente la lucha contra los nazis. Parecía que iban a llevarse a cabo cambios radicales. Pero no hubo nada parecido al maximalismo polarizador de 1917-1920. En 1944-1945 los comunistas privilegiaron la cohesión del antifascismo: unidad nacional, ganar la guerra, restaurar la democracia. Al finalizar el conflicto, tanto en Italia como en Francia, los comunistas aceptaron el rápido desmantelamiento de los comités locales de resistencia y respaldaron la creación de gobiernos de amplia unidad nacional, ya que "la recuperación no podía ser obra de un solo partido sino de toda la nación".

En poco tiempo, las propuestas más radicales de la resistencia dejaron de resonar. En parte, porque ante la dura tarea de la reconstrucción las personas se replegaron hacia el espacio privado, con el afán de reconstruir también sus vidas. En gran medida, además, porque las relaciones internacionales tuvieron una gravitación cada vez más fuerte en la posición de la izquierda. A medida que la Guerra Fría se imponía, los comunistas fueron quedando aislados.

En 1947, dos hechos expresaron el declive de la izquierda en Europa occidental: la aceptación del Plan Marshall y el retiro de los comunistas de los gobiernos de coalición. A partir de ese año la política exterior de los países europeos fue decididamente anticomunista. Con el avance de la Guerra Fría, los partidos comunistas abandonaron la estrategia colaboracionista y se abocaron a la organización de la protesta social frente a políticas centradas en la recuperación de un clima favorable a la inversión de capital. En el invierno de 1947-1948 se produjeron huelgas masivas en Francia e Italia que fracasaron en la obtención de sus reclamos y al mismo tiempo profundizaron el distanciamiento del resto de las fuerzas políticas respecto de los comunistas. Aunque las coaliciones reformistas retrocedieron, se mantuvo el consenso respecto de algunas de sus premisas básicas, en el sentido de que los Estados no podían permitir que una crisis –como lo hizo la de 1930– desintegrara el tejido social.

---

[2] La Sociedad Mont Pelerin fue fundada por Friedrich Hayek en 1947 y toma su nombre de una villa famosa, cerca de Montreux, en Suiza, donde se celebró la primera reunión.
El objetivo del encuentro fue aglutinar a un grupo de influyentes economistas, filósofos y políticos para ejercer influencia ideológica en el ámbito político, económico y social a favor de la defensa de los ideales del libre mercado sin trabas estatales. Se proponían combatir en el plano de las ideas y a través de sus relaciones con el mundo empresario y sectores de la dirigencia política el "ascenso del socialismo" y el keynesianismo.
El austríaco Hayek ya había expuesto las ideas centrales de este grupo en su libro *Camino de servidumbre,* publicado en 1944.
El economista norteamericano Milton Friedman fue otra de las figuras presentes en Mont Pelerin. Su doctrina sobre las bondades del libre mercado tuvo una amplia repercusión en las políticas de los gobiernos de gran parte del mundo a partir de los años ochenta, en el marco de la crisis del keynesianismo.

La gran expansión económica de los años cincuenta estuvo dirigida en casi todas partes por gobiernos de centroderecha. El nuevo consenso anticomunista, asociado al proceso de constitución de los dos bloques, posibilitó la recuperación de las élites políticas tradicionales. Hubo cambios en el sistema de partidos que contribuyeron a la legitimación de la democracia, entendida como un orden moderado: la desaparición de la extrema derecha, la consolidación de la democracia cristiana como partido de masas y el creciente distanciamiento del marxismo por parte de la socialdemocracia. En la mayoría de los países centrales, excepto los casos de Francia y especialmente Italia, los comunistas no lograron una sólida inserción entre los trabajadores.

La reconstrucción dejó paso en poco tiempo a un crecimiento económico espectacular y hubo un destacado consenso sobre la preservación del capitalismo. Las diferencias se plantearon en torno a un mayor o menor dirigismo económico, respecto de la constitución de un sector público más o menos extendido, y en relación con el grado de participación de las organizaciones obreras en la gestión de las empresas.

En los años sesenta el centro de gravedad se desplazó hacia el centro-izquierda. El cambio de orientación fue resultado de una combinación de factores: el éxito de la gestión keynesiana, la desaparición de la dirigencia política muy moderada que había conducido el proceso de reconstrucción en la inmediata posguerra, y cambios electorales que afianzaron el peso de la socialdemocracia, entre ellos el triunfo de este partido en Alemania. Este giro se dio asociado con el fortalecimiento del Estado de bienestar. El gasto en los programas sociales, pensiones, salud, educación, vivienda, subsidios, representó la mayor parte del gasto público total, y los trabajadores del área de bienestar social constituyeron el conjunto más importante de empleados públicos: 40% en Gran Bretaña y 47% en Suecia, por ejemplo.

La socialdemocracia fue la fuerza política más decididamente involucrada con el sostenimiento de la tríada keynesianismo, economía mixta y Estado de bienestar.

En la segunda posguerra los partidos socialdemócratas dieron un giro programático significativo a través de la plena aceptación de las reformas por vía parlamentaria en pos de una mayor justicia social, dejando de lado el principio marxista de la lucha de clases y el carácter inevitable de la revolución. La expresión más evidente de este cambio fue el nuevo programa de la socialdemocracia alemana aprobado en Bad Godesberg en 1959. La relación fluida con el capitalismo no se concretó al mismo tiempo en los distintos países, ni supuso la completa desaparición de las diversas reservas que signaban este giro.

En el campo socialista europeo no hubo un único tipo de partido, coexistieron diferentes organizaciones partidarias distinguibles por cuestiones tales como el grado y modo de articulación con los sindicatos, la intensidad y modalidad del compromiso con el Estado de bienestar, el peso electoral en el ámbito de la izquierda y su duración en el tiempo al frente del gobierno.

El mapa político europeo durante los años dorados, teniendo en cuenta la gravitación de la socialdemocracia, se suele dividir en dos espacios principales: los países del norte, en los que dicho movimiento político tuvo una destacada presencia, y los del sur, en los que su peso en la sociedad y participación en los gobiernos fue débil. Ambos escenarios fueron heterogéneos. Entre los países con una socialdemocracia consistente se reconocen dos situaciones. Por un

lado, Noruega, Suecia y Dinamarca, donde la socialdemocracia fue el partido dominante. En Escandinavia, los socialdemócratas se afianzaron en el gobierno en el período de entreguerras y lograron sortear la crisis de 1929 a través de políticas activas desde el Estado y la concertación entre obreros y campesinos. Los socialdemócratas suecos en los años ‘30 fueron los primeros que desarrollaron, en la teoría y en la práctica, la posibilidad de un capitalismo dirigido sin necesidad de cuestionar la propiedad privada de los medios de producción. En estos países la socialdemocracia gobernante contó con la estrecha cooperación de los sindicatos y, simultáneamente, forjó el Estado de bienestar más comprometido con la preservación del pleno empleo. En esta región, la socialdemocracia alcanzó un alto grado de participación en el gobierno, como partido dominante o a través de coaliciones, desde 1945 hasta los años ‘80.

Por otro lado, el resto de los países del norte: Alemania, Gran Bretaña, Finlandia, Austria, Holanda, Suiza, Bélgica no conforman un grupo. Existen importantes contrastes entre unos y otros, solo tienen en común sus diferencias con el modelo anterior. En estos países, los socialistas tuvieron un menor grado de participación en el gobierno en virtud de la reñida competencia o las alianzas con el centro derecho, además asumieron un compromiso menos decidido respecto de las políticas de pleno empleo y la instrumentación generalizada de servicios sociales de alto nivel, como los suecos.

Respecto de los países en los que la socialdemocracia fue débil o inexistente en este período se distinguen dos situaciones, por un lado, la de los dos países democráticos, Francia e Italia, ambos con fuertes partidos comunistas, y la de países en que se mantuvieron las dictaduras que tomaron el poder en los años de entreguerras, España y Portugal, junto con el caso de Grecia, donde los militares se apoderaron del gobierno vía un golpe de Estado.

La Unión Europea

La reconstrucción europea se combinó con el proceso de unificación de los países miembros de este continente, la mayor parte de los cuales hoy componen la Unión Europea.

Durante siglos Europa fue escenario de guerras frecuentes y sangrientas, aunque hubo un largo período de paz desde la caída de Napoleón (1815) hasta la Primera Guerra Mundial. Al concluir la Segunda Guerra, Francia tenía fuertes recelos en relación con la recuperación de Alemania impulsada por Estados Unidos. Al mismo tiempo, en algunos círculos políticos e intelectuales era atractiva la idea de una unidad europea que operara como valla para posibles conflictos armados. Desde diferentes grupos y personalidades se abrió paso un movimiento que impulsaba la creación de los Estados Unidos de Europa. La iniciativa contó a su favor con la experiencia de la resistencia antifascista, que había vinculado a quienes en distintos países rechazaron el nazi-fascismo. En las organizaciones regionales y nacionales que propusieron una asociación supranacional desempeñaron un papel destacado antiguos militantes de la Resistencia.

La empresa de construir una entidad supranacional de carácter político estuvo signada por una serie de obstáculos: por un lado, las rivalidades nacionales, ya que tanto Churchill como De Gaulle pretendían que su país asumiera el liderazgo de la nueva organización. Por otro lado, las divergencias entre los grupos y los partidos que adherían a la iniciativa respecto de la naturaleza de la futura comunidad, cómo habría de organizarse políticamente, cuál sería su desenvolvimiento económico. Finalmente, en mayo de 1949 los representantes de Bélgica, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos y Suecia aprobaron el estatuto de un Consejo de Europa, al que luego se sumaron Grecia (1949), Turquía (1949), Islandia (1950), la República Federal de Alemania (1950), Austria (1956), Chipre (1961), Suiza (1963) y Malta (1965). En la actualidad lo integran cuarenta y siete países europeos. La asamblea europea que dispuso su creación elaboró una Carta de los Derechos Humanos y dispuso la creación de un Tribunal Europeo. Sin embargo, el Consejo carece de atribuciones en el campo de la cooperación económica y militar, ya que en ese caso ni Gran Bretaña ni otros Estados como Suecia, y más tarde Austria o Suiza hubiesen tomado parte en él. Aunque la vinculación lograda resultó débil, políticamente expresó el interés por forjar un campo común entre los países que compartían determinadas concepciones: la defensa del sistema democrático y el compromiso con el respeto de los derechos humanos.

Paralelamente, los gobiernos europeos desarrollaron formas de cooperación interestatal en el plano económico y militar mediante la formación de organismos específicos**.** En 1948 se creó la Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE), para el manejo de los fondos del Plan Marshall. La OECE ayudó a liberalizar el comercio entre los Estados miembros, alentó los acuerdos monetarios, y propició la cooperación económica en aspectos concretos. Un paso clave para la integración fue la fundación de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA). El impulso provino de la decisión norteamericana y británica de reconstruir la economía de Alemania occidental y de las reservas que generó en Francia y los Estados del Benelux (Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo). Estos países pidieron un control internacional sobre el desarrollo de la industria pesada alemana y que se asegurara el suministro del carbón del Ruhr a sus propias industrias. En mayo de 1950, el ministro francés de Asuntos Exteriores Robert Schuman dio forma a estas inquietudes: propuso la creación de una Alta Autoridad, abierta al ingreso de los países europeos que compartieran la idea, y que se haría cargo de la producción franco-alemana de carbón y acero. Al mes siguiente los gobiernos de Bélgica, la República Federal Alemana, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos aceptaron el Plan Schuman, pero Gran Bretaña se rehusó a ingresar.

La Alta Autoridad con derechos soberanos tuvo a su cargo la administración, en forma autónoma, de la producción de acero y carbón, y tomó decisiones vinculantes para los países asociados y para las empresas afectadas. Políticamente, la Alta Autoridad era responsable ante una Asamblea Común integrada por diputados de los parlamentos nacionales; en el plano financiero, disponía de sus propios medios, procedentes de un impuesto sobre la producción de carbón y de acero de la Comunidad. En el seno de la ceca quedaban suprimidos todos los derechos aduaneros, las subvenciones u otras discriminaciones en relación con el carbón y el

acero. La Alta Autoridad debía fomentar la máxima producción de estos bienes a los costos mínimos, y hacer que llegasen sin discriminación a todos los países miembros a un precio fijado de común acuerdo. En términos económicos, la explotación mancomunada pretendía elevar la eficiencia para lograr un mayor grado de competitividad de la industria pesada europea respecto de la norteamericana y la soviética, y así ganar mercados en el Tercer Mundo. En este terreno, la economía de Europa era más complementaria con la de los países del Tercer Mundo que la norteamericana o la soviética.

También en 1950, el gobierno de Francia propuso la creación de una Comunidad Europea de Defensa (CED). Este proyecto naufragó finalmente en 1954, cuando la propia Asamblea Legislativa francesa vetó su aplicación. La CED, que implicaba una fuerte integración militar y política, fue sustituida por la Unión Europea Occidental, una organización que en la práctica ha estado prácticamente anulada por la OTAN. El fracaso de la CED demostró que la unidad política y militar era aún una utopía, pero se siguió avanzando en el terreno económico.

Los ministros de Asuntos Exteriores de Bélgica, la República Federal Alemana, Italia, Luxemburgo, Francia y los Países Bajos firmaron el 25 de marzo de 1957 los Tratados de Roma, por los que se creaba la Comunidad Económica Europea (CEE) y la Comunidad Europea de la Energía Atómica (EURATOM). Lo que básicamente se aprobó fue una unión aduanera, de ahí el nombre de *Mercado Común* que le dio la opinión pública a la CEE. En Roma se acordó una transición de doce años para la total anulación de los aranceles entre los países miembros. Ante el éxito económico asociado a la mayor fluidez de los intercambios comerciales, el plazo transitorio se acortó y el 1 de julio de 1968 se suprimieron todas las barreras aduaneras entre los Estados comunitarios, al mismo tiempo que se impuso un arancel común para todos los productos procedentes de terceros países. Este mercado común solo incluyó la libre circulación de bienes; el movimiento de personas, capitales y servicios siguió sufriendo importantes limitaciones. En realidad, hubo que esperar al Acta Única de 1987 para que se diera el impulso definitivo que llevó, en 1992, a que se estableciera un mercado unificado. Otro elemento esencial de lo acordado en Roma fue la adopción de una Política Agraria Común. Esencialmente, la pac estableció la libertad de circulación de los productos rurales dentro de la cee, pero trabó el ingreso de estos bienes procedentes de otros países y garantizó a los agricultores europeos un nivel de ingresos suficiente mediante la subvención a los precios agrícolas.

La progresiva integración económica, según sus responsables, allanaría el camino hacia el objetivo final de la unión política**.** En este sentido, la cee se dotó de una serie de instituciones: la Comisión, el Consejo, la Asamblea Europea (posteriormente el Parlamento), el Tribunal de Justicia y el Comité Económico Social, cuyas competencias se fueron ampliando y complejizando en los diversos acuerdos que modificaron el Tratado de Roma.

El principal problema político con el que arrancó la cee fue que un país de la importancia del Reino Unido se mantuviera al margen. Los británicos se negaron a ingresar porque privilegiaron sus relaciones con los países del Commonwealth y porque rechazaban subordinar su programa político y económico a organismos supranacionales. No obstante, mientras que la

cee protagonizó un crecimiento económico espectacular, con unas tasas de crecimiento en los años 60 claramente superiores a las norteamericanas, Gran Bretaña continuó decayendo y amplió su brecha negativa respecto de los países del continente. Finalmente, en agosto de 1961, el gobierno británico solicitó el inicio de negociaciones para sumarse al proyecto común. Sin embargo, el jefe político francés De Gaulle, resuelto a construir lo que él denominó una *Europa de las patrias* independiente de las dos superpotencias, y al mismo tiempo receloso de la estrecha vinculación británica con Washington, vetó en 1963 el ingreso británico en la CEE. Volvió a hacerlo cuatro años después, cuando el ministro laborista Harold Wilson renovó el pedido de ingreso en la CEE. El presidente francés, pese a defender una Europa fuerte para frenar a Washington y a Moscú, nunca creyó en una Europa unida políticamente. Para De Gaulle, la acabada autonomía nacional francesa era una cuestión innegociable.

En 1973, nació la *Europa de los Nueve,* con el ingreso del Reino Unido –ya no estaba De Gaulle para impedirlo–, junto con Dinamarca e Irlanda.

El “milagro” de Japón

Sobre la indefensa población civil de Japón cayeron dos bombas atómicas, con terribles y dolorosas consecuencias inmediatas y de largo plazo. Nunca hubo un cuestionamiento institucional a esta decisión unilateral de Estados Unidos.

La guerra arrasó Japón: unos diez millones de desocupados, gran parte de ellos excombatientes desmovilizados, destrucción general de viviendas y plantas industriales, una inflación creciente y el país ocupado por las fuerzas militares norteamericanas. El gobierno de Japón ocupado quedó en las manos del general Douglas MacArthur hasta 1950. Contra todo pronóstico, los aliados aceptaron su criterio de mantener al emperador como garantía de estabilidad y de reconstrucción del Japón vencido.

Los japoneses recuperaron el control de su gobierno con la firma del Acuerdo de Paz de San Francisco, en 1952.

Bajo la ocupación estadounidense, la monarquía japonesa adoptó las normas formales de la democracia liberal. La Constitución de 1946 estableció que la Dieta era el órgano superior de gobierno y que el primer ministro sería elegido por el voto de los diputados de la Cámara Baja. La Ley Fundamental redactada por los ocupantes reconoció los derechos políticos a todos los habitantes –las mujeres obtuvieron el derecho al voto–, y garantizó las libertades individuales. Sin embargo, esto no supuso una ruptura radical en la naturaleza del gobierno japonés. No se modificó la cuestión de *quién tenía el derecho último a determinar la agenda del país*. Si bien se declaró que la soberanía residía en la ciudadanía japonesa, que delegaba sus poderes en la Dieta, y al emperador solo se le dejaron funciones decorativas, las grandes burocracias retuvieron las riendas del poder sin tener que rendir cuentas ni al emperador ni a la Dieta, y además el Poder Judicial siguió siendo independiente tan solo nominalmente.

Sin embargo, dos cosas cambiaron. En primer lugar, las burocracias anteriores que retenían el control de los medios de coerción física –el Ejército y el Ministerio del Interior– quedaron fragmentadas y privadas del poder que tuvieron durante la guerra. En cambio, los grandes ministerios económicos –el de Finanzas y el Ministerio de Industria y Comercio Internacional– seguían en gran medida intactos. En segundo lugar, Estados Unidos asumió en nombre de Japón dos funciones claves: proporcionar seguridad nacional y dirigir las relaciones exteriores. La superpotencia capitalista brindó un paraguas militar y de seguridad que hizo innecesarios una política exterior y dispositivos de seguridad independientes. Pero también ofreció un paraguas económico que, entre otras cosas, aseguraba el acceso al mercado mundial de las mercancías japonesas con un tipo de cambio competitivo (es decir, infravalorado). Este vínculo ahorró a Japón gastos militares, le permitió contar con las tecnologías estadounidenses y, muy especialmente, le dio acceso al más importante mercado de consumo del mundo capitalista, el de Estados Unidos.

El fin primordial de la política económica no fue mejorar el nivel de vida o ganar la confianza de los mercados, sino construir las infraestructuras propias de una economía avanzada. Si la industria siderúrgica, por ejemplo, era un prerrequisito para conseguirla, todos los esfuerzos se destinaban a producir acero, aunque los bancos tuvieran que prestar a empresas no rentables con intereses subvencionados y se violaran las normas del libre mercado. Los administradores económicos de Japón juzgaron su rendimiento con criterios de aptitud tecnológica y de la fuerza industrial de su país. Para comprender el "milagro japonés" es preciso no olvidar que la decisión de embarcarse en el desarrollo industrial para evitar la pérdida de la soberanía estatal había arraigado con notable fuerza en la segunda mitad del siglo xix. En la segunda posguerra, el país ya contaba con un notable desarrollo tecnológico endógeno y con capacidades organizativas y sociales que hicieron factible dar el gran salto adelante desde 1950.

El vínculo especial entre Japón y Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría se gestó básicamente a partir de la guerra de Corea. Aunque desde el armisticio Japón tenía expresamente prohibido el rearme, con la invasión a Corea Washington pensó que sería útil valerse del potencial tecnológico japonés para abastecer el poderío bélico de los ejércitos de las Naciones Unidas. Estados Unidos invirtió 23.000 millones de dólares en gastos militares. Las fuerzas de ocupación ordenaron que las fábricas de armamentos cerradas algunos años antes fueran puestas en servicio a plena capacidad productiva.

En el plano interno dos pilares centrales fueron el papel del Estado como guía y garante de las inversiones destinadas a las grandes corporaciones y la trama de relaciones económicas y socioculturales en las que se apoyaron las normas de producción y de consumo. En este segundo punto, la producción en masa asociada al mercado de consumo, distintiva de la edad dorada, tuvo en Japón marcados contrastes respecto de las relaciones laborales fordistas y los Estados de bienestar europeos.

El suministro estatal de capital de bajo costo a las principales corporaciones se materializó través de los nexos forjados entre la burocracia estatal y los grandes oligopolios –Mitsubishi, Mitsui, Sumtono y Fuji– a cargo de la producción industrial. El control estatal sobre el sistema

bancario dio a las autoridades inmensa influencia sobre la inversión. Entre los años 1950 y 1970 la tarea de los bancos consistió sencillamente en poner a disposición de la industria, a bajo costo, los ahorros de las familias canalizados por la Caja de Ahorro Postal. Este organismo fue el principal pilar financiero del sistema japonés. Una densa red de oficinas postales por todo el país le permitían recoger las enormes sumas provenientes del ahorro familiar. Estas se transferían al Ministerio de Finanzas, que utilizaba el dinero para absorber los bonos del Tesoro japoneses, financiar los proyectos de los políticos del partido gobernante en los distintos distritos del país y apoyar al dólar. La Caja Postal ofrecía tipos de interés ligeramente más altos, tenía más sucursales y su servicio era más amigable que el de los bancos, distantes del ahorrista. Los jefes de las oficinas de correos, particularmente en las áreas rurales, fueron importantes figuras locales, a menudo estrechamente relacionadas con el partido Liberal Democrático a cargo del gobierno.

El Estado también controló las divisas adquiridas por vía de las exportaciones y a través de la ayuda estadounidense. Cuando el Ministerio de Industria y Comercio Internacional decía que determinadas industrias eran *estratégicas*, los bancos no dudaban en proveer el capital necesario; ellos no asumían el riesgo, de hecho actuaban como instrumentos de la administración. El Ministerio de Finanzas conducía el sector financiero privado como motor de la locomotora. La posibilidad de que un banco grande pudiera quebrar estaba básicamente excluida. Este circuito suponía la interrelación de las élites políticas y económicas, íntimamente vinculadas a través de redes personales y acostumbradas a coordinar sus decisiones en conversaciones informales. Esta cooperación entre los políticos, la burocracia y las élites económicas no fue transparente ni democráticamente legitimada. El excedente obtenido por las principales corporaciones gracias al capital barato y a la protección proporcionada por el gobierno no se “malgastó” en dividendos o aumentos de salarios: se acumuló internamente y se usó para expandir la capacidad productiva.

Si gran parte del capital invertido provino del elevado nivel de ahorro de la población, fue porque un Estado de bienestar social muy pobre –visto desde la perspectiva europea– exigía ahorrar para la vejez y para el acceso a la vivienda, muy costosa. Los trabajadores también fueron explotados fuera de la empresa: se les pagaban bajas tasas por sus ahorros, y el precio de la vivienda era altísimo. Las mujeres fueron doblemente sojuzgadas debido a la discriminación laboral y a su papel protagónico en la provisión de las necesidades básicas de los ancianos, niños y hombres a través de sus tareas en el hogar.

La ley sindical de diciembre de 1945, inspirada en la legislación norteamericana, permitió el desarrollo de los sindicatos, que a principios de los años ‘50 llegaron a agrupar al 50% de la población asalariada. En los primeros años de la posguerra hubo un alto grado de conflictividad social, con el estallido de numerosas huelgas. En el marco de la Guerra Fría –y especialmente del conflicto coreano– se produjo una importante depuración de los elementos más activos y se redujo la afiliación sindical. El cada vez menor número de estallidos sociales tuvo que ver, como en Europa, con el nuevo orden productivo, el *toyotismo*, la versión japonesa del fordismo, y con la consolidación del Estado desarrollista, el equivalente japonés del Estado de bienestar europeo.

El toyotismo, la versión japonesa del fordismo, fue la vía para dar respuesta a dos desafíos: el reducido número de obreros calificados y la estrechez del mercado interno, que obstaculizaba la producción de bienes de consumo en forma estandarizada y masiva. Se necesitaban fábricas más flexibles que pudieran producir distintos tipos de productos, en pocas cantidades para no acumular stocks, y en el menor tiempo posible. Había que reorganizar a los relativamente pocos y veteranos obreros calificados para abastecer una pequeña y variada demanda. El obrero flexible del toyotismo debía adaptarse a diferentes tareas según las necesidades de la producción, en lugar de repetir rutinariamente determinadas acciones impuestas por la cadena de montaje fordista. Además, las tareas parceladas se reorganizaron para dar paso a equipos de trabajo que proponían las normas de las tareas, no solo ejecutaban los que otros ordenaban; eran capaces de elaborar soluciones frente a problemas no previstos. Los obreros calificados intervinieron en la supervisión y los controles de calidad del proceso productivo, y las mejoras en el rendimiento les proporcionaron jugosos premios que alentaban el compromiso activo de los trabajadores con la mayor eficiencia de la industria. El toyotismo promovió la producción justa en el momento preciso, eliminando gastos en la supervisión y en los controles de calidad. Los compromisos entre industriales y trabajadores se tejieron en torno a tres factores claves: el sindicalismo de empresa con un carácter cooperativo más que conflictivo, el empleo de por vida y el reconocimiento salarial a la antigüedad en el empleo.

El esquema de acumulación japonés también incluyó el mercado de trabajo segmentado. El término *keiretsu* refiere a un sistema de subcontratación multiestratificado: una gran compañía matriz a la cabeza y pequeñas empresas supeditadas a ella. Por lo general el subcontratista depende del contratista, no solo para el trabajo sino también para el financiamiento de las compras de equipos. Al contrario de la unidad productiva fordista de integración vertical, la subcontratación permite a la compañía matriz ahorrar en costos de capital y trabajo. En el primer caso, porque la inversión fija de la gran empresa concentra la inversión en los segmentos más vitales y lucrativos del proceso de producción. En el segundo, porque los trabajadores de las empresas periféricas trabajan en condiciones muy precarias y por salarios bajos. El grupo más discriminado fue el de las mujeres. El nivel inferior del sistema de subcontratación multiestratificado estaba compuesto por fábricas familiares donde las mujeres, como obreras, no tenían salario, y además, atendían las necesidades del grupo familiar. Las trabajadoras han sido una de las principales fuentes del excedente acumulado por las mayores corporaciones japonesas.

En los años 50 los sectores estratégicos fueron las industrias siderúrgicas, petroquímicas, textiles, de maquinarias y de construcción naval. La mayoría de los que ocuparon los diez primeros puestos en la lista de ingresos más altos en el año fiscal 1951 se dedicaban a la minería del carbón. A mediados de los años sesenta, cuando los crecientes déficits de Estados Unidos originados por la guerra de Vietnam dieron lugar a una inflación acelerada, asociada a un alto nivel de demanda, el crecimiento de las exportaciones japonesas llevó a Japón al cenit de su apogeo.

El objetivo central fue construir una potencia industrial bajo la protección militar estadounidense y en un marco financiero global estable centrado en el dólar. En el plazo de un par de décadas, Japón volvió a convertirse en un importante protagonista económico, a la sombra de la superpotencia de la época. Fue funcional a Estados Unidos como escudo frente a los grandes imperios comunistas continentales de Eurasia. Además depositó las ganancias de sus exportaciones en el sistema bancario de la potencia hegemónica, brindando un apoyo financiero indirecto a la capacidad de esta para desplegar su fuerza militar.

Con las relaciones exteriores y la seguridad fuera del alcance de los propios japoneses, y con la reconstrucción convertida en prioridad, el debate político casi desapareció. Este vacío obstaculizó el arraigo de una prensa de calidad e independiente y limitó la formación de grupos políticos y de ideas capacitados para gestionar políticas públicas, al margen de las concentradas en el crecimiento económico. Las fuerzas de derecha, con la intención de impedir el avance del comunismo, condición para que concluyera la ocupación de los Estados Unidos, se unieron para formar el Partido Liberal Democrático, que prácticamente controló el gobierno hasta nuestros días, a pesar de la intensa fricción entre distintas facciones.

La burocracia japonesa ha sido la institución clave en la creación del entorno para la eficaz acumulación de capital. Los políticos japoneses carecen de poder real. El Partido Demócrata Liberal proporcionó durante mucho tiempo la cobertura política a la burocracia sin interferir en sus planes, a cambio de financiación para mantener sus principales bases de poder: el ámbito rural y el hipertrofiado sector de la construcción. Los contratistas han sido uno de los principales socios de los políticos corruptos del partido gobernante. Al mismo tiempo, la burocracia ha forjado estrechos y sólidos vínculos con el empresariado. Estos lazos simbióticos tienen su origen histórico en la época Meiji, cuando las funciones de dirigente político, alto funcionario y empresario no se distinguían claramente, y aunque, obviamente, evolucionaron después, siguen siendo mucho más estrechos y orgánicos, menos conflictivos, que en los países occidentales.

Producción en masa y sociedad de consumo

Las significativas transformaciones que atravesaron a las sociedades del Primer Mundo en la segunda mitad del siglo XX fueron a la vez económicas, sociales, culturales y políticas. Aunque simplificando un proceso con múltiples dimensiones, se distinguen cinco factores básicos en la honda renovación social: la consolidación del fordismo como estrategia productiva asociada a nuevas formas de consumo; la extendida y profunda urbanización; el nuevo papel de la mujer tanto en el campo laboral y en el ámbito familiar como en la relación con su cuerpo a partir del control de la natalidad; la destacada gravitación de la cultura juvenil y, por último, la consolidación del Estado de bienestar. Este contribuyó a un cierto grado de desmercantilización de la fuerza de trabajo, pero también, aunque no fuera su objetivo, a un creciente afianzamiento del individualismo. En estos resultados se conjugaron, tanto los

extendidos alcances de la educación como las posibilidades abiertas para organizar la propia vida con una mucha menor dependencia del núcleo familiar y de la condición de asalariado.

Las tres décadas de crecimiento económico se basaron, principalmente, en la difusión de las técnicas de producción masiva, el bajo costo de la energía, la expansión de los mercados de consumo y la gestión keynesiana.

El fordismo fue una estrategia de acumulación intensiva de capital basada en la “gestión científica” del trabajo iniciada a fines del siglo XIX que básicamente consistió en la apropiación del saber del trabajador para ser transferido a la máquina. Al mismo tiempo que la cadena de montaje imponía sus tiempos a las tareas del obrero, un equipo de técnicos y profesionales le ordenaba la organización de su labor y supervisaba sus actividades. Este sistema posibilitó un gran incremento en la productividad del trabajo y dio lugar a la producción masiva de bienes de consumo baratos. Un requisito clave para que los incrementos de productividad no desembocaran en una crisis de superproducción como la de 1930 consistió en que el trabajador masivo gestado por el taylorismo se convirtiese en el consumidor masivo de los bienes producidos industrialmente. En este sentido, el círculo virtuoso de los años dorados incluyó el contrato de largo plazo de la relación laboral con límites rígidos para los despidos, y la aceptación del crecimiento del salario indexado en relación con el incremento de la productividad en general. El aumento de los salarios reales se tradujo en consumo masivo; esta demanda sirvió para estimular nuevas inversiones, que al estar asociadas con crecimientos de la productividad aseguraron tasas de ganancias atractivas, y por ende nuevas inversiones.

La incorporación de los jóvenes y adolescentes jugó un papel destacado en la ampliación del consumo. La cultura juvenil fue un sector cada vez más atractivo para las industrias de la ropa, la música y la publicidad. Con las innovaciones tecnológicas, nuevos productos invadieron el mercado: televisores, discos de vinilo, casetes, relojes digitales, calculadoras de bolsillo. Una de las grandes novedades fue la miniaturización y la portabilidad de estos objetos.

La expansión económica requirió una abundante oferta de fuerza de trabajo y elevadas inversiones de capital en la producción industrial. La mano de obra provino de distintas fuentes. El enorme paro encubierto así como el número considerable de trabajadores situados en sectores escasamente productivos ofrecieron después de la guerra la fuerza de trabajo barata que alentó la recuperación y la expansión económica de Europa occidental y el Japón. A medida que se consumía esta reserva laboral, la oferta de trabajo también aumentó a través de la inmigración, de una tasa más alta de la población incorporada al mercado de trabajo –especialmente de mujeres, que dejaban de ser solo amas de casa– y, a mediano plazo, del crecimiento demográfico.

En los movimientos internacionales de población se produjeron cambios estructurales respecto de los flujos migratorios de la era del imperialismo: de las migraciones intercontinentales a las intracontinentales. En la inmediata posguerra se produjeron traslados masivos por razones políticas. Entre 1945 y 1947 la Administración de las Naciones Unidas para el Socorro y la Rehabilitación repatrió a no menos de 30 millones de personas. A partir de

los años ‘50, los países occidentales empezaron a atraer sobre todo a emigrantes que abandonaban sus países por motivos económicos. En un primer momento procedían de Europa meridional y oriental, luego del norte de África y posteriormente ingresaron muchos del Próximo y Medio Oriente (Turquía, Irán y Pakistán). Los gobiernos no elaboraron una política inmigratoria sino que toleraron la llegada de inmigrantes como solución coyuntural. Sin embargo, los trabajadores extranjeros, en lugar de entrar y salir de acuerdo con la marcha del ciclo económico, se insertaron de manera permanente en los puestos de trabajo menos considerados y peor pagados. A partir de las dificultades económicas a principios de los ‘70, los gobiernos europeos occidentales resolvieron restringir la entrada de los extranjeros. Estados Unidos también recibió un caudal destacado de inmigrantes, procedentes sobre todo de Costa Rica, las Antillas, México. A diferencia de Europa occidental, gran parte de la fuerza de trabajo que llegaba a Estados Unidos eran trabajadores de temporada, ilegales. Japón no recibió inmigrantes, los estrangulamientos en el mercado de trabajo fueron superados a través de la colocación de sus capitales en los países de Asia sudoriental.

No solo llegaron trabajadores de las zonas menos desarrolladas, el capital también fue hacia ellas, y hubo inversiones en nuevas regiones en el interior de las propias fronteras nacionales. Esta expansión estuvo vinculada tanto con la búsqueda de zonas con bajos salarios por parte del capital, como con el interés de muchos gobiernos en impulsar el crecimiento de las zonas más atrasadas a través de subvenciones directas e indirectas. Resultados de esta orientación fueron la expansión del sureste de Estados Unidos, del Mezzogiorno en Italia, de Escocia oriental en Gran Bretaña, de Flandes en Bélgica.

La expansión y profundización industrial impulsó el crecimiento del sector de los servicios en relación con las actividades requeridas por las grandes unidades productivas y la comercialización de los bienes de consumo, pero también alentado por el afianzamiento del Estado de bienestar y por los cambios en las pautas de la vida familiar, entre los que se destacó el nuevo papel de la mujer. Desde el momento en que las mujeres –de la clase media, básicamente, ya que las de los sectores populares duplicaron sus esfuerzos– relegaron las tareas domésticas fue necesario que otros “sirvieran” las necesidades del hogar: las casas de comidas, los lavaderos, los centros maternales, los geriátricos. La nueva familia empezó a depender de los servicios, pero estos no necesariamente quedaron a cargo de los trabajadores de este rubro, que tuvieron la inmediata competencia de los artefactos domésticos, un dato que afectó negativamente el salario de los empleados del sector servicios.

En la edad dorada se produjo en el mundo una notable aceleración del proceso de urbanización, derivado, en buena medida, del incremento de las migraciones rural-urbanas. La población rural fue expulsada de la agricultura por la modernización del trabajo rural, al mismo tiempo que era atraída a la ciudad por la expansión industrial y el crecimiento de la economía informal, especialmente en las áreas metropolitanas de los países en desarrollo.

El Estado de bienestar

En las explicaciones sobre los orígenes del nuevo tipo de Estado coexisten dos perspectivas básicas: la que destaca el peso de los cambios estructurales y la que pone el acento en el papel de los actores sociales y políticos que impulsaron su construcción.

Según el enfoque estructuralista, el proceso de industrialización hizo necesaria y posible una novedosa política social. Necesaria porque las organizaciones e instituciones que antes de la Revolución Industrial intervenían en asegurar la reproducción social, tales como la familia, la Iglesia, la solidaridad gremial, se resquebrajaron, perdieron consistencia y se vieron enfrentadas a desafíos para los que no estaban preparadas. Según esta explicación, el mercado es incapaz de atender las necesidades básicas de los miembros de la sociedad, y frente al peligro que representa la desintegración del tejido social es preciso que el Estado asuma tareas vinculadas con la atención de las necesidades de los miembros de la sociedad. Desde esta perspectiva, algunos autores reconocen cuatro grandes procesos históricos en la base del Estado de bienestar: el nacimiento del capitalismo industrial, desde el momento que dio lugar a la legislación sobre cuestiones tales como la instalación y el funcionamiento de las fábricas, la higiene pública en las ciudades, los accidentes de trabajo. En segundo lugar, la construcción de los Estados nacionales, un proceso que promovió la formación de ciudadanos vía la extensión de la educación pública junto con la instrumentación de políticas familiares y demográficas destinadas a incrementar la cantidad de la población, y que recurrió, también, a las políticas sociales y sanitarias vinculadas con la salud de la población para, principalmente, contar con ejércitos integrados por ciudadanos en condiciones de hacer la guerra. En tercer lugar, el proceso de secularización, en virtud del cual la mayor parte de las funciones concretadas por la Iglesia –educativas y de atención social– pasaron a ser ejercidas por el Estado. Por último, el afianzamiento de la democracia, que planteó el problema de que no todos los habitantes de una nación contaban con los recursos necesarios para ejercer sus derechos ciudadanos, dadas sus distintas condiciones sociales, económicas y culturales. El Estado debía ofrecer recursos básicos comunes para que todos ejercieran, en forma autónoma y consciente, sus derechos cívicos.

Estos estudios permiten distinguir las precondiciones fundamentales del origen y el ascenso de Estado de bienestar, pero no nos dicen nada ni sobre cómo se gestaron ni acerca de sus variaciones.

Las explicaciones que privilegian el estudio de los actores sociales y políticos buscan precisar quiénes promovieron el desarrollo del Estado de bienestar. Una parte de estos trabajos parten de la pregunta ¿quiénes se beneficiaron? Una de las respuestas ha postulado que las demandas y las luchas de la clase obrera y de los partidos socialistas tuvieron un papel decisivo en la aprobación de las medidas destinadas a promover la legislación social. Esta interpretación social argumenta que la política social solidaria fue pretendida y en gran parte realizada por los más beneficiados por el nuevo orden. Impulsada desde abajo, la redistribución del ingreso concretada por el Estado de bienestar habría significado que los más afortunados

se hicieran cargo de mejorar la situación de los desfavorecidos. Numerosos estudios empíricos reconocieron un vínculo directo entre la fuerza y coherencia del movimiento obrero y la expansión del Estado de bienestar. Este, moldeado por la presión socialista era, según este enfoque, más grande, con mayor nivel de gasto y cualitativamente diferente.

Sin embargo, la identificación de los castigados por el mercado como el grupo más interesado en la intervención estatal ayuda muy poco a entender los Estados de bienestar realmente existentes, que presentan significativas diferencias unos de otros. No existió un patrón común aplicable al conjunto de las sociedades capitalistas avanzadas. En Estados Unidos, por ejemplo, la política del Partido Demócrata fue la más próxima a la gestión socialdemócrata europea, pero tuvo marcadas diferencias con esta, y el Estado de bienestar estadounidense fue más débil que los de las distintas versiones europeas. El de Japón atendió la promoción del pleno empleo, pero fue muy mezquino en el terreno de los servicios sociales. Teniendo en cuenta estos contrastes entre los Estados de bienestar, otra corriente, como veremos más adelante, en lugar de conceder un papel protagónico solo a la clase obrera, destaca la intervención de coaliciones sociales que en unos casos contaron con la presencia de las clases medias –los Estados de bienestar socialdemócratas–, mientras que en otros Estados de bienestar liberales estuvo casi ausente.

Los trabajos que se preguntan sobre quiénes toman las medidas sociales y cómo las aplican, analizan la composición, la organización y las prácticas de la burocracia estatal. El muy temprano Estado de bienestar sueco, por ejemplo, contó con organismos estatales preparados para evitar el desempleo en lugar de atender el pago de subsidios a los parados En cambio, la mayor parte de los otros Estados de bienestar europeos dejaron de lado la intervención activa en el mercado de trabajo, y cuando llegó el desempleo se vieron obligados a gastar en los subsidios a los parados. Por otro lado, el desempeño de la burocracia sueca estuvo lejos de caer en la ineficiencia y corrupción que distinguieron a los responsables de los programas sociales en los países del sur europeo cuando los socialistas llegaron al gobierno.

Los tres enfoques mencionados recortan aspectos diferentes: la estructura socioeconómica, los objetivos y las decisiones de los sujetos sociales y, por último, la organización y las intervenciones de los organismos estatales, pero no son excluyentes y admiten ser vinculados entre sí.

Si en la edad dorada el Estado intervino a través de la política fiscal, monetaria, y el gasto público fue porque hubo un destacado consenso acerca de que las actividades estatales podían generar las condiciones apropiadas para alcanzar el pleno empleo, la estabilidad de precios, el bienestar social, el equilibrio de la balanza de pagos. En la construcción de este consenso jugaron un papel significativo las ideas de los ingleses John Maynard Keynes y Willian Beveridge. El primero elaboró el marco teórico según el cual la política era capaz de solucionar aquellos problemas que los liberales pretendían que fuesen aceptados como el precio a pagar para avanzar hacia la eficiencia. El segundo, en el marco de la Segunda Guerra, creó un programa de salud universal para la población inglesa, en el que se reconoció que todo ciudadano debía tener aseguradas condiciones de vida dignas sin que fuera necesario ningún tipo de control de ingresos. Desde los planteos de Beveridge y Keynes los mecanismos de

intervención estatal y de provisión de servicios complementaban la economía de mercado, solo era necesario corregir determinados desequilibrios del *laissez faire*. Se postulaba la reformulación del capitalismo liberal, pero sin pretender transformar radicalmente la economía de mercado ni la estructura de clases. El Estado de bienestar revisaría el capitalismo liberal para hacerlo económicamente más productivo y socialmente más justo. En los años de auge económico, los servicios sociales recibieron más del 50% del gasto público.

La acción del Estado se combinó con el pacto entre las corporaciones claves del sistema productivo: el movimiento sindical y las organizaciones empresarias. Ambas se comprometieron, con diferente grado de eficacia y nivel de adhesión, a contribuir al crecimiento económico, vía el control del conflicto social, el primero; a través de las inversiones productivas y la indexación de los salarios las segundas. La articulación entre el Estado de bienestar y ese pacto global contribuyó a la compatibilidad de capitalismo y democracia. Aunque hubo diferentes tipos de Estado de bienestar, es posible distinguir un conjunto de instrumentos y prácticas ampliamente difundidas que constituyeron los rasgos distintivos del nuevo contrato social. Por un lado, el gasto público contribuyendo al aumento de las tasas de beneficio privadas, ya sea mediante la concesión de subvenciones, la nacionalización de sectores ineficientes, la creación de empresas públicas que por su alta composición orgánica de capital exigen elevadas inversiones. Por otro, la planificación indicativa que racionalizó la asignación de recursos y canalizó la inversión hacia sectores previamente seleccionados por la burocracia estatal. A esta planificación se sumaron las intervenciones anticíclicas de los gobiernos para evitar la recesión o frenar la inflación a través de las políticas monetarias, fiscales y crediticias. Por último, los programas de seguridad social que generaron condiciones favorables para la relativa desmercantilización de la fuerza de trabajo. Esto especialmente en los países escandinavos, donde la intervención estatal se comprometió con la promoción del pleno empleo.

La identificación de distintos tipos de Estado de bienestar se basa en el reconocimiento de diferentes grados y modalidades de intervención estatal, conjuntamente con el hecho de que las medidas gubernamentales tuvieron disímiles alcances e impactos en el seno de cada sociedad. Para muchos autores, el Estado de bienestar no puede ser entendido solo en términos de los derechos que concede; es preciso tener en cuenta cómo sus actividades en la provisión de bienes y servicios están entrelazadas con las prácticas del mercado y con el papel de la familia**.** Un concepto clave para la distinción de los Estados de bienestar es el grado en que flexibiliza la dependencia del individuo respecto del salario para contar con los bienes y servicios necesarios para su vida. La desmercantilización se produce cuando el Estado presta un servicio como un asunto de derecho y cuando una persona, generalmente por un tiempo determinado o una incapacidad probada, puede sostener una vida digna sin depender del mercado. En última instancia, los diferentes tipos de Estado de bienestar remiten a su grado de injerencia en la reformulación de la lógica mercantil del capitalismo[3].

---

[3] Sobre la base del grado de desmercantilización y teniendo en cuenta quiénes promovieron el Estado de bienestar, existe un destacado consenso en reconoce tres principales tipos de Estado de bienestar: el liberal, el conservador y

En el marco de la crisis de 1970, las críticas de los liberales al Estado de bienestar ocuparon el centro de la escena política e ideológica, y su propuesta de que fuera desmantelado ganó importantes adhesiones. El debilitamiento del Estado de bienestar no fue el resultado directo del avance del neoliberalismo: en gran medida se debió a sus promesas incumplidas y, básicamente, al hecho de que la sociedad que intervino activamente en su construcción había cambiado significativamente a lo largo de la edad dorada.

---

el socialdemócrata. El primero se basa ante todo en un principio de asistencia social con verificación de ingresos. Los niveles de los subsidios –pensiones, salud, desempleo– son bajos y se les suman pensiones complementarias y seguros de salud privados (o negociados por los sindicatos), que a su vez se ven favorecidos por exenciones impositivas concedidas a empresas privadas. Los servicios de bienestar se encomiendan en gran medida al mercado. La consecuencia es que este tipo de régimen minimiza los efectos de desmercantilización, limita el alcance de los derechos sociales y construye un orden estratificado. En la base, una relativa igualdad entre los beneficiarios, pobremente atendidos por los programas de protección social; por encima de ellos, diferentes grupos con niveles de atención más amplios y eficientes suministrados por el mercado. El Estado de bienestar liberal arraigó en países como Estados Unidos, Canadá y Australia.

El Estado de bienestar conservador y fuertemente corporativista predominó en naciones como Austria, Francia, Alemania e Italia. Uno de sus principios rectores consistió en preservar las diferencias de status. Por lo tanto, cada clase y jerarquía social era beneficiada con derechos diferenciados. En Alemania, por ejemplo, los trabajadores de cuello blanco recibían beneficios de mayor nivel que los obreros manuales. No obstante, en los años dorados, cuando el paro no era aún un problema, el Estado era un buen proveedor de bienestar social para quienes gozaban de empleo. En consecuencia, los seguros particulares y los beneficios adicionales jugaron de hecho un papel marginal. Fueron particularmente privilegiados los empleados públicos, sobre la base de contar con su lealtad hacia la autoridad central. Por lo general los regímenes corporativistas fueron influidos por la Iglesia y estuvieron fuertemente comprometidos con la conservación de la familia tradicional. La seguridad social solía excluir a las mujeres que no trabajaban, y los subsidios familiares estimulaban la maternidad. Estado y familia eran los dos pilares que sostenían al individuo, y aquel estaba concebido para reforzar y elevar el nivel de la asistencia que ofrecía la familia a sus miembros.

El Estado de bienestar socialdemócrata alcanzó su mayor desarrollo en los países escandinavos. Más que atender las necesidades mínimas y tolerar un dualismo entre Estado y mercado, entre la clase obrera y la clase media, los socialdemócratas buscaron promover la igualdad en el acceso a los bienes sociales más elevados. Esto implicó, en primer lugar, que los servicios y prestaciones se elevaran hasta unos niveles equiparables con los gustos más particularizados de la nueva clase media; y en segundo lugar, que se garantizaran a los obreros los mismos servicios que disfrutaban los más pudientes. Todos los estratos quedaron incluidos en un sistema de seguro universal, si bien los subsidios se graduaron de acuerdo con los ingresos habituales. Este modelo relegó al mercado y avanzó hacia una solidaridad extendida. Todos tenían subsidios, todos dependían de los servicios públicos y, probablemente todos se sentían obligados a pagar. Esta política liberó al individuo de su dependencia de la familia tradicional, básicamente a las mujeres. El Estado asumió gran parte de las tareas reservadas al ama de casa para que esta ingresara al mundo del trabajo. Paradójicamente, las mujeres dejaron su hogar para emplearse, en su gran mayoría, como trabajadoras sociales en el cuidado de los niños, los viejos y la atención de la salud, mientras que en aquellas actividades ya ocupadas por los hombres quedaron relegadas. En contraste con el modelo corporativista, el Estado de bienestar socialdemócrata no pretendió la complementación de la familia, sino que socializó los costes de reproducción de los miembros de la sociedad. Se pretendió generar condiciones que favoreciesen la independencia individual; en cierto sentido, este tipo de Estado combinó aspiraciones liberales y socialistas. Uno de sus objetivos centrales fue mantener el pleno empleo; en esta empresa aunaron esfuerzos el empresariado, el movimiento sindical y la burocracia estatal a través de una red de acuerdos que todos respetaron. Los capitalistas crearon trabajo a través de inversiones con tasas de ganancia atractivas, el movimiento sindical negoció la indexación del salario en términos que no afectaran la tasa de ganancia y hubiera inversiones, el Estado capacitó a la fuerza de trabajo para que pudiera adaptarse a los cambios promovidos por los empresarios en la localización y organización de sus industrias.

Los países del Este asiático que deben su ventaja competitiva en gran parte a sus favorables costos laborales se mostraron muy prudentes respecto de los avances de los programas del Estado de bienestar. Sin embargo, concedieron gran importancia a la existencia de una fuerza de trabajo bien instruida. Comparte con el modelo de Europa continental una red muy poco desarrollada de servicios de atención a los niños y viejos, confiando su atención a la familia. En Japón en 1970, el 77% de las persona mayores vivían con sus hijos, y en 1992, el 65%. En Corea del Sur, en 1992, el 76% vive con sus hijos, el 44% tiene una dependencia económica completa. Los programas embrionarios de seguridad social tienden a seguir la tradición corporativa europea de planes segmentados laboralmente, que favorecen a ciertos grupos asalariados bastante privilegiados: funcionarios públicos, maestros o militares. El vacío de protección social alentó el auge de planes de cobertura de las empresas, especialmente en Japón, aspecto que comparte con Estados Unidos.

Los Estados de bienestar de Europa occidental y los desarrollistas del este de Asia se forjaron en sociedades de fisonomía muy diferente y con prioridades políticas también muy distintas. Pero en el vínculo entre Estados y economías presentaron dos importantes rasgos en común. En primer lugar, ambos mantuvieron una decidida orientación hacia el exterior, dependieron en gran medida de las exportaciones al mercado mundial. En los países ricos de la OCDE hubo una correlación positiva y coherente entre el vínculo con el mercado mundial y la largueza de los derechos sociales: cuanto más dependía un país de las exportaciones, mayor era su generosidad social: este fue el caso de los países escandinavos. En segundo lugar, pese a esta receptividad hacia el exterior, ni los Estados de bienestar ni los desarrollistas estuvieron del todo abiertos a las fluctuaciones del mercado mundial. Ambos establecieron, y mantienen, sistemas de protección de la producción doméstica. Japón y Corea del Sur impusieron sostenidas y eficaces vallas a la inversión extranjera.

Película

Lejos de Vietnam

Ficha técnica	
Dirección	Joris Ivens, William Klein, Claude Lelouch, Agnes Varda, Jean Luc Godard, Chris Marker y Alain Resnais
Duración	115 minutos
Origen / año	Francia, 1967
Guión	Chris Marker, Jean Luc Godard y Jacques Sternberg
Fotografía	Jean Boffety, Denys Clerval, Ghislain Cloquet, Willy Kurant, Alain Levent y Kieu Tham
Montaje	Jacques Meppiel
Producción	Chris Markerl
Intérpretes	Bernard Fresson (Claude Ridder); Anne Bellec; Karen Blanguernon; Maurice Garrel; Jean Luc Godard; Ho Chi Minh (material de archivo); Valérie Mayoux, Fidel Castro y Marie France Mignal

Sinopsis

En medio de la escalada militar estadounidense sobre Vietnam, un grupo de artistas e intelectuales franceses elabora un ensayo cinematográfico que procura hacer visible la naturaleza criminal del accionar de la gran potencia política y militar de occidente sobre un país pequeño y pobre que resiste la agresión con sus recursos modestos pero también con la convicción de la justicia de su causa y la dignidad de sus habitantes.

Lejos de Vietnam se constituye en un atípico film de autor colectivo cuyos sentidos van mucho más allá del centro de su crítica: desde la desigualdad de los contendientes y el registro del día a día en el propio terreno de batalla, la película integra una serie de testimonios heterogéneos que dan cuenta del surgimiento de una conciencia de época que encuentra en el acontecimiento Vietnam un punto político de apoyo a partir del cual exponer una consideración crítica global que incluye también a las formas convencionales de la propia crítica política. Estudiantes y trabajadores marchando por las calles de París contra la visita del vicepresidente de Estados Unidos que saluda a la Europa aliada recuperada de la guerra; ciudadanos negros movilizados en Nueva York, con el apoyo de estudiantes radicalizados y jóvenes hippies y en plena disputa pública con quienes respaldan la intromisión norteamericana en el conflicto; desfiles oficiales a favor de la guerra y “happenings” callejeros que reclaman por la paz, agentes de Wall Street que salen al paso de los manifestantes de la resistencia y militantes

comunistas que sostienen las reivindicaciones de los jóvenes y del “Black Power”. Fidel Castro reflexionando sobre la necesidad de la lucha de los pequeños contra los poderosos y los caminos a seguir a partir de la experiencia histórica de su propio país… Lejos, muy lejos de Vietnam, –que soporta las bombas, el napalm, el asesinato de niños y de civiles, el arrasamiento de las aldeas campesinas y la destrucción de sus ciudades– la “causa Vietnam” se convierte en la insignia de la ideología de unos u otros.

Acerca del interés histórico del film

Muestra singular de un tiempo histórico atravesado de tensiones múltiples, *Lejos de Vietnam* se constituye en una fuente privilegiada que permite tomar el pulso de su época y recuperar una cierta forma de organizar una mirada crítica del mundo por parte de una generación de jóvenes cineastas franceses comprometidos con el cambio social y político y, también, dispuestos a participar con sus obras de una toma de conciencia sobre el presente de su sociedad y las lógicas del poder mundial que se tornan visibles con la invasión por parte de Estados Unidos a la ex colonia francesa.

Buena parte de los elementos críticos que articulan el film adelantan en apenas unos meses el contenido de la efervescencia rebelde que ganaría las calles de París durante el *Mayo francés* y que expuso a la consideración pública la emergencia de una nueva cultura política de una generación que sometía a juicio y revisión una parte importante de la actuación histórica de sus mayores y sus efectos. Por ello, al ver hoy *Lejos de Vietnam*, el espectador no puede sustraerse a una parte de la historia que no se cuenta en el film pero que se puede advertir en muchos de sus trazos, imágenes y discursos.

Intentaremos en lo que sigue articular una lectura de la obra atendiendo entonces a las formas en las que presenta una mirada sobre su pasado y su presente y, extendiendo la interpretación, sobre el futuro inmediato de un mundo que, desde la perspectiva del film, parecía abismarse en un cambio de época o, al menos, en la necesidad impostergable de un nuevo ordenamiento.

El film se abre con una serie de imágenes que representan el poderío militar de Estados Unidos en contraposición con los escasos recursos de los habitantes de Vietnam para resistir la invasión. En ese marco, una de las primeras afirmaciones en off señala que Estados Unidos arrojó sobre Vietnam sólo en 1965 más bombas que en Alemania durante toda la segunda guerra mundial. El dato es sorprendente y su elocuencia exime de mayores comentarios, pero es importante recuperarlo porque supone la primera instancia del film en la que se alude al pasado, a la segunda guerra mundial y a la presencia de Estados Unidos en ella y, por correlato, a sus efectos sobre el destino de la guerra y el triunfo de los aliados.

Y sobre su pasado inmediato, el tiempo de la posguerra y de la consolidación de la hegemonía norteamericana en occidente, el film pone en las palabras de Claude Ridder, el escritor imaginario, escéptico sobre la recepción de Vietnam en Francia, una disrupción que

exige pensar el nuevo escenario mundial desde una perspectiva radicalmente cuestionadora: “quienes crecimos esperando que al final un soldado norteamericano viniera a salvarnos de los nazis, debemos aceptar hoy que los norteamericanos son los nazis de los vietnamitas […]”. En el soliloquio de Ridder, la revisión crítica del pasado y sus legados no se agota en la figura de los Estados Unidos; reflexionando sobre las movilizaciones que en Francia expresan la protesta contra el accionar imperial sobre Vietnam, el escritor se sorprende: “ahora resulta que en Francia hay millones de críticos del colonialismo ¿dónde estaban hace tres años durante la guerra de Argelia?” Toda la secuencia de Ridder, presentada en la primera parte de la obra bajo una apariencia ficcional diferente del resto del film, sintetiza lo más profundo de su contenido crítico y revela la voluntad de llevar esa crítica hacia nuevos límites que incluyan también la consideración sobre la posición desde la que se ejerce. La voz de Ridder, la de la “mala conciencia”, expresa con claridad que lo que se exponía a través del acontecimiento Vietnam –bajo ciertas máscaras de denuncia y de indignación– era, entre otras cosas, una novedad para la Historia: la primera guerra televisada, la primera guerra que se puede ver cómodamente instalado en el living de nuestra casa; nuestra crítica, nuestro dolor, nuestra indignación, nuestro miedo se quedan entre los muebles, mientras buscamos cómo negociar con el grito de sus víctimas, al que antes o después nos acostumbraremos.

El episodio de Ridder anuda entonces lo que el film muestra sobre su tema y ciertas formas en las que se lo puede pensar a la luz de la historia del mundo en las últimas dos décadas. Para concluir esta mirada retrospectiva, el episodio posterior, *Flashback,* ordena en imágenes de archivo una secuencia histórica de la retirada francesa de su colonia y la gradual intromisión de Estados Unidos en los asuntos internos de Vietnam, distorsionando o burlando los acuerdos, evitando la reunificación del país y empujando la situación hacia una encerrona política que deriva en el pedido de intervención por el gobierno del sur. Con este repaso se cierra la primera mitad de *Lejos de Vietnam*, sus realizadores deciden hacerlo sobre las imágenes del pueblo vietnamita trabajando solidariamente por la resistencia acompañadas de la misma banda de sonido utilizada por Alain Resnais en *Noche y niebla*. Ciertas continuidades históricas entre los legados de la segunda guerra mundial y el presente del film se sellan así de manera sugestiva.

La segunda parte se abre con el episodio que expone un ejercicio reflexivo de Jean Luc Godard. Es la única secuencia del film que presenta una marca autoral clara, que el director elige presentar en relación con el grupo Cine Ojo, que fundó y que trabajaba por la extensión de la influencia de los procedimientos cinematográficos de Dziga Vertov, el gran cineasta soviético de los primeros tiempos postrevolucionarios. Godard y su cámara están aquí en primer plano, una evidente reposición de *El hombre con la cámara* (Vertov, 1929) que se hace cargo, sin embargo, de la imposibilidad de estar físicamente en Vietnam, de vivir en medio de los bombardeos, de convivir con el pueblo atacado. Pero extiende ese curioso ejercicio reflexivo a su situación en la propia Francia: “estoy tan separado de Vietnam como de la clase obrera de mi propio país, y lo único que puedo hacer honestamente es seguir haciendo cine”. Godard enhebra en su reflexión imágenes de obreros y estudiantes franceses en lucha, en Rhodiaceta, en Saint Nazaire las conecta con las de

los vietnamitas y las integra en una causa global en la que reconoce, sin embargo, que lo que une a unos y otros es una cierta generosidad, insuficiente en relación con todo aquello que simbólica y materialmente los divide. Sobre sus frases, aparecen las leyendas en las paredes de los suburbios franceses: “Alto al capital”.

La calle gana entonces consideración en el fragmento de Godard y ya casi no abandonará el cuerpo principal del relato de *Lejos de Vietnam*, hacia él avanzamos después de la notable canción de Tom Paxton, cantante folk estadounidense, que se presenta como una suerte de video clip y que da paso a la exposición franca, abierta pero ciertamente problemática de la resistencia a la guerra en el propio Estados Unidos. A partir de allí, la parte más intensa de la obra se expone en el espacio público y en la presentación de unos y otros, de sus argumentos a favor o en contra de la guerra en plena Nueva York. La escena del presente se amplía y se complejiza y nuevos sujetos entran en imagen en una representación un tanto caótica pero intensamente vívida de una contienda ideológica que toma Vietnam como excusa pero que se abre a una disputa mucho más amplia. Allí están los grupos del *Black Power*, la izquierda radical movilizada, los hippies y los estudiantes pacifistas brazo a brazo con otros ciudadanos “de a pie” que protestan contra el accionar de su país en Vietnam y también contra la sistemática vulneración de los derechos de las minorías y contra la explotación múltiple del sistema.

Así, una especie de catálogo vivo de las luchas sociales y políticas de los años sesenta se presenta en la segunda parte de *Lejos de Vietnam*, pero los responsables del film hacen algo más que exponer las formas públicas de estas manifestaciones críticas: las cotejan con las voces de quienes, por su posición social o por su “patriotismo” les salen al paso para discutir con ellos y para exponer abiertamente las razones de su país en el marco de la guerra fría.

Toda la secuencia es notable y adquiere, vista desde el presente, un brillo y una potencia histórica inusuales: a la par de las grandes movilizaciones motorizadas por una juventud que ganaba consistencia y visibilidad social como un nuevo sujeto político, otra parte de la sociedad exponía los motivos de su apoyo al sistema y al gobierno de su país y se mostraba dispuesta a defenderlos con firmeza. Si bien el film se organiza claramente desde una posición abiertamente crítica del accionar imperial de los Estados Unidos en Vietnam –posición también visible en los fragmentos dedicados a Michelle Ray y a Norman Morrison–, una parte muy importante del valor histórico que la obra destila aún en relación con su presente proviene de la representación de esa controversia pública que lo aparta de toda ingenuidad romántica y que lo torna, a la vez, como una obra consciente de que las limitaciones que se imponen a quienes se resisten aquí y allá a Vietnam, y a quienes lo articulan en una causa de época más amplia, no provienen sólo del poder –entendido como las estructuras de gobierno y las lógicas del sistema global– sino también de los intereses concretos de una parte de la sociedad que ha prosperado bajo el capitalismo de posguerra y que está dispuesta a sostener el *statu quo* que ha hecho esto posible. Un pasaje de la discusión lo demuestra con claridad, un hombre vestido de traje que defiende la guerra le dice agresivamente a otro que intenta razonar con él: “No me toque, yo me visto a crédito”.

Resulta inevitable aludir a la entrevista con Fidel castro que se introduce en el film en esta segunda parte y que expone, entre otras cosas, el prestigio de la causa cubana y de su líder entre los intelectuales y artistas críticos del mundo desarrollado y, también, la solidaridad con Latinoamérica que se desliza en el fragmento, una simpatía que se cruza de muchas maneras con la que la propia causa Vietnam genera y que evidencia una toma de posición a favor de la forma en la que luchan los débiles y a favor de su causa. Esa forma de luchar que encuentra en el testimonio y el análisis del líder cubano una justificación histórica más que una estrategia política revolucionaria. Es la falta de alternativas políticas la que exige la lucha armada en el terreno. Castro da cuenta de cómo Vietnam podía resistir la invasión norteamericana y, también, de cómo podía, a pesar de su debilidad relativa, torcer el destino militar de la guerra. Completa de esta manera un diagnóstico temprano que la propia película presenta desde su inicio: Estados Unidos se equivocó al elegir Vietnam como el territorio de escarmiento para los débiles que buscaran oponerse a sus designios. La entrevista se atiene a registrar las palabras del líder atribuyéndole una autoridad indiscutida e introduciendo lateralmente consignas revolucionarias entre las que aparecen imágenes del *Che* Guevara y varias alusiones a los logros de la revolución cubana. La conciencia crítica de cierta corriente intelectual europea integra entonces dentro de su perspectiva la justicia de la causa revolucionaria latinoamericana –que Castro presenta como la misma causa de los pueblos sojuzgados de África y Asia– y que le permite organizar al film una mirada sobre las lógicas del poder mundial en el marco de una guerra fría que, hay que decirlo, resulta, visto el film retrospectivamente, bastante relegada en la comprensión de la época. De todos modos, el fragmento amplía el panorama de la disidencia de una nueva generación que intentaba empezar a despojarse de los legados políticos de sus mayores, tanto en relación con el orden establecido como de las formas tradicionales de oponérsele.

> "Estamos lejos de Vietnam, y nuestra emociones e indignaciones están tan lejos de Vietnam como lo estaría la indiferencia […]. Esta guerra no es un accidente histórico ni un problema colonial, está ahí, a nuestro alrededor, en nuestro interior. Comienza cuando nos damos cuenta que los vietnamitas luchan por nosotros y a medir nuestra deuda desde su punto de vista […]. Es cierto que los vietnamitas no son razonables, que están locos, y que su intransigencia nos violenta hábitos ligados a privilegios; pero esa locura es quizá la sabiduría política de nuestro tiempo. Y el primer movimiento honesto que podemos hacer hacia ellos es tratar de mirar su desafío de frente. Ante él, la elección de la sociedad de los ricos es muy simple: o bien deberá destruir físicamente todo lo que se le resiste -y es una tarea que arriesga a sobrepasar sus medios- o bien deberá lograr una transformación total, y quizá eso sea pedir demasiado cuando se está en la cúspide del poder. Si ella rehúsa esta elección, deberá sacrificar sus ilusiones tranquilizantes y aceptar esta guerra de pobres contra ricos como inevitable, y perderla".

Las palabras con las que se cierra *Lejos de Vietnam* se imprimen sobre las imágenes de jóvenes movilizados en Francia y otras de combatientes vietnamitas, la película expresa bien

en su forma y en su discurso que esa unión que el cine hace posible mediante el montaje es, ciertamente, mucho más compleja y problemática que las intenciones solidarias que la sustentan. Expresa, además, una nueva conciencia crítica en formación, su potencia, sus desafíos y sus límites. Sitúa en relación con el acontecimiento Vietnam la condensación de una nueva imaginación revolucionaria y ofrece, vista en perspectiva histórica, en sus proclamas y entre sus pliegues, un texto generoso en el que se advierten ciertos sentidos de la puesta en marcha de una generación y del papel que suponía asignarse en el curso de la Historia.

Notable film de época que, como pocos, habilita la comprensión de los imaginarios y los ideales de su tiempo y también de su imbricación abigarrada y contradictoria. *Lejos de Vietnam* ofrece aún un material consistente para contrastar con nuestro propio tiempo y con el que nos separa de su presente: si sus confiados desafíos al futuro del "sistema" no se han visto del todo comprobados, una parte de su diagnóstico y su interrogación sobre los sentidos y las posibilidades del cambio histórico mantienen y extienden su vigencia mucho más allá de Vietnam, pero no de ciertas lógicas del poder que le han sobrevivido extendiéndose y que el film indagaba ya con poderosa y reflexiva lucidez.

Sobre la obra y sus directores

Adjudicamos el film a jóvenes franceses comprometidos con las causas políticas de la hora, pero para mayor precisión debemos señalar que Joris Ivens (1898-1989) nació en Holanda –aunque trabajó en Francia la mayor parte de su vida- y William Klein (1928) en Estados Unidos. Jean Luc Godard (1930), Agnés Varda (1928), Claude Lelouch (1937), Chris Marker (1921-2012) y Alain Resnais (1922-2014) nacieron en Francia y eran en 1967 directores reconocidos en su país y en el mundo entero. Salvo Lelouch, los demás habían dedicado ya una parte de sus obras cinematográficas a la historia y a la política, tanto en registro ficcional como documental: *Noche y niebla* (Resnais, 1955), *Muriel, o el tiempo de un retorno* (Resnais, 1963), *Cuaderno de viaje* y *Pueblo en armas* (Ivens, 1961), *Domingo en Pekín* (Marker, 1957), *El mayo feliz* (Marker, 1963), *El soldadito* (Godard, 1963) y *La chinoise* (Godard, 1967) son prueba de la fluida conexión entre cine y política entre los nuevos directores franceses en el período de posguerra. Por supuesto, el surgimiento de la *nouvelle vague*, de la que Godard es la figura más importante, señala también que esa joven generación de cineastas venía a marcar una ruptura con sus mayores y a hacer cine y contar su historia de maneras diferentes, disruptivas y provocadoras.

Si bien Chris Marker organizó y coordinó el proyecto *Lejos de Vietnam*, es visible la voluntad general de borrar las marcas autorales en el cuerpo del film –salvo la secuencia ya señalada a cargo de Godard– y de elaborar una reflexión que se vale de distintos recursos expresivos y en cuyo transcurso resulta difícil separar completamente unos episodios de otros. En el formato del film se advierte entonces la decisión de elaborar una reflexión colectiva más amplia y

diversa que la simple mirada de un director o de varios directores puestas en serie en las típicas películas de episodios.

Tres de los siete realizadores de *Lejos de Vietnam* han muerto en el curso de los últimos años: Ivens, Marker y Resnais. El dato biográfico puede resultar anecdótico respecto del film, pero señala también que su mirada no nos es ya enteramente contemporánea. Y si nuestra lectura de la obra procura establecer ciertas conexiones con nuestro presente, está claro que el tiempo de la juventud de sus directores ha pasado y que buena parte de los motivos de la obra pertenecen ya a una época pretérita. Sirva esta impresión para intentar calibrar nuestra distancia con un tiempo en que una parte importante de los más prestigiosos directores del cine francés acometía la empresa de realizar un film de gran hondura política y múltiples dimensiones críticas que enfrentaba uno de los acontecimientos fundamentales de su tiempo. Algo muy difícil siquiera de imaginar en la actualidad.

Actividades

Actividad 1

A partir de la información del presente capítulo precise y explique cuáles fueron los pilares sobre los que descansó la hegemonía norteamericana en la segunda posguerra.

Actividad 2

En base a la lectura del texto de Geoff Eley, *Un mundo por ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*., Cap. 19 "Conclusión. Estalinismo, capitalismo del bienestar y guerra fría". Justifique o refute la siguiente afirmación:

La reconstrucción de Europa tras la segunda Guerra Mundial contuvo las aspiraciones de cambio radical expresadas desde la izquierda y generó un terreno propicio para el avance del conservadurismo político.

Actividad 3

En base a la lectura del capítulo indique si los siguientes juicios son verdadero o falso y justifique su elección:

- El "milagro" de Japón fue consecuencia exclusiva de la intervención de los Estados Unidos.
- El toyotismo conformó una nueva forma de gestionar el trabajo industrial orientado a la producción masiva para un amplio mercado interno.
- La Guerra Fría tuvo un importante impacto en la rápida recuperación de Japón después de la Segunda Guerra Mundial.

Actividad 4

Indique las principales transformaciones sociales que reconoce Eric Hobsbawm en el texto indicado en la bibliografía de este capítulo.

Actividad 5

De acuerdo a lo desarrollado en el presente capítulo complete el cuadro citando las distintas corrientes de interpretación sobre el Estado de bienestar y apuntando las características más destacadas de cada una de las características.

Corriente de interpretación	Características

Actividad 6

Lejos de Vietnam formula una amplia reflexión crítica sobre la intervención de los Estados Unidos en el país del sudeste asiático.

- Atendiendo al contexto histórico en que se desarrolla el film, comente las movilizaciones a favor y en contra de la guerra que se exhiben en la obra identificando a los distintos sujetos que las desarrollan.
- Desarrolle dos de los elementos críticos que despliega el film que permitan considerarlo como expresión del surgimiento de una nueva cultura política.

CAPÍTULO 8
EL ESCENARIO COMUNISTA EN LA SEGUNDA POSGUERRA

María Dolores Béjar, Marcelo Scotti, Luciana Zorzoli

Introducción

En este texto abordamos la trayectoria de los tres principales espacios comunistas: el de la URSS, el de Europa del Este y el de China, desde el fin de la guerra hasta la década de 1970.

Poco después de que concluyera la guerra, el mundo comunista se amplió significativamente con la inclusión de los países de Europa del Este en el bloque soviético y en virtud del triunfo de Mao en China. En la URSS, a la muerte de Stalin, sus sucesores pusieron en marcha la *desestalinización* dando paso al llamado revisionismo. La crítica a Stalin tuvo un significativo impacto en los países de Europa del Este, ya sea porque generó, en algunos, un terreno fértil para la expresión de demandas reprimidas o porque condujo, en otros, a una creciente independencia respecto del Kremlin.

Bajo la jefatura de Mao, en China se sucedieron períodos de intensa movilización promovidos desde arriba –como el caso del Gran Salto Adelante o la Revolución Cultural– en los que prevaleció una fuerte apuesta al voluntarismo político para transformar el orden social y económico, pero que también expresaron divergencias en la cúpula del partido gobernante. Mao se opuso decididamente al revisionismo y se distanció cada vez más decididamente del Kremlin, al punto de denunciar el carácter imperialista de la política de Moscú. Simultáneamente buscó limar asperezas en sus relaciones con Estados Unidos.

Desde los años ‘50, sucesivas crisis afectaron las relaciones entre la URSS y los satélites europeos y, a partir de la década de 1960, Mao cuestionó la primacía de Moscú sobre el campo comunista.

Los conflictos que atravesó el campo comunista tuvieron fuertes repercusiones entre los comunistas de Occidente: parte de sus intelectuales manifestaron su pérdida de fe en la experiencia soviética y algunos visualizaron el maoísmo como alternativa al estalinismo y al revisionismo.

Los últimos años de Stalin

El papel protagónico de la URSS en la derrota del nazismo le significó una brutal pérdida de vidas entre combatientes y población civil y un alto costo económico. Al mismo tiempo, en las sociedades del mundo occidental el miedo al comunismo quedó relegado por el agradecido reconocimiento del sacrificio del pueblo ruso y del aporte significativo de Stalin a la lucha compartida contra el Eje. Según el historiador F. Furet, el fin de la Segunda Guerra inauguró un breve período “durante el cual el comunismo soviético ejercerá su máxima fascinación sobre la imaginación política de los hombres del siglo XX”.

¿Qué hizo posible el triunfo de los soviéticos? La excitación del sentimiento patriótico, básicamente el de los rusos, fue un elemento central para cohesionar a las propias fuerzas, pero Stalin recurrió también al terror tanto en la línea de fuego como en la retaguardia. A los combatientes les ordenó “no dar un paso atrás” y ante el avance alemán aprobó la deportación hacia el este de distintas minorías nacionales –alemanes del Volga, chechenos, ingushetios, tártaros, entre otros– porque dudaba de su fidelidad. Las reivindicaciones de las naciones avasalladas ingresaron con fuerza en la escena pública a partir de las reformas encaradas por Mijail Gorbachov en los años ochenta. No obstante, gran parte de la población soviética vivió la *Guerra Patriótica* como un presagio de liberación y creyó que el mundo de la posguerra sería más soportable y humano**.**

Aunque la guerra fue una auténtica catástrofe para la Unión Soviética, la reconstrucción industrial fue relativamente rápida. En 1948 se alcanzó el nivel productivo de 1940 y en 1952 se habían doblado las cifras de las producciones más importantes. El esfuerzo y las inversiones continuaron privilegiando a la industria pesada, una opción reforzada por el rápido pasaje de la Gran Alianza a la Guerra Fría. La agricultura, en cambio, permaneció estancada después de la recuperación inicial; la actitud hostil hacia los campesinos siguió siendo un sello distintivo de la política de Stalin.

El final del conflicto no supuso la desaparición del terror esgrimido durante la invasión nazi. Prosiguieron los traslados de grupos nacionales, y ante la menor manifestación de disidencia se impusieron duros castigos. Entre los deportados a los campos de trabajo forzado estuvo Aleksandr Solzhenitsyn, quien años después escribió *Archipiélago Gulag*, texto que tuvo un extendido y profundo impacto entre los intelectuales occidentales cuando se publicó en 1973.

La incertidumbre y el miedo siguieron atenazando a los integrantes de la cúpula del Partido. Nikita Kruschev, el sucesor de Stalin, recordaría años más tarde que nunca podía saberse qué decisión tomaría el jefe máximo respecto del destino de los integrantes del grupo que lo rodeaba: “[…] Se iba a las reuniones en la dacha de Stalin porque no había más remedio, pero no se sabía si acabarían en una promoción personal, la detención o incluso el fusilamiento”.

Junto con el autor de este testimonio, en ese pequeño grupo se encontraban Andréi Zhdánov –reconocido como el favorito–, Viacheslav Mólotov, Lázar Kaganóvich, Georgi Malenkov y Lavrenti Beria. La suerte de cada uno no solo dependía de la imprevisible voluntad de Stalin, la competencia entre las camarillas era otro factor clave en el pasaje de la cima del

poder a la condena y ejecución. Después de la muerte de Zhdánov, en 1948, por ejemplo, Malenkov y Beria se unieron y no dudaron en eliminar a los hombres del círculo de Leningrado que habían sido aliados de su rival recientemente desaparecido.

A principios de 1953, fueron detenidos nueve médicos, siete de ellos judíos. Se les acusó de crímenes que se remontarían hasta la desaparición de Zhdánov. Se aproximaba una nueva purga, pero no llegó a concretarse porque Stalin murió en marzo tras un ataque de apoplejía.

Ante la desaparición del jefe máximo del comunismo, gran parte del pueblo soviético y de los intelectuales comunistas manifestaron su dolor y el temor al vacío de poder[1]. La multitud que acudió a su funeral fue tan grande que docenas personas murieron a causa de la presión de la masa. Sus sucesores lo despidieron con todos los honores, pero decidieron acabar con un sistema en el que obtenían importantes privilegios a costa del riesgo de perder hasta sus propias vidas. Los cambios que habrían de ponerse en marcha en parte remitían a la decisión de relajar el terror, pero también a la necesidad de revisar el rumbo de una economía

---

[1] "A las pocas horas" de anunciarse la muerte de Stalin, el militante del Partido Comunista español Jorge Semprún escribía, "sin que fuera por encargo", el poema que sería leído ante miles de refugiados políticos españoles reunidos en una sala de París al final del acto en homenaje a la memoria de Stalin.

La clase obrera es huérfana,
son huérfanos
los cargadores de Bilbao,
los que trabajan en Éibar el acero,
los marinos de Ondárroa y de Laredo,
los mineros de Mieres, de Langreo,
las mujeres de Murcia en el mercado,
los pastores de Gredos, las muchachas
que lavaban la ropa en el arroyo,
y el albañil es huérfano y su duelo
brilla en la negra cal de los andamios.
La clase obrera es huérfana en Manresa
y en Sabadell. Por toda Barcelona
corre un rumor de llanto y de promesa:
"¡Se nos ha muerto Stalin! ¡Su bandera
levantaremos hasta la victoria!"
Madrid se ha estremecido.
No habla nadie
en el camino triste hacia el trabajo.
Madrid calla y recuerda.
"¡Se nos ha muerto Stalin! ¡Su Partido
proseguirá la ruta que él abriera!"
Los que sufren del hambre,
los que venden
al Capital su fuerza de trabajo,
los que no tienen nada que perder
y un mundo que ganar,
los que veían
ese mundo ganado y defendido,
de Shangai a Berlín,
más feliz cada día, engrandecido
por la mano de Stalin,
todos ellos son huérfanos.
Se nos ha muerto el padre, el camarada,
se nos ha muerto el Jefe y el Maestro,
Capitán de los pueblos, Arquitecto
del Comunismo en obras gigantescas.
Se nos ha muerto. Ha muerto. No hay palabras.
Redoblen los tambores del silencio.
Se nos ha muerto Stalin, camaradas.
Apretemos las filas en silencio".

Semprún, J. (1977). Autobiografía de Federico Sánchez. Barcelona: Planeta.

desmedidamente orientada hacia la industria pesada y a la que era preciso incorporar las demandas sociales.

La ampliación del espacio soviético

En virtud del avance del Ejército Rojo sobre los territorios ocupados por los nazis, la mayor parte de los países de Europa del Este quedaron subordinados a las directivas del estalinismo en el marco de la Guerra Fría. El territorio ubicado al norte de Grecia, al sur de Finlandia y al este del Elba no era una unidad política ni social ni cultural. En la región coexistían naciones y grupos con trayectorias diferentes tanto respecto de su grado de organización y autonomía política como en relación con su configuración cultural. Algunos grupos nacionales, como el de los checos y el de los croatas, se habían desarrollado en el imperio de los Habsburgo. Los eslavos del sur quedaron bajo la dominación del Imperio otomano, donde algunos (el caso de los serbio), mantuvieron su religión cristiana ortodoxa mientras que otros, los bosnios, vivieron en simbiosis con la cultura musulmana. En algunos territorios, sus poblaciones vivían con un nivel bastante elevado de cultura urbana: Bohemia, Polonia, norte de Hungría, mientras que otras poseían estructuras sociales de carácter tribal: Albania, algunas zonas de Yugoslavia. Algunas naciones, por ejemplo Bulgaria, habían mantenido una relación estrecha y amistosa con la Rusia histórica en un sentido religioso y político. Otras, como Polonia, eran tradicionales enemigas nacionales, religiosas y políticas de Moscú. Mientras que en Yugoslavia, Checoslovaquia y Bulgaria, los comunistas locales contaban con fuerzas propias, en el resto de los países solo ganaron posiciones con el ingreso del Ejército Rojo.

Durante la expansión del nazismo los países de esta región atravesaron diferentes experiencias. Albania fue anexada por Mussolini al reino de Italia. Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia fueron eliminadas como Estados nacionales en virtud del avance del nazismo, pero también, en el caso de los dos últimos países, a raíz de la iniciativa de grupos locales. Con el desmembramiento de Checoslovaquia y Yugoslavia, emergieron Eslovaquia y Croacia como nuevos Estados, con el visto bueno de los nazis. En cambio en Rumania, Bulgaria y Hungría fueron sus gobiernos autoritarios los que decidieron alinearse con el Eje, al mismo tiempo que mantenían tensas relaciones con los movimientos fascistas locales.

Con la derrota del nazismo, en toda esta región prevaleció el vacío de poder. La mayor parte de las dirigencias políticas tradicionales habían colaborado con Hitler. Era difícil encontrar alternativas a la abrumadora supremacía militar y política soviética en los países ocupados. ¿Qué se proponía Stalin?, ¿aprovechar la ocasión para expandir el comunismo?, ¿restaurar y ampliar las fronteras del antiguo imperio zarista?, ¿resarcir a la URSS de las pérdidas de la guerra vía la explotación de los vencidos? La extrema debilidad del régimen soviético permite suponer que la tercera opción era central en sus planes. En relación con las fronteras, su principal objetivo era anular las cesiones territoriales impuestas por los alemanes a los bolcheviques en la paz firmada en 1918. Quería asegurar la creación de un cinturón de

seguridad que hiciera imposible una invasión a la Unión Soviética como la concretada por Hitler. En este sentido Polonia, desgarrada por la ocupación nazi y la soviética, sería la principal afectada.

Durante la guerra, el gobierno polaco en el exilio intentó que su país no cayera en poder de los soviéticos. En 1944, un año después de que el descubrimiento de la masacre de Katyn precipitase la ruptura de sus relaciones diplomáticas con Moscú, el gobierno polaco con sede en Londres convocó a la insurrección masiva en Varsovia para liberarla de los alemanes antes de que llegara el Ejército Rojo. Las fuerzas soviéticas se encontraban próximas a la ciudad, pero Stalin decidió no apoyar la insurrección. En enero de 1945, las tropas soviéticas entraron en Varsovia y se formó un Gobierno Provisional de Unidad Nacional integrado por representantes del Partido Obrero Polaco, el Partido Socialista Polaco y el Partido Campesino. En la práctica, el poder quedó en manos de los comunistas, muy subordinados a Moscú, que retuvieron el control del ejército y del aparato de seguridad. En poco tiempo, tanto el Partido Campesino como el Socialista fueron eliminados. Polonia debió ceder parte de sus territorios del este a la Unión Soviética y en compensación avanzó en el oeste sobre Alemania. Este doble corrimiento de las fronteras fue acompañado por desplazamientos de millones de polacos y alemanes para quedar incluidos en los nuevos Estados nacionales.

Después de la victoria aliada, el gobierno checoslovaco en el exilio encabezado por Edvard Beneš, regresó a Praga y sin consultar a las potencias occidentales firmó un acuerdo de paz y seguridad con la Unión Soviética. La decisión desagradó a Washington y Londres, pero en la dirigencia checoslovaca pesaba el recuerdo de Munich. El Frente Nacional a cargo del gobierno incluyó a los comunistas, a los socialdemócratas y a representantes del Partido Popular Católico y del Partido Democrático Eslovaco. Luego de las elecciones generales de mayo de 1946, Beneš asumió nuevamente la presidencia (había ocupado este cargo entre 1935 y 1938). Los comunistas obtuvieron un tercio de los escaños parlamentarios y ocuparon, entre otros, el Ministerio del Interior, que les aseguró el control sobre las fuerzas de seguridad. La cartera de Exteriores quedó en manos de Jan Masaryk, hijo del héroe de la independencia nacional. La Rutenia ciscarpática fue entregada a la URSS en junio de 1945 y la población de origen alemán, como venganza por la desintegración del país instrumentada por los nazis, fue expulsada en masa del país.

En Yugoslavia la construcción del nuevo orden quedó en manos de Tito, el principal líder de la guerrilla comunista que derrotó a los nazis. La intervención del Ejército Rojo en este país quedó en segundo plano.

El resto de los países –Rumania, Bulgaria, Hungría y Alemania– representaban al enemigo derrotado. Los tres primeros fueron ocupados por el Ejército Rojo y bajo su control se formaron gobiernos de coalición integrados por comunistas, socialistas y dirigentes de los partidos campesinos. En cambio Alemania, según lo dispuesto en Yalta, quedó dividida y ocupada por los cuatro países vencedores, y aunque los aliados habían resuelto tratarla como principal responsable del conflicto, en muy poco tiempo las decisiones sobre su destino dejaron de

tomarse en forma conjunta. Cuando la Gran Alianza dio paso a la Guerra Fría, Alemania quedó partida en dos nuevos países en 1949.

En el caso de Albania, a partir de 1941 los partisanos comunistas y nacionalistas lucharon contra las tropas de ocupación italianas y alemanas, además de entablar una dura competencia por imponer su poder. Con la caída del fascismo en Italia, los comunistas tomaron el control de la mayoría de las ciudades del sur del país, mientras que los nacionalistas dominaron el norte. Hubo un intento de colaboración, pero se frustró en relación con la suerte de Kosovo. Los comunistas –bajo la tutela de los yugoslavos– apoyaron el retorno de Kosovo a Yugoslavia. Mientras que los nacionalistas plantearon mantener la región bajo soberanía de Albania. En noviembre de 1944, los alemanes se retiraron del país y los comunistas –apoyados por la aviación aliada– tomaron la capital del país.

Hasta la expulsión de Yugoslavia del Kominform en 1948, Albania fue prácticamente un satélite de su poderoso vecino, que no ocultó sus intenciones de dominarla, al igual que lo hizo Italia entre 1925 y 1945. A partir de 1948, Albania entró en la órbita soviética y la URSS compensó las pérdidas dejadas por la falta de ayuda yugoslava.

Hasta 1948, Moscú aceptó que los comunistas compartieran el gobierno con los partidos no colaboracionistas existentes antes de la ocupación nazi. El programa de modernización y redistribución impulsado por estas coaliciones concitó una amplia adhesión, ya que fue percibido como una alternativa viable para superar el atraso. Sin embargo, en el marco del agravamiento de las tensiones con el bloque occidental –la puesta en marcha del Plan Marshall y la creación del Kominform, se liquidó la experiencia de los frentes. Según la teoría enunciada por Andréi Zhdánov, el mundo había quedado dividido en dos bloques irreconciliables y la política de alianzas no tenía cabida; en este escenario, se retomó la consigna de la preeminencia de la lucha de clases.

Los dirigentes comunistas europeos debieron seguir el modelo soviético: desarrollo industrial acelerado y planificado; colectivización del agro, y partido único. Un hito clave en este giro fue la disolución de la coalición gobernante en Checoslovaquia. En febrero de 1948, doce ministros abandonaron el gobierno en repudio a las presiones de los comunistas. El control de estos sobre la policía y las organizaciones de trabajadores les permitió realizar manifestaciones armadas en la calle. El presidente Beneš nombró un nuevo gabinete dominado por los comunistas y dimitió en junio de ese año. La presidencia quedó en manos del comunista Klement Gottwald.

Al mismo tiempo que se clausuraba la etapa de los frentes se produjo un hecho inesperado: la separación de Belgrado del bloque soviético. Yugoslavia había sido uno de los escasos países europeos en que los partisanos jugaron un papel decisivo en las operaciones militares contra los nazis. Después de la derrota de los alemanes, el líder de la resistencia contrarió los deseos de Stalin al no aceptar compartir el poder con los representantes del gobierno monárquico exiliado en Londres. En los primeros meses de la posguerra, Tito, además, llevó a cabo una política exterior activa y autónoma poco grata a los ojos del jefe máximo del comunismo: ayudó a los guerrilleros comunistas en Grecia y propuso la creación de una

federación balcánica con Bulgaria y Albania. En el plano interno se opuso a la injerencia del personal soviético en la administración y en las fuerzas de seguridad. El rumbo independiente que Tito imprimió a su gobierno, más que la adopción de una vía novedosa al socialismo, fue lo que llevó al Kremlin a denunciar la "desviación" del régimen yugoslavo. Cuando a mediados de 1948 Yugoslavia fue expulsada de la Kominform, el dirigente yugoslavo buscó y obtuvo el apoyo de Estados Unidos. Su gobierno recibió la ayuda del Plan Marshall e ingresó en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sin dejar por esto de comprometerse decididamente con el Movimiento de Países No Alineados. En el informe presentado al VI Congreso de su partido, varios meses antes de la muerte de Stalin, Tito planteó que "la URSS comenzó a practicar su política de expansionismo ya en vísperas de la última Guerra Mundial al firmar el acto con Hitler, al repartirse con él zonas de intereses, al invadir territorios extranjeros" y continuó esta misma política en cuanto terminó la Guerra, "[…] este sojuzgamiento de los pueblos pequeños […] solo tiene una finalidad que no es la revolución mundial, sino realmente la hegemonía mundial, la dominación por la URSS, potencia imperialista, de los otros pueblos".

Luego fue Mao quien esgrimió este argumento para denunciar la política de Moscú.

La acabada subordinación de los gobiernos de los países de Europa del Este no solo afectó a los partidos burgueses, incluyó la depuración de los propios partidos comunistas. En el marco del enfrentamiento con Belgrado, Stalin volvió a poner en escena entre 1949 y 1952 la ceremonia de los juicios para eliminar a los que en ese momento fueron identificados como "titoístas al servicio del imperialismo". Como en los años treinta, todos *confesaron* los crímenes de que eran acusados y los condenados fueron ejecutados o enviados a los campos de trabajo forzado. Hubo quienes sobrevivieron al campo de concentración nazi para caer en el Gulag soviético.

Las dos acusaciones básicas que dieron lugar a los *juicios* fueron el nacionalismo y el cosmopolitismo. Se culpó del primer pecado a quienes defendieron la necesidad de tener en cuenta las peculiaridades del país que gobernaban en el momento de avanzar hacia el socialismo, aquí por ejemplo se ubicó al comunista polaco Władysław Gomułka. La mayor parte de los sancionados como cosmopolitas habían pertenecido a las Brigadas Internacionales en los años '30 o militado en la resistencia en los países europeos ocupados por los nazis. El húngaro László Rajk, por ejemplo, desde la Guerra Civil española mantenía estrechas relaciones con los comunistas yugoslavos y sus declaraciones proporcionaron un material muy oportuno para la campaña propagandística contra Tito. Rudolf Slánský, secretario general del Partido Comunista Checoslovaco, era judío y había sido protegido por Zhdánov; su ejecución en 1952 afectó a un gran número de intelectuales judíos que pasaron a la categoría de enemigos del régimen. Los cosmopolitas, según Moscú, estaban demasiado interesados en romper el aislamiento con el objetivo de forjar relaciones con las democracias capitalistas.

La depuración de los partidos comunistas del bloque soviético respondió a la naturaleza del sistema estalinista, que exigía partidos comunistas acabadamente homogéneos y cohesionados. El sistema no podía aceptar la existencia de partidos integrados por dirigentes provenientes de experiencias diferentes y capaces de plantear alternativas a las órdenes de la

cúpula soviética. La puesta en marcha de las purgas contó en su favor con la presencia de camarillas enfrentadas en la cima de los partidos europeos. Con las purgas se eliminó la competencia y se creyó asegurar el predominio de los más dispuestos a someterse a las directivas del Kremlin. Algunos procesos, como el de Rudolf Slánský en Checoslovaquia, tuvieron un destacado carácter antisemita: los judíos fueron presentados como especialmente predispuestos, por su origen, su carácter y su educación, a prestarse a ser instrumentos del espionaje occidental.[2]

---

[2] El testimonio de Jorge Semprún sobre los juzgados y condenados en Checoslovaquia. Sus recuerdos sobre aquel período conectados con el tiempo en que estuvo prisionero en el campo de concentración emergieron en la reunión del Partido Comunista español concretada en los primeros días de abril de 1964 para examinar las diferencias de Claudín y las del mismo Semprún con la línea del Partido.

> […] De 1943 a 1945, en el campo de concentración de Buchenwald, yo había trabajado, por encargo de la dirección clandestina de la organización del PCE en el campo –y es que yo era el único de los deportados españoles que supiera el alemán– en un servicio administrativo interno, la Arbeitsstatistik, junto a un grupo de camaradas comunistas de diversas nacionalidades.
>
> Uno de esos comunistas era checo. Se llamaba Frank, Josef Frank. Más tarde, después de la guerra, Frank llegó a ser secretario general adjunto del PC de Checoslovaquia. Y en 1952 fue uno de los juzgados en el proceso Slánský, el último gran proceso espectacular de la era estalinista. El mismo proceso en que fue juzgado Artur London y cuya preparación nos ha relatado en La confesión. Confesó Frank, como todos los demás, crímenes imaginarios y fue condenado a muerte.
>
> En 1952, leí en L'Humanité, diario del PC francés, el resumen del acta de acusación contra los encartados en el proceso Slánský. Vi que a Josef Frank se le acusaba, entre otras cosas, de haber estado al servicio de los nazis en Buchenwald. Leí varias veces esa acusación. Me entró un sudor frío. Pensé que no era posible, que tenía que ser un error de transmisión. Yo sabía que Frank no había estado al servicio de los nazis, en Buchenwald, lo sabía muy bien.
>
> Recordé que a comienzos de 1945, cuando ya se vislumbraba la derrota alemana, la dirección clandestina del PC francés en Buchenwald me pidió ayuda para organizar la evasión de dos camaradas. Se trataba de Pierre Durand, actual redactor-jefe de L'Humanité, y de Marcel Paul, dirigente comunista del sindicato de la electricidad, que luego fue ministro del gobierno de DeGaulle, en la época de la alianza tripartita. Acepté esa tarea. Mi puesto de trabajo en la Arbeitsstatistik me permitía saber, en efecto, cuáles eran los kommandos que salían a trabajar, durante el día, fuera del recinto de alambradas electrificadas del campo propiamente dicho, con misiones de reparación de carreteras, de vías férreas, de postes telefónicos, y otras tareas similares, cada vez más necesarias y urgentes, a medida que los sistemáticos bombardeos de la aviación angloamericana iban paralizando la vida productiva del Tercer Reich.
>
> Durand y Paul querían ser destinados a un kommando de ese género para estudiar desde allí, concretamente, las posibilidades de evasión. Bien, acepté la tarea.
>
> Uno de los responsables de la distribución de la mano de obra deportada entre los diferentes kommandos de Buchenwald era Frank, precisamente. Le fui a ver. Era una mañana de invierno, lo recuerdo ahora como lo recordé en 1952, al leer la acusación contra Frank en el periódico, como lo recordé en 1964 en el antiguo castillo de los reyes de Bohemia […].
>
> Recuerdo aquella mañana de invierno, en Buchenwald, el segundo invierno mío en el campo. Fui a ver a Frank y le pedí que me encontrara dos puestos de trabajo en un kommando que saliera durante el día del recinto alambrado del campo. Dos puestos de trabajo para dos camaradas franceses […].
>
> Finalmente, el plan de evasión de Pierre Durand y de Marcel Paul fue abandonado, no recuerdo ya por qué razones. Pero Frank cumplió su promesa. Encontró los dos puestos de trabajo que le había pedido.
>
> Recuerdo la nieve de aquel día lejano de 1945. Recuerdo el humo gris del crematorio. Le di la mano a Frank, mi compañero. Ninguno de nosotros dos podía imaginar que siete años más tarde, en el otoño de 1952, Josef Frank confesaría haber sido un criminal de guerra, en Buchenwald, al servicio de la Gestapo. No sabíamos que moriría en la horca, asesinado por los suyos –los nuestros– en un país que había contribuido a libertar. No sabíamos que sería incinerado su cadáver y que las cenizas, junto con las de los demás ajusticiados, serían esparcidas en la nieve de los alrededores de Praga, para que no quedara ni huella de su paso por la tierra. Ninguno de nosotros podía imaginar que yo evocaría su memoria, tristemente, desesperadamente, un triste y desesperante mes de marzo de 1964, ante un tribunal de representantes de la clase obrera española, ¡oh siniestra farsa!, en un antiguo castillo de los reyes de Bohemia.
>
> Evoqué la memoria de Josef Frank ante los miembros del Comité Ejecutivo del PCE. Yo sabía que era inocente, en 1952, y no había dicho nada. No había proclamado en ninguna parte su inocencia. Me había callado, sacrificando la verdad en aras del Espíritu Absoluto, que entre nosotros se llamaba Espíritu-de-Partido […].
>
> Semprún, J. (1977). *Autobiografía de Federico Sánchez*. Barcelona: Planeta.

La desestalinización

Stalin no había organizado su sucesión y sus poderes pasaron a una dirección colectiva en la que se distinguieron tres figuras principales: Malenkov, presidente del Consejo de Ministros; Beria, la máxima autoridad del Ministerio de Asuntos Internos –del que dependía la policía política–, y el secretario general del Partido, Kruschev. En un segundo plano estaban Kaganóvich, comisario de Economía, y Mólotov, al frente de Relaciones Exteriores. Aunque acordaron mantenerse unidos, competían sordamente por el control del poder.

Pocas semanas después de la muerte de Stalin aparecieron señales de cambio: fue aprobado el decreto de amnistía a los presos políticos y el que negaba la existencia de la conjura de los médicos. Era el principio del fin del terror. Al mismo tiempo, Malenkov declaraba su interés en modificar las prioridades de los planes económicos pasando inversiones de la industria pesada hacia los bienes destinados a mejorar las condiciones de vida de la población, especialmente la vivienda. En sintonía con este sesgo, Beria alentaba las negociaciones con los países del bloque capitalista para poner fin al problema alemán. Su idea era llegar a la reunificación de las dos zonas mediante la instauración de un Estado alemán neutral que sirviese de garantía a la preservación de las fronteras entre los dos bloques. También se mostró dispuesto al acercamiento con Tito –el *hereje,* según Stalin– y con Mao.

Los hombres que habían colaborado estrechamente con la política estalinista, y sin que se visualizaran presiones desde la sociedad, estaban dando un drástico giro respecto del gobierno de Stalin. Sin embargo, el grupo carecía de cohesión. Hasta 1958, en que Kruschev impuso acabadamente su conducción, las pugnas entre camarillas imprimieron su sello a los sucesivos recambios de una parte del personal ubicado en la cima del poder. Pero se produjo un cambio fundamental: la pérdida del cargo dejó de estar acompañada por la eliminación física del desplazado, excepto en el caso de Beria. A mediados de 1953, a través de procedimientos y de reproches de corte estalinista, el jefe máximo de los servicios de seguridad fue detenido y a fines de ese año fusilado. En cierto sentido, se repitió lo que había ocurrido en los años veinte con la muerte de Lenin: la desaparición del jefe máximo desencadenó la competencia entre los miembros de la

---

En 1970 el director griego Costa-Gavras filmó la película *La confesión*, basada en el texto de Artur London, sobreviviente de este juicio. Semprún escribió el guión, Artur fue interpretado por Yves Montand, y su esposa Lise por Simone Signoret.

Los juicios fueron llevados a cabo en todos los países del bloque soviético. En Hungría una de las víctimas principales fue László Rajk, que desde la guerra de España mantenía estrechas relaciones con los comunistas yugoslavos y cuyas declaraciones proporcionaron un material muy oportuno para la campaña propagandística contra Tito. En Bulgaria fue condenado el que fuera el principal dirigente del Partido, Traicho Kostov. En Albania, fue ejecutado Koçi Xoxe, quien se había desempeñado como viceprimer ministro y ministro de Interior. Gheorghiu-Dej, en Rumania a principios de 1952, aprovechó el clima de antisemitismo que predominaba en la URSS para eliminar de la dirección del Partido a dos altos dirigentes de origen judío: Ana Pauker y Vasile Luca. Esta acción le permitió quedar como jefe absoluto del gobierno y del Partido. Dej se convirtió luego en un jefe nacional comunista enfrentado a la hegemonía del Kremlin. En Alemania del Este, Ulbricht, luego del proceso a Slansky ordenó el arresto del dirigente judío Paul Merker y de su rival Franz Dahlem. En el caso de Polonia, el primer secretario del Partido, Gomułka, a mediados de 1948, planteó objeciones frente a la colectivización forzosa. Estas provocaron su destitución. Recién a fines de 1949 fue expulsado del Partido y a fines de 1951 detenido sin que se recurriera a la instrumentación de un juicio.

cúpula bolchevique. Pero en aquella ocasión, Stalin acabó imponiéndose a través de la invocación del legado leninista; sus sucesores, en cambio, dieron curso a la *desestalinización*.

Aunque los sentimientos de miedo y hastío frente al terror parecen haber sido compartidos, estos se combinaron con la presencia de diferentes fracciones. Los dos principales temas del debate explícito, enlazados entre sí, fueron: el rumbo de la política exterior –hasta qué punto alentar el deshielo o seguir la carrera armamentista– y las prioridades fijadas en los planes económicos –cuánto asignar a la industria pesada y cuánto a la de bienes de consumo–. Pero hubo otra controversia más encubierta que giró en torno de los alcances del desmantelamiento de la maquinaria del terror y los procedimientos a seguir en este sentido. En este terreno, Kruschev asumió la posición más radicalizada. Su embate contra el estalinismo fue en gran medida una herramienta para ganar terreno sobre los rivales. En su marcha hacia la *toma del poder* fue quien, con mayor convicción y habilidad, profundizó la desestalinización hasta el punto de denunciar los crímenes de Stalin.

Después de su activa intervención en la destitución de Beria, Kruschev avanzó sobre Malenkov aliándose con Kaganóvich y Mólotov, la vieja guardia del Partido, reticente a los cambios en todos los sentidos. A principios de 1955, el secretario del Partido logró que Bulganin, un hombre de su confianza, reemplazara a Malenkov como presidente del Consejo de Ministros. Había llegado el momento de tomar distancia del grupo conservador, y poco después viajó a Belgrado para recomponer las relaciones con Tito.

En el XX Congreso del Partido, a fines de febrero de 1956, Kruschev pronunció el discurso *secreto* que descorrió el velo sobre el Gulag y la *depuración* del Partido en los años treinta y en el que, además, atacó el culto a la personalidad de Stalin. No todo fue dicho y mucho menos se intentó ofrecer razones sobre lo ocurrido, el jefe máximo muerto fue al mismo tiempo el responsable y la causa del terror, solo había que dar vuelta la página para seguir avanzando hacia el socialismo. Con estas revelaciones atrevidas y parciales, Kruschev pretendía ganar el apoyo de la masa del Partido y fortalecerse frente a sus rivales, que aun retenían espacios de poder en el Partido y el gobierno. Pero su discurso fue también la expresión de un militante comunista convencido de que era posible renovar el régimen y recuperar los ideales del Octubre Rojo.

El informe *secreto* de 1956 se difundió rápidamente y agrietó las convicciones en los partidos comunistas. Una parte importante de los militantes comunistas occidentales abandonaron sus filas, fue el principio del fin de la disciplina y la obediencia ciegas al partido que había hecho la Revolución. Los partidos comunistas de Gran Bretaña, Suiza y Dinamarca sufrieron una grave crisis: un tercio de los militantes del primero se dieron de baja. En Francia, quizá una cuarta parte del mundo intelectual que apoyaba de forma más o menos implícita al Partido Comunista se desvinculó del mismo.

El nuevo rumbo de Kruschev combinaba los cambios internos con el deshielo de la Guerra Fría. La Unión Soviética no podía seguir destinando tantos recursos al aparato militar, era preciso atender las condiciones de vida de la población. Aunque no logró cambios significativos en la comunicación con Washington, dejó claro que tenía la voluntad de dialogar y anunció que

la superioridad del socialismo quedaría confirmada a través de su exitosa competencia económica con el capitalismo. La revolución bolchevique dejaba de ser el camino obligado para el triunfo del comunismo, era factible seguir *diferentes vías*, implícitamente quedaba abierta la posibilidad del desarrollo progresivo del socialismo en el marco del capitalismo. En lugar de los dos campos en lucha propuestos con la creación del Kominform, ahora los partidos comunistas podían avanzar en la búsqueda de alianzas parlamentarias en el marco de las democracias occidentales. En gran medida, al no proponer la expansión revolucionaria del comunismo, la nueva dirigencia, aunque con una actitud diferente, seguía el mismo rumbo que Stalin: consolidar el poder ya conquistado.

En el plano interno, Kruschev no pretendió reemplazar a los cuadros estalinistas, solo reeducarlos y forjar una racionalidad que operase como dique de contención a los excesos del régimen fundado en la autoridad de una sola persona. La propuesta del nuevo jefe máximo se basaba en un elevado grado de confianza en la solidez del aparato partidario y en su posibilidad de conservar lo esencial del poder. Respecto del rumbo económico, promovió amplias reorganizaciones sin cuestionar la economía central planificada. En el orden industrial, recortó los poderes de la burocracia central y favoreció un mayor grado de injerencia por parte de los gobiernos provinciales. En materia agrícola, se liberó a los agricultores de las entregas forzosas de alimentos, el Estado se declaró dispuesto a pagar todos los productos requeridos para asegurar el abastecimiento de las ciudades y aumentó los precios de los mismos. En cierto sentido, las reformas del agro retomaban algunos de los principios de la NEP. Pero también se propuso *conquistar las tierras vírgenes* de Asia Central y Siberia, una experiencia inicialmente exitosa pero que acabó en un rotundo fracaso al provocar la erosión de los suelos. En el afán de incrementar los volúmenes, se dejó a un lado la renovación de los terrenos, explotados a toda marcha, y –lo más dramático– se impuso una explotación que alteró los cursos de agua y liquidó los cultivos destinados a alimentar a la población, que sufrió los rigores de un nuevo régimen de explotación. Gran parte de la población rural de Asia Central fue sacrificada a la irracional producción de algodón.

Un aspecto de la política interna de Kruschev es el que se refiere a su política cultural y a sus relaciones con los intelectuales. La desestalinización produjo, por vez primera en la historia de la URSS, la aparición de algo semejante a una opinión pública, especialmente entre los medios culturales que, por lo menos en una etapa inicial, estuvieron al lado del líder soviético. En 1957, Pasternak publicó en el extranjero *Doctor Zhivago*, que incluía aspectos críticos hacia la Revolución de 1917. Con él obtuvo el Premio Nobel en 1958 que, sin embargo, no pudo recibir personalmente por la oposición de las autoridades. En 1962, la censura permitió la aparición de *Un día en la vida de Iván Denisovich,* de Aleksandr Solzhenitsyn. También se publicó la obra poética de Ajmátova y la ensayística de Amalrik. En todos estos casos, se elevó el nivel de tolerancia para los discrepantes con el sistema político vigente.

Mientras Kruschev disfrutaba de sus vacaciones, en 1964, la práctica totalidad del Presidium (ex-Politburó) aprobó su destitución y los nombramientos de Leonid Brézhnev como primer secretario del Partido y de Alekséi Kosygin como presidente del Consejo de Ministros.

Según sus camaradas, había cometido errores graves en la dirección de la política económica, había tomado decisiones improvisadas y obró con manifiesta falta de prudencia en muchos casos. Kruschev no fue perseguido, pero vivió observado en una vivienda modesta. En el retiro “por motivos de salud”, escribió sus memorias a escondidas y el control de los servicios no impidió que *Kruschev recuerda* apareciera en Occidente en 1970.

Se lo responsabilizó del impasse en que se encontraba la agricultura soviética, incapaz de aportar una base sólida al ascenso del nivel de vida. Se lo acusó por el consiguiente estancamiento del ritmo de aumento del desarrollo industrial. En parte estas dificultades derivaron de los experimentos descoordinados de Kruschev o, como se dijo en el Congreso, de su actitud “subjetivista” frente a los problemas económicos. Pero también en parte fueron fruto de las circunstancias objetivas y tuvieron que ver con la transición operada por la economía soviética de la acumulación socialista primitiva a una modalidad de acumulación más normal. De la misma manera, hay que reconocer que el costo, cada vez más gravoso, del programa de armamento estaba pesando sobre la economía y retardando su avance.

La desestalinización fue incompleta. No le explicó al país lo vivido a lo largo de la era de Stalin. No hubo un intento de desarmar la tragedia estalinista y avanzar hacia la verdad. La formulación de un conjunto de verdades a medias fomentó una decepción peligrosa, sin ofrecer a la joven *intelligentsia* ni a los trabajadores una idea positiva ni un método político efectivamente capaz de llenar el vacío dejado por la destrucción de ídolos y mitos.

Los 18 años en que Brézhnev estuvo al frente del PCUS están asociados con tres procesos clave: el afianzamiento de la nomenklatura; el estancamiento económico, especialmente su retraso en el plano científico y tecnológico, opacado por el hecho de que fue el período en que la población soviética dejó atrás la etapa de los sacrificios y alcanzó sus más altos niveles de consumo, y por último la adopción, en los años ‘70, de una política exterior expansionista, en especial su gravitación en África, uno de los factores que darían paso a la Segunda Guerra Fría.

Europa del Este en el marco de la desestalinización

Desde la muerte de Stalin en 1953 hasta el ingreso de los tanques soviéticos en Checoslovaquia en 1968, el bloque soviético europeo fue sacudido por una profunda crisis, con picos y reflujos y con diferentes alcances y significación según los países. Se pueden distinguir tres tipos principales de conflictos. El primero, caracterizado esencialmente por episodios de rebelión causada por la escasez o bien como reacción por reajustes en los centros de trabajo para incrementar la productividad o como protesta frente a la desvalorización de la moneda. El segundo está representado por la Revolución húngara de 1956, que cuestionó en forma radical el sistema comunista de partido único. El tercer tipo se concretó en Checoslovaquia con el intento, desde un sector de la cúpula del partido gobernante, de concretar reformas políticas y económicas.

En otros casos, como los de Rumania y Albania, no hubo estallidos sociales pero sí la decisión de los partidos comunistas de estos países de tomar distancia de Moscú. La

disidencia de este segundo grupo impugnó la desestalinización, o bien no se sumó a este proceso, para centrarse en la ruptura de su condición de satélites respecto del rumbo diseñado en Moscú y emprender su propio programa económico y de relaciones exteriores.

En este contexto, China cuestionó muy tempranamente las críticas a Stalin, repudió decididamente los movimientos de protesta que tuvieron lugar en los países europeos y acabó, por un lado, denunciando la naturaleza imperialista de la URSS y, por el otro, recomponiendo sus relaciones con Estados Unidos.

A la muerte de Stalin, el giro adoptado por la dirección colegiada desde Moscú dio paso a la emergencia del concepto de revisionismo. El término fue acuñado originariamente por los sectores que se oponían a los cambios propiciados por los reformadores y a través del mismo se pretendía descalificarlos al asociar sus planteos con los de la corriente de la socialdemocracia alemana encabezada por Bernstein a fines del siglo XIX. Los revisionistas de ayer habían traicionado a la clase obrera al sumarse a las "uniones sagradas" que posibilitaron la Primera Guerra Mundial y la habían vuelto a traicionar cuando criticaron la toma del gobierno por parte de los bolcheviques en octubre de 1917. Bajo el término *revisionismo* coexistían principios no acabadamente articulados y se englobó a diferentes sectores que, aunque compartían su oposición al estalinismo, aún no habían precisado sus diferencias internas. El grupo central lo integraban quienes propiciaban la eliminación de los métodos autoritarios y burocráticos en el Partido y en el Estado, el desarrollo de la autogestión, la apertura en el plano cultural y un cierto pluralismo político pero bajo la dirección del Partido Comunista.

Los "liberales", con objetivos más limitados que el grupo anterior, impulsaron inicialmente los cambios pero circunscriptos a la adopción de un nuevo estilo político por parte de la conducción del Partido. La renovación debía conferir un carácter menos arbitrario a las decisiones del gobierno y del Partido y habría de incluir medidas económicas destinadas a recoger las demandas más imperiosas de productores y consumidores: normas de trabajo más flexibles, mayores salarios, posibilidades de acceso a la vivienda. Todo esto sin poner en tela de juicio el control del Partido sobre la organización de la producción y de los criterios en que se basaba la distribución y sin abrir el juego a la competencia política.

Los revisionistas de izquierda propiciaban una democratización más profunda en el campo del trabajo a través del fortalecimiento de los consejos obreros no subordinados al Partido y la configuración de un espacio abierto para el debate al margen de este. Este sector solo se visualiza en aquellas situaciones en que la crisis se combinó con la movilización organizada de sectores de la sociedad.

También se sumaron al nuevo espacio abierto por los revisionistas aquellas fuerzas políticas tradicionales que habían intervenido en la lucha contra el fascismo y luego en el marco de la sovietización fueron proscriptas: socialdemócratas, católicos, agrarios.

En relación con el marxismo, los revisionistas reconocieron la posibilidad y la necesidad de leer e interpretar las obras de Marx sin atenerse a la intermediación institucional. Además, reivindicaron la incorporación de otras corrientes teóricas que habían estado censuradas en virtud de su condición de ciencias burguesas. Se prestó atención a otras tradiciones y corrientes socialistas no

aceptadas hasta entonces por el poder, tanto la de los marxistas que habían formulado críticas al curso de Revolución bolchevique y algunos aspectos de la doctrina leninista, como la de Rosa Luxemburgo, o bien las de los partidos socialistas de Europa Occidental.

El nuevo rumbo puesto en marcha por Kruschev desestabilizó a las dirigencias comunistas de los países europeos. En parte porque deslegitimaba a quienes habían actuado como "pequeños Stalin". El giro del XX Congreso los colocó frente a severos desafíos: encarar la dirección colectiva; asumir la crítica al culto de la personalidad; corregir los excesos en la industrialización y colectivización; suprimir los aspectos más brutales de la represión; rehabilitar a algunas de las víctimas más notorias.

El objetivo de los dirigentes soviéticos no era liquidar la hegemonía de los jefes políticos del bloque soviético sino continuarla por otros medios más flexibles, más racionales y más respetuosos. Pero la puesta en marcha de la reforma produjo divisiones en el seno del Kremlin que se reprodujeron en los órganos de poder de los otros países del bloque. La presencia de diferentes tendencias, la de los conservadores estalinistas por un lado y la de los revisionistas por otro, dio paso a un proceso signado por avances y retrocesos en la implementación de las reformas y, en algunos casos, a situaciones revolucionarias.

Las fracciones estalinistas de las democracias populares contaban con el apoyo del grupo Mólotov-Kaganóvich, que resistía en Moscú al grupo de Kruschev; por su parte, los más dispuestos a promover cambios tuvieron el aval de los "liberales" del Kremlin. En Hungría, por ejemplo, el secretario general del Partido, Mátyás Rákosi, organizador del proceso contra László Rajk en 1952, debió aceptar que Imre Nagy ocupara el puesto de primer ministro. Nagy, vinculado con Malenkov, prometió una relajación general de los controles y una economía orientada hacia el consumo. No llegó a desplegar su programa porque en 1955 cayó junto con Malenkov.

Dado que el revisionismo fue principalmente un movimiento intelectual, su base de acción se encontró en las revistas culturales o especializadas, las escuelas superiores –incluyendo las del Partido– y las asociaciones culturales, científicas y políticas. Lograron extender su campo de acción al asociarse con el ala reformista de los aparatos del Partido. No formaron nunca una organización política propia, optaron por actuar dentro de los cuadros institucionales dirigiéndose en primer lugar al Partido Comunista con el fin de promover una auténtica renovación de la práctica socialista. En gran medida, el impulso provino de los sectores marginales del Partido y logró afianzarse en virtud de la acogida que tuvo el cambio de rumbo por sectores de la dirigencia y en ámbitos clave de la sociedad.

El fenómeno del revisionismo tuvo diferentes alcances, asumió una posición moderada tanto en la URSS con Kruschev como conGomułka en Polonia. En cambio, en Hungría se alcanzó el punto de lucha frontal, y en Checoslovaquia, al cabo de una larga incubación, en 1968 la dirigencia del Partido encabezó una reforma que tendía a rebasar los límites ideológicos y políticos del revisionismo.

La confrontación en el seno de los grupos dirigentes atravesó al conjunto del Partido y trascendió fuera del mismo. Para dar cuenta del rumbo seguido por los diferentes países, a las divisiones en las cúpulas dirigentes es preciso sumarle la presencia de iniciativas de diferente

alcance y consistencia en el seno de las sociedades. La desestalinización abrió espacio a la impugnación del pasado reciente; a las reivindicaciones de los obreros descontentos por los bajos salarios, las elevadas normas y el autoritarismo de las relaciones laborales; al malestar de los campesinos, obligados a aceptar la colectivización forzosa en condiciones inapropiadas, y a los reclamos de los intelectuales y estudiantes especialmente sensibilizados contra las formas de opresión cultural.

Las primeras explosiones sociales tuvieron lugar en Alemania Oriental y en Checoslovaquia, a los tres meses de la muerte de Stalin. A principios de junio, los trabajadores de varios centros industriales de Checoslovaquia iniciaron paros y manifestaciones en las acerías y minas de Ostrava, en la gran fábrica de industria mecánica de Praga y en la fábrica Lenin de Pilsen. El detonador fue una reforma monetaria que implicaba la pérdida de parte de los ahorros de la población. El problema de fondo residía en que el impulso conferido a la industria de base en detrimento de la de bienes de consumo, junto con la baja producción agrícola, había provocado escasez de bienes y la consiguiente inflación. Los obreros de Pilsen asaltaron la sede del poder local y exigieron elecciones libres. El gobierno envió unidades del ejército para reprimir y prometió inmediatos aumentos salariales.

La conducción del Partido se dividió: mientras algunos se pronunciaron en contra de la colectivización de las tierras, el secretario general Antonín Novotný se opuso a la restauración de la propiedad privada. El debate quedó zanjado pocos meses después en favor de Novotný, quien recibió el apoyo de Kruschev.

A mediados de junio, los obreros de la construcción de Berlín Oriental se declararon en huelga y salieron a la calle a protestar contra el aumento de las tasas de producción. Al día siguiente, la huelga se generalizó y las manifestaciones se hicieron masivas. El jefe de la guarnición soviética organizó la represión y hubo detenciones en masa con aplicación de condenas a muerte para algunos de los detenidos. El gobierno adjudicó la explosión a provocadores burgueses y a los agentes del imperialismo El escritor Bertold Brecht, evocando la exigencia de "dimisión del gobierno" planteada por los manifestantes, ironizó en un poema titulado *La solución*: "¿no será más sencillo que el gobierno licencie al pueblo y elija uno nuevo?". En ninguno de estos casos los manifestantes pretendieron derribar el gobierno en forma violenta. Sus acciones fueron espontáneas, no ideológicas, y efímeras.

Los intelectuales alemanes se movilizaron solo después de la explosión obrera de 1953, en un primer momento acogida pasivamente. El protagonismo principal lo asumió la joven generación de escritores agrupada en torno de la revista *Der Sonntag*. Entre sus representantes se destacó Wolfgang Harich, quien lanzó la escandalosa propuesta –en la Alemania de Ulbricht– de "enriquecer" el marxismo leninismo con las aportaciones de Trotski, Luxemburgo, Bujarin y hasta Kautski.

Después del XX Congreso se concretaron movimientos de protesta de mayor envergadura en Polonia y Hungría, que fueron contenidos vía la negociación en el primer caso o reprimidos a través de los tanques soviéticos en Budapest.

El 28 de junio de 1956, en el centro industrial de Poznan (Polonia), miles de obreros desfilaron por la ciudad reclamando pan, elecciones libres y evacuación de las tropas soviéticas. La represión, que dejó un alto número de muertos y heridos y centenares de detenidos, no logró desmantelar la protesta. En la fábrica de Zeran, en Varsovia, el levantamiento obrero estableció contacto con la Universidad. Los católicos también se movilizaron: un millón de creyentes se concentraron en Cracovia con motivo del tercer centenario de la Virgen de Czestrochowa, patrona de Polonia. En la trama de fuertes tensiones que dividieron al Partido, con los estalinistas recalcitrantes en favor de un golpe de Estado, acabó imponiéndose la tendencia liberal en favor de la restitución de Gomułka. Pero antes fue necesario el visto bueno del Kremlin. Una delegación presidida por Kruschev arribó a Varsovia y tras unas tensas conversaciones con la dirección polaca, al mismo tiempo que las tropas soviéticas se movían en la frontera, el secretario general del PCUS acabó aceptando que Gomułka se hiciera cargo de la dirección del Partido.

Gomułka se inclinó en favor de un reformismo suave que incluyó un cierto grado de autonomía en los contactos con Occidente, alguna tolerancia en materia cultural, mayor grado de acción del Poder Legislativo y la revisión de la colectivización en el campo. En materia religiosa, el cardenal Stefan Wyszynski fue puesto en libertad y cesaron las persecuciones a la Iglesia. Todo esto en el marco de un definido reconocimiento de la hegemonía de Moscú.

La designación de Gomułka y la aprobación del programa que había planteado antes de su destitución permitieron controlar la situación y generar expectativas en la población.

Por otra parte, no hubo en la sociedad, ni por parte del movimiento obrero ni en el campo intelectual, una estrategia ni una dirección que sostuvieran iniciativas propias con el suficiente grado de convicción para profundizar el alcance de las reformas y obtener un mayor grado de autonomía frente al partido único que, en consecuencia, logró preservar su poder sin excesivo desgaste.

Sin embargo, con el paso del tiempo, el gobierno de Gomułka se mostró muy distante de las esperanzas que había suscitado. Su conducción asumió un carácter autoritario que restringió las libertades en principio admitidas. Si bien no se volvió a intentar la colectivización rural, en el plano industrial la economía central planificada no logró satisfacer las expectativas de consumo y mantuvo unas relaciones laborales que negaban la autonomía de los trabajadores tanto en el plano de la organización de las tareas como respecto de la posibilidad de contar con organizaciones propias para defender sus reclamos. Desde mediados de la década de 1960, el movimiento polaco fue abandonando los propósitos comunistas reformistas. A mediados de los años sesenta, salió a la luz la última expresión de autocrítica comunista, la *Carta abierta* de Karol Modzelewski y Jacek Kuroń a los miembros del Partido Comunista Polaco, que proponía un levantamiento dentro del espíritu del socialismo contra la “nueva clase”: la burocracia del partido.

La crisis política en Hungría iniciada al morir Stalin estuvo caracterizada por la articulación de dos elementos. Por un lado, la agudización del conflicto interno entre los estalinistas agrupados en torno de Rákosi y los reformistas encabezados por Nagy. Por otro, la emergencia rápida y generalizada, tanto dentro del Partido Comunista como fuera de él, de una oposición al gobierno despótico de Rákosi. Ambos factores se alimentaron recíprocamente. La lucha

intestina facilitó la aparición de las fuerzas contestatarias y estas fortalecieron la línea de Nagy. Si bien Rákosi logró destituirlo en 1955, esta decisión hizo crecer el prestigio de Nagy entre sectores del Partido, de la intelectualidad y de la población. El 6 de octubre, alrededor de doscientas mil personas desfilaron por Budapest con Nagy a la cabeza en homenaje póstumo a Rajk. Entre el 22 y 23 de octubre, el círculo Petöfi y los estudiantes presentaron programas exigiendo elecciones y la evacuación de las tropas soviéticas. El 23 de ese mes, una manifestación multitudinaria destruyó una estatua de Stalin y ocupó la ciudad.

La conducción del Partido aceptó desplazar a Rákosi y nombrar a Nagy al frente del gobierno, pero simultáneamente apeló a la guarnición soviética para restablecer el orden. Durante varios días, los manifestantes enfrentaron a los tanques soviéticos. El nuevo gobierno encabezado por Nagy se mostró impotente para restablecer el orden y llegó una misión desde Moscú que desplazó al secretario del Partido para nombrar en su lugar a János Kádár. Esta medida no impidió la extensión de la huelga general declarada por los consejos obreros. El 26 de octubre, Kádár anunció la formación de un gobierno que incluiría ministros no comunistas y el reconocimiento de los consejos obreros. Al mismo tiempo, el mando soviético ordenó la retirada de sus tropas. Sin embargo, grupos armados de dudosa composición lanzaron acciones mortales contra miembros de la policía política y contra comunistas. Las escenas de linchamiento y ejecuciones sumarias, ampliamente difundidas por la prensa internacional, fueron utilizadas por los partidos comunistas como prueba del carácter “contrarrevolucionario” de la insurrección húngara.

A fines de octubre, los dirigentes comunistas húngaros aprobaron la abolición del sistema de partido único y la vuelta a una coalición con otros partidos, como la de 1945; también propusieron la retirada de Hungría del Pacto de Varsovia. En respuesta, desde Moscú se ordenó a sus tropas ponerse en marcha hacia Hungría. Kádár, que en estas jornadas abandonó la escena pública, reapareció el 4 de noviembre solicitando la “ayuda” del Ejército soviético para combatir la “contrarrevolución”. Kádár, un hombre del aparato comunista que había sufrido como Nagy la represión estalinista, decidió mantener al país en la órbita soviética.

Nagy se asiló junto con sus seguidores en la embajada Yugoslava y cuando la abandonó, creyendo contar con garantías, fue detenido y dos años después ejecutado en el marco de la creciente cautela de Kruschev frente al embate pro-estalinista de Mao.

El argumento de los partidos comunistas para justificar la intervención soviética fue que no había otra opción para salvar el socialismo en Hungría y prevenir los peligros que para otros países socialistas se habrían derivado de su destrucción. A lo que Jean Paul Sartre, polemizando con los comunistas franceses, respondió dando cuenta de las consecuencias negativas de dicha intervención.

Kádár intentó conciliar dos políticas que parecían incompatibles, pero que le dieron resultado: la represión de los radicales y la negociación con los más moderados para incorporarlos a su equipo. Conseguido lo segundo –lo primero se llevó a cabo con la directa intervención soviética–, Kádár protagonizó una política revisionista en lo económico que

permitió diferenciarse respecto del resto de los países de Europa del Este, con la inclusión de actividades y prácticas más liberales y pro-mercado.

En la trayectoria de ambos procesos se distinguen significativos contrastes. En el caso de Varsovia, se aceptó la vuelta al gobierno de Gomułka, una de las víctimas de las purgas de Stalin, y el sesgo más flexible de su gestión alentó durante cierto tiempo la esperanza de un comunismo más afín con las peculiaridades de Polonia: la preservación de la propiedad de la tierra por los pequeños campesinos, el reconocimiento del arraigado catolicismo en la población. Sin embargo, en la década de 1980 Polonia, a través del movimiento obrero organizado en el sindicato Solidaridad, pasó a ser el epicentro de la oposición cada vez más frontal contra el orden soviético.

Un intento similar en Hungría –la reposición en el gobierno del perseguido Nagy–, fracasó. Los reformistas húngaros fueron más allá del límite que Moscú estaba dispuesto a aceptar: decidieron abandonar el Pacto de Varsovia. Además, el ala comunista conservadora de Budapest era más consistente que la polaca. Por último, la movilización de la sociedad desbordó al conjunto de la dirigencia comunista húngara.

La crisis húngara frenó la desestalinización. Aunque en Moscú la lucha se resolvió provisionalmente en favor de Kruschev con los desplazamientos de Mólotov y Kaganóvich, Kruschev tuvo que contemporizar con los dirigentes europeos más inclinados a la línea dura de la facción Mólotov y con el decidido anti-revisionismo de Mao. El dirigente yugoslavo Tito fue nuevamente convertido en símbolo del repudiable “revisionismo”.

A fines de 1957, se reunió en secreto la primera conferencia internacional de partidos comunistas desde la disolución del Komintern. La conferencia de los partidos en el poder aprobó una declaración común, no firmada por los yugoslavos. Mao adoptó un tono belicista muy distante de la coexistencia pacífica alentada por Moscú. En el texto definitivo se reconoció el papel dirigente de la URSS al frente del campo socialista y la necesidad de que en las relaciones entre los países y partidos se lograse una cooperación estrecha. Al mismo tiempo se criticó el revisionismo como expresión de una ideología burguesa que apuntaba a la restauración del capitalismo.

Respecto de las relaciones con Occidente, Mao asumió un discurso agresivo que reconocía la superioridad del socialismo y en consecuencia su posibilidad de expandirse mundialmente: no había que temer una guerra con el imperialismo porque este sería vencido. Sobre esta cuestión, la postura de Mao no suscitó adhesiones de los dirigentes de Europa del Este, que temieron la adopción de líneas de acción aventureras poco realistas.

El régimen de Tito, por su parte, organizó el Congreso de la Liga en abril de 1958, que reafirmó los principios en que se había fundado la escisión yugoslava: los peligros de la centralización burocrática, el reconocimiento de la diversidad de caminos hacia el socialismo y la gestión obrera como base de la democracia socialista.

En 1958, el antirrevisionismo alcanzó su mayor gravitación. La dirigencia soviética no solo denunció el revisionismo yugoslavo como caballo de Troya introducido en el ámbito comunista,

también fueron suspendidos los créditos prometidos en la etapa de la reconciliación. En este marco, fue ejecutado el dirigente húngaro Nagy, cuyo proceso venía siendo aplazado.

No obstante, en el XXII Congreso del PCUS en octubre de 1961, Kruschev concretó la segunda y más profunda revisión crítica del estalinismo, que contribuyó a que en las democracias populares se reanimaran las tendencias opositoras. Sin embargo, el debate en el seno del Partido no fue acompañado de una reactivación de la vida política en la sociedad rusa. Los chinos abandonaron la reunión y las divergencias entre Moscú y Pekín se profundizaron en forma irreversible.

La controversia chino-soviética fue más la expresión de las tensiones entre dos políticas estatales que producto de diferencias ideológicas. La ruptura entre ambos países favoreció la diáspora de algunos países europeos respecto de Moscú. Albania, cuyo dirigente Enver Hoxha había soportado una presión constante de Kruschev para que revisara su ortodoxia, se colocó bajo la protección de China. Ambos países reivindicaron abiertamente la figura de Stalin. En un tono más velado, el dirigente rumano Gheorghe Gheorghiu-Dej y luego su sucesor, Nicolae Ceaucescu, no cuestionaron la vía soviética al socialismo pero se opusieron exitosamente a los planes de integración económica del Kremlin –que asignaban a Rumania el papel de proveedora de materias al mercado común soviético– para impulsar un programa de industrialización nacional. Los rumanos deseaban acrecentar los intercambios comerciales y la cooperación técnica con los alemanes occidentales, contrataron a ingenieros y especialistas, buscaron divisas fuertes, prefirieron vender su maíz a Inglaterra en lugar de a Checoslovaquia y exportar cerdos y aves a los países capitalistas en lugar de a Checoslovaquia o Polonia.

La desestalinización abrió el camino a las voces disidentes en los países europeos. En cambio, en China hubo una reivindicación del pasado estalinista, cuya consecuencia más significativa fue la fragmentación del campo comunista y la creciente deslegitimación de la Revolución Rusa como el camino incuestionable hacia el socialismo. Aunque la disputa se planteó básicamente en términos ideológicos, el principal factor que dio paso a la ruptura chino-soviética remite al peso decisivo de la competencia entre los dos grandes Estados de la esfera comunista.

En Checoslovaquia, la crisis de 1953-1956 no llegó a profundizarse. A pesar de la explosión de Pilsen y de las demandas por parte de grupos del Partido para encarar la revisión de los juicios del período estalinista, el equipo de Antonín Novotný logró controlar la situación. Luego de la represión de la oposición húngara, en un contexto signado por el fortalecimiento de las corrientes más autoritarias, la dirigencia checoslovaca sancionó a los comunistas proclives a la liberalización del régimen.

Cuando desde Moscú, en el XXII Congreso del PCUS, Kruschev volvió a criticar el estalinismo, en Praga adquirió destacada gravitación el movimiento en favor de la rehabilitación de los condenados en los procesos de 1949-1953, un reclamo que afectaba a los dirigentes del gobierno que habían tenido un papel destacado en su instrumentación.

Novotný se vio obligado a aceptar la responsabilidad de parte de la dirigencia del Partido en dichos crímenes. Al desprestigio del grupo dirigente por estos hechos se sumó la presencia de

problemas económicos: creciente déficit de la balanza de pagos y excesivos niveles de producción propuestos por el plan quinquenal.

En este contexto, se afianzó la oposición tanto dentro como fuera del Partido. Esta planteó tanto la reforma del sistema de planificación como la liberalización de la vida cultural. Entre los sectores más activos se destacaban los escritores y los estudiantes. Los semanarios culturales *Kuturny Zivot,* de Bratislava, y *Literary Noviny,* de Praga, denunciaban el estalinismo vigente y atacaban el dogma de la infalibilidad del Partido. La oposición tuvo especial fuerza en Eslovaquia, donde se vinculó con los reclamos de una mayor autonomía frente al centralismo impuesto por los checos, que controlaban el gobierno.

La Unión de la Juventud, organización controlada por el Partido, pidió en la conferencia que realizó en 1965 una mayor independencia para poder expresar sus juicios y reclamos. En este marco, el escritor Milan Kundera publicó la novela *La broma*.

La conducción del Partido aceptó la creación de comisiones para evaluar los alcances de la crisis y proponer alternativas en el plano económico, científico y político. Novotný fue reemplazado por Alexander Dubček en la secretaría general del Partido. En un contexto de crisis económica, la oposición parecía afianzarse.

Entre marzo y abril de 1968, se concretaron cambios a nivel del gobierno y el Partido que significaron una presencia más destacada de los renovadores. Algunos de ellos ocuparon funciones clave en el gobierno. Se reorganizaron e intentaron asumir un papel más activo otros partidos políticos: el Popular, de inspiración católica, y el Socialista Checo, cuya actividad había quedado reducida a la aprobación de las decisiones del Partido Comunista. Junto con ellos surgieron organizaciones nuevas: el Club 231, que agrupaba a los ex presos políticos; el Club de los Sin Partido, que postulaba la democracia parlamentaria socialista. El consejo central de los sindicatos anunció la celebración de una conferencia nacional para la renovación de su organización. En abril, la sesión plenaria del comité central del Partido aprobó un programa moderado para la edificación de un nuevo modelo de sociedad socialista, vía la combinación de una moderada apertura política con retribuciones que discriminaran los diferentes grados de responsabilidad, y alentaran el incremento de la productividad.

Frente a esta situación, los gobiernos de Moscú, la RDA y Polonia presionaron para evitar una profundización de las reformas en curso.

El gobierno checoslovaco intentó frenar el proceso de constitución y afianzamiento de nuevas organizaciones: prohibió la creación del partido socialdemócrata y reforzó el control sobre los medios de comunicación, especialmente respecto de las críticas de la política de Moscú y en relación con la información sobre los procesos de los años cincuenta.

A fines de junio, un grupo de personalidades del mundo cultural elaboraron un documento, llamado *de las dos mil palabras,* en el que expresaron su descontento por el estancamiento de la democratización. Proponían la organización de las fuerzas progresistas para romper la resistencia de los conservadores y asegurar el éxito de la renovación.

El gobierno y la conducción del Partido manifestaron su desacuerdo con el documento, especialmente en relación con la ausencia de un criterio de oportunidad, dada la posición delicada en que se hallaba el país tanto en el plano interno como internacional, y reclamaron moderación.

Estas actitudes conciliadoras no impidieron la intervención militar de las fuerzas del Pacto de Varsovia. Esta se concretó antes de la reunión del Congreso del Partido que habría de elegir su nueva conducción, con el propósito de evitar el afianzamiento de la corriente más radicalizada. La entrada de las tropas fue justificada aludiendo a la presencia de fuerzas contrarrevolucionarias y a que su intervención había sido solicitada por representantes del Partido y del Estado checoslovaco.

En forma inmediata, Dubček y sus más estrechos colaboradores fueron detenidos y enviados a una cárcel situada en territorio soviético. A pesar de esta situación, logró reunirse el Congreso del Partido, que sesionó clandestinamente en una fábrica en las afueras de Praga con la presencia de más de dos tercios de los delegados que habían sido elegidos en las semanas precedentes. El cónclave condenó la ocupación y eligió un nuevo comité central en el que figuraban los dirigentes detenidos por las fuerzas de ocupación. Se acordó exigir la inmediata liberación de todos los detenidos y la retirada de los ejércitos del Pacto de Varsovia, se solicitó el apoyo de todos los partidos comunistas a las resoluciones del congreso y se sugirió la convocatoria de una conferencia internacional de los partidos comunistas.

El Kremlin resolvió negociar con los representantes del gobierno checoslovaco. Se reunieron en Moscú las figuras del ala conservadora y los dirigentes detenidos, que fueron trasladados desde la cárcel. El comité central del Partido, no renovado, ratificó el 31 de agosto los acuerdos logrados en esa reunión. En la declaración pública sobre el contenido de los mismos, se destacan los siguientes puntos: la renuncia del gobierno checoslovaco a plantear la cuestión de la intervención soviética en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la anulación del XIV Congreso del Partido y la permanencia de las tropas soviéticas hasta que el país se normalizara.

En este contexto, el grupo de Dubček, repuesto en el gobierno, asumió una política conciliadora con el ala conservadora, que salió fortalecida. El sector reformista con Dubček como símbolo de la Primavera de Praga perdía posiciones. Los dirigentes más radicalizados habían sido marginados después de la invasión, y en abril de 1969 el Comité Central del Partido Comunista aceptó la renuncia de Dubček, que fue reemplazado por Gustáv Husák.

Husák había sido una de las víctimas de los procesos de los años cincuenta y pertenecía al grupo de Dubček; sin embargo, aceptó el reajuste de la política checoslovaca en virtud de lo que consideró como una lectura realista de la situación. Desde esta perspectiva, el gobierno restableció la censura, depuró el Partido a través de la renovación de carnets y clausuró toda forma de organización autónoma en el seno de la sociedad.

En relación con el ingreso de las fuerzas militares en Checoslovaquia, se descartó que hubiese significado una ocupación: dicha acción había sido un “acto de solidaridad internacional que contribuyó a cerrar el paso de las fuerzas antisocialistas antirrevolucionarias”.

Esta situación profundizó la fractura del grupo liberal. Un sector se agrupó en torno de Husák y aceptó las limitaciones impuestas por la fracción estalinista. Otra parte rechazó la legalidad de la ocupación y denunció la connivencia del grupo conciliador con las fuerzas extranjeras. Frente a estas definiciones, esta fracción fue expulsada del Partido, en virtud de lo cual la oposición se organizó cada vez más al margen del mismo.

La China de Mao

Para China, la Segunda Guerra Mundial comenzó en 1937 con la invasión de Japón, que condujo a la alianza pragmática entre el Kuomintang y el Partido Comunista. A lo largo del conflicto, los comunistas extendieron y consolidaron su inserción en la sociedad china y, una vez asegurada la independencia nacional con la derrota de Japón, se reanudó la guerra civil. El Kuomintang salió muy debilitado de la guerra de liberación: sus dirigentes eran considerados corruptos e incapaces de satisfacer el afán de justicia social. Los nacionalistas habían reprimido las revueltas rurales y las manifestaciones estudiantiles, y los intentos de Chiang de afianzar la autoridad del gobierno lo habían enfrentado a los jefes regionales. Desde 1946, Mao insistió en la redistribución radical de la tierra ocupada por sus fuerzas. Los equipos de trabajo comunistas alentaban a los campesinos pobres y medios a participar en *asambleas de lucha*, en las que expresaban sus agravios y muchas veces ejercían violencia sobre los terratenientes. Con el triunfo de los comunistas en 1949, se proclamó la República Popular China, que rápidamente impuso su dominio sobre el Tíbet, región aislada durante la República.

Los nacionalistas se refugiaron en la isla de Formosa (Taiwán) bajo la protección de Estados Unidos, y el asiento reservado a China en el Consejo de Seguridad de la ONU fue asignado al gobierno encabezado por Chiang Kai-shek. Simultáneamente, Mao se alineó con la Unión Soviética. En diciembre de 1949, el líder de la Larga Marcha viajó a Moscú para firmar un tratado de amistad, alianza y asistencia mutua con Stalin. El Kremlin, más allá de vanagloriarse por contar dentro de su esfera de influencia con la nación más poblada del mundo, no parecía esperar demasiado de una China empobrecida por décadas de guerra civil y ávida de ayuda. Además, la relación de Mao con los soviéticos tenía un pasado borrascoso y los dos meses de su estadía en Moscú estuvieron plagados de tensiones.

A fines de la década de 1920, cuando el líder chino se retiró al campo para organizar un ejército compuesto fundamentalmente por campesinos, la Internacional apoyó su destitución del Comité Central del Partido. En 1948, Stalin, en su afán de no irritar a Washington y descartando el triunfo de Mao, propició el acuerdo de este con el Kuomintang y desaprobó la ofensiva general de los comunistas contra el ejército nacionalista. No obstante, el líder chino nunca enfrentó abiertamente a Moscú.

Apenas concluida la guerra civil, el gobierno chino envió a sus hombres –más de dos millones– para ayudar a los comunistas coreanos, que pretendían reunificar el país a través de la guerra. En China, la nueva acción bélica se asoció con la exaltación de la potencia del espíritu revolucionario,

uno de los principios centrales del maoísmo, que recurrió reiteradamente a campañas de movilización masivas para promover cambios a través de la voluntad política y el esfuerzo compartido. La guerra de Corea también favoreció la propuesta de una pronta industrialización para dotar al país de los recursos que asegurasen su defensa frente a la amenaza exterior. Fue una posición similar a la de los estalinistas cuando, a fines de los años veinte, aprobaron el primer plan quinquenal y atacaron con brutal violencia al campesinado.

Una vez en el gobierno, los comunistas chinos enfrentaron desafíos similares a los de los bolcheviques cuando tomaron el poder: satisfacer las aspiraciones de una población abrumadoramente campesina, consolidar la clase obrera y erradicar el atraso para poder ingresar en el mundo moderno eludiendo la ruta capitalista. En ambos países, la burguesía era débil y los partidos comunistas, además de controlar los recursos del Estado, podían exigir sacrificios a la población. A diferencia de los bolcheviques, los maoístas tenían una fuerte inserción en el ámbito agrario y habían librado la guerra civil antes de llegar al gobierno. Al finalizar la Guerra de Corea y con la ayuda de la Unión Soviética, el primer plan quinquenal (1953-1957) adoptó el modelo estalinista: la construcción de enormes plantas industriales; el creciente peso de los burócratas y profesionales capaces de dirigirlas, y el incremento de una producción agrícola que aportaba los recursos necesarios para la industrialización. Pero los comunistas chinos, cuya principal base de sustentación eran los campesinos, no estuvieron tan dispuestos a explotarlos en beneficio de la industria pesada como hicieron los soviéticos. Se promovió la creación de cooperativas rurales que alentaban el trabajo compartido sin eliminar la propiedad privada. No obstante, este sistema inquietaba a los comunistas porque reconocía a los campesinos como propietarios de sus parcelas e incluso les permitía disponer libremente de una parte de la producción. En 1955, se dio un giro en favor de la colectivización plena pero sin la brutal campaña contra los kuláks que desplegó el estalinismo; los comunistas chinos combinaron persuasión con presiones en un mundo rural donde la presencia de los campesinos acomodados ya era reducida.

A mediados de la década de 1950, la dirigencia comunista creyó que la estabilidad y los logros económicos y sociales de los primeros años le permitirían contar con el apoyo de los intelectuales si aflojaban los controles y los alentaban a manifestar sus opiniones con sentido constructivo. No querían que en China sucediese algo parecido a los levantamientos de Europa oriental entre 1953 y 1956. Se supuso que el Partido, con su marcado sesgo hacia las diferencias jerárquicas y el autoritarismo, podía renovarse a través de un debate del que participarían los intelectuales ofreciendo nuevas alternativas. En 1956, Mao puso en marcha la breve campaña en favor de la libertad de pensamiento y expresión, el llamado Movimiento de las Cien Flores, nombre tomado de un poema chino tradicional: *Que cien flores florezcan; que cien escuelas de pensamiento compitan entre sí*. Pero las críticas subieron de tono, llegando a denunciar la colectivización y el monopolio del poder político por parte del Partido. La reacción no se hizo esperar: los críticos del régimen fueron acusados de contrarrevolucionarios elitistas y castigados con la censura, la cárcel o los trabajos forzados.

El primer plan quinquenal fue relativamente exitoso, pero a ese paso la industrialización de China tardaría mucho tiempo porque los excedentes del agro eran muy reducidos. Para evitar las constricciones materiales se convocó a la población a dar el *Gran Salto Adelante*, cuyo principio básico era utilizar al máximo el único recurso abundante: la mano de obra campesina. Para aumentar la productividad, los maoístas apostaron a la transformación radical de las estructuras sociales agrarias mediante la movilización de la fuerza laboral rural y la reorganización de la familia campesina. En las fábricas se promovió la democracia igualitaria a través de las críticas de las bases a los directivos y especialistas: cualquiera estaba en condiciones de saber qué decisiones eran las adecuadas y era más importante ser *rojo* que especialista. El ala moderada, encabezada por Liu Shaoqi y Deng Xiaoping, predicaba una reforma cauta y anteponía los criterios económicos y técnicos a la voluntad política. Para Mao, en cambio, la movilización de las masas podía superar todo obstáculo material; en su visión prevalecía la idea de la *revolución continua* como herramienta de progreso y de transformación social.

El Gran Salto Adelante condujo a muchos hombres a dejar el campo para sumarse a la obra pública o ingresar en las fábricas. Las comunas populares, donde todas las tareas eran compartidas, reemplazaron a las cooperativas creadas unos años antes. Estas comunas –cuyas guarderías y comedores liberaban al ama de casa de las tareas domésticas– permitieron la plena incorporación de la mujer al trabajo intensivo en el medio rural. Este giro radical afectó el modo de vida tradicional de la familia campesina y fue un rotundo fracaso económico. El enorme tamaño de las comunas, en las que no se permitía ningún tipo de explotación privada, diluyó las responsabilidades y debilitó la motivación de los campesinos. A los defectos constitutivos del sistema se sumaron una serie de sequías e inundaciones que provocaron hambrunas en numerosos lugares. En diciembre de 1958, la dirigencia comunista canceló el proyecto para dar paso a un comunismo más tecnocrático y Mao debió dejar la jefatura del Estado en manos de Liu Shaoqui, aunque conservó la dirección del Partido.

La nueva dirección colegiada abandonó las campañas por la democracia y volvió al salario por pieza, a la valoración del saber de los especialistas y al restablecimiento de las viejas jerarquías campesinas. No quedó nada del igualitarismo defendido por Mao. Los mandos del Partido reafirmaron su autoridad en el control de la economía y la determinación de la posición que ocupaba cada grupo en la sociedad. A partir de la Revolución, la gente había sido clasificada en *rojos* –obreros, campesinos pobres y medios, cuadros, soldados y familiares de mártires revolucionarios– y *negros*: terratenientes, campesinos ricos, contrarrevolucionarios, elementos antisociales y derechistas. Este ordenamiento, lejos de avanzar hacia una sociedad igualitaria, generó una masa de resentidos entre los excluidos de la élite roja, desde los miembros de la antigua burguesía pasando por jóvenes rebeldes hasta los trabajadores recién emigrados a las ciudades, que carecían de los beneficios de los obreros más antiguos.

El marginado Mao y su círculo no compartían el nuevo rumbo tecnocrático que acompañaba al afianzamiento de las nuevas jerarquías en el Partido, y a mediados de la década de 1960 pusieron en marcha la Revolución Cultural: un giro destinado a barrer a la cúpula gobernante a través del cual Mao reafirmó su convicción sobre la primacía de la voluntad política gestada al

calor de la experiencia del socialismo guerrillero. Los burócratas enfriaban el ardor revolucionario y había que desplazarlos para que la movilización y el sacrificio militante de la población hicieran posible el salto hacia el comunismo igualitario, al que las condiciones materiales oponían severas limitaciones. El líder chino temía, como le dijo al vietnamita Ho Chi Minh en 1966, que ellos fueran sucedidos "por Bernstein, Kautsky o Kruschev".

La "revolución desde arriba" se puso en marcha con declaraciones críticas sobre los "representantes de la burguesía y la gente del estilo de Kruschev que todavía anidan entre nosotros" y de inmediato se multiplicaron los grupos de Guardias Rojos formados básicamente por estudiantes. La Guardia Roja debía combatir el revisionismo en el seno del Partido y las "cuatro antiguallas" en el conjunto de la sociedad: las viejas costumbres, la vieja cultura, las viejas ideas y las viejas tradiciones de las clases explotadoras. La acción espontánea de las masas debía reordenar acabadamente la sociedad liquidando las diferencias de clase en sus distintas expresiones, no solo la económica, y anulando también la división entre trabajo intelectual y manual. En la cúspide solo habrían de quedar los más virtuosos y comprometidos con la lucha de clases. La movilización iniciada por los estudiantes fue seguida por la de los obreros contra quienes los sojuzgaban y la de las poblaciones rurales contra los jefes políticos locales. En la fase más radical de la Revolución Cultural, la Guardia Roja se dividió, ambiguamente, entre conservadores y radicales según la diversidad de grupos e intereses enfrentados que quedaron envueltos en la revolución convocada "desde arriba". La confusión derivó en una guerra civil, en la que ambos bandos proclamaban acatar la voluntad de Mao. A finales de 1967 el líder chino reconoció el peligro del caos y puso en marcha una nueva campaña encomendando al ejército, que antes había apoyado a los radicales, la restauración del orden, que fue lograda con un altísimo grado de violencia[3].

---

[3] El testimonio de uno de los jóvenes estudiantes involucrado en la movilización:

> Pronto Guangxi se hizo famosa en toda China por las violentas luchas entre diferentes facciones de sus Guardias Rojos, que acabaron desencadenando una guerra civil en toda regla. Esto se debía en parte a que Guangxi era la única región del país en la que el secretario provincial del partido no soltó el poder durante toda la Revolución Cultural; en todos los demás sitios, los secretarios provinciales fueron derrocados. Pero Guangxi controlaba las rutas de suministro hacia Vietnam, donde la guerra con Estados Unidos estaba por entonces pasando por sus momentos más críticos, y el secretario local del partido, Wei Guoqing, disfrutaba de excelentes relaciones con el partido vietnamita del otro lado de la frontera, de modo que Mao no quería verle destituido. Nuestra facción luchó contra Wei en 1967 y 1968. Nuestras bases estaban en su mayor parte en un barrio pobre de la ciudad. Allí recibí reveladoras lecciones de sociología. Nuestros seguidores eran habitantes pobres y marginados de la ciudad, que no prestaban demasiada atención a nuestra retórica ideológica, pero expresaban con increíble energía las quejas que tenían acumuladas contra los funcionarios del gobierno. Asimismo, las actividades económicas en nuestras "zonas liberadas" distaban mucho de estar "planificadas". Por el contrario, el área de gueto del barrio estaba plagada de puestos y vendedores callejeros. Cuando en determinado momento, nosotros, los estudiantes, después de que la dirección del Grupo Central de la Revolución Cultural declarara su apoyo inequívoco a nuestros adversarios, empezamos a considerar la claudicación, los pobres querían seguir luchando. Entre ellos se encontraban trabajadores portuarios y de los transbordadores del río Yong, a los que la facción encabezada por Wei acusaba de lumpen proletariado, más parecidos a una mafia que a una clase trabajadora industrial moderna. El contraste entre los eslóganes retóricos de las facciones estudiantiles rivales y las divisiones sociales reales entre los grupos que las seguían era notable también en Guilin, adonde viajé en el invierno de 1967. En esta región, a diferencia de lo que sucedía en Nanning, nuestra facción ostentaba el poder municipal, mientras que la mayor parte de los pobres apoyaba la facción de Wei y se resistía a los esfuerzos de meterles en cintura. En efecto, la gente común tendía en estos conflictos a apoyar al bando más débil –a quien no estuviera en el poder– y, una vez que había elegido, era también más firme que los estudiantes a la hora de luchar hasta el final.

Aunque las décadas de 1960 occidental y asiática mantuvieron conexiones entre sí, hubo también diferencias muy importantes.

En Europa y América, el ascenso de los movimientos de protesta de la década de 1960 trajo consigo un cuestionamiento de las instituciones políticas del capitalismo y una crítica intensa de su cultura. La década de 1960 occidental criticó exhaustivamente las políticas internas y externas del Estado de posguerra. En cambio, en el sudeste asiático (en Indochina en particular) y en otras regiones, los levantamientos de la década de 1960 se manifestaron en forma de lucha armada contra la dominación imperialista y la opresión social occidental.

Con el lanzamiento de la Revolución Cultural, Mao y otros dirigentes del Partido se basaron en una serie de tácticas para combatir las tendencias hacia la burocratización y las luchas internas en torno del poder dentro del Estado-partido, pero el resultado final fue que la estrategia concretada fue atravesada por los procesos mismos –lucha de facciones y tendencia hacia la burocratización– que se pretendía combatir, dando paso así a una nueva represión política y a la inflexibilidad del Estado-partido.

En el marco del desorden desatado por la Revolución Cultural, las tensas relaciones entre Pekín y Moscú alcanzaron un punto crítico cuando las disputas fronterizas desembocaron en una serie de incidentes armados en 1969. Un sector de la dirigencia china, preocupado por la combinación de deterioro interno y amenaza exterior y con el afán de romper el aislamiento de Pekín, propició el acercamiento a Estados Unidos pensando también en debilitar a los soviéticos: *una pausa en las críticas contra el imperialismo bastaría para inquietar a los revisionistas del Kremlin*. Mientras Estados Unidos redoblaba su apuesta militar para liquidar el régimen comunista en Vietnam, Zhou Enlai –dirigente clave en relaciones exteriores, excepto al inicio de la Revolución Cultural– propició el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Estados Unidos y el ingreso de China en el Consejo de Seguridad de la ONU, desplazando de su banca a la representación del gobierno chino con sede en Taiwán.

Tras la muerte de Mao y la restauración del poder de Deng Xiaoping y otros dirigentes, el Estado chino emprendió una "negación a fondo" de la Revolución Cultural desde finales de la década de 1970. Asociado a los sentimientos populares de incertidumbre y desilusión, esto condujo a un fundamental cambio de actitudes que ha durado hasta la actualidad. En los últimos treinta años, China ha pasado de ser una economía planificada a una economía de mercado, de "cuartel general de la revolución mundial" a próspero centro de la actividad capitalista, de nación antiimperialista del Tercer Mundo a uno de los "socios estratégicos" del imperialismo.

En su trayectoria posterior, el proceso de despolitización de China llegó a presentar dos características decisivas: en primer lugar, la ausencia de teoría en la esfera ideológica; en segundo lugar, hacer de la reforma económica el centro exclusivo del trabajo del Partido.

Qin Hui. "Dividir el gran patrimonio familiar", en *New Left Review* Nº 20, mayo-junio de 2003.

Película La confesión

(L'aveu)

Ficha técnica	
Dirección	Constantin "Costa" Gavras
Duración	139 minutos
Origen / año	Francia, 1970
Guión	Jorge Semprún, sobre el libro de Lise y Artur London
Fotografía	Raoul Coutard
Montaje	Francoise Bonnot
Música original:	Giovanni Fusco
Producción	Robert Dorfmann y Bertrand Javal
Intérpretes:	Yves Montand (Artur London); Simone Signoret (Lise London); Gabriele Ferzetti (Kouhotek); Michel Vitold (Smola); Jean Bouise (jefe de la fábrica); Laszlo Szabó (Policía secreto); Georges Aubert (Tonda); Michel Robin (el acusador); Michel Beaune (Abogado) y Patrick Lancelot (interrogador)

Sinopsis

Entre 1951 y 1952, Artur London, activo comunista y dirigente checo, vivió la experiencia de la persecución, el encarcelamiento, la tortura, el juicio público y la condena a cadena perpetua como resultado de la acusación de formar parte de una conspiración contra el partido desde su cargo de viceministro de Relaciones Exteriores de Checoslovaquia. Liberado en el marco del "deshielo" en 1956, rehabilitado en 1963, London emigró más tarde a Francia sin renunciar a su afiliación al Partido Comunista y escribió allí junto con su esposa el libro en el que narró la historia de su desgracia personal y política que constituye la parte central del film de Gavras. Decidido a presentar el libro entre sus compatriotas y con el amparo de las autoridades que impulsaban los cambios que propiciaron la "primavera de Praga", London –presentado en el film bajo el seudónimo de Gerard– se traslada en 1968 a Checoslovaquia, con la intención de contribuir al proceso de apertura política que se vive en su país. Al llegar, lo reciben los tanques soviéticos. El círculo de la represión trazado desde Moscú, vivido sobre su propia persona y las de muchos compañeros de militancia de toda una vida, se cierra de manera implacable sobre el destino histórico de su nación.

Acerca del interés histórico del film

A partir de *La confesión: en el engranaje del proceso de Praga*, el libro que su autor se propone presentar en su país sobre el final de la película, Costa Gavras construye un temprano y contundente film de denuncia sobre las relaciones políticas dentro del bloque soviético en el período de posguerra y, más en particular, sobre las formas sofisticadas y terribles que asumió la represión contra ciertos dirigentes comunistas puestos bajo la mira del régimen de Moscú al calor del complejo entramado de tensiones que atraviesa el mundo socialista europeo a la salida de la segunda guerra mundial y en el marco de la consolidación de la Guerra Fría.

Puede resultar sorprendente el calificativo de temprano para un film realizado dieciocho años después de los hechos que narra, no lo es al interior de la lógica del propio relato ni a la luz de la historia de la izquierda comunista europea y del desarrollo de una conciencia crítica sobre el régimen soviético y sus consecuencias sobre la causa comunista internacional.

Enmarcado en los complejos años de una posguerra que no terminaba de definir un tablero político preciso, sobre todo en el interior del bloque socialista, el film de Gavras se atiene a la reconstrucción del testimonio de su protagonista sobre su caída en desgracia ante las autoridades máximas del partido y asume la forma de un *thriller* político que encadena la persecución y el hostigamiento difuso sobre el protagonista al principio de la obra, los temores del funcionario que busca apoyo entre sus colegas infructuosamente y, sobre todo, la maquinaria terrorífica de la represión que busca arrancarle una confesión sobre una conspiración urdida o imaginada en las altas esferas y que incluye a las figuras máximas de la dirigencia comunista checoslovaca.

Sobre la segunda parte de la obra, Gavras alude a la situación de exilio de London, instancia en la que decide narrar su experiencia como protagonista y víctima de una historia que, a diferencia de muchos de sus amigos y camaradas, puede y decide finalmente contar como contribución a una causa política que, pese a todo, no ha abandonado. El epílogo del film, entre la mirada azorada de London de vuelta en su querida Praga y las fotos que Chris Marker, el gran documentalista francés, tomó de la ocupación militar soviética a la ciudad en 1968, trasciende el testimonio del protagonista y define una cierta parábola de la experiencia comunista en Europa del este durante el cuarto de siglo que siguió a la finalización de la segunda guerra mundial.

Trataremos en lo que sigue de recuperar tres líneas históricas del relato que enhebra el film en procura de conectarlas con ciertas dimensiones de la experiencia histórica del comunismo y la conciencia de sus protagonistas, que se revelan y se ponen a prueba en el tiempo histórico que revisa *La confesión*: la experiencia de la militancia, la obediencia a la dirección del partido y la emergencia de una conciencia crítica sobre el régimen soviético.

Siguiendo ciertos trazos de su testimonio, *La confesión* puede leerse en parte como una historia de la militancia comunista europea, visible en la vida de London y de los compañeros de lucha, resistencia y activismo político que evoca en el curso de la narración. A lo largo de los suplicios con los que los represores preparan el proceso y las confesiones de los acusados,

London es obligado a revisar una larga trayectoria de lucha y compromiso con el socialismo y la revolución, que comienza en su temprana juventud con la organización de un atentado fallido a la prefectura de Praga cuando contaba tan solo quince años. En el marco del interrogatorio y de las lógicas tortuosas que lo enhebran, los represores lo acusarán más tarde de anarquista por este episodio. La revisión de este suceso casi anecdótico de su biografía será el principio de toda una historia personal puesta bajo sospecha. Así, la participación de London como brigadista internacional en la guerra civil española se considera, quince años después, el origen de sus primeros contactos con los grupos trotskistas y con algunos de sus dirigentes, principales enemigos de la línea oficial del Partido; y su posterior experiencia como detenido político y activista de la resistencia contra los nazis, el germen de sus vínculos con diferentes agentes internacionales, húngaros, yugoslavos, polacos, detectados posteriormente como conspiradores, espías y colaboradores de la burguesía mundial.

De pronto, como si se tratara de un movimiento de puertas batientes, una vida entera dedicada a la causa revolucionaria comunista se convierte, a la sombra de una conspiración fabricada por los acusadores, en la trayectoria de un traidor a la revolución que, a sabiendas o no, se ha ido vinculando con los enemigos del partido y colaborando con ellos en el derrocamiento de la revolución internacional. La experiencia de London y la de muchos de sus más cercanos y queridos compañeros de vida y de lucha se expone públicamente del revés: ni militante heroico, ni glorioso resistente, ni comprometido constructor del socialismo: la plana mayor del gobierno checoslovaco aliado de Moscú a la salida de la segunda guerra mundial es sometida en 1952 a un proceso por traición a la revolución que sentenciará a sus integrantes a la ejecución o la prisión perpetua a manos del régimen comunista que ayudaron a edificar y sostener a lo largo de sus vidas.

Sin entrar en consideraciones profundas en torno de las dimensiones psicológicas de la experiencia personal de London, es preciso indagar en su perspectiva para comprender, aunque sea en parte, una cierta lógica en los hechos que se narran en la obra y que lo tienen como víctima central aunque no exclusiva. En este sentido es muy importante la honestidad que el protagonista y autor sostiene con su punto de vista, su manera de pensar lo que le pasó y el decurso de una conciencia personal que, aun en manos de los verdugos del régimen, se resiste a renegar definitivamente de su fe en la causa del partido. Veamos…

Artur London, viceministro de Asuntos Exteriores del gobierno comunista checoslovaco, es apresado clandestinamente y confinado a reclusión ilegal por agentes secretos del partido en plena Praga y a la luz de un hermoso día soleado en el que los niños corren y juegan en las plazas de la ciudad. Poco a poco, en el marco de un violento cautiverio en el que se lo somete a diversas formas de tortura física y psicológica, irá comprendiendo que se lo acusa de participar, junto con gran parte de sus colegas de gobierno, de una conspiración contra el partido, como producto de una desviación "cosmopolita" generada en contacto con agentes trotskistas y "titoístas" aliados de la burguesía mundial. London sabe que la acusación que pesa sobre él y sus camaradas es completamente falsa y que la versión que se le presenta para su firma es descabellada y febril, pero pasa buena parte de la preparación del juicio

convencido de que lo que le toca vivir es un tremendo malentendido que tarde o temprano va a esclarecerse. Discute con sus interrogadores, reclama la presencia de “responsables” y cree que los agentes que lo someten son usurpadores, intrusos y no verdaderos brazos ejecutores de una política que lleva más de veinte años organizando los asuntos del poder en la Unión Soviética y, ahora, en sus estados satélites. Una parte de su convicción en la causa comunista, la fe en la sabiduría suprema de su líder, la disciplina en torno de la verdad histórica que sólo el partido encarna, sobrevive a sus torturas y a su condena, incluso más allá de los métodos atroces que se le aplican a él y a sus compañeros. La aceptación de las condenas por parte de todos los acusados y las renuncias a apelarlas confirman este hecho.

La sombra de una escena pretérita, la de los procesos de Moscú, se cierne sobre la trama histórica del film y da cuenta de la reproducción, fuera de la capital del mundo socialista, de las lógicas del terror que se desplegaron de manera implacable en la década del treinta contra muchos de los hacedores de la revolución de 1917. Así como muchos comunistas convencidos creyeron en la verdad del partido en los años más feroces de persecución, represión y exterminio de supuestos opositores, la conciencia de Artur London no termina de despertar, ni siquiera bajo coacción física, a una verdad diferente sobre la naturaleza del régimen que lo tortura para hacerlo mentir y para legitimar esa mentira ante la Historia. La propia mujer de London escribirá una carta al nuevo secretario del partido reconociendo las culpas de su esposo y las razones del partido para juzgarlo y condenarlo. No hay verdad personal ni histórica en todo el proceso, no hay, siquiera entre esposos, confianza profunda en toda una trayectoria de vida compartida y puesta al servicio de ciertos ideales aun en las condiciones más adversas y peligrosas. Hay, sí, la necesidad de sostener una fe general contra toda evidencia particular. ¿Qué otra racionalidad que la del poder se expone y se confirma en esta lógica sostenida desde arriba y confirmada en parte por sus propias víctimas? El mismo London recuerda en el marco del proceso cómo antiguos y fraternales compañeros comunistas habían caído antes que él en procesos semejantes o, directamente, habían desaparecido ante el silencio cómplice de camaradas que, como él mismo, justificaban las partes por el todo.

Lo cierto es que a la salida de un proceso en el que toda su vida política se ha resignificado y convertido públicamente en la trayectoria de un traidor, Artur London, herido y golpeado en su fe, sostendrá de todos modos su compromiso político con el Partido Comunista en la creencia de que lo que le sucedió fue una desviación –curiosamente, lo mismo de lo que se le acusa a él–, un error en el camino de la verdad de su causa. El film de Gavras señala que su conciencia necesitará de un nuevo golpe para asumir, ahora sí, una perspectiva sustancialmente diferente sobre su propia historia y la del régimen al que ha servido.

El tercio final de la obra presenta, a través de la aparición de Artur London en Francia nueve años después de su liberación, un punto de ruptura en la narración y una posibilidad de pensar el film todo un poco más allá del punto de vista de su protagonista. Algo de esto se evidencia claramente en las discusiones que el propio London sostiene con un compañero nombrado como Jean –con toda seguridad, un alter ego de Jorge Semprún, quien escribió el guión del film– sobre su persistencia en no abjurar del partido y sobre la necesidad de posponer una

denuncia pública completa de su historia que pueda ser utilizada por los enemigos mundiales del comunismo. No es tiempo ni lugar, afirma London, de denunciar al partido, la vuelta a su país será la ocasión de contrastar su lealtad con la marcha de la Historia. Confiado en que ha llegado por fin el momento de democratización y refundación del socialismo checoslovaco, auspiciado por la sociedad de escritores de su país, London va a Praga a presentar por fin su libro y purificarlo en las aguas de un momento histórico que avala su lealtad a la causa del comunismo. El contrapunto entre las imágenes de los tanques soviéticos y la mirada de asombro de London ante la nueva repetición de un drama demasiado conocido sella el punto de vista del film: se ha establecido el doloroso despertar de una conciencia crítica.

Si la muerte de Stalin había abierto expectativas importantes en torno de la posibilidad de una apertura tanto en la estructura vertical del régimen soviético como en sus relaciones con sus estados subordinados, para muchos comunistas dentro y fuera de la Unión Soviética fueron necesarias varias pruebas históricas de que la mano de hierro del líder no había sido solamente un estilo personal de conducción sino que coronaba, en la cúspide, un sistema político que se había afirmado sobre las lógicas de la delación, la paranoia conspirativa y el despliegue continuo y renovado de una inquisición moderna contra toda disidencia real, sospechada o inventada contra la fe en la verdad del partido. Esa misma causa en nombre de la que London y sus colegas justifican la intromisión de los asesores enviados por Moscú en el gobierno de Praga en 1951 y que será el principio de todas sus desgracias… esa misma causa que, casi veinte años después, y ya sin necesidad de ocultarse bajo falsas confesiones públicas, sustituirá a los asesores por tanques.

En 1970, *La confesión* era entonces un testimonio histórico temprano para una parte importante de la militancia comunista y para la opinión pública en general. Su verdad, que soporta aún varios niveles de sentidos, no era la de Solzhenitsyn ni la de Koestler –por más que se le pareciera a ambas–, no provenía de alguien a quien pudiera señalarse como liberal o como renegado, e implicaba una nueva revisión sobre el derrotero de la historia de la Europa soviética durante las dos décadas largas de la posguerra: bajo esta nueva luz aquello que los propios comunistas de Europa del este habían juzgado como una parte muy accidentada del camino hacia el socialismo debía comprenderse como la consolidación de un régimen imperial y reaccionario, ese viejo enemigo de la revolución mundial que ya no es posible ocultar bajo nuevas máscaras.

Sobre el director y su obra

Veintitrés filmes dirigidos en más de medio siglo de carrera cinematográfica apoyan la trayectoria de Costa-Gavras, a esta altura un cineasta singular que ha sabido sostener un perfil propio mucho más allá de los sucesivos cambios de época y las modas culturales y políticas que ha atravesado la historia de las últimas cinco décadas. Constantin *Costa* Gavras nació en Loutra-Iraias, Grecia, en 1933 y emigró en su juventud a Francia donde comenzó a dirigir cine en 1958

con el cortometraje *Les rates*. Su primer largo, *Crimen en el coche cama* (*Compartiment tueurs)* data de 1965, pero su primera película importante, con amplísima repercusión entre el público y la crítica sería *Z* (1969), un notable *thriller* político –primera colaboración con Jorge Semprún- en el que se narra la investigación a cargo de un joven magistrado de un crimen contra un político disidente ejecutado por agentes paramilitares de una dictadura abiertamente represiva. Aunque sin menciones explícitas, el film recuperaba el caso de un político griego asesinado en 1963 por la dictadura que gobernaba el país. Gavras ganó una considerable reputación con este film, el anterior a *La confesión*, y enhebraría a lo largo de su obra una serie de películas importantes para la tradición de un cine personal que no perdió su contenido contra las formas políticas y económicas imperantes en el mundo capitalista.

Algunas de sus películas más célebres son: *Estado de sitio* (*État de siege,* Francia, 1972), situado en Uruguay, el film explora la colaboración internacional en la represión de las guerrillas sudamericanas; *Sección especial* (*Section spéciale*, Francia 1975), sobre la represión en la Francia ocupada por los nazis; *Desaparecido* (*Missing*, Estados Unidos, 1981), basada en el caso de la desaparición de un periodista estadounidense bajo la dictadura de Pinochet en Chile; Hanna K. (1983), que narra la defensa que un abogado israelí ejerce de un joven palestino sometido a una corte militar en los territorios ocupados por el estado de Israel y; más recientemente, *Amén* (2002), fuerte denuncia contra la actuación del Vaticano durante la segunda guerra mundial y su complicidad con el régimen nazi y el genocidio judío, *La corporación* (*Le couperet*, Francia, 2005), una lúcida e implacable reflexión sobre la competencia individual en los niveles gerenciales bajo las lógicas del capitalismo reciente y *El Capital* (*Le Capital*, 2012), en el que el director extiende su mirada crítica en torno de la estructura económica del mundo de la libre empresa y la sujeción de los hombres a sus reglas implacables.

Aunque el foco de su mirada se ha corrido en los últimos años hacia ciertas dimensiones de las prácticas económicas, es evidente que la obra cinematográfica de Costa Gavras se ha desarrollado sobre la constante de iluminar de manera crítica ciertas estructuras y lógicas de funcionamiento del poder en el mundo contemporáneo. Algunos de sus primeros filmes conservan aún una potencia inusual que los torna relevantes fuentes de época sobre los hechos que narra y sobre una cierta forma singular de abordarlos: entre la paciente y rigurosa reconstrucción de ciertos hechos históricos y la firme voluntad de exponerlos a una conciencia pública que los soslaya o los justifica bajo diversos regímenes de verdad y de poder. A esa etapa inicial pertenece *La confesión*, un film sumamente incómodo para la época que sitúa, en las experiencias de London y, tácitamente, de Semprún, el despertar de una nueva fase de la crítica del comunismo soviético formulada por sus propios militantes. Como señala y expone Chris Marker en *La tumba de Alejandro* (*Le tombeau d'Alexandre*, Francia 1993), el valor histórico de *La confesión* se volvería a actualizar tras la caída de la Unión Soviética y sería un triste espejo puesto frente a la mirada de los viejos militantes de una causa revolucionaria transfigurada por la Historia.

Actividades

Actividad 1

Terminada la Segunda Guerra Mundial y con el comienzo de las hostilidades que darían lugar a la Guerra Fría gran parte de los territorios de Europa del Este pasaron a estar bajo control de la URSS.

Complete el siguiente cuadro señalando la situación de los países previa a la guerra, durante el conflicto y posterior al mismo:

	Situación		
	Previa	Durante la guerra	Posterior
Albania			
Bulgaria			
Checoslovaquia			
Hungría			
Polonia			
Rumania			
Yugoslavia			

Actividad 2

En el capítulo se aborda el denominado proceso de *desestalinización* que vivió la Rusia Soviética a partir de la muerte de Joseph Stalin. ¿Cuáles fueron las características de éste proceso y sobre qué ejes giró el debate político al interior del Partido Comunista? ¿Cuáles fueron sus consecuencias externas?

Explique porqué se sostiene que *"la desestalinización produjo por vez primera en la historia de la URSS, la aparición de algo semejante a una opinión pública".* Identifique las obras literarias que se señalan como fundamentales del proceso.

Actividad 3

Caracterice los tres tipos de conflictos que se dan en Europa del Este en el período que va desde la muerte de Stalin hasta 1968.

Actividad 4

Señale los antecedentes del término *revisionismo* y a qué hace referencia en el contexto de la segunda posguerra. Indique las particularidades que tuvo como movimiento intelectual, sus características organizativas y alcances según lo indicado en el capítulo.

Actividad 5

A partir del apartado "La China de Mao" caracterice la relación entre la China de Mao y la URSS desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta fines de la década del 60.

Actividad 6

En *La confesión* se narra minuciosamente la experiencia de uno de los sentenciados en el proceso de Praga. En relación con la presentación del caso que se narra en la obra:

Considere y desarrolle brevemente las relaciones entre el estado checoslovaco y la Unión Soviética en la década posterior a la segunda guerra mundial.

¿Qué situaciones de la historia de Artur London pueden conectarse con el tiempo de la "desestalinización", cómo las percibe el protagonista y cuáles son sus límites?

Bibliografía

Capítulo 1

Béjar, M. (2011). “La era del imperialismo”, en *Historia del siglo XX; Europa, América, África y Oceanía*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Eley, G. (2003). “La industrialización y la formación de la clase obrera”, “La ascensión de los movimientos obreros”. En *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa 1850-2000*. Barcelona: Crítica.

Frieden J. (2007). “Fracasos en el desarrollo”, en *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX.* Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, E. (1989). *La era del imperio (1875-1914).* Barcelona: Labor.

Mosse, G. (1997). “Las certezas se disuelven”, en *La cultura europea del siglo XX.* España: Ariel.

Schorske, C. (1981). “Política en un nuevo tono: un trío austríaco”, en *Viena de fin de siglo. Política y cultura*. Barcelona: Gustavo Gili.

Capítulo 2

Eley, G. (2003). Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa 1850-2000. Barcelona: Crítica.

Ferro, M. (1988). “¿Por qué tuvo lugar la guerra?”, en La Gran Guerra (1914-1918). Madrid: Alianza Universidad.

Fitzpatrick, S. (2005). La revolución rusa. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.

Furet, F. (1996). “La Primera Guerra Mundial”, en El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX. Madrid: FCE.

Hobsbawm, E. (1989). “De la paz a la guerra”, en La era del imperio (1875-1914). Barcelona: Labor.

——(1995). “La revolución mundial”, en Historia del Siglo XX. Barcelona: Critica.

Kemp, T. (1974). “La modernización de la Rusia de los zares”, en La revolución industrial en la Europa del siglo XIX. Barcelona: Fontanella.

Priestland, D. (2010). “Jinetes de bronce”, en Bandera Roja. Barcelona: Crítica.

Romero, J. (1997). “La conciencia de una posguerra”, en El ciclo de la revolución contemporánea.

Capítulo 3

Béjar, M. (2011). “El período de entreguerras”, en *Historia del siglo XX; Europa, América, África y Oceanía*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.

Casanova, J. (2011). “Una guerra internacional en suelo español”, en *Europa contra Europa, 1914-1945*. Barcelona: Crítica.

Traverso, E. (2002). *La violencia Nazi. Una genealogía europea*. México: Fondo de Cultura Económica.

Kershaw, I. (1996). “Nazisme et stalinisme. Limites d’une comparasion”, en *Le Débat*. N° 89, marzo-abril. París.

Frietzsche, P. (2008). “El imperio de la destrucción”, en *Vida y muerte en el Tercer Reich*. Barcelona: Crítica.

Kershaw, I. (2004). “Política y economía en el estado nazi”, en *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Leckachman, R. (2004). “New Deal”, en *La era de Keynes*. Madrid: Alianza.

Paxton, R. (2004). *Anatomía del fascismo*. Barcelona: Península.

Capítulo 4

Deutscher, I. (1965). *Stalin. Biografía política*. México: Era.

Figes, O. (2009). “El Gran Terror (1937-1938)”, en *Los que susurran*. Barcelona: Edhasa.

Fitzpatrick, S. (2005). *La revolución rusa*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Getty, A. y Naumov, O. (2001). *La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques.* España: Crítica.

Priestland, D. (2010). “Hombres de acero”, en *Bandera Roja*. Barcelona: Crítica.

Capítulo 5

Arendt, H. (1999). Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal. Barcelona: Lumen.

Ferro, M. (2008). Siete hombres en guerra. Barcelona: Ariel.

Frietzsche, P. (2008). “El imperio de la destrucción”, en Vida y muerte en el Tercer Reich. Barcelona: Crítica.

Furet, F. (1995). El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX. México: Fondo de Cultura Económica.

Hobsbawm, E. (1995). Historia del Siglo XX. Barcelona: Crítica.

Paxton, R. (2004). Anatomía del fascismo. Barcelona: Península.

Reggiani, A. (comp.) (2010). “Vichy y los historiadores”, en Los años sombríos. Francia en la era del fascismo (1933-1944). Buenos Aires: Miño Dávila.

Traverso, E. (2012). “Comparar la Shoa”, en La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Capítulo 6

Deutscher, I. (1965). “Teherán, Yalta, Postdam”, en *Stalin. Biografía política*. México: Era.

Ferro, M. (2008). *Siete hombres en guerra*. Barcelona: Ariel.

Halliday, F. (1989). *Genésis de la Segunda Guerra Fría*. México: Fondo de Cultura Económica.

——(1993). “Los finales de la guerra fría” en Robin Blackburn, *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*. Barcelona: Crítica

Hobsbawm, E. (1995), *Historia del Siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Capítulo 7

Eley, G. (2003). Un mundo por ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, E. (1995). Historia del Siglo XX. Barcelona: Crítica.

Paramio, L. (1988)., Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo. España: Siglo XXI

——(2012). La socialdemocracia. Buenos Aires: FCE.

Rosanvallon, P. (2012). La sociedad de iguales. Buenos Aires: Manantial.

Capítulo 8

Furet, F. (1995). “El principio”, en *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.

Hobsbawm, E. (1995). “El socialismo real”, en *Historia del Siglo XX.* Barcelona: Crítica.

Priestland, D. (2010). “Parricidio”, en *Bandera Roja*. Barcelona: Crítica.

Tamames, R. (2001). “La era de Mao”, en *China 2001: la cuarta revolución. Del aislamiento a la superpotencia mundial.* Madrid: Alianza.

Patula, J. (1993). *Europa del este: del stalinismo a la democracia*. México: Siglo XXI.

Sobre los autores

María Dolores Béjar

Doctora en Historia (UNLP). Se desempeña como Profesora de Historia Contemporánea UNLP y en FLACSO. Es autora de los libros: *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*. Buenos Aires, Siglo XXI Argentina, y de *Historia del siglo XX,* Buenos Aires, Siglo XXI (2011). Es autora y coordinadora del proyecto *Carpetas Docentes de Historia*[1] en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP material destinado a los docentes del secundario accesible a partir de junio 2009.

Es Directora del proyecto "Historia y alfabetización digital: recursos multimedia para el abordaje del mundo contemporáneo". Presentado y aprobado en el Programa Nacional de Voluntariado Universitario Convocatoria 2011.

Juan Luis Besoky

Profesor en Historia (UNLP). Se desempeña como docente de Historia Social Contemporánea en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y de Historia Social General en la Facultad de Bellas Artes, ambas en la UNLP. Es becario del CONICET en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) donde realiza su tesis doctoral en Ciencias Sociales sobre la derecha peronista. Es autor del libro *Los medios en la educación. Enfoque interdisciplinar para trabajar lo audiovisual*, Captel, 2012 y de artículos varios sobre el peronismo de derecha.

Matías Bisso

Profesor en Historia. Investigador en las áreas de Historia Política e Historia del Siglo XX. Se desempeña como Profesor Adjunto de la materia Historia Social General de la Facultad de Bellas Artes (UNLP) y de Historia Socioeconómica de Argentina y América Latina de la Facultad de Trabajo Social (UNLP). Es Docente Ordinario de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación Universidad Nacional de La Plata, miembro del Centro de Investigaciones Socio Históricas e integrante del Comité de Redacción de la revista *Sociohistórica* de dicha Facultad. Es parte del equipo de producción del sitio *Carpetas Docentes de Historia**. Es Co-autor de *Historias políticas de la Provincia de Buenos Aires* y

[1] Dirección electrónica: www.carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar

autor de “Conurbano bonaerense: votos y política en el siglo XX” en el tomo 6 de la Historia de la Provincia de Buenos Aires de la UNIPE.

Juan Luis Carnagui

Profesor en Historia (UNLP) y Magíster en Historia Contemporánea por la Universidad Autónoma de Madrid, España. Se desempeña como docente en la Cátedra Introducción a la Problemática Contemporánea y es Secretario del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Se encuentra elaborando su tesis para optar por el título de Doctor en Historia por la UNLP. Entre sus publicaciones se encuentran capítulos de libros y artículos en revistas nacionales y extranjeras sobre la derecha extrema en el peronismo durante los años ’70. Es coordinador del voluntariado universitario “Historia y alfabetización digital: recursos multimedia para el abordaje del mundo contemporáneo” y editor en el proyecto Carpetas Docentes de Historia*.

Florencia Matas

Profesora en Historia (UNLP). Es docente en las asignaturas Historia Social Contemporánea (FAHCE-UNLP) e Historia Social General (FBA-UNLP). También docente en el nivel preuniversitario (CNLP) y en el nivel medio del sistema educativo provincial. Se encuentra realizando la Maestría en Historia y Memoria de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP). Es miembro del grupo de investigación de *Carpetas Docentes de Historia** .

Laura Monacci

Profesora en Historia (UNLP). Es docente de Introducción a la Problemática Contemporánea (FaHCE – UNLP), Historia Social Contemporánea (FaHCE - UNLP) e Historia Social General (FBA - UNLP). Se desempeña como profesora del curso virtual Sociedad, Política y Cultura en el siglo XX en FLACSO y se encuentra realizando la Maestría en Historia y Memoria de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP). Es integrante del proyecto Carpetas Docentes de Historia*.

Marcelo Adrián Scotti

Profesor en Historia (UNLP). Es docente de Introducción a la Problemática Contemporánea (UNLP); de Historia Contemporánea (FLACSO) y de Historia de la Educación (UNLP). Es referencista del archivo de la Comisión Provincial por la Memoria de Buenos Aires. Autor en Carpetas Docentes de Historia* con especialidad en cine e historia. Participa del proyecto “Historia y alfabetización digital: recursos multimedia para el abordaje del mundo contemporáneo” presentado y aprobado en el Programa Nacional de Voluntariado Universitario Convocatoria 2011.

Leandro Sessa

Profesor y Licenciado en Historia (UNLP) y Doctor en Historia por la misma Universidad. Es Jefe de Trabajos Prácticos de la asignatura Historia Social Latinoamericana en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP) y Becario Posdoctoral de CONICET. Ha publicado capítulos de libros y artículos en revistas nacionales, como Sociohistórica. Cuadernos del CISH, e internacionales, como Apuntes (Perú) y Temas de Nuestra América (Costa Rica).

Luciana Zorzoli

Licenciada en Historia (UNLP). Se desempeña como docente en la Cátedra Introducción a la Problemática Contemporánea de la FaHCE (UNLP). Es Becaria de CONICET y está finalizando el doctorado en Ciencias Sociales (UBA). Integra como investigadora el Programa "Acumulación, dominación y lucha de clases en la Argentina contemporánea" en el Centro de Investigaciones sobre Economía y Sociedad en la Argentina Contemporánea (IESAC) de la Universidad Nacional de Quilmes y el Proyecto de Incentivos "Cambios y continuidades en el sindicalismo argentino" en el IdIHCS.

Historia del mundo contemporáneo 1870-2008 / María Dolores
Béjar ... [et al.] ; coordinación general de María Dolores Béjar. - 1a
ed. adaptada. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata, 2015.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-34-1244-2

1. Capitalismo. I. Béjar, María Dolores II. Béjar, María Dolores, coord.
CDD 321.5

Diseño de tapa: Dirección de Comunicación Visual de la UNLP

Universidad Nacional de La Plata – Editorial de la Universidad de La Plata
47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina
+54 221 427 3992 / 427 4898
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN)

Primera edición, 2015
ISBN 978-950-34-1244-2





